

JOAN CODERCH

PLURALIDAD
Y DIÁLOGO EN
PSICOANÁLISIS

Herder

JOAN CODERCH

Doctor en medicina
Miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis
y de la Asociación Psicoanalítica Internacional

PLURALIDAD Y DIÁLOGO EN PSICOANÁLISIS

Diversidad y vinculaciones interdisciplinarias

Con el capítulo «La Pluralidad en psicoanálisis infantil»,
a cargo de la Dra. Joana M.^a Tous

Miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis
y de la Asociación Psicoanalítica Internacional

Prólogo de la Dra. Mercè Mitjavila
Profesora Titular de la Facultad de Psicología
de la Universidad Autónoma de Barcelona

Herder

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

Edición digital: José Toribio Barba

© 2006, Joan Coderch

© 2006, Herder Editorial, S.L., Barcelona

1.ª edición digital, 2015

ISBN: 978-84-254-3739-7

Depósito legal: B-16070-2015

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Herder

www.herdereditorial.com

*A mi esposa Nuria,
y a Nuria, Miquel, Joan, Laia y Miky*

Prólogo

Introducción

1.El debate acerca de la pluralidad del psicoanálisis

1.Introducción

2.Convergencias y divergencias entre las distintas escuelas psicoanalíticas

2.1.Teorías, metáforas y modelo

2.2.Diversidad de opiniones acerca de la pluralidad y el terreno común en psicoanálisis

2.3.Algunas reflexiones sobre la diversidad de opiniones

3.Teoría del conocimiento y pluralidad

3.1.El racionalismo crítico de Popper

3.2.Las ideas de J. Habermas, de K. Apel y de I. Berlin

4.El pluralismo crítico en psicoanálisis

4.1.Delimitación del concepto

4.2.La confusión entre nihilismo y relativismo

4.3.La necesidad de un diálogo continuado

5.El dispositivo personal de observación es responsable del resultado de ésta

6.Necesidad de una perspectiva independiente (dentro de lo posible) de la relación analizado-analista

7.Conclusión

2.El diálogo entre el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje

1.Introducción

2.El discurso psicoanalítico

3.Actos de habla

3.1.El concepto de actos de habla

3.2.J.L. Austin

3.3.J.R. Searle

4.Pragmática

5.Texto y contexto

5.1.Introducción

5.2.Texto

5.3.Contexto

6.Comunicación

6.1.Introducción

6.2.La comunicación como procesamiento de información

6.3.Comunicación e intencionalidad informativa

6.4.Lenguaje verbal y comunicación

7.La metáfora en el proceso psicoanalítico

7.1.Introducción

7.2.La metáfora en la lingüística y en el pensamiento filosófico

7.3.Tipos de metáforas

7.4.Las metáforas en la teoría y la práctica psicoanalítica

- 7.4.1. Las metáforas en la teoría psicoanalítica de Lacan
- 7.4.2. Las metáforas dentro de la situación analítica
- 7.4.3. Metáfora y simbolización

8. Conclusión

3. El psicoanálisis, ciencia y hermenéutica

- 1. Introducción. El psicoanálisis, como todas las ciencias, es hermenéutico y constructivista
- 2. Aproximación a la hermenéutica y al constructivismo
 - 2.1. Consideraciones generales acerca de la hermenéutica
 - 2.2. El pensamiento hermenéutico
 - 2.3. Los «presupuestos» en la interpretación de la realidad
 - 2.4. Lo inevitable del constructivismo
 - 2.5. El giro lingüístico
- 3. De la metapsicología a la psicología
 - 3.1. Los tiempos felices
 - 3.2. Tiempos de dudas
 - 3.3. La fractura de la perspectiva metapsicológica
- 4. El debate sobre el psicoanálisis como ciencia empírico-natural o como ciencia hermenéutica
 - 4.1. Un falso debate
 - 4.2. Razones contrapuestas
 - 4.3. ¿Es que todas las ciencias han de ser empírico-naturales?
 - 4.4. Dos diferencias clásicas entre las ciencias naturales y las ciencias humanas
 - 4.5. Las razones son causas de aquello de lo que dan razón
 - 4.6. Las críticas al psicoanálisis desde la filosofía de la ciencia
 - 4.6.1. Las críticas del positivismo lógico
 - 4.6.2. Las críticas derivadas de la aplicación del criterio de falsabilidad
 - 4.6.3. Las críticas de Grünbaum acerca de la validación del psicoanálisis
 - 4.6.4. Las críticas con relación a los criterios de repetibilidad e intersubjetividad
 - 4.6.5. Las críticas desde dentro del propio psicoanálisis
 - 4.7. La cuestión de la metodología
- 5. El diálogo entre el psicoanálisis y la neurociencia
- 6. Conclusión

4. Neurociencia y memoria. Hacia una revisión del concepto de transferencia

- 1. Introducción
- 2. La cuestión de la Alianza Terapéutica (A.T.)
 - 2.1. Colaboración externa y colaboración intrapsíquica por parte del paciente
 - 2.2. Delimitación del concepto de A.T.
 - 2.3. Breve historia del concepto de A.T.
 - 2.4. A.T. y colaboración
 - 2.5. La relación analizado-analista es total e indivisible
- 3. La transferencia es la organización de la situación analítica bajo la influencia del pasado
 - 3.1. La transferencia y la revolución de los paradigmas científicos
 - 3.2. El descubrimiento de la transferencia. Repetición y distorsión
 - 3.3. Visión reducida y visión amplia de la transferencia
 - 3.4. La totalidad de las experiencias del pasado es el fundamento de la transferencia
 - 3.5. Diferencias entre el modelo proyectivo y el modelo organizador de la transferencia
 - 3.6. Elementos básicos en la organización de la transferencia
 - 3.7. La memoria de procedimiento en la relación analizado-analista
- 4. La colaboración del analizado está integrada en su pasado
- 5. Transferencia como fenómeno universal y transferencia analítica
 - 5.1. El problema de los artefactos transferenciales
 - 5.2. La falsa dicotomía analistas más humanos y analistas menos humanos

[5.3.El temor a ser un «buen objeto» y la neutralidad](#)

[6.Objetividad y subjetividad del analista](#)

[7.Conclusión](#)

[5.El narcisismo como un no-diálogo](#)

[1.Introducción](#)

[2.Clínica y presentación de los trastornos narcisistas de la personalidad](#)

[3.Teorías acerca de los trastornos narcisistas de la personalidad...](#)

[3.1.Los modelos tradicionales, pulsionales o mixtos](#)

[3.1.1. Ideas básicas acerca del narcisismo](#)

[3.1.2. Narcisismo primario y narcisismo secundario](#)

[3.1.3. La necesidad de relación y el funcionamiento psicótico en el narcisismo](#)

[3.2.Teorías distanciadas de los modelos tradicionales](#)

[3.2.1. Kernberg y su teoría de las relaciones objetales](#)

[3.2.2. Kohut y la psicología del *self*](#)

[3.2.2.1. Conceptos básicos](#)

[3.2.2.2. Los *self*objetos](#)

[3.2.2.3. Psicopatología](#)

[3.2.2.4. Objetivos y principios terapéuticos](#)

[3.2.3. La perspectiva funcional de Stolorow y Lachmann](#)

[3.2.4. Mitchell y las ilusiones narcisistas](#)

[4.Narcisismo y sociedad](#)

[4.1.Influencia de la cultura en la génesis de los trastornos narcisistas de la personalidad](#)

[4.2.La sociedad narcisista de nuestro tiempo](#)

[5.Algunas características específicas del tratamiento de las personalidades narcisistas](#)

[5.1.Las dificultades para establecer la relación de dependencia](#)

[5.2.La interacción analizado-analista como diálogo](#)

[5.2.1. El «más allá» de la interpretación](#)

[5.2.2. El estudio de la relación bebé-padres aplicado a la interacción analizado-analista](#)

[5.2.3. La complejidad de la interacción analizado-analista](#)

[5.2.4. La *trama interactiva* en la relación analizado-analista](#)

[6.Conclusión](#)

[7.Material clínico](#)

[6.El difícil diálogo entre el psicoanálisis y la psicoterapia](#)

[1.Introducción](#)

[2.Diferencias y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia](#)

[2.1.Las dificultades para llegar a un acuerdo](#)

[2.2.Algunas opiniones respecto a las diferencias y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia](#)

[3.Una perspectiva integradora](#)

[4.Las motivaciones del analizado y el analista para pasar de una psicoterapia a un psicoanálisis](#)

[4.1.Un cambio sorprendente](#)

[4.2.Las modificaciones que afectan únicamente al *setting* externo](#)

[4.3.Las modificaciones del *setting* interno](#)

[4.4.Falta de motivación por parte del paciente para pasar a un análisis](#)

[4.5.¿Cuál debe ser la actitud del analista frente a la conveniencia de transformar una psicoterapia en un análisis?](#)

[5.La decisión de transformar un psicoanálisis en una psicoterapia](#)

[5.1.Un cambio difícil](#)

[5.2.La cuestión del contrato terapéutico](#)

[6.Conclusión](#)

[7.La pluralidad en psicoanálisis infantil](#)

- [1.Freud y la teoría pulsional](#)
- [2.Las aportaciones de Melanie Klein](#)
 - [2.1.Complejo de Edipo temprano y objetos parciales](#)
 - [2.2.Las posiciones depresiva y esquizoparanoide](#)
 - [2.3.Identificación proyectiva](#)
 - [2.4.Instinto de muerte y envidia](#)
 - [2.5.Consideraciones sobre la técnica kleiniana](#)
- [3.Teóricos de las relaciones objetales](#)
 - [3.1.D.W. Winnicott](#)
 - [3.2.W. R. D. Fairbairn](#)
 - [3.3.Otros teóricos de las relaciones objetales](#)
- [4.Material clínico](#)

[Bibliografía](#)

[Índice de autores](#)

[Índice temático](#)

PRÓLOGO

Tengo el privilegio y la responsabilidad de prologar este libro, *Pluralidad y Diálogo en Psicoanálisis*, obra del reconocido psicoanalista Dr. Joan Coderch, colega apreciado y respetado, que fue mi maestro en mi etapa de formación psicoanalítica, y que sigue siéndolo por todo lo que la lectura de esta obra me ha aportado. Asimismo, también quiero dedicar mi reconocimiento a la Dra. Joana M.^a Tous, que colabora en este libro con un apartado final.

Es un libro escrito desde el diálogo y dialogante, y me consta el compromiso de Joan Coderch con esta actitud que, en él, no es pura retórica ni subirse al carro de la moda del momento, sino que nace de su experiencia psicoanalítica y humana y de la coherencia entre lo escrito, o pensado, y lo vivido.

Joan Coderch muestra sus posiciones, en cada uno de los diálogos que constituyen los capítulos de este libro, con claridad, contundencia y valor. Su inmenso bagaje de conocimientos y cultura psicoanalítica (y más allá de lo psicoanalítico: filosofía, teoría del conocimiento, neurociencias, lingüística...) no es atribuible sólo al tiempo, a la edad, que siempre supone una ventaja para acumular saber; es otra capacidad la que, aun partiendo del mismo punto de salida, nos hace diferentes en el punto de llegada.

En el último apartado la Dra. Joana Tous nos sitúa en una dimensión más aplicada. Nos presenta una revisión de diversos autores que han hecho aportaciones significativas al psicoanálisis infantil, y nos muestra, mediante material clínico, la utilidad en la práctica terapéutica de diversos conceptos teóricos. Este apartado puede ser de interés para los psicoterapeutas.

Ambos autores nos muestran, uno desde la reflexión teórica y otro desde la aplicación, cómo los conceptos, incluso los considerados pilares intocables de nuestra disciplina, evolucionan, se dejan transformar, y muy a pesar de las posiciones más inmovilistas, por las nuevas corrientes de pensamiento.

En conjunto, la diversidad del contenido del libro lo hace extensivo a un público mucho más amplio que el sector estrictamente psicoanalítico o psicoterapéutico; puede interesar a profesionales y estudiosos de otras disciplinas y, en general, puede ser útil a un público interesado en posiciones interdisciplinares.

No se trata de un manual sencillo, aunque la exposición es clara y el estilo directo. Se trata de un libro que requiere una lectura reflexiva. Los capítulos de Joan Coderch, por la cantidad de conceptos que maneja y la profundidad de su elaboración, y el capítulo de Joana M.^a Tous, a pesar del estilo directo y coloquial, requieren para su comprensión

nociones de teoría y técnica psicoanalíticas.

La lectura me ha sugerido reflexiones, acuerdos, coincidencias y, cómo no, también discrepancias, pero sobre todo reflexiones.

Vamos a considerar, a modo de presentación, algunas de las muchas aportaciones de esta obra.

En el capítulo 1 Coderch nos plantea el debate en torno a la diversidad de teorías que conviven o coexisten dentro del psicoanálisis. Para el autor, la diversidad no es un infortunio que deba superarse, sino que es fuente de conocimiento. Cada escuela aporta un modelo propio para la comprensión de la mente humana, y no espera que esta diversidad concluya con la asunción de una teoría común. Mi punto de vista respecto a la diversidad es algo más pesimista; coincido en que la pluralidad de teorías y modelos nos aporta un gran potencial explicativo, pero también puede ser un aspecto vulnerable, contra el que han arremetido nuestros detractores.

Nos ilustra en este capítulo acerca de las controversias entre autores (Wallerstein, Green...) y modelos (pulsional y relacional), que han marcado durante décadas, y siguen orientando, la teoría y la práctica psicoanalítica. Coderch se declara antidogmático, cuestiona la autoridad y la tradición como referentes intocables y únicas fuentes del saber, ya que su propuesta es dialogar y establecer puentes con otras y nuevas disciplinas, incluso con aquellas cuyas aportaciones podrían cuestionar nuestros supuestos teóricos.

Desde esta posición nos explica su adscripción al *pluralismo crítico* que le permite emplear el gran bagaje conceptual del psicoanálisis, despojándolo del carácter dogmático. El antidogmatismo con el que se define no significa ni ser ecléctico, ni relativista, ni contemporizar con cualquier posición, sino poder considerarlas todas, dialogar con todas, desde la propia identidad. El punto de encuentro entre los distintos modelos psicoanalíticos, y quizás me atrevería a hacerlo extensivo a todos o a la mayoría de los modelos psicoterapéuticos en general, es la relación y el encuentro entre el analista o terapeuta y el paciente; escuchar, comprender, ayudar... sería la vocación compartida por todos los terapeutas.

En el siguiente capítulo, centrado en el diálogo entre psicoanálisis y filosofía del lenguaje, se pronuncia acerca de su concepción de la mente humana como básicamente social, y, correlativamente, de su concepción del proceso psicoanalítico como relacional e interactivo. Ésta es una visión distinta del modelo tradicional, es una visión que incluye, ciertamente, nuevas aportaciones de otras disciplinas, entre ellas el modelo interactivo, derivados de las observaciones de la actual psicología evolutiva de Stern, entre otros.

Se define una nueva formulación de la transferencia y también del cambio terapéutico. La transferencia se explica como metáfora, y, en este sentido, se pone el énfasis en la transformación más que en la repetición. El cambio terapéutico se expresa como dar nuevo significado a los comportamientos propios y ajenos, es decir, un cambio en la dimensión pragmática del analizado.

En el siguiente apartado encontramos la definición del psicoanálisis como ciencia hermenéutica, porque todas lo son en el fondo, según afirma el autor, y se desmarca del

empeño en considerar que el psicoanálisis tiene que ser una ciencia al estilo de las ciencias naturales, una de las expectativas de Freud al construir su teoría. Se adscribe a los presupuestos de Dilthey y de Gadamer, entre otros, los cuales separan claramente las ciencias naturales de las ciencias humanas. Coderch también aboga por un método propio y distinto para las ciencias humanas, incluyendo entre ellas el psicoanálisis, que acaba definiendo como ciencia que interpreta, comprende y requiere la empatía, pero que también explica en términos de causalidad.

Ciertamente, este diálogo está abierto e incluso desde posiciones psicoanalíticas, que personalmente asumo, también se ha aceptado el reto de aplicar la metodología empírica, combinando diseños más propiamente experimentales con otros semi-experimentales, o empírico-cualitativos, en estudios de procesos y resultados, y esto puede coexistir con la definición que Coderch hace de psicoanálisis como ciencia humana y hermenéutica.

El capítulo dedicado a la transferencia nos muestra su aportación renovadora, cuestionando la dicotomía entre relación transferencial y real. Se vive como un todo, que denomina relación emergente, compuesta por la situación real y transferencial del paciente y del analista, y no se trata de una repetición sino de una transformación del pasado vivido, en palabras de Coderch, como un nuevo ordenamiento del pasado que configura el presente. El pasado, por lo tanto, no desaparece como supuesto explicativo; se le da otra dimensión y se incluyen no sólo las relaciones objetales, sino todo el bagaje de sus experiencias. Correlativamente, también redefine el presente transferencial como una co-creación.

Considera el fenómeno transferencial estricto que emerge de la situación analítica como producto del artificio derivado de la técnica terapéutica. Ciertamente, cualquier situación terapéutica y especialmente quizá la psicoanalítica está sometida a unos procedimientos técnicos (contexto, determinada actitud del terapeuta, etc.) y este artificio técnicamente justificado deviene, y así lo afirma el autor, un artefacto o dispositivo de observación, que está incidiendo sobre el fenómeno, en este caso la relación entre terapeuta y paciente. La posición constructivista de Coderch se manifiesta claramente en sus aportaciones sobre la transferencia.

Me parece importante resaltar, también, el cuestionamiento acerca de la amnesia infantil entendida, según la teoría clásica, como producto de la represión. En este sentido, recoge las aportaciones de las neurociencias para explicar, desde un supuesto no conflictivo, la ausencia de recuerdos, dicho de otra manera, tal como él mismo lo recoge, la ausencia de memoria declarativa de los primeros años. Distingue, por tanto, dos tipos de memoria, la declarativa, equivalente a la explícita, consciente, y la memoria de procedimiento. Asimismo, existen dos inconscientes, el conflictivo dinámico, propio del psicoanálisis, y el no conflictivo o de procedimiento.

En realidad, Freud también consideró este inconsciente no conflictivo, lo denominó genético, y de forma explícita se desinteresó de él, focalizando su interés en el inconsciente que determinaba la psicopatología. Paralelamente, las aportaciones de la psicología más cognitiva, y si nos remontamos a uno de sus primeros representantes, Piaget, debemos recordar que también han reconocido el inconsciente dinámico

conflictivo freudiano. Piaget dice que las operaciones mentales son inconscientes (aunque no reprimidas) y que el psicoanálisis estudia el inconsciente afectivo y él estudia el inconsciente cognitivo.

Así pues, casi tácitamente el inconsciente quedó repartido y disociado entre lo afectivo y lo cognitivo, y quizá deberíamos añadir lo procedimental. Las aportaciones de Stern y el grupo de Boston, al que el autor de este libro se refiere en varios capítulos, proponen el concepto de *conocimiento relacional implícito*, que incluye lo emocional y lo cognitivo y me atrevería a decir que, siguiendo su propuesta, incluso aportan una nueva reformulación de los mecanismos defensivos. A partir del diálogo que nos propone Coderch, entre estos distintos territorios, esperamos recuperar, construir un nuevo modelo de inconsciente más integrado.

En el capítulo sobre narcisismo, nos plantea la controversia entre el modelo pulsional y el modelo de las relaciones objetales. La patología narcisista la define como un no-diálogo, un anti-diálogo, y esto es, si no imposible, por lo menos paradójico, ya que como afirma el autor, en el fondo incluso del narcisismo, el diálogo existe. No reconocer, negar al otro, es también una forma de reconocimiento.

Discutiría su posición al referirse al funcionamiento psicótico. En este punto, a la explicación desde un modelo exclusivamente intrapsíquico y psicológico, también añadiría los nuevos datos y avances que aportan otras disciplinas, que invitan a reconsiderar nuestro modelo explicativo. Destacaría como muy interesantes las aportaciones sobre el narcisismo y la sociedad actual, explicando desde el modelo narcisista algunos de los males y aspectos más destructivos de nuestra sociedad.

El último capítulo se refiere al «difícil» diálogo entre psicoanálisis y psicoterapia. En este tema Coderch, sin duda, es un especialista reconocido y avalado por sus numerosos trabajos, desde su libro *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*, que considero como uno de los manuales de referencia obligatorios, hasta *La interpretación en psicoanálisis. Fundamentos y teoría de la técnica*, además de numerosos artículos sobre el tema. Centrándonos en el capítulo que nos ocupa, se posiciona considerando que entre el psicoanálisis y la psicoterapia existen diferencias en la práctica o procedimiento terapéutico y en los objetivos. Revisa las diferencias entre ambas modalidades terapéuticas y se muestra contrario a considerar el número de sesiones como un parámetro definitivo, aún admitiendo que más sesiones pueden inducir a una más intensa regresión relacional (transferencial), pero ésta no es imprescindible para que se instaure la transferencia.

Quiero acabar señalando el mensaje de este libro: el psicoanálisis no puede renunciar a dialogar con otras disciplinas y añado que, para otras disciplinas, el psicoanálisis será un interesante interlocutor.

Deseo agradecer a Joan Coderch y a Joana M.^a Tous que me hayan dado la palabra en este diálogo y desearía que este prólogo fuera, también, una muestra de mi agradecimiento por la amistad y todas las enseñanzas que he recibido y por la oportunidad que nos brindan de aprender y pensar.

MERCÈ MITJAVILA

INTRODUCCIÓN

El psicoanálisis fue ideado por Freud como un procedimiento terapéutico para el tratamiento de determinados trastornos psíquicos. Pero rápidamente se reveló como un conjunto de hipótesis y teorías que, con acierto o sin él, trataban de explicar no únicamente el desarrollo de la mente humana y de su patología, sino también sus producciones culturales, sociales, artísticas, etc. Ello ha implicado, cada vez con más fuerza, la necesidad de establecer vínculos interdisciplinares con otras ciencias y ramas del saber humano, tarea ésta que, hasta el momento, no ha sido realizada con la profundidad y la extensión requeridas. Por otro lado, el pensamiento psicoanalítico ha ido diferenciándose, incluso dentro de la misma Asociación Psicoanalítica Internacional (A.P.I.) fundada por Freud en 1910 para la continuidad en el desenvolvimiento y docencia del psicoanálisis, en diversas orientaciones y corrientes, tanto teóricas como técnicas, que han provocado la aparición de diversas escuelas psicoanalíticas, algunas de ellas muy divergentes entre sí, dando lugar a una pluralidad que nos plantea la pregunta sobre si existe un psicoanálisis o hemos de hablar de muchos psicoanálisis. El propósito de este libro es el de estudiar en profundidad esta cuestión de la pluralidad en psicoanálisis, y también el cada vez más imprescindible diálogo del psicoanálisis con otras disciplinas científicas.

Dado el creciente avance de la neurociencia y su repercusión en todo lo que concierne al funcionamiento mental y la experiencia subjetiva se me planteó, desde un principio, la posibilidad de dedicar un capítulo a la vinculación entre ella y el psicoanálisis. Sin embargo, he juzgado más conveniente integrar dentro de los diversos capítulos los descubrimientos de la neurociencia de mayor trascendencia para el psicoanálisis. Pienso que, de esta manera, el diálogo entre una y otra disciplina aparece más vivo y más conexas con la clínica.

El primer capítulo, «El debate acerca de la pluralidad del psicoanálisis», está dedicado a la realidad, a la que acabo de referirme, de la existencia de un número creciente de escuelas psicoanalíticas. Pero el objetivo no es el de describir las características de dichas escuelas u orientaciones, sino el de reflexionar sobre la presencia de esta pluralidad y sus causas, puesto que muchos psicoanalistas no creen en esta multiplicidad y piensan que se trata de meras diferencias semánticas. Asimismo, intento aprehender lo que podemos llamar la filosofía subyacente a esta diversificación y los problemas que plantea.

En el segundo capítulo, «El diálogo entre el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje», examino las relaciones entre estas dos disciplinas, así como el papel del lenguaje en el

proceso psicoanalítico en tanto que terapéutica. Los psicoanalistas empleamos el lenguaje para ayudar a nuestros analizados e investigar la mente humana. No es extraño, pues, pensar que el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje mantienen estrechos vínculos, pese a que, hasta hace relativamente poco tiempo, estos lazos han sido implícitos pero escasamente explicitados y estudiados desde el punto de vista teórico. Este capítulo representa un esfuerzo para ir más allá de este estado de cosas.

El tercer capítulo es el titulado «El psicoanálisis, ciencia y hermenéutica». Freud insistió toda su vida en que el psicoanálisis por él creado pertenecía por derecho propio al reino de las ciencias naturales, pero esta pretensión ha sido siempre discutida, desde el principio, por la mayor parte de los epistemólogos y de los filósofos de la ciencia. Pero, además, con el paso del tiempo, se han producido profundas discrepancias alrededor de esta concepción freudiana y muchos psicoanalistas han llegado a la conclusión de que el psicoanálisis es una ciencia hermenéutica y, por tanto, humana. Lo que trato de mostrar en este capítulo es que todas las ciencias, humanas o naturales, son hermenéuticas, porque todas ellas se basan en la interpretación de los datos de observación. Pero que también son constructivistas, porque todas ellas han sido construidas por los hombres, partiendo de convenciones sociales, culturales y científicas, y de pautas de investigación y de reflexión construidas por los hombres y validadas, asimismo, de acuerdo con estándares construidos por los hombres. En este capítulo discuto las características específicamente hermenéuticas y constructivistas del psicoanálisis y su relación con las ciencias naturales y las ciencias humanas.

El cuarto capítulo se titula «Neurociencia y memoria. Hacia una revisión del concepto de transferencia». El análisis de la transferencia ha sido, durante muchos años, considerado como la pieza clave de la terapéutica psicoanalítica. En este capítulo expongo, apoyándome en los descubrimientos de la neurociencia referentes a los diversos sistemas de memoria, que el concepto tradicional de la transferencia como una repetición de las primeras relaciones infantiles en la figura del analista es excesivamente reducido, y que la transferencia, como manifestación de la influencia total del pasado en el presente, es la forma como el analizado organiza la situación analítica de acuerdo con el conjunto global de sus experiencias.

En el quinto capítulo, «El narcisismo como un no-diálogo», me refiero al narcisismo como uno de los más básicos conceptos del psicoanálisis, y lo relaciono con algunos de los rasgos más destacados de la sociedad actual dentro del mundo industrializado y con un grado elevado de bienestar. Describo las distintas teorías con relación a los factores que se encuentran en la base de los trastornos narcisistas de la personalidad. Finalmente, desarrollo las directrices que considero más adecuadas para el tratamiento psicoanalítico de este tipo de patología.

En el sexto capítulo, «El difícil diálogo entre el psicoanálisis y la psicoterapia», abordo las difíciles relaciones entre el psicoanálisis como método terapéutico y la aplicación abreviada y, supuestamente, más superficial de los conceptos y metodología del mismo, a la que se la conoce con el nombre de psicoterapia psicoanalítica. Esta última es empleada para poder tratar a un mayor número de personas que precisan ayuda psicológica, dadas

las dificultades, tanto para el terapeuta como para el paciente, del método psicoanalítico estricto. Sin embargo, el curso del tiempo y la experiencia han venido a poner de relieve que las diferencias entre uno y otro método no están claras ni en la teoría ni en la práctica, siendo ésta una de las más arduas cuestiones a las que tiene que hacer frente el psicoanálisis.

El estudio de la formación y desarrollo de la mente humana desde el mismo momento del nacimiento ha sido siempre uno de los pilares de la investigación psicoanalítica. El psicoanálisis infantil trasciende la teoría y la clínica psicoanalíticas para fecundar todo lo que se refiere al campo de la educación y de las relaciones del niño o de la niña con sus padres. Pero también en el tratamiento de los adultos nos encontramos con el niño y la niña dentro de la mente de los hombres y las mujeres. Por este motivo he incluido un capítulo sobre psicoanálisis infantil, a cargo de la doctora Joana M.^a Tous. Además de la interesante exposición que en él se ofrece acerca de lo que es el psicoanálisis infantil, creo que este capítulo avala la tesis de la pluralidad en el psicoanálisis, ya que, como el lector comprobará, su enfoque, predominantemente kleiniano, difiere, en diversos aspectos, de las posiciones que yo sostengo a lo largo del libro. Pero, además, también este capítulo muestra la diversidad y pluralidad dentro de la misma escuela kleiniana, porque la doctora Joana M.^a Tous nos muestra una actitud psicoanalítica flexible, abierta, dialogante tanto con otras orientaciones como con el mismo sujeto de análisis, y receptiva a las nuevas perspectivas acerca de la relación analizado-analista, la interacción, el más allá de la interpretación, etc., muy distinta a otras maneras de desarrollar y aplicar las ideas de Melanie Klein.

Dos ideas me han guiado al escribir este libro. Una es la de estimular el interés por el estudio de los vínculos interdisciplinares, cosa que la moderna epistemología considera indispensable en todos los campos del conocimiento humano. La otra, la de que el diálogo y la confrontación de criterios, siempre que se realicen de acuerdo con el axioma del *racionalismo crítico* propuesto por Popper, *puede ser que yo esté equivocado y que tú tengas razón*, es el mejor camino para el avance del psicoanálisis. Si logro despertar algún interés en la dirección que acabo de exponer, me sentiré plenamente recompensado.

En cuanto a los agradecimientos, debo citar a mi esposa por su constante aliento y estímulo; a Mercè Mitjavila por su gentileza al escribir el prólogo; a Joana M.^a Tous, por su amabilidad al aceptar escribir un capítulo sobre *psicoanálisis infantil*, llenando así un vacío que mis conocimientos no me permitían cubrir, y a mi hijo Joan, por su ayuda en las cuestiones referentes a filología clásica. También doy las gracias a todos aquellos que, con su confianza en mí, me han acompañado durante la redacción de este libro.

EL DEBATE ACERCA DE LA PLURALIDAD DEL PSICOANÁLISIS

1.1.Introducción

El propósito de este capítulo será el de poner de relieve que no sólo es un hecho que el psicoanálisis se halla constituido, en nuestros días, por un conjunto de diferentes teorías y prácticas clínicas sino que, como espero mostrar, esta manera de comprender nuestra disciplina es la única racional y, por tanto, la única propia de una ciencia,¹ aun cuando, en mi opinión, el psicoanálisis no es una ciencia empírico-natural sino una ciencia humana hermenéutico-interpretativa. También forma parte de mi propósito argumentar que la diversidad de las teorías psicoanalíticas no es un infortunio que es menester superar, sino una fuente de conocimientos teóricos y de posibilidades prácticas en la clínica psicoanalítica.

1.2.Convergencias y divergencias entre las distintas escuelas psicoanalíticas

1.2.1.Teorías, metáforas y modelos

R. S. Wallerstein ha sido, a mi juicio, el autor que se ha ocupado más a fondo del problema de la existencia de diversas teorías dentro del pensamiento psicoanalítico, tal como se ha puesto de manifiesto en varios de sus trabajos. Esta tarea se inició en 1988 con «One psychoanalysis or many?» y continuó en 1990 con lo que venía a ser una segunda parte, «Psychoanalysis: The common ground». Posteriormente, Wallerstein ha publicado otros trabajos en el mismo sentido: subrayar la posible y deseable unificación de la teoría psicoanalítica en una teoría común. Pero en este apartado me referiré a estos dos primeros trabajos, que fueron los que iniciaron la discusión sobre este tema y a los que se refieren los autores que posteriormente han intervenido en la misma. Por lo que yo alcanzo a conocer, hasta el momento nadie se había planteado una reflexión a fondo sobre la profundidad de la división del pensamiento psicoanalítico, dentro de la misma Asociación Psicoanalítica Internacional (A.P.I.), y sobre la posibilidad de poder llegar a una teoría única. En el próximo apartado me referiré a los otros trabajos de Wallerstein y a algunos aspectos de esta discusión.

Dado el prestigio de este autor,² unido a la notable calidad de sus trabajos, éstos causaron, desde el primer momento, un fuerte impacto en la comunidad psicoanalítica, y

las tesis que en ellos se defendían fueron ampliamente debatidas, aceptadas por unos y rechazadas por otros. Brevemente, Wallerstein reconoce en ellos la existencia de diversas teorías dentro de la A.P.I. y se duele de ello, ya que es evidente que él considera que lo mejor para el psicoanálisis es que algún día se lleguen a unificar todas las teorías actuales en una sola, totalmente consistente y estable, la *verdadera*. Piensa este autor que, en el fondo, existe una teoría clínica cercana a la experiencia compartida por todos los analistas, el «terreno común» (*common ground*), que incluye el reconocimiento de los conceptos fundamentales del psicoanálisis, tales como la existencia del inconsciente, la transferencia, las resistencias y el complejo de Edipo, lo cual hace que el psicoanálisis sea una única disciplina de carácter empírico, a la vez que latan en ella diferentes teorías generales o metapsicologías, distantes de la experiencia clínica, que tratan de conceptualizar el proceso genético y evolutivo del funcionamiento mental, la psicopatología, el inconsciente, la terapéutica psicoanalítica, etc., mediante el recurso a metáforas y simbolismos clarificadores. En su esfuerzo por conseguir que el psicoanálisis sea una única disciplina, tal como siempre pretendió Freud, sostiene Wallerstein que las divergencias entre distintas escuelas psicoanalíticas son debidas, únicamente, a la utilización de diversas metáforas por lo que concierne a la teoría general o metapsicología y que, además, llegará un día en el que, más allá de todas estas metáforas, una teoría integradora asumirá todas las actuales teorías generales en una sola, lo cual él juzga que es lo más deseable para el psicoanálisis.

Por mi parte, y como veremos después más ampliamente, creo que el curso de los hechos no justifica las esperanzas de Wallerstein, ya que, progresivamente, ha ido incrementándose la aparición de diferentes teorías dentro del pensamiento psicoanalítico, tanto por lo que se refiere a la abstracción conceptual, como por lo que concierne a la aplicación práctica de la técnica. Según mi punto de vista, no es válido afirmar que la distinción entre las diversas escuelas psicoanalíticas reside tan sólo en la utilización de diferentes metáforas, tal como propugna Wallerstein, en su bien intencionado intento de minimizar la distancia conceptual y práctica que existe entre ellas. Pero, dado que las ideas de Wallerstein han obtenido una amplia difusión en el pensamiento psicoanalítico por su claridad y fuerza explicativa, creo que es conveniente decir algo en torno a esta cuestión de las teorías como metáforas, ya que, además, las metáforas y su interpretación constituyen un asunto de primordial importancia tanto en el pensamiento como en la práctica psicoanalítica, como veremos en el capítulo 2. Ahora me referiré a la metáfora tan sólo en el grado imprescindible para discutir esta aseveración de Wallerstein respecto a la asimilación entre teorías y metáforas.

La metáfora es una figura de dicción que consiste en trasladar el sentido recto de una palabra a otro sentido, en virtud de una comparación tácita. Se trata, dicho de manera lingüística, de un tropo, que consiste en modificar el sentido propio de un término para emplearlo en sentido figurado. Ahora bien, por lo que concierne al psicoanálisis creo necesario distinguir la metáfora como elemento estético y decorativo de la metáfora en el sentido fuerte del término que la convierte en un auxiliar casi indispensable de la explicación científica. Es desde este punto de vista que hemos de entender el empleo de

la metáfora en el psicoanálisis, no como simples y diversas figuras literarias utilizadas para expresar el mismo hecho. Es decir, para mí las diversas teorías existentes dentro del mundo psicoanalítico son distintas maneras de concebir y explicar el funcionamiento mental y dar razón de él, apoyándose, para su mejor comprensión, en diversas imágenes. Pero como es fácil tomar la metáfora únicamente en su sentido descriptivo de una realidad, olvidando su carácter de elemento coadyuvante de la explicación científica, pondré un breve ejemplo en torno a la figura de Aquiles para ayudar a entender la relación entre metáfora y teoría cuando de lo que se trata es de explicar la realidad. Espero que el espíritu del héroe griego no lo tome en cuenta.³

Si digo «en el combate Aquiles es un león», empleo una metáfora para describir el comportamiento de Aquiles en la pelea, pero no lo explico, es decir, no doy razón del porqué de tal comportamiento. Tan sólo daría razón de él si, con esta expresión, quisiera significar que, en realidad, Aquiles es un león, no un hombre, y entonces ya no se trataría de una metáfora. Es decir, esta metáfora no es una teoría que explica el porqué del comportamiento de Aquiles en el combate. Pero, a la vez, sería erróneo pensar que tal metáfora tiene un carácter meramente descriptivo y que se limita a comunicarnos que en la batalla Aquiles lucha «como lo haría un león». No, la metáfora nos comunica, de manera poética, algo más sobre el carácter de Aquiles, algo que no queda suficientemente expresado diciendo que es valeroso, soberbio, indomable y cruel, nos comunica algo inefable que nos hace verle como el rey de los guerreros y de las batallas, a la manera como el león es, metafóricamente, el rey de los animales.

Pero si manifiesto que el comportamiento valeroso de Aquiles en el combate puede explicarse porque él sabía, ya que los dioses se lo habían comunicado, que no volvería vivo a su reino, en la isla de Ptia, puesto que moriría en el sitio de Troya, y que, por tanto, no temía la muerte en la batalla porque ésta era inevitable, entonces expreso una teoría en torno al valor de Aquiles, es decir, doy razón, equivocada o cierta, de ella. Y si digo que en el combate Aquiles, el de los pies ligeros, hijo de Peleo y de la ninfa Tetis y rey de los mirmidones, es un jugador con las cartas marcadas debido a que, de hecho, era invulnerable excepto en su talón, a causa de que su madre lo había sumergido, de recién nacido, en las aguas de la laguna Estigia (o en la sangre de un dragón según otras versiones) sosteniéndole por un talón (y por ello esta parte de su cuerpo era la única vulnerable y fue por donde penetró la mortal saeta lanzada por el bello Paris), expreso una teoría sobre el valeroso comportamiento de Aquiles, falsa por cierto,⁴ la de que era un «jugador con las cartas marcadas». Más adelante diré los motivos que me han llevado a exponer una teoría falsa.

Me parece, pues, que en este ejemplo queda clara la diferencia y, a la vez, la estrecha relación entre teoría explicativa y metáfora, aun cuando en este caso las teorías que he construido son teorías en el sentido más ligero de la palabra y no teorías científicas. Creo que el deseo de Wallerstein de mantener lo que a él le parece mejor para el psicoanálisis le ha engañado. Nos valemos de metáforas para describir, ejemplificar y dar más vigor a nuestras palabras, a veces sirviéndonos de la fuerza incomparable de lo poético, mientras que construimos teorías, frecuentemente utilizando metáforas, para explicar la realidad.

En el caso del psicoanálisis, para explicar la realidad de determinados funcionamientos mentales. Es decir, no debe confundirse el empleo de metáforas para dar mayor claridad a nuestras teorías con la idea de que las diversas teorías psicoanalíticas son simples metáforas.

A continuación quiero llevar a cabo algunas precisiones alrededor de los conceptos de ciencia, teorías y modelos para esclarecer un poco más el tema que me ocupa. *Entiendo por ciencia el cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado que configura el conjunto de los conocimientos sobre una parte de la realidad.* El dominio de una ciencia es la totalidad de los hechos que ella trata y que intenta explicar. El dominio del psicoanálisis (dicho ahora en su sentido habitual, porque yo creo, como más adelante veremos, que la cosa es más compleja) se halla constituido por los procesos psíquicos inconscientes que se manifiestan como estados mentales y formas de comportamiento. En cuanto a las teorías, se pueden definir como un conjunto de proposiciones sobre el dominio de una ciencia en el lenguaje propio de ésta.

Otra cosa es el modelo, pese a que los psicoanalistas, con excesiva frecuencia, empleamos de forma indistinta los términos teoría y modelo. Holt (1981) sostiene que las teorías son, a menudo, fuertemente abstractas y formales, y que para ser más comprensibles necesitan un modelo, el cual las representa en términos más familiares y, a veces, visuales. Para Ferrater Mora (1990), desde el punto de vista epistemológico, el modelo puede ser una forma de explicación de la realidad, especialmente física, o una manera de representación de la realidad, o un sistema que sirve para entender otro sistema, como cuando se toma el paso de un fluido por un canal como un modelo de tráfico rodante, etc. Un modelo puede ser un dibujo, un plano, una maqueta, etc. Entre los psicoanalistas es Bion el que, de una forma más concreta, se ha referido a los modelos de la investigación y la práctica psicoanalíticas. Su descripción del modelo continente-contenido es, a mi parecer, el mejor ejemplo de lo que estoy diciendo. Las teorías psicoanalíticas esgrimen, a menudo, modelos, pero, como he subrayado en el ejemplo de Aquiles, es menester no confundir la teoría o el modelo con la metáfora con la cual amplían su poder explicativo. Las diversas teorías psicoanalíticas tratan no únicamente de describir e ilustrar el funcionamiento mental, sino también de *explicarlo*, de *dar razón* de su génesis, de su desarrollo, de su patología y de la forma de superar ésta. No son, por tanto, sólo diferentes metáforas.

Con las reflexiones que he expuesto acerca de las metáforas no quiero decir que mi posición es la de negar que existe este terreno común (*common ground*) del que nos habla Wallerstein y que, de alguna manera, une las diversas escuelas psicoanalíticas, sino que, por el contrario, yo también creo en su existencia y más adelante me referiré a ello. Pienso que aquello que separa las diferentes escuelas psicoanalíticas va mucho más allá del simple empleo de diversas metáforas explicativas, como sostiene Wallerstein en su trabajo de 1988, y se halla basado en diferentes concepciones de la mente humana, y en distintas orientaciones terapéuticas, científicas y filosóficas. Si no hubiera algo común entre las distintas escuelas no podríamos hablar de pluralidad en el psicoanálisis, puesto que entonces se trataría de disciplinas independientes, sin más relación entre sí que lo

que entendemos cuando nos referimos a vínculos interdisciplinarios. Sin embargo, como veremos a continuación, existen muy dispares puntos de vista con relación a este tema.

1.2.2. Diversidad de opiniones acerca de la pluralidad y el terreno común en psicoanálisis

En el 36 Congreso de A.P.I. en Roma (1989), Wallerstein presentó el segundo mensaje presidencial al que me he referido más arriba, «Psychoanalysis: The common ground». Como puede verse en el trabajo en el que A. Richards (1991) realiza un resumen de lo acaecido en el Congreso, las respuestas fueron muy variables, y el resultado de esta búsqueda común más que incierto, aunque, en mi opinión, predominaron las réplicas escépticas frente a la actitud animosa de Wallerstein en cuanto a la posibilidad de hallar puntos de convergencia. Yo pienso que este mismo hecho de la diversidad de respuestas en un espectro muy amplio confirma mi punto de vista respecto a la profundidad de las divergencias entre las escuelas psicoanalíticas. Como ejemplo, expondré muy brevemente las opiniones de dos discutidores de la presentación de Wallerstein, cuyos trabajos se hallan publicados, R. Schaffer y A. Lussier.

En su trabajo sobre la búsqueda de un terreno común (1990) Schaffer se muestra muy crítico con las opiniones de Wallerstein. En principio, plantea que una búsqueda de un terreno común debe basarse en una comprensión compartida de por qué esto es algo bueno de llevar a cabo, y piensa que también debe haber un acuerdo sobre la manera de realizar esta búsqueda, pero considera que estas condiciones no han sido cumplidas. Presenta sus objeciones a la propuesta de hallar un terreno común en tres puntos que expongo brevemente.

a) Consideraciones lingüísticas. Piensa Schaffer que un primer problema con el que nos encontramos es el de que los psicoanalistas emplean las mismas palabras con diferente significado. Pone como ejemplo las palabras *análisis de la transferencia*, y afirma al respecto que son palabras traidoras, porque analistas de las mismas y diferentes orientaciones las emplean en asociación con muy diferentes concepciones del desarrollo infantil, de la psicopatología, de la definición de la transferencia, de la llamada relación real del paciente con el analista, etc. Lo mismo podemos decir, continúa, de otras palabras clave como *resistencia* y *regresión*. Así pues, considera que en lo que estamos de acuerdo es en utilizar las mismas palabras para designar cosas diferentes; por tanto, no se trata de una identidad de significado, sino de aparentes semejanzas. Un ejemplo de ello lo podemos ver en el uso de la palabra *inconsciente* en la obra de Stolorow y Atwood (1992) *Los contextos del ser*. Emplean este término en tres acepciones: *inconsciente pre-reflexivo*, *inconsciente dinámico*, e *inconsciente invalidado*, pero ninguna de ellas coincide con el inconsciente freudiano.

b) Consideraciones metodológicas. Para Schaffer, los analistas transforman el contenido clínico manifiesto en un material clínico útil transportándolo a un nuevo contexto de acuerdo con las narrativas psicoanalíticas controladas por su orientación teórica. Consecuentemente, dice:

[...] debemos considerar la comprensión analítica como el resultado de un diálogo entre analizado y analista más bien que como el relato de un observador independiente que no ha influido ni ha sido influido (p. 50; la traducción es mía).

Opina Richards (1991) respecto a estas palabras que ellas indican que Schaffer considera que el terreno común consiste en la perspectiva hermenéutica del psicoanálisis. También subraya Schaffer que otro problema estriba en que en la búsqueda del terreno común nos encontramos con que lo que se nos presenta al examen no son análisis, sino que son breves fragmentos escritos por el analista, y, dice, los analistas escriben de maneras muy diferentes y no siempre son representativos de la escuela a la que pertenecen.

c) Consideraciones ideológicas. En este punto, Schaffer critica más de lleno la postura de Wallerstein tendente a buscar un terreno común. Sin embargo, aun cuando él no lo dice explícitamente, yo creo que aquello a lo que se refiere no es el terreno común, sino el objetivo perseguido de lograr, a través de este terreno común, la construcción de una sola teoría psicoanalítica, que para él tiene que ser la «verdadera». Asevera Schaffer que esta posición surge de una ideología conservadora que juzga que las diferencias son lamentables y que conducirán a una situación de caos y relativismo en que todo valdrá tanto técnica como interpretativamente y que, en consecuencia, tiende a la construcción de un solo texto para el psicoanálisis. Schaffer, en cambio, juzga que debemos abandonar esta idea de un solo texto y, por el contrario, celebrar y estudiar la existencia de diferentes ideas que permiten la creatividad y el continuo crecimiento, tal como siempre ha sido propio del psicoanálisis.

En 2002 Wallerstein publicó otro trabajo, aunque su título no lo indica, sobre el mismo tema, «The trajectory of psychoanalysis. A prognostication». En este trabajo, después de una condensada revisión de algunos aspectos de la pluralidad del psicoanálisis en el presente momento, se esfuerza en hallar, recurriendo para ello a las opiniones expresadas por diversos autores en sus trabajos, signos de una creciente convergencia entre las distintas escuelas, y expresa su punto de vista de que se está produciendo un acercamiento entre ellas. Debe advertirse que el interés de Wallerstein se centra en las escuelas tradicionales, psicología del yo, escuela kleiniana, grupo independiente británico, psicología del *self* y psicoanálisis francés, con pocas referencias a las orientaciones más recientes. Por cierto, en este trabajo responde a las críticas de Schaffer respecto a la ideología conservadora y restrictiva del progreso que se halla en la base de su búsqueda de un terreno común que permita una teoría unificada. Considera que no es adecuado, en una ciencia, «celebrar» las aparentemente incompatibles diferentes teorías, sino que el objetivo ha de ser examinarlas y resolver esta situación. Pone como ejemplo lo que ocurre en la física, en la que desde hace años existe una situación de incompatibilidad entre la teoría de la relatividad general y los hallazgos de la física cuántica, ambas necesarias para la comprensión del universo, pero que parecen estar en contradicción: si una es válida, la otra no lo es. Pero, continúa, lo que hacen actualmente los teóricos de la física es, a través de la teoría de las «supercuerdas», buscar una teoría armoniosa que

englobe las dos, la TOE (*Theory of Every Thing*).⁵ Por mi parte, además de que soy contrario a la costumbre de comparar el psicoanálisis con las ciencias físicas (otra cosa, como veremos más adelante, es utilizarlas para ampliar nuestros conocimientos), pienso que la existencia de dos teorías incompatibles en la física teórica dura desde los años veinte del siglo pasado, cuando Bohr publicó sus hallazgos fundamentales, y que desde entonces, más de dos tercios de siglo, a la física le ha ido muy bien y sus avances continúan de forma imparable pese a esta anomalía.

Me parece muy interesante la exposición que lleva a cabo Wallerstein (2002) de las ideas de Bachant y Richards dividiendo lo que ellos llaman las metateorías en cinco grupos. El primero de ellos es el que llaman los «partidarios del terreno común», con los que queda identificado el propio Wallerstein. El segundo grupo es el de los «partidarios del enfoque multidimensional». Este grupo está compuesto por quienes piensan que los fenómenos clínicos descubiertos en el consultorio deben ser comprendidos, según sus características, con una de las cuatro grandes metapsicologías: modelo pulsional, del yo, del *self* y de las relaciones de objeto, y tratados de acuerdo a aquella que les corresponda. El tercer grupo queda identificado con lo que Leo Rangell denomina la «teoría psicoanalítica total», la cual, según este autor, se halla constituida por la aposición, sobre la obra de Freud, de las aportaciones de los creadores de la psicología del yo, tales como Anna Freud, Hartmann, Fenichel, etc. Las otras teorías, según Rangell, se han desgajado de lo que él también llama la «corriente principal» o «psicoanálisis clásico». El cuarto grupo está formado por los partidarios de la anti-metapsicología, los cuales consideran que el psicoanálisis debe desechar todas las metapsicologías y concentrarse en el estudio de los fenómenos clínicos empíricamente comprobables. Personalmente creo que este grupo se halla representado por los coautores del libro *Psychology versus Metapsychology* (1976), editado en memoria de George Klein, y cuyo título ya expone bien claramente la posición de los participantes. El quinto y último grupo, finalmente, lo forman los «partidarios de la teoría de las relaciones de objeto». Este grupo se separa del modelo pulsional freudiano, en el cual las pulsiones buscan su descarga siguiendo el principio del placer, para seguir la teoría, derivada en gran parte de Ferenczi y Fairbairn, de las pulsiones como buscadoras de objeto, no por su descarga satisfactoria, sino por pura necesidad de contacto relacional.

Termina Wallerstein este trabajo «pronosticando» un progresivo acercamiento de las distintas escuelas psicoanalíticas, lo cual puede llevarlas a encontrar su terreno común.

Pero el debate persiste. En 2005, el *International Journal of Psychoanalysis* publica, en la sección de controversias psicoanalíticas, un diálogo entre Wallerstein y Green, constituido por una exposición de Wallerstein, seguida de una respuesta de Green y una contrarréplica del primero. Sin duda que este diálogo confirma la existencia no sólo de la pluralidad del psicoanálisis, sino también la permanencia de más que profundas diferencias. En su primera exposición, muy breve, Wallerstein insiste en sus tesis ya expuestas, sin que, a mi juicio, aporte nada substancialmente nuevo a lo ya dicho. Sin embargo, apoyándose en autores como Kernberg, Gabbard, etc., que también han utilizado la expresión «terreno común», cree que se está abriendo el camino para llegar a

una teoría unificada, coherente y comprobable empíricamente y que permita su aplicación clínica a nuestros consultorios.

La respuesta de Green (2005) es sarcástica y demoledora. Califica de candoroso el escrito de Wallerstein, como una pura ilusión la idea del terreno común y de mito la pluralidad del psicoanálisis. Piensa que los vínculos y enlaces a los que se refiere Wallerstein son falsos y forzados. Relata, sobre la base de sus experiencias vividas, que frecuentemente las discusiones científicas entre diversos psicoanalistas de renombre se han convertido en rencillas personales. Se queja, amargamente, del olvido en que se tiene al psicoanálisis francés por parte de los autores anglosajones, pese a aceptar que él no ha sufrido este olvido. La bibliografía de Wallerstein, dice, no contiene ninguna referencia francesa. Transcribo algunas palabras:

Es ciertamente incorrecto afirmar que la práctica clínica nos acerca en tanto que la teoría nos mantiene apartados, porque ¿acaso la comprensión clínica no se halla basada en la teoría que la sustenta y que implica diferencias en la técnica? (p. 629; ésta y las siguientes traducciones de las transcripciones de este autor son mías).

La situación actual, dice Green, es de completo caos teórico, y el *International Journal of Psychoanalysis* es una buena muestra de ello, seleccionando artículos de una forma que es incomprensible para él. Muchos de los autores, asevera, sólo citan a los que pertenecen a su grupo. Los kleinianos sólo leen a los kleinianos, como los lacanianos sólo leen a los lacanianos. Acusa a los que intentan renovar el psicoanálisis de un exceso de referencias en su bibliografía, lo cual considera anti-psicoanalítico y le hace preguntarse si de lo que se trata es de introducir un virus para orientar el psicoanálisis hacia un «buen psicoanálisis purificado de excesivas especulaciones, supuestamente más aceptable para la ciencia» (p. 629).

Por lo que concierne a la pluralidad, considera Green que ésta es una ilusión, porque precisaría serios intercambios entre los distintos grupos para dar razón de sus diferencias, y esto nunca se ha producido. Por tanto, afirma más adelante:

Dado que esta pluralidad no existe será necesario crearla, lo cual significa instituir una genuina comunicación entre las distintas corrientes de pensamiento y estimular una discusión en profundidad de los principios que se encuentran en la base de los principales puntos de vista teóricos que gobiernan el psicoanálisis contemporáneo (p. 631).

Piensa que es mejor tener en cuenta nuestras divergencias que engañarnos pensando que por el hecho de que pertenecemos a la misma asociación nos encontramos todos en una situación de compañerismo. Expone Green que, a su juicio, el psicoanálisis no es una ciencia ni una rama de la hermenéutica, sino una práctica basada en el pensamiento clínico que conduce a la formación de hipótesis clínicas.

No me alargaré en la respuesta de Wallerstein. Marca su diferencia con el criterio de Green en cuanto a que él, Wallerstein, juzga, al contrario que Green, que aunque el

psicoanálisis es una disciplina independiente se halla en conexión, y debe estarlo, con otras disciplinas para un beneficioso y mutuo fortalecimiento. Por lo que respecta a muchas de las cuestiones que plantea Green, responde que la cuestión es *quién* decide lo que *es* verdaderamente pensamiento psicoanalítico, o cuándo un autor ha realmente *probado* sus ideas. Y que en cuanto a la seria reflexión que Green propone, de nuevo la cuestión, dice Wallerstein, es la reflexión sobre *quién* decide. Yo creo que, por lo que he expuesto del trabajo de Green, puede entenderse perfectamente la respuesta de Wallerstein.

Si he expuesto con cierta extensión el diálogo entre estos dos conocidos psicoanalistas, es porque a través de él puede el lector hacerse una buena idea del estado del asunto.

Desde el punto de vista cronológico debería haber hablado antes del trabajo que publicó Kernberg en 1993, pero si no lo he hecho antes ha sido para no romper la secuencia de los trabajos de Wallerstein acerca de la pluralidad. En sus publicaciones posteriores a esta fecha, Wallerstein se refiere, con frecuencia, a este trabajo en apoyo de sus tesis. En su extenso trabajo, Kernberg examina cuidadosamente las convergencias y divergencias entre las diversas escuelas psicoanalíticas desde la perspectiva técnica. Kernberg piensa que en el momento actual existen nueve puntos de convergencia en la técnica de las escuelas psicoanalíticas y siete en los cuales la divergencia se mantiene o se ha acrecentado. Enumeraré muy brevemente unos y otros. Los nueve puntos en torno a los cuales se ha producido un progresivo acercamiento son: *a)* la interpretación de la transferencia como elemento esencial del análisis; *b)* el análisis del carácter; *c)* la focalización sobre los significados inconscientes en el «aquí y ahora»; *d)* la transposición de los conflictos inconscientes a la terminología de las relaciones de objeto; *e)* la consideración de la contratransferencia como un instrumento básico para la comprensión de la comunicación del paciente; *f)* el incremento en la atención prestada a los estados afectivos del paciente; *g)* el énfasis en la multiplicidad de «camino reales» para acceder al inconsciente; *h)* el esmero extremado para no caer en el «adoctrinamiento del paciente» e *i)* el cuestionamiento en aumento del «Concepto Lineal del Desarrollo».

Para Kernberg, los siete puntos de divergencia conciernen a: *a)* la relación real y la transferencia, con especial conflictividad en lo que concierne a si la transferencia es una creación exclusiva del paciente o si es una creación conjunta de paciente y analista; *b)* la regresión como terapéutica o como resistencia; *c)* las relaciones entre psicoanálisis y psicoterapia; *d)* el papel de la empatía; *e)* la verdad histórica versus la verdad narrativa; *f)* la neutralidad técnica y los prejuicios culturales y *g)* la reconstrucción y la recuperación de las experiencias preverbales.

No es sin fundamento que Wallerstein, en sus trabajos, se apoya en Kernberg para fortalecer sus tesis. El propio Kernberg declara que ha dedicado siempre grandes esfuerzos para establecer puentes entre la psicología del yo y la teoría de las relaciones de objeto. Se halla, por tanto, convencido de la existencia de un terreno común, que va ampliándose con el tiempo, aunque no me queda claro si también cree que en un futuro se llegará a una teoría unificada.

Otro autor a quien hemos visto que acude Wallerstein con frecuencia es G. Gabbard

(1995). Este autor piensa que, en el momento presente, todas las escuelas aceptan el papel de la contratransferencia como una herramienta indispensable para el analista. A través de este reconocimiento compartido justifica su convicción en la realidad del terreno común.

1.2.3. Algunas reflexiones sobre la diversidad de opiniones

Después de esta breve exposición de las opiniones de psicoanalistas fuertemente representativos respecto a la pluralidad y el terreno común en psicoanálisis quiero añadir ahora mis propias reflexiones.

1.º Me parece innegable que la pluralidad existe y por esto se discute acerca de ella. Afirmar, como hace Green, que la pluralidad no existe porque nunca ha escuchado ninguna discusión seria entre representantes de distintas escuelas es sólo un juicio de valor que no puede negar la realidad de los hechos. En mi opinión, como ya he dicho, las diferencias que separan las diversas escuelas entre sí son importantes y se basan en diferentes concepciones de la naturaleza y la mente humanas.

2.º En el momento actual la discusión se centra en la existencia o no de un terreno común a las diferentes escuelas, según la tesis propuesta en primer lugar por Wallerstein en 1988. Como hemos visto, las opiniones se encuentran divididas entre quienes se hallan firmemente convencidos de que las diferentes teorías psicoanalíticas comparten elementos comunes fundados en la experiencia clínica y quienes piensan que estas semejanzas son ilusorias, insostenibles frente a un examen profundo y fructífero, muchas veces, de semejanzas puramente verbales. Mi posición personal a este respecto es que sí existe un terreno común que todos los psicoanalistas compartimos. Para mí, este terreno común consiste en: la tarea de investigar el funcionamiento de la mente humana; la convicción de la presencia de un nivel o sector inconsciente en la mente, así como de conflictos intrapsíquicos basados en dicha presencia; la existencia de fenómenos mentales a los que llamamos transferencia-contratransferencia (las dos caras de la misma moneda) y resistencias; finalmente, la dedicación profesional de los analistas a ayudar a las personas con dificultades psíquicas que lo soliciten, mediante una relación dialogante a la que llamamos método psicoanalítico. Es indudable que encontramos fuertes discrepancias en cuanto a la concepción y matización de estos elementos, pero, a mi juicio, esto no desvirtúa mi afirmación de que hay algo en común entre todos nosotros. De la misma manera, podemos decir, que encontramos muchas clases y tipos de automóviles con grandes diferencias entre sí, incluso con diferentes objetivos, como son diferentes los objetivos de un Fórmula 1 y un coche familiar, pero todos los conductores de automóviles comparten algo en común: el hecho de conducir un automóvil.

3.º Debe quedar clara la distinción entre admitir la presencia del terreno común y la idea de que este terreno común irá ampliándose progresivamente hasta que llegue un momento en que pueda construirse una teoría unificada del psicoanálisis, la «verdadera», como meta deseable e irrenunciable, siempre propugnada y defendida por Freud. Ya hemos visto que en este punto las diferencias de opinión son notables. Como ya he

puesto sobradamente de manifiesto, yo soy totalmente contrario a esta idea.

4.º Por mi parte, considero que las perspectivas que nos dan Wallerstein, Kernberg, Gabbard, etc., respecto a un progresivo acercamiento de las escuelas entre sí son erróneas, por más que nos ofrecen detalles dignos del mayor interés para confirmar sus tesis. Creo que la explicación es otra. Hasta hace algunas décadas, la división del pensamiento psicoanalítico en diferentes escuelas era sentido como un hecho tan indeseable que era mejor no ocuparse de ello, casi como cerrar los ojos y no ver lo que no agradaba. Cada escuela permanecía encerrada en sí misma, considerándose portadora del verdadero psicoanálisis y juzgando a las otras como erróneas desviaciones. Era un asunto del que no se deseaba hablar, casi como si no existiera. Sin embargo, creo que a causa del paulatino incremento de nuevas corrientes dentro del pensamiento teórico y de la técnica psicoanalítica, esta actitud de no prestar atención se ha ido haciendo insostenible y los psicoanalistas se han visto forzados a reconocer el hecho de que, dentro de la misma A.P.I., las diferencias son tan enormes que se han sentido obligados a referirse a ellas. Es indudable que al dialogar han podido encontrar elementos comunes, pero de ello ha de deducirse que se está produciendo una unificación mediante un abismo. Bien al contrario. Desde 1988, fecha del primer trabajo de Wallerstein sobre este asunto, lejos de producirse la deseada unificación, nuevas corrientes se han visto reforzadas y acrecentadas. La psicología del *self*, el psicoanálisis relacional, el intersubjetivismo, la teoría de la interacción, el nuevo psicoanálisis interpersonal, la psicología de dos personas, la teoría constructivista en psicoanálisis, etc., van expandiéndose y ganando el espacio antes reservado para las dominantes psicología del yo, escuela kleiniana y psicoanálisis francés. Incluso el pensamiento lacaniano, además de su, hasta ahora, imparable despliegue fuera de las fronteras de la A.P.I., se ha infiltrado en el pensamiento kleiniano en los países centroamericanos y sudamericanos, y se ha aposentado en el seno de diversas sociedades psicoanalíticas pertenecientes a la A.P.I., hasta el punto de que en algunas de ellas parece que viven dos distintas comunidades albergadas bajo el mismo techo. En el mismo sentido podemos estimar el renacimiento del interés por autores como Ferenczi, durante tantos años condenado al ostracismo, Sullivan, Fairbairn, Balint, etc., cuya influencia se extiende en muchos ámbitos. Al igual que los astrónomos nos dicen que desde el *big bang* todos los indicios inducen a pensar que el universo cósmico se halla en un estado de expansión continuada, también todas las señales nos inducen a suponer que el universo psicoanalítico, lejos de reducirse a una sola teoría, se despliega en multitud de ellas.

5.º Como ya he dicho al principio de este capítulo, juzgo que el fenómeno de las diversas teorías ha aportado, y continúa haciéndolo, un enorme enriquecimiento al pensamiento psicoanalítico. Ya hemos visto que Schaffer participa de esta opinión. Piénsese en lo que sería el panorama psicoanalítico si la aparición de las nuevas corrientes no se hubiera producido nunca y, por tanto, nos halláramos reducidos a la psicología del yo y al psicoanálisis francés, sea cual sea el valor que cada uno de nosotros pueda otorgar a ambas escuelas. A mi juicio hubiera resultado mucho más beneficioso permitir que las ideas de Adler y de Jung fecundasen el pensamiento psicoanalítico en

lugar de excluirlas del seno de la A.P.I. Lo mismo, aunque las circunstancias sean muy distintas, vale decir de Ferenczi, felizmente en un imparable proceso de recuperación.

6.º La historia del psicoanálisis nos muestra, con sobrada claridad, los insidiosos efectos secundarios de las reclamaciones de una «única y verdadera teoría». Esos indeseables efectos secundarios pueden resumirse en algunas pocas y lapidarias frases del estilo de: «esto no es psicoanálisis», «esto no tiene nada que ver con el psicoanálisis», «esto es anti-psicoanálisis», «esto no es el verdadero psicoanálisis», etc., pronunciadas por numerosos analistas que se creen investidos de la autoridad para decidir qué es psicoanálisis y qué no lo es. Deseo subrayar que no pienso que Wallerstein forme parte de tal grupo. Wallerstein, por cierto, advierte ya de este peligro en su respuesta a Green cuando dice (2005):

La historia del psicoanálisis está repleta de ejemplos de casos de opiniones divergentes o formulaciones teóricas que tratan de explicar el mismo fenómeno, resueltas, finalmente, no por evidencias o indiscutibles datos, sino por el prestigio del analista senior que más autoritariamente afirma esto o aquello (p. 636; la traducción es mía).

A mi juicio, tanto esta frase excluyente, «esto no es psicoanálisis», como el recurso a la autoridad han producido un terrible daño al desarrollo del psicoanálisis. Parece increíble que, pese a que el psicoanálisis pretende ser una doctrina destinada a anular las represiones y a librar a los pacientes de las ansiedades, fobias, síntomas y conflictos que los atenazan, y que para lograrlo los inducimos, en nuestros consultorios, a hablar sin atenerse a ninguna censura, en muchos institutos y sociedades psicoanalíticas se detecte, especialmente por parte de candidatos y miembros más jóvenes, un verdadero temor a hablar. Este temor tiene siempre la misma motivación de fondo, la de que lo que uno dice o escribe pueda ser juzgado como no psicoanalítico, y hunde, tal vez, sus raíces en los lejanos cuarenta cuando varios miembros del Instituto Psicoanalítico de Nueva York, como Clara Thompson, Karen Horney, Erich Fromm, etc., seguidores de la «psiquiatría interpersonal» de Harry Stack Sullivan, fueron marginados y desprovistos de cualquier cargo directivo o de enseñanza, hasta el punto de que se vieron obligados a abandonar este instituto (Eisold, K., 1998; Schwartz, J., 2000; Steiner, R., 2003).⁶ Me parece que somos muchos los que ante las reclamaciones de la teoría única y verdadera escuchamos resonar esta amenazadora sentencia: «¡esto no es psicoanálisis!».

7.º Pese a las numerosas y crecientes orientaciones divergentes del pensamiento psicoanalítico, en mi opinión todas ellas se reúnen en dos grandes grupos: el modelo pulsional y el modelo de las relaciones de objeto. A ellos cabe añadir el constituido por las orientaciones que Greenberg y Mitchell (1983) llaman de acomodación y estrategias mixtas. Pero yo creo que este tercer grupo no es propiamente una entidad totalmente diferenciada ya que está constituida a expensas de los dos primeros.

8.º En cuanto a las causas de estas divergencias en el pensamiento psicoanalítico que han conducido al florecimiento de tantas distintas escuelas, con lo que llevo expuesto hasta aquí ya he apuntado varias de ellas que ahora no repetiré, y en el resto del capítulo

continuaré hablando ampliamente de este asunto. Pero ahora deseo hacer mención del motivo que Greenberg y Mitchell (1983) estiman más fundamental y que no he visto aducido en ninguna otra parte. Estos autores nos recuerdan que la historia de la filosofía social y política de la cultura occidental se ha desarrollado siempre en torno a dos fundamentales y diferentes puntos de vista de la naturaleza humana: el ser humano como básicamente individual versus el ser humano como básicamente social. En la primera concepción el ser humano vive en su propio mundo subjetivo e individual, busca la satisfacción de sus necesidades y de su placer, construye su propio mundo, en el cual los otros son los rivales con los que ha de competir, aun cuando también pueden ser necesarios. En la segunda concepción, las satisfacciones y metas del ser humano tan sólo pueden conseguirse plenamente dentro de la comunidad; hombres y mujeres son intrínsecamente sociales y su vida sólo tiene sentido en la relación con los otros, a la vez que la naturaleza humana sólo se realiza plenamente en interacción con la comunidad. Yo creo que la antigua máxima de Sócrates «el hombre es un animal político» continúa en pie. Según Mitchell (1988), los recientes descubrimientos antropológicos a través de restos fósiles muestran que, al contrario de lo que generalmente se había pensado, no es que, gracias a un progresivo desarrollo del cerebro, el ser humano creó una sociedad y una cultura, es decir, que primero vino el desarrollo del cerebro y posteriormente las relaciones culturales, sino al revés. La sociabilidad del ser humano, como impulso básico, fue el factor principal en la *selección* de un mayor desarrollo del cerebro. Dice Mitchell:

[...] gradualmente los protohumanos llegaron a estar involucrados en intercambios sociales, tales como el compartir, la mutua sensibilidad, tal vez la empatía, etc., y estas habilidades sociales proporcionaron una ventaja selectiva que hizo los cerebros de mayor tamaño más adaptables (p. 18; la traducción es mía).

Según Greenberg y Mitchell (1983) estas dos concepciones, la individual y la social, del ser humano están tan profundamente enraizadas en nuestras mentes que ellas han regido toda la filosofía política de la civilización occidental durante siglos. Se apoyan, para esa afirmación, en el clásico ensayo de Isaiah Berlin sobre los dos conceptos de libertad: la negativa y la positiva. Rigiéndose por el concepto de libertad negativa el Estado tiende a favorecer la libertad individual del sujeto, protegiéndolo de toda interferencia externa que la limite. Pero si se rige por el concepto de libertad positiva, el Estado tiende a favorecer el desarrollo social del ser humano, de manera que éste se realice en el seno de la comunidad, aunque sea a costa de una limitación de sus libertades individuales. Berlin cree que, de hecho, estas dos concepciones de la libertad son incompatibles entre sí y que dan lugar a dos actitudes inconciliables, aun cuando en la práctica lo ideal es lograr una síntesis de ambas, la cual, como todos sabemos, es dialéctica e inestable, pues, como dice Berlin, la libertad «negativa» y la «positiva» son dos actitudes profundamente divergentes sobre los fines de la vida humana.

Esta digresión ha servido para sentar las bases teóricas de la causa por la que Greenberg y Mitchell consideran que la unificación de todas las teorías psicoanalíticas es algo sumamente difícil e incierto. El modelo pulsional y el modelo relacional son los

representantes, en el campo psicoanalítico, de estas dos distintas concepciones de la naturaleza humana, la individual y la social. El modelo pulsional concibe y estudia la mente humana como una entidad aislada que dirige las fuerzas innatas de su interior hacia el mundo externo para lograr la descarga de sus pulsiones, siendo secundarias a ésta la posibilidad de satisfacción y las relaciones que establece con los otros. Para el modelo de las relaciones de objeto la mente es, ante todo, buscadora del otro, persigue el contacto con los semejantes y no se puede concebir aisladamente, sino siempre desde la perspectiva de una interacción continuada con el medio social que la rodea. Esta identificación de uno y otro modelo con estas dos distintas concepciones de la naturaleza humana y de sus fines es, según los autores que estoy comentando, aquello que hace casi imposible la integración de las teorías psicoanalíticas en una sola.

9.º Quiero terminar estas reflexiones puntuales con mi extrañeza por el hecho de que, al hablar de las posibilidades de un terreno común, parece que los autores que hasta el momento se han pronunciado sobre este asunto olvidan el elemento más indiscutible del mismo, el que por sí mismo justificaría su existencia: la relación analizado-analista.

En los siguientes apartados seguiré argumentando sobre otras razones que explican e, incluso, hacen necesaria la pluralidad psicoanalítica.

1.3. Teoría del conocimiento y pluralidad

1.3.1. El racionalismo crítico de Popper

Para seguir desplegando más ampliamente mi concepción pluralista del psicoanálisis será necesaria una breve excursión por el campo de la teoría del conocimiento, con una sucinta exposición del método del racionalismo crítico, ideado por Popper.

El racionalismo clásico, que creo que después de Popper ha quedado herido de muerte, se caracteriza por su convicción de que existen fuentes seguras del conocimiento y que de lo que se trata es de identificarlas y acceder a ellas. Sobre los fundamentos seguros que nos proporcionan estas fuentes podemos ir construyendo el edificio del saber, es decir, adquiriendo nuevos conocimientos igualmente seguros y universalmente válidos. Por lo que respecta a la identificación de las fuentes indudables del saber existen, en la teoría del conocimiento, dos distintas posiciones. En una se considera fuente segura aquello que capta la razón (intelectualismo). En la otra, aquello que captan los sentidos (empirismo).

El intelectualismo se basa en la razón especulativa y en el convencimiento de que tan sólo mediante la intuición intelectual podemos adquirir los principios generales que nos han de permitir arribar a todos los conocimientos. En la posición empírica, en cambio, se juzga fundamental la capacidad de observación. Esta posición descansa en la convicción de que únicamente mediante la percepción sensorial es posible obtener datos verdaderos, a partir de los que, gracias a la inducción, podemos llegar a principios y teorías generales.

Pero Popper (1950, 1956, 1959, 1962, 1972, 1994), que es un empírico de vigoroso y abierto espíritu,⁷ apoya su pensamiento en torno al conocimiento humano en el

falibilismo, es decir, en la idea de que siempre somos susceptibles de equivocarnos y que, por tanto, no sabemos nada, o muy poco, en el sentido clásico del conocimiento. Por esto dice que todo conocimiento es siempre falible, conjetural, que no existe justificación y que aprendemos por las refutaciones, que son la eliminación de los errores, pero que tampoco hay una justificación definitiva de una refutación y que la inducción, por amplia que sea, no puede conducirnos a conocimientos seguros, es decir, a leyes universales. «Por muchos cisnes blancos que hayamos observado no está justificada la suposición de que todos los cisnes sean blancos», dice Popper en *The Logic of Scientific Discovery* (1959). Creo que es conveniente reflexionar sobre cuán frecuentemente hallamos, en los trabajos psicoanalíticos, que el autor se propone demostrar, en dos o tres viñetas clínicas, la «verdad» de sus concepciones sobre la teoría o la técnica del psicoanálisis, sobre determinado tipo de pacientes, de los cuales él o ella ha tratado, tal vez, media docena como máximo, etc.

Acercarnos a la verdad sólo es posible por medio del método de ensayo y error, es decir, la utilización sistemática de la crítica, la cual nos permite desvelar los puntos débiles de nuestro saber y eliminarlos. Popper generalizó este método, especialmente en su obra *The Open Society and its Enemies* (1950), hasta convertirlo en un método para abordar toda clase de problemas y situaciones, ya sean de tipo cognitivo, político, social, etc. Este autor equipara razón con apertura a la crítica. Concibe así el racionalismo: «Podríamos decir, entonces, que el racionalismo es una actitud en la que predomina la disposición a escuchar los argumentos críticos y aprender de la experiencia. Fundamentalmente consiste en admitir que “*yo puedo estar equivocado y tú puedes tener razón y, con un esfuerzo, podemos acercarnos los dos a la verdad*” [...]. En resumen, la actitud racionalista, o como tal vez podría decirse, la actitud de racionalidad, es muy parecida a la actitud científica en la creencia de que en la búsqueda de la verdad necesitamos cooperación y que, con la ayuda del raciocinio, podemos alcanzar, con el tiempo, algo de objetividad» (pp. 392-393 de la versión castellana; *italicas del autor*).

Diré ahora unas palabras sobre el racionalismo crítico construido por Hans Albert, discípulo de Popper, del que Margarita Boladeras, catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Barcelona, señala (2002): «Si se tuviera que caracterizar en una sola frase la extensa obra de Hans Albert, se podría decir sin exagerar que ha aportado *argumentos* contra *todo tipo* de dogmatismo» (p. 9; *italicas de la autora*). Pues bien, Albert (1973, 1982, 2002) ha construido un racionalismo crítico que se halla en el extremo opuesto del racionalismo clásico. Partiendo del falibilismo, que constituye la pieza clave de la teoría del conocimiento de Popper, lleva muy lejos su afirmación de que no existe ningún fundamento básico en el que podamos apoyarnos con solidez para construir conocimientos seguros. Dice este autor que quien pide para todo un fundamento seguro se encuentra con que aquello en lo que le parece que podemos fundarnos nos pide, después, ser fundamentado a su vez, y así sucesivamente, sin poder detenernos, en una regresión infinita. Así, dice, vamos a parar a un trilema, que él llama de Munchausen,⁸ con tres alternativas que no nos conducen a ninguna parte. Las reproduzco a continuación, tal como yo las entiendo:

1) Una regresión infinita porque cada conocimiento ha de fundamentarse en otro y éste en otro y así sucesivamente hasta el infinito, cosa irrealizable y que nos deja sin ninguna base cierta.

2) Un círculo vicioso que surge cuando, para fundamentar un conocimiento, se recurre a otro conocimiento que también precisa fundamentación.

3) Una interrupción del procedimiento en algún punto determinado de la búsqueda de fundamentación. Esto es factible pero totalmente incorrecto y engañoso, ya que interrumpe el principio de fundamentación de manera impropia y arbitraria.

La segunda y la tercera alternativa son, según Albert, aquellas a las que recurrimos generalmente, con lo cual nos precipitamos en el recurso a un dogma y a la autoinmunización, ya sea porque nos fundamos en una idea que, a su vez, precisa fundamentación, ya sea porque hemos interrumpido arbitrariamente la búsqueda de ésta en un punto concreto. En tal caso, hemos convertido nuestras ideas en dogmas, entendiendo por dogma una convicción, una ideología, un enunciado, etc., que, de acuerdo con el que lo sostiene, no necesita ninguna fundamentación por el hecho de que su verdad es totalmente cierta y no podemos dudar de ella. Una manera de aferrarse al dogma y a la autoinmunización es, también, encerrarse en una disciplina concreta y no querer establecer *puentes*, es decir, vínculos con otros conocimientos que podrían refutar o modificar nuestras convicciones (ésta que estoy realizando, por ejemplo, es una exposición puente que puede servir para refutar el dogmatismo en el psicoanálisis).

El racionalismo clásico autosuficiente, dado que demanda fundamentación para todo y cree que esto es posible —por cuyo motivo es denominado, también, panracionalismo—, cae en el dogma de un conocimiento que juzga «fundamentado» y queda paralizado, a causa de esta seguridad, frente a nuevas concepciones y alternativas, de manera que el conocimiento corre el peligro de permanecer petrificado y sin posibilidad de hallar nuevos horizontes y diferentes caminos. Dice Albert respecto a esto último (2002):

La justificación a base del retroceso a un fundamento seguro descansa siempre en una ilusión, si bien la naturaleza de ésta surge de una necesidad profundamente arraigada: la *necesidad de una certeza*, que puede distinguirse perfectamente del *impulso al conocimiento*, del afán de verdad. Ambas disposiciones parecen incluso, en último término, ser irreconciliables en sus consecuencias (p. 42; cursivas del autor).

Insiste Albert en que el dogma siempre será posible, pero que, si estamos dispuestos a renunciar a la certeza y al postulado clásico de la fundamentación, es dable una concepción diferente del comportamiento racional para la solución de problemas. Yo pienso que los psicoanalistas caemos, muy frecuentemente, en el dogma cuando nos apoyamos en las figuras de autoridad, sea Freud o alguna otra figura prestigiosa del análisis, para mantenernos inamovibles en aquellas concepciones que nos proporcionan la seguridad de estar en lo cierto. Por desgracia, pues, los psicoanalistas podemos tener el consuelo de que no somos los únicos que navegamos torpemente por el proceloso mar del conocimiento.

Puede parecer evidente que, para no ser tachado de inconsistente, el racionalismo

crítico que nos presenta Albert, el cual niega cualquier posibilidad de fundamentación y reivindica la necesidad de vivir permanentemente en la incertidumbre, ha de renunciar a fundamentarse él mismo y ha de permanecer abierto a la crítica, a la duda, y a la posibilidad de refutación. Desde esta perspectiva, la actitud racional-crítica ha de renunciar a exigir para sí misma una seguridad absoluta, a diferencia del racionalismo clásico o autosuficiente, que cree en la certeza y seguridad absolutas y piensa que se halla en la posesión de la verdad. El racionalismo crítico de Albert no pretende, de ninguna manera, ser autosuficiente y, por tanto, es autocomprendido o autoenglobante, en el sentido de que se incluye a sí mismo en su carencia de fundamentación. De esta manera, el racionalismo crítico autoenglobante puede ser denominado, también, pancrítico, cosa que nos servirá para diferenciarlo del racionalismo crítico popperiano. Si no fuera de esta manera, si se presentara como portador de una verdad irrefutable, entonces el dogmático, al que Albert combate sin tregua, podría rebatirlo con el clásico *tu quoque*. Hemos de tener en cuenta que nadie puede ser convencido para que adopte el pensamiento racionalista por medio de razonamientos, porque aquel que atiende a los razonamientos es, únicamente, aquel que ya se halla instalado en la actitud racional. Ahora bien, aunque brevemente, he de advertir que el punto débil de este racionalismo pancrítico es que, empujado por su actitud radicalmente antidogmática, cae en el dogmatismo, porque una actitud crítica que rechaza fundarse en otra cosa que no sea el falibilismo y la duda consiguiente, queda a salvo de toda refutación. Nunca puede ser refutada, porque si alguien consigue hacerlo lo que logrará será darle la razón en cuanto a que no existe ningún fundamento seguro del conocimiento. No atrincherarse en ninguna posición, ya que para hacerlo serían necesarios fundamentos seguros, da lugar a una autoinmunización. Recuerda el «si cara gano yo, si cruz pierdes tú» (Marquès, A., 1996). Así, con su insistencia en ser antidogmático a todo trance, el racionalismo pancrítico cae en el dogmatismo. Parece que las cosas son cada vez más difíciles cuando nos ponemos a pensar.

En gran parte, he introducido este racionalismo pancrítico de Albert para perfilar mejor el racionalismo crítico de Popper, el cual se encuentra entre el racionalismo de Albert y el racionalismo clásico panracionalista, huye absolutamente de todo dogmatismo y, por tanto, se dirige hacia la defensa de la pluralidad. Insiste Popper en que, como ya he dicho antes, no puede convencerse con argumentos racionales a favor de la razón a quien no está ya instalado en la razón y, por tanto, su propia decisión por el racionalismo crítico es una determinación, dice Popper refiriéndose a él mismo, basada en la fe en la razón, puesto que no existen argumentos realmente válidos que nos aseguren la verdad a partir de unos fundamentos incuestionables. Ahora bien, la decisión de Popper a favor del racionalismo crítico, movida por un acto de fe en la razón, no es irracional, tal como él nos dice en *The Open Society and its Enemies* —seguramente por temor a ser dogmático— ya que la justifica con argumentos dirigidos a la razón, pese a que no son argumentos científicos, sino más bien de tipo moral, éticos, humanitarios y basados en la experiencia. Por esto, Popper reconoce que el racionalismo crítico que nos presenta es un racionalismo modesto que confiesa francamente sus límites. Además admite, a

diferencia de Albert, que para que una decisión sea racional y no arbitraria no es suficiente con que sea criticable, sino que es menester que exponga sus razones.

Los argumentos de Popper a favor de la razón, entendida como apertura a la crítica y, por tanto, en pro del racionalismo crítico, se refieren a la superioridad de este último sobre el irracionalismo y, en general, sobre todas las actitudes fundamentalistas. Esta superioridad se basa en su mayor capacidad para crear las condiciones para el desarrollo de una sociedad justa y democrática, para el bien de los seres humanos y para el progreso de la ciencia. Pienso que puede fácilmente comprenderse, sin necesidad de muchas disquisiciones, que conocimiento y decisión son inseparables. Así, podemos ver cómo en el campo de la ciencia, de la política, de nuestras relaciones con los otros y de los innumerables pequeños detalles de la vida cotidiana nuestras decisiones son tomadas de acuerdo con nuestros conocimientos. Por ello, podemos decir que el racionalismo crítico no es tan sólo una actitud y una toma de posición frente a la ciencia y la investigación, sino también una forma de vivir y una manera de plantear nuestro trato con la sociedad y con nosotros mismos.

Dado que el racionalismo crítico huye del dogmatismo y aboga por la pluralidad, una sociedad basada en esta actitud ha de crear las instituciones necesarias y se ha de dotar del funcionamiento adecuado para que esta pluralidad y esta expresión y examen de las diversas alternativas sean posibles. Es decir, se ha de estructurar democráticamente, porque únicamente en el seno de una sociedad democrática es factible el ejercicio del racionalismo crítico. Porque aquello que promueve el racionalismo crítico, tanto en la esfera del conocimiento como en el de la decisión, es decir, en el de la praxis humana, es la necesidad de escuchar todas las voces, y las diversas alternativas, tener en cuenta las diferentes perspectivas desde las que puede abordarse cualquier decisión, tanto en la teoría como en la práctica, el desenvolvimiento de distintas posibilidades y, muy especialmente, el hecho de respetar a los otros como interlocutores válidos, cuyos argumentos han de ser tomados en consideración. El racionalismo crítico huye del principio de autoridad, de las actitudes autoinmunizadoras, de las *hipótesis ad hoc*, del compromiso ciego, del fanatismo, de todo totalitarismo y del fundamentalismo, ya sea religioso, político o científico. Su vía es el diálogo en el que, como punto de partida, pensamos que el otro quiere argumentar con nosotros tan seriamente como nosotros deseamos hacerlo con él; aquel diálogo en el que el otro, siguiendo con esto el pensamiento de Gadamer (1975), siempre puede tener razón. Y todo esto únicamente es practicable en una sociedad democrática y justa. Éstas son las razones y los argumentos en que se basa Popper para su fe en la razón y la adopción del racionalismo crítico. Y, aun cuando sean razones y argumentos morales y no científicos, no son irracionales porque se apoyan en una razón fundamental o básica que los incluye y que se nutre de la experiencia, el diálogo y el anhelo de libertad y de solidaridad que son propios de los seres humanos (Marquès, A., 1996). La racionalidad fundamental no se apoya tan sólo en argumentos críticos, sino también en argumentos positivos a favor de situaciones y objetivos que la experiencia nos muestra como valiosos y éticamente necesarios. Cuando argumenta el porqué de su decisión, Popper insta un debate con argumentos, lo cual

es la más elevada forma de racionalidad, y, además, las razones que aduce son expresión de principios éticos, como el rechazo de la violencia y la instauración de la justicia social, en los cuales podemos fundamentarnos. Por otro lado, proponiendo el debate como el camino real de la racionalidad, la crítica intersubjetiva queda establecida como aquello que sostiene la objetividad científica. Es esta racionalidad fundamental la que permite que el racionalismo crítico, a diferencia del racionalismo clásico panracionalista y del racionalismo pancrítico, sea una posición no escéptica, sino argumentada, criticable y no dogmática.

1.3.2. Las ideas de J. Habermas, de K. Apel y de I. Berlin

Deseo ahora subrayar que Habermas (1987) y, especialmente, Apel (1985, 1991), a partir del estudio de los actos de habla, han puesto de relieve que los principios de la crítica intersubjetiva, que pertenecen a la racionalidad lógico-formal (componente semántico-referencial de los actos de habla) y a la reflexión discursiva (componente pragmático-comunicativo), no pueden caer dentro de la esfera de aquello que es falible, ya que, si fuera así, la crítica no tendría consistencia, o sería irracional si nos apoyáramos en ellos sin razones. Pero todavía podemos decir algo más sobre esto. Los seres humanos estamos enraizados en el lenguaje, somos lenguaje, como dice Gadamer, y la finalidad del lenguaje es la comunicación, entendernos unos con otros. Claro está que podemos emplear el lenguaje para mentir, engañar, dominar a los otros, etc., pero esto son enfermedades del lenguaje, hasta el punto que podemos decir que son un falso lenguaje. La verdadera función del lenguaje es la comprensión mutua, y por ello cuando expresamos una proposición, es decir, cuando afirmamos o negamos algo, elevamos una pretensión de verdad, o sea que pretendemos que esta proposición sea reconocida como verdadera, y lo mismo suponemos de nuestros interlocutores. Dice Habermas (1987) que en todos los actos de habla de acción orientada a hacernos entender por los otros (yo creo que esta orientación constituye el componente pragmático-comunicativo) hay un «consenso de fondo» en el sentido de que tanto los que hablan como los que escuchan se suponen mutuamente de acuerdo en cuatro pretensiones de validez que cada uno de los locutores ha de sostener: es necesario hablar inteligiblemente, es necesario ser veraz, es necesario considerar las respectivas emisiones como verdaderas y es necesario considerar correcta una norma relevante para el acto de que se trata. Estas cuatro pretensiones de validez son, pues, como dice Marquès (1996), inteligibilidad, verdad, veracidad (o sinceridad) y rectitud. Por lo que respecta a la rectitud, dice este último autor: «es la pretensión de que este acto ha sido cumplido de acuerdo con las reglas del juego o las normas que lo rigen» (p. 197; la traducción es mía). Creo que cuando hablamos seriamente, con la intención de entender y darnos a entender, estas pretensiones de validez son irrefutables y, por tanto, se hallan ancladas en la racionalidad fundamental. Son, dice Apel (1991), pretensiones más allá de las cuales no podemos ir, ya que el locutor no las puede impugnar, porque si lo hiciera caería en una en una autocontradicción performativa.⁹ Apel nos da ejemplos de estas autocontradicciones

performativas: «afirmo, con esto, que yo no existo», «afirmo, como verdadero, que no tengo ninguna pretensión de verdad». Por tanto, el racionalista crítico encuentra, en las pretensiones de validez de los hombres y las mujeres que hablan seriamente para ser comprendidos, un fundamento seguro.

A diferencia del racionalista crítico, las mujeres y los hombres que precisan una certeza absoluta que les ofrezca seguridad en su existencia y un punto de Arquímedes en el que apoyarse, tanto en su vida cotidiana como en sus concepciones científicas, aspiran a inmunizar sus convicciones contra toda crítica y toda argumentación contraria, y pretenden que sean consideradas como verdades absolutas que no pueden ser discutidas, a causa de lo cual caen en la irracionalidad y el dogmatismo. Mientras que el racionalista crítico valora positivamente toda clase de pluralidad, el que busca la fundamentación absoluta, en ciencia, como en política, acaba fácilmente en el fundamentalismo, se inclina decididamente por el monismo y presiona a su interlocutor con la elección de una única alternativa. Y ahora, al decir esto, puedo desvelar mis motivos para haber expresado una teoría falsa en torno al valor de Aquiles. Deseaba, con ello, poner de relieve que, muy a menudo, las teorías falsas penetran en la mente de los hombres y de las mujeres, y calan en la sociedad, porque aquellos a quienes van dirigidas no poseen suficiente información. Así, por ejemplo, aquellos que no hayan adquirido unos medianos conocimientos acerca de los personajes de la *Iliada* habrían sido fácilmente engañados por la teoría que concebía a Aquiles como un jugador con las cartas marcadas, en el caso de que yo no hubiera advertido acerca de su falsedad. Es menester estar razonablemente informado sobre el mundo, la sociedad y la cultura en los que vivimos para poder ser pluralista. Ser monista es más cómodo. Infortunadamente, los seres humanos monistas o monolíticos suelen practicar la percepción selectiva para no enterarse de aquello que va en contra de su teoría.

Isaiah Berlin, uno de los más grandes pensadores del siglo XX, comienza su ensayo *El erizo y la zorra* (1953), dedicado al escritor ruso León Tolstoi, citando un fragmento del poeta griego Arquiloco: «La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante». Continúa Berlin diciendo que los seres humanos se dividen en erizos y zorras y que los erizos son aquellos que

[...] lo relacionan todo con una única visión central, con un sistema más o menos congruente e integrado en función del cual comprenden, piensan y sienten —un principio único universal y organizador que por sí solo da significado a cuanto son y dicen— mientras que los que son zorras: realizan acciones y sostienen ideas centrífugas más que centrípetas; su pensamiento ocupa muchos planos a la vez, aprehenden el meollo de una vasta variedad de experiencias y objetos según sus peculiaridades, sin pretender integrarlos ni no integrarlos... en una única visión interna, inmutable y globalizadora (pp. 39-40).

Yo creo que Berlin nos ofrece claramente, con estas palabras, su concepción de los seres monistas y los seres pluralistas a quienes acabo de referirme. Pero también pienso que todos nosotros llevamos en nuestro interior, queramos o no, un erizo, y que continuamente hemos de luchar para detectarlo y desprendernos de él. ¡Resulta tan confortable sentirse en posesión de una verdad segura y a salvo de toda duda! En tanto

que psicoanalistas conocemos sobradamente la proclividad de la mente humana, ante la contingencia de la existencia, de la muerte, del dolor, de la incertidumbre y de nuestros propios conflictos internos, a buscar el puerto seguro que nos brinde un refugio donde ampararnos y a encontrar una visión del mundo completa, absoluta y coherente que nos libere de nuestra ansiedad. Y sabemos, también, que nuestro narcisismo nos empuja, furiosamente, a identificarnos con un objeto idealizado (o a sentirnos diferentes del objeto totalmente malo y distantes de él) para, de esta manera, gozar de todas las cualidades y privilegios que le atribuimos.

Espero que el lector comprenda el interés de esta pequeña excursión por la teoría del conocimiento a fin de defender la concepción pluralista del psicoanálisis, la cual, según yo pienso, ha de ser vivida desde la perspectiva del racionalismo crítico. Pero no quiero dar fin a este apartado, en el que he empleado abundantemente los conceptos de razón y racionalidad, sin subrayar que, como ya he dicho en otro lugar (2001), la única auténtica racionalidad es la racionalidad ética. Como dice Popper (1950), si bien no hay una base científica de la ética, sí que hay una base ética de la ciencia. El que pretende servirse de la racionalidad de manera «instrumental» o «estratégica» sin atender a la ética está cayendo en la irracionalidad, porque los comportamientos deshonestos, la mentira y el nihilismo ético, así como la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, son irracionales por más que los disfracemos con razonamientos (Apel, K. O., 1985, 1991; Habermas, J., 1987; Marquès, A., 2001). Habermas, en particular, contrapone a las acciones *estratégicas* e *instrumentales* las acciones *comunicativas*. Afirma:

Hablo, en cambio, de acciones *comunicativas* cuando los planes de acción de los actores implicados no se coordinan a través de un cálculo egocéntrico de resultados, sino mediante actos de entendimiento. En la acción comunicativa los participantes no se orientan primariamente al propio éxito; antes persiguen sus fines individuales bajo la condición de que sus respectivos planes de acción puedan armonizarse entre sí sobre la base de una definición compartida de la situación (p. 367; cursivas del autor).

Yo creo que es a causa de no tener en cuenta estas ideas fundamentales que, actualmente, gran parte de los seres humanos han perdido la fe en la razón.

A continuación doy un pequeño esquema para resumir las tres clases de racionalismo que he descrito.

a) *(Pan)racionalismo autosuficiente o clásico.*

La racionalidad se fundamenta en fuentes seguras del conocimiento, sobre las cuales podemos edificar, sucesivamente, nuevos conocimientos seguros. De esta forma, llegamos a dogmas irrefutables.

b) *Racionalismo (pan)crítico que se incluye a sí mismo.*

El principio de fundamentación es substituido por el principio del examen crítico. No existe ninguna fuente segura del conocimiento. Este mismo racionalismo puede ser refutado. Por tanto, la refutación le da la razón. De esta manera, se autoinmuniza y, en su afán de ser antidogmático, se convierte en un dogma irrefutable.

c) *Racionalismo crítico popperiano.*

En última instancia, se trata de una actitud derivada de una decisión sostenida por la fe en la razón, y esta fe en la razón es defendida por argumentos morales, éticos y solidarios que pueden ser criticados y refutados. Por tanto, no se convierte en un dogma. Se nutre de los principios incuestionables del diálogo y la crítica intersubjetiva.

1.4.El pluralismo crítico¹⁰ en psicoanálisis

1.4.1.Delimitación del concepto

El término pluralismo crítico lo he visto por primera vez aplicado al psicoanálisis por parte del psicoanalista C. Strenger (1991), y aunque él no se refiere a la teoría del conocimiento ni al racionalismo crítico, pienso que esta denominación encaja perfectamente con la tesis que propongo. Este autor habla de «puristas» y «pragmáticos», de una manera similar a como yo vengo haciendo con monistas y pluralistas. Lo que yo sostengo es que la visión racional, crítica y pluralista del conocimiento, a la que me he estado refiriendo en el apartado anterior, debemos trasladarla no tan sólo a nuestra actitud frente al psicoanálisis, sino también a las sociedades psicoanalíticas y a sus programas de enseñanza. La historia del psicoanálisis nos muestra, con excesiva evidencia, que los analistas hemos sido casi siempre erizos en la terminología de Berlin, con lo cual no hemos recordado suficientemente que, si bien Freud rechazaba con gran contundencia toda teoría que le parecía que se alejaba de su concepción de la energía libidinal y de su metapsicología, por otro lado consideraba como tratamiento psicoanalítico todo aquel que tuviera en cuenta el inconsciente, el Edipo, la transferencia y las resistencias. A causa de este olvido, las diversas escuelas psicoanalíticas han estado, hasta hace algunos pocos años, extraordinariamente encerradas dentro de sí mismas, tanto respecto a otras escuelas como por lo que concierne a las disciplinas humanas y a las ciencias en general. Pues bien, yo creo que ya ha llegado la hora de que comencemos a ser «zorras». Para mí, el pluralismo crítico nos permite emplear todos los conceptos e hipótesis que la tradición psicoanalítica ha ido acumulando a lo largo de los años, pero despojándolos del carácter dogmático del que, con el paso del tiempo, han sido revestidos, y, por tanto, nos posibilita dotarlos de un natural más fresco y flexible, al tiempo que nos predispone a advertir, examinar y apreciar las posibles nuevas alternativas que pueden o bien substituir o bien enriquecer y ensanchar las ya conocidas.

1.4.2.La confusión entre nihilismo y relativismo

Una cuestión importante es la de no confundir pluralismo con relativismo o eclecticismo. Frecuentemente, se acusa a quienes sostienen o son partidarios de la concepción pluralista del psicoanálisis de «relativismo», dando a este término un sentido peyorativo de algo indeseable moralmente y anticientífico. En principio, debo decir que en esta acusación se suele confundir relativismo con «nihilismo»,¹¹ cosa no extraña

porque es una confusión que se ha extendido al lenguaje ordinario y, muchas veces, también al lenguaje académico. El nihilismo suele dividirse en metafísico, epistemológico y moral. El nihilismo metafísico niega la realidad substancial, de manera que sólo podemos conocer fenómenos. El nihilismo epistemológico niega taxativamente la posibilidad del conocimiento. El nihilismo moral, el más popularizado y más denostado socialmente, niega que haya principios morales válidos y, por tanto, que haya reglas de comportamiento, ideas, actitudes, valores, etc., moralmente superiores a otros, lo cual hace que todo dependa de la libre interpretación de cada individuo y que éste no se halle obligado por ningún tipo de norma, social ni moral, ni tenga por qué justificar su conducta.

El relativismo no dice nada de esto. El relativismo, tanto como actitud o como doctrina filosófica o epistemológica, lo único que dice es que no existe ninguna proposición que sea válida en todo contexto y en todo momento, es decir, afirma que aquello que es válido en un contexto y en un momento histórico determinado puede dejar de serlo en otro contexto y en otro momento. A fin de cuentas, esta proposición no está tan alejada del pensamiento psicoanalítico, puesto que me parece que todos estamos de acuerdo en que una interpretación verídica, o pertinente, en un momento determinado del proceso analítico puede no serlo en otro momento o en otro contexto. De aquí, precisamente, la importancia que siempre se ha dado en la teoría de la técnica psicoanalítica a la pertinencia¹² y al *timing* de las interpretaciones. El relativismo no niega, en absoluto, que hay valores y comportamientos moralmente superiores a otros, en el campo de la ética, ni proposiciones y teorías más cercanas a la verdad que otras en el ámbito epistemológico. El relativista admite que existen valores superiores a otros y proposiciones acerca de la realidad que poseen una mayor cantidad de verdad o están más próximas a ella, que otras, y puede luchar y esforzarse en defensa de esto que cree moralmente mejor, o más cierto desde la perspectiva epistemológica. Afirma respecto a esto Ibáñez (2001):

El relativista no renuncia ni mucho menos al uso del concepto de verdad, pero considera que la verdad es siempre relativa a unas «determinadas condiciones de verdad», es decir, al «régimen veritativo» propio de un determinado contexto de enunciación. Y estos contextos de enunciación se articulan siempre sobre la base de un conjunto de convenciones que resultan de decisiones implícitas o explícitas (p. 67; comillas del autor).

Evidentemente, el relativismo, como no podría ser menos, tampoco puede presentarse como una verdad absoluta y ha de aceptar ponerse en duda a sí mismo. Por si he sido demasiado contundente en mis afirmaciones, remito al lector a mi adscripción al racionalismo crítico de Popper, según he expresado en la sección 3, cuya máxima fundamental es *«yo admito que puedo estar equivocado y que tú puedes tener razón»*. A fin de cuentas, esto no es muy diferente del pensamiento científico predominante en el momento presente, que nos dice, como ya he expuesto al citar a Popper, que todo conocimiento es falible y conjetural, y que las teorías pueden refutarse, pero no justificarse definitivamente. Ignoro si los analistas que juzgan cierta y aun conveniente la

pluralidad del psicoanálisis se consideran a sí mismos, o no, relativistas, pero lo que no creo es que ninguno de ellos piense, seriamente, que todas las proposiciones son igualmente verdaderas o falsas, o que no hay valores éticos de ninguna clase, precisamente cuando en psicoanálisis la técnica presupone una ética, y sostengo que el relativismo, confundido con nihilismo, es un fantasma que se agita para amedrentar a todos aquellos que no se muestran suficientemente positivistas o convencidos de una determinada verdad. De todas maneras, no creo que para sostener la concepción pluralista del psicoanálisis sea menester ser relativista. Yo, por lo menos, no lo soy, porque creo que hay verdades inalienables y absolutas, como es el derecho a la vida y a la libertad. Tal vez se me puede juzgar como un relativista moderado. Algunos autores, seguramente como una manera de huir de la confusión del relativismo con el nihilismo, han adoptado el término de «perspectivismo» (Aron, L., 1996). No se puede negar, con todo, que el relativismo extremadamente radical puede, en ocasiones, presentar fronteras muy borrosas con el nihilismo. Pero esto ocurre con mucha frecuencia en todos los campos del conocimiento; hay conceptos que tienen fronteras borrosas y compartidas entre sí, sin que de ello quepa deducir que son lo mismo.

En cuanto al eclecticismo, en el caso del análisis sería utilizar una mezcla, variable según los casos, de la «técnica» correspondiente a diversas escuelas o teorías psicoanalíticas, pero lo que yo afirmo es que el psicoanálisis no es una cuestión de técnica instrumental, sino de aquella sabiduría práctica que Aristóteles denomina *phrónesis*.

1.4.3. La necesidad de un diálogo continuado

Para mí, el pluralismo crítico en el psicoanálisis nos lleva a considerar y valorar todas las posibles alternativas para una mejor comprensión de la mente humana, y de cada paciente en particular, y a mantener un continuo diálogo entre las diversas corrientes y escuelas del pensamiento psicoanalítico, de manera que éstas puedan llegar a enriquecerse y complementarse mutuamente, a la vez que buscan aquello que las une y aquello que las distingue. Pero esto, dando por supuesto que este diálogo no ha de tener lugar únicamente en el curso de encuentros y discusiones académicas, sino que ha de ser un diálogo interiorizado dentro de cada uno de nosotros, de la misma forma que esperamos que nuestros pacientes internalicen el diálogo analítico como objetivo supremo de su análisis.

Creo que las reflexiones que he desarrollado alrededor de la teoría del conocimiento y la adopción del racionalismo crítico nos han de conducir a rehuir todo intento de convertir cualquier concepto psicoanalítico, aun cuando se trate de las afirmaciones más contundentes de Freud y de los más prestigiosos de sus seguidores, en una verdad incontestable que no admite dudas ni contradicciones. Porque tengo la seguridad de que si aplicamos esta actitud racional y crítica al espacioso panorama de la teoría y la práctica psicoanalíticas, tanto en su desenvolvimiento histórico como en el momento actual, podremos llegar a una conclusión que intentaré ahora plantear en cuatro puntos que, por

igual, nos conducirán a la misma consecuencia: la de que *hemos de ser mucho más modestos de lo que generalmente somos en cuanto a nuestros conocimientos psicoanalíticos. No estamos en posesión de la verdad y sólo podemos aproximarnos un poco a ella*. Pero esto no ha de ser tomado como una rendición, sino como una invitación a avanzar para aproximarnos lo más posible a la verdad, sin caer en dogmatismos paralizadores.

a) Toda teoría psicoanalítica —en realidad como toda teoría científica— referente a la evolución, funciones, patología, etc., de la mente humana ha sido construida en un contexto histórico, cultural, social, moral, etc., por parte de personas totalmente sumergidas dentro de este contexto, lo cual les ha llevado a interpretar de una determinada manera aquello que han percibido, de acuerdo con sus presupuestos, experiencias previas, conocimientos, etc., sin que les haya sido posible entenderlo de una forma distinta. Incluso las figuras más geniales únicamente pudieron llevar a cabo sus descubrimientos dentro del contexto que los contuvo. Todo conocimiento es interpretación de la realidad, y toda interpretación parte de determinados presupuestos y de otras interpretaciones previas. Otras personas, en otros contextos histórico-culturales habrían descubierto otros aspectos y matices de la mente humana.

b) En cada momento y en el seno de cada cultura ha existido, aunque de manera no formulada, un modelo de la evolución normal y sana del ser humano, y sobre este modelo se han desarrollado la teoría y la técnica del proceso analítico. Freud era un moralista, pese a que sus contemporáneos no supieron captarlo, y su psicoanálisis tenía como objetivo convertir a sus pacientes, a través de la renuncia al principio del placer, en ciudadanos íntegros y honestos de acuerdo con las normas de la sociedad de su tiempo. Los seguidores de Freud han continuado configurando los objetivos que han de alcanzarse con el tratamiento psicoanalítico, de acuerdo con el contexto cultural del momento.

c) En todo momento, a lo largo de la historia del psicoanálisis, los analistas pertenecientes a las diversas escuelas psicoanalíticas han juzgado sinceramente que ayudaban a sus pacientes, pese a partir de concepciones diferentes y de distintas técnicas interpretativas. Y han tratado siempre de demostrar la mejoría obtenida por sus pacientes mediante sus trabajos clínicos. No tenemos ningún motivo para no creerles a todos ellos, aunque ninguno de nosotros, los analistas, demostramos nada, a excepción de la manera que tenemos cada uno de nosotros de presentar nuestros trabajos clínicos cuando lo hacemos. Desafortunadamente, también a veces demostramos la manera como hacemos encajar, forzosamente, la comunicación de los analizados en nuestras teorías, o la forma como les hemos adoctrinado hasta tal punto que el material que producen viene guiado por ellas. Por tanto, no podemos decir que una teoría psicoanalítica sea verdadera y las otras erróneas, y ni tan siquiera tenemos razones para acreditar que una de ellas esté más cerca de la verdad que sus rivales. Además, debemos tener en cuenta que, en la inmensa mayoría de los casos, pertenecer a una u otra escuela psicoanalítica no depende de una elección racional, sino del azar, casi siempre geográfico, de haber sido formado en uno u otro instituto de psicoanálisis. Haber nacido en Barcelona, París o Nueva York

determina, por regla general, la orientación teórica y práctica de los psicoanalistas. Esto es, por tanto, algo muy poco sólido, de manera que no es menester que seamos psicoanalíticamente xenófobos. Ahora bien, el hecho, aparentemente paradójico, de que basándose en diferentes teorías, que incluyen su peculiar técnica, las diversas escuelas pretenden todas ellas ayudar a sus analizados puede explicarse a través de la concomitante presencia de cuatro factores o elementos en todo proceso psicoanalítico.

1) Todos los analizados adquieren, a través del *insight*, un incremento del conocimiento de sí mismos, pese a que la clase de este nuevo conocimiento dependerá de la teoría con la que trabaja el analista, y, a la vez, han internalizado una actitud de autoanálisis y búsqueda de su realidad interna, todo lo cual promueve una modificación beneficiosa de su personalidad (Coderch, J., 1995).

2) Todo proceso psicoanalítico se fundamenta en dos agentes: la interpretación que promueve el *insight* y la experiencia de la nueva relación paciente-analista. Estos dos agentes son complementarios y circulares, de manera que la nueva experiencia de relación es el basamento sobre el que puede tener lugar el *insight*, y este último es el principal artífice de la nueva experiencia de relación. Esta relación e interacción paciente-terapeuta está presente siempre, sea cual sea la orientación teórica y técnica del analista, y basta para dar razón de la mejoría obtenida en análisis llevados a cabo bajo distintas orientaciones.

3) Todo acto interpretativo, en virtud de ser un acto de habla, posee dos distintos componentes, de acuerdo con la actual filosofía del lenguaje (Austin, J., 1962; Habermas, J., 1987; Apel, K.O., 1991; Searle, J., 1969).¹³ Uno, el más visible de ellos, es el que denominamos *semántico-referencial*, constituido por la proposición o conjunto de proposiciones sobre la realidad de la mente del paciente, las cuales pueden ser verdaderas o falsas. El otro componente, más implícito, es el denominado *pragmático-comunicativo*,¹⁴ el cual es una acción que expresa la subjetividad de hablante y sus intenciones hacia el interlocutor. Según mi parecer, las diversas teorías psicoanalíticas se distinguen por sus diferencias en cuanto al contenido semántico-referencial, es decir, por las proposiciones que acerca de la mente del paciente emite el analista. Pero el componente pragmático-comunicativo depende de la personalidad del analista y, pese a que cada uno de ellos tiene su peculiar psicología, este elemento revela siempre al analizado un factor común en todo proceso psicoanalítico, en tanto que el analista trabaje honesta y adecuadamente: el deseo de este último por ayudar, entender y hacerse entender por su analizado. Lo cual da lugar a una relación que éste experimenta como contenedora y cargada de un significado de afecto positivo. En este sentido, dice Ferrer (2002):

[...] todos los analistas estarían más o menos de acuerdo con que en la interpretación existen una serie de elementos implícitos que reflejan aquello que el analista piensa, su manera de comprender al paciente y, especialmente, su coherencia interior (p. 119).

Con relación a esto quiero también recordar el trabajo de A. De Miguel y M. Valcarce

(2000), en el que se pone de relieve el predominio de la experiencia relacional en el recuerdo que en torno a su análisis expresaron un grupo de analistas que se prestaron a una investigación sobre este tema.

Daré un ejemplo, para hacer más comprensible aquello que pone en evidencia el elemento pragmático-comunicativo del acto de habla. El ejemplo no será psicoanalítico, sino únicamente lingüístico, a fin de evitar que las teorías psicoanalíticas de cada uno de los lectores puedan interferir en la desnuda comprensión de este elemento pragmático-comunicativo del lenguaje. Escogeré el sencillo enunciado que da Austin para explicar el elemento performativo de los actos de habla, «hay un toro en el campo», y, dejando al margen el texto de Austin que sigue a continuación del enunciado, utilizaré éste para imaginar una escena figurada, de acuerdo con mis propósitos.

Supongamos que dos paseantes por la campiña andaluza llegan ante un amplio espacio cercado por una fuerte alambrada pero con una puerta de acceso. Y supongamos que uno de ellos detiene al otro y profiere el sencillo enunciado de Austin: «hay un toro en el campo». El elemento proposicional del hablante es explícito: afirma una realidad, y esta afirmación puede ser verdadera o falsa. En este caso, no tenemos ningún motivo para sospechar que es falsa. El elemento pragmático-comunicativo, en cambio, es implícito y contingente, pero, en un caso así, puede suponerse, fácilmente, que contiene las siguientes meta comunicaciones: «creo que es peligroso para ti que entres dentro de este cercado en donde hay un toro, ya que no creo que tú seas un experto en el arte del toreo»; «pienso que sabes lo que es un toro y el peligro que supone acercarse a él»; «me preocupo por ti y te hablo para evitarte daños»; «creo que puedes entenderme (de otra forma no diría esto, o lo diría de otra manera); tomo sobre ti una responsabilidad limitada, sólo te informo, no te prohíbo ni te impido de ninguna manera que hagas lo que te parezca» ; «pienso que podrás aprovechar mi información (si no fuera así, no te la habría ofrecido)»; «tuya es, en último termino, la responsabilidad por tu comportamiento», etc. Como es natural, el tono de voz, la modulación, el momento en el que se pronuncia el enunciado y, especialmente, el clima afectivo general de la relación entre los dos interlocutores pueden dar lugar a que el segundo de ellos sienta que recibe otro tipo de aviso como, por ejemplo: «no eres capaz de cuidar de ti mismo»; «no aciertas a ver nada y siempre dependes de mí»; «no es cosa mía lo que pueda sucederte», etc. O bien: «te prohíbo que entres dentro del cercado»; «yo me hago completamente responsable de ti y has de hacer lo que yo te mando», etc.

Pues bien, lo mismo ocurre en el diálogo analítico. Además del contenido proposicional sobre la realidad de la mente del analizado, con el componente pragmático-comunicativo el analista revela al analizado su actitud y su manera de relacionarse con él. Y una y otra pueden ser muy parecidas, de acuerdo con su estilo personal, en diversos analistas que trabajan con diferentes teorías, y muy divergentes entre analistas que trabajan con el mismo modelo teórico y técnico. Esto permite suponer, y la experiencia parece confirmarlo, que el éxito de un tratamiento psicoanalítico depende más de la personalidad del terapeuta que de la escuela psicoanalítica a la que pertenece. Quiero subrayar que el sentido de una interpretación no puede nunca entenderse considerando tal interpretación

de manera aislada, por aquello que explícitamente el analista dice, sino tan sólo situándola en el contexto emocional y relacional en cuyo seno se está desarrollando el proceso psicoanalítico.

4) El encuentro de dos subjetividades, la del analizado y la del analista, da lugar a un campo intersubjetivo. La clarificación de este campo y el reconocimiento de la subjetividad del analista por parte del analizado permiten a este último el reconocimiento y desarrollo de la propia subjetividad.

d) La mente humana no se halla directamente determinada por fuerzas biológicas, sino que éstas son únicamente portadoras de un potencial que se despliega de manera diferente según la matriz psicosocial (afectiva, cultural, social, etc.), dentro de la cual el sujeto nace y se desarrolla. A esto debemos añadir que la personalidad y las capacidades racionales y científicas del analista que teoriza sobre sus experiencias con los analizados también dependen de la matriz psicosocial que les es propia, de la misma manera que Freud desarrolló su metapsicología de acuerdo con las concepciones científicas en las que había sido educado. Nadie puede saltar por completo fuera de su historia (biológica, cultural, afectiva, científica, etc.), y ella pone un límite a nuestra capacidad de descubrir y de conceptualizar.

Y pienso que es la modestia a la que me he referido antes de plantear estos cuatro puntos, la de admitir que no estamos en posesión de la verdad, la que ha de llevarnos a ser pluralistas y no monistas, es decir, a mantener una constante actitud crítica hacia la teoría en la que hemos sido formados y a estudiar con interés las otras y a dialogar respetuosamente con ellas, sintiéndonos dispuestos a modificar la primera siempre que nuestra experiencia y nuestros conocimientos así nos lo indiquen. Yo creo que una mal entendida fidelidad a los lazos afectivos y un espíritu de cuerpo inscrito en la particular sociedad psicoanalítica a la que todos pertenecemos constituyen un obstáculo no sólo para el desarrollo del pensamiento psicoanalítico, sino también para el propio crecimiento personal.

1.5.El dispositivo personal de observación es responsable del resultado de ésta

Desde el punto de vista epistemológico es, sin duda, sorprendente la existencia de tan diversas teorías psicoanalíticas que intentan explicar el desarrollo y la patología de la mente humana, así como la manera de modificar, por vía puramente psicológica, dicha patología. Lo primero que cabría deducir es que o una de ellas es verdadera y todas las otras son falsas, o que todas ellas son falsas. Un primer argumento que puede aplicarse para rebatir esta afirmación es que la mente humana es tan amplia y compleja que no existe ninguna teoría que pueda abarcarla por entero, y que cada una de las teorías psicoanalíticas contempla la mente humana desde una peculiar perspectiva y, por tanto, construye un modelo de la misma a partir de tal perspectiva. Una tendencia globalizadora nos puede llevar a complementar los distintos modelos y obtener, así, una visión más integral y útil. Yo creo que este argumento es, por lo menos en parte, válido. En ningún ámbito del saber humano existe una teoría que incluya todas las posibilidades. Como ya

hemos visto, en las ciencias físicas tenemos un buen ejemplo de ello en el debate entre las teorías de la relatividad de Einstein y la física cuántica. Por otro lado, consultando la literatura psicoanalítica puede verse fácilmente que, en el momento presente, hay cierto grado de permeabilidad entre las diferentes escuelas y que determinados conceptos e hipótesis que se originaron en alguna de ellas van siendo asimilados por otras, tanto en la teoría como en la práctica, y llegan a ser compartidos, podemos decir, como una propiedad común. Por ejemplo, el concepto kleiniano de identificación proyectiva. Para mí, esto es una prueba innegable de que gran parte de los analistas tienen la impresión de que sus propias teorías son limitadas y que otras escuelas enriquecen y fecundan sus conocimientos. En cuanto a la pregunta de cómo es posible que se pretenda ayudar a los analizados desde diferentes modelos de la praxis psicoanalítica, ya he dado mi particular razonamiento en el anterior apartado. Yo creo que estos dos argumentos son suficientes para explicar esta diversidad de teorías y entendernos sobre ellas, pero también creo que ambos son parciales y que el tema merece otra reflexión y un tercer argumento.

El tercer argumento que pretendo desarrollar descansa en las aportaciones de la física cuántica al conocimiento de la realidad. Hasta el momento, en este capítulo he utilizado los conceptos de verdad y realidad en el sentido en que habitualmente lo hacemos, pero ahora necesito aclarar más mi posición respecto a esta cuestión.

Aunque yo no entiendo de física cuántica, sí que puedo, como cualquiera, tener en cuenta algunas de sus contribuciones a efectos prácticos, de la misma manera que puedo conducir un automóvil sin saber mecánica, y, en el tema que nos ocupa, aplicar estas contribuciones a una mayor comprensión del porqué de la presencia de tan diversas escuelas psicoanalíticas.

La física cuántica nos ha hecho saber que el concepto de «realidad», tal como acostumbramos a pensar y hablar de ella, es decir, como algo que «está ahí», con sus características y formas de presentación propias, esperando que nosotros seamos capaces de descubrirlo, es erróneo y que lo único que podemos decir es que algo «existe», pero que no cabe confundir esta existencia, el «ser», con la «realidad», con las formas, colores, características particulares, etc., con que nosotros la percibimos. Es decir, una cosa es el «ser» y otra un «modo de ser» particular que nosotros percibimos y a lo que llamamos la realidad (Zohar, D., 1990; Pascual, R., 1995; Ibáñez, T., 2001; Greene, B., 2005).

Nos explica la física cuántica que este algo que existe adquiere unas características determinadas de acuerdo con el dispositivo de observación. Para poner el ejemplo más clásico, un electrón se presenta ante el investigador como onda o como partícula según el dispositivo de observación. Cada una de estas manifestaciones es una manera en que la materia puede presentarse ante el observador, y ambas, en conjunto, consisten en lo que la materia *es*. Y mientras que ningún estado es completo en sí mismo, y que ambos son necesarios para proporcionarnos un cuadro completo de la realidad, todo dispositivo de observación nos muestra uno u otro, pero nunca los dos a la vez. (Zohar, D., 1990). La mayoría de los electrones y otras entidades subatómicas no son ni partículas enteramente ni enteramente ondas, sino más bien una confusa mezcla de los dos estados (Principio de

Complementariedad). La llamada «función de onda» es una fórmula que da cuenta de todas las características de este estado (Pascual, R., 1995; Ibáñez, T., 2001). El dispositivo de observación da lugar a que las entidades subatómicas, al producirse el llamado «colapso de la función de onda», se presenten como onda o como partícula. Pero esto ocurre también a nivel macroscópico, es decir, humano. Los colores, las formas, los relieves y los sonidos del tipo que sea no son una realidad que está ahí para que nosotros la captemos. Son nuestros órganos y aparatos sensoriales los que dan a esto que existe —algunos han hablado de una especie de sopa de ondas y corpúsculos— las formas, sones y colores que percibimos. Dicho de otra manera, la realidad es para nosotros como es, porque nosotros somos como somos (Ibáñez, T., 2001). Ahora, mientras escribo, percibo ante mí diversos muebles, una librería con sus libros, unos cuadros en las paredes, etc. Pero si yo tuviera los órganos receptores y el sistema nervioso central de un murciélago, por ejemplo, esto que existe adquiriría para mí una realidad muy distinta de la que ahora percibo; tal vez una amplia gama de vibraciones aéreas serían para mí la realidad y me permitirían orientarme en ella como me oriento ahora. La mesa sobre la que se apoya el ordenador con el que estoy escribiendo tiene una consistencia dura e impenetrable para mí. Si me apoyo sobre ella, me sostiene. Si doy un fuerte puñetazo sobre ella, me dolerá la mano, pero si yo tuviera el tamaño de un electrón, la atravesaría sin ningún esfuerzo. *La realidad sólo es como es para mí, porque yo soy como soy. Si yo fuera de otra manera, la realidad sería otra.*

La teoría de la relatividad de Einstein se refiere a la física de las altas velocidades y de las enormes distancias, es una física cosmológica y, a primera vista, parece que no posee una aplicación práctica en la vida cotidiana y corriente de los seres humanos. En cambio, la mayoría de los físicos cuánticos y filósofos que se han ocupado de esta cuestión están de acuerdo en que los principios de la física cuántica no sólo son válidos en el mundo subatómico, sino que también están presentes en el macrocosmos, tanto físico como social. La física del micromundo del átomo describe el funcionamiento interno de todo aquello que percibimos y que físicamente *es*. Por tanto, es un error creer que la física cuántica únicamente se aplica al mundo subatómico. Este error, que han cometido algunos autores al discutir la utilidad de los conceptos de la física cuántica para la psicología humana, para la sociedad en general y para el psicoanálisis, proviene, a mi parecer, del hecho de que sólo han tenido en cuenta, por ser el más conocido, el «principio de incertidumbre»¹⁵ de Heisenberg, el cual nos dice que no podemos conocer simultáneamente la posición y la velocidad de una partícula subatómica al mismo tiempo. Así, por ejemplo, el psicoanalista Hanly (1995), declarándose partidario del positivismo y, en consecuencia, de la posible objetividad del analista, subraya:

La tesis post-positivista es frecuentemente apoyada por el argumento de que la física cuántica justifica el complaciente punto de vista de que la subjetividad del analista no puede ser substraída de las asociaciones del paciente [...] No puede garantizarse que ninguna de estas interpretaciones [las que hacen referencia al principio de incertidumbre] puedan ser empleadas como premisas para una correcta comprensión de las actividades cognitivas y de observación involucradas en el psicoanálisis clínico (p. 905; la traducción es mía).

Yo creo que Hanly, uno de los más consecuentes defensores del positivismo en el psicoanálisis y de la objetividad del analista, comete un doble error. El primero de ellos es el de creer que el principio de incertidumbre no puede ser aplicado a los seres humanos y a las relaciones entre ellos. Este principio es de gran importancia para la ciencia y la comprensión del mundo y de la naturaleza en general, y ha supuesto, al menos para muchos físicos y filósofos de la ciencia, un cambio radical en la concepción determinista del universo, hasta el punto que ha permitido a Popper hablar de un «universo abierto» en este sentido antideterminista. Puesto que los seres humanos forman parte del mundo y de la naturaleza, también ellos se ven afectados por este principio. Buena prueba de ello es que Popper, en su libro *El universo abierto. Un argumento a favor del indeterminismo* (1956), se apoya en el principio de incertidumbre para defender la libertad humana, y concluye su defensa con estas bellas palabras:

Y la libertad humana es, desde luego, parte de la naturaleza, mas trasciende la naturaleza, al menos tal como ésa existía antes de la emergencia del lenguaje humano y del pensamiento crítico y del saber humano (p. 152).

Por mi parte, en mi libro *La interpretación en psicoanálisis* (1995), me baso en estos argumentos de Popper para defender mi tesis de que los analizados no se hallan determinados fatalmente por nuestras interpretaciones y ni tan sólo por su propio *insight*, sino que son libres frente a unas y otro. El segundo error de Hanly es el de no tener en cuenta todo lo que anteriormente he expuesto acerca de la diferencia entre aquello que «existe» y la «realidad» que para nosotros es como es porque nosotros somos como somos.

Pues bien, para mí los conceptos de la física cuántica, que de forma tan sucinta e incompleta he expuesto, nos pueden ayudar a comprender las causas de la existencia de tan numerosas corrientes y orientaciones psicoanalíticas. Los físicos tienen sus dispositivos de observación para estudiar la materia. Pero también podemos decir que cada ser humano tiene su propio y personal dispositivo de observación. Ahora ya sabemos, desde Popper, que «toda observación está cargada de teoría», pero esta afirmación no se refiere tan sólo a teorías científicas. Todo ser humano tiene sus propias teorías, constituidas por todos sus conocimientos, experiencias, creencias, presupuestos, deseos, y este conjunto constituye su dispositivo de observación a través del cual observa el mundo que le rodea, los seres humanos, los animales, las cosas y, también, sus propios sentimientos y sensaciones.^{[16](#)}

La historia del psicoanálisis nos muestra que, desde un comienzo, varios discípulos de Freud, pese a partir todos de las enseñanzas de un mismo maestro, comenzaron a ver las cosas a su manera y se iniciaron las primeras divergencias. Todos conocemos esta historia, no es menester repetirla. Podemos decir que, aunque todos recibían las mismas enseñanzas, cada cual tenía su propio dispositivo de observación que daba lugar a que, frente a los analizados, observaran distintas «realidades». Así comenzó el psicoanálisis a diferenciarse en diversas escuelas. Como es natural, los discípulos de los primeros discípulos también tenían sus propios dispositivos de observación, debido a lo cual

algunos de ellos también se apartaron de las teorías de sus maestros y crearon sus propias teorías y así sucesivamente, cosa que explica el número progresivamente creciente de escuelas psicoanalíticas. Algo que hay que tener en cuenta es que este dispositivo de observación no está únicamente formado por procesos cognitivos, sino, como he dicho, también por sentimientos, deseos, necesidades, etc., y entre estos elementos se incluyen sentimientos de lealtad, amistad, fidelidad, etc., así como la necesidad de sentirse bajo la protección de un padre, o una madre, fuertes y admirados, de formar parte de un grupo prestigioso y cohesionado, de ser admitido y aceptado por los compañeros de profesión de los que se está rodeado, etc. A ello hay que añadir que aun cuando estoy hablando del dispositivo de observación propio de cada analista, como de cada ser humano, este dispositivo no es enteramente peculiar para cada uno de ellos, sino que posee fundamentalmente las mismas características y disposiciones comunes. Todo ello explica la relativa estabilidad y trabazón de las escuelas psicoanalíticas, aun cuando, de vez en cuando, nace de ellas, como la rama del tronco de un árbol, una nueva escuela. De todas formas, no es difícil darse cuenta de que en el seno de cada una de estas escuelas también, por fortuna, existen maneras muy diferentes de ver las cosas, como se pone de manifiesto en las discusiones que siguen a la presentación de un trabajo teórico o clínico.

Cuando los profesionales solicitan formar parte de una sociedad psicoanalítica se les dota, a través de la enseñanza que reciben y de su análisis personal, de un dispositivo de observación teórico y práctico, común a todos, para entender a sus analizados. Naturalmente, en todos los casos este dispositivo común se superpone al dispositivo propio de cada uno. Con esto se comprende que no se trata de que los analistas pertenecientes a las diversas escuelas psicoanalíticas interpreten de manera diferente a sus analizados, sino de que, de acuerdo con su dispositivo de observación, ellos y ellas «ven» en sus analizados cosas diferentes de las que «ven» sus colegas con otro dispositivo de observación, de la misma forma que los físicos ven una partícula o una onda de acuerdo con el dispositivo de observación que emplean.

1.6.Necesidad de una perspectiva independiente (dentro de lo posible) de la relación analizado-analista

Tal vez algo de lo que hasta aquí he dicho haya llevado a pensar que es propio de las teorías y escuelas más clásicas del psicoanálisis el hecho de mantenerse en una posición conservadora e impenetrable a nuevos horizontes, mientras que las corrientes más recientes del pensamiento psicoanalítico presuponen una actitud de apertura y receptividad. Desafortunadamente, esto no ocurre de tal modo. Las nuevas corrientes adoptan, con mucha frecuencia, actitudes monistas totalmente intransigentes y dogmáticas, y se definen como portadoras del verdadero psicoanálisis. Es decir, monismo y pluralismo no dependen de las teorías, sino de la forma racionalista, crítica o bien dogmática, de sostenerlas.

Frecuentemente, se justifica la actitud monista por parte de los que mantienen una

determinada teoría psicoanalítica con el argumento de que ésta y las teorías rivales son *inconmensurables*, basándose en las ideas aportadas por Kuhn (1962). Pues bien, yo creo que éste es un argumento excesivamente cómodo, lo cual ha llevado a olvidar que, posteriormente, el mismo Kuhn (1982) ha matizado sus primeras ideas sobre esta cuestión, en el sentido de que inconmensurabilidad no significa no comparable y que sostener que dos teorías son inconmensurables es equivalente a afirmar que no existe ninguna clase de lenguaje común entre una y otra. No creo, de ninguna manera, que esto se pueda aplicar a las diferentes teorías psicoanalíticas. Pero quiero ir todavía más lejos. No creo que para dialogar de manera beneficiosa los psicoanalistas pertenecientes a diversas escuelas precisen tener una lengua común. Lo único que han de compartir los hablantes para que una discusión sea fructífera es el deseo de saber y de aprender de los otros, criticando sus teorías y escuchando los argumentos con los que las defiende, y argumentando las propias teorías y escuchando las críticas de los interlocutores.

Ahora bien, como hemos visto más arriba, existe algo inextricablemente común en las diversas teorías psicoanalíticas: la relación analizado-analista, ya que toda la teoría y la práctica psicoanalítica descansan sobre esta relación. Por tanto, me parece inevitablemente necesaria una perspectiva —me resisto a decir una teoría— sobre esta relación, que sea aplicable a las diversas prácticas analíticas y que constituya una especie de metateoría —modestamente, si se quiere, en el sentido más amplio de la palabra— que permita profundizar en la práctica psicoanalítica. Creo que esta perspectiva ha de nutrirse de todas las orientaciones que puedan ser útiles, desde el estudio de la relación padres-bebé y las neurociencias hasta la moderna filosofía del lenguaje que, como hemos visto, nos permite una mejor comprensión del diálogo analítico. El término *Psicoanálisis Relacional* (Mitchell, S., 1988, 1993) me parece indicado para esta forma de estudiar el proceso psicoanalítico con una atención centrada en la relación analizado-analista que vaya más allá del esquema teórico en el que este último se apoya.

En cambio, considero empobrecedor el intento de convertir alguna de estas orientaciones centradas en la relación entre paciente y terapeuta —como son intersubjetivismo, interacción, psicología de dos personas, la teoría relacional utilizada en este sentido exclusivista, etc.— en una nueva escuela psicoanalítica en rivalidad con las otras. Yo creo que son dos situaciones distintas y que una cosa no impide la otra, precisamente por todo lo que he venido diciendo en cuanto a la complementariedad de las diversas teorías y el diálogo fecundante para todas ellas. El estudio de la especificidad, de la relación analizado-analista, independientemente del modelo teórico que en un momento dado se esté utilizando, siempre puede ser llevado a cabo. Ahora bien, esto ha de servir para unir en lo posible, no para separar. Pluralidad no ha de ser confundida con la fragmentación hasta el infinito ni ha de ser utilizada para substituir unos dogmas por otros. Lo que sí es un grave error, a mi parecer, es que el desarrollo de una nueva teoría se lleve a cabo, como a veces sucede, con la pretensión de reinventar el psicoanálisis dando por obsoleta toda la tradición psicoanalítica que se ha venido desarrollando durante décadas. Aunque algunos conceptos e hipótesis deben ser revisados y modificados, e incluso, en algunos pocos casos, dejados atrás, las actitudes iconoclastas y

destructivas en este caso no conducen a nada. Los conocimientos tradicionales han tenido su razón de ser, y deben ser sopesados con cuidado para conservar lo válido de ellos. Finalmente, quiero decir que, en mi opinión, es muy necesario que los institutos psicoanalíticos presenten a sus candidatos una visión amplia y extensa del pensamiento psicoanalítico actual.

1.7. Conclusión

La revisión de la historia del psicoanálisis nos muestra que, hasta hace algunos pocos años, las diversas escuelas psicoanalíticas han vivido aisladas unas de las otras, creyendo cada una de ellas ser portadora del verdadero psicoanálisis. Pero la actual teoría del conocimiento y el método del racionalismo crítico ideado por Popper, que muestra que no existe ninguna base segura del conocimiento, permiten plantear que, en el momento presente, no se puede afirmar que ninguna de las diversas teorías psicoanalíticas acerca de la génesis, evolución, patología de la mente humana y manera de modificar esta patología sea la «verdadera», y ni tan sólo que una de ellas esté más cerca de la verdad que las otras. Al mismo tiempo, todos los analistas que pertenecen a las diversas escuelas y orientaciones psicoanalíticas sostienen que, con su modelo de trabajo, ayudan a sus analizados a adquirir una mayor salud mental, pese a que estos modelos, sustentados en diferentes teorías, son muy distintos entre sí. Esta situación paradójica puede resolverse a partir de la doble estructura de los actos de habla que la moderna filosofía del lenguaje ha puesto de relieve. Desde esta perspectiva, toda interpretación consta de dos componentes. Uno es el componente semántico-referencial, mediante el cual el analista anuncia, a través de su proposición, una realidad de la mente del paciente. Este componente es el «contenido» de la interpretación, el único que se ha tenido en cuenta tradicionalmente. Pero hoy en día sabemos que existe otro componente, el pragmático-comunicativo, a través del cual el analista comunica, implícitamente, su actitud y su forma de relacionarse con el analizado. La tesis de este capítulo es la de que el componente proposicional o constatatativo del acto interpretativo varía según el modelo teórico con el que trabaja el analista, y, por tanto, éste «explica» a su analizado cosas diferentes a las que le señalarían otros analistas, pero el componente pragmático-comunicativo posee un factor constante, ya que, si el analista trabaja adecuadamente, siempre comunica a su analizado su interés por escucharlo y comprenderlo, así como su intento de no interferir en su libertad, de ayudarlo a pensar y a ser responsable de sus actos, etc. Esto nos ofrece una explicación de por qué todos los analizados pueden ser ayudados por el análisis, aunque las interpretaciones que se les ofrecen difieren de acuerdo con la escuela a la que pertenece su analista. Por otra parte, el dispositivo observacional de cada analista explica, suficientemente, la diversidad de criterios, orientaciones y escuelas dentro de la comunidad psicoanalítica.

¹ Dejo para el capítulo 3 el referirme a la cuestión del psicoanálisis en cuanto que ciencia.

² Cuando Wallerstein publicó estos dos trabajos era presidente de la A.P.I. Dichos trabajos fueron los mensajes

- presidenciales de los Congresos internacionales de la A.P.I. de Montreal (1987) y Roma (1989), respectivamente.
- [3](#) El concepto, el sentimiento, la elaboración interna, etc., son fenómenos muy escurridizos, y tal vez es necesaria la metáfora para atraparlos, valga la metáfora.
- [4](#) La teoría es falsa porque Aquiles ignoraba su invulnerabilidad y, por tanto, su valor era legítimo.
- [5](#) La materia está compuesta por átomos (con un núcleo formado por protones y neutrones), que a su vez están hechos de quarks y electrones. Brian Greene (2005) describe la teoría de las supercuerdas diciendo que «todas estas partículas son en realidad diminutos bucles de cuerdas vibrantes». «Las propiedades de las partículas dentro de la teoría de las cuerdas son la manifestación de una única característica física: los resonantes modelos de vibración —es decir, la música— de los bucles de cuerda fundamentales» (pp. 29-30). Para el premio Nobel de física Murray Gell-Mann, la teoría de las supercuerdas es una propuesta seria para una teoría unificada de todas las partículas elementales y, por tanto, de todas las fuerzas de la naturaleza (1995). Sin embargo, este autor se muestra escéptico acerca de que la teoría de las supercuerdas sea realmente la teoría de todo, a menos, afirma, que «todo» quiera decir únicamente la descripción de las partículas elementales y sus interacciones. Por tanto, considera que esta teoría no puede explicar por sí misma todo lo que es cognoscible sobre el universo y la materia que éste contiene. Yo pienso que estas divergencias entre los físicos, así como la existencia de diversas teorías inconciliables entre sí en el campo de las ciencias experimentales, puede tranquilizarnos a nosotros, los psicoanalistas.
- [6](#) En el capítulo 4 volveré a referirme a esta cuestión.
- [7](#) Entre otras cosas, dice que la metafísica ha de ser tomada muy en serio, ya que, pese a no ser contrastable empíricamente, puede ser sometida a crítica intersubjetiva y ser, por tanto, racional (1962). Siguiendo este camino, su discípulo Hans Albert expresa que toda teoría metafísica, siempre que se preste a ser criticada, puede dar lugar, convenientemente elaborada, a teorías científicas.
- [8](#) Es el barón de las mentiras, que narró que salió de un pozo en el que había caído, agarrándose los cabellos y tirando hacia arriba con todas sus fuerzas.
- [9](#) Sería una contradicción entre lo que se dice y las intenciones del hablante.
- [10](#) Aquí debe distinguirse entre «pluralidad» del pensamiento psicoanalítico y «pluralismo crítico», expresión que utilicé para referirme a una actitud filosófica propia de la teoría del conocimiento aplicada a la reflexión psicoanalítica.
- [11](#) El concepto de nihilismo va muy asociado a la idea de los nihilistas rusos descritos en las novelas de Dostoievski y Turgueniev, los cuales propugnaban la violencia y destrucción a todo trance, sobre la base de un vacío de valores que llevaba a la negación de todo, a la desesperación y al suicidio. Nietzsche estuvo muy influido por estos novelistas en sus puntos de vista sobre el nihilismo. Por otra parte, no debe confundirse el nihilismo con quienes practican el terrorismo, total y absolutamente condenable, pero que se fundan en la defensa y propagación de unos supuestos valores que los autorizan a morir y a matar (Marquès, A., 2005). A mi juicio, lo que se halla en la base del nihilismo y empuja a matar y destruir es, por el contrario, la rabia y el odio provocados por la ausencia total de valores y la envidia hacia quienes los poseen. Aunque el nihilista juzgue erróneos tales valores, la creencia en la posesión de los mismos puede ser, también, motivo de envidia.
- [12](#) Una interpretación es pertinente cuando es inteligible y útil para el analizado y se formula en el momento adecuado. De lo contrario, es «impertinente».
- [13](#) Debo advertir que aun cuando en el capítulo 2 me ocuparé ampliamente de las relaciones entre psicoanálisis y filosofía del lenguaje, para lo que ahora intento exponer es necesario un breve adelanto de esta vinculación, incluso a costa de alguna repetición.
- [14](#) Creo que estas denominaciones son más adecuadas que las que yo había empleado anteriormente (1995), como primera y segunda función de la interpretación, respectivamente.
- [15](#) El principio de incertidumbre se basa en una ley mecánico-cuántica que establece que si se mide la posición de un objeto o la intensidad de un campo con gran precisión, la medida debe necesariamente perturbar la velocidad del objeto o el ritmo de variación del campo en una cantidad impredecible (Thorne, K.S., 1995).
- [16](#) Es por esto, entre otros factores, que juzgo que el concepto de transferencia debe ser revisado a partir de la idea del dispositivo de observación propio de cada analista.

2.1.Introducción

Los psicoanalistas utilizamos las palabras para ayudar a nuestros pacientes y para investigar la mente humana. Desde un principio, en la historia del psicoanálisis, se consideró que éste es nuestro único instrumento terapéutico y de comunicación con nuestros pacientes, y que el empleo de cualquier otro medio cae fuera de lo que se entiende como la metodología psicoanalítica propiamente dicha. De todas maneras, sabemos que esto no es exactamente así y que hay muchos otros factores que intervienen, para bien o para mal, en la marcha del proceso psicoanalítico, como son la disposición general del *setting* y la forma, más o menos exacta y responsable, de llevar a cabo su cumplimiento, la actitud general del analista, sus silencios, sus expresiones no verbales, la relación implícita subverbal, etc. Pero en este capítulo no me referiré a tales factores ya que, de una u otra manera, son tratados en otros capítulos y me centraré exclusivamente en el lenguaje verbal.

Pese a esta importancia central del lenguaje en la práctica psicoanalítica, tanto en cuanto a instrumento terapéutico como en cuanto a medio de investigación de la mente, hasta hace relativamente pocos años el lenguaje ha sido empleado por los analistas como algo dado por descontado, como una herramienta puesta a nuestra disposición sin que fuera menester ocuparnos de ella, al igual que un operario manual se sirve de sus útiles de trabajo sin tener que indagar acerca de su estructura ni de la manera como han sido fabricados. Por fortuna, últimamente viene observándose una mayor atención, por parte de algunos analistas, a este maravilloso instrumento con el que llevamos a cabo nuestra tarea. Y este inicio de una naciente preocupación por el lenguaje me parece de suma importancia y pienso que resulta sorprendente que haya tardado tanto tiempo en producirse. ¿Cómo es posible que durante casi cien años los psicoanalistas hayan empleado el lenguaje como herramienta fundamental para el estudio de la mente humana y para ayudar a los pacientes y, al mismo tiempo, lo hayan considerado como algo tan simple y evidente que resultaba innecesario prestarle una detenida atención? En realidad, podemos decir que no hicieron más que lo que hacían la filosofía y las ciencias en general, como luego veremos.

Con lo que acabo de exponer no quiero decir que los conocimientos de la filosofía del lenguaje y la lingüística sean estrictamente necesarios para el ejercicio correcto del

psicoanálisis, tanto en su vertiente práctica como teórica. La realidad muestra que, hasta ahora, los psicoanalistas han funcionado bastante bien sin poseer ningún bagaje de tales conocimientos. Creo que una de las primeras cosas que saltan a la vista al leer cualquier manual de filosofía del lenguaje es que los seres humanos, en tanto que hablantes, son perfectamente competentes en el manejo de su lengua nativa, sin que precisen ningún conocimiento de esta disciplina. Son los filósofos del lenguaje quienes necesitan de los hablantes para formar sus teorías y no los hombres y las mujeres quienes precisan de conocimientos especiales para hablar. Sin embargo, sí creo imprescindible que el psicoanálisis, como disciplina científica, entre en diálogo con la filosofía del lenguaje y que, por lo menos, puedan ser asimiladas algunas nociones y conceptos básicos acerca del lenguaje dentro del cuerpo de saberes del psicoanálisis. Y esto se hace más necesario si tenemos en cuenta la mayor importancia que, día a día, se concede a la personalidad del terapeuta y a la relación analizado-analista. Por ello, sí creo que la comprensión de los elementos más fundamentales de la filosofía del lenguaje ayudará a los analistas en su práctica diaria y, muy especialmente, en su formulación de hipótesis y teorías acerca de qué cosa son tanto el psicoanálisis como el proceso psicoanalítico y qué es lo que ocurre en el transcurso de este último.

2.2.El discurso psicoanalítico

Dado que el proceso psicoanalítico transcurre fundamentalmente a través del habla, aunque no debemos olvidar los elementos no verbales que antes he mencionado, hemos de tener en cuenta la existencia de un discurso psicoanalítico, entendiendo este término, en su acepción más tradicional, como la secuencia racional y coherente de las palabras y frases empleadas para manifestar lo que se siente o piensa, o como el *curso* de un razonamiento que va desarrollándose a través del lenguaje y en el que se va pasando de un término a otro y de una proposición a otra, o, desde la perspectiva de la semiótica moderna, como un complejo de signos que pueden tener diversos significados y ser empleados con diversos fines.

Puesto que en la filosofía del lenguaje se consideran dos paradigmas esenciales que explican la naturaleza y los fines del lenguaje, el *paradigma estructural o formalista* y el *paradigma funcional o emergente*, Schifffrin (2003) cree que también el discurso puede clasificarse, según el paradigma que apliquemos, en formal o estructural y en funcional o emergente. Pienso que tiene interés para el estudio del discurso psicoanalítico examinar brevemente las diferencias entre uno y otro paradigma, siguiendo la orientación que nos da Schifffrin:

a) El formalismo parte de la consideración del lenguaje como un fenómeno mental. El funcionalismo juzga el lenguaje fundamentalmente como un fenómeno social.

b) El formalismo explica la universalidad del lenguaje como debida a una herencia lingüística común a la especie humana. El funcionalismo explica esta universalidad como debida a los usos del lenguaje compartidos por todas las sociedades humanas.

c) El formalismo explica la adquisición del lenguaje por parte de los niños en términos

de una predisposición genética para el aprendizaje del lenguaje en los humanos. El funcionalismo, aun teniendo en cuenta la imprescindible capacidad genética, tiende a explicarla enfatizando el desarrollo intrínsecamente interactivo del niño en el seno de la sociedad en la que convive.

d) El formalismo estudia el lenguaje como el despliegue de un sistema autónomo. El funcionalismo lo estudia en estrecha relación con sus funciones sociales.

e) El formalismo argumenta que, aunque el lenguaje tiene funciones sociales y cognitivas, estas funciones no inciden sobre la organización interna del lenguaje, cuya gramática se apoya en un sistema autónomo. El funcionalismo juzga que el lenguaje tiene funciones que son externas al sistema lingüístico y que estas funciones influyen la organización interna del sistema.

Me parece que, con facilidad, salta a la vista la trascendencia que posee el hecho de que, frente al estudio del discurso psicoanalítico, nos inclinemos predominantemente por la perspectiva formalista o por la funcionalista. En mi opinión, en el campo del psicoanálisis es la escuela de Lacan, de la que me ocuparé después brevemente, la única que enfoca el discurso psicoanalítico desde la perspectiva fundamentalista, llamada también estructuralista. Para mí, caben pocas dudas de que el sistema filosófico denominado estructuralismo que forma la base de la teoría psicoanalítica de Lacan coincide plenamente con el paradigma formalista. Creo que el resto de las escuelas enfocan, en general, el discurso psicoanalítico desde la perspectiva funcionalista, aunque en algunos casos este enfoque sea más explícito y radical, y en otros exista un mayor equilibrio entre forma y función, situación ésta que yo considero la más adecuada.

En este libro, dada mi concepción de la mente humana como básicamente social y del proceso psicoanalítico como un desarrollo interactivo y relacional, mi perspectiva del discurso psicoanalítico tiene lugar, claramente, desde un predominio del ámbito funcionalista. Desde éste, el discurso puede definirse como el uso del lenguaje como un sistema socialmente organizado, mediante el cual se llevan a cabo determinadas funciones (Schiffrin, D., 2003). Pese a la necesidad de reconocer regularidades formales estructurales, el enfoque funcionalista nos lleva más allá del estudio de éste, para adentrarnos en la forma como los interlocutores emplean sus pautas peculiares de habla en un determinado contexto, al servicio de determinadas estrategias comunicativas. Y, desde esa perspectiva, la mejor manera de entender el discurso del otro es a través del esfuerzo para reproducir en uno mismo (empatía) sus sentimientos, deseos y propósitos. Desde el enfoque funcionalista, no sólo el lenguaje es un fenómeno social, sino que los fenómenos sociales son, en parte, hechos lingüísticos. Sociedad y lenguaje son partes constitutivas de una misma entidad, de manera que el intento de establecer el lenguaje como un sistema independiente es, para mí, un error, equivalente a una intervención quirúrgica mediante la cual se secciona una parte de un todo que la incluye.

Creo que lo dicho hasta aquí es suficiente para poner de relieve el matiz fundamentalmente funcionalista del discurso psicoanalítico. Es posible que, frente a esta afirmación, muchos analistas piensen que todo, o casi todo, lo que he enunciado ha estado siempre presente en su mente en el diálogo con sus analizados, y que desde este

punto de partida, funcionalista para unos, formalista para otros, han intentado comprender y ser comprendidos por sus analizados. Pero yo pienso que no está de más pasar de la intuición a la formación de conceptos y teorías, y apoyar nuestras experiencias en las aportaciones de la moderna filosofía del lenguaje.

2.3. Actos de habla

2.3.1. *El concepto de actos de habla*

Cuando aplicamos al proceso psicoanalítico los conocimientos que nos aporta la filosofía del lenguaje nos encontramos con una extraña sorpresa: vista desde la perspectiva de estos conocimientos, la relación analizado-analista rompe contundentemente con aquello en que, de acuerdo con las reglas más básicas y hasta ahora aceptadas por todos, ha de consistir el análisis. Según éstas, analizado y analista, como ya he dicho, deben intercambiar únicamente comunicación verbal, sin que les esté permitida la introducción de ninguna clase de acción. Uno y otro deben limitarse, siempre, a hablar o a guardar silencio, pero nunca han de llevar a cabo ninguna clase de acción dentro del ámbito terapéutico. Pues bien, lo que manifiesta la moderna filosofía del lenguaje es que lo que ocurre es precisamente lo contrario, ya que, al hablar, ambos están realizando acciones dirigidas a su interlocutor. Y ello es así porque hoy día se admite plenamente que el lenguaje es una forma de acción. Hablar es ejecutar *actos de habla*. Searle, quien considera que el acto de habla es la unidad básica de la comunicación, dice respecto a esto (1969): «[...] hablar un lenguaje es participar en una forma de conducta gobernada por reglas. Dicho más brevemente: hablar consiste en realizar actos conforme a reglas» (p. 31). Como señala oportunamente García-Carpintero (1996), los actos de habla deben incluirse en el marco general de una teoría de la acción racional. Y, dicho brevemente, una acción racional, como ha puesto sobradamente de relieve Davidson (1963), es aquella que ha sido puesta en marcha por dos elementos esenciales del agente: las motivaciones —o deseos— y las creencias. El agente pone en marcha la acción intencionalmente, sea esta intención consciente o inconsciente, de acuerdo con su creencia de que ella llevará a la satisfacción de sus motivaciones.

En mi opinión, estos conocimientos de los que nos provee la filosofía del lenguaje permiten entender de otra manera el esquema clásico del psicoanálisis: *el analizado comunica aquello que siente y piensa, y el analista interpreta el funcionamiento mental inconsciente —o fantasías inconscientes si preferimos llamarlo así— que se expresa a través de dicha comunicación, poniendo el máximo cuidado en que sus propios sentimientos, ansiedades, conflictos y contratransferencia no interfieran en el contenido ni en la forma de su interpretación*. Es fácil darse cuenta de lo que supone para el pensamiento psicoanalítico pasar de este esquema a otro en el que consideramos que la comunicación verbal está formada por actos de habla, por tanto, por acciones a través de las cuales analizado y analista están interaccionando el uno con el otro, con el cortejo incesante de influencias y regulaciones mutuas que ello comporta. Es decir, no

están hablando en el sentido que, hasta hace poco, habíamos dado habitualmente al término, sino que están ejecutando acciones con el habla. Personalmente creo que se trata de un cambio francamente difícil de asimilar, pero que nos es necesario asumir si queremos que el psicoanálisis sea una disciplina viva en contacto con el mundo de las ciencias y la cultura.

Bien cierto es que ya en vida de Freud surgieron voces de analistas, entre los cuales hemos de destacar a Ferenczi, Harry Stack Sullivan y Karen Horney, que no se sentían de acuerdo con la forma tradicional, extremadamente esquemática y unilateral de concebir el proceso psicoanalítico, y también lo es que, progresivamente, el número de disconformes fue aumentando, especialmente con las aportaciones de Fairbairn, Balint, Winnicott, Kohut, Modell, A., etc., hasta que, en las últimas décadas del siglo XX, se produjo la eclosión de nuevas corrientes del pensamiento psicoanalítico —psicoanálisis relacional, intersubjetivismo, teoría de la interacción, psicología de dos personas, etc.—, en las que el énfasis recae no sólo en la interpretación, sino también en la relación analista-analizado. Lo que ahora me interesa subrayar es que, si bien en un principio esta manera más compleja y relacional de comprender y abordar el proceso psicoanalítico se basaba en la intuición y la propia experiencia psicoanalítica, progresivamente los avances de la neurociencia, la psicología cognitiva y la filosofía del lenguaje han venido a dar la razón a estas nuevas orientaciones.

En el momento presente, se halla ya plenamente aceptada, o falta muy poco para ello, la idea de que lo que tiene lugar en el curso del proceso psicoanalítico es una continuada interacción analizado-analista, y que esta interacción se desarrolla a través de la comunicación verbal, cuya unidad son los actos de habla. Podemos conceptualizar, pues, la interacción *como la ininterrumpida influencia* que analizado y analista están ejerciendo uno sobre el otro mediante *el uso del lenguaje, verbal o no verbal*. Sin embargo, en honor a la verdad, he de subrayar que lo que estoy diciendo no es totalmente nuevo y que, ya antes de iniciarse el interés por estas nuevas corrientes del psicoanálisis basadas predominantemente en la interacción, algunos autores se habían percatado de la existencia de este fenómeno que se desarrolla entre analizado y terapeuta. Así, un analista tan reputado como Hans Loewald, a quien podemos considerar incluido en la corriente clásica de la psicología del yo, dice en 1960 respecto a la interacción:

Las interpretaciones psicoanalíticas representan, en elevados niveles de interacción, el mutuo reconocimiento involucrado en la creación de identidad de la experiencia en dos individualidades de distintos niveles de organización del yo. El *insight* adquirido en tal interacción es una experiencia integrativa (pp. 239-240; la traducción es mía).

En aquel momento, sus palabras fueron escasamente recogidas.

El reconocimiento del fenómeno de la interacción ha dado lugar, desde finales del siglo XX, a un amplio desarrollo de ideas y conceptos dentro del pensamiento psicoanalítico, lo que podemos llamar «teoría interaccional» del psicoanálisis, con autores que ven en ella un avance y otros que la consideran una desnaturalización del psicoanálisis (Green, A.,

1993; Ponsi, M., 1997; Schwaber, E., 1995; Miller, M. y Dorpat, T., 1998; Coderch, J., 2001, etc.). Entrar de lleno en esta discusión no cabe en los propósitos de este capítulo, en el cual lo único que pretendo es destacar las nuevas perspectivas y formas de comprensión de lo que tiene lugar en el curso del proceso analítico, las cuales surgen ante nuestra mirada si empleamos adecuadamente los conocimientos que nos proporciona la filosofía del lenguaje.

De todas maneras, antes de abandonar esta cuestión me interesa subrayar dos puntos esenciales respecto a la importancia del concepto de interacción. Para ello, parto de algunas ideas y referencias expuestas en el trabajo de M. Ponsi (1997) «Interaction and Transference». El primero de estos puntos es afirmar que estoy de acuerdo, en gran parte, con quienes como Schwaber (1995) consideran que el psicoanálisis debe centrarse en lo intrapsíquico. Dice esta autora:

[...] a menos que mantengamos nuestro foco en lo que es interno, en lo que es intrapsíquico, estamos siguiendo una forma de teorizar —y de escuchar— que es inherentemente no psicoanalítica [...] ¿Cómo podemos entonces emplear el concepto de interacción dentro de nuestro lenguaje psicoanalítico? Creo que podemos hacerlo, tal como propongo, prestando atención a cómo viven esta interacción quienes son sus sujetos, y formulando la siguiente pregunta: interacción —¿desde el punto de vista de quién? [...] Cada uno de nosotros —analista, paciente, observador externo— puede estar de acuerdo con lo sucedido, pero puede diferir, sutilmente o ampliamente, acerca de lo que ello significa y los sentimientos que despierta (pp. 558-557; cursivas de la autora; la traducción es mía).

Pero quiero aclarar que, al decir intrapsíquico me refiero a todo lo que pertenece al mundo mental, sea consciente o inconsciente, del analizado o del analista, no únicamente a lo inconsciente, como parece que opina Schwaber. Por lo que respecta al segundo punto, también quiero manifestar que estoy totalmente en desacuerdo con quienes juzgan que prestar atención a la interacción es un retroceso que nos aparta por completo del método psicoanalítico. Ponsi, en el trabajo antes citado, pone como paradigma de quienes se oponen radicalmente a que cualquier acción forme parte del proceso psicoanalítico a A. Green, quien afirma (1993):

La manera en que mi paciente influye en mis procesos mentales tiene que ver con las representaciones de toda clase que él induce en mí. Mi interpretación le afecta por la vía de las representaciones que ellas inducen en él. No hay lugar, en la sesión analítica, para los actos, ni del analizado ni del analista. Los modelos basados en la referencia a la acción —«interacción», «transacción»— no representan un progreso sino un peligroso desvío. Yo me apoyo más bien en los modelos basados en la representación, en un sentido del término mucho más amplio de lo que tradicionalmente ha sido entendido (p. 1.135; la traducción es mía).

Yo creo, frente a estas manifestaciones de Green, que se puede opinar todo lo que se quiera acerca de la validez de los actos en el proceso analítico, pero lo que no se puede, desde un punto de vista científico, es negar la realidad de que éstos existen, nos guste o no. Los psicoanalistas, como ya he dicho al principio de este capítulo, tenemos en el lenguaje nuestro instrumento de investigación y trabajo, pero no podemos corregir a los antropólogos, lingüistas, cognitivistas, filósofos del lenguaje, neurocientíficos, etc., y

negarnos a aceptar aquello en lo que en el momento actual están de acuerdo todos los científicos de estas materias, so pena de que queramos mantenernos aislados del contexto general de la ciencia y la cultura, que es a lo que nos puede llevar un celo exagerado en defender la supuesta pureza original del método psicoanalítico. Hablar es una acción, y, consecuentemente, analizado y analista no cesan de llevar a cabo acciones e interaccionar el uno con el otro.

Finalmente, coincido con la idea expuesta por Ponsi en su trabajo cuando afirma:

Después de todo, el concepto de interacción comporta la concepción del organismo como interdependiente en sus relaciones con los otros organismos, de manera que la mente, más que existir en el individuo, se manifiesta en el campo intersubjetivo. Además, la interacción en un nivel clínico incluye fenómenos de influencia mutua entre paciente y analista (p. 245; la traducción es mía).

Para mayor claridad, será conveniente ampliar un poco el concepto de actos de habla a través de una breve síntesis de las ideas de J. Austin y J. Searle, los dos autores pioneros en el estudio de este tema.

2.3.2. J.L. Austin

El paradigma clásico de la filosofía del lenguaje ha sido siempre, desde el tiempo de los griegos, el paradigma semántico-referencial, exclusivamente orientado a la función representativa de las proposiciones, por lo que podía decirse que el estudio del lenguaje era el estudio de las proposiciones y sus condiciones de verdad (Marquès, A., 1996). Este paradigma establecía una separación completa entre la cuestión de la referencia —a un hecho de la realidad— y la verdad de las proposiciones, por un lado, y el lenguaje como apelación, manifestación subjetiva e intención de comunicación interhumana, por el otro. Desde este paradigma tradicional, todo el ámbito pragmático, o sea comunicativo, subjetivo y que revela una intención en el lenguaje natural, quedaba como algo sin valor y no digno de ser tenido en cuenta por los filósofos y científicos, como algo para la papelera. Pues bien, Austin, en su libro *Cómo hacer cosas con las palabras* (1962), demostró la falsedad de la separación entre la semántica referencial y la pragmática en todas las expresiones verbales.

En los primeros capítulos de su libro, Austin muestra que hay preferencias¹⁷ de las que, pese a tener una apariencia de afirmaciones o enunciados, no puede decirse que sean verdaderas o falsas, sino exitosas o fracasadas, o de las que puede decirse que tienen o no tienen «fuerza», o dicho de otro modo, que son o no «felices», en el sentido de que aquello que enuncian puede llegar, o no, a cumplirse. Pone como ejemplos frases del tipo: «Tomo a esta mujer por esposa» (en el curso de una ceremonia de casamiento), «Bautizo a este buque con el nombre de *Queen Elizabeth*», «Lego mi reloj a mi hermano», «Te apuesto a que mañana lloverá», etc. Podemos ver que estos ejemplos tienen un elemento en común: la presencia de un tipo de verbo llamado «performativo», que lleva a cabo una acción cuando es utilizado en un determinado contexto. Para ser

efectivamente «realizativos», los verbos performativos requieren unas circunstancias apropiadas y un lenguaje también apropiado, como puede ser el uso de la primera persona como sujeto del verbo. Podemos ver esto fácilmente. Si, por ejemplo, un juez, en el curso de una ceremonia nupcial, expresa «Yo os declaro unidos en matrimonio», esta frase tiene «fuerza», es decir, es feliz. Pero si el mismo juez, circulando por la calle, se acerca a una pareja de viandantes y emite la misma frase, ésta no tiene fuerza, y lo único que conseguirá con ella será ser tomado por un bromista o un loco.

En estos primeros capítulos, por tanto, Austin divide las preferencias en constatativas —en las que se constata o afirma una realidad—, que pueden ser verdaderas o falsas y que son actos locucionarios, y performativas, que son aquellas con las que se realiza una acción, tal como advertir, apostar, bautizar, ordenar, prohibir, manifestar, etc. Austin denomina a la acción aquí realizada «acto ilocucionario». Respecto a esto dice Marquès (1996):

Estas enunciaciones son denominadas «enunciaciones performativas» o, simplemente, «performativos» para indicar que, con ellas, realizamos una acción (por ejemplo, un casamiento, un bautizo, un legado, una apuesta) y no describimos ni constatamos absolutamente nada, ni siquiera un acto interno. La acción aquí realizada será denominada por Austin «acto ilocucionario». Bien distintas son las «enunciaciones constatativas», simplemente, los «constatativos» los cuales pueden ser caracterizados como verdaderos o como falsos. Mientras que en las enunciaciones performativas cumplimos acciones sociales, en las constatativas hacemos *statements* de carácter teórico-representativo o, cosa equivalente, realizamos actos locucionarios (pp. 189-190; cursivas del autor; la traducción es mía).

Austin expone, también, un tercer elemento, el *perlocutivo*, que debe considerarse como el efecto producido por un acto de habla. Este efecto debe distinguirse del acto performativo propiamente dicho, puesto que no es lo mismo el acto en sí, con una intención comunicativa, que la intención de producir un determinado efecto con dicho acto. Juntos, estos tres elementos constituyen el «acto lingüístico total, que debe ser estudiado en la situación total del acto de habla» (Schiffrin, D., 2003). Afirma Austin:

El acto lingüístico total, en la situación lingüística total, constituye *el único fenómeno real* que, en última instancia, estamos tratando de elucidar (p. 196).

Con relación al acto perlocutivo, García-Carpintero (1996) piensa que las intenciones de producir determinado efecto pueden estar asociadas al acto lingüístico, pero que no cabe considerarlas como esenciales a dicho acto. Pone, como ejemplo, el hecho de que

la intención última de un hablante, al afirmar lo nefasto que cierto escritor está resultando para el desarrollo de una determinada ideología, en presencia de un fanático seguidor de la misma, puede ser la de que éste liquide a tal peligroso sujeto (p. 491).

Sin embargo, García-Carpintero considera que Austin no deja claro en qué consiste la diferencia entre actos locutivos y actos perlocutivos, y por su parte juzga que la

diferencia entre unos y otros parece estribar en que los primeros son esenciales para la existencia del acto lingüístico como tal, mientras que los segundos no. En mi opinión, y continuando con el ejemplo propuesto por este autor, es esencial que el hablante tenga la intención de comunicar a la audiencia sus opiniones adversas acerca de tal escritor, pero no es esencial que tenga la intención de que uno de sus oyentes cometa un homicidio en la persona del mismo.

Sea como sea, creo que no es difícil deducir la importancia que tiene el descubrimiento del acto perlocutivo para un examen más profundo del diálogo analizado-analista, ya que, precisamente, uno de los más delicados y difíciles problemas, tanto con relación a la teoría de las interpretaciones como en la aplicación clínica de las mismas, es el de la, a veces sutil y complicada, diferenciación entre el propósito, por parte del analista, de informar a su analizado acerca del significado de sus asociaciones o comportamiento, por una parte, y la intención, por otra, de que con tal comunicación se consiga una modificación de su estado mental o de su comportamiento, lo cual constituye un acto perlocutivo. Todo analista experimentado sabe, perfectamente, que éste es un tema en el que hay que hilar muy fino y con el que Freud luchó toda su vida: el de si las modificaciones que experimentan los analizados en el curso de un análisis son debidas al *insight* acerca de los asuntos de su mundo interno, gracias a las interpretaciones, o son causadas por los efectos (perlocutivos) sugestivos, persuasivos, de adoctrinamiento, identificación, etc., producidos por las mismas. Como sabemos, Freud se esforzó a lo largo de toda su obra por demostrar el primer término de la disyuntiva, lo cual es lo que se ha venido a llamar el *tally argument* o argumento de la verdad, cuya tesis es: el paciente mejora si, y sólo si, *el contenido (proposicional) de la interpretación corresponde con los asuntos del mundo interno del paciente*. Sin embargo, nunca llegó a convencer a sus opositores. En gran parte, las discusiones, planteamientos y críticas acerca del *status* científico del psicoanálisis han venido por esta dirección (Grünbaum, A., 1993; Coderch, J., 1995). Creo que el hecho de tener en cuenta la diferenciación entre acto performativo o ilocucionario y acto perlocutivo puede ayudar a los psicoanalistas en esta difícil y enrevesada discusión.

Pero más adelante (debe tenerse en cuenta que el libro de Austin que estoy comentando está constituido por una serie de doce conferencias) Austin va modificando este primer punto de vista y acaba el libro distinguiendo, en todas las expresiones verbales, un elemento proposicional, constatativo o locutivo y un elemento performativo, ilocutivo o pragmático. En definitiva, Austin pone de relieve que las condiciones que definen un tipo de expresión se aplican también a la otra. Austin declara que no sólo los constatativos, sino también los performativos, implican juicios de verdad y falsedad. Tengamos en cuenta que ciertas condiciones son necesarias para que los performativos tengan fuerza, sean felices. Austin pone el siguiente ejemplo: «cuando digo prometo, sin intención de cumplir he prometido, pero...» (p. 57). Podemos ver que en ese performativo falla la condición de verdad para que pueda ser afortunado. También podemos decir que si legamos en testamento algo que no nos pertenece, este acto performativo no es feliz porque falla la condición de verdad. Por otra parte, en toda

preferencia constativa hacemos algo. Así, cualquier proposición acerca de la realidad no sólo es verdadera o falsa, sino que también es un acto, el acto de afirmar, constatar, poner de relieve, señalar, enseñar, mostrar, indicar, subrayar, etc.

Así, pues, la dicotomía entre actos de habla locucionarios o constativos y actos ilocucionarios o performativos queda, según el propio Austin, colapsada. En toda expresión o enunciado existe un elemento constativo, sujeto al juicio de verdad o falsedad, y un elemento performativo o locucionario, mediante el cual realizamos un acto: afirmar, declarar, señalar, advertir, apostar, argumentar, indicar, etc. Toda expresión lingüística tiene, pues, una doble estructura: el elemento constativo y el elemento performativo. Esto es lo que nos permite considerar toda preferencia como un acto de habla. En la siguiente sección, en la que me ocuparé brevemente de la pragmática, volveré a referirme a ello. Dice Marquès (1996) a este respecto:

Es en este sentido que Habermas y Apel han hablado de la doble estructura de los actos de habla [...] distinguiendo en todos los actos de habla explícitos: *a*) un elemento proposicional, designado habitualmente con el nombre de «proposición» y simbolizado por *p* —elemento que remite al estado de cosas («llueve», «Juan está triste», «Juan discute», etc.)— y *b*) un elemento ilocucionario, designado habitualmente con el nombre de «frase performativa», el cual remite a las intenciones subjetivas del que habla («afirmo que *p*», «prometo que *p*», «exijo que *p*», etc.) (p. 193; la traducción es mía).

Tal vez se comprenda mejor lo que vengo diciendo si consideramos la distinción que realiza Austin entre performativos explícitos (con verbo) y performativos primarios (sin el verbo). Asevera Schiffrin (2003) sobre esta distinción:

Aunque Austin inicialmente fundamentó su análisis de los performativos con una discusión acerca de los verbos performativos [...] él también deja abierta la posibilidad de que los performativos puedan ser realizados sin verbos (contrastando un performativo explícito con un performativo primario) y de que no todos los performativos necesiten verbos especializados para esta tarea [...]. Austin sugiere que aunque los verbos performativos no son una condición textual ni necesaria ni suficiente para las expresiones performativas, sí hacen explícitas ciertas situaciones del acto de habla (p. 52; la traducción es mía).

2.3.3.J.R. Searle

En su libro de 1969, *Actos de Habla*, Searle afirma:

La unidad de comunicación lingüística no es, como generalmente se ha supuesto, ni el símbolo, ni la palabra ni la oración, ni tan siquiera la instancia del símbolo, palabra u oración, sino más bien la producción o emisión del símbolo, palabra, u oración al realizar el acto de habla (p. 26).

Partiendo de este principio, sitúa el acto de habla en el punto central del estudio del lenguaje, el significado y la comunicación y, para él, lo que permite su integración en la teoría lingüística es aquello que denomina *principio de expresabilidad*. Este principio afirma que cualquier cosa que puede querer decirse puede ser dicha, y Searle lo define

así:

Podríamos expresar este principio diciendo que para cualquier significado X y para cualquier hablante H , siempre que H quiere decir (intenta transmitir, desea comunicar) X entonces es posible que exista alguna expresión E tal que E es una expresión exacta de, o formulación de X (p. 29).

Creo importante señalar que Searle se esfuerza en diferenciar el acto de habla, como tal acto, de aquello que es enunciado o aseverado en dicho acto. Lo expresa así:

Enunciar y aseverar son actos, pero las proposiciones no son actos. Una proposición es lo que es aseverado en el acto de aseverar, lo que es enunciado en el acto de enunciar. Dicho de otra manera: una proposición es un (género muy especial de) compromiso con la verdad de una proposición (p. 38).

De acuerdo con estas ideas de Searle, debemos distinguir entre el acto ilocucionario y el contenido del acto ilocucionario, que es aquello que se afirma acerca de la realidad. Creo que es imprescindible tener en cuenta esta distinción, a fin de poder profundizar nuestro conocimiento acerca de lo que ocurre en el proceso psicoanalítico y para no perder nunca de vista que en el curso del mismo estamos siempre realizando acciones. Trasladando las ideas de Searle a la práctica analítica, podemos decir que cuando analizado y analista intercambian sus pensamientos a través del lenguaje están participando en una forma de conducta gobernada por reglas, puesto que hablar es realizar actos conforme a reglas. Es por esto que podemos decir que cuando el analista se dirige verbalmente al analizado está llevando a cabo un acto, el acto de interpretar, informar, clarificar, señalar, advertir, etc., con todas las implicaciones que comporta una acción. Volveré a referirme a esto a continuación.

2.4. Pragmática

La semiología es la ciencia que se ocupa de los signos. Tiene por objeto examinar en qué consisten los signos y las leyes que los rigen. Dentro de la lingüística, la semiología se divide en semántica, sintaxis y pragmática. La semántica es la parte de la lingüística que se ocupa de las significaciones de las palabras y de los objetos a los cuales pueden aplicarse. La sintaxis se ocupa de las relaciones de los signos entre sí, con independencia de lo que significan. Es la parte de la gramática que enseña a coordinar y unir las palabras para formar las oraciones y expresar conceptos. La pragmática consiste en el estudio de la relación existente entre los signos y los sujetos que los utilizan. La mayor parte de los autores se refieren a la definición, ya considerada clásica, dada por C. Morris en 1938, de la pragmática como *aquella parte de la semiótica que trata del origen, usos y efectos producidos por los signos en la conducta dentro de la cual aparecen*. Para la pragmática, lo que un signo es para el sujeto que lo emplea equivale a la significación de este signo. La pragmática es, pues, el estudio de las significaciones.

Salvo casos excepcionales —como puede ser el que tiene lugar cuando analizado y

analista no son, uno de los dos o ambos, hablantes nativos de la lengua que están utilizando y que uno o ambos no la dominan suficientemente— hemos de dar por supuesto que analizado y analista conocen suficientemente el significado que tienen las palabras en la lengua que están utilizando y las reglas sintácticas de la misma para formar oraciones inteligibles.¹⁸ Pero esto no es suficiente para que haya una mutua comprensión entre ellos, puesto que el significado de las expresiones no viene dado únicamente —más bien podemos decir que no viene dado principalmente—por la semántica y la sintaxis, sino por las intenciones comunicativas que el hablante da a sus expresiones, y por la capacidad receptiva del oyente para captarlas. En este sentido, es oportuno recordar las ideas de Wittgenstein expuestas en *Investigaciones filosóficas* (1953) acerca de que las palabras sólo adquieren su significado a través de la forma en que se utilizan en las proposiciones, por hablantes reales, en contextos determinados. Siendo esto así, creo que lo que como analistas nos interesa es el sentido pragmático-comunicativo de las expresiones de ambos interlocutores, y por ello pienso conveniente dedicar algunas palabras a estos elementos pragmáticos del lenguaje, a fin de poder profundizar algo más en la comprensión del diálogo analítico.

Por su parte, Schiffrin (2003) juzga que la pragmática es un enfoque del discurso que trata con tres conceptos, significado, contexto y comunicación, los cuales abarcan un extenso y complejo campo. Desde esta perspectiva es natural que el ámbito de la pragmática sea también muy amplio y que los intentos de definición de la misma se encuentren con dilemas muy difíciles de resolver. Para esta autora, partiendo de la definición dada por Morris a la que me he referido ya más arriba, la pragmática es el estudio de cómo los intérpretes se ocupan en dar significado a los signos.

De Bustos (2000) es de la misma opinión que Schiffrin en cuanto a la dificultad para definir la pragmática y la multiplicidad de definiciones que existen. Por mi parte, me adhiero plenamente a la que considera más significativa el propio De Bustos: *la que afirma que la pragmática se ocupa de la acciones de otros, cuando las comprendemos, y de la forma en que adscribimos significado a nuestras acciones, cuando las realizamos*. A partir de estas ideas, podemos preguntarnos si no es el psicoanálisis una variación terapéutica de la pragmática del analizado. Sin embargo, me parece oportuno recordar que la psicología cognitiva puede enseñarnos a pensar, pero que el psicoanálisis nos enseña a sentir.

Lo tradicional en ciencia y en filosofía, así como también en psicoanálisis, ha sido concebir el lenguaje, desde el punto de vista semántico, como un sistema de representación, a través de signos, de ideas y cosas. Como ya he apuntado, los aspectos que podemos denominar pragmáticos del lenguaje han sido, durante muchas décadas, considerados como algo de muy escaso valor y totalmente prescindible. A lo que se ha dado valor en la filosofía y la ciencia, ha sido, casi exclusivamente, a la semántica referencial que incide en el aspecto representativo de las proposiciones. Así, para citar sólo un ejemplo, Popper, a quien podemos tomar como un representante paradigmático de esta tendencia, en su libro *Conocimiento objetivo* (1972), considera que en el lenguaje humano existen dos funciones superiores, la *descriptiva* y la *argumentadora*, y

dos funciones inferiores, la *autoexpresiva o sintomática* y la *señalizadora* o apelativa que los humanos compartimos con los animales. Sin embargo, y en lo que voy a decir disiento radicalmente de Popper, tanto desde el punto de vista funcionalista al que antes me he referido como desde la perspectiva pragmática, estas dos funciones «inferiores» son, sin lugar a dudas, la base de la comunicación humana. El estudio de elementos pragmáticos del lenguaje ha supuesto un cambio fundamental en la filosofía del lenguaje, caracterizada durante tanto tiempo por la perspectiva semántico-referencial. Y creo que puede serlo, también, de la investigación psicoanalítica.

El enfoque del lenguaje como sistema de representaciones descansa sobre lo que podemos llamar el «modelo de código». De acuerdo con éste, el hablante emite unos signos verbales que representan, o pretenden representar, algo que existe, unas realidades. El receptor, por su parte, es poseedor de un código que le permite «decodificar» los signos verbales y referirlos a estas realidades. Pero hoy en día, son cada vez más los autores que no se hallan de acuerdo con este predominio del modelo de código en la comunicación humana. De Bustos (2000) expresa que son propiamente los elementos no lingüísticos, como, por ejemplo, el contexto, los que son decisivos en la producción y comprensión de la comunicación humana. En el mismo sentido, Sperber y Wilson, en el capítulo dedicado a «Comunicación» de su libro *Relevance* (2004), uno de los tratados más completos e influyentes sobre esta cuestión, hablando de los esfuerzos de los filósofos para definir los términos «significado» o «comunicación» afirman:

Desde nuestro actual, más bien psicológico punto de vista, definir la comunicación no es una preocupación primaria. Por un lado, la comunicación no necesariamente implica un conjunto homogéneo y distinto de fenómenos empíricos. Nuestra meta es identificar los mecanismos subyacentes, enraizados en la psicología humana, que explican cómo los seres humanos se comunican unos con otros [...]. El modelo de código tiene el mérito de explicar la manera como la comunicación podría, en principio, ser alcanzada. Pero falla no por el lado explicativo, sino por el descriptivo: los humanos no se comunican codificando y decodificando pensamientos (p. 32; la traducción es mía).

Contrariamente al modelo de código, la perspectiva pragmática se basa en el «modelo inferencial» para la comprensión del significado de la comunicación lingüística. Desde el punto de vista de la lógica la inferencia es un tipo de razonamiento mediante el cual de una o más proposiciones se concluye otra, la falsedad o veracidad de la cual depende de la falsedad o veracidad de las primeras. Hablamos de inferencia inmediata cuando se concluye una proposición de otra sin intervención de una tercera, y de inferencia mediata cuando se concluye una proposición de otra a través de una o más proposiciones. Pues bien, lo que nos dice la pragmática es que aquellos que están inmersos en un diálogo no se comunican, como ya hemos visto en la cita de Sperber y Wilson, codificando y decodificando, sino aplicando «reglas de inferencia». Me apresuro a decir que al hablar de reglas de inferencia no me refiero a las reglas formales de inferencia que nos proporciona la lógica, sino a aquellas que se aprenden espontáneamente dentro de una comunidad lingüística o que se hallan ya inscritas en la gramática universal con la que se encuentra equipado el cerebro (Chomsky, N., 1975; Pinker, S., 1994), a la que quizás

debamos añadir la gramática particular de cada uno. En la inferencia interviene de manera decisiva el contexto, del que hablaré más extensamente en breve, el cual está constituido por el conjunto de circunstancias, lugar, espacio, situación, etc., en el que se produce la comunicación. Dicho de una manera sencilla, el receptor capta el significado de la comunicación gracias a sus informaciones previas, entre las que se incluye su comprensión del contexto. Así, para poner un ejemplo, si el analista dice al analizado «Vd. ha llegado dos minutos tarde los últimos tres días», el analizado comprende el mensaje que se le dirige, «su tardanza tiene alguna significación y hemos de ocuparnos en comprender los motivos», gracias a su comprensión del contexto analítico y la tarea que, dentro de él, incumbe a ambos. Pero, si al llegar a una cita con su asesor fiscal, por ejemplo, éste le dijera «Vd. ha llegado dos minutos tarde», creería que se trata de una broma o que se halla ante una persona sumamente impaciente, grosera y maleducada, porque el contexto es otro. Hemos de tener en cuenta que todo lo que llevo dicho para la comprensión de una comunicación por parte del receptor vale también para el agente de la misma. O sea, el agente sabe que para comunicar x a un receptor y en un contexto z , ha de decir p . Es posible que para otro receptor n , para comunicar x , tuviera que decir d . Es decir, desde la perspectiva de la pragmática la misma expresión verbal puede tener distintos significados según a quien va dirigida y en qué contexto se produce la emisión de la misma. Lo mismo, a la inversa, vale para el receptor. A la vez, idéntica acción verbal, realizada por otro agente o en otro contexto, puede tener un significado bien distinto, como acabamos de ver en el ejemplo del asesor fiscal.

En el momento actual, al hablar de pragmática los especialistas en filosofía del lenguaje consideran fundamental el llamado por Grice *Principio de Cooperación* (P. C.), que si por un lado permite a los interlocutores seriamente interesados en comprenderse aunar los esfuerzos para conseguir un mutuo entendimiento, por otro lado es lo que les posibilita captar el significado de los actos de habla más allá del contenido semántico de las palabras. Describe Grice de esta manera el P. C. (1975):

Nuestras conversaciones no son, habitualmente, sucesiones de observaciones inconexas, y no sería racional que así fuese. Hasta cierto punto, son esfuerzos cooperativos de forma característica. Cada participante se apercibe de que hay en ellas, en alguna medida, un propósito o dirección común o conjunto de propósitos comunes, o al menos una dirección mutuamente aceptada [...]. Pero en cada estadio se excluirán *algunas* contribuciones conversacionales por inadecuadas [...]. Cabría formular entonces un principio general aproximado que, puede esperarse, las partes implicadas observarán (*ceteris paribus*): a saber «Haga usted su contribución a la conversación tal y como lo exige, en *el estadio en que tenga lugar, el propósito o la dirección que usted sostenga*» (p. 528; cursivas del autor).

Grice considera que el P. C. está constituido por cuatro categorías, y que a cada una de ellas pertenecen diversas máximas más específicas. Dichas categorías son: cantidad, cualidad, relación y modo. Las reproduzco tal como las enuncia Grice.

Cantidad

1) Haga usted que su contribución sea tan informativa como sea necesario (teniendo en cuenta los objetivos de la información).

2) No haga usted que su contribución resulte más informativa de lo necesario.

Cualidad

1) No diga usted lo que crea que es falso.

2) No diga usted aquello de lo cual carezca de pruebas adecuadas.

Relación

Dentro de esta categoría Grice sitúa una sola máxima: sea usted pertinente (*be relevant*).

Modo

Sea perspicuo (inteligible).

1) Evite la oscuridad de las expresiones.

2) Evite la ambigüedad.

3) Sea breve (evite la innecesaria prolijidad).

4) Proceda con orden.

Lo más importante para la pragmática de Grice es el propósito del hablante, lo cual permite llevar a cabo una división entre el significado semántico y el significado pragmático, al tiempo que ello nos lleva a la focalización de la comunicación humana en las intenciones.

Parece evidente que en un intercambio lingüístico dirigido por intenciones comunicativas formales —no me refiero aquí a la mayoría de las conversaciones, las cuales suelen ser motivadas simplemente por los deseos de relaciones humanas— el hecho de seguir las máximas del P. C. permite a los receptores comprender el significado literal —al que también podemos llamar convencional— que el hablante desea comunicar. Pero lo que nos interesa aquí desde la perspectiva de la pragmática es que Grice, a partir del P. C., establece una distinción entre el significado literal y el no literal que el hablante desea comunicar con sus palabras. Para ello, Grice desarrolla el concepto de *implicatura*¹⁹ conversacional. En este sentido, para Schiffrin (2003) una implicatura es una inferencia acerca de las intenciones del hablante que surge del uso, por parte del receptor, de los significados semánticos y de los principios conversacionales.

Me parece muy interesante la manera como García-Carpintero (1996) enlaza el P. C. con esta posibilidad de ir más allá de lo que dicen las palabras. De manera muy sucinta, la idea es como sigue. El hablante viola una o más de las máximas del P. C., dice este autor, por inadvertencia, por conflicto con otras máximas o por colisión con otros fines. Pero también puede violarlas porque es la manera de hacer que los receptores busquen un significado a su expresión distinto al literal, para explicar la violación de la máxima. Por tanto, para García-Carpintero, una implicatura conversacional es un significado distinto al convencional que el hablante intenta transmitir con sus palabras, esperando que el receptor comprenda su intención y busque un significado a sus palabras, distinto del convencional, que no entre en conflicto con las máximas conversacionales.

Me parece evidente que, por principio, analizado y analista forman una comunidad de dialogantes que intentan, seriamente, comprender sus mutuas comunicaciones para alcanzar un objetivo común, la mejoría mental del analizado —con todos los posibles obstáculos erigidos por las resistencias de este último—, y que, por tanto, sin necesidad

de haber oído hablar nunca del P. C. descubierto por Grice, siguen intuitivamente sus máximas. Y, como he dicho antes al citar a Sperber y Wilson, este esfuerzo de comunicación no lo realizan codificando y decodificando signos, sino aplicando reglas de inferencia. Y esto es posible porque en realidad, gracias al «instinto del lenguaje», cada ser humano es un «genio» construyendo y entendiendo significaciones (Pinker, S., 1994). Esta utilización de la inferencia puede verse con mayor claridad cuando uno de ellos viola una de las máximas del P. C.

Para poner un ejemplo de lo que acabo de exponer, cito el caso de una analizada, A, que me dijo en una ocasión: «En realidad, yo nunca he tenido madre». Esta proferencia entra en conflicto con la máxima de cualidad que exige «no diga usted lo que piensa que es falso», puesto que es evidentemente falso, y A lo sabía, que exista un solo ser humano que no tenga madre. Debido a ello, ante el conflicto de la proferencia de A con una de las máximas del P. C., me encontré en la necesidad de hallar un significado alternativo, dado que mi trabajo consistía en entender la idea que A estaba intentando comunicarme. Ante esto, era necesario discernir que el significado del enunciado de A era que su madre nunca había desempeñado con ella las funciones propias de madre, como son: amor, tutela, cuidado, dulzura, respeto, etc., y, a causa de ello, la experiencia que pretendía hacerme llegar era la de que su madre no se había comportado nunca como una verdadera madre.

Otro ejemplo es el del analizado B, que un día, después de mostrarse muy malhumorado y desabrido durante varios minutos, dijo, como justificando su estado de ánimo, «es que ayer le vi por la calle, andando con sus propias piernas». En esta frase, se viola la máxima de cantidad que dice «Haga usted que su contribución sea tan informativa como sea necesario». La violación estriba en que la información dada no era suficiente para comprender su enojo conmigo, puesto que andar con las propias piernas no tiene nada de excepcional o de inesperado, ya que es lo que hace todo el mundo. La información que faltaba y que yo inferí y le interpreté era que andar por la calle «con mis propias piernas» significaba, para él, que yo tenía libertad de movimientos, que era autónomo para ir de un lado para otro, que era independiente de sus deseos de controlarme siempre, de tenerme siempre sentado y sujeto en mi sillón de analista, siempre disponible para él, sin tener otra cosa que hacer que estar esperándole en todo momento. Andar con mis propias piernas significaba todo lo contrario de lo que él pretendía. Éste era el motivo de su enfado.

2.5. Texto y contexto

2.5.1. Introducción

Para el análisis de cualquier conversación, discurso e, incluso, cuando nos focalizamos exclusivamente en una proferencia aislada hemos de tener en cuenta la *interdependencia inexcusable entre texto y contexto*, es decir, entre aquello que se dice y el contexto (lugar, espacio, situación, circunstancia, trama relacional, etc.) en que se dice. Expresado

así, tal vez puede parecer que la diferenciación entre texto y contexto es sencilla, pero tanto la realidad como la teoría ponen de relieve que no se trata de una tarea fácil y exenta de complicaciones. En parte porque existen, entre los diversos autores, notables divergencias en cuanto a la definición acerca de qué debemos entender por texto y qué por contexto, y en parte porque la interdependencia entre uno y otro es tan fuerte que, en muchas ocasiones, texto y contexto se nos mezclan y confunden. Para poner un ejemplo, supongamos, el caso que todos los analistas hemos vivido más de una vez, que llega un analizado y al tumbarse en el diván manifiesta algo así como: «Me siento desanimado y sin ganas de hablar... y me parece que el análisis no me sirve para nada». Me parece evidente que con este decir —el texto, lo que se dice— el analizado crea un contexto determinado dentro de lo que podemos denominar el contexto general psicoanalítico. A partir de este momento, el analista, como es natural, deberá entender la comunicación, verbal o no verbal del paciente, dentro del contexto creado por estas palabras en el que tiene lugar. Ahora bien, todos sabemos que en el curso de una misma sesión pueden producirse cambios muy notables en la transferencia y la contratransferencia, en las resistencias, en la capacidad de *insight*, en el grado de colaboración por parte del paciente, etc., y ello hace que el contexto pueda ir transformándose en diferentes momentos de la misma sesión. Creo fuera de toda duda que si, al iniciar la sesión, un analizado dice algo así como «la sesión de ayer me ayudó mucho... hoy me siento mejor y quiero hablar de un sueño», podemos dar por muy cierto que el decir, el texto, crea un contexto muy distinto al del anterior ejemplo.

2.5.2. *Texto*

Aunque, como he dicho, las ideas acerca de lo que es el texto difieren según los autores, creo que la opinión más generalmente aceptada es la de que el texto está constituido por las palabras de que consta la proferencia, entendidas en su significado semántico. Podemos expresarlo como que «el texto dice lo que dicen las palabras», al margen de las inferencias que los receptores puedan llevar a cabo de acuerdo con sus conocimientos de las intenciones del hablante, del contexto, de sus experiencias y presuposiciones previas, etc. Salta a la vista que esta manera tan esquemática y reducida de considerar el texto puede tener su utilidad en determinados estudios lingüísticos, literarios, de estilo, en jurisprudencia, etc., pero que no es la que emplean los hablantes en ningún tipo de conversación, ni, mucho menos, aquella en la que se basa el diálogo analítico, aun cuando aquí cabe hacer la excepción de la escuela lacaniana, para la cual la estructura formal del lenguaje y el significado semántico de las palabras es aquello en lo que, predominantemente, centra su atención el analista.

Tanto en la conversación ordinaria como en el discurso analítico, al referirnos al texto sabemos que hemos de tener en cuenta todo lo dicho en cuanto a los actos de habla, los dos elementos del mismo (contenido semántico-referencial y contenido pragmático-comunicativo), la pragmática, y la inferencia. A esto debemos añadir que la misma semántica de las palabras —los signos— puede cambiar según el orden que tienen en la

frase en la que están incluidas. Un ejemplo más bien clásico de esto último nos lo ofrece Scavino (1999), con los distintos significados del vocablo Venus. Si digo «Venus brilla en el firmamento», aquí el signo Venus se refiere a un planeta, denominado, a menudo, la estrella matutina, y puedo substituir la palabra «Venus» por «estrella matutina» diciendo «la estrella matutina brilla en el firmamento». Éste es el eje paradigmático del lenguaje establecido por Ferdinand de Saussure. Pero, como fácilmente podemos ver, el sentido se modifica de acuerdo con la sucesión discursiva o eje sintagmático.²⁰ Así, si digo «Venus sedujo a Vulcano», en este caso el significado del signo Venus se ha modificado por efecto del signo Vulcano, y ya no refiere un planeta, sino la diosa latina del amor, y no puedo substituir una palabra por otra. Asimismo, para dar otro ejemplo, el significante «cuerpo» tiene un significado distinto según el significante que le sigue. No tiene el mismo significado si digo cuerpo «humano» que si digo cuerpo del «delito». También sabemos que, al igual que ocurre en las conversaciones ordinarias, el tono, la prosodia y el ritmo de las preferencias, tanto las nuestras como las de nuestros analizados, influyen de manera decisiva en el significado de las mismas, es decir, en el significado del texto.

En conjunto, podemos decir que en la sesión analítica el sentido semántico del texto, tanto del paciente como del analista, se encuentra en todo momento muy supeditado al contexto y al «cómo» se dice lo que se dice.

2.5.3.Contexto

Habitualmente, al referirnos al contexto, se suele pensar en la situación concreta en la que se hallan los hablantes: social, laboral, institucional, familiar, de intimidad amistosa, erótica, etc. En el proceso analítico este aspecto situacional del contexto es esencial, de manera que determina no sólo las relaciones analizado-analista, sino que aporta un significado muy específico a todo aquello que se dice y que, en otra situación, poseería un significado muy diverso. Podemos recordar el ejemplo que antes he expuesto del significado completamente distinto de las palabras de un juez «os declaro marido y mujer», si éstas son pronunciadas en su despacho, en el curso de una ceremonia nupcial o en la calle frente a una pareja de transeúntes. Lo que el analizado profiere y lo que profiere el analista, en el curso de la sesión analítica, no tiene nada que ver con el sentido que podrían tener las mismas preferencias fuera de la sesión. Ciertamente la situación en este sentido general es una importante parte integrante del contexto, pero creo que hemos de entender el contexto en un sentido mucho más profundo, como ahora intentaré poner de relieve.

Cuando hace un momento he hablado del contexto psicoanalítico es fácil advertir que me refería a lo que podemos denominar como el contexto general, aplicable a todo proceso psicoanalítico: dos personas están hablando, en una relación profesional, para que una de ellas ayude a la otra a conseguir un mayor crecimiento mental y una mejor estabilidad emocional, utilizando para ello lo que se conoce como método psicoanalítico. Éste es el contexto en el que se halla inserta toda pareja analizado-analista en cualquier parte del mundo. Pero la totalidad del contexto es mucho más que esto, porque incluye lo

que podemos llamar el contexto específico y exclusivo de cada pareja analítica. Este contexto específico está constituido por todas las experiencias previas de cada uno de ellos, por sus conocimientos, fantasías conscientes e inconscientes, deseos, demandas y objetivos que aspiran a alcanzar con el proceso analítico que están llevando a cabo. Dicho de otra manera, el contexto específico, exclusivo para cada pareja analizado-analista, es el constituido por el juego interactivo transferencia-contratransferencia. Es este contexto específico aquel en el que se desarrolla el diálogo, aquel en cuyo seno adquiere el texto su sentido.

Hasta aquí, puede parecer que estoy dando al contexto una extensión desmesurada. Pero es que yo creo que las cosas son así. Los hablantes dan a sus preferencias un significado, y los receptores interpretan las preferencias que escuchan, sobre el telón de fondo, como he dicho, de la totalidad de su historia particular. Nadie puede prescindir por completo de su contexto personal, de su historia, aunque sí es posible ampliarlo y modificarlo gracias a la elaboración mental de las nuevas experiencias. Podemos decir que, cuanta más patología mental, más atrapado permanece el sujeto dentro de su contexto particular, lo cual le lleva a ver la realidad, tanto la externa como la interna siempre de la misma manera y, consecuentemente, a repetir la misma conducta. Precisamente, gran parte los objetivos del análisis se consiguen a través de una mayor flexibilización y profundización del contexto que rige las percepciones y emociones del analizado, es decir, consiguiendo que éste pueda aprender de la experiencia (Bion, W.R., 1962 a).

Cabe añadir que el contexto de un diálogo se encuentra, asimismo, determinado por las reglas constitutivas del lenguaje (Searle, J., 1969) que conoce cada uno de los participantes en el diálogo y que supone que conocen también sus interlocutores, es decir, el conocimiento acerca de las condiciones gramaticales que debe cumplir una preferencia para expresar aquello que el hablante desea transmitir, y para que pueda ser comprendido por los receptores. Las reglas del lenguaje pueden ser vistas como la parte cognitiva del contexto que, por el hecho de ser compartidas, dan a los actos de habla su carácter social. En este sentido, es necesario recordar aquí lo que he expuesto anteriormente acerca del P. C. propuesto por Grice. En el análisis, como en cualquier situación social, se da por sentado que analizado y analista conocen las reglas constitutivas del lenguaje, pero en este caso hemos de ser más cuidadosos de que así sea, puesto que en ocasiones se producen malentendidos, por parte del uno o del otro, a causa de que pueden existir diferencias en la comprensión de algunos matices finos y sutiles de las reglas y significados semánticos.

En el curso del proceso analítico no debemos, pues, olvidar que aun cuando el discurso se desarrolla en el seno de un contexto general, básico e imprescindible para todos los análisis, en cada caso analizado y analista se hallan, al mismo tiempo, dialogando dentro de un contexto específico válido únicamente para ellos. Este contexto particular, depende, por una parte, del modelo teórico, o escuela, con el que trabaja cada analista, pero también de la historia y las características de cada uno de ellos. Para subrayar algo más a lo que me refiero digamos que el contexto analítico es distinto para

un analizado si siente al analista alejado, crítico, frío e impaciente, que si lo siente tolerante, cálido y cercano. Dentro del primer tipo de contexto, el analizado tenderá a sentir las intervenciones del analista como acusaciones y manifestaciones de crítica y desagrado, mientras que dentro del segundo es más probable que las viva como expresiones de comprensión y ayuda. Es decir, el texto del analista será interpretado de diferente manera según el contexto.

2.6.Comunicación

2.6.1.Introducción

El método psicoanalítico, como tratamiento, se lleva a cabo a través de la comunicación, entre analizado y analista, de pensamientos, ideas, sensaciones y sentimientos. Esta comunicación se produce predominantemente, pero no exclusivamente, a través del lenguaje verbal. Los gestos, las actitudes, la mímica, los silencios, etc., también son una forma de comunicación. En mi opinión, en el proceso analítico suele darse más importancia a este tipo de comunicación de lo que sucede en la conversación ordinaria. Pensemos, si no, en la frecuencia con que los analistas interpretan el retardo en llegar a la sesión como una manifestación de resistencia, una manera de expresar enojo, un temor al *insight*, un ataque menospreciativo al analista, una intolerancia a la espera que dé comienzo la sesión a la hora fijada, etc. Por cierto que, y según pone de relieve la lectura de trabajos psicoanalíticos, rara vez se interpreta la constancia en llegar puntual como muestra de buena disposición y colaboración por parte del analizado, pero ésta es otra cuestión al margen del tema de este capítulo. También se interpretan, aunque con menor frecuencia, los gestos, la actitud general, los silencios, etc., lo cual es prueba de que los analistas ven todo ello como una forma de comunicación.

Con lo que acabo de decir queda explícito que, dentro del proceso psicoanalítico, se entiende la comunicación de una manera específica que difiere de la forma como se recibe dentro de las conversaciones ordinarias. Pero ello no implica que, en sus líneas generales, la comunicación analítica no comparta las mismas características propias de toda comunicación humana, motivo por el cual pienso que también será útil exponer una breve síntesis de ellas.

2.6.2.La comunicación como procesamiento de información

La comunicación es un proceso que tiene lugar entre dos organismos —o dos máquinas— capaces de procesar información (Sperber, D. y Wilson, D., 2004). Aquí me referiré, exclusivamente, a la comunicación entre los seres humanos. La comunicación se realiza a través de señales o signos acústicos, visuales en el sentido amplio, gráficos, táctiles, u olfativos. Piénsese, con relación a este último término, en la importancia —que mueve miles de millones de euros o dólares en el mundo presente— que hoy en día se da

a los perfumes como manera de transmitir mensajes eróticos, atractivo sexual, seducción, deseos de agradar, etc.

Al hablar de comunicación se plantean, rápidamente, dos cuestiones: *¿qué es lo que se comunica?* y *¿cómo se comunica?* La primera pregunta no parece ofrecer grandes dificultades. Se comunican, como ya he dicho, sentimientos, pensamientos, creencias, demandas, opiniones, órdenes, advertencias, etc. La segunda cuestión es más complicada y es sobre la que debaten filósofos de la lengua, psicolingüistas, sociólogos, etc. Hemos de tener en cuenta, para comprender la dificultad del tema, que se comunican representaciones internas, pensamientos y sentimientos mediante estímulos físicos que, en sí mismos, no tienen ninguna similitud con aquello que se comunica, para que el receptor transforme en su mente tales estímulos, nuevamente, en pensamientos, sentimientos y representaciones internas. Desde los tiempos de Aristóteles se ha sostenido lo que podemos llamar una teoría general de la comunicación, que considera que la comunicación se lleva a cabo mediante el modelo de código al que ya me he referido anteriormente. De acuerdo con este modelo, la comunicación se consigue codificando, por parte del emisor, y decodificando, por parte del receptor, mensajes. Pero en las últimas décadas del siglo XX ha ido ganando terreno el llamado modelo inferencial, al que ya me he referido también.

El modelo de código se basa en la utilización de signos que están emparejados con mensajes que se transmiten entre dos organismos capaces de procesar información, es decir, de codificar y decodificar. En este punto es necesario recordar de nuevo las palabras, ya expuestas, de Sperber y Wilson con relación a su pensamiento acerca de que los humanos no nos comunicamos codificando y decodificando, y creo que en esto los psicoanalistas seremos los primeros en estar de acuerdo, especialmente con relación a la interpretación de las fantasías inconscientes y a la transmisión de inconsciente a inconsciente.

La inferencia, como ya he dicho, tiene sus reglas, pero es evidente que el ser humano capta los mensajes que recibe, más allá de lo que le permitiría la decodificación, intuitivamente y sin necesidad de tener ningún conocimiento de dichas reglas ni de lógica. De todas formas, no hemos de olvidar que la inferencia se basa en el hecho de que comunicador y receptores comparten conocimientos, pautas convencionales y culturales, formas de expresión, cierto tipo de conductas, etc. Tres ejemplos pondrán de manifiesto que la interpretación de una proferencia es un proceso inferencial, que se produce de una manera natural e intuitiva.

a) La analizada C estaba hablando de su familia. En un momento determinado dijo: «En cuanto a mi hermana... mire» y al llegar aquí sorbió fuertemente por la nariz repetidas veces. Indudablemente, aquí no había ningún código establecido para comunicarme qué es lo que ocurría con su hermana, pero desde mi conocimiento por las otras veces que me había hablado de ella, es decir, desde nuestro contexto, inferí que me informaba que su hermana estaba consumiendo cocaína.

b) Un analizado, D, al llegar, se tumbó en el diván y permaneció en silencio jadeando de manera ostensiva. Al cabo de unos minutos dijo: «es que el ascensor estaba en el

último piso». Si yo me hubiera guiado exclusivamente por el modelo de código me hubiera visto obligado a entender que el analizado establecía una irracional relación, de causa a efecto, entre la ubicación del ascensor en un momento determinado y sus perturbaciones respiratorias, con lo cual podría haber llegado a la conclusión de que el paciente, perdido el principio de realidad, estaba delirando. Pero, gracias a la capacidad humana de inferencia, la conclusión a la que llegué, al igual que hubiera hecho cualquiera, fue la de que D me estaba informando de que, para no esperar la vuelta del ascensor, había subido las escaleras a pie, y que era a causa del esfuerzo requerido para ello que respiraba dificultosamente.

c) Poco después de iniciarse la sesión una analizada, E, me dijo: «¿sabe cómo me encuentro hoy?», y a continuación metió la mano en el bolsillo y me mostró un tubo de aspirinas. Propiamente, mostrar un tubo de aspirinas no es un signo codificado para comunicar el estado de salud, pero yo, como cualquier analista en mi lugar, comprendí que lo que E quería comunicarme era que se sentía mal.

Aunque hay algunos autores, especialmente los semiólogos de la escuela de F. de Saussure, que consideran que toda comunicación tiene lugar a través del modelo de código y que la inferencia se realiza siempre a través de la codificación y decodificación, y otros, pragmatistas radicales, que juzgan que toda comunicación es inferencial, siendo las discusiones muy complejas sobre esta cuestión, opino que los psicoanalistas, por nuestra propia experiencia, hemos de atenernos a quienes piensan que en toda comunicación intervienen ambos modelos. Sin embargo, creo que el pensamiento predominante es el de que ambos son necesarios, en términos generales, para la comunicación verbal, pero que la comunicación codificada, aunque capacitada para transmitir una gran riqueza conceptual y emocional, siempre precisa del proceso inferencial tanto para el adecuado desciframiento de los propios códigos como para ser completada por los receptores, tal como hemos visto en los ejemplos que he expuesto. Desde esta perspectiva, podemos decir que el proceso inferencial es la base de la comunicación, puede darse de forma independiente de la comunicación codificada y es anterior a ésta. A mí, personalmente, no me cabe ninguna duda de que, aun siendo imprescindible el modelo de código para la comunicación, en nuestro trabajo con nuestros analizados la inferencia posee, con mucho, la función predominante. La captación del inconsciente, sin duda, tiene infinitamente más que ver con la inferencia que con la decodificación de los signos verbales.

2.6.3. Comunicación e intencionalidad informativa

En términos generales se admite que la comunicación es informativa. Se comunica para informar acerca de algo: realidades del propio comunicante o realidades del mundo externo. Es esencial que los receptores reconozcan las intenciones informativas para que podamos hablar de *comunicación*. Podemos recibir información escuchando las palabras o exclamaciones de alguien, y observando su comportamiento, su actitud, sus gestos, pero si no advertimos una intención de informarnos no hablamos de comunicación. Para

poner un ejemplo un tanto caricaturesco, el que atisba por el ojo de la cerradura puede obtener una gran cantidad de información acerca de otro u otros, pero es evidente que aquí no podemos hablar de comunicación. En gran parte, la inferencia se basa precisamente en esto: inferimos aquello que el otro tiene intención de comunicarnos, más allá de la simple decodificación de los signos físicos o verbales. En los ejemplos expuestos creo que puede verse esto fácilmente. Pero, además, el fenómeno que los psicoanalistas llamamos *lapsus linguae* se fundamenta en este principio de la intencionalidad. Hablamos de *lapsus linguae* justamente porque suponemos que el analizado tenía la intención de comunicarnos algo, pero comete un error y pronuncia mal una palabra, trastoca el orden de las palabras en una frase, dice algo distinto de lo que damos por sentado que quería decir, etc. Si no fuera así no podríamos hablar de lapsus, y tendríamos que quedarnos, simplemente, con que el hablante ha dicho lo que ha dicho. También cuando, por ejemplo, como sucede muy frecuentemente, el analizado durante la última sesión de la semana dice algo así como «en la sesión de mañana», hablamos de que ha sufrido un *lapsus*, porque no partimos de la idea de que el analizado no sabe que al día siguiente no hay sesión, sino que siendo su intención referirse a la sesión de la próxima semana ha sufrido un error y ha proferido «mañana», en lugar de «la semana próxima». Podemos pensar que el analizado ha cometido este *lapsus* porque deseaba — tenía la intención de— no tener que esperar hasta la próxima semana. El interés por el estudio de este fenómeno pone de relieve que los psicoanalistas, mucho antes que los filósofos del lenguaje, siempre hemos visto la intención informativa como la esencia de la comunicación, y que cuando escuchamos lo hacemos captando las intenciones del emisor para poder interpretar sus palabras.

Ahora bien, el lector ya habrá advertido que esta necesidad de intención informativa, para que podamos hablar de comunicación, es válida para una teoría general de la misma, pero que en el proceso psicoanalítico debe ser considerada de otra manera, ya que los psicoanalistas investigamos las producciones del inconsciente, y desde este punto de vista resulta muy compleja la diferenciación entre presencia o ausencia de intención informativa. Para poner un ejemplo, hay analistas que piensan que hay sueños comunicativos, con los que se pretende colaborar con el analista, y sueños puramente evacuativos, pero otros juzgan, como yo mismo, que todos los sueños son comunicativos, aunque sea para informar acerca de la necesidad de evacuar. Es decir, se trata de una cuestión de modelo de trabajo y estilo personal. Por mi parte, opino que los analizados siempre son, por lo menos en un nivel inconsciente, comunicativos, y que las llamadas resistencias son una manera de informar dónde se encuentran los conflictos, dónde el dolor, y, en muchos casos, dónde falla la relación analítica.

2.6.4. *Lenguaje verbal y comunicación*

Antes he dicho que el lenguaje no es estrictamente necesario para la comunicación, ya que existe comunicación no codificada, y podemos, y de hecho lo hacemos, comunicarnos a través de otros medios, aunque es evidente que estas otras formas de

comunicación nunca alcanzan la riqueza informativa que se obtiene con el empleo del lenguaje. Pero aun hay más a este respecto. Según algunos autores, como Sperber y Wilson (2004), el lenguaje, al cual definen como un sistema representacional gobernado por la gramática, no es indispensable para la comunicación, si no para procesar la información recibida, siendo ésta su función esencial. Sin embargo, según ellos, el lenguaje es un atributo necesario para que los organismos²¹ puedan comunicarse entre sí ya que, para que sea posible la mutua comunicación, deben ser capaces de representar internamente la información comunicada o recibida, y, por tanto, poseer un lenguaje interno lo suficientemente rico para representar las intenciones de los otros organismos y para permitir un proceso inferencial complejo. Podemos, por tanto, considerar que el lenguaje externo o sensible no es imprescindible para la comunicación —por ejemplo, el silencio puede ser comunicativo del estado de ánimo, de intenciones, etc.— pero que sí lo es el lenguaje interno, sin el cual la información recibida no podría ser procesada ni, por tanto, utilizada.

Yo pienso que es sumamente sugestiva esta idea del lenguaje interno como base de la comunicación y la creo, además, muy vinculada con dos aspectos fundamentales de la teoría psicoanalítica, de los cuales, tal vez, es una confirmación desde el ámbito de la filosofía del lenguaje y la lingüística. El primero de ellos se refiere a los conceptos creados por Freud en *Lo inconsciente* (1915 c) con relación a la representación-cosa y la representación-palabra. Creo que en el concepto de la representación palabra podemos encontrar una anticipación de la idea de este lenguaje como sistema representacional gobernado por la gramática del que nos hablan Sperber y Wilson. Dado que el lenguaje es, sin duda, una de las más elevadas funciones de la mente humana, es oportuno recordar las palabras de Freud:

El sistema *Icc* contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema *Prec* nace cuando esta representación es sobreinvertida con las representaciones-palabra que le corresponden. Tales sobreinvertidas, podemos conjeturar, son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna el *Prec* (p. 198).

El otro aspecto es el que concierne al proceso de simbolización, considerado, por la teoría psicoanalítica, de importancia capital en el desarrollo de la mente. En el modelo de código los signos-palabras son símbolos de sentimientos, sensaciones, ideas, deseos, etc., que utilizamos para comunicarnos. Pero si hablamos de un lenguaje interno como un sistema representacional necesario para procesar la información —evidentemente información que viene de dentro y de fuera— nos estamos refiriendo, al mismo tiempo, a la existencia de un sistema simbólico cuya adecuada estructuración constituye el fundamento de una razonable organización mental y de la capacidad de comunicación con los semejantes.

2.7.La metáfora en el proceso psicoanalítico

2.7.1.Introducción

Sería del todo impropio que en un capítulo destinado a estudiar las relaciones y vínculos entre psicoanálisis y filosofía del lenguaje no figurara un apartado dedicado a la metáfora, no únicamente por el empleo frecuentísimo de metáforas en un sentido estricto por parte del analizado y del analista, sino porque, como veremos, las vinculaciones entre metáfora y psicoanálisis van mucho más allá de su empleo concreto en el diálogo analítico.

A pesar de que en la literatura psicoanalítica existen diversos trabajos dedicados al estudio de la relación entre metáfora y psicoanálisis, creo que su número es extrañamente reducido (Reider, N., 1972; Wurmser, L., 1977; Arlow, J., 1979; Shengold, L., 1981; Allegro, L., 1990; Borbely, A., 1998; Rizzuto, A. M.^a, 2001, etc.) si tenemos en cuenta, no tan sólo el continuo empleo de expresiones metafóricas en el habla cotidiana, por un lado, y en el lenguaje teórico del psicoanálisis y en la comunicación entre el paciente y el analista, por otro, sino también el hecho de que toda la situación y proceso analítico puede considerarse como una extensa metáfora.

Una breve consideración de la etimología²² del vocablo metáfora nos ayudará a hacernos cargo de lo que acabo de decir. Este vocablo está formado por la preposición griega *meta*, que quiere decir «más allá de» y el verbo griego *fero*, que significa «llevar, trasladar». Por tanto «metáfora» significa, traducido a nuestro idioma, «llevar (o trasladar) más allá». No resulta difícil darnos cuenta de que lo que hacemos los psicoanalistas con nuestras interpretaciones es «llevar más allá» el significado literal, o manifiesto, de la comunicación del analizado. Es decir, estamos constantemente trasladando un significado, aquel que le da el paciente a sus palabras, a otro significado. Por tanto estamos siempre «metaforizando», incluso cuando no usamos metáforas concretas, dando por descontado que el paciente también lo ha hecho previamente. Pero la cosa se complica si, además, revisamos la etimología de la palabra transferencia.²³ Podemos ver que está constituido por la unión del mismo verbo griego *fero* y la preposición latina *trans*, la cual significa «al otro lado de»; es decir, lo mismo que la partícula griega *meta*. El verbo *fero* es común a la lengua griega y latina. Así pues, los términos *metáfora* y *transferencia* significan lo mismo, el primero es un término griego y el segundo latino. Por lo tanto, la transferencia, con el sentido que tiene en el pensamiento psicoanalítico, es un proceso metafórico aplicado a un contexto determinado, la relación analizado-analista en la situación clínica. Y lo que entendemos por transferencia, por lo tanto, es el hecho de que las relaciones del *self* con los objetos internos y el de éstos entre ellos mismos son «trasladadas», «llevadas más allá» en la relación con el analista. Y cuando interpretamos, lo que hacemos es poner de relieve este proceso metafórico. Lo que sucede es que los analistas tenemos la mala costumbre, como ya he puesto de relieve, de utilizar el lenguaje como una sencilla herramienta de trabajo para «decir cosas», como «esto es una mesa», «esto es una silla», etc., sin tomar conciencia de la profundidad y extensión de las palabras que usamos y, por tanto, perdiendo gran parte de la riqueza que éstas atesoran y de la de nuestros propios

conceptos.

Así las cosas, en el presente trabajo no me ocuparé de la situación esencialmente metafórica del proceso analítico, porque eso sería casi como ocuparme de toda la filosofía del análisis, sino tan sólo de la utilización de metáforas concretas en el curso del proceso analítico.

Me parece, por tanto, que antes de seguir adelante es necesario reflexionar brevemente sobre el significado del término y el concepto de metáfora. Obviamente, todo lo que puedo decir en unas pocas líneas es tan sólo una gota de agua en medio del océano insondable (éste es un ejemplo de metáfora «convencional» con pretensiones de acercamiento a lo creativo) de lo que se ha dicho y escrito sobre este tropo.²⁴

2.7.2. *La metáfora en la lingüística y en el pensamiento filosófico*

No me resisto a subrayar el hecho de que cuando queremos precisar un poco el concepto de metáfora —solamente una poco, porque en este campo la diversidad de opiniones es innumerable— nos encontramos con la primera dificultad que, tal vez, el lector avezado ya habrá percibido, y es que el término «metáfora» ya es en sí mismo una metáfora, porque al usar este vocablo no queremos significar que, verdaderamente, tomamos algo para trasladarlo «más allá» o a «otro lugar», sino que empleamos el término en sentido figurado, o sea metafórico.

El primero que se ocupó seriamente de la metáfora fue Aristóteles en *Poética* y *Retórica*. Para él, «la metáfora consiste en aplicar a una cosa una palabra que es de otra» (*Poética*, 21). En la *Retórica* Aristóteles equipara la metáfora al símil y la comparación, afirmando que son lo mismo, pero que la comparación pierde eficacia retórica y poética, a causa del «cómo». En Platón aparece *metaférein*, en la acepción de traducir, llevar de una lengua a otra. Hoy en día, los autores que se ocupan de este tema consideran las concepciones de Aristóteles excesivamente esquemáticas y creen que, en todo caso, se refiere tan sólo a una clase de metáfora. Por mi parte, y recogiendo la opinión más generalizada en la actualidad, pienso que aquello que nos puede ayudar más en nuestra labor analítica es concebir la metáfora como *el traslado de la experiencia del analizado, o la nuestra, en términos de otra experiencia que permite una expresión de sentimientos más amplia, rica y variada*. Me parece que esto es mucho más que pensar que una metáfora es nombrar una cosa, sea objeto, sentimiento, acción, etc., con el nombre de otra. Volvamos de nuevo al ejemplo que he puesto en el capítulo 1: «En la batalla Aquiles es un león». Con esta oración hago algo muy diferente a adjetivar el valor de Aquiles igualándolo al del león. Lo que pretendo es transmitir la experiencia que, en la *Iliada*, produce Aquiles a aquellos que lo contemplan en el combate; su ferocidad sin límites, su crueldad, su valor indomable y temerario, el terror que inspira en sus adversarios, la aureola de imbatibilidad que se desprende de su figura, la impresión que infunde, en fin y para no alargarme en esto, de ser el verdadero dios de las batallas. Por tanto, cuando se trata de comunicar una experiencia mucho más compleja, y tal vez inefable, la metáfora se presenta como una pieza fundamental y totalmente

imprescindible del lenguaje, a veces como una pieza majestuosa de elevado aliento poético.

Las actitudes de filósofos, lingüistas y científicos en torno a la metáfora son muy variadas y diversas, pero a efectos prácticos podemos agruparlas en dos. Una es aquella que juzga la metáfora como una simple figura retórica y desprovista de todo valor científico y cognitivo. Es la actitud propia de la Ilustración. En su ensayo sobre el entendimiento humano, Locke fue quien se expresó más radicalmente en este sentido. A pesar de estas opiniones de Locke, De Bustos (2000) pone de relieve la inconsistencia pragmática de este autor, como de muchos otros, por el hecho de que emplea abundantes metáforas para clarificar su pensamiento; por ejemplo, habla de la mente humana como una hoja de papel en blanco sobre la que se van imprimiendo los conocimientos basados en la experiencia. Otros autores, como Blas Pascal, Herder, Vico, etc., proclaman que la metáfora constituye el origen y la esencia del lenguaje, el instrumento primero con que la humanidad capta la realidad (De Bustos, E., 2000). De acuerdo con este punto de vista, la metáfora es, a la vez, autónoma e irreducible. Autónoma porque su significado es independiente del significado literal de la oración, e irreducible porque su significado no se puede reducir a paráfrasis²⁵ literales. El gran potencial expresivo de la metáfora, mucho más allá del significado de las palabras, le da la posibilidad de transmitir aquello que es inefable. Me parece que es fácil ver la importancia que tiene esto en la comunicación psicoanalítica, especialmente por lo que se refiere a las experiencias preverbales y las almacenadas en la memoria implícita o de procedimiento (Stern, D., 1998; Nahum, J., 2002; Mora, F., 2002).

Algunos autores juzgan que el origen del lenguaje se halla en la metáfora, considerando a ésta como uno de los instrumentos primigenios mediante el cual la humanidad asimila la experiencia de la realidad. E. De Bustos manifiesta en su excelente y documentado libro *La metáfora. Ensayos transdisciplinarios* (2000), que en el momento actual encontramos dos tendencias contrapuestas de acuerdo con la diferente importancia atribuida a esta figura. Para una de las tendencias, dice este autor, la metáfora es un accidente lingüístico marginal que es extraño a la esfera del conocimiento e impropio para la adquisición del mismo. Para la otra tendencia, la metáfora personifica la esencia del lenguaje y del pensamiento. Por otra parte, el interés en el estudio de la metáfora se ha visto notablemente incrementado por la aparición del denominado «giro lingüístico», término introducido por el filósofo francés Gustav Bergman.

Eco (1990) cree que a lo largo de la historia siempre ha habido una tensión dialéctica entre estas dos concepciones que acabo de señalar, y que esta tensión dialéctica es la continuación del tradicional antagonismo y lucha entre *physis*²⁶ y *nómos*,²⁷ entre la actitud que lleva a poner de relieve aquello que es espontáneo, natural, creativo y excepcional del lenguaje, libre y sin ataduras, arrastrado por la inspiración, por una parte, y la actitud que resalta aquello que el lenguaje tiene de regular, homogéneo y sujeto a leyes universales, por otro.

También se ha ocupado Eco de la interpretación de las metáforas en su libro *Los límites de la interpretación* (1992), asunto este de vital importancia para todos los

psicoanalistas, aun cuando él no hace ninguna referencia a este particular. Eco considera que, aunque acostumbramos a pensar en la metáfora en términos estéticos y poéticos, ésta se encuentra también presente en el lenguaje científico y en el de la vida cotidiana. Cree este autor que la metáfora no es, necesariamente, un fenómeno intencional, sino que depende, primordialmente, del intérprete. Dice Eco a este respecto (1992):

La interpretación metafórica nace de la interacción entre un intérprete y un texto, pero el resultado de esta interpretación está autorizado tanto por la naturaleza del texto como por el marco general de los conocimientos enciclopédicos de una cultura determinada y en principio no tiene nada que ver con las intenciones del que habla. Así, pues, siempre se puede interpretar *Juan come una manzana cada mañana* como si Juan cometiese cada día el pecado de Adán [...]. El criterio de legitimación lo puede dar sólo el contexto general en el que el enunciado aparece. Si el *Topic* es la descripción de un desayuno o una serie de ejemplos para un régimen, la interpretación metafórica es ilegítima (p. 170; cursivas del autor).

También nos recuerda Eco que el hecho de entender una metáfora nos lleva a entender el motivo por el cual el autor la ha escogido, de manera que el acto de interpretación metafórica es una construcción del mundo interno del autor.

Yo pienso que las ideas de Eco que acabo de exponer son en extremo interesantes para los psicoanalistas, y que demandan un estudio más profundo por nuestra parte. Recordemos que, con gran frecuencia, lo que hacemos es dotar de un sentido metafórico la comunicación del analizado. Mi punto de vista es, pues, que la metáfora, el sentido metafórico y la interpretación de las metáforas constituyen un asunto de vital interés para la cultura, para la ciencia y para el psicoanálisis.

Ha sido tradicional, en el tema que nos ocupa, dividir el significado de las oraciones en literal o metafórico o figurado. A pesar de que esta dicotomía ha sido muy discutida y criticada resulta, en la práctica, difícil de sustraerse a ella. Esta oposición entre literal y metafórico ya expresa, por ella misma, una metáfora. ¡Es tan difícil huir de las metáforas como de la propia sombra! Decir literal es una manera de referirnos al contenido semántico de las palabras que conforman la oración. Hablar de sentido metafórico o figurado es referirnos a la expresión de algo que encubre por un lado y muestra por otro, que nos esconde y, a la vez, nos pone de relieve una realidad más espaciosa que la que nos manifiesta el enunciado literal. El significado literal es «compositivo»; es decir, depende de las palabras que componen la proposición y de las reglas de sintaxis necesarias para formar una frase correcta dentro de la lengua que se está usando. Se ha dicho, a menudo, que el significado literal no tiene que ver con el contexto, que siempre es el mismo sea cual sea el marco de referencia, pero esto, para mí, no es cierto, como ya he puesto de relieve en el apartado dedicado al estudio del texto, el contexto y sus relaciones mutuas. Y a lo dicho allá añadido otra razón: la de que no creo que pueda existir un significado literal puro, sin intención comunicativa por parte del emisor. El significado de la metáfora no depende de la semántica, sino de la intención comunicativa del hablante y se encuentra literalmente ligada al contexto. Para no dar las cosas como demasiado seguras, sin embargo, hace falta tener en cuenta que Eco (1992) piensa que la metáfora no es necesariamente un fenómeno intencional, ya que nace de la interacción

entre un texto y un intérprete, y que el resultado de la interpretación deriva tanto de la naturaleza del texto como de los conocimientos generales (enciclopédicos) de una cultura determinada. Ya he expuesto hace unos momentos el ejemplo de la posible interpretación de la oración *Juan come una manzana cada día*. Creo que todo esto nos lleva a considerar que, para la comprensión de la metáfora, no nos hemos de referir a la semántica sino a la pragmática. Las explicaciones pragmáticas, como ya hemos visto, no se basan en el modelo semiótico que se sostiene en la noción de código, sino en el modelo inferencial. En este modelo la explicación es la inferencia que consiste en aprehender el significado de la oración a través de un conjunto de informaciones extralingüísticas que se añaden al significado literal de la oración proferida, como son el contexto y el conjunto de conocimientos y presupuestos sociales y culturales (enciclopédicos) compartidos por los interlocutores.

Desde la perspectiva pragmática podemos decir que la interpretación de la metáfora es intencionalista, es decir, requiere la percepción de las intenciones del hablante en el momento de emitir sus proposiciones; intenciones que hacen posible que uno pueda decir una cosa semánticamente y querer comunicar otra (Searle, J., 1969). En tanto que acto de habla, la metáfora es un acto ilocucionario que no tiene valor de verdad, no afirma que algo es verdadero o falso, si no que nos invita a ver una realidad en términos de otra que nos sugiere nuevos horizontes y estimula nuestra fantasía por avenidas inexploradas. Por tanto, la metáfora nos obliga a distinguir entre lo que las palabras significan, por un lado, y su utilización, por otro.

Así pues, creo que podemos afirmar que la metáfora es un instrumento extremadamente valioso para comunicar nuestra intimidad y expresar aquello de lo que no puede dar cuenta el lenguaje literal. Cuando reducimos la comunidad comunicativa a dos sujetos —como es el caso del análisis— se facilita la intimidad, en tanto que la metáfora actúa como un estímulo, por parte del que habla, a entrar en el juego de mutuas fantasías. De esta forma cada uno de los dos interlocutores muestra la comprensión de la fantasía del otro, metafóricamente expresada, con otra fantasía. (Rizzuto, A. M.^a, 2001).

2.7.3. Tipos de metáfora

Pienso que, para una correcta comprensión del uso de las metáforas, en el lenguaje escrito como en el hablado, hace falta distinguir entre, al menos, tres clases de metáforas.

A) Metáforas creativas o poéticas, que son aquellas que el que habla crea o inventa por su cuenta, con tal de expresar más de lo que podría decir literalmente. Éstas, evidentemente, son las que más interesan en el psicoanálisis. Ejemplo de metáfora creativa: cuando el esposo le dice a la doncella del *Cantar de los Cantares* (aquella que asevera de sí misma *nigra sum sed formosa*): «tus pechos son dos cervatillos gemelos que pacen entre lirios». Otro ejemplo, digno de ser recordado, lo encontramos en la última y estremecedora estrofa de la *Epístola Moral* (anónimo sevillano del siglo XVI²⁸): «Ya, dulce amigo, huyo y me retiro / de cuanto simple amé; rompí los lazos. / Ven y verás al alto fin que aspiro, / antes que el tiempo muera en nuestros brazos». Otro

ejemplo nos lo da Antonio Machado en la primera rima de una de sus poesías: «yo voy soñando caminos de la tarde...». Naturalmente, no hace falta que una metáfora tenga esta altura poética para ser creativa. También las sencillas metáforas convencionales pueden ser manejadas creativamente. Pero los analizados emplean, a veces, metáforas dotadas de un hálito poético. Así, una analizada mía que estaba preocupada preguntándose si la ayuda que le había prestado continuaría ejerciendo su efecto después de la terminación del análisis soñó, la noche anterior a la última sesión, que llegaba al consultorio con un ramillete de siemprevivas en las manos.

B) Metáforas convencionales: son aquellas que han arraigado en una determinada comunidad lingüística, de manera que el que habla las tiene a mano para utilizarlas cuando le parece oportuno, para dar más énfasis a su expresión; ejemplo: el que ya he nombrado antes cuando he hablado de la «gota de agua dentro del océano insondable...». Naturalmente, hay un espectro muy amplio de metáforas convencionales, desde las que encontramos más cerca de las más creativas, como la que acabo de citar, hasta las que bordean con las metáforas muertas; ejemplo: «lo veo todo muy claro», «fue un día muy pesado», etc. Este tipo de metáforas son expresiones que se han «lexicalizado», como dicen los lingüistas, y algunos autores las califican de «casi muertas».

C) Metáforas muertas: son las que, enclavadas en el lenguaje, han perdido ya por completo, en la conciencia del que habla y en la de los que escuchan, su carácter metafórico. Ejemplo: «ahora estoy escribiendo sobre la metáfora». Evidentemente, estoy escribiendo sobre una silla, no sobre una metáfora. No sabría de ninguna manera cómo sentarme sobre una metáfora. Es posible que, en algún momento, la preposición²⁹ «sobre» tuviera un sentido puramente espacial y posteriormente, desde este primer significado, haya ido ampliando progresivamente su uso. Hoy en día de ningún modo se nos hace presente que esta expresión tenga algo que ver con una metáfora. Creo que estas metáforas convencionales casi muertas y las muertas son las más abundantes, y esmaltan toda nuestra habla. En último término es necesario no confundir las metáforas con las *expresiones idiomáticas*, que todos conocemos por el estudio de las lenguas, en las que, a diferencia de lo que ocurre con las metáforas, no hay ninguna representación mental entre la oración proferida y el mensaje intencional; ejemplo: «Se pusieron morados de tanto comer». El sentido de las expresiones idiomáticas no guarda ninguna relación con la semántica de las palabras usadas, y tan sólo se puede comprender con el conocimiento del uso que de ellas hacen los hablantes de una determinada comunidad lingüística.

En el curso de un proceso psicoanalítico hemos de tener en cuenta las complicadas relaciones de la metáfora con la metonimia,³⁰ la sinécdoque³¹ y la analogía,³² las cuales, a mi entender, pueden formar parte de una metáfora creativa, pero que no constituyen una metáfora por ellas mismas. Más adelante hablaré de este asunto.

Quiero terminar este apartado con las palabras de U. Eco en *Semiótica y filosofía del lenguaje* (1990):

No nos interesa la metáfora como embellecimiento, porque si fuese tan sólo así (decir con términos

agradables aquello que se puede decir de otra manera) podría explicarse de forma suficiente en el marco de una teoría de la denotación. Nos interesa como instrumento de conocimiento que añade y no que sustituye (p. 170).

2.7.4.Las metáforas en la teoría y la práctica psicoanalíticas

2.7.4.1.Las metáforas en la teoría psicoanalítica de Lacan

Me parecería negligente hablar de las metáforas en el psicoanálisis y no referirme al psicoanalista francés J. Lacan, el cual ha hecho de la utilización y comprensión de las metáforas y de las metonimias el eje central de su concepción de la práctica y la teoría del psicoanálisis. Advierto, sin embargo, que mi forma de pensar y de concebir el psicoanálisis, tanto en cuanto teoría de la mente humana como en cuanto a terapéutica, es completamente ajena al sistema psicoanalítico creado por Lacan. Sin necesidad de extenderme en los múltiples puntos de divergencia entre el pensamiento de Lacan y el mío creo que basta señalar que el psicoanálisis lacaniano se basa en el estudio de la estructura del lenguaje del analizado, sin que, según este autor, sea adecuado dar otra importancia a la transferencia que la de considerarla un error del psicoanalista, ni prestar atención alguna a la relación analizado-analista y a la experiencia emocional propia de la misma, cosas ambas que, en mi opinión, son la esencia misma del tratamiento psicoanalítico. Esto no es óbice para reconocer la importancia de los estudios de Lacan sobre la metáfora y la metonimia. Lo que ocurre es que, en mi opinión, para Lacan una y otra son puros fenómenos lingüísticos, ya que no es el ser humano quien habla, sino que es hablado por su lenguaje, sin que haya nada propio en él, puesto que como dicen Bleichmar N. y Leiberman, C. (1989):

El hombre de Lacan, alienado entre el deseo que le impone la identificación con el semejante y el deseo que le impone la cultura a través del lenguaje, sufre una enajenación constitutiva absoluta. No hay nada propio en él. Queda indefectiblemente atrapado entre el otro y el gran Otro (p. 203).

Por el contrario, para el psicoanálisis tal como yo lo entiendo, la metáfora, en el curso del proceso psicoanalítico, es la expresión de una experiencia emocional que el analizado necesita y desea trasladar al analista. Dada esta situación, aunque no es mi propósito, ni de lejos, exponer ni tan sólo un breve resumen del extensísimo, difícil y complejo pensamiento de Lacan, creo que, para que el lector pueda hacerse una ligerísima idea de lo que significan las metáforas y las metonimias para Lacan, es preciso exponer brevísimamente algunos conceptos del *estructuralismo*, que es el sistema filosófico-antropológico sobre el cual él construye toda su teoría psicoanalítica.

Lacan parte de la corriente filosófica que, por el hecho de basarse en el concepto de estructuras psíquicas, se conoce con el nombre de estructuralismo. Las teorías de Lacan han conquistado numerosos adeptos en muchos países y han contribuido a divulgar las ideas psicoanalíticas en el mundo de la cultura y de los medios de comunicación. Pero yo pienso que no es posible entender ninguna idea de Lacan, autor en sí mismo

extraordinariamente obscuro, sin tener en cuenta el estructuralismo, al cual Lacan introdujo de lleno en su teoría psicoanalítica al afirmar, taxativamente, que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*.

En esencia, podemos decir que una estructura es el conjunto de leyes que regulan y explican la manera como están relacionados entre sí los diversos elementos que componen un determinado ámbito de objetos, de seres o de ideas. La elaboración filosófica del concepto de estructura, que es lo que propiamente se conoce con el nombre de estructuralismo, es debida a autores como Lévi-Strauss, Althusser, Foucault y el propio Lacan. Podemos decir que el estructuralismo nació en 1955 con la publicación, por Lévi-Strauss de *Tristes trópicos*, obra de enorme éxito mediático y gran impacto cultural. El estructuralismo explotó y se desarrolló en Francia, en la década de los 50, en gran parte como reacción contra el existencialismo de J.-P. Sartre, la figura más destacada, en aquellos momentos, del esplendor de la cultura francesa y omnipresente en todos los ámbitos de la misma. Lacan proclamaba, al mismo tiempo, la libertad del hombre y su absurdidad (Reale, G. y Antiseri, D., 1992). El estructuralismo no es, ni de lejos, una doctrina unitaria. No existe una teoría estructuralista, sino que el estructuralismo se caracteriza por un espectro muy amplio de proposiciones muy separadas entre sí, pero que comparten un punto común. Éste consiste en la oposición a aquello que siempre ha sido propio de la filosofía occidental desde sus inicios en la Grecia clásica: la concepción del hombre como ser libre que crea su propio destino, de la humanidad como constructora de su historia, del sentido de ésta, de la responsabilidad del yo, etc. El estructuralismo substituye estas supuestas capacidades del hombre — podemos decir del yo desde un lenguaje más cercano al psicoanálisis— por una poderosas estructuras inconscientes, vigentes y de actuación ininterrumpida en todo momento, que disuelven al yo y transforman en ilusorias e ingenuas todas las convicciones y fantasías de autodeterminación, libertad y creatividad. Para el estructuralismo, los seres humanos se hallan totalmente dominados por estructuras que rigen su destino, sin que haya ninguna intervención por parte de una supuesta libertad y capacidad de decisión. Lo que siempre se ha entendido en la cultura occidental como la esencia de la humanidad parece desaparecer bajo el vendaval del estructuralismo. Esta situación queda reflejada muy claramente en la afirmación de Lévi-Strauss de que las ciencias humanas sólo serán ciencias cuando dejen de ser humanas, y es por ello que ha podido decirse que, si para Nietzsche Dios ha muerto, para el estructuralismo el que ha muerto es el hombre. Para el estructuralismo la historia no tiene ningún sentido ni finalidad, ni se despliega de manera continuada y progresiva, puesto que se halla dirigida por estructuras inconscientes y no por deseos y objetivos intencionales de los hombres. El estructuralismo pretende captar las reglas que, establecidas de manera inapelable en el espíritu humano, controlan de manera absoluta toda expresión y desarrollo de la mente humana y sus aparentemente libres creaciones, ya sean éstas sociales, artísticas y científicas. A través del estudio de la lingüística, los mitos, leyendas, reglas de parentesco, etc., el estructuralismo pretende poner orden en el conjunto de todas las manifestaciones humanas y encuadrarlas en unas pautas predeterminadas e insoslayables

en las cuales no ha intervenido para nada la libertad humana (Reale, G. y Antiseri, D., 1992). Considera T. Ibáñez (2001) que el estructuralismo inició su declive en mayo del 68. Podemos decir que en aquel momento no las estructuras, sino los hombres y las mujeres salieron a la calle para reclamar el derecho a construir su propio destino, que es, precisamente, lo que el estructuralismo les había negado.

Es, pues, en el seno de esta orientación, de la cual acabo de dar una breve síntesis —engañosa porque puede reflejar una doctrina unitaria que, en verdad, no existe—, donde ha de comprenderse a Lacan y a su forma de entender y utilizar las metáforas y las metonimias. Me atrevo a decir que las aportaciones de Lacan en este sentido vienen fundamentalmente anunciadas en su afirmación *princeps* a la que ya me he referido, aquella según la cual el inconsciente está estructurado como un lenguaje, ya que, desde esta perspectiva —y en esto concuerda con Heidegger y Derrida—, el hombre no posee un lenguaje, sino que es poseído por éste, que es una estructura que le dirige sin que pueda oponerse a ello. «El sujeto es hablado por el Otro», dice Lacan. El sujeto, en la medida que lo es, no existe más que en y por el discurso del Otro (Bleichmar, N. y Leiberman, C., 1989). Hay una diferencia notable entre la concepción freudiana acerca de cómo hemos de entender e interpretar el inconsciente y la que sostiene Lacan. Para Freud, el inconsciente es el ámbito mental en el que residen las pulsiones instintivas reprimidas, cuyas representaciones y fantasías derivadas se manifiestan en los sueños, asociaciones, síntomas, etc., siendo la labor del analista la de descubrir e interpretar dichas pulsiones. Para Lacan, puesto que piensa que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, es el estudio de la estructura del lenguaje que emplea el analizado aquello que nos ha de permitir acceder a su inconsciente. Este estudio del lenguaje se realiza, en la técnica lacaniana, partiendo de la idea de que el mecanismo de las formaciones del inconsciente es similar al mecanismo del lenguaje, fundamentalmente por lo que respecta a dos figuras fundamentales: la metáfora o condensación (en la terminología de Lacan, la substitución de un significante por otro), y la metonimia o desplazamiento (substitución de significantes que tienen entre sí relaciones de contigüidad). El acceso al inconsciente, por tanto, debe realizarse a través del examen detenido y minucioso del discurso del analizado, con especial atención a las combinaciones del lenguaje, errores, lapsus, metáforas y metonimias. Pero hemos de entender que se trata de un estudio del discurso desde una perspectiva eminentemente lingüística. Lacan no escucha este discurso desde el punto de vista de la transferencia que, para él, es, como ya he dicho, un error inútil. Tampoco tiene para Lacan ninguna importancia la relación emocional que puede establecerse entre paciente y analista. Con lo que acabo de decir, pues, queda suficientemente clara la diferencia que existe entre mi manera de entender la presencia y utilización de metáforas en el proceso analítico y el enfoque que Lacan lleva a cabo de las mismas, a partir de su particular concepción del inconsciente estructurado como un lenguaje.

2.7.4.2. Las metáforas dentro de la situación analítica

Como he dicho antes, yo creo que toda la situación analítica es una metáfora, pero

ésta no es una idea original mía, sino que algunos prestigiosos analistas me han precedido en esta opinión (Arlow, J., 1979; Houzel, D., 1993; Rizzuto, A. M.^a, 2001; Schaffer, R., 2003). Así, afirma Arlow:

Desde mi punto de vista, la metáfora es una inherente cualidad del lenguaje en general y de cómo la mente humana integra las experiencias del individuo. La metáfora tipifica la manera como la percepción y la memoria son integradas en términos de semejanza y diferencia [...]. Cuando revisamos las etapas intermediarias, en el proceso de llegar a la interpretación, se nos evidencia que no ha sido suficientemente apreciada la manera en que afecta a la situación analítica la inherente ambigüedad y naturaleza metafórica del lenguaje. El psicoanálisis es, fundamentalmente, una empresa metafórica. El paciente se dirige al analista metafóricamente, y el analista escucha correspondientemente (pp. 373-374; la traducción es mía).

Otra manera de expresar este punto de vista es la de decir que el analizado traslada, transfiere la experiencia con sus primeros objetos a la relación con el analista y que, por tanto, vive metafóricamente esta nueva experiencia, ya que siente y piensa en torno al analista como pensaba y sentía frente los objetos de su infancia, y, a causa de esto, los significados de una antigua situación son trasladados a otra situación. Pero yo pienso que esta manera de enunciarlo es demasiado limitada, ya que esto que el paciente traslada y vive metafóricamente con el analista no es tan sólo la experiencia con sus primeros objetos, sino la totalidad de su mundo interno, la totalidad de las experiencias que han configurado su mente a lo largo de su propia historia.

Por su parte, Houzel (1993), refiriéndose a la utilización de interpretaciones metafóricas en el análisis de niños, considera que:

La expresión metafórica es un pasaje obligatorio en todo proceso de pensamiento. Privarse de recurrir a la metáfora en la interpretación conduce a un empobrecimiento considerable del trabajo de elaboración, con pérdida del valor mutativo (p. 70).

Advierte Houzel de la necesidad de no confundir metáfora con analogía, la cual tan sólo pone en relación dos objetos por uno o más elementos de semejanza entre ellos, y piensa que esta confusión entre interpretación metafórica y analogía ha conducido a cierto descrédito de la primera. Yo me siento muy de acuerdo con esta advertencia, ya que, como ya hemos visto, la metáfora es mucho más que la substitución de un significante por otro, en razón de poseer un elemento común. Más adelante me referiré al hecho de que los sujetos con problemas de simbolización tienen muchas dificultades para utilizar metáforas creativas —y aun para comprenderlas en los casos más graves—, a causa de lo cual recurren a analogías que, en muchas ocasiones, se presentan con apariencia de metáforas. En el mismo sentido se expresa Schaffer cuando dice (2003):

[...] la comunicación de *insight* se encuentra enraizada en las metáforas concretas visuales y espaciales que dan forma narrativa a las fantasías inconscientes, especialmente aquellas de las que inferimos que entran en juego en el diálogo analítico (p. 31, la traducción es mía).

Ahora bien, hay que diferenciar esta atmósfera metafórica que envuelve todo el proceso psicoanalítico de las metáforas concretas con las que el paciente expresa deseos, fantasías, impulsos, ansiedades, etc. Como ya he dicho, yo quiero centrarme propiamente en esta cuestión.

Nos posibilita entender mejor el funcionamiento de las metáforas en el contexto analítico el recordar que las neurociencias y la psicología cognitiva nos permiten considerar que la mente humana funciona, esencialmente, como un sistema de representación. Horowitz (1972), citado por Rizzuto (2001), distingue tres modos de representación: el formado por las pautas de acción motoras, el basado en las imaginaciones y el léxico o verbal. Las representaciones verbales incluyen todos los aspectos de la comunicación hablada con el mundo social que nos rodea. Los dos primeros sistemas de representación son totalmente privados y subjetivos, mientras que el sistema verbal es esencialmente social, cultural y comunicativo. El lenguaje construye un espacio dentro del cual comunicamos nuestras experiencias del mundo, de los que nos rodean y de nosotros mismos (o del propio *self*). Hay que recordar que las palabras no significan nada sin referirse a una representación mental. Una palabra sin un referente no tiene ningún sentido, pero el verdadero referente no es el mundo de la realidad, sino el mundo representacional de quien habla. A propósito de esto dice Rizzuto (2001) que los analizados, como todos nosotros, al hablar se refieren a su mundo privado de representaciones e interpretaciones de la experiencia, la cual cosa precisa que además de la representación en sentido estricto, en la cual los elementos representacionales tienden a reproducir los elementos a representar de la manera más próxima posible, existan otras dos funciones, la de distanciarse de estas representaciones y observarlas para trasladarlas al lenguaje —cosa que podemos decir que ya es una metáfora— y pensar sobre ellas, y la de producir metarrepresentaciones, que incluyen la habilidad para representar los sentimientos, ideas, deseos, fantasías, etc., que pueden tener los otros. Aquí encontramos, en el caso de la pareja analítica, la capacidad de cada uno de los miembros para reproducir lo que siente y piensa el otro.

Creo que lo que acabo de decir nos lleva a poder considerar que las metáforas creativas (con esta denominación me refiero tanto a las metáforas creativas propiamente dichas, como a las convencionales cuando son utilizadas de modo creativo) comunican una experiencia del mundo interno con una amplitud y profundidad muy superior a lo que podría expresar el enunciado literal. Y pienso que esta perspectiva nos ofrece una doble razón para juzgar el proceso analítico como totalmente metafórico. Una razón es la que ya he mencionado antes, siguiendo a Arlow, la de que todo el proceso psicoanalítico es metafórico porque consiste en transferir al analista las relaciones con los objetos internos. Pero la segunda razón, la que a mí más me interesa en este momento, es que el proceso psicoanalítico es metafórico porque se lleva a cabo a través de la continuada investigación, examen y comprensión de las experiencias, tanto conscientes como inconscientes, alrededor de las cuales se organiza y configura la mente del analizado; experiencias que dan vida y fuerza a la comunicación de este último cuando son trasladadas (metafóricamente hablando) a la relación con el analista. En mi opinión, todo

lo que estoy diciendo al referirme al paciente debe ser aplicado, también, al analista, tanto en lo concerniente a la comprensión de las metáforas utilizadas por su comunicante, como en lo que se refiere a la utilización de metáforas en sus intervenciones.

Levin (1991), apoyándose en los estudios llevados a cabo con scanner y técnicas de imagen, las cuales miden las oscilaciones del flujo sanguíneo en las diversas áreas corticales, subraya el papel de la metáfora en el diálogo analítico. Este autor afirma que, cuando el grado de estimulación cerebral no sobrepasa un determinado nivel, la actividad neuronal originada por este estímulo se encuentra limitada a una sola área cortical de asociación, pero que, cuando este nivel es superado, el cerebro resulta excitado como una totalidad y diversas áreas asociativas corticales y subcorticales se ven involucradas y entran en comunicación las unas con las otras, con lo cual se produce una actividad de síntesis de los procesos que han intervenido. Piensa que la metáfora, por su complejidad —imágenes visuales, auditivas y sensoriales, memoria, simbolización, analogías, abstracción, etc.—, incita a diversas áreas y zonas cerebrales, así como diversos dominios de la experiencia y, por tanto, contribuye a la efectividad de la comunicación del paciente y de la interpretación que formula el analista. Con referencia a esto, Quinodoz (2003) dice que con tal de facilitar la integración de los elementos psíquicos disociados es necesario que el analista use un lenguaje que evoque fantasías, próximas a la poesía y centradas en los afectos, el cual comporta una forma de pensamiento sintético más que lineal. Éste es un tipo de lenguaje que hace uso de imágenes, analogías y metáforas. En mi experiencia, las metáforas en la interpretación no tan sólo ponen en marcha una compleja red de asociaciones, sino que, además, estimulan la capacidad simbólica en el paciente.

Siguiendo las ideas que estoy exponiendo para dar cuenta de cómo opera la metáfora en el proceso psicoanalítico, quiero señalar que también hemos de tener en cuenta la importancia de la bilateralidad funcional hemisférica, para la comprensión de la comunicación humana (Levin, F., 1991; Pally, R., 2003; Pally, R. y Olds, D., 1998; Kandel, E., 1999; Mora, F., 2002; Solms, M. y Turnbull, O., 2004). Con relación a las propiedades de la metáfora es importante recordar lo que conocemos acerca de la asimetría inter hemisférica. Sabemos que el hemisferio izquierdo posee los centros del lenguaje y está especializado en discriminar las relaciones causa-efecto, en controlar los movimientos motores de precisión y que también tiene la superioridad en el reconocimiento de la secuencia temporal. El hemisferio derecho, en cambio, está especializado en captar las emociones que están incluidas en la percepción, en la musicalidad, tanto en general como en la del lenguaje (prosodia), y en la expresión y memoria de la información social. Es por esto que se ha dicho que el hemisferio izquierdo lee el texto y el derecho el contexto. Desde este punto de vista, podemos suponer que la metáfora sirve de punto de enlace no tan sólo entre diversas áreas corticales y subcorticales, sino que también facilita la comunicación entre los dos hemisferios y, por tanto, la integración de diversas experiencias vividas en diferentes momentos de la historia del sujeto.

2.7.4.3. Metáfora y simbolización

Antes he expuesto los diversos tipos de metáfora, según la lingüística, pero ahora nos interesa ver qué clase de categorización podemos hacer desde la perspectiva psicoanalítica, con el fin de extraer una mayor utilidad para la comprensión del proceso analítico. A mi juicio, uno de los caminos posibles para hacerlo, entre muchos otros, es a partir de la relación entre metáfora creativa y simbolización, apoyándome en las ideas que H. Segal nos da en su trabajo *Notes on Symbol Formation* (1957), en el que, diciéndolo de forma sumamente resumida, expone que la condición básica para la simbolización descansa en la capacidad de diferenciar el símbolo de lo simbolizado. Para mí no hay duda de que la creación de metáforas implica un juego de simbolizaciones en un nivel elevado de abstracción y figuración, cosa diferente de la utilización de metáforas sencillamente convencionales y que, como he dicho antes, forman parte común del equipo del lenguaje. Lo que sí podemos pensar, en principio, es que a los sujetos en los que predomina la ecuación simbólica (Segal, H., 1957) —en la que se produce una confusión entre el símbolo y lo simbolizado— no les es posible la metaforización creativa, aunque la falta de esta última no se deba siempre al predominio de la ecuación simbólica. La metaforización creativa exige otras cualidades, como son la imaginación, fuerza expresiva, vena poética, riqueza de fantasía, etc., además de la capacidad de simbolizar.

En la dirección que estoy apuntando, A. F. Borbely (1998), que también hace referencia al trabajo de Segal, ha intentado vincular la «neurosis» (parece que, como muchos autores norteamericanos, utiliza el término «neurosis» como equivalente a la perturbación psíquica) a la incapacidad del paciente para metaforizar el pasado y el presente, la cual es debida a traumas infantiles. Según él, estos pacientes no piensan metafóricamente sino que quedan fijados en rígidas relaciones analógicas, como, por ejemplo, «el padre es un competidor temido», «la madre es el objeto erótico prohibido», etc. Por tanto, según este autor, la función de la interpretación ha de ser promover la habilidad para metaforizar, mediante la vinculación de las imágenes, emocionalmente cargadas, del pasado y del presente, y la curación es vista como el resultado de estimular la capacidad para metaforizar.

Evidentemente, resulta muy sugestivo hacer esta equivalencia entre la perturbación psíquica e incapacidad para metaforizar, por un lado, y la razonable salud mental y capacidad para metaforizar creativamente, por otro, lo cual puede ser vinculado a la aptitud, o falta de la misma, para simbolizar. Ahora bien, hemos de admitir que las cosas son más complicadas. Es posible que en los sujetos más perturbados encontremos un predominio del funcionamiento mental apoyado en las relaciones analógicas, metonimias, sinécdoques, metáforas convencionales pobres, etc. Y que en sujetos con mayores recursos mentales aparezcan las metáforas creativas más abundantemente, pero mi experiencia en la clínica me hace pensar que no siempre es así, aunque que gustaría que así fuese, porque simplificaría las cosas. Por otra parte, no hemos de olvidar la existencia de poetas, escritores, filósofos, artistas en general, etc., que, aun sufriendo graves alteraciones psíquicas, son ricos en metáforas.

A mi parecer, el problema se puede comprender mejor si, junto con las ideas de Segal, tenemos en cuenta las aportaciones de Bion (1954, 1957) sobre el funcionamiento de la parte psicótica y la no psicótica de la personalidad. Desde esta perspectiva, podemos pensar que pacientes muy perturbados clínicamente pueden metaforizar creativamente gracias al funcionamiento de la parte no psicótica, si tienen suficiente capacidad imaginativa y comunicativa. Una excesiva fuerza del funcionamiento de la parte psicótica, en cambio, dará lugar al predominio de analogías, metonimias, etc., y, especialmente, de aparentes metáforas —desde un punto de vista literal— que en realidad están formadas por ecuaciones simbólicas, analogías rígidas, metonimias, etc. En estos casos, siguiendo la dirección señalada por Segal en cuanto a la diferencia entre la simbolización y la ecuación simbólica, encontramos una confusión entre la metáfora, en su significado literal, y la realidad. Pienso que, para entendernos, las podemos denominar metáforas rígidas o asimbólicas. Se trata de metáforas inamovibles que expresan las teorías o convicciones que el paciente ha construido para defenderse de los conflictos internos, especialmente para sostener el narcisismo y mantener el difícil equilibrio psíquico. Me parece, por tanto, que en la clínica psicoanalítica es imprescindible diferenciar entre este último tipo de metáforas puramente semánticas, defensivas y asimbólicas, que son cerradas, rígidas y reiterativas, y las metáforas creativas, y a veces poéticas, con las que el paciente expresa, con amplitud y flexibilidad, las experiencias de su mundo interno. Esta distinción es esencial para entender e interpretar aquello que el analizado nos comunica.

2.8.Conclusión

Hoy en día es algo que se halla plenamente aceptado por lingüistas, filósofos del lenguaje y cognitivistas que el lenguaje es una forma de acción, por lo cual nos referimos a actos de habla. Esta concepción, al ser difundida e integrada, repercute de manera particularmente intensa en el pensamiento psicoanalítico, puesto que la teoría tradicional ha sostenido que en el curso del tratamiento psicoanalítico uno y otro protagonista «sólo» intercambian palabras, estando rigurosamente prohibida cualquier forma de acción. Ahora podemos saber que esto no es cierto, y que analizado y analista están interaccionando continuamente el uno sobre el otro, es decir, están ejerciendo una influencia mutua a través de los actos de habla. Este enfoque viene a dar la razón a quienes, desde hace tiempo, propugnan que la relación entre analizado y analista va mucho más allá del contenido semántico de las interpretaciones y que es, por lo menos, tan importante como éstas. Asimismo, esta perspectiva nos señala la importancia que posee el estudio de las vías y formas de comunicación en el proceso psicoanalítico, y la investigación y diferenciación entre el texto y el contexto en el curso del mismo.

Es indudable que la metáfora posee un relevante papel en el proceso psicoanalítico, tanto en la comunicación del analizado como en la del analista. Un aspecto a tener en cuenta es el de que los términos metáfora y transferencia, siendo el primero un término griego y el segundo un término latino, tienen el mismo significado, que es el de «llevar

más allá». De hecho, todo el proceso psicoanalítico es en sí mismo una metáfora, ya que el analizado lleva más allá, en su relación con el analista, el contenido de su mundo interno. Es importante diferenciar el sentido metafórico general del proceso psicoanalítico como una totalidad, de las fantasías concretas empleadas en el diálogo entre ambos protagonistas. Por otra parte, debe recordarse la necesidad de entender la metáfora no en su acepción más sencilla y habitual de utilizar una palabra en lugar de otra, sino en aquella que nos lleva a considerar la metáfora como el traslado de una experiencia en términos de otra experiencia que permite una manifestación más rica y profunda de sentimientos y vivencias. También es interesante distinguir entre metáforas creativas, metáforas convencionales y metáforas muertas para aprehender el sentido de la comunicación del analizado. Sabemos que la capacidad de simbolización es esencial para la producción de metáforas creativas. En determinados sujetos, en el funcionamiento mental de los cuales, a causa del funcionamiento psicótico de una parte de su personalidad, se presenta una confusión entre el símbolo y aquello simbolizado, pueden encontrarse metáforas con apariencia creativa, pero, en realidad, son metáforas asimbólicas, cerradas, rígidas y repetitivas.

¹⁷ Siguiendo a la mayoría de los autores españoles, como M. García-Carpintero, E. De Bustos, J.J. Acero, F. Mora, D. Quesada, etc., en este capítulo traduciré el término *utterance*, empleado por Austin y, en general, por los autores anglosajones, por *proferencia*. Aunque es un término que puede sonar un poco extraño para los no habituados, tiene la ventaja de que con él podemos referirnos a cualquier expresión verbal, ya sea una simple exclamación, una proposición, un enunciado, una orden, etc.

¹⁸ Para la cuestión de analizado y analista con diferentes idiomas nativos puede consultarse el libro de J. Amati-Mehler, Simona Argentieri y J. Canestri (1993), *The Babel of the Uncconscious*.

¹⁹ Introduzco este neologismo, siguiendo a García-Carpintero, para traducir el neologismo inglés *implicature* utilizado por Grice.

²⁰ Sintagma es toda combinación de unidades lingüísticas dentro de la cadena hablada. El sintagma es una unidad funcional, y la oración es el sintagma por excelencia.

²¹ Sperber y Wilson utilizan el término *devices*, porque ellos se refieren tanto a seres vivos como a computadores o cualquier ingenio mecánico o electrónico capaz de comunicar. Yo empleo el término *organismos* porque me refiero sólo a seres vivos.

²² «Etimología» deriva de *etymos*, «verdadero», que hace alusión a la función que tiene la técnica de averiguar la auténtica naturaleza del nombre.

²³ Debe entenderse que en este capítulo, al hablar de transferencia, lo haré en el sentido tradicional o habitual del término.

²⁴ Uso de las palabras en un sentido diferente del que propiamente les corresponde.

²⁵ La paráfrasis es la explicación o interpretación explicativa de un texto con la finalidad de hacerlo más comprensible.

²⁶ El término griego *physis* suele ser traducido por «naturaleza», en tanto que «aquello que surge», «aquello que nace», «aquello que es engendrado (o engendra)». *Physis* también designa el proceso mismo de emerger, de nacer.

²⁷ *Nómos* es un término griego que significa ley. De él deriva el término «nomología» como ciencia de las leyes y su interpretación.

²⁸ Atribuido a Fernández de Andrade.

²⁹ Las preposiciones son partículas denominadas *sincategoremáticas*. Se llaman así aquellos términos que, en una oración, no tienen sentido en ellos mismos, sino que tan sólo lo tienen en relación con otros con los que van enlazados.

³⁰ En la metonimia se reemplaza un significante por otro, que tiene con el primero una relación de contigüidad sin que haya, a diferencia de la metáfora, creación de sentido. Ej.: «se decidió a tumbarse en el diván», por «se

decidió a psicoanalizarse».

[31](#) Sinécdoque es una figura que consiste en designar un todo con el nombre de una de sus partes o viceversa; un género con el de una especie, etc.

[32](#) La analogía expresa una relación de semejanza entre cosas diferentes. Es la atribución de los mismos predicados a diversos objetos, como expresión de una correspondencia, semejanza o correlación establecida entre ellos.

3.1. Introducción. El psicoanálisis, como todas las ciencias, es hermenéutico y constructivista

Antes que nada quiero plantear, desde el mismo inicio, la tesis fundamental de este capítulo, para que, con ella en la mente, el lector comprenda mejor la dirección y el porqué de los razonamientos que se desarrollarán a lo largo del mismo. Esta idea central no es la de exponer una orientación psicoanalítica a la que podamos llamar psicoanálisis hermenéutico, con su teoría y técnica correspondientes, en contraposición a las otras escuelas y orientaciones dentro del psicoanálisis y, especialmente, en contraste con el psicoanálisis como ciencia empírico-natural, tal como generalmente se entiende y ha sido expuesto en este sentido por varios autores (Laplanche, J., 1992; Ahumada, J., 1999; Spence, D., 1994; Bouchard, M. A., 1995; Brook, A., 1995; Steiner, J., 1993, etc.). No, no es esto. Lo que yo sostengo es que *el psicoanálisis es una ciencia hermenéutica y constructivista, porque todas las ciencias son hermenéuticas y constructivistas*, y, por tanto, el psicoanálisis no puede ser una excepción. No se trata pues, para mí, de una determinada orientación del psicoanálisis ni de una técnica específica a la que quepa denominar como hermenéutica. Ahora bien, el psicoanálisis se distingue de las otras ciencias porque además de interpretar los datos de observación, como todas ellas, interpreta el *significado* de los estados psicológicos en el curso del proceso psicoanalítico como acto terapéutico.

3.2. Aproximación a la hermenéutica y al constructivismo

3.2.1. Consideraciones generales acerca de la hermenéutica

El neologismo hermenéutica proviene del griego *hermêneuein* que tiene un triple significado: exponer, explicar o interpretar y traducir. Los dos últimos significados pueden asimilarse entre sí, puesto que trasladar sonidos extraños o signos desconocidos para los oyentes o lectores a otros sonidos o signos comprensibles para ellos es interpretar. Habitualmente empleamos el vocablo «traductor» cuando se trata de lenguaje escrito «intérprete» cuando se trata de lenguaje oral. Todas las ciencias *exponen* (afirman, hablan), *explican* (interpretan, aclaran) los datos observados y los *traducen* a su propia terminología y, por tanto, son hermenéuticas.³³ Los físicos interpretan los datos

observables que obtienen de sus experimentos; los médicos interpretan los análisis, las radiografías, las resonancias magnéticas, los síntomas de los pacientes, etc.; los juristas interpretan las leyes; los antropólogos los restos fósiles que hallan, y, evidentemente, los analistas interpretan las comunicaciones verbales y no verbales de los analizados. Y esto último vale tanto para las escuelas que parten de la idea del psicoanálisis como una ciencia empírico-natural como para las orientaciones de impronta relacional, puesto que unas y otras tienen, como eje fundamental, la interpretación³⁴ de las comunicaciones de los analizados, es decir, de los datos observables, para luego construir sus teorías sobre la base de estas interpretaciones. Y esto es así tanto para las teorías propias del modelo pulsional como para las que siguen el modelo relacional.

Hoy en día, los científicos y filósofos admiten que toda observación se halla cargada de teoría y que la observación pura e inmaculada tal como creía el positivismo no existe. Popper en su libro *En busca de un mundo mejor* (1984) narra una graciosa anécdota al respecto. Durante una conferencia, en la que exponía tal idea, demandó a los asistentes su colaboración para llevar a cabo un experimento. Una vez que los asistentes hubieron aceptado gustosamente les pidió: «¡comiencen a observar!». Al cabo de algunos segundos de silencio varias voces, casi simultáneamente, preguntaron: «¿pero qué es lo que tenemos que observar?». Momento en el cual Popper les dio las gracias y les dijo que el experimento había terminado y que, con el mismo, se había demostrado que no es posible la observación sin alguna teoría que la sostenga y la dirija.

Tanto en las actividades científicas, en el sentido más amplio de la palabra, como en la práctica de la vida cotidiana interpretamos a partir de nuestros presupuestos y teorías. Presupuestos y teorías que, aun cuando subjetivos, no son arbitrarios, siempre que actuemos *bona fide*, puesto que dependen de nuestros conocimientos y experiencias previos. Para evitar repeticiones remito a lo expuesto en el capítulo 2 con relación al texto y el contexto. Pues bien, podemos decir que interpretamos siempre el texto —las percepciones, los estímulos, aquello que se presenta ante nosotros, etc.— de acuerdo con nuestro contexto personal y el contexto general en el que nos hallamos. Comprendemos el mundo que nos rodea interpretando y explicando aquello que se ofrece a nuestra observación. Es en este sentido que Gadamer (1975) habla de una «hermenéutica universal» que concierne a la comprensión humana general del mundo, y también de la extensión de la hermenéutica a una «pregunta universal». Con relación a este último enunciado, me parece perfectamente lícito afirmar que filósofos y científicos están hoy de acuerdo en que las actividades filosóficas y científicas son las preguntas que los humanos dirigimos al mundo. Y no vale alegar que el mundo responde a nuestras preguntas con hechos. La tan repetida frase de que los hechos hablan por sí solos es un completo error. Los hechos son mudos. Somos nosotros quienes los hacemos hablar con la interpretación que les damos. Ya Nietzsche lo declaró explícitamente en *La voluntad de poder* (1887) afirmando: «No hay hechos, sino únicamente interpretaciones». Y también, «No hay hechos morales, sino tan sólo interpretación moral de los hechos». Lo que ocurre es que predomina una idea unilateral y restringida, cuando no errónea, del significado del término hermenéutica, que hace que muchísimos analistas crean,

equivocadamente, que catalogar de hermenéutica a nuestra disciplina significa el abandono de toda pretensión de poder considerar al psicoanálisis como ciencia. Sin embargo, por todas las razones que acabo de exponer, por más que algún analista continúe aferrado a la idea de que las asociaciones que está escuchando son los derivados manifiestos de las pulsiones biológicas de su analizado, puesto que su principal tarea es trasladar a términos comprensibles el sentido oscuro y escondido de dichas asociaciones, está llevando a cabo una labor hermenéutica.

Yo pienso que las reflexiones que preceden en torno a la naturaleza del conocimiento humano nos llevan al concepto del término griego antiguo *hermeneia*, que apunta a la posibilidad de interpretar el mensaje que transmite el discurso ordenado, de manera que el intérprete repite el mensaje y lo hace comprensible no sólo para aquellos a quienes va dirigido en un período determinado de la historia, sino también para otros que lo reciben en otro momento histórico o en otra dimensión de la cultura, volviendo a expresar el mensaje con palabras, y así el intérprete se instala entre la fuente de la revelación y los receptores del mensaje (Marquès, A., 2001). Si la hermenéutica es la ciencia de la interpretación, el psicoanálisis, que tiene como objetivo aportar al analizado conocimiento de su inconsciente mediante la interpretación, no puede dejar de ser considerado como una ciencia hermenéutica en un sentido totalmente pleno e irreducible.

3.2.2. *El pensamiento hermenéutico*

Para iniciar esta sucinta introducción al pensamiento hermenéutico me parecen sumamente definitorias las palabras de J. Grondin (1999), con las cuales pienso que queda suficientemente claro cómo debemos entender el concepto de hermenéutica hoy en día:

Lo que otorga a la hermenéutica el estatuto de una *prima philosophia* de nuestro tiempo es probablemente la virtual omnipresencia del fenómeno interpretativo, que está en el orden del día de la filosofía a más tardar desde que Nietzsche se percató del perspectivismo universal. Nietzsche es, tal vez, el primer filósofo moderno que sensibilizó la conciencia para percibir el carácter fundamentalmente interpretativo de nuestra experiencia del mundo. Lejos de limitarse a las ciencias puramente interpretativas, como la exégesis, la filología o el derecho, el horizonte de la interpretación se extiende a todas las ciencias y modos de orientación de la vida (p. 35).

Desde una perspectiva histórica, Villamarzo (2001) establece una distinción entre las corrientes «racionalista» y «romántica» de la hermenéutica. La línea racionalista se halla encabezada por Aristóteles, para el cual la interpretación hermenéutica es la acción de explicar o significar algo hablando. Para los seguidores de esta línea, la hermenéutica ha de ser una disciplina rigurosamente científica que establezca unas reglas precisas de interpretación que permitan una interpretación literal y objetiva sin interferencia por parte de la subjetividad del intérprete. Spinoza y Dilthey figuran entre los más destacados autores dentro de esta orientación. Dilthey ha tenido una especial importancia en el campo de la psicología y el psicoanálisis, debido a la introducción de una psicología

comprehensiva que queda plasmada en su conocido axioma «explicamos la naturaleza y comprendemos la vida anímica». Me referiré a ello más adelante. Los seguidores de la línea romántica, por el contrario, se preocupan, ante todo, de buscar el sentido oculto del texto o fenómeno, y creen que no es sólo la razón, sino predominantemente el sentimiento el que capacita al sujeto para descifrar el secreto que encierra aquello que ha de ser interpretado, texto o fenómeno. Me parece que esta forma de entender la hermenéutica no difiere mucho del objetivo de la clínica psicoanalítica, en la cual intentamos comprender el sentido oculto de las asociaciones y sueños que el paciente nos comunica.

Friedrich Schleiermacher es considerado como el fundador de la hermenéutica científica. Este autor concibe la hermenéutica como «el arte de comprender». Según Grondin (1999), la hermenéutica de Schleiermacher se divide en dos vertientes: la gramática y la técnica. La vertiente de la gramática trata del lenguaje como una totalidad de uso. La vertiente técnica, en cambio, intenta comprender el lenguaje como expresión de algo interior. Schleiermacher presupone que cualquier palabra, dicha o escrita, transporta un sentido más allá del puro significado literal, algo pensado o sentido que constituye el objetivo de la interpretación. Pero el interés que los analistas podemos sentir por la hermenéutica tal como nos la presenta este autor va todavía más allá, porque Schleiermacher fundamenta su hermenéutica en el diálogo, y afirma que estamos obligados a dialogar con los otros y con nosotros mismos para llegar a verdades comunes fuera de toda disputa, y nos advierte que el ser humano sólo puede escapar al error y obtener su saber por la vía del diálogo. La hermenéutica, nos dice Schleiermacher, es el arte de comprender correctamente el diálogo del otro. No sé si puede haber analistas que no estén de acuerdo con que esto tiene algo que ver con el psicoanálisis.

P. Ricoeur (1965) une a su gran altura como filósofo y hermeneuta su valoración del psicoanálisis como instrumento para la comprensión del ser humano y de la cultura en general. Considera que nos encontramos en un momento propicio para construir una gran filosofía del lenguaje que nos permita comprender el significado humano en sus múltiples manifestaciones como son la matemática, el arte, la física y el psicoanálisis. Si hoy nos planteamos esta cuestión, dice, es precisamente porque disponemos de una lógica simbólica, de una ciencia exegetica, de una antropología y de un psicoanálisis que nos permiten intentar abarcar desde diversos ángulos el discurso humano, ahora dislocado por el progreso de tan diversas disciplinas. Piensa Ricoeur que el psicoanálisis se inscribe en el gran debate contemporáneo sobre el lenguaje, principalmente por la importancia del concepto freudiano del deseo. En su obra *Freud: Una interpretación de la cultura* (1965) intenta, desde una perspectiva hermenéutica, una interpretación de la cultura mediante el psicoanálisis freudiano y dice, con relación a la importancia del psicoanálisis para la profundización en la filosofía del lenguaje:

Haciendo del sueño no solo el primer objeto de su investigación sino un modelo [...] de todas las expresiones disfrazadas, sustituidas, ficticias del deseo humano, Freud invita a buscar en el sueño mismo la articulación del deseo y del lenguaje; y esto de múltiples maneras [...]; no es el sueño soñado lo que puede ser interpretado, sino el texto del relato del sueño; es a este texto al que el análisis quiere substituir por otro texto

que sería como la palabra primitiva del deseo; de modo que el análisis se mueve de un sentido a otro sentido; de ningún modo es el deseo como tal lo que se halla situado en el centro del análisis, sino su lenguaje (p. 9).

Para Ricoeur, la metapsicología psicoanalítica puede ser considerada el instrumento apto para una purificación del yo, que de esta forma queda despojado de las ilusiones de la conciencia inmediata.

Más adelante, en 2001, Ricoeur manifiesta con respecto a su aproximación al problema del inconsciente en el ensayo sobre Freud más arriba citado:

Nuevamente abordé el problema del inconsciente [...] que había tratado sistemáticamente bajo el concepto del involuntario absoluto en mi filosofía de la voluntad. Sin embargo, el inconsciente no reaparecía como lo involuntario, sino como portador de un sentido que se ofrece para ser descifrado bajo la doble línea de la explicación, en términos de pulsión y de interpretación en términos de doble sentido tal como puede verse en el sueño, los síntomas, los lapsus o las expresiones míticas o poéticas. Entonces intentaba conciliar ambas perspectivas —a grandes rasgos—, «naturalista» y «hermenéutica», planteando que el inconsciente, en tanto que objeto de investigación y de examen, era por sí mismo una encrucijada entre la «fuerza» y el «sentido», entre la «pulsión» y la «representación» (pp. 48-49).

Junto con Ricoeur, el otro gran representante de la hermenéutica filosófica es Hans-Georg Gadamer, discípulo de Heidegger, cuya obra más representativa es *Verdad y método* (1975). Para Gadamer la hermenéutica posee un doble propósito: uno es el de una praxis metodológica, ya que piensa que las ciencias del espíritu³⁵ han de elaborar sus propios métodos, distintos de los de las ciencias de la naturaleza, para poder gozar del status de ciencias; el otro propósito es el de la comprensión del sentido profundo de un texto o cualquier otro tipo de fenómeno humano. Al igual que hemos visto en Ricoeur, Gadamer otorga la máxima jerarquía al lenguaje para la función de la comprensión, y habla de la «universalidad del carácter lingüístico del entender». Esta idea queda plasmada en una de sus frases «el ser que puede ser comprendido es lenguaje».

La hermenéutica de Gadamer se basa en el diálogo, un diálogo que nos constituye a nosotros mismos. Es el diálogo de la pregunta y la respuesta. Según Gadamer, la interpretación es aquello que nos proporciona una respuesta a nuestras preguntas. Para comprender debemos dialogar, y esto lo sabemos perfectamente los analistas. Un texto, o una comunicación verbal, sólo llegan a decirnos algo gracias a las preguntas que les dirigimos. Cuando leemos o cuando escuchamos siempre tenemos en la mente, aunque sea de manera implícita o incluso inconsciente, unas preguntas a las que debe respondernos aquello en lo que se centra nuestra solicitud. Si faltan estas preguntas, aunque algo capte momentáneamente nuestra atención, la sensación que tenemos es de vacío, de algo en blanco y por esto en nuestro lenguaje cotidiano decimos que aquello «no nos dice nada», es decir, no hay respuesta porque no hay pregunta. Pero llegar a la pregunta significa que, previamente, hemos aplicado a nosotros mismos el fenómeno que tratamos de entender. La función hermenéutica no se realiza en el vacío sino siempre como una aplicación a nuestras preguntas, a nuestra necesidad de saber o a nuestra curiosidad. La comprensión pura e inmotivada no puede darse (Grondin, J., 1999). El

analista se pregunta cosas acerca de su analizado: ¿cuáles son sus conflictos, sus ansiedades, sus defensas, las relaciones con sus objetos internos, las pautas de relación con los otros en el mundo externo, las pautas de respuesta acumuladas en su memoria de procedimiento, etc.? Si no existieran estas preguntas, la comunicación del analizado sería un fárrago de palabras carentes de todo sentido. Y esto nos retrotrae a un punto en el que la hermenéutica de Gadamer se vincula con el pensamiento de Heidegger. Según éste, entender es siempre un entenderse a sí mismo, entenderse con el mundo, con aquello que tratamos de captar. Incluso en el lenguaje habitual, cuando no comprendemos algo o se nos hace muy difícil o impracticable decimos que «no nos entendemos con esto o con aquello». De nuevo nos encontramos con aseveraciones de la hermenéutica gadameriana que tienen su inmediata aplicación en el campo del psicoanálisis, como en esta necesidad que tiene el analista de entenderse a sí mismo y entenderse con el analizado para poder comprenderlo. Lo mismo ha de decirse del analizado. Las asociaciones que comunica a su analista poseen el carácter de preguntas: ¿qué significa esto que se me ha ocurrido?, ¿por qué viene esto a mi mente?

Esta concepción hermenéutica del comprender como diálogo, como pregunta y respuesta, nos pone de relieve la limitación de la lógica que durante tantos siglos ha predominado en la filosofía y, en general, en la cultura occidental, la lógica basada en la proposición.³⁶ Yo creo que todos los analistas estamos de acuerdo con la afirmación de la hermenéutica de que la proposición no puede, para ser entendida, considerarse separadamente de su contexto, que el lenguaje no tiene lugar en forma de proposiciones, sino como diálogo, y que la comunicación con nuestros analizados no es un intercambio de proposiciones, sino a través de una relación dialógica de preguntas y respuestas.

Según Grondin (1999), otro concepto en la hermenéutica de Gadamer, que yo creo que no puede dejar de interesar al pensamiento psicoanalítico, es el de la palabra «interior», no pronunciada pero que palpita en toda expresión verbal. Afirma Gadamer que las palabras que empleamos no pueden contener todo lo que tenemos en la mente, es decir, no pueden expresar el diálogo que se desarrolla en nuestro interior. Los analistas, como hermeneutas que somos, cuando interpretamos, intentamos alcanzar, y en cierta manera reproducir, el diálogo que se oculta en la mente del analizado.

Indispensable para la comprensión hermenéutica es el concepto del llamado «círculo hermenéutico». Lo que nos dice el círculo hermenéutico es que el conocimiento de las partes es necesario para comprender la totalidad, pero las partes, a su vez, sólo admiten ser comprendidas como aspectos de la totalidad que las envuelve y les da sentido, en un constante movimiento circular entre las partes y el todo. Desde esta perspectiva podemos decir que la verdad del diálogo analítico es la verdad de una experiencia compartida formulada en el lenguaje, y la verdad que es revelada no es dada, sino creada y recreada, de manera que una nueva verdad es construida dentro de los círculos en constante expansión del diálogo psicoanalítico, ya que la realidad reside en el siempre creciente círculo de sentido del diálogo entre el analizado y el analista (Steele, R., 1979).

Finalmente, tal vez ayudará a la comprensión del pensamiento de Gadamer una reflexión de este autor citada por Grondin (1999) y Marquès (2001). En su búsqueda del

método propio de las ciencias del espíritu, Gadamer se apoya en el discurso que el físico, fisiólogo y psicólogo Hermann Helmholtz pronunció en 1862 en Heidelberg sobre la relación entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. De acuerdo con Helmholtz, las ciencias naturales se caracterizan por el método de la inducción lógica, la cual extrae leyes y reglas del conjunto del material empírico recogido. En cambio, las ciencias del espíritu proceden de otra forma, porque obtienen sus conocimientos por medio de algo así como un tacto psicológico. Helmholtz, de quien yo sospecho que, además de físico, fisiólogo y psicólogo, era, sin saberlo nadie, y tal vez sin saberlo él mismo, un poeta, habla de una «inducción artística» que emana de una sensibilidad intuitiva y de un tacto para los que no existen reglas. Gadamer se pregunta si aquello que asegura el carácter científico de las ciencias del espíritu no consiste, finalmente, mucho más en este tacto que en un supuesto método. La respuesta, para él, es afirmativa y asevera que la práctica de las ciencias del espíritu tiene mucho más que ver con el ejercicio de este tacto que con la aplicación de un método determinado. Según Gadamer, sin embargo, es necesario evitar psicologizar este tacto y las nociones que están emparentadas con el mismo. No se trata de cualidades psicológicas adquiridas por un adiestramiento técnico, sino de una manera de ser, de una verdadera madurez ontológica. Pues bien, pienso que podemos preguntarnos ¿no es esto lo que los psicoanalistas manifestamos cuando insistimos en que la evolución de la personalidad, mediante nuestro propio análisis personal y el subsiguiente autoanálisis durante el resto de la vida, a fin de conseguir una sabiduría humana y llegar a aquella prudencia en la razón práctica que Aristóteles denominaba *phrónesis*,³⁷ es el fundamento de la mejor praxis psicoanalítica? Para mí es así, sin duda, y por esto creo que los analistas también hemos de ser un poco poetas, porque nosotros intentamos escudriñar en las obscuridades e incertidumbres de la mente humana. Y, como nos dice G. Steiner, aquello que es incierto en el significado es poesía en estado latente.

Quiero terminar esta breve exposición de algunas ideas de Gadamer, subrayando que, según un discurso que este autor pronunció en Heidelberg en 1989, citado por Grondin (1999), la posibilidad de que el otro tenga razón es el alma de la hermenéutica. Es curioso comprobar que, como ya he expuesto en el capítulo 1, alguien aparentemente tan alejado de la hermenéutica como es K. Popper dice, con relación al racionalismo crítico por él establecido, que la actitud racionalista implica siempre la posibilidad de que «yo esté equivocado y el otro tenga razón». Frente a estos dos colosos del pensamiento contemporáneo, yo me atrevo a sugerir que la base de un psicoanálisis creativo, libre y no dogmático descansa sobre la posibilidad de que los analistas admitamos que el otro, nuestro analizado, puede tener razón.

3.2.3. Los «presupuestos» en la interpretación de la realidad

He dicho antes que la interpretación de la realidad (un fenómeno físico, los síntomas de un paciente, un hecho jurídico, un fósil, las asociaciones libres de los analizados, etc.) que se ofrece a nuestra observación se basa siempre en teorías previas o presupuestos

que aporta el sujeto, subjetivos, por tanto, pero no arbitrarios, siempre que se fundamenten en experiencias y conocimientos previos razonablemente consensuados.³⁸ El hecho de que toda interpretación de la realidad parte de presupuestos previos es lo que obliga a que no podamos olvidar la perspectiva hermenéutica sea cual sea la materia a que nos estemos refiriendo. Y esto no se halla en contradicción con las ciencias, antes al contrario. K. Popper, el más destacado filósofo de la ciencia del siglo XX, en su polémica con el positivismo del Círculo de Viena se refirió a la trascendencia de la representación, y subrayó que nuestras representaciones de la realidad son mucho más complejas que aquello que podemos conocer por las sensaciones que provienen de la estimulación de nuestros órganos sensoriales, es decir, que lo trascienden, ya que lo que nosotros hacemos es dar un sentido y configuración a las sensaciones que nos son dadas. Por ello, manifiesta que todo conocimiento, incluso la pura observación, está cargado de teoría (1959, 1972). A su vez, Kuhn (1962) ha puesto de relieve la manera como nuestras observaciones, y los enunciados con las cuales las expresamos, dependen de nuestras teorías. También Hanson (1985), a través de las figuras de perspectiva reversible que utilizan los libros de texto de psicología de la Gestalt, nos muestra la inconsistencia de la fórmula según la cual las reacciones ante un mismo objeto se deben a interpretaciones construidas a partir de una misma experiencia común. Es decir, nos muestra lo equivocado de creer que la visión de x es la misma para todos los observadores en cuyo campo visual figura x. Chalmers (1976) es otro de los que han insistido en que la experiencia que tiene lugar cuando, por ejemplo, los rayos de luz entran en los ojos va mucho más allá de las imágenes formadas en la retina y en que distintos observadores tienen experiencias distintas aun cuando las imágenes que se forman en sus retinas sean idénticas. En fin, la lista de autores que se pronuncian en este sentido sería interminable y creo que refuerza mi idea del dispositivo observacional propio de cada analista al que me he referido en el capítulo 1.

Un sencillo ejemplo servirá para ilustrar lo que estoy diciendo. Si estoy asistiendo a una conferencia y observo que, como es habitual, encima de la mesa, ante el conferenciante, hay una copa con agua, con esta observación voy mucho más allá de lo que me es dado por los órganos sensoriales, porque, por la apariencia externa, una copa que contiene un líquido incoloro y transparente podría contener, igualmente, ginebra, vodka, etc., o glicerina. Si doy inmediatamente por supuesto, sin necesidad de reflexionar sobre ello, que se trata de agua es porque tengo una teoría, la teoría de que es costumbre generalizada poner al alcance de los conferenciantes una copa de agua para que puedan refrescar su garganta, pero no de ginebra, vodka o glicerina. Pero si entro en una taberna y veo a unos marineros sentados ante una mesa, encima de la cual hay unas copas que contienen un líquido incoloro y transparente creeré, inmediatamente, que estoy percibiendo unas copas con ginebra, vodka u otra bebida de las mismas características. Y ello porque tengo otra teoría, la de que los marineros entran en las tabernas para consumir toda clase de bebidas alcohólicas, pero no para beber agua. Y en ninguno de los dos casos creeré estar percibiendo una copa de glicerina, porque todavía tengo una tercera teoría, la de que ni a los conferenciantes en las aulas ni a los marineros en las

tabernas se les da glicerina para beber, a no ser que alguien, solapada y malévolamente, les quiera provocar un dolor cólico. Así pues, se nos hace patente que todas nuestras observaciones son interpretaciones, ya que descansan en presupuestos teóricos (en gran número de casos, evidentemente, mucho más complicados que todo este galimatías de conferenciantes, marineros, tabernas, copas de agua o de ginebra, glicerina, etc.). Y las teorías, a su vez, no son, como advierte Popper, más que redes que lanzamos al mundo a fin de captar un trozo de realidad, la cual, a su vez, intentamos organizar a fin de que nos sea de alguna utilidad.

3.2.4. Lo inevitable del constructivismo

He dicho que el psicoanálisis es también, como todas, una ciencia constructivista. ¿Cómo podrían no ser constructivistas las ciencias si todas ellas están construidas por seres humanos? Como es muy posible que todo lo dicho hasta ahora sorprenda, e incluso escandalice, a muchos, citaré en mi apoyo unas afirmaciones de un analista tan prestigioso como M. Gill (1994) acerca de esta cuestión, aun a riesgo de caer en el pecado de refugiarme en la autoridad:

Constructivismo es la proposición de que toda percepción y pensamiento humano es una construcción, más bien que una reflexión directa de la realidad externa como tal [...] cualquier percepción o idea es la particular perspectiva del que percibe o piensa (p. 37).

La ciencia —obviamente basada en la percepción y el pensamiento— es constructivista. Aun cuando esto es más indiscutible para las ciencias humanas, también es cierto para las ciencias naturales. Las ciencias naturales han sido desarrolladas por los seres humanos. Por tanto, se hallan determinadas por la forma de percibir y pensar de los seres humanos. Están construidas desde la perspectiva humana. Son relativas a esta perspectiva (pp. 1-2; la traducción es mía).

Para Gill, el constructivismo significa que el analista debe mantener siempre la idea de que no está tratando con hechos incuestionables acerca de lo que es universalmente la naturaleza humana, y ha de tener siempre en cuenta que puede estar equivocándose.

Recordando lo ya dicho en el capítulo 1 acerca de nuestra percepción de la realidad, podemos resumir diciendo que el constructivismo es la proposición de que toda observación, todo conocimiento sobre el mundo, es una construcción del observador y no una representación directa de la realidad como tal (Rorty, R., 1979). Es decir, cualquier percepción o idea se forma desde la perspectiva del observador o pensador. Es por ello que algunos autores prefieren hablar de perspectivismo (Aron, L., 1996).

Las objeciones contra el constructivismo provienen, como es natural, de la corriente positivista de la ciencia. Se fundamentan, principalmente, en dos ideas vinculadas entre sí: la de que existe una realidad que es como es, tanto si nosotros la conocemos como si no, y la de que, gracias a los procedimientos científicos, podemos conocer esta realidad de manera objetiva, independientemente de nuestra subjetividad. En este punto me remito, para evitar repeticiones, a lo dicho en el capítulo 1 acerca de la necesidad de no confundir aquello que existe con las características con que nosotros lo percibimos y a las

que llamamos «realidad». La capacidad de ser «objetivos» significaría la posibilidad de conocer la realidad tal como es, con independencia de nuestra forma subjetiva de acceder al conocimiento de la realidad. Pero para ello sería necesario contar con la posibilidad de comparar nuestro conocimiento de la realidad con la realidad tal como supuestamente es. Por ejemplo, para poder afirmar que dos cuadros son idénticos hemos de tener ambos cuadros a la vista, y si sólo podemos ver uno de ellos no nos es posible afirmar que son idénticos. Igualmente, sería necesario poseer el conocimiento de la realidad tal como nosotros la conocemos y, a la vez, conocer la realidad de una forma independiente de nuestra forma de acceso a la realidad, para poder comparar si una y otra son idénticas. Pero como sólo podemos conocer la realidad a través de nuestra forma de acceso a ella, tal comparación es imposible. El modelo de la correspondencia, que dice que lo que nosotros conocemos de la realidad es igual a la realidad, falla por su base porque nunca podemos tener un acceso a la realidad independiente de nuestro conocimiento de la realidad (Ibáñez, T., 2001).

Ibáñez titula uno de sus trabajos, muy ingeniosamente, con una pregunta: *¿Cómo se puede no ser constructivista hoy en día?* Yo creo que no podemos dejar de ser constructivistas porque el investigador no encuentra la «ciencia» ya constituida, como si hallara una preciosa joya enterrada bajo la arena. Aunque, en este caso, también el valor, el significado, el aprecio que merecería, etc., la joya no vendrían ya dados de por sí, sino que dependerían de la cultura, la economía, determinados intereses y el momento histórico del grupo social en el que fuera realizado el hallazgo. Pero dejemos esto para no complicar demasiado las cosas. El investigador se enfrenta a datos observables que su investigación, realizada según unas ciertas pautas prefijadas, le proporciona, y configura y da un sentido a estos datos de acuerdo con el paradigma dominante en aquel momento en la disciplina de que se trata; paradigma, por cierto, al que no son ajenos intereses económicos, políticos en un sentido amplio, de poder, corporativistas, etc. Y estos datos de observación —a los que solemos llamar «descubrimientos»— son elaborados de acuerdo a ciertas reglas, convenciones y métodos que, al igual que las pautas prefijadas de investigación, no se hallan inscritos desde el principio de los tiempos con letras de fuego en el firmamento, sino que han sido, a su vez, contruidos por los seres humanos, de acuerdo con otras reglas, convenciones, métodos y paradigmas que, asimismo, fueron contruidos de acuerdo con... y así sucesivamente hasta llegar a los primeros homínidos o a los últimos australopitecos, según se prefiera. Y, sólo después de este complicado proceso de elaboración, interpretación e integración en el horizonte científico-cultural-político-económico de un determinado momento histórico, se nos ofrecerá como un hecho científico para nuestro uso y consumo. A la vista de lo cual, repito la pregunta: *¿cómo se puede no ser constructivista hoy en día?*

Como ejemplo de esta construcción humana de las disciplinas científicas, movida por muy diversos intereses y fuerzas políticas, recordemos lo ocurrido en el psicoanálisis norteamericano. En un principio convivían en la American Psychoanalytic Society orientaciones muy diversas, desde las estrictamente freudianas hasta el psicoanálisis interpersonal y las corrientes más enlazadas con la sociología. Pero la llegada de

numerosos psicoanalistas vieneses a EE.UU., forzados por la política antisemita de Hitler, cambió el estado de cosas y el modelo biológico-pulsional adquirió un predominio absoluto. Pero el cambio fue predominantemente debido a factores emocionales, por un lado, y de intereses, por el otro. Los analistas vieneses gozaban de una gran reputación por el hecho de proceder de lo que se consideraba la matriz y cuna del psicoanálisis, la escuela vienesa del propio Freud. Y fue esta notoriedad, un factor emocional por tanto, lo que propició el cambio que ellos propugnaban y asfixió las ideas propias del joven psicoanálisis norteamericano (Eisold, K., 1998; Schwartz, J., 2000; Steiner, R., 2003). En el próximo capítulo volveré a hablar de esto.

Como ocurre con el carácter hermenéutico del psicoanálisis, la perspectiva constructivista adquiere unos rasgos especiales en esa disciplina. Y esto es porque analizado y analista, en el curso del proceso psicoanalítico, van construyendo un horizonte de ideas, experiencias, pensamientos, descubrimientos, etc., peculiares para cada uno de ellos, pero siempre bajo la influencia ininterrumpida que el otro ejerce en cada momento. Y, a la vez, también construyen otro conjunto de conocimientos, pautas de relación, experiencias, perspectivas, etc., que son comunes a ambos, algo a lo que Ogden (1994) denomina el «tercero analítico». Esta forma de entender el constructivismo dentro del análisis es a lo que Hoffman (1983) llama la perspectiva «social-constructivista» de la situación analítica.

En fin, y para terminar este apartado, quiero repetir a mi manera la frase de Ibáñez que antes he mencionado: ¿cómo se puede ser psicoanalista y no ser constructivista? Si existe alguna disciplina científica que ha sido construida por el hombre, pieza a pieza, es precisamente el psicoanálisis. ¿Acaso estaba el psicoanálisis escondido bajo las piedras y ha sido descubierto al levantar una de ellas? ¿Acaso formaba parte de la materia subatómica y ha sido descubierto con los nuevos adelantes de la física? Ni siquiera puede decirse que ha sido descubierto por el famoso «microscopio psicoanalítico», porque este microscopio no existía antes de la construcción de la metodología psicoanalítica. Por supuesto que no. El psicoanálisis es el más claro ejemplo que puede darse de algo, en este caso una disciplina científica, con sus teorías, sus hipótesis y su metodología construida por los humanos a partir de la observación, totalmente sesgada por las teorías culturales y científicas imperantes en aquel momento, de determinados fenómenos.

3.2.5.El giro lingüístico

Para comprender bien la perspectiva hermenéutica del psicoanálisis hemos de tener en cuenta que ésta se halla estrechamente ligada al giro lingüístico que ya he citado. Tal vez es una consecuencia de este último el que, progresivamente, hayamos caído más en la cuenta de este carácter hermenéutico del psicoanálisis.³⁹

El giro lingüístico ha puesto en cuestión toda la cultura de las últimas décadas del siglo XX. Según el giro lingüístico, el lenguaje deja de ser un instrumento al servicio del yo en su intento de describir la verdad para pasar a ser aquello que constituye tanto el yo como la realidad (Scavino, D., 1999). Afirma Scavino que el siglo XX ha sido el siglo de la

lengua, y Henry-Lévy (2001) dice que ha sido el siglo del

[...] debate entre heideggerianos y antiheideggerianos sobre la cuestión de si las palabras llevan a las cosas o, por el contrario, impiden acceder a ellas [...]. La elevación de la lengua al rango de objeto filosófico supremo. La transformación de la ontología en logología y del propio ejercicio del pensamiento en una «hermenéutica fundamental» o una «filología generalizada» (p. 67; comillas del autor).

Como autores fundamentales dentro del giro lingüístico debemos citar a Wittgenstein, Heidegger, Habermas, Gadamer, Apel, Rorty, etc.

Un equivalente del debate, al que volveré a referirme más adelante, entre psicoanálisis como ciencia natural que explica y ciencia hermenéutica que comprende, con el antecedente remoto de Dilthey, lo encontramos, dentro de la filosofía del lenguaje, en la dicotomía entre dos maneras de tratar a éste. Una es la que cuida de fijar las reglas para su empleo correcto, incluso aspirando a substituir la lengua ordinaria por un modelo lógico deductivamente constituido, siendo el Círculo de Viena el máximo defensor de esta orientación. La otra manera se basa en concebir la lengua en cuanto horizonte en el que se ubican todas nuestras relaciones con los seres humanos y con las cosas. Estas dos tendencias pueden ser representadas, la primera, por Carnap y, la segunda, por Heidegger ya en los años treinta, y en la actualidad por Ricoeur, Habermas y Gadamer.

Nos encontramos, pues, frente a dos formas diferentes de concebir el lenguaje. Una es aquella en la que la lengua es vista como el espejo de la realidad y el instrumento del que se sirve el hombre para comunicar su pensamiento, sus sentimientos y su percepción de la realidad que le rodea. La otra es aquella en que vemos el lenguaje como la más primaria y genuina expresión de nuestra humanidad, mediante la cual construimos el mundo en que habitamos, distinto al mundo de la naturaleza, y en el que desarrollamos la cultura, la tradición y el entramado de las relaciones con nuestros semejantes. La primera orientación es la que ha predominado tradicionalmente en la historia del pensamiento occidental, y, evidentemente, es la que tenía Freud en su mente. Ésta es la concepción del lenguaje como *apóphansis*,⁴⁰ como enunciados que pueden ser verdaderos o falsos, a diferencia de los ruegos, exclamaciones, órdenes, demandas, etc. Se trata, por tanto, del predominio de la filosofía clásica del lenguaje, del paradigma semánticoreferencial al que ya me he referido, ligado exclusivamente a la función representativa de las proposiciones. Pues bien, el giro lingüístico que se inició en la segunda mitad del siglo XX se caracteriza por su crítica al predominio, casi exclusivo, tanto en los filósofos como en los científicos, de la comprensión y utilización del lenguaje como *apóphansis*, así como por la revalorización y promoción del paradigma pragmático-comunicativo, el cual incluye el ámbito de la subjetividad y la intersubjetividad. Podemos decir que en el siglo XX, a través del estudio de la *hermeneia*, como señala Fabris (2001), «la relación de los hombres entre sí y de los hombres con las cosas y el mundo que les rodea encuentra expresión en diversas modalidades» (p. 9).

Desde la perspectiva que acabo de describir se produce una inversión de aquello que hasta mediados del siglo pasado había sido aceptado por el conjunto de nuestra cultura, y

que coincide con lo que podemos llamar el sentido común de todos. Me refiero a lo que concierne a la relación entre la realidad que se ofrece a nuestros sentidos y la interpretación. Lo aceptado había sido siempre que después de conocer la realidad, tal como la captan nuestros sentidos, procedemos a la interpretación. Desde este nuevo vértice del giro lingüístico, el sujeto da nombre a las estimulaciones sensoriales que recibe y así les da forma y crea la realidad y las cosas, no arbitrariamente, desde luego, sino según sus propias posibilidades y limitaciones, y de acuerdo con toda una tradición cultural y lingüística del mundo en que vivimos y el consenso de los otros pensantes, como bien nos recuerda Eco en *Los límites de la interpretación* (1992). Por tanto, interpretar significa crear, el intérprete es, en cierta medida, un creador. Esto también se pone de manifiesto en el arte y en la literatura. El poeta no es un descubridor de algo escondido y que le precede, sino que toma las palabras y crea esta nueva realidad a la que llamamos poesía. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que también podemos decir que los poetas son los traductores de algo que existe y que, gracias a ellos, adquiere forma y presencia para nosotros. También podemos decir que la poesía es el reconocimiento de aquellos sentimientos que sin el poeta no tienen voz. Y de la misma manera podríamos hablar de la música.

Como he dicho al hablar del constructivismo, al interpretar los datos que nos proporcionan nuestros sentidos, y dentro de una trama de normas, experiencias transmitidas y convenciones sociales construimos lo que llamamos nuestro mundo. Por esto dice Scavino (1999), citando a Foucault, que todo es interpretación, porque cada interpretación tiene lugar sobre una realidad previa, de manera que cada signo que interpretamos es ya la interpretación de otro signo. Por tanto, desde la perspectiva del giro lingüístico —y en eso coincide con lo que ha puesto de relieve sobradamente la física cuántica—, lo que llamamos «nuestra realidad» es el resultado de la interpretación que llevamos a cabo a partir de aquellos estímulos que llegan a nuestro cerebro.

Tal vez nos ayude a comprender estas perspectivas del giro lingüístico recordar la división entre significante y significado establecida por Ferdinand de Saussure, que ya he citado en el capítulo precedente, y la relación entre significantes, como hemos visto en los significados de los vocablos «Venus» y «cuerpo». Por un lado, significante y significado se hallan en una relación de inseparabilidad. El significante, sin el significado, no tiene ningún sentido. Sin embargo, esta relación es convencional y variable. Si abrimos el diccionario y buscamos el significado de un significante se nos remite a otros significantes y este a otro y así sucesivamente. A diferencia de Saussure, recordemos que Wittgenstein (1953) nos dice que el significado de las palabras depende de la utilización que de ellas hacen los hablantes. Es únicamente el empleo de un término en el mundo de la vida, de nuestras relaciones interhumanas, de nuestros contextos, de nuestra historia, de nuestros valores y tradiciones, etc., el que nos dará a conocer el verdadero significado de un significante. Esto es lo que nos permite decir que si un significante nos remite a otro significante y así sucesivamente, y sólo es la utilización de una palabra en el mundo de la cultura, conocimientos, intereses, valores, costumbres y hábitos lingüísticos en el que vive cada ser humano,⁴¹ etc., lo que nos da su significado, entonces podemos decir

que, contrariamente a las creencias tradicionales tanto de la filosofía como del sentido común de los hombres y mujeres en general, no son primero los significados (las cosas) y después los significantes (las palabras) que empleamos para nombrarlos, sino que primero son los significantes (las palabras) y luego aquello que es significado por ellos (las cosas). Scavino (1999) afirma que a esto se refiere Heidegger cuando nos recuerda que el término *logos*⁴² es un sustantivo formado a partir del verbo griego *legein*,⁴³ que significa recoger o reunir una multiplicidad los fragmentos dispersos y los trozos sin sentido. Yo creo que, a partir de esta idea, podemos decir, que la palabra, el *logos*, recoge y reúne una diversidad de piezas, fragmentos, matices sensoriales, formas, rasgos, datos sensoriales, etc., y al reunirlos en una unidad crea aquello que está ante nosotros, el *obiectum*.⁴⁴

3.3.De la metapsicología a la psicología

3.3.1.Los tiempos felices

Hasta hace no más de treinta o cuarenta años, a los analistas les parecía, especialmente a los más jóvenes aún imbuidos plenamente de las enseñanzas que les habían impartido en sus institutos y a través de sus análisis personales, que el navío del psicoanálisis que, como dice Freud, fluctúa pero no se hunde, navegaba en aguas tranquilas. Se sabía, de una manera más bien vaga, acerca de la existencia, como sobradamente he expuesto en el capítulo 1, de otras escuelas y orientaciones psicoanalíticas, no muchas en aquellos momentos, pero el modelo propio de cada instituto había sido impartido a los candidatos con tal seguridad, convicción y firmeza, que cualquier duda había sido, en la mayoría, erradicada de sus mentes, y tales otras escuelas eran vistas como portadoras de teorías muy alejadas, poco comprensibles y, además, erróneas. Se sabía, también, que el psicoanálisis, como disciplina, recibía críticas por parte de amplios sectores de la comunidad cultural y científica, pero esto se recibía como algo ya sabido desde los inicios del psicoanálisis en tiempos de Freud, y, tal vez, se vivía como algo que daba a las sociedades psicoanalíticas un cierto carácter de diferenciación y elitismo, un club privado de difícil acceso. Como puede verse consultando la bibliografía de libros y trabajos, en ésta constaban, casi exclusivamente, nombres de la misma orientación o escuela que el propio autor. No es difícil percatarse que esta incomunicación, revelada en la literatura, ha mejorado sensiblemente, pero no todo, ni muchos menos, lo que cabría esperar, de acuerdo con el juicio de Green que he expuesto en el capítulo 1. No debo omitir que contribuía, en grado sumo, a la felicidad de esos tiempos el hecho de que había pacientes para todos y que los institutos de psicoanálisis recibían numerosas demandas de personas interesadas en adquirir una formación psicoanalítica. A la vez, el psicoanálisis, como disciplina científica y como profesión, gozaba de un gran prestigio.

Evidentemente, había discusiones en torno al *status* científico del psicoanálisis, como es el caso del reputado simposio de filosofía y psicoanálisis que tuvo lugar en la Universidad de Nueva York: *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy*,

organizado por S. Hook en 1958. Pero, para la gran mayoría de los psicoanalistas clínicos, y huelga decir que para los estudiantes,⁴⁵ el psicoanálisis era una disciplina científica, fundamentada y de gran prestigio, y sus únicas preocupaciones, en el campo psicoanalítico, se centraban en el afán por adquirir la mejor formación teórica y práctica para atender a los pacientes.

3.3.2. Tiempos de dudas

Las cosas, como todos sabemos, han ido cambiando de manera acelerada, tanto por lo que concierne a las discusiones y desacuerdos internos y a la proliferación de escuelas y orientaciones contradictorias, como por las fuertes críticas que el psicoanálisis recibe en el momento actual por parte de psiquiatras, psicólogos, filósofos de la ciencia, medios de comunicación e, incluso, por parte de la administración de muchos países, en los cuales se encuentra al margen de todo reconocimiento oficial y en los se ve reducido a la práctica estrictamente privada. A ello se suma la disminución del número de personas que demandan ser ayudadas en sus dificultades psíquicas mediante un psicoanálisis, por todo lo cual se habla frecuentemente de la «crisis del psicoanálisis». Yo creo que debe diferenciarse la crisis interna dentro del psicoanálisis, en tanto que disciplina científica, de la crisis externa, en tanto que repulsa por gran parte de la sociedad y de la comunidad científica. Por lo que respecta a la dificultad de aceptación social, hemos de tener en cuenta que el psicoanálisis como terapéutica pide tiempo, paciencia y una triple capacidad: para mirar y ver dentro de uno mismo, para confiar y para respetar al otro. Las peculiaridades de la cultura de nuestro tiempo más bien se orientan hacia otras direcciones.

No entra en los propósitos de este capítulo reflexionar sobre el cómo y porqué de la situación que acabo de exponer en sus aspectos generales, la situación de lo que podemos llamar crisis externa. Mi objetivo es únicamente centrarme, como se apunta en el título del capítulo, en las implicaciones hermenéuticas y científicas del psicoanálisis, pero, y de aquí estas reflexiones, no puedo dejar de lado el hecho de que la perspectiva hermenéutica del psicoanálisis entra de lleno en las tensiones, desacuerdos internos, disensiones, debates y enfrentamientos que en estos momentos sacuden con fuerza el árbol frondoso de esta disciplina y que constituyen la «crisis» interna, diferente, aunque de alguna manera vinculada a ella, de la crisis de tipo externo, como son la economía, la falta de prestigio, el menosprecio por parte de la comunidad científica, etc., a que me he referido.

Por mi parte, considero que esta llamada crisis interna es señal de fecundidad, vigor y crecimiento, y que lo que ha sido nocivo para el psicoanálisis ha sido, más bien, la conformidad con un estado de engañosa tranquilidad, ausencia de discusión y rechazo de todo aquello que suponga un cambio o modificación en la teoría y la práctica psicoanalíticas. Por ello, creo que el mejor servicio que podemos prestar al psicoanálisis es afrontar, no tan sólo sin temor, sino incluso con apasionamiento y entusiasmo, los problemas y controversias con los que nos encontramos en el desarrollo de nuestra

disciplina.

3.3.3. *La fractura de la perspectiva metapsicológica*

Es evidente que Freud se esforzó toda su vida en defender, con muy poco éxito por cierto, que el psicoanálisis pertenece al reino de las ciencias empírico-naturales, pero la lectura atenta de sus historiales clínicos, tal como ha sido sobradamente puesto de relieve, nos muestra que en muchos pasajes de su obra aparece como un convencido hermeneuta. El Freud clínico se nos presenta como alguien que busca el significado de los síntomas a través del estudio de la manera como estos se hallan ensamblados en la historia y el contexto vital del paciente. Yo pienso que tal vez Freud habría terminado aceptando su hermeneutismo si hubiera vivido algunos años más.

Al intentar seguir fielmente a Freud, desde los inicios del psicoanálisis gran parte de los analistas se sintieron obligados a considerarlo como una ciencia natural en la que aquello que cuenta es encontrar las causas que explican los fenómenos. Pero, desde la década de los sesenta el psicoanálisis se ha hallado sometido, de manera creciente, a las críticas internas y externas. Su condición científica ha sido duramente puesta en duda por unos y rechazada radicalmente por otros, su estructura teórica y su método han sido acusados de no cumplir con los cánones de la metodología científica, etc. Ante este estado de cosas, la comunidad psicoanalítica sintió que una amenaza gravitaba fuertemente sobre ella: el psicoanálisis será una ciencia empírico-natural que explique las causas de los fenómenos psíquicos o no será. Por tanto, desde este punto de vista se sintió que era necesario tornar a definir los conceptos e hipótesis básicos de la metapsicología, a fin de hacerlos dignos del nombre de psicología científica. En este sentido, la tentativa de nueva formulación de Rapaport en su monografía de 1960 *The Structure of Psychoanalytic Theory. A Systematising Attempt*, ha sido la más significativa y la mejor organizada. En ella, Rapaport ensaya mantener, sin modificaciones, todo el entramado conceptual de la teoría analítica y, a la vez, corregir sus contenidos en términos de variables susceptibles de control y de observación directa. Pero, paradójicamente, los mismos colaboradores de Rapaport, G. Klein, D. Spence, M. Gill, R. Schaffer y P. Holzman, tomaron la dirección opuesta, criticando especialmente la concepción biológica de la energía psíquica propia de la metapsicología. Estos autores atribuyeron a Freud un malentendido científicista. Creyeron que Freud se malentendió a sí mismo como autor y, sin apercibirse de ello, creó el psicoanálisis como una disciplina hermenéutica comprensiva, al tiempo que la fundamentaba en una teoría explicativa.

Me parece importante destacar que estos autores que acabo de citar, prestigiosos psicoanalistas adscritos a la psicología del yo, que iniciaron una posición crítica frente a la metapsicología freudiana, habían trabajado mucho en el campo de la investigación, para tratar de hallar una pruebas empíricas que validaran las principales hipótesis y conceptos de la teoría psicoanalítica. Y esto había sido realizado, naturalmente, desde la perspectiva de dicha metapsicología, la cual intenta explicar todo el desarrollo, funcionamiento y patología de la mente humana en términos de los desplazamientos, represiones y

transformaciones de una energía biológica que busca su descarga, siendo este último el objetivo primordial del aparato psíquico. Y parece que fue precisamente este empeño el que, decepcionados, los llevó a la conclusión de que la clínica psicoanalítica era algo distinto a la teoría metapsicológica, basada en las concepciones científicas del siglo XIX, que no podía comprenderse a través de ella, y que era necesario elaborar una teoría clínica propiamente dicha, más útil para la praxis psicoanalítica y con más posibilidades de comprobación empírica.⁴⁶ Este enfoque quedó plasmado en la publicación, en 1976, de un volumen titulado *Psychology versus Metapsychology*, al que ya me he referido en el capítulo 1, editado en memoria de George Klein, muerto prematuramente, y en el que varios de los citados intervinieron. Creo que el título es suficientemente explícito en cuanto a su contenido. Aun cuando el término hermenéutica no aparece en el texto, sí lo hace con gran frecuencia el de significado y yo creo que es en este volumen donde podemos encontrar el inicio de la visión del psicoanálisis como una disciplina hermenéutica, no únicamente en el sentido general que antes he mencionado, sino por derecho propio en cuanto a la especificidad de sus objetivos: la búsqueda de *significado* en las experiencias y comportamiento humano. Este libro causó gran impacto en los EE.UU., en los que en aquel momento imperaba totalmente la *psicología del yo*, fundamentada en el enfoque, de acuerdo con los modelos de la ciencia propios del siglo XIX, de cargas de energía que se desplazan, bloquean, se transforman y que buscan su descarga, y cuya consecuencia aplicada a la clínica es el modelo pulsión/defensa. Dos de los trabajos que figuran en el mismo, el de George Klein, «Freud's two theories of sexuality», y el de Merton M. Gill, «Metapsychology is not psychology», marcan el inicio del abandono, por parte de gran número de psicoanalistas, de la concepción del psicoanálisis como una ciencia empírico-natural, la cual sigue el modelo de la metapsicología freudiana que intenta *explicar* los fenómenos psíquicos como productos de la mecánica de energías instintivas, por la idea del psicoanálisis como una ciencia interpretativa, fundada en una teoría clínica, que intenta *comprender* dichos fenómenos psíquicos. Debido a ello, creo que es oportuno dedicar una breve atención a estos dos trabajos.

G. Klein considera que existen dos teorías psicoanalíticas acerca de la sexualidad. Una es la que llama la teoría clínica, la cual sirve de guía al trabajo analítico y se centra sobre los fenómenos que percibimos en el curso del proceso psicoanalítico: motivaciones, valoración y significados de las experiencias sexuales, relaciones entre sensualidad y sexualidad, motivaciones no sexuales expresadas sexualmente, etc. La otra teoría, a la cual G. Klein denomina teoría del impulso/descarga, transpone estos fenómenos psíquicos en modelos fisiológicos de fuerzas instintivas que buscan su descarga. G. Klein piensa que estas dos teorías pertenecen a ámbitos diferentes, que no son reducibles la una a la otra, que precisan de diferentes vías de confirmación y que, en definitiva, son inconmensurables. Cree, sin embargo, que pese a sus diferencias, estas teorías han sido, hasta el momento, confundidas, y que la teoría pulsional ha adquirido el carácter de la *teoría* psicoanalítica de la sexualidad. Dice G. Klein a este respecto (1976):

Tal vez el fallo de los tradicionalistas para distinguir entre las dos teorías proviene de la tendencia a considerar las proposiciones clínicas no como una teoría sino como un hecho confirmado y a juzgar sus conceptos, simplemente, como instrumentos descriptivos. Muchos analistas creen que degradan la concepción de la sexualidad infantil cuando la tratan como una *teoría* que debe ser investigada, contrastada con aseveraciones rivales y sujetas a revisión. Como resultado, las proposiciones de la teoría clínica han permanecido extrañamente estáticas, puesto que desde los tiempos de Freud se han producido muy pocos añadidos desde el campo psicoanalítico al conocimiento sistemático de la sexualidad (p. 17; la traducción es mía; cursivas del autor).

Para G. Klein mientras la teoría clínica busca y subraya los significados de la sexualidad, para la teoría pulsional la sexualidad no tiene otro significado que el de la descarga. Además, en esta teoría no se da ninguna importancia a la experiencia sensual, de manera que, en ella, el único vínculo con la fenomenología de la sexualidad es el de que la descarga es experimentada como un placer. Como conclusión, afirma G. Klein que la teoría clínica permite que las hipótesis dirijan una investigación deductiva y sean confrontadas con teorías rivales, siendo ésta la única manera de que el psicoanálisis avance y no permanezca petrificado en una teoría estática, a la que cree que le ha conducido el predominio de la teoría pulsional.

Puede decirse, pues, que el giro hermenéutico en psicoanálisis se inició con G. Klein, quien intentó unir la hermenéutica con la teoría clínica. Según opinan Thomä, H. y Kächele, H. (1989), G. Klein distinguió dos sistemas de teoría según las cuestiones que cada una de ellas se plantea. Por una parte, la teoría descriptiva, centrada en la clínica y en la comprensión de sentido, de razón y de intención, y, por otra parte, una teoría explicativa en términos metapsicológicos freudianos. Pero esta tentativa, dicen estos autores, ha desembocado más en una dicotomía que en una aproximación entre la teoría y la práctica. De acuerdo con las ideas de G. Klein, la metapsicología queda reducida a una teoría abstracta y falsamente científica, y el psicoanálisis no tiene ninguna necesidad de la metapsicología para explicar la psicología, puesto que la teoría clínica es suficiente.

En su trabajo de un título tan explícito como es el de «Metapsychology is not Psychology» (1976) Gill sigue el mismo camino que G. Klein en su ataque a la metapsicología. Se opone a la confusión de la totalidad del psicoanálisis con la metapsicología, en la que, a su parecer, caen muchos psicoanalistas. Según él, existen dos teorías, la clínica y la metapsicológica, y, por tanto, es erróneo pensar en términos de datos clínicos que son explicados por la teoría metapsicológica, puesto que existe una teoría clínica. El intento de explicar los fenómenos clínicos en términos metapsicológicos, dice, es totalmente reduccionista. Piensa Gill que las explicaciones de los fenómenos clínicos en términos metapsicológicos de fuerzas, estructura y energía no son abstracciones del más alto nivel, como muchas veces se pretende, sino pseudo abstracciones y pseudo explicaciones, repeticiones de dichos fenómenos en un diferente lenguaje perteneciente a un distinto universo de discurso. Dice a este respecto:

Gradualmente he llegado a pensar que, si las proposiciones metapsicológicas y las clínicas descansan en dos distintos universos de discurso, no pueden existir proposiciones combinadas [...]. He llegado a la conclusión de que las proposiciones metapsicológicas no son psicológicas y no son relevantes para el

psicoanálisis en cuanto tal. Los datos del psicoanálisis permiten y requieren una sola teoría (p. 92; la traducción es mía).

Entre sus conclusiones, cabe destacar la de que las proposiciones metapsicológicas se hallan en la trama de las ciencias naturales de fuerzas, estructuras y energía, mientras que las proposiciones psicológicas se refieren a intenciones y significados, y la de que no existe ninguna conexión directa entre metapsicología y psicología. Al mismo tiempo, cree que una psicología basada en los datos de la situación clínica es posible y que puede ser considerada como una ciencia con derecho propio.

Los colaboradores de Rapaport, citados anteriormente, continuaron desarrollando las ideas que he expuesto a partir de los trabajos de G. Klein y M. Gill, como ejemplos representativos, aun cuando no todos dentro de la misma orientación. Progresivamente, la opción hermenéutica dentro del psicoanálisis se ha ido abriendo camino, de manera que, en este momento, parece muy difícil decir hacia qué lado se decanta la opinión de la mayor parte de los analistas.

3.4.El debate sobre el psicoanálisis como ciencia empírico-natural o como ciencia hermenéutica

3.4.1.Un falso debate

Por lo que ya llevo dicho se entenderá fácilmente que, para mí, se trata de un falso debate, puesto que todas las ciencias, quieranlo o no, son hermenéuticas y constructivistas. Recuérdese que ya he dicho, citando a Nietzsche, que todo es interpretación, y que cada interpretación lo es de otra interpretación previa. Sin embargo, como debo respetar la opinión de quienes piensan lo contrario, desarrollaré este apartado aceptando, provisionalmente, este debate que yo juzgo falso, y a partir de las dos opciones vigentes en el momento actual: el psicoanálisis es una ciencia empírico-natural que explica en términos de causalidad, o el psicoanálisis es una ciencia hermenéutica que interpreta en términos de comprensión. Pero aprovecho ya este momento para plantear mi propia posición: *el psicoanálisis es una ciencia singularmente hermenéutica que, a la vez, interpreta en términos de comprensión, como lo hacen todas las ciencias humanas, y explica en términos de causalidad, como es propio de las ciencias empírico-naturales*. Intentaré, dentro de lo posible, mostrar el porqué de esta afirmación. Pero antes de seguir más adelante creo que podemos preguntarnos para qué necesita el psicoanálisis este status científico habitualmente juzgado como propiedad exclusiva de las ciencias naturales. En nuestra época se ha valorado tanto el término «científico» que todos quieren pertenecer a este distinguido club, sin pararse a pensar, en el caso del psicoanálisis, lo que significa renunciar a la propia esencia tan sólo por la ilusión de salir bien librado en las batallas científicas.

3.4.2.Razones contrapuestas

Muchos de los defensores de la idea del psicoanálisis como ciencia hermenéutica en su sentido más estricto —puesto que todas lo son en un sentido más amplio, es decir, comprensivas e interpretativas— juzgan esta concepción como una solución epistemológica ante los problemas en torno al status científico del psicoanálisis, en tanto que sus detractores creen que esta orientación conducirá hacia un caos que comportará la muerte del psicoanálisis. M. Edelson (1988) habla del «beso de la muerte» que la hermenéutica da al psicoanálisis. Otras críticas que se le dirigen son las de transformar el tratamiento psicoanalítico en un sencillo diálogo interpersonal en búsqueda de significados, pero sin explicar las causas de los síntomas o fenómenos psíquicos; la desaparición del concepto de inconsciente; atribuir al lenguaje el papel de creador de las cosas;⁴⁷ dejar de lado la observación de los hechos clínicos y caer en un idealismo radical y en el relativismo.⁴⁸ Un ejemplo de este tipo de críticas lo ofrece Ahumada (1999), quien manifiesta que la orientación hermenéutica del psicoanálisis

[...] destituye la realidad psíquica en pro de la idea de que la interpretación permite al analizado construir un sentido: ubica así la palabra del analista en función de la del Creador, en un «creacionismo verbal» que arraiga en las filosofías idealistas de Hegel, Vico y Descartes y, más allá, en nuestros mitos del Génesis (p. 219; comillas del autor).

Sigue diciendo Ahumada: «el axioma hermenéutico fundamental es que no hay significado ni mente por fuera del lenguaje» (p. 227). También afirma que

[...] los términos «diálogo psicoanalítico» y «discurso psicoanalítico» encierran al psicoanálisis en lo que se asume como un contexto lingüístico donde el lenguaje pasa a ser una *tautología autosuficiente*, libre de referentes empíricos (p. 231; cursivas y comillas del autor).

Me parece que es fácil ver en estas expresiones un desconocimiento de lo que es la perspectiva hermenéutica, el constructivismo y el giro lingüístico, tal como he expuesto en la sección 2. He citado estos párrafos como una muestra de los argumentos que suelen emplearse contra la perspectiva hermenéutica del psicoanálisis. Para no repetirme, me remito a lo que ya he expuesto con relación a los conceptos de hermenéutica, constructivismo y giro lingüístico.⁴⁹ Tan sólo quiero añadir aquí que no sé de ningún partidario de la perspectiva hermenéutica en psicoanálisis que se considere a sí mismo el Creador, ni que tal creencia se observe de alguna manera en los grandes filósofos y lingüistas en cuyo pensamiento se halla la base del giro lingüista, como son Saussure, Wittgenstein, Heidegger, Habermas, Gadamer, Derrida, Rorty, etc. En cuanto al pretendido axioma de que «no hay mente sin lenguaje» debo hacer aquí una matización. Si, para simplificar las cosas, damos por cierto este axioma, debemos distinguir entre lenguaje externo, digamos lenguaje verbal, al que seguramente se refiere Ahumada, aunque hay también otros lenguajes, y lenguaje interno. Como he expuesto al hablar de lenguaje y comunicación en el capítulo 2, es totalmente necesaria la existencia de un lenguaje interno que permita procesar, representar, simbolizar y codificar todos los

estímulos que llegan al cerebro, ya sean exteroceptivos o propiceptivos, para que pueda tener lugar esta organización de funciones psíquica a la que, habitualmente, llamamos nuestra mente.⁵⁰ En este sentido tiene razón Ahumada. Quienes juzgan que el lenguaje es mucho más que un instrumento para dar un nombre a las cosas que ya están delante de nosotros, creen que sin este lenguaje interno únicamente podrían existir respuestas bio-neurológicas a los estímulos, pero no esta estructuración de funciones psíquicas que nos permite entender, recordar, programar, comunicar, etc.

En cuanto al relativismo, es una de las más frecuentes acusaciones que se lanzan contra la hermenéutica. Ya me he referido al relativismo y a su confusión con el nihilismo en el capítulo 1. El relativismo es una especie de fantasma o espantajo que se agita ante quienes se juzga que no son suficientemente «científico-empiristas», para amedrentarlos con la amenaza del caos y la confusión. Nunca he escuchado a ningún filósofo partidario del giro lingüístico ni a ningún psicoanalista defensor de la perspectiva hermenéutica decir que una proposición puede ser, a la vez, verdadera y falsa, o que cualquier enunciado tiene el mismo grado de certeza que otro, o que no podemos hallar elecciones y metas más valiosas que otras, etc. Lo que ocurre es que el relativismo ha de entenderse en el sentido de los diferentes contextos sociales, culturales e históricos en que habitamos, los cuales otorgan una particular perspectiva a nuestra visión de la realidad.⁵¹ Desde este punto de partida, el relativismo o perspectivismo nos lleva a pensar que el mundo en el que vivimos puede ser comprendido mediante sistemas alternativos de presupuestos que nos llevan a diferentes representaciones de la realidad, y que somos nosotros, no una supuesta y desconocida verdad absoluta, los que hemos de decidir cuál de ellas es la más válida. Relativista también nos remite a relacional, en el sentido de que en cualquier situación, social o de la naturaleza que sea, existe una mutua relación entre todos los elementos que la componen y que el significado de cada uno de ellos depende de su interrelación con los otros, sea cual sea su identidad propia al considerarlo aisladamente. La relación de todos los elementos entre sí es lo que determina la estructura, y si queremos considerarlos aisladamente ésta se desvanece, a la vez que cada elemento pierde la función que poseía dentro de la estructura. Esto tiene su traducción en la física. La teoría de la relatividad de Einstein nos muestra lo erróneo de la idea de que todo observador, con independencia de su movimiento, ha de ver lo mismo en cuanto a la longitud, ancho y altura de una mesa, un tren o cualquier otro objeto. Einstein nos mostró que estos datos de observación son relativos, puesto que dependen de la relación del movimiento del objeto que estamos midiendo con el observador.

En una posición discretamente centrada, R. Steiner (1995) declara que:

[...] existen muchos aspectos en la obra de Freud que potencialmente podrían ser vinculados a la tradición hermenéutico-interpretativa, la cual se basa en las presunciones ontológicas y metodológicas de que el estudio del hombre y de sus actividades descansa en el reino de las ciencias humanas (p. 437; la traducción es mía).

También valora R. Steiner el interés que la visión hermenéutica suscita frente a la divergencia teórica, ya que el pensamiento hermenéutico da, en lo que concierne a la

construcción teórica, una importancia particular al contexto personal y cultural, y, gracias a esto, favorece el antidogmatismo e invita al diálogo entre diferentes corrientes del pensamiento psicoanalítico. Dice Steiner que únicamente la aplicación del método hermenéutico llevada al extremo comportaría el riesgo de reducirlo a una escuela de sabiduría.⁵² Steiner valora en mucho la idea de Gadamer de que aquello que es necesario para el diálogo no es aceptar compulsivamente la necesidad de llegar a un consenso acerca de la verdad, sino aceptar la importancia de un diálogo genuino para asumir nuevas perspectivas. Dado que ninguno de los participantes en un diálogo se halla en posesión de todo el conocimiento, es imprescindible que todos ellos se hallen abiertos a recibir la parte de verdad que procede de otros puntos de vista.

C. Strenger (1991), como otros autores, pese a mostrarse muy sensible a la concepción hermenéutica, opina que el psicoanálisis se encuentra entre la ciencia, entendida como ciencia natural y la hermenéutica. Yo creo que ésta es una afirmación temerosa provocada por la creencia, para mí falsa, de que la hermenéutica convierte al psicoanálisis en una no-ciencia. Mi punto de vista, en cambio, es el de que el psicoanálisis es una ciencia aunque no una ciencia empírico-natural. Es una ciencia humana porque, además de basarse en la observación y la interpretación de lo observado, se lleva a cabo a través del diálogo entre dos seres humanos. Me extenderé sobre esto en los siguientes apartados.

3.4.3. ¿Es que todas las ciencias han de ser empírico-naturales?

Como ya he mencionado, Freud luchó toda su vida para demostrar que el psicoanálisis es una ciencia natural y para que fuera admitido como tal en el seno de la comunidad científica. No creo que pueda decirse que esto haya sido logrado pese a los esfuerzos de generaciones de psicoanalistas y, actualmente, de la misma A.P.I. en tanto que institución. Parece que ha calado hondo en el seno de la colectividad psicoanalítica, y, no hace falta decirlo, en otros ámbitos, que si el psicoanálisis no es una ciencia empírico-natural que siga la metodología y los programas de investigación propios de dichas ciencias, se ve en la eventualidad de ser considerado mera charlatanería. Es por ello que, a mi juicio, aquellos que tanto se esfuerzan en demostrar que el psicoanálisis es una ciencia natural equivocan el terreno de juego y se estrellan contra un muro de incomprensión. En esto, como en otros aspectos, sucede que al psicoanálisis se le exige, en cuanto a conjunto de conocimientos, en cuanto a actividad profesional y en cuanto a eficacia terapéutica, más de lo que se demanda a otras disciplinas. Nadie parece poner en duda el carácter científico de la jurisprudencia, de la historia, de la filología, de la arqueología, de la lingüística, de la paleontología, de la egiptología, etc., aun cuando estas disciplinas distan mucho de parecerse a las ciencias empírico-naturales. Repito que mi opinión es la de que el psicoanálisis pertenece a las ciencias humanas. Podemos decir que es una ciencia porque parte de la observación, la formulación de hipótesis y la construcción de teorías explicativas basadas en los datos de observación, y en esto no se diferencia de las ciencias naturales. Sin embargo, no creo que pueda sostenerse, aunque

respeto la opinión de quienes así lo creen, que es una ciencia empírico-natural, ni por su objeto de estudio ni por su metodología, aun cuando algunos defienden la idea de que lo que da impronta de ciencia a una actividad humana no es su objeto de estudio sino el empleo de la metodología científica. Después hablaré de esto. Quiero advertir que en esta sección no intento, ni de lejos, realizar un estudio en profundidad de aquello que define las ciencias, humanas o naturales, y ni tan siquiera de los debates acerca del carácter científico del psicoanálisis. Ello requeriría un volumen de filosofía de la ciencia y otro dedicado a la cuestión del psicoanálisis como ciencia. No son tantas ni mi ambición ni mis capacidades. Me limitaré a seguir expresando mis puntos de vista sobre algunos aspectos de la perspectiva del psicoanálisis como ciencia.

3.4.4. Dos diferencias clásicas entre las ciencias naturales y las ciencias humanas

Ya hemos visto que Lévi-Strauss pronunció una frase lapidaria respecto a esta cuestión, la de que las ciencias humanas, para ser una ciencia, tenían que dejar de ser humanas. Sin entrar en los detalles del pensamiento de este autor, podemos decir que, tradicionalmente, se han expuesto dos diferencias esenciales entre uno y otro campo, las cuales se aducen, como objeción, en contra de la posibilidad de que las ciencias humanas sean realmente ciencias, y, por tanto, de que lo sea el psicoanálisis si no es una ciencia natural. Una de ellas es que las ciencias naturales parten de la base de que los objetos son capaces de estimular nuestros sentidos, de manera que podemos observarlos tal como ellos realmente son, independientemente de nuestras teorías previas, mientras que en las ciencias humanas se considera que nuestras formas de pensar y percibir siempre condicionan aquello que nosotros observamos.⁵³ La otra diferencia es la de que las ciencias naturales explican las *causas* de los fenómenos que estudian, mientras que las ciencias humanas comprenden las *razones* de los actos humanos. El debate se establece, pues, primordialmente, en torno a la diferencia entre causas y razones.

Antes de seguir adelante, debo advertir que aunque en el lenguaje ordinario, e incluso, a veces, en el científico, empleamos despreocupadamente los términos causa y efecto como si su significado fuera algo dado de por sí y perfectamente comprensible para todos, ello no es así ni mucho menos. Ambos son conceptos muy difíciles y han dado y siguen dando lugar a interminables discusiones dentro del campo de la filosofía y la filosofía de la ciencia. Por mi parte, me limitaré a utilizar ambos términos en el sentido habitual del habla cotidiana. Sin embargo, tal vez sea conveniente alguna pequeña puntualización para centrar mejor las nociones de causa y razón.

Generalmente, se entiende por causa aquello que explica la existencia de algo o el cambio en alguna cosa. O también la ley que rige para todos los acontecimientos de una misma especie. Pero esto, que nos parece tan sencillo en nuestra forma acostumbrada de entendernos, no lo es desde la perspectiva de la filosofía de la ciencia, llegando incluso algunos autores a postular que debe eliminarse la idea de causa. Para dar un ejemplo, transcribo unas palabras de Ferrater Mora (1990):

Mach estimaba que la noción de causa puede, y debe, substituirse por la de relación. En general, los positivistas han desconfiado de la noción de causa, por ser demasiado general o demasiado vaga o demasiado metafísica; nociones como las de «condición», «relación», «función», «ley» y otras similares parecen menos discutibles. Bertrand Russell llegó a afirmar que en la ciencia no se hace uso de la noción de causa; esta noción puede ser proscrita sin que padezca la inteligibilidad de las teorías científicas (vol. I, p. 467; comillas del autor).

El término razón, en el sentido de averiguar el porqué de alguna cosa, ha sido también objeto de diversas acepciones, y lo aplicamos a aquello que explica, da a entender, justifica, etc., esta cosa. En filosofía es clásico el llamado «principio de razón suficiente», que enuncia que nada es o acontece sin que haya una razón para que sea o acontezca, o sin que haya una razón que explique que sea o acontezca. De todas maneras, hay autores que emplean razón y causa indistintamente. En la práctica cotidiana ha sido tradicional utilizar causa para explicar los fenómenos de la naturaleza y razón para entender los actos, físicos y mentales, humanos.

Por lo que concierne a la primera objeción, lo que llevo ya dicho hasta el momento hace que no tengamos que detenernos mucho en ella. Ya he puesto de manifiesto que el mismo Popper, en su controversia con el Círculo de Viena, se encargó de dismantelar la tesis de que podemos conocer los objetos tal como ellos son, independientemente de nuestras teorías. Por otro lado, ya sabemos que la física cuántica ha puesto suficientemente de relieve el error que supone creer que existe una «realidad» que nosotros podemos conocer tal cual es. Esto, hoy día, no lo cree la física ni la neurofisiología. Por tanto, desde esta perspectiva, no existe ninguna diferencia entre un experimentador de ciencias físicas y un psicoanalista. Percibimos los objetos tal como los percibimos, porque nosotros somos como somos, y en este somos como somos quedan incluidas nuestras experiencias previas y nuestras capacidades cognitivas y sensoriales. La percepción ya es, en sí misma, una selección, de manera que con ella comienza ya nuestra particular construcción. La segunda objeción, la basada en la diferencia entre causas y razones, tiene más enjundia y requiere una más pausada reflexión, la cual desarrollo en el siguiente apartado.

3.4.5. Las razones son causas de aquello de lo que dan razón

Esta diferencia conceptual entre explicar mediante causas y comprender mediante razones se ha originado a partir de la célebre frase de Dilthey «Explicamos la naturaleza y comprendemos la vida anímica». Lo que quiero señalar primero, antes de entrar en la discusión entre causas y razones, es que creo que esta frase ha sido sólo parcialmente entendida. Y ello es porque la supuesta, y como veremos errónea, diferencia no descansa únicamente en causas y razones, sino en el mismo acto de entender. Cuando conocemos, entendemos y explicamos los fenómenos de la naturaleza, lo hacemos con nuestras facultades cognitivas, y aunque, como todo evento humano, arrastra su cortejo de emociones, éstas no forman parte propiamente del acto de conocer, sino que van como acompañantes del mismo. En cambio *en las ciencias humanas, no entendemos*

únicamente con nuestras capacidades cognitivas, sino con todas nuestras capacidades y facultades anímicas. Dentro del psicoanálisis nadie niega, hoy en día, la importancia de la *contratransferencia* del analista para la comprensión de los analizados, mientras que no podemos hablar de la contratransferencia del geólogo que estudia una roca o del físico que experimenta con las partículas subatómicas. Ésta es la diferencia que, sorprendentemente, siempre pasa desapercibida para los defensores de la unicidad del entender científico. Creo que en el campo del psicoanálisis está cada vez más extendida la idea de que no comprendemos a nuestros analizados tan sólo con nuestros recursos cognitivos, sino mediante un acto global en el que participa toda nuestra vida emocional. Comprendemos mediante nuestra poca o mucha inteligencia, sí, pero ésta va guiada por las emociones que los analizados despiertan en nosotros, y a las que podemos agrupar bajo el nombre de contratransferencia si nos place más emplear términos técnicos, por nuestra empatía, por nuestro dejar resonar dentro de nosotros lo que los analizados nos proyectan, por la ininterrumpida interacción que tiene lugar entre ellos y nosotros, y, ¿por qué no?, por las esperanzas y sufrimientos que con ellos compartimos. Los físicos no deben ni pueden empatizar con la materia que están estudiando, mientras que los psicoanalistas podemos y debemos empatizar con las emociones de nuestros analizados. Un psicoanalista nunca debería pretender ser un robot decodificador de signos y de información. Ésta, y no la de causas y razones, es la verdadera diferencia entre explicar la naturaleza y comprender la vida anímica. Afirmado esto, podemos adentrarnos en la cuestión de las causas y razones.

Pese a que hablar de causas y razones es un asunto verdaderamente complicado, creo que también podemos decir que en la actualidad, y especialmente desde la aportación de Donald Davidson, ha quedado plenamente establecido que las razones son causas de las acciones, y, por tanto, que esta diferencia entre comprender la vida anímica y explicar la naturaleza está siendo progresivamente desestimada. Transcribiré las palabras esenciales de Davidson a este respecto, expuestas en su trabajo de 1963, «Actions, Reasons and Causes», porque juzgo que constituyen, ya, una contribución clásica a los esfuerzos para aclarar esta cuestión. Afirmo Davidson que:

Una razón explica una acción cuando nos conduce a entender algo que el agente de la acción vio, o creyó ver, en su acción, algún rasgo, consecuencia o aspecto de la acción que el agente deseaba, necesitaba o a lo que se sentía obligado. No podemos explicar por qué alguien hizo lo que hizo simplemente diciendo que esta particular acción le atraía. Siempre que alguien hace algo por alguna razón, por tanto, puede ser caracterizado como (a) tenía una suerte de protoactitud hacia acciones de una cierta clase y (b) pensaba (o conocía, percibía, tenía noticia, recordaba) que su acción era de esta clase (p. 4; la traducción es mía).

El conjunto de la protoactitud y la relación que el agente establece entre ésta y la acción realizada es lo que se puede llamar la *razón primaria* por la que el agente ejecutó la acción. Davidson postula dos tesis, que aquí reproduzco, acerca de la razón primaria:

1) Para entender cómo una razón de cualquier clase racionaliza una acción es necesario y suficiente que veamos, por lo menos en sus términos generales, cómo se construye una razón primaria. 2) La razón primaria

para una acción es su causa (p. 4; la traducción es mía).

Yo creo que deben ser pocos los analistas que no consideran que las razones, conscientes o inconscientes, de los analizados para sus acciones, tanto físicas como mentales, son su causa.

Desde el trabajo de Davidson que he citado en el anterior párrafo la diferencia entre razones y causas ha quedado, cuando menos, borrosa y desdibujada, y gran parte de los filósofos de la ciencia admiten las tesis de Davidson y, por tanto, que la razón primaria para una acción es su causa. Sin embargo, para ser justos hemos de tener en cuenta que ni todos están de acuerdo ni todos interpretan estas tesis de la misma manera. Moya (1992), en sus comentarios sobre este trabajo de Davidson, de gran impacto desde el momento mismo de su publicación, afirma que los naturalistas y positivistas lo recibieron con gran satisfacción, pensando que les daba la razón en sus esperanzas de una ciencia unificada bajo el modelo de la física, de manera que los actos humanos podrían, finalmente, ser estudiados como una parte más de la física. Los contrarios a la idea del carácter causal de las razones, dice Moya, se acogieron a la antigua idea de Hume sobre la relación causal, según la cual sólo podemos hablar propiamente de causa y efecto cuando estos dos términos son completamente independientes entre sí, sin que exista entre ellos ningún otro lazo ni relación que el de presentarse regularmente juntos. De esta idea humeana de la relación causal, parte el llamado «argumento de la conexión lógica» entre razones y acción, de acuerdo con el cual la razón no puede ser causa de una acción porque una y otra están unidas por una relación conceptual y lógica, y no por una conjunción constante que hace que se presenten siempre juntas. Según este argumento, causa y efecto han de estar unidos por una regularidad empírica o ley que expresa el nexo constante entre una y otro. Desde esta perspectiva, por ejemplo, los analistas no podemos decir que el deseo del analizado de asistir a la sesión es la causa de su asistencia, puesto que a veces, aun existiendo este deseo, el analizado puede no asistir porque otros deseos y motivaciones —a los que solemos llamar resistencias— se oponen a ello, o porque factores externos se lo impiden, con lo cual no existe esta conjunción constante entre los dos hechos. Davidson, expone Moya, se opuso a los argumentos que acabo de citar aduciendo que existen muchos enunciados singulares de carácter causal para los que no existe ninguna ley que conecte la causa con el efecto. Moya, partidario de la tesis de Davidson, manifiesta que (1992):

La conducta intencional es un proceso causal como cualquier otro, aunque la *describimos e interpretamos* de tal manera que la singularizamos frente a otros procesos causales, otorgándole precisamente el aspecto racional que le es característico (p. 19; cursivas del autor).

A mí, sin duda también defensor de la tesis de Davidson, se me ocurre que si una persona se cae al bajar las escaleras, se golpea en un brazo y se fractura un hueso, podemos considerar que la caída es la causa de la fractura, sin que exista ninguna ley ni regularidad empírica entre caerse y fracturarse huesos, puesto que muchas personas se

caen y no sufren ninguna fractura y otras sí la sufren, con lo cual queda desmentida la necesidad de regulación empírica acerca de la conjunción constante entre dos hechos para que podamos hablar de causa y efecto. Por tanto, la ausencia de conjunción constante no puede ser un argumento contra la posibilidad de que las razones sean causas de las acciones humanas. Ahora bien, de nuevo es necesario advertir que las cosas, en esta cuestión, no son tan sencillas como parecen. En el ejemplo expuesto, no queda claro si podemos afirmar que la causa de la fractura es la caída, el golpe sufrido en la misma o la reacción de un organismo particular frente a dicho golpe, puesto que, como bien sabemos, no todos los organismos reaccionan igual frente a golpes similares: los organismos viejos son más propensos a las fracturas de huesos que los organismos jóvenes, pongamos por caso, y quienes padecen osteoporosis más que quienes no la padecen. Y podemos preguntarnos, por ejemplo, ¿cuál es la causa de la osteoporosis?, ¿excesiva delgadez?, ¿menopausia?, ¿falta de ejercicio?, etc., en una cadena inacabable. La cosa se complica más si, a las supuestas causas, añadimos las causas de las causas. Podemos preguntarnos cuál fue la causa o causas de la caída: ¿debilidad muscular?, ¿alteraciones del equilibrio?, ¿vértigos?, ¿torcedura de un tobillo?, ¿escalera defectuosa?, etc., todo ello con sus correspondientes causas y las causas de estas causas, etc., hasta el infinito.

Bien sé que podría objetarse que estoy confundiendo causas con factores coadyuvantes, pero esto es totalmente arbitrario porque nadie ha trazado nunca una clara línea divisoria entre la causa y tales factores coadyuvantes. En el lenguaje cotidiano vemos emplear constantemente una y otros de forma indiscriminada. Por ejemplo, «La niebla fue la causa de un choque en cadena de varios automóviles»; cuando, si atendiéramos a una diferenciación estricta, debería decirse: «El hecho de circular a una velocidad no proporcionada a la escasa visibilidad reinante provocada por la niebla fue la causa del choque en cadena de varios automóviles».

Pero, además, en tanto que analistas, si quien padece la caída es un analizado nuestro deberemos preguntarnos sobre las *razones*, conscientes e inconscientes, que han podido desencadenar el accidente: ¿sentimientos inconscientes de culpa y necesidad de castigo?, ¿necesidad de llamar la atención?, ¿ganancia externa?, ¿expresión sintomática de una ruptura emocional o de una quiebra del *self*?, etc. Bien, creo que no es menester seguir. Me parece que bastan estas reflexiones, un tanto aburridas supongo, para convencer a los más incrédulos de la humildad y cautela con que hemos de proceder en estos asuntos, tanto si nos referimos a causas, a razones, o a razones como causas.

Aun cuando he dicho que las razones son causas de las acciones, soy de la opinión que, sin embargo, en la práctica es más conveniente y útil diferenciar entre unas y otras. Me parece que nos entendemos mejor si, siguiendo a Wittgenstein, en la medida de lo posible damos a los términos el significado con que los emplean los hablantes de una comunidad lingüística, y, desde esta perspectiva, nos referimos a causas para los hechos físicos, como en el ejemplo anterior el golpe recibido en la caída por la escalera, mientras que las razones tienen un matiz intencional y social (también podemos decir contextual) y, por tanto, no pueden ser designadas sin referencia a conceptos intrínsecamente

humanos, tales como inteligencia, intención, propósito, adecuación, etc. (Sherwood, M., 1969).

Otro aspecto que se ha de tener en cuenta es que los términos «causas» y «razones» únicamente existen en el contexto explicativo, es decir, no son fenómenos de observación por sí mismos, como hechos físicos, comportamiento humano o sentimientos y pensamientos que detectamos en nosotros mismos, sino como parte de la elucidación de lo que entendemos como explicación. Expresado de otra manera, no tienen una realidad ontológica, sino lógica. Existe una diferencia lógica entre causas y razones, por un lado, y sentimientos, pensamientos, acciones, etc., por otro, y esta diferencia estriba en el hecho de que causas y razones se hallan indisolublemente vinculados a los contextos explicativos. Causas y razones surgen ante nuestra presencia cuando se produce un vacío en nuestro conocimiento que debe ser superado.

3.4.6. Las críticas al psicoanálisis desde la filosofía de la ciencia

Las pretensiones de Freud de que el psicoanálisis por él creado fuera considerado una ciencia natural se vieron duramente rechazadas, desde un principio, por científicos y filósofos de la ciencia. Posteriormente, como hemos visto, también fueron rechazadas desde el mismo psicoanálisis, produciéndose lo que he llamado la ruptura metapsicológica, con la introducción de la perspectiva hermenéutica a través de los trabajos ya citados de G. Klein y M. Gill. Estas actitudes se han acentuado en las últimas décadas, con el progresivo desarrollo de las orientaciones y nuevas corrientes del pensamiento psicoanalítico que desembocan, principalmente, en el intersubjetivismo y el psicoanálisis relacional, las cuales, totalmente alejadas del modelo pulsional, parecen desentenderse por completo de los esfuerzos por conseguir para el psicoanálisis la categoría de ciencia natural.

Con el paso del tiempo, el rechazo del psicoanálisis por parte del pensamiento científico en general ha ido acentuándose y, en ocasiones, colocando al psicoanálisis en una muy difícil situación, pese a los esfuerzos de núcleos importantes de psicoanalistas por promover trabajos que validen las hipótesis, conceptos y teorías del psicoanálisis desde la línea experimental.

Siguiendo una perspectiva un tanto histórica, expondré las críticas que, desde la filosofía de la ciencia y la metodología científica se han aducido contra la posibilidad de considerar al psicoanálisis como una ciencia. Estas críticas pueden sistematizarse en cinco grupos:⁵⁴ 1) las críticas del positivismo lógico; 2) las críticas derivadas de la aplicación del criterio de falsación; 3) las críticas según las cuales el psicoanálisis no puede probar sus hipótesis dentro de la misma situación analítica; 4) las críticas con relación a los criterios de repetibilidad e intersubjetividad, y 5) las críticas desde dentro del psicoanálisis. Merece ser tenido en cuenta que estas críticas, en lo que yo conozco, van siempre dirigidas a lo que podemos llamar el primer Freud, tal vez porque es el más fácil de leer y el que muestra más claramente sus intenciones de instituir el psicoanálisis como ciencia natural. Los conocimientos teóricos acerca del psicoanálisis que muestran

estos críticos son muy escasos. Conceptos básicos como transferencia, contratransferencia, *insight*, etc., son mal o superficialmente comprendidos. Los desarrollos del psicoanálisis posteriores a Freud son sistemáticamente ignorados, como también lo son los acercamientos del psicoanálisis y las neurociencias que desde los últimos años se están produciendo, así como las publicaciones realizadas en este sentido. Sin embargo, en ningún campo de la actividad humana deben ser desoídas las críticas y objeciones,⁵⁵ por lo que a continuación intentaré exponer y comentar cada uno de los cinco grupos citados.

Debo advertir que parte de las críticas que a continuación expondré me parecen justas y adecuadas, y creo que es ineludible que los psicoanalistas las tengamos en cuenta, tanto si pensamos que el psicoanálisis es una ciencia natural como si lo incluimos dentro de las ciencias humanas, mientras que otras, a mi entender, son injustas y carentes de fundamento. En ambos casos, trataré de exponer las razones por las cuales pienso así.

3.4.6.1. Las críticas del positivismo lógico

El positivismo lógico ha argumentado abundantemente que el psicoanálisis se halla lleno de términos teóricos tan vagos y desvinculados de los procedimientos empíricos, que sus hipótesis no pueden ser verificadas y que, por tanto, son hipótesis y proposiciones sin sentido. Ya en el capítulo 1 he puesto de relieve que los psicoanalistas de diversas orientaciones emplean con frecuencia los mismos términos y conceptos con diferentes significaciones.

Otra crítica que se le hace al psicoanálisis es la de que cae en la pretensión de justificar sus hipótesis a través de la inducción enumerativa, según la cual toda observación que es favorable a una hipótesis la confirma. Los psicoanalistas, en general, son fácilmente víctimas de la ilusión de que sus observaciones clínicas, en las que creen comprobar la confirmación de sus hipótesis, cumplen con todos los requisitos para una validación empírica. Después de Popper, el inductivismo ha caído en descrédito como método científico. Afirma Popper, y esta afirmación es comúnmente aceptada hoy en día por prácticamente todos los científicos, que el proceso de formular generalizaciones a partir de la acumulación de observaciones no puede, por sí mismo, fundamentar un método científico, ya que el futuro no se halla lógicamente obligado a repetir el pasado.⁵⁶ Además, la justificación inductiva no existe, porque toda observación va precedida de alguna preconcepción que da sentido a la observación. El método inductivo ha sido substituido por el razonamiento hipotético deductivo, mediante el cual se concluye de una o más proposiciones —premisas— otra que es la consecuencia de ellas —conclusión— en virtud de reglas lógicas.

3.4.6.2. Las críticas derivadas de la aplicación del criterio de falsabilidad

Según Popper (1959, 1972), la posibilidad de la falsación de una teoría marca una línea divisoria entre las ciencias y las pseudociencias. Según él, el psicoanálisis es una pseudociencia por su incapacidad de cumplir con este criterio de legitimación científica.

Una de las más repetidas críticas al psicoanálisis, desde el criterio científico de la falsabilidad, es la de que en él, sean cuales sean los hechos de observación, en una dirección o en la opuesta, siempre son acogidos como favorables a la hipótesis que se intenta demostrar. O que la misma hipótesis y su contraria pueden ser defendidas con la misma observación. De aquí, por tanto, que ninguna hipótesis pueda ser falsada por la observación.

Contra esta crítica se ha argumentado, y curiosamente Grünbaum ha admitido este argumento, que Freud modificaba sus teorías siempre que la evidencia clínica le mostraba que eran falsas. El más conocido de estos cambios en las teorías de Freud es, sin duda, la modificación en cuanto a la etiología traumática de las neurosis, la cual dio paso a la concepción de conflicto, ansiedad y defensa como base de la estructura de la personalidad y de los trastornos psíquicos.⁵⁷

3.4.6.3. Las críticas de Grünbaum acerca de la validación del psicoanálisis

Las críticas de Grünbaum al psicoanálisis representan el más serio y sólido ataque dirigido contra su posible carácter científico, hasta tal punto que creo que puede decirse que los esfuerzos de la mayor parte de los autores que intentan reivindicar el status científico de nuestra disciplina se centran en responder a estas críticas.

Grünbaum, aparte de otros trabajos en los que comenta algunos aspectos del psicoanálisis, publicó en 1993 un grueso volumen titulado *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*, en el cual despliega unos argumentos que causaron un fuerte impacto en el mundo del psicoanálisis. Grünbaum, a diferencia de otros filósofos de la ciencia que se han ocupado del asunto, no es un completo ignorante del psicoanálisis, y ha procurado entenderlo y entrar a fondo en el tema,⁵⁸ aunque sin lograrlo en mi opinión.

Grünbaum no considera al psicoanálisis con desprecio y no dice que se trate de un conjunto de teorías y de técnicas erróneas. Lo primero que hace es desmontar las acusaciones de Popper, que acabamos de ver, en cuanto a que las hipótesis psicoanalíticas no pueden ser falsadas. Pone de relieve que el mismo Freud fue modificando sus hipótesis cuando la realidad clínica le hizo ver que estaba equivocado, y, a más, razona por sí mismo la posible falsación de tales hipótesis. Así, Grünbaum pone como ejemplo de una de estas hipótesis la que se refiere a la paranoia que, según Freud, está etiológicamente basada en la represión de deseos homosexuales inconscientes. Pues bien, dice Grünbaum que si se encuentra un solo homosexual que conozca, acepte y practique la homosexualidad y que, además, haya desarrollado una paranoia, la hipótesis queda falsada, con lo cual se demuestra la inconsistencia de la crítica de Popper, quien, todo ha de decirse, no formula ninguna otra y también trata respetuosamente al psicoanálisis.

Después de afirmar la posible falsación de las hipótesis psicoanalíticas, Grünbaum abre fuego con sus propias baterías y declara que él no afirma que tales hipótesis sean erróneas ni que el psicoanálisis sea un conjunto de proposiciones sin sentido, como se ha dicho desde el positivismo lógico, sino que, en su opinión, toda la reivindicación del psicoanálisis para que éste sea admitido como una ciencia descansa sobre una sola

defensa epistemológica, la cual, según su criterio, ya no puede sostenerse en nuestros días. Esta defensa es lo que Grünbaum denomina el *tally argument* (argumento de la correspondencia); noción que extrae de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917). Lo que afirma Freud en este trabajo, y que Grünbaum juzga que ha sido la base más sólida sobre la que ha intentado sostenerse el edificio psicoanalítico como disciplina científica, es que el conflicto neurótico inconsciente sólo será resuelto —y las resistencias superadas— si las interpretaciones que el analista formula al paciente concuerdan con aquello que es real en el interior de éste. Y que si las conjeturas del analista son erróneas no podrán ser mantenidas en el curso del análisis y deberán ser substituidas por otras más correctas. Por tanto, de acuerdo con esta hipótesis, los síntomas desaparecen únicamente si las interpretaciones del analista son ciertas. Por tanto, Grünbaum dice que, a partir de esta hipótesis, el correcto *insight* del analizado respecto a la etiología de su neurosis es *causalmente* necesario para la curación de la misma, y denomina «tesis de la condición necesaria» a la conjunción de las ideas de Freud que él sintetiza de la forma que acabo de exponer.

Pero, y éste es el punto central de su crítica, Grünbaum piensa que las hipótesis psicoanalíticas no pueden ser validadas en la situación analítica y que, en todo caso, deben serlo en situaciones y estudios extraclínicos, tales como estudios comparativos de tipo prospectivo, investigaciones experimentales controladas, investigaciones epidemiológicas, etc. Él piensa que todos los datos extraídos del tratamiento psicoanalítico se encuentran epistemológicamente contaminados por la sugestión y las ideas preconcebidas del paciente, lo cual, aun cuando no convierta en automáticamente falsas las interpretaciones a las que el paciente da su conformidad, sí que inclina a sostener, en contra de la posibilidad de verificar intraclinicamente las hipótesis psicoanalíticas, que los recursos psicoanalíticos no pueden, de una manera confiable, distinguir convenientemente entre los datos clínicos aquellos que pueden ser catalogados como auténticos. Por tanto, la actitud representada por Grünbaum es la de rechazar que el status lógico y epistemológico del psicoanálisis sea el de una teoría científica, puesto que no *aporta* en el propio método los medios para una comprobación y justificación⁵⁹ empírica de sus hipótesis y teorías. No se trata por tanto, en este tipo de crítica, de que las teorías psicoanalíticas sean o no erróneas, ni de que el psicoanálisis sea o no una ciencia. Lo que se asevera es que la metodología psicoanalítica no permite, a causa de la influencia irreducible del psicoanalista sobre su paciente, así como de las ideas preconcebidas de éste, verificar la realidad o falsedad de sus propias hipótesis.

Sin embargo, pese a que Grünbaum muestra en sus trabajos un mayor conocimiento del psicoanálisis que la gran mayoría de los críticos externos al mismo, continúa en la misma línea habitual que éstos, es decir, dirige sus críticas hacia un psicoanálisis histórico superado hace mucho tiempo y que tiene muy poco que ver con el pensamiento psicoanalítico actual. Se trata, en pocas palabras, de la concepción de un psicoanálisis casi mecánico, de modelo rígidamente médico, basado en una relación causa-efecto, para el cual las «neurosis» —estos críticos no se refieren prácticamente nunca a otra patología— son provocadas por la represión de las pulsiones sexuales, sin otras matizaciones ni

complejidades, y han de ser «curadas» por la concienciación de los conflictos que provocaron la represión sexual. Después de lo cual los «síntomas» —estos autores tampoco hablan de otra cosa que de síntomas— han de desaparecer. En este modelo de crítica, el terapeuta es concebido o bien como un profesional que dispensa interpretaciones, como si prescribiera medicamentos, o bien como alguien que, involuntariamente en el mejor de los casos, adoctrina, sugestiona, persuade, etc., a su paciente para que éste siga, aun cuando sea sin darse cuenta de ello, las directrices que le son dadas. Es por esto que Grünbaum insiste, y en esto creo que hemos de darle la razón, que el éxito terapéutico, que para él y los otros críticos consiste exclusivamente en la desaparición de los síntomas, no confirma en absoluto ni la hipótesis de la represión en la etiología de las neurosis, ni el papel que juegan la interpretación, el *insight* y el levantamiento de la represión en tal éxito.

Pese a que estas aseveraciones de Grünbaum acerca de la inevitable sugestión y la irreducible influencia del analista sobre el paciente han sido abundantemente contestadas por autores psicoanalíticos, creo que sus afirmaciones de que el éxito de un tratamiento psicoanalítico no confirma sus propias hipótesis y teorías a causa de la inevitable influencia y sugestión por parte del analista cobran cada vez mayor relieve, puesto que dentro del mismo psicoanálisis son cada vez más numerosas las voces que ponen de relieve que todo lo que puede observarse en el analizado en el curso del proceso psicoanalítico está íntimamente vinculado a la ininterrumpida interacción e influencia mutua analizado-analista y que la transferencia, la pieza clave para gran parte de las escuelas psicoanalíticas, es el resultado de dicha interacción. Por otra parte, y de acuerdo con esta situación, también se halla cada día más extendida la opinión de que la mejoría del analizado, en el sentido que sea, no prueba la validez de las teorías psicoanalíticas clásicas basadas en la secuencia: «*conflicto edípico o preedípico – conflicto intrapsíquico – reproducción del conflicto en la transferencia – interpretación – insight – resolución del conflicto intrapsíquico*», puesto que esta mejoría puede producirse por otros motivos, como son la sugestión, adaptación del analizado a lo que él supone que desea el analista, identificación con el analista como modelo, sumisión, aprendizaje de pautas de comportamiento más satisfactorias, modificación de pautas relacionales implícitas y explícitas a través de la nueva experiencia de relación, etc. Desafortunadamente, en los trabajos clínicos tradicionales suele darse por descontado que, en caso de que se obtenga alguna mejoría, ésta es debida a las interpretaciones que le han sido formuladas al paciente.⁶⁰ Mi opinión es que la persistencia en la convicción de que cualquier modificación que se observa en el analizado es debida a la fuerza curativa de las interpretaciones, obviando todas las otras circunstancias, ha obstaculizado gravemente el desarrollo del proceso psicoanalítico. Por suerte, progresivamente se va abriendo paso, como ya he dicho, la comprensión de la importancia de la interacción e influencia mutua que analizado y analista ejercen el uno sobre el otro, y de la importancia como agente curativo de esta interacción (Loewald, H., 1960).

El asunto de la modificación de la mente del analizado se ve de manera distinta a la tradicional si se parte de la relación analizado-analista como agente curativo de tanta o

mayor trascendencia que la interpretación y el *insight*, de la existencia de un inconsciente de procedimiento o no reprimido y de un conocimiento relacional implícito que evoluciona a través de la relación con el analista, cuestiones éstas de las que volveré a ocuparme en próximos capítulos. Debo advertir, sin embargo, que los posibles cambios observados en el curso del análisis tampoco confirman las hipótesis en que se basan estas nuevas orientaciones.

A continuación, y siguiendo en parte las ideas expuestas por Strenger en su libro *Between Hermeneutics and Science* (1991) acerca de las críticas de Grünbaum, enumero seis puntos clave del psicoanálisis actual que contradicen totalmente el psicoanálisis mecanicista y rudimentario al cual dirige Grünbaum sus críticas.

a) La perspectiva actual de las interpretaciones transferenciales no puede conciliarse con la visión que tiene Grünbaum del psicoanálisis, derivada de las hipótesis establecidas por Breuer y Freud en 1893.

b) En el pensamiento psicoanalítico actual no existen unas causas específicas en la base de las perturbaciones psíquicas —de las cuales las neurosis son únicamente una pequeña parte—, sino que es la forma como fueron vividas determinadas circunstancias y relaciones, así como los recursos de adaptación del sujeto durante el proceso de desarrollo, aquello que condiciona el carácter patógeno de las mismas.

c) El pensamiento psicoanalítico ha dejado de ser un conjunto de hipótesis etiológicas para pasar a ser una teoría de la naturaleza de la mente humana. Su núcleo es una teoría del desarrollo de la mente y de su funcionamiento, a partir de la cual es posible entender tanto los procesos psíquicos considerados normales como los patológicos, pero sin que se trace una línea de separación radical entre unos y otros.

d) La interpretación no ha de ser vista, únicamente, como la información que se ofrece al paciente acerca de un nexo causal entre hechos acaecidos en la infancia y los síntomas presentes, sino como una explicación que vuelve inteligibles para el paciente los previamente incomprensibles pensamientos, sentimientos y pautas de acción.

e) En lugar de confiar en el levantamiento de las represiones para la desaparición de los síntomas, lo que ahora esperamos es que el paciente que haya pasado por una terapéutica psicoanalítica haya crecido mentalmente, de manera que sus relaciones objetales internas —y, consecuentemente, las relaciones con los otros— estén más fundadas en la confianza, la aceptación de la realidad, la reciprocidad, el amor, el reconocimiento de los propios límites y recursos, así como la utilización de estos últimos para su satisfacción y la de los otros, y menos en la omnipotencia, la negación, la utilización masiva de la identificación proyectiva, las defensas maníacas y la agresividad.

f) Todo esto puede resumirse diciendo que el objetivo de la terapéutica psicoanalítica estriba en el hecho de ayudar al paciente a integrar las partes disociadas de su personalidad y en reconocer los principios integradores de sus experiencias y de su transferencia.

Creo que estas características del psicoanálisis actual, que he procurado reseñar de la manera más aceptable para todas las escuelas, ponen de manifiesto que las críticas de Grünbaum van dirigidas a un psicoanálisis prácticamente inexistente.

Algo más hay que añadir. Grünbaum y otros críticos se refieren siempre a «curación» y desaparición de síntomas cuando hablan de la correspondencia entre las teorías psicoanalíticas y los resultados del análisis. Es cierto que en las aplicaciones prácticas de otras teorías científicas, especialmente cuando se trata de disciplinas eminentemente dirigidas a realizaciones técnicas con objetivos concretos, los resultados de la aplicación son parte importante en la validación de estas teorías. Pero sabemos ya de sobras que el psicoanalista no se fija, porque no puede ni debe hacerlo, objetivos concretos que puedan ser medidos y calibrados al final del tratamiento, ya que hacerlo sería imponer al analizado sus propios valores y metas. El único objetivo del analista es el de que el tratamiento ayude al analizado a ser más libre internamente, lo cual se consigue a través del autoconocimiento y la nueva experiencia de relación. Este grado de mayor libertad, autoconocimiento y modificación de las pautas relacionales es algo totalmente subjetivo y, por tanto, no tributario de medida y codificación objetiva. Por otra parte, lo que pueda hacer el analizado con los cambios obtenidos es algo que no entra en las metas del análisis y, por tanto, no puede utilizarse como validación de la teoría y la técnica psicoanalíticas. Todo ello, a mi parecer, ahonda las diferencias entre el psicoanálisis y las ciencias empírico-naturales.

3.4.6.4. Las críticas con relación a los criterios de repetibilidad e intersubjetividad

Expongo, en primer lugar, algunos conceptos básicos siguiendo el pensamiento de Klimovsky (2004). Las ciencias empírico-naturales se asientan en la experiencia y en los hechos que pueden ser observados. Estos últimos son denominados los «observables», constituyen hechos de confianza y el conjunto de todos los observables forma la «base empírica». Según Klimovsky existen tres tipos de base empírica. En primer lugar, la «base empírica filosófica», constituida por observables filosóficamente seguros con los que es posible fundamentar el resto de los conocimientos humanos. Ya hemos visto que para Popper y Albert no existen estos fundamentos seguros, y también Klimovsky considera que estos datos suelen ser producto de una elaboración teórica y conducen al fundamentalismo. Otro tipo de base empírica es la «base empírica epistemológica», que parte de la práctica cotidiana y del lenguaje habitual como medio de comunicación de datos de observación. La tercera base es la «base empírica metodológica» que se produce cuando el científico no discute las teorías, sino que las emplea, como hace el psicoanalista cuando utiliza sus teorías en el curso del análisis para ayudar a su analizado. Ésas son las «teorías presupuestas», a partir de las cuales se procede como si su legitimidad fuera cierta. Dado que toda observación se halla cargada de teoría, puede discutirse la existencia de una base constituida exclusivamente por la observación.

Para formular y enunciar teorías o hipótesis empleamos el lenguaje. Klimovsky divide los términos de estos enunciados en lógicos y extralógicos. Los lógicos no son propios de ninguna teoría en particular, son instrumentos necesarios para diversas clases de enunciados y afirmaciones, de acuerdo con las leyes de la lógica. Los extralógicos se dividen en empíricos, que son los que denominan a lo que llamamos los observables, y términos teóricos, que designan entidades no observables. Algunos filósofos de la ciencia,

y especialmente los positivistas y neopositivistas, piensan que en una teoría no deben intervenir términos teóricos.

Sin embargo, dado que las teorías psicoanalíticas están saturadas de términos teóricos, creo que interesa añadir aquí algunas reflexiones acerca de las relaciones entre observación y teoría. El verbo griego *theoreo* significa mirar, ver, observar, y la *theoria* es la acción de mirar, ver, observar. Es decir que en su sentido originario la «teoría» no está separada de la observación como pretenden los defensores del positivismo lógico. Pese a ello, el intento de separar la teoría de la observación ha dado lugar a los conceptos ya citados de *término observacional* (Ox, abreviado) y *término teórico* (Tx, abreviado). Pero hoy día, muchos autores opinan que no puede, en una teoría científica, admitirse una separación radical entre uno y otro, y que es indispensable que en toda teoría científica se establezca una relación entre ellos por medio de *reglas de correspondencia*. Otros piensan que no existe tal separación, puesto que todo Ox es tal a través de algún Tx, dado que ahora sabemos que no existe una observación pura y desnuda. Por tanto, no es justo afirmar que el psicoanálisis no es una ciencia natural por el hecho de que en sus hipótesis y conceptos abundan los términos teóricos. Esto es lo que ocurre en todas las ciencias, y en las observaciones de todas ellas intervienen las teorías.

Más difícil de superar para el psicoanálisis es el escollo de la *repetibilidad* y la *intersubjetividad*. Es algo aceptado por todos los científicos que la base empírica de toda ciencia es que sea intersubjetivamente observable, es decir, que cualquier investigador pueda observar el mismo fenómeno y que varios puedan observarlo simultáneamente. En cuanto a la repetibilidad, se trata de que el fenómeno o experimento pueda repetirse todas las veces que se desee comprobarlo. A mi juicio, el psicoanálisis no puede cumplir ni una ni otra demanda. Diré mi opinión respecto a esto.

Cada análisis es único e irrepetible. Es parte intrínseca del psicoanálisis dar por único el texto desplegado por cada analizado con cada analista, y esto es lo que lo hace más grande e insustituible. Recordemos en este punto la célebre máxima de Heráclito de Éfeso: «Nunca podemos bañarnos dos veces en el mismo río». Para no volver sobre lo mismo me limito a recordar lo que ya he dicho acerca del dispositivo observacional de cada analista. Y, naturalmente, cada paciente también tiene sus principios organizadores que le llevan a organizar la transferencia a su manera. Por otro lado, basta con asistir a una reunión científica de analistas de la misma escuela para darse cuenta de las diferencias que existen en la manera de ver el mismo material clínico. Cada análisis es una distinta e irrepetible relación humana, y una relación humana no se ve, sino que es vivida por sus actores. En un sentido más estricto podemos decir que incluso cada sesión analítica, con los mismos protagonistas, es distinta de las otras, porque de un día a otro analizado y analista han pasado por experiencias, buenas o malas, han recibido alguna clase de noticia, han mantenido otro tipo de relaciones, etc., lo cual da lugar a que su disponibilidad para la relación cambie, y, por tanto, cambie la interacción y, con ella, la experiencia analítica. En los experimentos físicos todas las condiciones permanecen constantes y mensurables, siendo el experimentador el que introduce las variables que le interesan para medir su efecto sobre el resto de las variables. En el curso del proceso

analítico el supuesto objeto de estudio, la mente del analizado, recibe continuamente toda clase de estímulos, procedentes del exterior o del propio organismo, que inevitablemente la afectan y se añaden al estímulo que suponen las intervenciones del analista.

Volviendo a Klimovsky, un epistemólogo muy favorable al psicoanálisis, he de decir que él, para hacer frente a este obstáculo, recurre a una distinción que realiza Popper entre *acontecimiento* y *evento*. Acontecimiento es aquello que ocurre en un determinado lugar en un preciso momento. Se entiende por evento un conjunto de acontecimientos que tienen algo en común. Un acontecimiento no es, en psicoanálisis, ni repetible ni intersubjetivo. Pero, cree este autor, no ocurre lo mismo con el evento. Dice a este respecto (2004):

No podría decirse lo mismo de un *evento psicoanalítico*; si un evento psicoanalítico es en realidad una familia de acontecimientos, puede perfectamente suceder que acontecimientos de este tipo, que forman parte de eventos, los hayan tenido distintos psicoanalistas en distintos momentos. Por lo cual, aquí un evento es algo que se puede repetir, se puede dar más adelante en otro tipo de episodio práctico del psicoanálisis (p. 281; cursivas del autor).

De aquí, Klimovsky concluye que se dan las condiciones para juzgar que existe una base empírica del psicoanálisis, al igual que en las ciencias naturales, así como las posibilidades de repetibilidad e intersubjetividad. De todas maneras, dándose cuenta de la fragilidad de sus argumentos, acepta que debe hablarse de repetibilidad e intersubjetividad en un sentido *débil*, frente al sentido *fuerte* con que las poseen las ciencias naturales.

A mí, lo primero que se me ocurre decir ante estos argumentos de Klimovsky es: ¡Y tan débil! A mi juicio, esta débil posibilidad de repetibilidad e intersubjetividad sirve, únicamente, para que los psicoanalistas podamos dialogar, más o menos, entre nosotros, dado que todos vivimos experiencias con algún parecido. Si no fuera así, el diálogo sería imposible por completo. Pero de esto a juzgar que se cumplen las condiciones exigidas por las ciencias naturales hay un abismo. Un átomo de uranio, la velocidad de la luz, las radiaciones electromagnéticas, un quark, etc., son lo mismo para todos los físicos, y, si lo desean, pueden emplear exactamente los mismos instrumentos para verificar sus experimentos con ellos. Cada uno de los psicoanalistas, en cambio, ve distintos pacientes, y se vale, para observarlos, de su particular e irreplicable dispositivo observacional. En definitiva, por tanto, yo no veo la posibilidad, ni la necesidad, de equiparar, con respecto a este punto, el psicoanálisis con las ciencias empírico-naturales.

3.4.6.5. Las críticas desde dentro del propio psicoanálisis

Estas críticas formuladas por los mismos psicoanalistas son más difíciles de sintetizar porque adquieren formas muy variadas y proceden desde distintos puntos de vista. Al hablar del debate acerca de la existencia de uno o muchos psicoanálisis creo que ya hemos tenido prueba de ello. La misma división de opiniones entre quienes piensan que el psicoanálisis es una ciencia natural que ha de seguir el camino de las ciencias empírico-

naturales si quiere sobrevivir y quienes defienden que se trata de una ciencia humana que ha de permanecer fiel a sus propios métodos clínicos, es otra prueba de ello. En muchas ocasiones, las críticas acerca de las insuficiencias científicas del psicoanálisis se confunden con discusiones de escuela. También hay una división entre quienes abogan por estudios de tipo «cuantitativo», y quienes lo hacen por estudios «cualitativos».

Por mi parte, dentro de este grupo me referiré al trabajo de Freixas y Tizón (1984), que me parece suficientemente demostrativo de cómo pueden criticarse los fallos y debilidades científicas del análisis desde dentro de la disciplina.

Piensan Freixas y Tizón que una de las dificultades del psicoanálisis para desarrollarse en cuanto ciencia proviene del notable aislamiento en el que ha vivido hasta hace pocos años. Las instituciones psicoanalíticas han vivido aisladas no sólo de la ciencia oficial sino también unas de otras. Su misión ha consistido, primordialmente, en la función de formar nuevos psicoanalistas, y ello lo han hecho centrándose en la exégesis de la obra de Freud y de sus más inmediatos y fieles seguidores, lo cual ha conducido a la inmovilidad y, muy frecuentemente, al dogmatismo. Toda innovación que supusiese una desviación de la obra de Freud ha sido duramente criticada por «el cuerpo principal» del psicoanálisis. Por otra parte, según Freixas y Tizón el psicoanálisis ha tomado prestados conceptos de otras disciplinas, y citan como ejemplos lo conceptos de *instinto*, *economía* y *energía*. Pero, dicen, el aislamiento en que ha vivido el psicoanálisis no le ha permitido darse cuenta de que estos conceptos han envejecido y han sido abandonados por las disciplinas que los habían sustentado, de manera que continúa utilizando, con intenciones «científicas», conceptos ya en desuso por parte de la comunidad científica.

Freixas y Tizón distinguen cuatro categorías que han de centrar nuestra atención a la hora de juzgar el carácter científico del psicoanálisis:

1) La falta de contacto con las ciencias vecinas (psicología, antropología, biología); 2) La dificultad de contrastación de muchas hipótesis psicoanalíticas; 3) la poca diferenciación entre contrastación o ilustración de una hipótesis psicoanalítica y 4) la falta de sistematización (del psicoanálisis en tanto que teoría científica) que permita contrastar las hipótesis psicoanalíticas no consideradas aisladamente sino como un cuerpo total (p. 182).

Se preguntan estos autores si no ha llegado la hora de abandonar las hipótesis biológicas y mecanicistas y sustituirlas por la teoría de las relaciones de objeto, introyección proyectiva e introyectiva, etc.

En un sentido similar, Poch (1989) subraya que el método científico es el canon mediante el cual se crea la ciencia, pero no lo es para los descubrimientos ni para la formulación de teorías. Considera que una preocupación excesiva por el método científico puede convertirse en un obstáculo para el progreso teórico y la observación, y dañar las posibilidades creativas de los investigadores.

3.4.7. La cuestión de la metodología

Existe un argumento que es aducido, a la vez, por quienes, desde fuera, niegan al

psicoanálisis todo carácter de disciplina científica y por quienes, desde dentro, insisten en que el psicoanálisis ha de ser una ciencia empírico-natural si no quiere dejar de ser. El argumento, muy simple, es que lo que distingue las ciencias de las no-ciencias no es el objeto de estudio, sino la metodología empleada. Frente a esto quiero exponer dos argumentos.

1) Contra lo que muchas veces se supone, la llamada metodología científica, basada en la observación de datos empíricos, la formulación de hipótesis y teorías y su contrastación por la experiencia, no es propiedad exclusiva de las ciencias naturales, sino que lo que han hecho éstas es perfeccionar y refinar hasta límites extremos una actividad mental que desarrollan los humanos, por lo menos, desde que los *homo sapiens* aparecieron en la faz de la tierra, y a la que los antiguos griegos dieron un impulso imparable. Recordemos que ya Demócrito de Abdera en el siglo IV a. de C. intuyó la existencia del átomo, sin instrumentos ni experimentos de ningún tipo, simplemente pensando. Desde sus primeros albores, la humanidad ha ido desplegándose y dominando el mundo de la naturaleza que la rodea empleando, aunque fuera de manera rudimentaria, lo que ahora pomposamente llamamos la «metodología científica», es decir, observando los datos a su disposición, conjeturando y haciendo predicciones, para contrastar después el cumplimiento de estas conjeturas y predicciones y ratificarlas o rectificarlas según los resultados. Cuando a un viejo marinero o pescador le preguntamos si se avecina o no alguna tormenta vemos que observa las nubes, el color del cielo y del agua, la dirección del viento, el movimiento de las olas, y, de acuerdo con las experiencias que ha ido acumulando a lo largo de su vida, emite su predicción. ¿Es esto fundamentalmente distinto al método científico? La respuesta es no. La llamada metodología científica es consubstancial al ser humano, aún sin instrumentos de medición, protocolos, estadísticas, etc.

Por lo que respecta a la validación del psicoanálisis, Gill (1994) se refiere al círculo hermenéutico, que ya he citado, y manifiesta:

De esta forma, el proceso de validación es un continuo movimiento recíproco de las partes a la totalidad y de la totalidad a las partes. Podemos preguntarnos si esto es verdaderamente muy distinto de la validación del resto de las ciencias. Yo creo que no, incluso si el círculo es mucho más evidente en las ciencias humanas que en el resto de las ciencias (p. 8; la traducción es mía).

Yo creo que el fallo del psicoanálisis no reside en la metodología empleada, que es científica dentro de lo posible, sino en frecuentes actitudes de muchos de sus practicantes: conclusiones precipitadas, fe injustificada en el inductivismo, recurso a la autoridad, dogmatismo, falta de atención a las críticas recibidas, confusión de una disciplina científica con un «movimiento», sentimientos de hallarse en posesión de una verdad incognoscible para los no analizados, falta de atención interdisciplinar, etc.

2) Ya he hablado antes de la contratransferencia. Cuando se dice que todas las ciencias, sea cual sea su objeto de estudio, han de emplear los mismos procedimientos, es decir, la llamada metodología científica, y se reclama que el psicoanálisis se adapte a

esta exigencia y no se diferencie para nada de las otras ciencias, se pasa por alto una distinción fundamental de la que, increíblemente, no he visto que nadie hable: *la relación emocional con el objeto de estudio*. Los físicos, los químicos, los biólogos, etc., no son amados, odiados, temidos, deseados, idealizados, agredidos, etc., por sus objetos de estudio, a los que tampoco ellos proyectan sus propios afectos en una interacción ininterrumpida que ejerce una influencia sobre ambas partes. Ni las entidades subatómicas, ni las ondas electromagnéticas, ni las galaxias, ni la gravedad, por ejemplo, aman, odian, reclaman, piden, etc., nada a quienes las investigan. Los psicoanalistas, en cambio sí que despiertan y estimulan toda clase de afectos por parte de sus objetos de estudio, los analizados. Y, como seres humanos que son, reciben el impacto de estos afectos y responden a ellos con otros afectos que, a su vez, ejercen su influencia sobre los analizados, y con ello se produce esta continuada influencia mutua entre unos y otros. Y es precisamente esta relación afectiva —esto lo sabemos desde Freud aunque muchas veces ha caído en el olvido— la clave del efecto terapéutico. Los psicoanalistas examinan, investigan e intentan modificar *una relación afectiva de la que ellos mismos forman parte*. ¿Puede, en justicia, decirse que, sea cual sea el objeto de estudio, el psicoanálisis en cuanto ciencia debe y puede emplear la misma metodología que las ciencias naturales y no ha de diferenciarse de ellas? La metodología del psicoanalista que investiga la interacción e influencia mutua que se establece entre él y su analizado ¿puede ser en todo igual a la del geólogo que estudia el ir y venir de las mareas? Para mí, decididamente no, salvando las pautas fundamentales que he mencionado en el ejemplo del viejo marinero. Pero no por ello ha de ser menos válido. El psicoanálisis se debe a su propia esencia, no a la metodología de otras ciencias.

Quiero terminar esta sección destinada al debate acerca de la categoría del psicoanálisis en cuanto ciencia con unas palabras de Chalmers que figuran en las últimas páginas de su libro *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (1976), por cierto, uno de los más valorados en torno a esta cuestión:

A raíz de esto, creo que la cuestión que da título a este libro es engañosa y presuntuosa. Presupone que hay una sola categoría de «ciencia» e implica que diversas áreas del conocimiento [...] entran o no dentro de esta categoría. No sé cómo se puede establecer o defender una descripción tan general de la ciencia. Los filósofos no tienen recursos que les permitan fijar los criterios que deben ser satisfechos para que un área del conocimiento sea considerablemente aceptable o «científica». Toda área del conocimiento puede ser analizada por lo que es (p. 230; comillas del autor).

Creo que sobran los comentarios.

3.5.El diálogo entre el psicoanálisis y la neurociencia

A lo largo de los capítulos precedentes, he expuesto algunos aspectos de las aportaciones de la neurociencia que juzgo que están ejerciendo en estos momentos una fuerte influencia en el pensamiento psicoanalítico, especialmente por lo que se refiere a los conceptos más avanzados sobre la memoria. Sin embargo, quiero añadir ahora

algunas breves consideraciones sobre las actuales relaciones entre psicoanálisis y neurociencia.

Al iniciar esta sección debo, ante todo, advertir que mi experiencia psicoanalítica se refiere, exclusivamente, a la clínica y a la docencia y supervisión, sin que nunca haya participado en ninguna clase de experimentos ni comprobaciones neurofisiológicas. Por tanto, los comentarios que siguen a continuación son tan sólo un breve resumen de lo que conozco por las exposiciones de los autores que han estudiado este tema (Kandel, E., 1983, 1998, 1999; Levin, F., 1991; Kaplan-Solms, K. y Solms, M., 2000; Pally, R., 2000; Solms, M. y Turnbull, O., 2002; Lehtonen, J., 2005, etc.) y de las que me permito entresacar algunas ideas.

Hasta finales del siglo XX el psicoanálisis ha tenido escasos contactos con las ciencias. Sin embargo, desde 1990 aproximadamente, a través del Neuroscience Study Group del New York Psychoanalytic Institute, está teniendo lugar un diálogo entre psicoanalistas y neurocientíficos que, naturalmente, se ha extendido a otras áreas y naciones. Asimismo, desde el año 2000, y a impulsos de este grupo, se publica una revista con el título de *Neuro-Psychoanalysis*, nombre que ha sido adoptado para esta nueva disciplina, cuyo primer congreso internacional, sobre el tema de la *emoción*, tuvo lugar en Londres en el año 2000. Este congreso, que hasta el momento presente se ha celebrado anualmente, ha abordado temas como *memoria*, *sexualidad* y *género*, etc.

Aquello a lo que estos autores han dedicado preferentemente su atención ha sido la investigación —para la que emplean abundantemente las más avanzadas técnicas de imagen— de las bases neurofisiológicas de la experiencia subjetiva, concretándose en cuestiones como la conciencia, la memoria, las emociones y motivaciones, la especialización e interacción de la bilateralidad hemisférica, la manera como el cerebro es configurado por las influencias genéticas y ambientales, la construcción del cerebro a partir de la interacción entre lo somático y los estímulos relacionales, los sueños y las alucinaciones, la relación mente cerebro, etc.

Otro tema que suscita interés en estas investigaciones es el estudio de pacientes que sufren lesiones cerebrales. K. Kaplan-Solms y M. Solms dicen en su libro *Clinical Studies in Neuro-Psychoanalysis* (2000):

Lo que nosotros estamos recomendando [como método], por tanto, y lo que pensamos que proporcionará unos sólidos fundamentos para una duradera integración del psicoanálisis y la neurociencia es una investigación plenamente *psicoanalítica* de los pacientes con lesiones neurológicas focales. En otras palabras, nosotros creemos que es posible trazar el mapa de la organización de los procesos mentales humanos que el psicoanálisis ha puesto al descubierto, empleando una versión modificada del método de Luria del *análisis del síndrome*, a través del estudio de las profundas estructuras de los cambios mentales en pacientes neurológicos, tal como pueden ser discernidos dentro del *setting* psicoanalítico (p. 62; la traducción es mía; cursivas de los autores).

De acuerdo con los autores, el método de Luria,⁶¹ denominado también *localización dinámica*, consta de dos etapas: (1) *cualificación del síntoma* y (2) *análisis del síndrome*. El sentido del término «localización dinámica» se debe a que no es la función

en sí misma la que es localizada, sino más bien las partes componentes del aparato que la sostiene. Según los autores, partiendo de la observación de los cambios en los procesos mentales que surgen en las lesiones cerebrales focales:

las funciones psicológicas son entendidas en sus propios términos psicológicos, su esencialmente dinámica naturaleza es respetada y acomodada; no quedan *reducidas* a la anatomía y la fisiología aunque su representación neurológica es puesta al descubierto, y algo nuevo es aprendido acerca de su estructura interna (p. 43; la traducción es mía; cursivas de los autores).

De particular importancia en este diálogo entre la neurociencia y el psicoanálisis son los trabajos de Kandel.⁶² Kandel valora mucho las aportaciones del psicoanálisis, sin que por esto le ahorre críticas. En su trabajo de 1999 afirma que, a pesar de su pérdida actual de prestigio:

[...] el psicoanálisis todavía representa la más coherente e intelectualmente satisfactoria perspectiva de la mente. Si el psicoanálisis ha de recuperar su influencia y poder intelectual necesita algo más que responder a las críticas hostiles. Necesita ser abordado constructivamente por quienes procuran por él y por una sofisticada y realista teoría de las motivaciones humanas. Mi propósito en este artículo es sugerir una forma mediante la cual el psicoanálisis pueda vitalizarse y desarrollar una estrecha relación con la biología en particular y con las ciencias cognitivas en general (p. 2; la traducción es mía).

Según este autor, una aproximación entre el psicoanálisis y la neurociencia propiciaría la consecución de dos objetivos para el primero, uno conceptual y el otro experimental. Desde el punto de vista conceptual, la neurociencia cognitiva ofrecería, para el psicoanálisis, un fundamento más satisfactorio que la metapsicología. Por lo que se refiere al punto de vista experimental, cree Kandel que los *insights* pueden servir como un estímulo para la investigación, sometiendo a prueba ideas específicas acerca de la manera como trabaja la mente.

Kandel juzga de gran importancia para el psicoanálisis el fenómeno de la memoria de procedimiento, en la cual, afirma, tenemos un ejemplo biológico de uno de los componentes de la vida mental. Se pregunta cómo se relaciona la memoria de procedimiento, que es inconsciente pero no reprimida, con el inconsciente freudiano. Concluye que la memoria de procedimiento no pertenece al inconsciente dinámico reprimido, ni al inconsciente preconscious, sino a la parte inconsciente no reprimida y no ocupada por pulsiones reprimidas y conflictos.

Lehtonen (2005), de la Universidad de Kuopio (Finlandia), ha expuesto, recientemente los resultados de diversas investigaciones en las que, entre otras cuestiones, se examinan, con técnicas de imagen, el curso y los resultados de tratamientos llevados a cabo con psicoterapia psicoanalítica. En síntesis, en los tratamientos terapéuticamente exitosos se observa una modificación de los niveles de serotonina, lo cual permite, hasta cierto punto, predecir el resultado.

Por lo que respecta a mi opinión, me parece evidente que esta colaboración entre psicoanalistas y neurofisiólogos abre un campo interesantísimo de investigación y pone

de relieve la necesidad de la vinculación interdisciplinaria de la que el psicoanálisis ha estado demasiado apartado. Como ya expreso repetidamente en diversos pasajes de este libro, pienso que el descubrimiento de la memoria de procedimiento es un hecho trascendental no sólo desde la perspectiva de la investigación, como he señalado en el capítulo 4, sino también para la práctica psicoanalítica. Con todo, para situar las cosas en su justo lugar y no caer en conclusiones y generalizaciones precipitadas o ingenuas desde el punto de vista científico, cosa a la que somos muy propensos los psicoanalistas, creo que debemos tener en cuenta los siguientes puntos.

a) Los psicoanalistas hemos sabido siempre que existe una experiencia subjetiva constituida por emociones, fantasías, pulsiones, sueños, etc., y que estos fenómenos tienen su base en el cerebro, como ya adelantó Freud en su «Proyecto de Psicología» (1895). Los neurofisiólogos nos han mostrado que esta base neurológica puede visualizarse con las técnicas de imagen.

b) Debemos huir del clásico reduccionismo al que tienden algunos, no todos, neurofisiólogos y también algunos psicoanalistas. En ningún trozo de tejido cerebral ni en ningún circuito neuronal hallaremos un pensamiento, una emoción o una fantasía.

c) La excitación de los circuitos neuronales es indispensable para la producción de las *representaciones* mentales, pero no *son* las representaciones mentales. La experiencia subjetiva es *emergente*, es decir, surge de la interacción entre el cerebro y los estímulos que provienen de dentro y de fuera del organismo, pero esto es así, bien entendido que el mismo cerebro ha sido construido por esta interacción desde el primer momento de la vida del feto. Podemos ilustrar esto que acabo de decir pensando en lo que es necesario, por ejemplo, para poder escuchar una interpretación de la «Sonata al Claro de Luna» de Beethoven. El piano es totalmente indispensable para ello. La música que escuchamos es el resultado de la vibración de las cuerdas del piano. Cualquier leve defecto de construcción, o alteración de las cuerdas o de la caja de resonancia, modificaría la audición de la pieza, o ésta cesaría por completo, de la misma manera que una alteración del cerebro repercute en la vida psíquica de un ser humano. Pero en el piano existe, únicamente, la potencialidad para que suene la música, no la misma música. Es totalmente imprescindible la interacción del piano con el pianista que percute el teclado para que emerja la música.⁶³ La audición de la «Sonata al Claro de Luna» es *emergente*, al igual que los procesos psíquicos *emergen* de la interacción entre el cerebro y los estímulos, internos y externos, que inciden sobre este órgano, pero que no están en el cerebro.

d) A lo que parece, la colaboración entre psicoanalistas y neurofisiólogos, por el momento, se dirige a objetivar la metapsicología freudiana más tradicional. Todo el resto de las teorías psicoanalíticas queda, de momento, al margen.

e) Estas investigaciones psicoanálisis-neurofisiología dejan, de momento, intactas las críticas de Grünbaum acerca de que las hipótesis psicoanalíticas no se ven confirmadas por el hecho de que el paciente haya mejorado clínicamente e, incluso, que se hayan modificado los niveles de serotonina, pongamos por caso. No sabemos qué es lo que ha producido esta mejoría, como antes he señalado. Además, similares estudios han sido

llevados a cabo en tratamientos de psicoterapia cognitiva.

f) Debe verificarse que las modificaciones, comprobadas a través de las técnicas de imagen o en los niveles de serotonina durante o después de los tratamientos de psicoterapia psicoanalítica o psicoanálisis, son específicas y no similares a las obtenidas con otras formas de psicoterapia o en el curso de relaciones humanas emocionalmente significativas. Hasta el momento esto no se ha conseguido.

3.6. Conclusión

Creo que la conclusión a la que podemos llegar es la de que el psicoanálisis es una ciencia, dado que se apoya en la observación de material empírico a partir del cual se formulan hipótesis, conjeturas y teorías. Los analistas acumulan sus experiencias para rechazar o no sus conjeturas y para refinar y modificar sus teorías. En esto no se diferencia de cualquier otra ciencia. Sin embargo, también creo que el psicoanálisis se halla lejos de poder cumplir todos los requisitos que se le exigen a una ciencia empírico-natural. A la falta de repetibilidad e intersubjetividad se une la dificultad de verificar sus hipótesis dentro de su propia metodología, según ha señalado, pienso que acertadamente, Grünbaum.

Lo que sí creo es que el psicoanálisis no puede dejar de ser una ciencia humana, puesto que se ocupa de los seres humanos y de las relaciones de los seres humanos entre sí; ciencia que en algunos aspectos, aunque no en todos, es susceptible de cumplir con las exigencias de la metodología científica. Después de todo lo que he expuesto me permito, en este punto, repetir mi propia posición respecto a esta cuestión. *El psicoanálisis es una ciencia singularmente hermenéutica que, a la vez, interpreta en términos de comprensión, como lo hacen todas las ciencias humanas, y explica en términos de causalidad, como es propio de las ciencias empírico-naturales.* Sentado esto, creo que debemos preguntarnos acerca de por qué este empeño arrebatado en insistir en que el psicoanálisis ha de ser una ciencia empírico-natural o ha de dejar de existir; empeño que lleva a declaraciones enfáticas del tipo: «el psicoanálisis será una ciencia natural o no será», etc. ¿Alguien ha demostrado que las ciencias humanas son de rango inferior a las ciencias naturales? No, en mi opinión. El psicoanálisis no tiene por qué avergonzarse de no ser estrictamente una ciencia empírico-natural, ni ha de dejar de existir por esto. El psicoanálisis es una ciencia de los hombres y de las mujeres, de sus sentimientos, fantasías y deseos, de su intersubjetividad y de sus interacciones mutuas, de su felicidad y de sus sufrimientos y extiende una mano a las ciencias naturales, las ciencias de la Ilustración, las ciencias de la experimentación, de las conjeturas y las refutaciones, las ciencias de Galileo, Copérnico, Newton, Pasteur, Darwin, Einstein, Bohr... y otra a las ciencias humanas, las ciencias del espíritu, las ciencias de los grandes pensadores, de Aristóteles, Platón, Locke, Hume, Descartes, Kant, Spinoza, Hegel, Heidegger, Gadamer, Habermas... Tal vez esto sea una tarea excesiva y demasiado pesada para los hombros de los psicoanalistas..., simples seres humanos.

33 Aunque en sus orígenes el término hermenéutica designaba la interpretación de los escritos bíblicos, en el momento presente ésta se considera una de las muchas aplicaciones de la hermenéutica, sin que el sentido general del término deba, forzosamente, referirse a una determinada orientación filosófica, ni aún menos a cuestiones sagradas o teológicas.

34 Aquí utilizo el término interpretación no para referirme a la que se formula al analizado, sino a la explicación que previamente el analista se da a sí mismo para comprender el fenómeno que observa y en el que participa.

35 Los filósofos alemanes emplean tradicionalmente la expresión «ciencias del espíritu» donde en castellano decimos «ciencias humanas» o de la «psique». Sin embargo, parece que no existe un claro acuerdo entre los traductores, porque, curiosamente, el título del último libro de Hannah Arendt, alemana y discípula también de Heidegger, ha sido traducido al castellano como *La vida del espíritu*, mientras que el título del libro, publicado originalmente en inglés cuando Arendt llevaba ya muchos años residiendo en EE.UU., es *The life of the mind*.

36 En la lógica tradicional la proposición es el contenido lógico del juicio, el acto del espíritu mediante el cual se afirma o niega algo (predicado) de algo (sujeto). Para la retórica la proposición es la parte del discurso mediante la cual se intenta persuadir o convencer de algo a los oyentes.

37 Aristóteles llamaba *phrónesis* a esta sabiduría que permite al individuo saber lo que, moralmente, debe hacer en cada caso, de acuerdo con su personaje social y la situación en la que se halla. Algunos autores lo traducen como sabiduría de la razón práctica y prudencia en el juicio. La *phrónesis* está compuesta por tres virtudes: el coraje, la justicia y la honestidad.

38 Gadamer habla, provocativamente, de prejuicios. Pero este término no debe entenderse en el sentido de menosprecio, irracionalidad, falta de reflexión, rigidez mental, etc., que generalmente se le otorga, sino en el sentido que corresponde propiamente al espíritu de la hermenéutica y del giro lingüístico, según el cual sin estos presupuestos o juicios previos no hay posibilidad de interpretación. En una acepción más radical del giro lingüístico, los juicios y el lenguaje están antes que las cosas, son su posibilidad, lo cual, a su vez, se vincula con el constructivismo del que hablaré más adelante.

39 Las reflexiones en torno al giro lingüístico que desarrollo en este capítulo están estrechamente entrelazadas con los conceptos acerca de la percepción de la llamada «realidad» expuestos en el capítulo 1.

40 Se entiende por *apóphansis* la teoría lógica de los enunciados apofánticos, y enunciados apofánticos son aquellos que tienen sentido, que pueden ser verdaderos o falsos.

41 Los animales viven en el mundo de la naturaleza, pero los humanos vivimos en un mundo cultural, un mundo construido por nosotros mismos, y a cada mundo cultural corresponden unos valores y significados propios.

42 Entre las diversas definiciones que se han dado acerca del significado del término *logos* la que me parece más rica y sugerente es la concepción de Gadamer del *logos* como racionalidad compartida en el seno de una comunidad cultural y lingüística, con unas tradiciones comunes y una forma propia de apertura al mundo de la vida.

43 Una breve consideración etimológica nos ayudará a aclarar la idea expuesta. El verbo *lego* (cuyo infinitivo es *legein*, porque los verbos griegos se nombran por la primera persona del presente de indicativo) tiene dos significados: «reunir» o «recoger», y «decir». Por tanto, puede considerarse la posibilidad de que la palabra, o sea el decir, es aquello que recoge y reúne lo que está disperso y desunido. De ser cierta esta presunción basada en la etimología, confirmaría la idea de que la palabra está antes que la cosa y la crea, recogiendo fragmentos sensoriales, pensamientos, etc., que, al juntarse, dan lugar a ella. Tal vez apoya esta hipótesis la existencia del verbo latino *legere*, que posee, asimismo, dos significados, «reunir» y «leer», en el sentido de recoger con los ojos las letras. El vocablo castellano «legión», que procede de este verbo latino, es una reunión, una recluta o leva de hombres, en términos militares. Un general reúne o recluta hombres para formar una cosa, una legión.

44 El término latino *obiectum* es el participio pasado pasivo del verbo *obicere*, que significa poner delante, exponer, ofrecer. Por tanto, *obiectum* viene a significar lo que nos es ofrecido, lo que alguien ha lanzado ante nosotros. Sin embargo, debe advertirse que la traducción de *obiectum* por «objeto» en el sentido de cosa es errónea. El término latino correspondiente a objeto o cosa es *res*.

45 Aun cuando en la mayoría de las sociedades psicoanalíticas, según creo, a aquellas personas que están recibiendo formación psicoanalítica se las denomina «candidatos», yo encuentro más idóneo llamarlos estudiantes o psicoanalistas en formación.

46 Resulta curioso que, mientras estos autores que se atrevieron a criticar la metapsicología freudiana lo hicieron después de intentar inútilmente su comprobación empírica, muchos de los analistas que continuaban defendiendo tenazmente el modelo pulsional y la concepción del psicoanálisis como ciencia empírico-natural lo hacen desde una postura únicamente «de principios», sin haber llevado nunca a cabo investigaciones según la metodología

científica que ellos preconizan.

[47](#) Por esta razón he dicho más arriba que la perspectiva hermenéutica se apoya, en gran parte, en el giro lingüístico.

[48](#) En esta crítica se confunde, como es habitual, relativismo con nihilismo.

[49](#) Con relación a este tema debe tenerse en cuenta, asimismo, el apartado «Lenguaje verbal y comunicación» del capítulo 2, en el que me refiero a que sin un lenguaje interno no es posible la comunicación entre dos organismos.

[50](#) Hoy en día se discute acerca de si es válido seguir utilizando algo tan incorpóreo y de difícil delimitación como es el concepto de mente. Sin embargo, creo que es innegable la existencia de funciones psíquicas, a cuyo conjunto organizado podemos llamar mente, con todas las reservas que se quiera. Por ello, esta negativa a aceptar el concepto de mente me parece fuertemente basado en una ideología conductista, puesto que constantemente empleamos conceptos abstractos tales como electricidad, gravedad, principio de incertidumbre, etc., sin que nadie proteste por ello.

[51](#) En el capítulo 1 me he referido a las revolucionarias concepciones de la física cuántica en lo que se refiere a nuestra visión de la «realidad».

[52](#) Podemos ver que, a pesar de la prudencia de su juicio, R. Steiner, como muchos otros, confunde la actitud y espíritu dialogantes propios de la perspectiva hermenéutica con un método o técnica particular.

[53](#) Creo que con lo que he expuesto en el capítulo 1 ya ha quedado suficientemente desacreditada la idea de que podemos observar la realidad tal como es, y no es necesario insistir más sobre ello en este momento.

[54](#) Una exposición amplia y comentada de estas críticas puede encontrarse en el libro de J. Poch, *Psicología dinámica* y en el prólogo del mismo a mi cargo (1989).

[55](#) Un frecuente y lamentable error de los psicoanalistas ha sido, durante muchos años, el no atender a las críticas que se les hacían desde fuera con el argumento de que quienes las hacían no habían pasado por un psicoanálisis personal y que, por tanto, siempre podía pensarse que o actuaban movidos por sus resistencias y ansiedades o ignoraban de qué estaban hablando. Este argumento no es, en absoluto, válido y no se aplica en ningún campo del conocimiento humano. Por ejemplo, a nadie se le exige que haya participado en alguna guerra para estar en contra de la guerra, ni que haya sido un boxeador profesional para opinar que debería suprimirse este mal llamado deporte. Otra cosa es exigir que quienes critican el psicoanálisis estén suficientemente informados de la teoría y la metodología psicoanalíticas antes de formular sus críticas, cosa que no ocurre casi nunca.

[56](#) Tal vez ayude a aclarar esta afirmación el recordar la relación de Popper con los aviadores británicos de las RAF durante la Segunda Guerra Mundial. En los aciagos días en que Londres estaba siendo bombardeada por la aviación alemana, los aviadores británicos, que se elevaban cada noche a los cielos de Londres para defender a la ciudad de los ataques, y de quienes Churchill dijo que nunca tan pocos habían hecho tanto para tantos, creían que el hecho de haber entrado tantas veces en combate hacía que, en cada nueva ocasión, las posibilidades de caer abatidos por los bombarderos y cazas enemigos fuesen en aumento. Popper logró incrementar su confianza, que no su valor porque éste no precisaba de ningún incremento, demostrándoles, con rigurosos argumentos, que sus posibilidades de retornar con éxito de cada misión eran siempre las mismas porque, contrariamente al sentir popular, el pasado no obliga al futuro.

[57](#) Otra cosa es que la «evidencia clínica» que Freud creyó observar fuera tal y como él la juzgó.

[58](#) Grünbaum incluso asistió y participó en el XXXIX Congreso de la A.P.I., celebrado en 1995 en San Francisco.

[59](#) A mí me causa asombro esta demanda de justificación. ¿No habíamos quedado en que las teorías científicas se refutan o no se refutan, pero nunca se justifican?

[60](#) La cuestión de las interpretaciones como agente terapéutico se halla extensamente expuesta en mi libro *La interpretación en psicoanálisis* (1995).

[61](#) Según describen Solms y Turnbull (2002), Aleksandr Romanovich Luria fundó en 1922 la Sociedad Psicoanalítica de Kazan, para la cual solicitó el reconocimiento formal de Freud, y perteneció a la Sociedad Psicoanalítica Rusa. Durante más de una década publicó numerosos trabajos psicoanalíticos. Finalmente, de acuerdo con la línea oficial de la Unión Soviética, reconoció que el psicoanálisis era un error y una ciencia burguesa que biologizaba la compleja realidad social e históricamente determinada del ser humano.

[62](#) Eric Kandel ha sido Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 2000. Es uno de los más reputados neurofisiólogos del momento actual.

[63](#) En realidad, lo que emerge de la interacción entre el piano y el pianista son únicamente vibraciones aéreas, a las que llamamos ondas acústicas. Para que emerja la música es necesaria la interacción con un tercer elemento, el aparato auditivo de los seres humanos. Si el pianista fuera totalmente sordo y no hubiera ningún ser humano que captara estas ondas, no habría ninguna clase de música.

4.1. Introducción

En los capítulos precedentes ya ha quedado suficientemente claro la importancia trascendental que siempre ha tenido el concepto de transferencia en la teoría y la técnica psicoanalítica desde que Freud describió este fenómeno en su trabajo *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905). Se puede decir, muy fundadamente, que hasta las últimas décadas del pasado siglo el psicoanálisis era, exclusivamente, el análisis de la transferencia, entendida ésta en su sentido clásico de un fenómeno que surge de la mente del paciente y que el analista se limita a observar e interpretar, quedando las interpretaciones extratransferenciales, para la mayoría de los autores, reducidas a un papel muy secundario y de escaso o nulo valor. Las cosas comenzaron a cambiar con la progresiva extensión de la psicología del *self* y la aparición de nuevas corrientes del pensamiento psicoanalítico como son el psicoanálisis relacional, la psicología de dos personas, el intersubjetivismo, la teoría interaccional del psicoanálisis, etc.

Freud definió la transferencia como una clase especial de estructuras mentales. Son, dice (1905),

reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo género es la substitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico (p. 101).

Posteriormente, Melanie Klein (1952), desarrolló en profundidad estas ideas de Freud. Según ella, aquello que se transfiere al analista son las mismas pulsiones y sentimientos que el paciente había dirigido a sus objetos en la primera infancia. La presión ejercida por la ansiedad debida a las situaciones conflictivas de aquel período es lo que da lugar a que estos elementos se repitan compulsivamente, una y otra vez, en la relación con el terapeuta. Más adelante, Anna Freud (1965) señaló que la transferencia es la externalización de un diálogo interno entre el yo y los objetos. Según esta perspectiva la transferencia es la externalización del mundo interno infantil en la relación con el analista. En este diálogo queda incluido el analista, ya que el paciente le proyecta partes de su propio *self*, pensamientos, ideas, fantasías, etc. (Strachey, J., 1934; Rosenfeld, H.A.,

1972).

Podemos decir que, desde los comienzos del psicoanálisis, la mayor parte de los trabajos se refieren, de cerca o de lejos, a la transferencia. Los autores kleinianos y postkleinianos son, sin lugar a dudas, quienes más han destacado en este aspecto, y quienes más han profundizado en los diversos matices y sutilezas de este fenómeno. Sin embargo, para la mayor parte de los autores la idea fundacional ha permanecido inamovible. Es decir, la transferencia considerada como la proyección del mundo objetal propio de la infancia en el analista, con quien se repiten las mismas vicisitudes pulsionales y emocionales que se vivieron con los primeros objetos que fueron internalizados, siendo el conflicto edípico —o del Edipo precoz para los kleinianos— el motor fundamental de esta repetición.

Sin embargo, a lo largo del tiempo y de manera muy lenta, varios autores, se han ido planteando una revisión de este concepto tan limitado de transferencia, dominante en la comunidad psicoanalítica. Creo que no son pocos los factores que hacen necesaria esta revisión. Uno ellos es la propia experiencia de la clínica psicoanalítica que, a mi parecer, muestra que el paciente «transfiere» muchas más cosas que el conflicto edípico con los objetos arcaicos internalizados. Por otro lado, son muchos los autores influyentes, como Kohut, Winnicott, Balint, Stolorow, Mitchell, Orange, Stern, etc., que no conceden al complejo de Edipo esta característica de eje fundamental y prácticamente exclusivo del desarrollo mental y de su patología expresada en la transferencia. Otros elementos conducentes a este replanteamiento son los nuevos avances de las neurociencias y de la psicología cognitiva. Hoy en día, por ejemplo, ya no puede sostenerse la afirmación de que la amnesia del período infantil es causada por la represión del conflicto edípico o preedípico. Ahora sabemos que la amnesia infantil es debida a que en los primeros años de la vida el cerebro no ha alcanzado el grado de maduración necesario para el almacenamiento de las vivencias. Dice Kandel respecto a esta cuestión (1999):

Debe ser tenido en cuenta que durante los 2 ó 3 primeros años de vida, cuando la interacción de los niños con la madre es particularmente importante, éstos dependen de sus sistemas de la memoria de procedimiento. Tanto en los humanos como en los animales, la memoria declarativa se desarrolla más tardíamente. De aquí la amnesia infantil, la cual da lugar a que pocas memorias de la temprana infancia sean accesibles al recuerdo, no sólo en los humanos sino también en los animales, incluyendo los roedores. Probablemente esta amnesia no ocurre a causa de la poderosa represión de la memoria durante la resolución del complejo edípico, sino a causa del lento desarrollo del sistema de la memoria declarativa (p. 16; la traducción es mía).

A mi parecer, estos descubrimientos de la neurociencia acerca de los complejos sistemas de la memoria vienen a dar la razón a quienes desde hace años han estado manteniendo un concepto más amplio y flexible del fenómeno transferencial, y también a quienes no conceden al complejo edípico un papel estelar en el desarrollo de la mente humana y su patología. Por tanto, ahora conocemos que existen varios sistemas de memoria, no uno solo, la memoria declarativa, sobre el que se basó todo el edificio psicoanalítico, y que no existe un solo inconsciente, el inconsciente dinámico descrito por Freud, sino también el inconsciente de procedimiento no sujeto a represión ni, por tanto,

con posibilidades de alcanzar la conciencia por levantamiento de la misma.

Por otra parte, en el capítulo 2 me he referido a la moderna concepción de la filosofía del lenguaje y la psicolingüística acerca de los actos de habla como unidad elemental del lenguaje, lo cual también nos ofrece una perspectiva del diálogo analítico muy distinta a la que ha venido predominando hasta el momento.

Cuando más arriba he dicho que el concepto de transferencia, no propiamente tal como nos fue legado por Freud sino tal como fue entendido y estructurado por sus inmediatos seguidores, ha sido raramente discutido y que se han planteado pocas dudas respecto al mismo dentro de lo que Rangell ha llamado «la corriente principal del psicoanálisis» o «psicoanálisis clásico», no he dicho toda la verdad. Ha habido un punto en relación al cual desde antiguo se ha debatido sobre la transferencia, comenzando por el propio Freud. Este punto es el que se refiere a la colaboración por parte del paciente, imprescindible para llevar a cabo el proceso psicoanalítico y para el éxito del mismo. Las discusiones se han centrado en la comprensión de qué es lo que mueve al paciente a colaborar con el analista. A esta relación de colaboración se le ha dado, como veremos, el nombre de Alianza Terapéutica, y en torno a conocer qué es lo que mueve tal alianza han surgido diferencias de opinión en cuanto a la naturaleza total o parcial de la relación transferencial. Por este motivo, me ha parecido que sería provechoso tomar el tema de la Alianza Terapéutica como punto de partida para mi intento de una revisión del concepto de transferencia.

4.2.La cuestión de la Alianza Terapéutica (A.T.)

4.2.1.Colaboración externa y colaboración intrapsíquica por parte del paciente

Esta separación entre colaboración externa y colaboración intrapsíquica que se anuncia en el título de esta sección es equívoca, porque ningún paciente colabora externamente si no hay un mínimo de colaboración intrapsíquica. Pero nos es útil desde el punto de vista descriptivo, porque de lo que se trata siempre en la cuestión de la A.T. es de la colaboración desde el mundo interno del paciente.

Es evidente que los analizados colaboran externamente: acuden a las sesiones, a veces con grandes esfuerzos para arreglar sus horarios, pagan los honorarios en la práctica privada, frecuentemente a costa de grandes sacrificios económicos, aceptan, con más o menos dificultades, las condiciones del *setting*, etc. Pero también colaboran intrapsíquicamente, intentan comunicar sus ansiedades, conflictos, emociones, etc. Y tratan de desarrollar la relación que les ofrecemos, entender nuestras intervenciones, elaborarlas —y, de nuevo, elaborar el *insight* obtenido con ellas—. Yo estoy seguro de que todos los analistas y psicoterapeutas tienen suficiente experiencia en cuanto a esta colaboración, tanto en la dimensión externa como en la intrapsíquica, para que no haya que insistir sobre ella, ya que si faltase sería imposible nuestro trabajo. Y es esta colaboración intrapsíquica la que, desde el tiempo de Freud, ha intrigado a los analistas,

quienes han intentado explicársela. De aquí nació el concepto de A.T.

4.2.2.Delimitación del concepto de A.T.

Digamos ya, para centrar el concepto, que habitualmente se entiende por A.T. la colaboración, totalmente necesaria, para el desarrollo del proceso psicoanalítico que se establece entre paciente y analista. Dado que el interés, la motivación y la capacidad para esta colaboración se da por descontada en el analista, los estudios se han centrado siempre en averiguar cuál es la naturaleza de esta alianza por parte del paciente y de dónde surge la fuerza que le empuja hacia ella.

El tema de la A.T. estuvo muy en boga durante la década de los sesenta y setenta, y después su presencia fue disminuyendo en la literatura psicoanalítica. En realidad, ha sido siempre un concepto adscrito a la corriente psicoanalítica de la psicología del yo, mientras que en las zonas de influencia de otras orientaciones del pensamiento psicoanalítico se le ha prestado poca atención, es más, se la ha considerado una idea que era preciso rechazar. Esta última posición ha sido especialmente enérgica dentro de la escuela kleiniana, más dedicada a destacar la presencia de las pulsiones agresivas de los pacientes, dirigidas contra el análisis y el analista, que a prestar atención a sus esfuerzos por cooperar.

De hecho, a pesar de que el término A.T. no suele aparecer mucho en la literatura psicoanalítica actual, lo cierto es que, en los últimos años, en diversas corrientes del pensamiento psicoanalítico se dirige cada vez más la atención a la contribución del paciente al proceso psicoanalítico. A mi juicio son dos las razones que han despertado este interés renovado. Una es la insatisfacción, que se inició ya con el último Freud (1937), por los resultados más bien modestos obtenidos hasta ahora con los tratamientos psicoanalíticos, muy lejanos de los brillantes objetivos como «cura», «cambio estructural», etc., con los que en otros tiempos se había soñado (Sandler, J. y Dreher, U., 1996). La llamada crisis del psicoanálisis, de la que ya he hablado en el capítulo precedente, tiene muchas y muy complejas causas, pero es evidente que la sociedad dentro de la cual nos movemos los analistas siente y piensa, con o sin fundamento, que otras terapias ofrecen resultados mucho más brillantes con menos esfuerzo y coste económico. La otra razón, pienso, se debe a que los conocimientos que la neurociencia, la psicología cognitiva y, sobre todo, el estudio del desarrollo infantil y de la relación bebé-padres, nos han aportado, nos han conducido a poner en duda seriamente gran parte de los conceptos e hipótesis sobre los que se fundamentan la teoría y la técnica psicoanalíticas. Esto ha llevado a la necesidad de atender a muchas complejidades y matices que forman parte del proceso psicoanalítico y que, hasta hace algunas décadas, habían quedado relegados a un plano muy secundario bajo la primacía del esquema: *comunicación del paciente – interpretación, por parte de un analista no participante, del conflicto intrapsíquico – insight del paciente – resolución del conflicto intrapsíquico*. Entre estos conocimientos, puede ser el descubrimiento de la existencia de diversos sistemas de memoria el que más fuertemente ha golpeado nuestras ideas, dado

que el pensamiento psicoanalítico tradicional se ha fundamentado en la creencia de la existencia de una sola memoria, la que hoy en día llamamos memoria declarativa o explícita.

He de advertir que, debido a la extensión de la literatura que existe sobre el tema de la A.T., no haré ninguna revisión de la misma, sino que me circunscribiré a aquellos autores que considero necesarios e imprescindibles para exponer mis propias ideas.

4.2.3. Breve historia del concepto de A.T.

El mismo Freud fue el que inició este concepto en 1912 (*Sobre la dinámica de la Transferencia*) cuando planteó la paradoja de cómo era posible que la transferencia, una resistencia que consiste en repetir, en lugar de recordar, y en exigir del analista la satisfacción de las pulsiones libidinales en lugar de renunciar a ellas, sea, al mismo tiempo, el aliado más útil e indispensable para la curación de la neurosis. Él resolvió esta paradoja, a la vez teórica y técnica, descomponiendo la transferencia en una parte no cooperadora y fuente de la resistencia a los esfuerzos del analista, formada por elementos negativos y sentimientos eróticos inconscientes, y en una parte cooperadora, que consiste en los elementos tiernos y positivos no «objetable», dirigidos hacia el analista, parte a la que consideró esencial para el éxito del tratamiento. Pero es evidente que esta solución, que a mi juicio revela ya una insatisfacción con el concepto mismo de transferencia, comporta innumerables interrogantes y dificultades con las que Freud luchó toda su vida, y que no intentaré reproducir aquí. Pero, para mí, tal vez la más importante complicación se nos presenta cuando el mismo Freud reconoce que (1912 a):

Todos nuestros vínculos de sentimientos, simpatía, amistad, confianza y similares, a los cuales damos valor en la vida, se enlazan genéticamente con la sexualidad y se han desarrollado por debilitación de la sexualidad a partir de unas apetencias puramente sexuales... (p. 103).

Es decir, que esta descomposición de la transferencia no es tan clara, ya que ambas partes son expresión directa de las pulsiones libidinales. Además, a la paradoja teórica se le adjunta la paradoja técnica de que el analista debe utilizar la transferencia para disolver la transferencia, o sea que tiene que conseguir que la transferencia se alíe con él en contra de sí misma. Más tarde, en *Análisis terminable e interminable* (1937), Freud añadió que la situación analítica consiste en aliarnos con el yo de nuestro paciente, considerando que este yo es capaz de involucrarse en la tarea analítica, a pesar de las presiones de la transferencia y las resistencias. Finalmente, en 1940, en *Esquema del psicoanálisis*, Freud habló de la alianza al comparar la lucha entre las partes colaboradoras y las partes resistentes del yo como una guerra civil. Dice:

Sobre estas intelecciones fundamentamos nuestro plan terapéutico. El yo está debilitado por el conflicto interno, y nosotros tenemos que poder acudir en su ayuda. Es como una guerra civil destinada a ser resuelta mediante el auxilio de un aliado externo. El médico analista y el yo debilitado del enfermo, apuntalados en el mundo exterior objetivo (*real*), han de formar un bando contra los enemigos, las exigencias pulsionales del ello

y las exigencias de la conciencia moral del superyó. Celebramos un pacto. (*Vertrag*, «contrato»). El yo enfermo nos promete la más cabal sinceridad [...] y nosotros ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por el inconsciente (pp. 173-174; cursivas del autor).

Quisiera ya decir, desde el principio, que como veremos más adelante yo me siento muy poco a favor de esta concepción de la alianza como un pacto entre el analista y una parte del analizado contra otra parte de éste, siendo ello uno de los motivos por los que prefiero el término colaboración, con menos resonancias bélicas que el de alianza. Pero ahora dejo aquí las disquisiciones de Freud sobre todo esto, esperando que esta pequeña muestra sirva como ilustración en torno a la complejidad de este asunto desde los inicios del psicoanálisis.

Según parece, fue Sterba (1934) quien dio un impulso decisivo a la idea de la A.T. En el congreso de 1932 en Wiesbaden, este autor planteó la posibilidad de que los pacientes en el análisis pueden presentar una escisión del Yo, de tal manera que una parte del Yo se encuentra inmersa en la neurosis de transferencia, mientras que otra desarrolla una función de observación, escucha al analista, comprende las interpretaciones y las elabora. Esto lo podemos ver siempre que, por ejemplo, el paciente está experimentando una intensa emoción, el analista interpreta el porqué y el significado de la misma y el paciente manifiesta, de alguna manera, su comprensión de las palabras que ha escuchado.

Sterba no dio a esta escisión del yo un sentido de defensa patológica, sino que la consideró una manifestación de las funciones autónomas, neutralizadas y sublimadas del Yo. Esta manera de ver el asunto estableció, por primera vez, la idea de una oposición entre la transferencia, por un lado, y las funciones autónomas del yo, por otro. Para Sterba, la disociación del yo es totalmente imprescindible ya que el analista tiene que conseguir que una parte del yo se identifique con él, para oponerse a sus energías pulsionales que buscan gratificación.

Más tarde, E. Zetzel (1956, 1965) fue la primera que usó el término A.T. Esta autora consideró que, durante el curso del análisis, tiene lugar una alianza entre el analista y las funciones adaptativas del Yo, diferenciando la A.T. de la neurosis transferencial, que para ella era la parte patológica de la transferencia. Parece que no distinguió, en cambio, entre la A.T. y la transferencia positiva no objetable, ya que juzgó que la primera estaba fundamentada en las relaciones positivas preedípicas que forman parte de la transferencia.

R. Greenson (1965, 1972) y Greenson y Wexler (1969) hablaron de la A.T. en tanto que relación racional y no neurótica que el paciente establece con su analista. Para ellos, esta alianza se debe fundamentalmente, a las motivaciones del paciente para vencer su enfermedad y a sus deseos conscientes y racionales de cooperar con el analista y seguir sus instrucciones. Queda claro, entonces, que, con estas ideas, Greenson establece una distinción entre la transferencia, por un lado, y lo que los analistas de la psicología del yo denominan «la relación real entre paciente y analista», por otro lado, y que él cree que la A.T. pertenece a esta última relación.

A partir de estos dos influyentes teóricos del psicoanálisis, Zetzel y Greenson, quedó

inaugurada una controversia con dos opiniones diferentes en torno al fundamento sobre el que descansa la A.T.; los que piensan que ésta es una relación real con el analista, que no tiene nada que ver con la transferencia, y los que juzgan que toda la colaboración del paciente con el analista forma parte de la transferencia y que, por tanto, lo que hace falta es ocuparse de ésta y que no es menester considerar la A.T. como una entidad en sí misma. La primera opinión es la propia de la psicología del Yo, con algunas excepciones, y la segunda del pensamiento kleiniano.

Más adelante, el psicoanalista norteamericano W.W. Meissner publicó en 1996 un voluminoso libro titulado *The Therapeutic Alliance*. En él dice:

Yo propongo que la alianza terapéutica realiza una contribución diferenciada del proceso analítico, que es una dimensión esencial de la relación terapéutica y que proporciona la matriz dentro de la que los efectos terapéuticos se han forjado (p. vii; la traducción es mía).

Este autor, que otorga gran importancia, como acabamos de ver a la A.T., cree que se ha producido una gran confusión en la conceptualización de la A.T., a causa de que no se ha establecido una suficiente distinción entre alianza y transferencia, por una parte, y alianza y relación real, por otra. Partiendo de la base, propia de la psicología del Yo, de que existe una relación real, no transferencial, entre paciente y analista, él considera que se han de diferenciar tres elementos en la relación entre paciente y analista: la relación real, la relación transferencial y la A.T.

Resumiendo, podemos decir que la situación actual es que unos autores consideran que la A.T. forma parte de la transferencia, otros que la A.T. forma parte de la relación real paciente-analista, otros que la A.T. no es la relación real ni la transferencia, sino que es una relación específica, y otros, finalmente, que éste no es un concepto válido para el psicoanálisis.

Diferentes autores que se han ocupado de este tema (Nunberg, H., 1955; Greenson y Wexler, 1969; Gutheil, T. y Havens, L., 1979; Adler, G., 1980; Meissner, W.W., 1996; Ponsi, M., 2000) distinguen diversas clases de A.T. Creo interesante resumir brevemente lo que, con más o menos discrepancias, piensan sobre ellas.

Alianza Racional: es aquella que se establece entre la parte —o mejor tendríamos que decir la función— del yo del paciente orientada a la realidad y al analista «real», es decir, el analista como colaborador real, a pesar de las supuestas desfiguraciones transferenciales.

Alianza Irracional: es aquella que se basa en la transferencia, como producto patológico inconsciente que ocasiona distorsiones. Es una forma de A.T. que se fundamenta en la misma patología del paciente (Nunberg, H., 1955). Todo ser humano que sufre busca una ayuda y, de la misma manera que un niño sobrevalora el poder de aquel que cree que le podrá ayudar, el paciente tiende a dotar al analista de cualidades mágicas. Tal y como hemos visto que dice Sterba, se produce una escisión del yo, pero en el caso de la A.T. irracional la que domina la situación es la parte irracional del Yo. En verdad, según este concepto de la A.T. irracional, lo que busca el yo irracional no es la adaptación a la

realidad sino reestablecer, con la ayuda del analista, todo el poder del yo ideal narcisista (Gutheil, T. y Havens, L., 1979). Por tanto, es el yo irracional el que da fuerza y apoyo al yo racional.

Alianza Narcisista: de hecho, también es irracional. La diferencia descansa en que en la A.T. irracional se basa en la relación de objeto, aunque sea de tipo irracional, mientras que la narcisista se basa en experiencias preobjetales.

4.2.4. A.T. y colaboración

Aunque algunos autores actuales continúan usando el nombre de A.T., (Adler, G., 1980; Meissner, W.W., 1996; Ponsi, M., 1997, 2000), en la mayor parte de los trabajos de hoy en día se nos habla de colaboración por parte del paciente, pero como se ha escrito tanto sobre este concepto, ya sea a favor o en contra, me parece conveniente respetar, hasta cierto punto, la tradición y no dejar de lado totalmente un término que incluye dentro de sí los pensamientos y reflexiones de gran cantidad de teóricos del psicoanálisis. Yo creo que es mejor usar el concepto de colaboración, pero no tan sólo para hacer uso de un término nuevo que no lleva el lastre de todas las discusiones y desavenencias que han rodeado siempre la cuestión de la A.T., si no porque pienso que el concepto no es exactamente el mismo. Al hablar de A.T., los autores se refieren al paciente; es decir, al hecho de que el paciente se alía con el analista para conseguir los objetivos del análisis, dando por supuesta que la actitud y la técnica correctas del segundo, entendidas desde la orientación tradicional, son la base suficiente para que esta A.T. se produzca. Es decir, aunque la alianza siempre comporta dos o más personas, se suele poner el acento en el paciente. Cuando se habla de colaboración, en cambio, suele ser a través de la perspectiva, muy relevante hoy en día, de la mayor atención que se presta a la realidad del analista —que antes se consideraba prácticamente como una variable independiente— y a la interrupción ininterrumpida, y por tanto a la influencia y regulación mutuas, entre el uno y el otro. Esto hace que, en el momento presente, cuando se habla de colaboración se entienda, muy a menudo, como interacción colaboradora. Por otra parte, la A.T. es un estado, una situación a la que se ha llegado, y yo creo que la colaboración por parte de uno y otro es el proceso necesario para conseguir este estado y mantenerlo, porque, como se puede suponer fácilmente, la A.T. es susceptible de establecerse, disolverse y pasar por toda clase de vicisitudes. Pienso que también es válido utilizar, sencillamente, el término *alianza*, tanto por razones de fluidez del lenguaje como para descargar el concepto de viejas resonancias. No olvido que se puede objetar que analizado y analista se pueden aliar en contra de los verdaderos objetivos del análisis, pero pienso que esta es una interpretación tendenciosa que presupone «malas» intenciones por parte del primero. Yo creo que, mientras no se diga lo contrario, se tiene que suponer que se refiere a la alianza, entre uno y otro, con el fin de conseguir los objetivos del análisis. Pero este término también puede llevar a otras complicaciones, como expondré a continuación.

Ya he dicho antes que la reflexión sobre el concepto de A.T. puede plantear muchos

puntos de discusión y confrontación. Uno de ellos deriva del hecho de que se trata de un término equívoco, ya que el mismo uso habitual de la palabra «alianza» nos lleva al pensamiento de dos (ya sean personas o naciones) que se unen en contra de otro u otros (Ponsi, M., 2000). Por otra parte, como ya hemos visto en algunos de los autores nombrados, (el mismo Freud, Sterba, Zetzel, Greenson, Meissner, Adler, Gutheil y Havens, etc.), también se utiliza, en el psicoanálisis, como expresión de la *lucha* que analizado y analista mantienen contra una parte del primero: el analista y el yo orientado a la realidad contra el Yo neurótico que exige al analista las gratificaciones libidinales edípicas; o bien el analista y la parte sana del paciente contra las pulsiones destructivas primitivas, etc. Por esta causa, creo que esta idea de la alianza como lucha es más propia del modelo psicoanalítico: *pulsiones libidinales y agresivas/defensa*. Y este modelo no concuerda con los que, como yo mismo, partimos del concepto del ser humano como fundamentalmente social, cosa no muy alejada de lo que dice Freud (1921) en *Psicología de las masas y análisis del yo* (Notó, P., 1986), ya que en la introducción escribe:

En la vida anímica del sujeto, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, por esto, desde el mismo comienzo la psicología individual es, al mismo tiempo, psicología social, en este sentido más amplio pero totalmente legítimo [...] la relación del sujeto con sus padres y hermanos, con su objeto de amor, con su maestro y su médico, es decir, con todos los vínculos que hasta ahora han sido investigados por el psicoanálisis, tiene derecho a que se les considere fenómenos sociales (vol. 18, p. 67).

Notó y Recasens (1997) ya se han referido a este carácter fundamental de la psicología social que posee el psicoanálisis, acordándose de que es un rasgo que han recogido muchos grandes autores de la psicología social y que permite aseverar que toda la psicología es psicología social, en el sentido de que ambas tienen como objeto la relación. Para mí, este enfoque nos lleva a concebir la mente como esencialmente interactiva, diádica y buscadora del contacto con otras mentes; una mente que no es el resultado del despliegue, más o menos accidentado, de las pulsiones innatas y preprogramadas, libidinales y destructivas, que buscan su descarga, ni de pulsiones que comportan, en la fantasía que las representa, complejas relaciones con objetos «universales», *a priori* de toda experiencia, sino que es la consecuencia de la interacción ininterrumpida con el contexto social, cultural y lingüístico en el que nace y se desarrolla el sujeto. Desde este punto de vista, la patología de la mente es, juntamente con la base genética, el desenlace del déficit en la recepción, por las causas que sean, de las aportaciones que han de provenir de sus primeros objetos. Y pienso que estas ideas que acabo de exponer continúan una larga tradición del pensamiento psicoanalítico, que se inició ya con Sándor Ferenczi, el discípulo preferido de Freud y el primer analista de Melanie Klein (Villamarzo, P., 2002; Jiménez Avello, A., 1998; Talarn, A., 2003), y que toma fuerza en el presente momento, en el que la vertiente social del ser humano se entrelaza estrechamente con la biología y la interpretación y la relación se refuerzan mutuamente como agentes terapéuticos (Ferenczi, S., 1924, 1929, 1931, 1932; Horney, K., 1937;

Sullivan, H.S., 1953, 1956; Fairbairn, R., 1952; Winnicott, D., 1954, 1960, 1965, 1969; Bowlby, J., 1969, 1972, 1980; Kohut, H., 1971, 1977, 1982, 1984; Balint, M., 1968; Stolorow, R. y Lachmann, F., 1980; Mitchell, S., 1988; Stern, D., 1977, 1985, 1995, 1998; Armengol, R. y Hernández, V., 1991; Adroer, S. y Coderch, J., 1991; Adroer, S., 1998; Stolorow, R. y Atwood, G., 1992; Beà, P. y Coderch, J., 1998; Tous, J.M.^a, 1998; Orange, D. y col., 1997; Lichtenberg, J., Coderch, J., 2001; Lichtenberg, J., Lachmann, F. y Fosshage, J., 2002; Guimón, J., 2004, 2006, etc.). Por tanto, pienso que esta idea de la alianza como lucha, contra lo que sea, no resulta adecuada. Yo entiendo el proceso analítico como una mutua y estimulante interacción y colaboración entre paciente y analista, con el propósito de recuperar o construir las capacidades y recursos mentales del primero, a través del *insight* de su funcionamiento intrapsíquico y, a la vez, de la clarificación e iluminación de cómo *consciente e intrapsíquicamente* vive, entiende y puede modificar, las pautas de relación que provienen del inconsciente reprimido, de la memoria de procedimiento y del inconsciente no reprimido, siendo la interpretación y la nueva experiencia de la relación los agentes terapéuticos que se conjugan en todo momento. El objetivo fundamental es, para mí, el desarrollo de la capacidad para establecer plenas relaciones con los otros seres humanos. Esta colaboración yo no la entiendo como una lucha contra supuestas pulsiones destructivas innatas del paciente y pienso que ha de ir esencialmente guiada por la curiosidad y el espíritu de investigación, los cuales conducen a la disponibilidad para ver qué es lo que sucede de imprevisto en cada sesión.

Siguiendo un poco con el debate iniciado por el mismo término «alianza», parece evidente que esta manera, que yo acabo de exponer, de entender la colaboración y el proceso analítico se encuentra confrontada con la teoría de aquellas orientaciones que juzgan el conflicto intrapsíquico provocado por las pulsiones destructivas innatas como la esencia de la patología mental, expresada en la transferencia, y como aquello que tiene que constituir el centro de las interpretaciones del analista, en su lucha contra estas fuerzas aniquiladoras. Desde la perspectiva de esta última teoría, algunos analistas insisten, por poner un ejemplo, en que, aunque un análisis parezca que transcurre adecuadamente, si los dos protagonistas se sienten agradablemente estimulados por el trabajo y con una, a primera vista, razonable y satisfactoria sensación de recíproca comprensión, sin que el paciente resulte problemático, agresivo ni envidioso, ni aparezcan conflictos en las relaciones paciente analista, esto nos tiene que hacer sospechar que se trata de una mera apariencia de análisis, sin resultados provechosos y que, para el éxito del proceso, hemos de encontrar dónde se esconde el núcleo de la patología, es decir, de las pulsiones destructivas, la envidia, el engaño, etc. Bien, cada uno puede escoger, entre los dos modelos, el que mejor le parezca, de acuerdo con su experiencia y sus conocimientos. He dicho esto para subrayar los puntos de discusión que surgen al reflexionar sobre la A.T.

4.2.5. La relación analizado-analista es total e indivisible

Mi posición, al hablar de la alianza y la colaboración, es que una y otra forman parte intrínseca de la transferencia y que no se puede distinguir entre relación transferencial y relación real, como tampoco pienso que exista una relación específica como base de la alianza. En este punto, coincido, pues, con la opinión más generalizada dentro de la escuela kleiniana, aunque debo advertir que ello tan sólo desde el punto de vista de mi concepto de transferencia. Más adelante hablaré de esto.

Para mí, lo que existe en el proceso psicoanalítico no es una relación puramente transferencial en el sentido habitual del término, ni una doble relación, la real y la transferencial, sino que lo que hay es una situación relacional entre paciente y analista, en la que aquello que es intrapsíquico y aquello que podemos catalogar como relación «real» y externa están tan indisolublemente unidas como lo están el oxígeno y el hidrógeno en la entidad que conocemos con el nombre de agua. El agua está compuesta por hidrógeno y oxígeno, pero es agua, que es una sustancia emergente, es decir, una sustancia que no existía en ninguno de los dos componentes, sino que ha surgido como algo nuevo de la combinación de uno y otro. Por tanto, yo creo que la relación paciente-analista es, también, una relación emergente, compuesta por la transferencia (de ambos) y por la situación real, pero que no es ni una ni otra. Puede que esta idea tenga algo que ver, aunque tan sólo en parte con lo que Ogden (1994) llama el *tercer analítico*, que surge de la conjunción de las subjetividades del paciente y del analista. Pues bien, pienso que, tanto si preferimos hablar de alianza, como de colaboración, como de vínculo positivo o de lo que sea, es preciso estudiar el asunto con atención, y así profundizar más en nuestra comprensión de aquello que tiene lugar en el curso del proceso psicoanalítico y en el concepto de transferencia. Incluso creo que, para sostener que la relación del paciente con el analista es siempre una relación transferencial y que no hay una separación entre transferencia y relación real, debemos reflexionar un poco más, a la luz de los actuales conocimientos, sobre qué es esto de la transferencia y de la relación real. Si no lo hacemos así, nos quedaremos en una actitud puramente ideológica e irracional (Bleichmar, H., 2004).

No puede haber separación entre transferencia y relación no transferencial paciente-analista, por la sencilla razón de que, de acuerdo con la actual teoría del conocimiento, no puede existir un conocimiento totalmente nuevo. Todo conocimiento es modificación o refutación de un conocimiento anterior. Como dice Popper (1972) al respecto:

Todo conocimiento, todo aprendizaje, consta de modificaciones (posiblemente refutaciones) de algún tipo de conocimiento o disposición que ya se poseía previamente [...] todo aumento de conocimiento consiste en el perfeccionamiento del conocimiento existente que se modifica con vistas a una mayor aproximación a la verdad (p. 75).

Además, si tenemos en cuenta que la conceptualización actualmente más aceptada sobre la memoria es la de que ésta es la influencia del pasado en el presente (Fosshage, J.L., 1994; Kandel, E., 1999; Pally, R., 2003; Davis, T., 2001), es inevitable concluir que este fenómeno que nombramos transferencia no se puede separar de la memoria —

cosa que nos induce a una revisión del concepto de transferencia— y que debido a esto no puede haber un supuesto «conocimiento real» al margen de la influencia del pasado y, por tanto, de la transferencia.

Como ya he expuesto en el capítulo precedente, tanto desde la neurociencia como de la teoría del conocimiento y de la psicología cognitiva, nadie pone en duda que la percepción, aunque sea la percepción más simple, es activa y no pasiva, y que tiene lugar de acuerdo con todas las experiencias, expectativas, presupuestos, etc., de aquel que percibe. La percepción pura, tal y como sostenía ingenuamente el positivismo, no existe, ni tan sólo en las condiciones más elementales. No digamos ya en la percepción de las situaciones más complejas, como la que corresponde a la relación entre analizado y analista. Esto es así porque, aunque pensemos que existe una realidad externa a nosotros, cada uno la percibe subjetivamente, de acuerdo con su carga genética, en un extremo, y de su historia pasada, es decir, de su memoria, tanto la consciente como la inconsciente, tanto la reprimida como la de procedimiento, en el otro. Para saber con certeza cuál es la realidad que creemos percibir tendríamos que estar en comunicación con una inteligencia omnisciente, algo así como el *daimon* de Laplace,⁶⁵ para que actuase como árbitro y nos hiciese saber la diferencia entre la realidad que nosotros captamos y la supuestamente «verdadera». Pero esto no es más que un ejercicio de imaginación para mostrar la imposibilidad de tener un acceso directo a la realidad, como ya he dicho en capítulos precedentes, que sea independiente de nuestro conocimiento de la realidad, y, por tanto, de poder saber si la realidad se corresponde con lo que decimos de ella, ya que siempre nos faltará el término de comparación entre nuestra proposición y la realidad tal como pretendemos que es (Rorty, R., 1979; Ibáñez, T., 2001). En los capítulos 1 y 3 ya he descrito la manera como la física cuántica constata que la realidad que se nos muestra depende del observador y de los medios que usamos para observarla. En este sentido, dice Ibáñez (2001) que afirmar que hay una realidad externa a nosotros es una concesión, para simplificar, al realismo ontológico, el cual afirma que la realidad «es como es», tanto si nosotros la conocemos como si no. Pero la física cuántica ha puesto de relieve que la realidad, en este sentido, no «existe», sino que la construimos nosotros con nuestra observación. Vale la pena transcribir unas palabras del premio Nobel de Física Ilya Prigogine, citadas por D. Zohar (1990): «Cualquier cosa a la que nosotros llamamos realidad se revela a nosotros tan sólo a través de una construcción activa en la que participamos» (p. 57). Por esto, con razón dice Ibáñez que si el realismo ontológico es falso, el realismo epistemológico, que afirma que podemos conocer la realidad tal como «es», también resulta falso. Y, por ahora, nos hemos de conformar con la discusión intersubjetiva de nuestras subjetivas percepciones, para acercarnos a la realidad a través del consenso de la comunidad de pensadores (Habermas, J., 1987; Apel, K., 1991).

Pero sucede que los mismos argumentos que acabo de exponer para rechazar la posibilidad de una relación «real» al margen de la transferencia, también son válidos para impugnar la posibilidad de que todos los sentimientos, deseos, fantasías, demandas, etc., del analizado hacia el analista puedan ser considerados sólo como transferencia, en el

sentido que damos habitualmente a esta palabra. De la misma manera que no existe la percepción pura del presente, tampoco existe la repetición pura del pasado ni, mucho menos, la relación del analizado con el analista sobre la base exclusiva de las primitivas relaciones objetales internas. La memoria no es pasiva, sino que es activa e interactiva, o sea que configura el presente y, a la vez, también es modificada por éste. Por tanto, la dicotomía entre relación real y transferencia es falsa porque en el curso del proceso psicoanalítico lo que encontramos es una situación relacional global, creada por ambos protagonistas. Por esto conviene hablar ahora del concepto de transferencia que yo planteo.

4.3. La transferencia es la organización de la situación analítica bajo la influencia del pasado

4.3.1. La transferencia y la revolución de los paradigmas científicos

Antes de pasar a exponer el modelo de la transferencia basado en la organización del pasado deseo advertir que no pienso que se trate de un modelo totalmente nuevo por lo que se refiere a la experiencia clínica —que no es lo mismo que las configuraciones teóricas— para gran parte de los psicoanalistas. Además de los autores que ya se han ocupado explícitamente del tema, creo que en el momento presente son muchos los psicoanalistas que en su práctica cotidiana ven, entienden e interpretan la transferencia desde la perspectiva que a continuación desarrollaré. Lo que sucede, en mi opinión, es que nos encontramos con aquello que señaló T. Kuhn en su obra *The Structure of Scientific Revolutions* (1962). Los paradigmas o modelos (posteriormente a esta obra Kuhn cambió el término paradigma por el de modelo) que constituyen la columna vertebral de las disciplinas científicas van envejeciendo y dejan de cumplir con su misión de explicar los nuevos hechos y descubrimientos que pertenecen a su ámbito. Los profesionales que trabajan con ellos van introduciendo excepciones e *hipótesis ad hoc* para dar razón de las deficiencias y fallos del modelo, hasta que éstos se acumulan de forma excesiva y se hace imprescindible otro modelo que sustituya al antiguo. Pero antes, ya de una forma que podemos llamar silenciosa e implícita, muchos profesionales van por su cuenta, en la práctica y sin hacerlo público en el nivel que podemos llamar académico, modificando el modelo antiguo o substituyéndolo por otro más acorde con sus necesidades. Yo pienso que esto es lo que está teniendo lugar en el campo del psicoanálisis. Creo que, en la actualidad, son muy numerosos los analistas que, en su comprensión de los fenómenos transferenciales, no parten de la idea de que éstos son, exclusivamente, la repetición de las pulsiones y fantasías que las representan originariamente dirigidas hacia los primeros objetos. Y sus interpretaciones son, por tanto, consecuentes con esta visión más amplia de la relación que el analizado establece con ellos. Pero lo que falta todavía es que esta nueva comprensión, ya sea de manera que la consideremos como una evolución o como una revolución, vaya desenvolviéndose a nivel teórico y conceptual de forma que llegue a construirse un nuevo modelo de la

transferencia más acorde con los nuevos conocimientos actuales, tanto los pertenecientes al propio psicoanálisis como aquellos que provienen de la neurociencia, la psicología cognitiva, la filosofía del lenguaje, la epistemología en general, etc.

4.3.2.El descubrimiento de la transferencia. Repetición y distorsión

Podemos considerar a Freud como uno de los pioneros en las investigaciones en torno a la memoria, que tanta importancia están adquiriendo en nuestros días. Freud hizo el genial descubrimiento de que los pacientes repetían sus deseos y fantasías del pasado en la relación con el analista, y que la metodología analítica, aplicada a un tipo de paciente propio de la época de Viena, contribuía a que las pulsiones sexuales y agresivas infantiles adquiriesen una particular relevancia. Lo que sucedió fue, sin embargo, que el impacto que a él y a sus seguidores les produjo el descubrimiento de que los pacientes reproducían, en el análisis, sentimientos y comportamientos parecidos, o reactivos, a los desarrollados con las figuras de su infancia los llevó a que tomaran la parte por el todo, y no se dieron cuenta de que sus pacientes repetían no sólo las relaciones con sus primeras figuras, sino, de una u otra forma, las experiencias de toda su vida. Pero los analistas siempre han parecido olvidar que en el caso de Dora, que sorprendió a Freud y le llevó al descubrimiento de la transferencia, lo que se reprodujo fueron los sentimientos e impulsos de una muchacha adolescente hacia las personas que la rodeaban en aquel momento de su vida y no las primeras relaciones objetales infantiles.

De esta primera impresión de Freud quedaron dos rasgos fundamentales como caracterización de la transferencia que se desarrolla en el proceso psicoanalítico, los cuales se han mantenido inmodificados hasta nuestros días: la *repetición* o la *falsa conexión* y la *distorsión*. La repetición es debida al hecho de que una pulsión instintiva, acompañada de su representación derivada, establece una falsa conexión con la figura del analista, a fin de poder expresarse. La distorsión está causada por el hecho de que, para que sea posible establecer la falsa conexión, es necesario que el analizado distorsione la figura del analista, de manera que pueda, en su inconsciente, confundirla con algunos aspectos del objeto arcaico y dirigir hacia él las pulsiones y sentimientos que corresponden a éste. En su trabajo de 1934, Strachey explicó lo que podríamos denominar efecto *mutativo* de las interpretaciones. Este efecto es debido a que el analista se apercibe de la distorsión de que es objeto cuando el analizado proyecta en él sus objetos arcaicos y lo confunde con ellos. Al interpretar se libera de esta confusión y el analizado introyecta la figura del analista liberada, al menos en parte, de esta distorsión, de manera que el objeto arcaico experimenta una modificación, en su mente, de sus aspectos persecutorios, amenazadores, arruinados, hostiles, etc. Gracias a ello, a través de sucesivas proyecciones e introyecciones se lleva a término una reestructuración más benévola y positiva del mundo de las relaciones objetales internas, y esta interpretación con capacidades reestructurantes es la llamada interpretación «mutativa». Este concepto freudiano de la transferencia, enriquecido por la aportación de Strachey, es el que ha estado vigente en el pensamiento psicoanalítico hasta el momento presente en el nivel

académico, con pocas excepciones. Debemos decir, también, que Strachey no habla, en su trabajo, exclusivamente de la interpretación como un medio para la modificación de las relaciones objetales internas, sino también de la actitud benévola y tolerante del analista que permite que el analizado lo introyecte de una manera que suavice su rígido y severo superyó, cosa que Strachey juzga imprescindible para que pueda manifestarse la pulsión que se proyecta en el analista. Pero, a consecuencia de la extraordinaria importancia que se ha otorgado a la interpretación como instrumento terapéutico en la teoría y la práctica psicoanalíticas, este matiz de la explicación de Strachey ha sido muy poco tenido en cuenta.

4.3.3. *Visión reducida y visión amplia de la transferencia*

Si reflexionamos sobre ello, vemos que Freud nunca se pronunció en el sentido de que las experiencias infantiles primerizas eran los únicos elementos posibles de la transferencia. Incluso en su clásica definición de 1905, a la que ya me he referido, habla en plural: «¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones... Toda una serie de vivencias psíquicas anteriores» (p. 101). Vemos, por tanto, que Freud habla de la transferencia de una forma mucho más amplia de lo que después se ha hecho habitual en el lenguaje psicoanalítico, especialmente bajo la influencia de Hartmann, Anna Freud, Melanie Klein, Strachey, etc. De manera que se ha llevado a cabo una simplificación del concepto de transferencia, el cual ha quedado reducido, en el lenguaje psicoanalítico habitual, a la proyección en el analista de las pulsiones y las fantasías inconscientes correspondientes, dirigidas hacia los primeros objetos internos. Esto es lo que he de revisar, de acuerdo con lo que ya llevo expuesto. Es cierto que Melanie Klein nos habla de la transferencia como *situación total* cuando nos dice (1952):

Mi experiencia es la de que al clarificar los detalles de la transferencia es esencial pensar en términos de la *situación total* transferida desde el pasado al presente, así como las emociones, defensas y relaciones de objeto (vol. 3, p. 55; la traducción es mía).

Sin embargo, entendida esta afirmación en su contexto queda evidenciado que se refiere, tan sólo, a los sentimientos, pulsiones y fantasías en relación con los primeros objetos. Así, por ejemplo, cuando nos dice «[...] el [paciente] se aparta del analista como se apartó de sus primeros objetos» (p. 55; la traducción es mía). Y creo que podemos decir que esto queda confirmado por lo que respecta al trabajo de B. Joseph: *Transference: The total situation* (1985). Pienso que, muy frecuentemente, se utiliza el título de este trabajo para atribuir al mismo una amplitud en la concepción de la transferencia, por parte de la autora, que en mi opinión no se muestra en el texto, a pesar de que sí se pone en relieve una perspectiva de la transferencia más amplia, más viva y más dinámica de lo que se suele encontrar en muchos trabajos de los autores kleinianos. Creo que mi juicio queda confirmado si nos fijamos en el segundo párrafo del trabajo, en el que asume totalmente las ideas expuestas por M. Klein en el trabajo que acabo de citar

y las de Strachey (1934), diciendo que este último

[...] mostró que aquello que es transferido no son primariamente los objetos externos del pasado del niño, sino los objetos internos, y que la manera como estos objetos son construidos nos ayuda a entender la manera como el proceso analítico puede dar lugar a un cambio (p. 156; la traducción es mía).

Me parece evidente que Joseph comparte con M. Klein y Strachey la perspectiva de la transferencia reducida a la repetición de las relaciones con los primeros objetos internalizados, proyectadas en el analista. Naturalmente, ninguno de estos autores tenía a su alcance, en el momento de escribir sus trabajos, los conocimientos actuales sobre la existencia de diversos sistemas de memoria y del inconsciente de procedimiento, ni tampoco los modernos estudios en torno a las relaciones padres-hijos, tal como han sido puestas de manifiesto en la actualidad (Emde, R., 1990). Las otras escuelas tradicionales, psicología del yo, freudianas estrictas, etc., mantienen un concepto de la transferencia más limitado y rígido que el propio de la escuela kleiniana, reducido a la repetición del conflicto edípico que podemos llamar tardío, anterior a la fase de latencia.

Para mí, pues, no hay duda de que podemos hablar de una visión reducida y una visión amplia de la transferencia. Pienso que el principal error al tratar de limitar la transferencia a las primeras relaciones objetales internas reside en el olvido de que todo comportamiento humano —en el sentido más extenso que podemos darle— se compone, al menos, de tres elementos: a) identificación de la situación presente con diversos matices similares de situaciones pasadas, con el fin de poder organizar y entender la situación presente; b) repetición de esquemas y hábitos adquiridos en el curso del desarrollo, para conseguir la mejor adaptación posible; c) utilización, en grado variable, de nuevas pautas y respuestas, con el fin de incrementar las posibilidades de adaptación. Nadie repite exactamente, delante de una nueva situación, las mismas pautas de organización y adaptación que ha usado en una situación pasada. Pero también se puede decir que nadie, delante de una situación desconocida, organiza ésta y se ajusta a ella de manera totalmente nueva y sin ninguna relación con el pasado. En el proceso psicoanalítico, por tanto, siendo un escenario nuevo para el paciente, éste se adapta al mismo siguiendo las pautas que acabo de exponer. No puede existir ninguna relación totalmente fundada en la realidad externa, ni tampoco ninguna relación basada por completo en el pasado. Sería un error no captar los factores que diferencian una situación de otra, más allá de la temporalidad.

4.3.4. La totalidad de las experiencias del pasado es el fundamento de la transferencia

Los analizados observan a su analista como observan todas y cada una de las situaciones de su vida, y ahora sabemos que toda observación está cargada de teoría, de una teoría que da forma y sentido a esto que observamos. Esta teoría, asentada en todas las experiencias pretéritas, conscientes e inconscientes, configura y matiza la manera

como el analizado siente y vive al analista y la situación analítica en su conjunto, y es esto a lo que damos el nombre de transferencia. Lo que es propio del proceso analítico es, debido a la peculiaridad del método, la intensidad con que se experimentan y se viven los sentimientos y fantasías que están fuertemente influidos por aquellos que fueron vividos con los primeros objetos, pero esta influencia del pasado no se limita, no puede limitarse, a estas vivencias infantiles, tal como generalmente se piensa cuando hablamos de la transferencia. Es a causa de este error que los analistas hemos estado tratando el fenómeno de la transferencia como alguna cosa que pertenece a nuestro dominio y que tiene algo de misterioso y ligado a la patología de los analizados y a la metodología que empleamos. También es verdad que, poco a poco, los psicoanalistas hemos ido percibiendo y admitiendo con cierta reticencia, como aquel que ha de renunciar a algo que considera muy suyo, el carácter universal de la transferencia, pero en mi opinión se ha seguido conservando excesivamente la perspectiva de la transferencia reducida a las transposición de las primeras relaciones objetales infantiles, sin captar la verdadera esencia y amplitud de este fenómeno que tanto sorprendió a Freud cuando se le reveló, por primera vez, en su paciente Dora. Creo que este malentendido ha perjudicado mucho el desarrollo del pensamiento psicoanalítico y, muy especialmente, la comprensión de las relaciones analizado-analista, en las cuales la actitud de colaboración por parte del primero es una pieza indispensable. Expresado de otra forma, opino que seguimos pensando demasiado en términos de «Esto que vemos en el análisis también puede ocurrir en la vida externa del analizado», en lugar de entender que «esta influencia constante e ininterrumpida del pasado en el presente de la vida de todos los seres humanos la podemos ver también, no faltaría más, en el curso del análisis». Esto, pues, es lo que hemos de revisar de acuerdo con lo que ya llevo expuesto.

Si un niño ha recibido, por parte de los que le rodean, un trato deficiente y con escaso afecto, cuando se encuentre con otros adultos tendrá la expectativa predominante de recibir un trato similar. Si el trato ha sido más bueno, será más fácil que la expectativa sea de recibir un buen trato. Esto es la transferencia (Torras, E., 2004). Hay que añadir que siempre puede haber el temor de que las cosas empeoren o la esperanza de que mejoren.

La transferencia, entendida en el sentido amplio que yo planteo aquí, es la influencia constante del pasado en la organización de cualquier situación del presente y esto, como es de esperar, no puede dejar de suceder en el curso del proceso analítico. Por ello, como he manifestado en el capítulo 2, debemos recordar que la transferencia es una *metáfora*, es decir, el traslado y reactivación de una experiencia a otra experiencia, para darle más viveza y poder comunicativo. Pero no tan sólo de una experiencia del pasado de las relaciones objetales internas estructuradas en la infancia, sino del pasado constituido por todas las experiencias vividas a lo largo de la vida. No puede haber una organización de una situación presente ajena a esta influencia global y, por tanto, limitada a la influencia de las primeras relaciones infantiles.

Yo creo, por tanto, que ahora estamos en condiciones para ensayar un concepto más preciso de esto que los psicoanalistas llamamos transferencia, con la finalidad de captar

mejor no solamente lo que entendemos por colaboración y alianza, sino también todo el significado del proceso psicoanalítico. *La transferencia es la manera como el analizado organiza su experiencia de la situación analítica de acuerdo con la totalidad de sus experiencias pasadas, tanto conscientes como inconscientes, ya sean estas últimas las propias del inconsciente reprimido o las que constituyen el inconsciente no reprimido de procedimiento*⁶⁶ (Bird, B., 1972; Lear, J., 1993; Fosshage, J.L., 1994; Davis, T., 2001; Nahum, J., 2002, etc.). Puede que la mejor manera de caracterizar lo que acabo de enunciar sea la de subrayar que, en este modelo, *la transferencia no se considera una repetición del pasado sino un ordenamiento para dar sentido al presente*. Dice Lear (1993) respecto a esto: «pienso que la transferencia es la actividad característica de la psique para crear un mundo significativo en el cual vivir» (p. 741; la traducción es mía).

Si para llegar a este modelo de la transferencia me he apoyado en la experiencia de diversos autores y en la mía propia, pienso que lo mismo podemos decir desde el vértice bioniano (Bion, W.R., 1962 a). En el transcurso de su vida cualquier sujeto, a no ser un psicótico total, ha transformado, dentro del grado y las limitaciones que sean, los elementos sensoriales —elementos beta— de sus experiencias sensoriales y emocionales en elementos alfa, aptos para pensar, soñar, tener recuerdos, etc., de manera que podemos decir que el ser humano no sólo tiene experiencias, sino que, gracias al metabolismo mental llevado a cabo por la función alfa, es psíquicamente sus experiencias, de la misma manera que físicamente es, por digestión, los elementos que ha consumido (Grotstein, J., 2004). Desde este vértice, el analizado es un organismo constituido por su dotación genética y el conjunto de todas las experiencias vividas en el curso de su existencia, y organiza la nueva experiencia de la situación analítica de acuerdo con esta constitución global, de la cual forman parte, obviamente, las relaciones con los primeros objetos.

Pienso que este modelo de la transferencia como la organización de la experiencia bajo la influencia del pasado, modelo apoyado por los conocimientos psicoanalíticos, por un lado, y por las aportaciones de la neurociencia y la psicología cognitiva, por otro, está llamado a sustituir el modelo de la transferencia en el que se considera que el analizado, llevado por la ansiedad de las primeras situaciones infantiles y la compulsión de repetición, traslada y reedita en el vínculo con el analista, siempre y cuando éste mantenga las condiciones apropiadas del *setting*, especialmente el anonimato y la neutralidad, las relaciones con sus objetos internos de manera casi exclusiva. Los que, en contraposición a este modelo clásico, han enfatizado la importancia de los factores externos y sociales en el desarrollo y patología de la mente han sido, en general, catalogados, de manera más bien desvalorizada, como *ambientalistas* o psicólogos sociales. Por mi parte, al igual que otros (Eisold, K., 1998) pienso que constituyen lo que podemos denominar la *izquierda freudiana*, con fuertes derivaciones culturales, especialmente antropológicas, sociológicas y filosóficas (Escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, Theodor W. Adorno, Max Horkheimer, Erich Fromm, etc.).

Yo creo que ha sido muy desafortunado para el psicoanálisis como práctica, y para su penetración e influencia en la cultura en general, el predominio del modelo biológico-

médico, basado en las pulsiones, para el abordaje del desarrollo de la mente y de su patología, en demérito de la esencia básicamente social del ser humano. Y pienso que esta sesgada inclinación ha sido propiciada por el siempre fracasado afán de que el psicoanálisis sea admitido en el bloque de las ciencias empírico-naturales. Sabemos que este anhelo estuvo siempre presente en la obra de Freud, pero, de todas maneras, como ya he referido en el capítulo 2, hasta la década de los treinta, en los institutos psicoanalíticos de los EE.UU., con tanta influencia en la comunidad psicoanalítica internacional, convivían los analistas fielmente freudianos con los analistas de orientación sociológica e interpersonal. Pero, tal como he señalado, debido a la persecución antisemita de los nazis, numerosos y prestigiosos analistas de Viena emigraron a los EE.UU. Allí se encontraron con un psicoanálisis que gozaba de una enorme aceptación entre el público, los medios de comunicación y el mundo de la psiquiatría. Lo que faltaba era el reconocimiento suficiente del psicoanálisis como ciencia empírico-natural. Los recién llegados, educados en la más severa ortodoxia freudiana fundamentada en el modelo del conflicto pulsión-defensa, juzgaron que los analistas norteamericanos presentaban una formación demasiado incompleta, laxa y tolerante con las desviaciones (Eisold, K., 1998; Schwartz, J., 2000; Steiner, R., 2003). Con tal de lograr la categoría de ciencia empírico-natural, tomaron, como punto de referencia al que igualar, el modelo médico, de enorme prestigio en los EE.UU., con sus estrictos protocolos y pautas estandarizadas de tratamiento, en los que la sociología y las relaciones interpersonales, tanto en el mundo externo del paciente como dentro del proceso analítico, no tenían nada que decir y eran consideradas materias no científicas. A causa de esto, los analistas que propugnaban estas orientaciones fueron progresivamente apartados de los lugares de enseñanza y dirección. Frente a esta política, en 1941 analistas de tanta categoría como Karen Horney, Clara Thompson, Paul Schilder —¡este último discípulo directo de Freud!— abandonaron la New York Psychoanalytic Society para ir a sus propios institutos,⁶⁷ mientras que otros como Abraham Kardiner, Sándor Rado, Phyllis Greenacre, David Levy, etc., sin abandonar la sociedad de Nueva York, fundaron en 1942 la Association for Psychoanalytic and Psychosomatic Medicine. Mas tarde F. Alexander se unió al grupo de disidentes. Y así se consumó la división entre las dos vertientes del psicoanálisis y el predominio dentro de la A.P.I. del psicoanálisis del modelo biológico-pulsional.

4.3.5. Diferencias entre el modelo proyectivo y el modelo organizador de la transferencia

Es el momento de dedicar unas palabras a las diferencias entre el modelo de la transferencia como organización y el modelo tradicional que podemos denominar proyectivo. Quiero señalar cinco puntos principales, basándome en gran parte en las ideas de Fosshage (1994), que intentaré sintetizar.

a) En el modelo proyectivo se considera que existe una realidad objetiva del analista que el paciente distorsiona y que el analista conoce, siendo su tarea la de advertir al paciente de tal desfiguración. En el modelo de la transferencia como organización, en

cambio, se parte del principio de que, a pesar de que existe la realidad de la situación analítica, cada uno la percibe según su subjetividad y, por tanto, la transferencia es siempre *plausible* (Gill, M., 1994) de acuerdo con las características del espacio analítico y de la personalidad del analista, su estilo, su forma de intervenir, etc., tal y como son vividas, a la vez, consciente e intrapsíquicamente, por el analizado.

b) El modelo proyectivo da por hecho que la fuerza subyacente al desarrollo de la transferencia son las pulsiones biológicas, libidinales y agresivas, que buscan su descarga, mientras que para el modelo organizador la fuerza decisiva es la necesidad psicológica de afecto y contacto con el objeto.

c) En virtud de este último punto, podemos decir que el modelo proyectivo se apoya en la vertiente puramente biológica, guiada por el principio del placer y la compulsión de repetición, mientras que el organizador lo hace en la naturaleza esencialmente social del ser humano, la cual está también inscrita en la biología y se expresa en la búsqueda del objeto en tanto que objeto relacional, no en tanto que lugar de descarga de las pulsiones.

d) En el modelo proyectivo se considera que aquello que forma la transferencia está ya presente en la mente del paciente y que la metodología psicoanalítica lo hace surgir, siguiendo más o menos el modelo arqueológico de Freud, aunque últimamente se observa en muchos autores un significativo desplazamiento hacia la perspectiva de la interacción y la construcción (Bodner, G., 2005). En el modelo organizador, en cambio, se considera que la transferencia es co-creada (Gill, M., 1994) en el encuentro de la subjetividad de paciente y analista respectivamente. (Stolorow, R. y Atwood, G., 1992; Orange, y col., 1997). Por tanto, en este modelo la transferencia depende siempre del contexto formado no sólo por el encuentro de las subjetividades del analizado y el analista, sino que también se estima que, aun cuando el analista crea que su papel es tan sólo el de un observador de aquello que surge y le es proyectado desde la mente del analizado, éste interpreta, a su manera, tal actitud y organiza la situación de acuerdo con tal interpretación (Hoffman, I., 1983).

e) En el modelo proyectivo la carga de la transferencia se hace recaer totalmente en el analizado, independientemente de la edad, el sexo y otras características del analista mientras que, según el modelo organizador, la transferencia es responsabilidad de los dos protagonistas y es siempre contextual, es decir, depende del contexto en el que tiene lugar el encuentro entre la subjetividad de ambos.

f) En el modelo proyectivo se supone que la modificación se alcanza, principal o exclusivamente según las escuelas, a través del *insight* del conflicto intrapsíquico promovido por la interpretación de las proyecciones y distorsiones transferenciales del analizado. En el modelo organizativo se subraya la importancia, junto al *insight* de la co-transferencia, de la adquisición de nuevas pautas de relación implícita y explícita a través de la experiencia compartida analizado-analista.

Entendida la transferencia desde el modelo que estoy comentando, se nos aparece no como una pulsión de repetición y no fundamentalmente como una resistencia, sino más bien como una fuerza psicológica que dirige la mente hacia el crecimiento. Esto lo subraya de manera específica Kohut (1994) con su concepto de las transferencias

*self*objeto. A través de ellas, el paciente pide al analista aquello que le falta para incrementar su desarrollo: que acepte y reconozca sus fantasías de grandiosidad, que le permita identificarse con él como objeto idealizado y que, de esta manera, pueda participar de esta idealización, y que se le admita como ser igual entre los otros. De la misma manera, Ferenczi (1924, 1929, 1931, 1932), Winnicott (1954, 1960, 1965, 1969) y Balint (1968), entre otros, nos hablan de la regresión en la transferencia como una expresión de la capacidad del sujeto hacia la autocuración. De acuerdo con estos autores, la mente tiende siempre a alcanzar un desarrollo lo más completo posible, y cuando se dan las condiciones adecuadas, como son el *setting*, la disponibilidad y la relación adecuada que ofrece el analista, esta tendencia se presenta con toda su energía a través de la relación que el paciente establece con su terapeuta.

El modelo de transferencia como organización no deja de tener en cuenta que el estrecho vínculo que se establece entre analizado y analista, a través de la metodología psicoanalítica, hace que la influencia del mundo objetal interno del primero adquiera una fuerza explosiva, cosa que, posiblemente, ha deslumbrado a generaciones de psicoanalistas y no ha dejado ver todo el gran abanico de vivencias que se están expresando en el fenómeno que denominamos transferencia. Pero lo que pienso que no se puede sostener es que la transferencia se reduzca a esta proyección de las relaciones objetales infantiles en la figura del analista. Además, en el modelo de la transferencia como organización ésta siempre posee, al menos, un grado de plausibilidad, porque no depende únicamente de la situación mental del analizado, sino que se encuentra vinculada a las características personales del analista, su estilo, sus ansiedades, su forma de seleccionar la comunicación para sus intervenciones, etc.

Quizás ahora se pueda entender mejor por qué he dicho que en la situación analítica no puede haber diferencia entre transferencia y una supuesta relación «real», ya que toda situación, dentro y fuera del análisis, es vivida, fatalmente, a través de la influencia continuada de las experiencias anteriores. Pero esto no debe entenderse, a mi parecer, en el sentido de que hay una propiedad específica del proceso analítico que hace que, en el curso del mismo, las patológicas e infantiles relaciones objetales internas proyectadas en la figura del analista la desfiguren y no dejen ver su realidad verdadera (Strachey, J., 1934), porque pensar esto presupondría que hay una realidad del analista que él mismo y nosotros, los que no somos el analizado, conocemos y compartimos, mientras que este último deforma una realidad sobre la que hay un consenso. Esto es una falacia. Existirían opiniones muy diversas, si hiciésemos una encuesta, entre todos los que le conocen, sobre la personalidad de cualquier analista que está llevando a cabo un tratamiento. Como he señalado antes, a pesar de que, convencionalmente hablando, hay una supuesta realidad externa que todos compartimos, cada uno la percibe, la organiza y la juzga a su manera. Nosotros, los analistas y los no analistas, no sabemos con certeza cuál es la realidad de la persona de un determinado analista, de la misma manera que los físicos no conocen la última realidad de la materia que investigan. Con un poco de humor, podemos decir que tan sólo el *daimon* de Laplace sabe, con certeza, cuál es la verdadera «realidad» de cada analista.

Soy consciente de que contra esta argumentación cabe la objeción de que la verdadera realidad del analista no es su personalidad particular, sino su «función analítica» de dar el espacio adecuado, organizar y cumplir el *setting*, escuchar, comprender, dar comprensión, etc. Y que esta función es la que altera y enmascara el analizado con sus proyecciones, no la personalidad «real» propia del analista, que no es la que interesa. Pero también podemos contra argumentar que esta objeción es ingenua y comporta una fuerte dosis de idealización, ya que la función analítica no la lleva a cabo un espíritu puro e incorpóreo, sino una persona real, con todos sus rasgos idiosincrásicos y singulares y con su estilo individual. Quiero decir, con esto, que la supuesta distorsión del analista a causa de la transferencia no es otra cosa que la misma influencia del pasado que tiene lugar, constantemente, en todas las circunstancias de nuestra vida, a las que organizamos de acuerdo con nuestras experiencias pretéritas. La intensidad emocional de la relación del analizado con el analista no nos ha de hacer olvidar este principio organizador, general e inapelable.

4.3.6.Elementos básicos en la organización de la transferencia

Si ahora nos preguntamos cuáles son los elementos fundamentales sobre los que el pasado organiza la transferencia, creo que podemos diferenciarlos en cuatro grandes grupos:

1.º El primero de ellos está constituido por todos los recuerdos, conocimientos, habilidades y experiencias conscientes. Me parece que no hace falta insistir sobre ello.

2.º El segundo grupo se encuentra formado por todos los factores propios del inconsciente dinámico, el inconsciente clásico psicoanalítico, del que depende gran parte de nuestro comportamiento, así como los síntomas, trastornos de la personalidad, mecanismos de defensa, etc. A mi entender, una cuestión que no podemos, de ninguna manera, dejar de lado es que todo el edificio teórico del psicoanálisis ha estado construido sobre la base de la memoria declarativa, que es la que da lugar al almacenaje de los hechos específicos, acontecimientos, conocimientos, etc., los cuales pueden ser recordados conscientemente en un momento determinado, voluntaria o involuntariamente, y que también pueden ser olvidados y, en otro momento, rescatados del olvido. Esta memoria se divide en semántica, que es la memoria general de nuestros conocimientos y de los sucesos de nuestra vida, y episódica, que es la memoria que se refiere a los hechos concretos y puntuales. Ahora sabemos que no existe una sola memoria, sino diversos sistemas de memoria. Tal cosa creo que debe llevar a una revisión extensa de toda la teoría psicoanalítica.

3.º El tercer grupo de influencia en la organización de la transferencia está compuesto por las memorias implícitas recogidas en el inconsciente de procedimiento que, como ya he expuesto, no es un inconsciente reprimido, y de la existencia del cual, sin que aquí corresponda extenderme en esto, pienso que no podemos dudar en el momento actual después de las investigaciones de la neurociencia y de la psicología cognitiva. La memoria implícita o no declarativa incluye, entre otras, la memoria de la configuración y

forma (*priming memory*), la memoria emocional y la memoria de procedimiento, la cual incluye el reflejo condicionado, las respuestas emocionales condicionadas, la memoria de habilidades —como por ejemplo, ir en bicicleta, nadar, escribir, esquiar, etc.—, de hábitos y de rutinas y la memoria de esquemas relacionales. Esta memoria involucra los ganglios basales y su rendimiento persiste a pesar de la existencia de lesiones en el lóbulo temporal medio. Ésta es la memoria que los investigadores consideran más importante para las pautas y hábitos de la relación interpersonal.

La situación se nos presenta compleja si nos damos cuenta de que este tercer grupo, el de la memoria de procedimiento, incluye el condicionamiento clásico, expuesto por primera vez por Pavlov (1927) con el nombre de *conditional reflex*, conocido por todos. Si digo que se debe incluir, siguiendo en esto a Davis (2001), es porque este condicionamiento es mucho más complejo de lo que se había pensado durante muchos años. Davis dice:

Después de décadas de investigación, los teóricos del aprendizaje han demostrado que el condicionamiento clásico es, de hecho, un proceso de alto nivel, capaz de representar complejas relaciones temporales, espaciales y lógicas entre los acontecimientos y el contexto en el que tienen lugar. Estas complejas representaciones —particularmente la información en cuanto a predicción de los hechos— forman la base primaria de las expectativas de un organismo en torno a la naturaleza de los acontecimientos futuros (p. 452; la traducción es mía).

Por tanto, ahora sabemos que estos condicionamientos no influyen únicamente en la aparición de respuestas pasivas delante de un determinado estímulo o situación, sino que, en virtud de que comportan unas determinadas expectativas, rigen activamente la conducta del sujeto en la búsqueda de los objetivos que espera alcanzar o pretende evitar, tanto en la vida cotidiana como en la situación analítica.

Gran parte de nuestra vida está insensiblemente regida por la memoria no declarativa, ya sea en forma de habilidades automatizadas, pautas de comportamiento relacional o condicionamientos, pertenecientes al inconsciente no reprimido y que, por tanto, nos son muy difíciles de contrarrestar reflexivamente. Uno de los aspectos en los que esta acción de la memoria de procedimiento es más notable es aquel que hace referencia a la manera como percibimos el mundo que nos rodea. De la misma manera que cada pintor, delante de un paisaje, lo transporta a la tela de acuerdo con su temperamento, su aprendizaje y su escuela, así cada sujeto ve los seres y las circunstancias que le rodean según sus experiencias previas y las expectativas que forman parte de sus condicionamientos arraigados en la memoria no declarativa, es decir, según su dispositivo observacional. A la vez, la manera como el sujeto percibe el mundo externo y los otros desencadena en estos últimos un tipo de respuestas que tienden a confirmar sus expectativas, y a convertir en más inamovibles lo que podemos llamar sus teorías relacionales y el propio sentimiento de sí mismo (*self*). Esto hace que los sujetos en los que el equipo de emociones, condicionamientos, respuestas y pautas de comportamiento que constituyen su memoria no declarativa, posee una estructura fundamentalmente basada en la ansiedad y medidas defensivas vayan repitiendo una y otra vez los mismos comportamientos inadecuados,

conflictivos y frustrantes para los otros y para ellos mismos, produciéndose un refuerzo en las expectativas de decepción y hostilidad. Este mecanismo explica, sin duda en combinación con los conflictos intrapsíquicos que forman parte del inconsciente reprimido, la dificultad que encontramos en conseguir cambios en nuestros analizados. No es necesario, por tanto, recurrir a una compulsión de repetición o a una supuesta pulsión de muerte para explicar estas repeticiones. Los sujetos con personalidad de características paranoides son el mejor ejemplo de lo que acabo de decir.

4.º A causa del gran valor que siempre se ha dado al componente emocional del *insight* en la teoría psicoanalítica, hasta el punto que muchos autores consideran que sin este componente emocional el *insight* no posee ninguna eficacia terapéutica, creo importante tener en cuenta la distinción que Le Doux, citado por Davis (2001), lleva a cabo entre la memoria declarativa de una situación emocional y la memoria emocional de la misma, ya que esta última puede quedar incluida dentro del condicionamiento clásico no declarativo. Es decir, debemos distinguir entre el recuerdo que una persona tiene de la emoción que sintió ante una situación concreta y el hecho de que, frente a algo que, consciente o inconscientemente le recuerde aquella situación, surja de nuevo como vivencia, no como recuerdo, aquella emoción. Esto es la memoria emocional. Delante del estímulo que pueden representar para el analizado sus propias asociaciones, algunas intervenciones por parte del terapeuta y determinadas situaciones durante el proceso psicoanalítico, pueden presentarse movimientos emocionales como respuesta condicionada, sin que el analizado conozca el origen de tales emociones. Estas emociones condicionadas pueden provocar en el analizado inhibiciones y comportamientos de evitación, defensivos, de agresividad, etc., que obstaculizan gravemente la marcha del proceso si no son reconocidas y, por el contrario, son interpretadas como resistencias. Por ejemplo, determinadas actitudes o intervenciones por parte del analista pueden ser asociadas con actitudes de los padres que daban lugar a respuestas del tipo que acabo de citar, y si éstas no son correctamente interpretadas puede producirse un encallamiento del proceso. Todo esto hace que lo que podemos llamar tono emocional de un análisis esté fundamentalmente motivado por las respuestas condicionadas, las cuales resultan estimuladas por las diversas situaciones e interacciones que van produciéndose.

4.3.7. La memoria de procedimiento en la relación analizado-analista

A pesar de que al hablar de memoria de procedimiento suele pensarse casi siempre en la memoria para las habilidades motoras o psicomotoras lo que más interesa para el análisis es la memoria relacional, la memoria que los autores reunidos en el Boston Change Process Study Group (Lyons-Ruth, K., Nahum, J., Sander, L., Stern, D., y Tronick, E.) llaman *conocimiento relacional implícito*. Esta memoria se inicia inmediatamente después del nacimiento, a medida que el bebé empieza su aprendizaje de la relación humana a través de la interacción con sus padres y otras personas que cuidan de él. La continuada interacción bebé-padres da lugar a que el primero construya un conjunto de respuestas frente a la relación con los otros, las cuales se ponen en marcha

sin reflexión consciente y conforman la base de lo que podemos denominar su estilo de relación, el *conocimiento relacional implícito*, el cual, como es de esperar, estructura la relación del analizado con el analista.

Según el punto de vista de los autores ya citados del Boston PCSG (1998), fundamentados principalmente en sus investigaciones de la relación bebé-padres, en el curso del proceso psicoanalítico la continuada interacción analizado-analista permite momentos de encuentro de las dos mentes (*meeting of minds*), los cuales hacen emerger una *relación implícita compartida* que produce un cambio en los modelos de relación con los otros en cada uno de los dos protagonistas.

Subrayan estos autores, y con ello reafirman un juicio muy extendido actualmente en el pensamiento psicoanalítico, que no son la interpretación y el *insight* consciente del conflicto intrapsíquico los agentes terapéuticos exclusivos o principales, sino que hay que tener en cuenta el papel de la nueva experiencia de relación que se establece entre analizado y analista en lo que se refiere a la promoción de cambios en la mente del primero.

Quiero insistir en dos puntos concernientes a la opinión que acabo de expresar. Uno es que la valoración de la nueva experiencia de relación, y de los cambios que ésta puede producir en la memoria de procedimiento de las pautas y esquemas de la relación con los otros, no debe ser vista como una desvalorización de la interpretación y el *insight* consiguiente, sino como algo que se añade a éste. El segundo punto es que, según mi criterio, a pesar de que las pautas de relación acumuladas en la memoria de procedimiento, o el conocimiento relacional implícito si queremos decirlo así, no pertenecen al inconsciente reprimido, también pueden llegar a hacerse conscientes mediante las interpretaciones del analista, ya que éstas pueden hacer ver al analizado sus maneras repetitivas y desajustadas de relacionarse con los otros, y con él mismo, en determinadas situaciones. Por tanto, hemos de considerar que el valor de las interpretaciones es doble, ya que pueden ser dirigidas a hacer conscientes las fantasías y significados que permanecen en el inconsciente reprimido, y también a poner de manifiesto aquellos comportamientos mentales y relacionales desencadenados por la memoria acumulada en el inconsciente de procedimiento no reprimido. Esto puede permitir al analizado caer en la cuenta de las formas automatizadas y repetitivas que despliega en sus relaciones con los otros y delante de determinadas circunstancias, y así modificarlas reflexivamente. Un buen ejemplo de lo que acabo de decir, aunque sea poco académico, es el caso de una persona que ha aprendido a nadar a su manera, o sea de mala manera. Los movimientos natatorios defectuosos formarán parte de su memoria de procedimiento y no puede modificarlos por sí mismo. Pero si más adelante se pone en manos de un entrenador, éste le advertirá de los movimientos inadecuados, y la persona tomará conciencia de ellos y tratará de ir modificándolos con un esfuerzo de reflexión y atención. Pero la mejoría que alcanzará será más bien limitada, aunque variará según la edad. La psicomotricidad que forma parte de la memoria de procedimiento de estos movimientos se halla muy enraizada en los circuitos neuronales y no puede cambiar por completo. Lo mismo ocurre, para poner otro ejemplo, con los violinistas que, a causa de

un mal aprendizaje, poseen una digitación defectuosa. Los profesores de violín saben que, a partir de la adolescencia, estos problemas tienen muy difícil solución pese a los esfuerzos del profesor y del practicante. Como anécdota que ilustra este hecho podemos recordar que en 1835 Giuseppe Verdi solicitó, cuando contaba dieciocho años, ser admitido como becario en el Conservatorio de Música de Milán. Después de interpretar algunas piezas en el piano delante del comité de admisión, de acuerdo con los procedimientos habituales, fue rechazado. El dictamen del comité se basó en que el aspirante colocaba las manos sobre el teclado de manera defectuosa —en realidad, Verdi había aprendido a tocar el piano de muy niño, sin ayuda de profesor a causa de la pobre economía de sus padres— y que a esta edad, ¡dieciocho años!, ya no se le podría corregir. Los miembros del comité, sin haber estudiado neuropsicología, sabían lo que decían. ¡Los malos hábitos psicomotores adquiridos en edades tempranas jamás se corrigen totalmente! Verdi fue un compositor genial, pero nunca hubiera sido un gran pianista.

He llevado a cabo esta pequeña digresión deportivo-musical porque también en el análisis nos encontramos, por lo que he venido diciendo en este apartado, con respuestas emocionales y estilos de relación que sólo cambian muy limitadamente pese al *insight* del analizado, no porque expresen un conflicto intrapsíquico insoluble o una resistencia insalvable, casos que, evidentemente también pueden darse, sino porque se hallan profundamente grabados en los circuitos neuronales de la memoria de procedimiento. El analizado, como el nadador o los violinistas, pianistas, etc., puede ser consciente de estas respuestas emocionales y de estas pautas de relación inadecuadas y lograr que permanezcan limitadas y no perturben excesivamente su vida, pero no que desaparezcan por completo. Lo que sí puede es construir otras pautas y respuestas que, hasta cierto punto, inhiban y se superpongan a las primeras (Sandler, J. y Sandler, A.M., 1993).

Pienso que, con respecto al inconsciente de procedimiento y el conocimiento relacional implícito, son muy valiosas las ideas de Bollas (1987) sobre lo que él llama aquello que es «sabido y no pensado» (*the unthought know*). Bollas se refiere al hecho de que el sujeto ha sido tratado por los padres según un cierto modelo, siguiendo una determinada lógica podemos decir, y, a consecuencia de la internalización de este modelo, más adelante él trata su *self* como un objeto de acuerdo con este modelo. Dice este autor: «La madre enseña al niño su lógica, la cual queda incluida parcialmente en la lógica de ser y relacionarse del niño» (p. 279; la traducción es mía). Vemos, pues, que sin mencionar el inconsciente de procedimiento, que probablemente no conocía cuando escribió este trabajo, Bollas nos habla de un conocimiento implícito de la relación con el propio *self*, que después, mediante la identificación proyectiva, se traslada al campo de la intersubjetividad.

Si he citado las aportaciones de Bollas, es porque, además de su interés, considero importante señalar el hecho de que, desde hace décadas, hay numerosos autores que, apoyándose en su práctica analítica, han llegado a la conclusión de que en la base del comportamiento y la patología de muchos analizados hay algo más que aquello que nos explican las teorías psicoanalíticas fundamentadas tan sólo en la memoria declarativa, la

represión y el conflicto intrapsíquico. En mi opinión, la experiencia analítica nos revela que la interacción de los sujetos con los otros, o sea su conocimiento relacional implícito, refleja, con fuerte claridad, la manera como tratan su *self* como un objeto. De la misma manera que los padres han establecido un tipo de relación con el niño, le han proporcionado un medio ambiente, más o menos favorable o desfavorable, y le han hecho crecer, en definitiva, dentro de una peculiar matriz «cultural», lingüística y social, el sujeto, más adelante, reproducirá este trato recibido e internalizado con su modo de construir su entorno peculiar, establecer su mundo relacional, buscar la satisfacción de sus necesidades, etc. Suponemos que la idoneidad o falta de ella en el estilo relacional de cada sujeto dependerá, en gran manera, del grado de adecuación del trato recibido, incorporado y repetido hacia el propio *self* como un objeto. En el curso del proceso analítico, la comprensión de aquello que es sabido y no pensado podrá dar lugar a cambios en la relación con el *self* como un objeto.

4.4. La colaboración del analizado está integrada en su pasado

El pasado, como hemos visto, influye en la organización de la situación analítica a través de todas las experiencias, recuerdos y conocimientos conscientes, de todo aquello que se encuentra en el inconsciente reprimido (elementos estos que constituyen la memoria declarativa y explícita) y del conjunto de memorias, condicionamientos, experiencias, pautas de relación, expectativas, etc., que, como memoria implícita o de procedimiento, forman el inconsciente no reprimido.⁶⁸

Me parece, también, que lo que he dicho apoya mi anterior afirmación de que la alianza o actividad de colaboración por parte del analizado, si preferimos decirlo así, no es una relación real, en el sentido que sostiene la psicología del yo, una relación completamente al margen de la transferencia, porque esto no puede existir. Pero como ya he subrayado, tampoco es una relación transferencial en el sentido habitual del término, es decir, en el sentido de que la transferencia es, básicamente, la proyección en el analista de las pulsiones y las fantasías inconscientes dirigidas hacia objetos internos primarios. Si fuese de esta última manera, el analizado nunca podría colaborar ni hacerse cargo de las interpretaciones, porque si el yo estuviera totalmente sumergido en una relación con un objeto interno confundido con el analista siempre exigiría las gratificaciones correspondientes, sea de las pulsiones libidinales o de las agresivas, y para explicar la colaboración, que es totalmente imprescindible, tendríamos que volver a recurrir a un yo escindido del yo transferencial, y, por tanto, a un yo en una relación «real», cayendo en un pensamiento circular y repetitivo. Pienso que no es adecuado apoyarnos, para explicar esta colaboración, en la teoría de Strachey (1934) en torno a la interpretación mutativa, ya que en todo caso, de acuerdo con esta teoría, si el analizado puede distinguir al analista del objeto arcaico gracias a la interpretación, ha de ser porque posee un yo orientado a la realidad y escindido del yo transferencial. Me inclino más a creer que si el analizado desarrolla la capacidad de establecer una relación de colaboración, es porque organiza su experiencia con el analista bajo la influencia total de su pasado, consciente e

inconsciente, reprimido y no reprimido, dinámico y de procedimiento, intrapsíquico e interpersonal, y me parece evidente que, sea cual sea su patología y dado que ha sobrevivido, ha colaborado con sus primeros objetos y con muchas personas a lo largo de su vida. No creo que la alianza y la actitud de colaboración puedan surgir de otra cosa que del amor hacia los objetos y también de las pautas de relación positivas estructuradas en la memoria de procedimiento. Y pienso que esta actividad colaboradora se desarrolla a través de la continuada e ininterrumpida interacción paciente-analista.

4.5. Transferencia como fenómeno universal y transferencia analítica

4.5.1. El problema de los artefactos transferenciales

De acuerdo con todo lo que precede, la transferencia, como fenómeno universal, es la manera como los seres humanos organizan cualquier situación bajo la influencia de todas sus experiencias pasadas. Ahora bien, creo que hemos de diferenciar la transferencia universal, que tiene lugar en las situaciones que podemos considerar habituales en las vidas de los seres humanos, más o menos previstas y acostumbradas dentro de límites razonables, de la transferencia que tiene lugar en situaciones insólitas, extraordinarias o que producen gran tensión en el sujeto que se encuentra en ellas. Como es de esperar, en estas circunstancias surgen formas de organización que, aunque inevitablemente basadas en todas las experiencias previas y en la constitución biológica del individuo, no representan sus maneras usuales de proceder y, a causa de ello, podemos decir que si ocupáramos un papel de observadores no nos serían muy útiles para hacernos cargo de la idiosincrasia y estilo personal de tal ser humano en las condiciones que puedan considerarse habituales.

Pues bien, creo que es en este sentido que es preciso tener en cuenta que la transferencia analítica se presenta en una de estas situaciones insólitas, desacostumbradas y que producen gran tensión en el sujeto que las vive y, por tanto, provocan respuestas también insólitas y excepcionales. Con ello quiero señalar que la transferencia analítica es distinta de la transferencia universal presente en la vida cotidiana, ya que es un artificio situacional, algo no natural creado por la peculiar metodología psicoanalítica. Para entender mejor lo que yo estoy planteando, creo que puede ser provechoso comparar la transferencia analítica con las llamadas «pruebas de esfuerzo», empleadas para comprobar el estado cardiovascular de una persona. En estas pruebas, tal como su nombre lo indica, se somete al sujeto a un esfuerzo fuera de lo habitual en las circunstancias ordinarias de la vida, haciéndole correr sobre una cinta o pedalear en una bicicleta estática, etc., al tiempo que se halla conectado con una máquina que mide sus respuestas fisiológicas frente a este esfuerzo. Esto es lo que le interesa a la medicina, comprobar estas respuestas para sacar de ellas las conclusiones que sean y establecer los diagnósticos pertinentes. Pero a ningún médico se le ocurrirá deducir de dichas pruebas que las reacciones fisiológicas que se presentan mientras el sujeto corre por la cinta, por ejemplo, como son taquicardia, hiperpnea, incremento de la tensión arterial, sudoración,

sensación de fatiga, etc., representan las características físicas de este sujeto en las condiciones normalmente propias de su vida, sino que tendrá en cuenta que han sido obtenidas en un escenario muy particular que no puede generalizarse al resto de su existencia. Por ejemplo, aunque el sujeto esté totalmente sano, en una prueba dura de esfuerzo, si el esfuerzo solicitado es suficientemente intenso y prolongado le llevará a alcanzar el nivel máximo de ritmo cardíaco posible para su edad y a jadear fuertemente, y de esto el examinador no deducirá que tal sujeto sufre taquicardia y asma.

Al igual que las pruebas de esfuerzo, por tanto, la transferencia analítica resultará muy útil para examinar las funciones mentales del analizado siempre que no olvidemos que la situación analítica es una situación excepcional que provoca respuestas excepcionales. Por ejemplo, el hecho de que un analizado manifieste desazón, ansiedad, irritación, rabia, etc., por el hecho de que el analista, invisible y silencioso detrás del diván, se limite a formular interpretaciones ante sus preguntas o tras la comunicación de sucesos dolorosos para él, no puede ser, sin más, ser equiparado con una expresión de sadismo y ataque al objeto.⁶⁹ Es decir, creo que en un intento de revisión del concepto de transferencia no podemos olvidar lo que pienso que son los *artefactos transferenciales*. Con esta denominación quiero referirme a movimientos emocionales del tipo que sea, fantasías, formas de comportamiento, impulsos, etc., y de los que, aunque habitualmente considerados como fenómenos transferenciales, cabe pensar que son reacciones provocadas por las especiales condiciones del *setting*. No me cabe duda de que la distinción es sutil y vidriosa, puesto que sean las condiciones que sean, todas las respuestas emocionales que se presentan tienen que ver con la mente del analizado, de manera que otro sujeto, en las mismas condiciones y con el mismo analista, diferirá, en poco o mucho, en su clase de respuestas. Pero, de todas maneras, tanto el sentido común como la experiencia nos muestran que cualquier organismo, en condiciones desacostumbradas o, incluso, extremas, exhibe respuestas, físicas y psíquicas, que no son las que constituyen lo que podemos llamar su forma de ser auténtica y natural, su verdadera idiosincrasia. Para poner otro ejemplo, el hecho de que un sujeto sufra una crisis de ansiedad frente a una situación de gran presión no significa que se trata de alguien proclive a la ansiedad, ni el que alguien se sienta deprimido después de sufrir una pérdida de graves consecuencias indica que se trata de una persona con una estructura depresiva.

Digo lo que antecede porque un tratamiento psicoanalítico es algo muy serio y, a la vez, totalmente fuera de las normas usuales de relación interpersonal. El analizado se pone en manos de alguien desconocido para él o ella, a quien atribuye unos conocimientos científicos y unas capacidades personales suficientemente importantes para depositar en él o en ella su confianza y sus esperanzas. Y, a partir de este momento, se encuentra con que, para obtener la ayuda que precisa, ha de aceptar unas condiciones, las del *setting*, realmente duras, severas, totalmente insólitas e incluso inaceptables en la realidad de la vida cotidiana en la que ha vivido siempre. No creo que ningún analista sea tan insensible como para poder negar la dureza de estas condiciones. A las exigencias de tipo material (tiempo, economía, compromiso, horario, larga duración, etc.) se suman las

características de la relación analítica. El paciente se ve obligado a hablar, tumbado en un diván, sin ver a su interlocutor, quien se muestra distante y reservado, y de quien únicamente obtiene breves interpretaciones acerca del significado inconsciente de aquello que ha comunicado, lo cual constituye una situación que va en contra no sólo de las experiencias vividas durante toda la vida, si se trata de un adulto, sino también de lo que se ha llamado el instinto del lenguaje (Pinker, S., 1994) y de la fisiología del diálogo. Se trata de una situación enteramente artificial, y todas las situaciones artificiales provocan respuestas igualmente artificiales, es decir, artefactos transferenciales.⁷⁰ Creo que debemos ser muy cuidadosos en no confundir estas respuestas con la externalización de la verdadera estructura mental del analizado y, muy especialmente, con una supuesta patología, por más que estas respuestas siempre, como es de esperar, tengan algo que ver con el estado mental de quien las produce. ¿Es acaso muy sorprendente que el analizado responda a esta situación inusitada intentando defenderse, por ejemplo, con una absoluta idealización del analista y el análisis, lo cual le permite someterse sin sentirse excesivamente herido y humillado, o, por el contrario, con reacciones de rabia y agresividad?

A mi juicio, esta posibilidad de que aparezcan artefactos transferenciales, como no es de extrañar, es más o menos acusada según el modelo con el que trabaja el analista y según su estilo y personalidad. La lectura de trabajos en los que se incluye material clínico muestra aquello que ya me dicta el sentido común y mi propia experiencia, es decir, que cuanto más distante, frío, anónimo, imperturbable, etc., se muestra el analista, y, muy especialmente, cuanto más insiste en interpretar una y otra vez la llamada transferencia negativa, es decir, sadismo, envidia, malevolencia, arrogancia, ataque a la comprensión y a las interpretaciones, etc., en las asociaciones y comportamiento del paciente, más artefactos transferenciales aparecen, ya sea en forma de sumisión, sentimientos de culpa —porque el analizado se culpabiliza de la actitud que siente hostil por parte del analista—, depresión, etc., o en forma de respuestas agresivas hacia el análisis y el analista. Recordemos que ya un analista como H.R. Rosenfeld, que tanto había trabajado con los temas de agresividad y narcisismo destructivo, en su último libro *Impasse and Interpretation* (1987), recomienda ser muy prudentes en la interpretación de la transferencia negativa y emplearla sólo en contadas ocasiones.

Como ya subrayó Ferenczi (1924, 1932), algunos estilos de relación analítica retraumatizan al analizado, quien, en lugar de encontrar la ayuda que precisa y que le ha impulsado al análisis, vive de nuevo la misma situación de carencia afectiva, culpabilización y frustración que provocan rabia, agresión y nueva culpabilización en un círculo inacabable. En estas circunstancias, si el analista insiste en interpretar las pulsiones agresivas y destructivas como causa del malestar y la actitud del analizado, con ello sólo puede conseguir o bien que el paciente se sienta malvado e intente ser «bueno» sometiéndose a las interpretaciones, o que se sienta más y más herido y responda con rabia, agresividad y subsiguiente culpabilización.

Mi experiencia concuerda con la de Fairbairn (1952) en el sentido de que cuando los objetos de la infancia han sido vividos como deficientes y malos —cosa muy frecuente

en los sujetos con patología psíquica importante— el sujeto continúa internamente aferrado a ellos porque es lo único que tiene y, para salvarlos, se siente malvado, culpable y merecedor del maltrato que recibió en la infancia y que sigue recibiendo ahora por parte de estos objetos internalizados. Una analizada mía fue descubriendo, con sorpresa, en el curso del análisis, que ella no fue, en la infancia, la niña mala, desobediente, que cometía pequeños hurtos, etc., pero que ella siempre lo había asumido así, porque de lo contrario, dijo, los padres hubieran sido los malvados. Siendo malvado y culpable, el sujeto mantiene la esperanza de unos objetos buenos que pueden salvarle. Las interpretaciones dirigidas a mostrar envidia, agresividad, impulsos destructivos, etc., confirman estos sentimientos de ser malvado y refuerzan la situación, ante la cual el analizado no tiene otra salida que el sometimiento para, igualmente, salvar al analista y pagar él por su culpa. Yo creo que sólo si el paciente siente al analista como un objeto bueno puede librarse de esta necesidad de ser malvado y culpable para salvar a sus malos objetos internos. Y pienso que esto que estoy diciendo queda confirmado por la experiencia de aquellos, psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, etc., que se ocupan de niños con familias patológicas. Por descuidados, negligentes, agresivos, etc., que sean los padres, los niños no los culpabilizan, sino que se sienten malos y culpables, y no quieren separarse de ellos aunque les ofrezcan la posibilidad de vivir en otros hogares más acogedores. Sólo cuando llegan a convencerse de la bondad de las personas que los tratan aceptan la separación.

Ocurre que, revisando la literatura psicoanalítica, vemos que en algunos trabajos el analista se esfuerza en señalar la existencia de envidia, pulsiones agresivas, rivalidad, intentos de anular la mente del terapeuta, engaño, arrogancia, destructividad, etc., en el material clínico del analizado. Pero, ante esto, cabe preguntarse hasta qué punto la supuesta⁷¹ presencia de tales elementos no se debe, precisamente, al modelo y estilo de trabajo del analista.

4.5.2. La falsa dicotomía analistas más humanos y analistas menos humanos

Al llegar aquí, quiero hacer una advertencia que juzgo muy importante. Con frecuencia se habla de analistas de trato «más humano» en el trato con sus pacientes, de lo cual parece deducirse que aquellos que no merecen este calificativo despliegan un trato inhumano, o, dicho más suavemente, «menos humano». Este lenguaje coloquial suele desplegarse en círculos psicológicos y psicoterapéuticos más o menos cercanos a las instituciones psicoanalíticas, aunque, a veces, se desliza también en ámbitos propiamente psicoanalíticos. Como puede suponerse, los criterios para establecer esta clasificación son variables y dependen de quien intenta llevarla a cabo. Pues bien, lo que quiero dejar claro es que esta diferenciación entre analistas de trato «más humano» y otros de trato «menos humano» es falsa. Como principio general —salvando, como es lógico, todas las circunstancias individuales que pueden darse—, todos los analistas tienen un trato humano con sus analizados, es decir, los tratan de la manera que consideran que es más beneficiosa para la ayuda que precisan y para que puedan desarrollar al máximo su

personalidad y sus capacidades potenciales. En esto, y no en otra cosa, consiste dar un trato humano. Lo que sucede, y aquí radica la complicación, es que quienes despliegan un estilo de relación analítica y quienes despliegan otro distinto sostienen diferentes opiniones acerca de cuál es el trato que mayor ayuda presta a los analizados, por tanto, acerca de cuál es el trato más humano. Por tanto, nadie puede decir que determinado estilo relacional o modelo de trabajo con los analizados sea más humano o menos humano que otros, porque, como trato de mostrar a lo largo de todo el libro, nadie está en posesión de la verdad. Así pues, lo que me interesa poner de relieve es que esta dicotomía entre analistas de trato más humano y otros de trato menos humano es absolutamente falsa. Como norma general hemos de suponer que todos, unos y otros, se comportan con humanidad, salvadas las inevitables diferencias por las peculiaridades de cada personalidad, de acuerdo con su empeño en ayudar lo más que pueden a sus analizados, según el modelo con el que trabajan.

Estas diferencias en el estilo de relación y en las pautas interpretativas dependen de la teoría en la que confía el analista y de su personalidad. Creo que a lo largo de este capítulo ya he ido señalando suficientemente, aunque de manera sucinta, estas diferencias entre los dos grandes bloques en los que, en el momento presente, se agrupan las escuelas psicoanalíticas. Uno es el formado por aquellas escuelas que siguen el modelo de la mente como el resultado de la evolución de estructuras internas innatas y del desarrollo e incidencias de pulsiones libidinales y destructivas que buscan su descarga, y el otro es el que engloba a aquellas escuelas que consideran al ser humano como esencialmente social desde su propia constitución biológica, con la búsqueda de contacto con el objeto como motivación primordial, y a la mente como el resultado de la interacción continuada del sujeto con el entorno social y cultural en que nace y se desarrolla. Como es de esperar, cada analista establece su tipo particular de relación con el analizado según sus características personales y las teorías con las que trabaja.

4.5.3.El temor a ser un «buen objeto» y la neutralidad

Creo conveniente comentar dos puntos estrechamente vinculados a los temas que he estado comentando en los dos últimos apartados. El primero de ellos concierne a lo que se ha dado en llamar el error de presentarse como un «buen objeto», y el segundo a la neutralidad. Ambas cuestiones se hallan en relación con el desarrollo y la interpretación de la transferencia.

Antes he afirmado la necesidad de que el paciente perciba al analista como un buen objeto, para que le sea posible librarse de sus malos objetos internos. Creo que es importante que me detenga aquí un momento para realizar algunas reflexiones. Sucede que en gran parte de la comunidad psicoanalítica existe la idea, tan enraizada que parece que se trata de una verdad totalmente indiscutible, de que es un grave error técnico hacer o decir algo que pueda dar lugar a que el analizado viva al analista como un «buen objeto». Esta regla técnica impera, principalmente, en los ámbitos en los que se considera, como ya he dicho en otro momento, que el desarrollo y la patología de la

mente se hallan estrechamente vinculados a la pulsión de muerte, o destructiva según los autores, y que la misión del analista estriba en descubrir e interpretar esta pulsión en la transferencia, para que el analizado se haga consciente de ella. Desde este modelo, se juzga que cualquier intervención del analista, en el sentido más amplio de la palabra, que pueda hacerle aparecer ante los ojos del analizado como un «buen objeto» impedirá la aparición en la transferencia de las manifestaciones propias de las pulsiones destructivas y, por tanto, el análisis de ellas y el *insight* necesario por parte de aquél. Así, por ejemplo, algunos analistas adscritos a este modelo juzgan que comporta un fuerte riesgo acceder a las demandas que pueden producirse con relación a modificaciones horarias, vacaciones, viajes, asistencia a cursos o reuniones, etc., o también el hecho de ofrecerle alguna muestra de simpatía, afecto y valoración, puesto que, piensan, ello dará lugar a que el analizado lo sienta como un buen y complaciente objeto, y ello paralizará, por inhibición, agradecimiento, etc., la aparición de la transferencia negativa; o, por el contrario, que puede acentuar esta última debido a la envidia que puede desencadenar la capacidad del analista de atender a las demandas, de suplir todas las necesidades del analizado, etc. A mí me parece que esta pauta técnica confirma lo ya expuesto en cuanto a la transferencia de sentimientos y pulsiones negativas. Ésta se presenta con mayor frecuencia frente a actitudes que el paciente siente como extrañas, desacostumbradas en el ambiente socio-cultural en el que él y el analista viven y que a él le parecen —pese a las excelentes intenciones del analista de no interferir en el desarrollo de la transferencia— como reveladoras de severidad, distanciamiento, rigidez, autoritarismo e insensibilidad frente a sus necesidades. Tal vez puede discutirse sobre los riesgos técnicos de que el analizado perciba al analista como un buen objeto, pero lo que me parece indiscutible es que será improductivo e, incluso, iatrogénico que lo perciba como un mal objeto, como otro de los malos objetos que han existido en su vida.

En mi opinión, la manera de evitar tanto las respuestas de sumisión y adaptación como el atrincheramiento en una reacción agresiva por parte del analizado es que éste perciba al analista como un «buen objeto terapéutico». Esto último obliga a la necesaria flexibilidad en el *setting*, porque de lo contrario el analizado siente que el terapeuta está más interesado en aferrarse a sus teorías, cuando no a su ideología, que en procurar atender las necesidades y el bienestar de sus analizados, con lo cual la conflictiva edípica, si es que existe, se acrecienta en lugar de resolverse. Ser un buen objeto terapéutico también conlleva construir una relación, aunque asimétrica, sin autoritarismo, en la cual el analizado se sienta tratado como un igual, no como un enfermo, y en la que sus opiniones y percepciones sean validadas y no automáticamente interpretadas como productos de su supuesta patología. También es necesario que sea aceptada la discusión, franca y sincera, de las respuestas afectivas del analizado frente a la situación analítica y las características y estilo personal del analista, es decir, que sea aceptada la plausibilidad de su transferencia. En mi opinión, un estilo de relación forzosamente rígido, ritualizado, distante y frío no es vivido por el analizado como «benevolente neutralidad», sino como hostilidad y desinterés. Lo que se consigue con ello, con la mayor frecuencia, es retraumatizar al analizado y ofrecerle una verdadera reedición de los malos objetos que

se hallan dentro de su mente. Debemos tener muy en cuenta siempre que para el curso del análisis no son las teorías del analista y sus ideas acerca de la posible contaminación de la transferencia lo que importa, sino la manera como vive el analizado la relación que se le ofrece. Mi experiencia es que, contrariamente a las ideas en que se apoyan los temores a ser percibido como un buen objeto, lo que más ayuda a que el analizado exprese el odio y la agresividad que pueden anidar en su mente es la relación con un buen objeto terapéutico que inspire afecto y confianza.

Por lo que concierne a la neutralidad,⁷² tan sólo deseo aquí insistir en mi opinión de que la idea de la neutralidad analítica es una falacia. La neutralidad en las relaciones humanas, y menos todavía en una relación tan íntima como es la analítica, no existe ni es posible. Toda relación humana comporta afectos, sean éstos positivos o negativos. Otra cosa es que el analista intente mantenerse neutral y no interferir con sus palabras en las opiniones, puntos de vista y decisiones de la vida cotidiana del analizado. Pero éste es un sentido muy débil del concepto de neutralidad. Los pacientes, desde luego, no nos sienten neutrales, sino que nos atribuyen toda clase de sentimientos hacia ellos. Y la indiferencia es sentida, fatalmente, como hostilidad.

Quiero terminar este apartado con una breve reflexión sobre lo que representan para los analizados nuestras interpretaciones. Mi opinión es que las viven como actos de relación. Yo creo que el concepto de interpretación vale sólo para los psicoanalistas. Para los pacientes —hago salvedad aquí de los analistas en formación que poseen ya conocimientos de la teoría y técnica psicoanalíticas— lo que los psicoanalistas llamamos interpretaciones son actos de relación. Y, a su manera, las reinterpretan como actos en los que mostramos tolerancia, acogimiento, afecto, interés por los asuntos de su vida, etc., o bien severidad, crítica, crueldad, hostilidad o indiferencia y esto último, como he dicho antes, puede ocurrir pese a las buenas intenciones del analista. Y, como cualquier ser humano en cualquier circunstancia de su vida, responden «transferencialmente», de acuerdo con la manera como se sienten tratados.

4.6.Objetividad y subjetividad del analista

Creo que se imponen algunas palabras acerca de la cuestión de la objetividad y la subjetividad del analista, puesto que a ellas está íntimamente ligada la manera como es comprendida la organización de la situación analítica por parte del analizado, o sea la transferencia. Pienso que con lo que ya llevo dicho en éste y otros capítulos acerca de la diferencia entre aquello que «existe» y lo que llamamos la «realidad», y lo que he llamado el dispositivo de observación propio de cada escuela psicoanalítica y de cada analista en particular, así como mi concepción de la transferencia y la contratransferencia como dos perspectivas de un mismo fenómeno co-creado conjuntamente por analizado y analista, ya queda explícita mi opinión acerca del tema de la objetividad y la subjetividad del analista. Sin embargo, creo conveniente añadir algunas reflexiones al mismo y aclarar un poco más mi posición.

Tras los primeros tiempos en la historia del análisis en que los analistas creían, de

buena fe y con una gran dosis de idealización, que, después de que su análisis personal hubiera eliminado sus represiones, sus puntos ciegos y sus conflictos «neuróticos», podían escuchar, comprender e interpretar a sus pacientes con total objetividad, sin influir ni deformar aquello que estaban observando, con la misma objetividad que se le suponía al investigador científico de las ciencias experimentales, fueron surgiendo lentamente las primeras dudas. Estas dudas han aumentado de forma acelerada con el desarrollo del pensamiento y la cultura que han sido llamados postmodernos, hasta el punto de que en el momento presente la literatura sobre el tema es muy numerosa. No es mi intención realizar ninguna revisión de la misma, porque creo que ello más bien sería un ejercicio de erudición y no aportaría nada a lo que intento exponer.

En líneas generales, me parece que podemos decir que hay dos posiciones, aunque, a decir verdad, con fronteras bastante borrosas e inciertas entre una y otra: la de los psicoanalistas que se inclinan a pensar que el analista es predominantemente objetivo, aunque no en el sentido extremo en que se creyó en los primeros tiempos del análisis, y la de los que consideran, con actitudes más o menos radicales, que el analista, como cualquier ser humano, no puede, en modo alguno, desprenderse de su subjetividad. Los del primer grupo pertenecen en su mayor parte al psicoanálisis que llamamos tradicional, mientras que los del segundo acostumbran a estar incluidos dentro de las orientaciones que otorgan más importancia al ambiente familiar y socio-lingüístico en que se ha desarrollado el sujeto. A la vez, creo que estos dos grandes grupos coinciden bastante con otros dos grandes grupos: quienes insisten en la objetividad del analista suelen identificarse con el modelo pulsional, y quienes mantienen la imposibilidad de esta objetividad lo hacen con el modelo relacional. Pero hay todavía otro tipo de afinidad. Los que creen en la objetividad del analista acostumbran a coincidir con los valores y pautas científicas y culturales de la modernidad, mientras que quienes insisten en la inevitable subjetividad acostumbran a hallarse próximos o dentro de la dialéctica modernidad/postmodernidad. Es evidente que son dos posiciones de escuela, muy cargadas ideológicamente y, por tanto, muy difíciles de modificar. Para todo analista, comenzando por mí mismo, las ideas que puede tener acerca de la objetividad o subjetividad del analista en su *praxis* clínica no se encuentran aisladas en su mente, sino que forman parte de toda su concepción del mundo y de la naturaleza en general, y de la mente humana y del psicoanálisis en particular, lo cual hace que para cambiar sus puntos de vista acerca de esta cuestión deberían proceder a un giro total de su pensamiento. La experiencia da cuenta de que esto tiene lugar en algunas ocasiones. Un ejemplo nos lo da la obra de Merton Gill, quien ha evolucionado desde la psicología del yo clásica hasta posiciones en los límites del psicoanálisis postmoderno, como puede verse en su último libro *Psychoanalysis in Transition* (1994). Pero cambios así son poco frecuentes. Por este motivo, creo que éste es un asunto cuya discusión persistirá a través del tiempo.

Hay algunos aspectos del tema que estoy tratando que deseo aclarar, y para ello tomaré como punto de partida el trabajo de G. Gabbard, «A reconsideration of objectivity in the analyst» (1997), a causa de su claridad expositiva, la profundidad de los conceptos y su posición integradora. Gabbard expresa que, en las discusiones sobre

objetividad/subjetividad, el origen de la objetividad en el término objetivo suele ser olvidado, y define *objetivo* como aquello que se refiere a «algo que es externo a la mente pensante del sujeto» (p. 17). De ello, concluye que la posición del analista como una persona *externa* al paciente le permite ayudar a éste y ofrecerle un punto de vista diferente, es decir, le brinda una perspectiva distinta a la de su experiencia interna. Sigue más adelante Gabbard:

En otras palabras, aunque el tercero analítico [se refiere al concepto del «tercero analítico» de Ogden, 1994] es construido conjuntamente por las dos subjetividades del analista y del analizado [...], el analista todavía tiene acceso a una perspectiva fuera del paciente (aunque no fuera de la intersubjetividad de la diada) (p. 21; la traducción es mía).

A mí me parecen muy atractivas estas ideas, centradas e integradoras de Gabbard, sobre todo, por su utilidad en la práctica clínica. Ciertamente, en el curso del diálogo analítico queda claro que analizado y analista son dos personas distintas, como no podría ser de otra manera. Pero hemos de tener en cuenta que útil en la realidad práctica no quiere decir que cuando intentamos profundizar en los fenómenos y los hechos las cosas sean tan sencillas. También es útil y fácil para hacer saber a alguien el estado en que nos encontramos, si estamos sumamente fatigados, decir algo así como que «estamos muertos de cansancio» y esto no quiere decir que estemos verdaderamente muertos. Como ya he dicho anteriormente, el resultado de la observación, o sea el analizado tal como se ofrece a la vista del analista, está estrechamente ligado al dispositivo de observación y no se puede definir con independencia de él. La ciencia actual no admite la dicotomía sujeto/objeto de observación. Claro que, como subraya Gabbard, el analizado ya existía antes del inicio del análisis, con todas sus características y experiencias. Ésta es una afirmación indiscutible, puesto que el «ser» siempre precede al conocimiento del ser, pero esto que «existía» se convierte en realidad perceptible a través del dispositivo de observación, y con otro dispositivo de observación propio de otro analista sería otra realidad. A esto ya me he referido en el capítulo 1 al reflexionar sobre el porqué de las diversas escuelas de psicoanálisis. De hecho, el mismo Gabbard reconoce lo que yo acabo de afirmar cuando continúa:

Por otro lado, las observaciones son inevitablemente filtradas a través de la subjetividad del analista (p. 23; la traducción es mía).

Dicho así, podría parecer que la diferencia entre la concepción de Gabbard y la mía acerca de la subjetividad del analista es sólo de grado, y puede que sea así en la práctica clínica. Pero en cuanto a la teoría de fondo pienso que las diferencias son de mayor calado. Gabbard mantiene la teoría de que existe la realidad del analizado, que el analista observa aunque sea a través del filtro de su subjetividad. Pero la teoría que yo sostengo es la de que, si bien es cierto que el analizado ya existía antes del análisis, la «realidad» que el analista percibe en el curso del mismo es construida por su dispositivo de

observación. Dicho de otra manera, la realidad de todo analizado es como es, porque todo analista es como es.

Algo más para terminar esta sección. Me parece imprescindible que el analista desarrolle una objetividad «positiva» para que pueda comprender de la mejor manera posible al analizado y para que se guíe por los intereses de éste y no por los suyos, y esta objetividad positiva se consigue, a mi juicio, admitiendo que la propia subjetividad está siempre presente y que, por lo tanto, ha de ser tenida en cuenta en el trabajo interno y en la formulación de las interpretaciones. Sentado este principio, yo pienso que los analistas no han de temer su subjetividad. Lo que ayuda al paciente es, precisamente, el diálogo entre dos subjetividades. Como ilustración propongo un juego de imaginación. Hoy en día hay ordenadores tan potentes que, programados para jugar al ajedrez, son capaces de ganar al campeón del mundo de este deporte. Ahora imaginemos un ordenador tan potente que, adecuadamente programado, sea capaz de computerizar la totalidad de las experiencias y la patología de un analizado y formular las interpretaciones correctas. Yo estoy seguro de que ningún analista piensa que esto resolvería los conflictos intrapsíquicos del analizado ni promovería su crecimiento mental. ¡Faltaría el encuentro de dos subjetividades!

4.7. Conclusión

En este capítulo propongo una modificación del modelo de transferencia que ha regido hasta ahora y que podemos llamar proyectivo, substituyéndolo por otro modelo que podemos denominar organizativo. Este modelo se basa, además de en la experiencia y opiniones de muchos autores, a los cuales me añado, en los descubrimientos actuales acerca de la memoria, especialmente en lo que hace referencia a la memoria de procedimiento, a la que se considera como la influencia constante del pasado en el presente. Desde esta perspectiva, la transferencia es la manera como el analizado organiza la situación analítica de acuerdo con todas sus experiencias pasadas, tanto conscientes como inconscientes, tanto las pertenecientes a la memoria declarativa como las propias de la memoria de procedimiento. Por tanto, la transferencia es vista no como una repetición al servicio de las resistencias, sino como la manera con que el analizado da sentido a la experiencia analítica que se le ofrece. Debemos prestar especial atención a lo que podemos llamar artefactos transferenciales, que son formas excepcionales de organizar esta experiencia a causa de lo extraño y desusado que la misma es para el analizado. Olvidarlo lleva a confundir respuestas puntuales y reactivas a una situación insólita con formas idiosincrásicas del sujeto. El analista debe ser vivido como un buen objeto terapéutico para evitar tanto la sumisión y adaptación del analizado como su encasillamiento en reacciones agresivas.

⁶⁴ Para una descripción amplia de los conceptos tradicionales de transferencia y contratransferencia remito a mi libro *La interpretación en psicoanálisis. Fundamentos y teoría de la técnica*. Por este motivo, en este capítulo me limito a lo imprescindible para la exposición que deseo llevar a cabo.

[65](#) Para ilustrar la teoría determinista, el físico francés Laplace introdujo, en 1819, la figura de un *daimon*. Este daimon no es Dios, sino un supercientífico capaz de averiguar el conjunto completo de las condiciones iniciales del universo en cualquier instante del tiempo. Con este conocimiento y el de las leyes de la naturaleza, este daimon sería capaz de averiguar todos los estados futuros del sistema del universo.

[66](#) Este mismo concepto de la transferencia es el que aplico a la contratransferencia que, para mí, es la transferencia del analista.

[67](#) De manera predominante se agruparon en el William Alanson White Institute, de Nueva York, y en el Colombia Institute.

[68](#) Aunque, corrientemente, se usan los términos memoria declarativa y memoria explícita como sinónimos, eso no es así. Explícita se refiere a la forma de expresión de la memoria, mientras que declarativa se refiere a la estructura neurológica subyacente. Y lo mismo sucede con los términos implícita y no declarativa.

[69](#) Aquí no pretendo discutir acerca de la técnica analítica, sino tan sólo recordar que las condiciones del *setting* y la metodología analítica conforman una situación desusada, excepcional, difícil y anti-natural para el analizado, como es, entre otras cosas, hablar con alguien a quien no se ve, que mantiene su anonimato y que guarda silencio o habla brevemente acerca de lo que supone que ocurre en la mente de su interlocutor y que éste ignora, etc. Y esta extraña situación puede, también, provocar extrañas respuestas.

[70](#) En la observación de animales puede verse muy bien esta posibilidad de provocar comportamientos artificiales introduciendo al animal en un medio no natural para el mismo.

[71](#) Digo «supuesta» porque todo material es susceptible de diversas interpretaciones, de acuerdo con la teoría con la que trabaje el analista.

[72](#) Para una exposición más amplia del problema de la neutralidad me remito al cap. 4 de mi libro *La relación paciente-terapeuta* (2001).

5.1. Introducción

Hace ya años que los profesionales de la clínica psicoanalítica venimos observando que los pacientes que padecen las clásicas neurosis descritas por Freud van desapareciendo de los consultorios, y son substituidos por pacientes que presentan síntomas vagos y, frecuentemente, poco definidos: sensación de vacío, desorientación, falta de estímulo, insatisfacción generalizada, aburrimiento, dificultades en las relaciones con los otros, fantasías de suicidio, etc., lo cuales acostumbran a ser catalogados con la denominación genérica de trastornos de la personalidad. Dentro de estos trastornos de la personalidad, los dos diagnósticos más frecuentes son los de personalidad narcisista y los de personalidad *borderline* o fronteriza. En este capítulo me ocuparé de la estructura general de las personalidades narcisistas, de su relación con determinadas características de las sociedades que llamamos avanzadas, de su presentación dentro del contexto social, de diversos enfoques y teorías acerca de estas personalidades, y de algunos de los aspectos a tener en cuenta en el tratamiento de las mismas.

Considero que el concepto del narcisismo es fundamental en la teoría psicoanalítica, porque es el punto de partida del estudio de las relaciones y del diálogo entre el *self* y el objeto. En los trastornos narcisistas de la personalidad no es reconocido el objeto como fuente de vida y de amor y, por tanto, se trata de una situación de no-diálogo, ya que si se niega la existencia del objeto como separado del propio *self*, si el mismo *self* es el objeto, de acuerdo con lo que podemos denominar el lema del narcisismo «el objeto soy yo», no hay posibilidad de diálogo. Pero pienso que, aunque los trastornos narcisistas de la personalidad representan el paradigma del no-diálogo, escondido en el fondo del caparazón narcisista se halla siempre presente alguna forma arcaica de diálogo, porque el «no te reconozco» es ya un cierto reconocimiento, el no-diálogo oculta un diálogo invisible. Y es esta situación de diálogo no-diálogo en el corazón mismo de la teoría psicoanalítica lo que pretendo plantear en este capítulo.

5.2. Clínica y presentación de los trastornos narcisistas de la personalidad

Comenzaré, primero, por una descripción acerca de lo que se entiende por personalidad narcisista desde el punto de vista de sus rasgos generales.

Los sujetos con una personalidad narcisista presentan, en general, una adaptación

social no sólo aceptable sino, incluso a veces, brillante y exitosa, aun cuando con notables alteraciones en las relaciones con los otros, a quienes consideran como espectadores que han de reflejar su propio prestigio y valor, o han de contribuir a él. Usualmente, presentan distintas combinaciones de intensa ambición y fantasías grandiosas, aunque estas últimas acompañadas de escondidos sentimientos de inferioridad y de una fuerte dependencia de la admiración y aplauso por parte de los otros. Junto con sentimientos de vacío e insatisfacción y continuo anhelo por ver gratificados sus deseos de consideración social, poder y admiración, presentan serias deficiencias en su capacidad de amar y preocuparse por el sufrimiento de los otros. La superficialidad de sus sentimientos es, también, una constante. Contrasta su carencia de empatía, que les lleva a no comprender los sentimientos de aquellos que los rodean, con su epidérmica adaptación social. Sus sentimientos crónicos de inseguridad, escondidos bajo una aparente superioridad, los llevan a tratar a los otros como piezas a su servicio, mostrándose ocasionalmente serviles y aduladores cuando les es necesario para conseguir sus propósitos de promoción social, profesional, etc., mientras que tratan con dureza y desprecio a aquellos a quienes consideran inferiores o que, por la razón que sea, han dejado de ser idóneos para sus fines.

Podemos encontrar a los sujetos con personalidad narcisista dentro de un amplísimo espectro social y profesional. Cuando las circunstancias se lo permiten, intentan, por todos los medios, formar una corte de admiradores encargados de rendirles homenaje y de proclamar sus altas cualidades. Es preciso tener en cuenta que muchos de ellos poseen unas capacidades de seducción considerables, en gran parte derivadas de la concentración de sus esfuerzos por granjearse reputación, popularidad, ascendencia, etc., como objetivos primordiales en su vida, junto con una sorprendente falta de escrúpulos para conseguir sus metas. Además de esta gran necesidad de recibir el tributo y admiración de los otros, su vida emocional es extremadamente superficial y, pese a que presentan alguna integración de su *self* y de sus objetos internos, lo cual les permite diferenciarse de las personalidades de carácter psicótico y fronterizas, se asemejan a ellas por su falta de empatía y por presentar un predominio de las mismas operaciones defensivas de tipo primitivo que caracterizan a tales personalidades.

Los sujetos con personalidad narcisista tienden a ser extraordinariamente envidiosos de quienes poseen las cualidades que ellos desean, pero, al mismo tiempo, idealizan a aquellos de quienes esperan alguna gratificación narcisista, mientras que utilizan o desprecian al resto. También, con frecuencia, convierten en ídolos a ciertos personajes famosos, pero no porque estimen seriamente algunas cualidades que éstos puedan tener, sino porque aspiran a conseguir, algún día, la aureola y celebridad de ellos o ellas. Es decir, no son las buenas capacidades, los recursos y las cualidades valiosas aquello a lo que aspiran, sino la celebridad y la admiración. Por esto sus ídolos suelen ser personajes, en realidad mediocres, que no despiertan su envidia a causa de su carencia de verdaderos valores, pero de quienes admiran y desean el prestigio o popularidad de que gozan. Realizan, como veremos en la siguiente sección, lo que Freud denominó «elección narcisista de objeto», en contraposición a la «elección anaclítica». En esta última se elige

el objeto necesario para la satisfacción de las necesidades, mientras que en la primera se proyecta el propio *self* en determinados individuos, para de esta manera gozar del prestigio, aureola, admiración, etc., que se les atribuye. De esta manera, cuando admiran, vitorean, aplauden, etc., a determinado personaje célebre, en realidad se admiran, aplauden, etc., a sí mismos. Su insaciable necesidad de autoestima y su desmesurado amor a sí mismos los lleva a una pseudo identificación con alguien que goza de prestigio y estima para, de esta manera, disfrutar de este prestigio y admiración.

Sus relaciones con los otros son, con frecuencia, de explotación y parasitismo. Bajo una superficie a menudo amable y encantadora esconden una actitud fría y calculadora. Con facilidad se sienten inquietos y aburridos cuando no consiguen nuevas fuentes de satisfacción. Pueden parecer dependientes de los otros a causa de su necesidad de que éstos les expresen la admiración que constantemente desean, pero, en realidad, son incapaces de depender de quienes los rodean por razón de la herida que para ellos representa el hecho de admitir que precisan de alguien.

Una característica importante en la vida emocional de las personalidades con trastornos narcisistas es la existencia, como ya he dicho, de una intensa y crónica envidia ante las cualidades de los otros, pero también la presencia de defensas destinadas a negar esta envidia, ya que percatarse de ella les sería insoportable. Poseen una imagen altamente idealizada de ellos mismos, y rechazan ver cualquier detalle que interfiera con esta imagen. Tienden a devaluar a los otros a fin de sentirse siempre superiores, y, por el mismo motivo, desvalorizan aquello que reciben, y, en todo caso, lo consideran como algo que les es debido.

Pese a que existen diferentes maneras de matizar los diversos tipos de personalidades narcisistas, yo creo que una distinción clínica y analíticamente útil es la de distinguir entre personalidades narcisistas perversas y personalidades narcisistas infantiles. Entre las primeras encontramos sujetos con una notable capacidad de seducción y manipulación, capacidad que ellos emplean para dominar, controlar y explotar a los otros, a fin de escalar posiciones dentro del ámbito social y profesional en el que viven. Se trata de un tipo de personalidad muy pernicioso que, si llega a ocupar lugares importantes dentro de cualquier esfera, puede ocasionar daños considerables.

La personalidad narcisista de tipo infantil es menos peligrosa. Para resumirlo de una forma breve, podemos decir que presenta la caracterología de un niño mimado y consentido con la apariencia de un adolescente o de un adulto anidado. Exige ser reverenciado, enaltecido y colocado sobre un pedestal por el solo hecho de existir, sin más, o por su real o supuesto atractivo, o por cualquier cosa que hace o deshace y que, a sus ojos, se transforma en algo extraordinariamente meritorio. Tal como en el caso del narcisista perverso, los otros no cuentan para nada más que para ser utilizados a su servicio, pese a que el narcisista infantil no posee la malignidad y la astucia explotadora de aquél. Mi experiencia es la de que el tipo de personalidad narcisista infantil es el más propio de la sociedad actual, cuestión ésta a la que volveré a referirme más adelante.

5.3. Teorías acerca de los trastornos narcisistas de la personalidad

Cuando se trata de delimitar los conceptos y las teorías generales de los trastornos narcisistas me parece necesario diferenciar estos conceptos en dos grandes grupos. Uno es el formado por el conjunto del pensamiento de Freud en torno al narcisismo y las ideas que otros autores han aportado manteniéndose, aunque con modificaciones, dentro del modelo pulsional o, al menos, dentro del modelo que podemos llamar mixto, es decir, pulsión-relaciones de objeto. El otro grupo lo constituyen las ideas de aquellos autores que se han apartado lo suficiente del modelo freudiano para constituir un modelo propio y divergente del freudiano. Me parece evidente que los modelos pulsional y mixto han ocupado hasta ahora un lugar predominante en el pensamiento psicoanalítico y que los otros han surgido en virtud de una modificación más o menos radical de los primeros, o como una contraposición a los mismos.

5.3.1. Los modelos tradicionales, pulsionales o mixtos

5.3.1.1. Ideas básicas acerca del narcisismo

Recordemos que Freud, en su trabajo de 1914 «Introducción del Narcisismo», nos dice que en los comienzos de su vida psíquica el niño se halla en un estado «original» de narcisismo «primario» en el cual toda la energía es libido yoica, es decir, una forma de investimento emocional que toma al yo como su único objeto. Aragonés (1999) señala que en *El malestar en la cultura* (1930) Freud introduce el modelo más acabado de su concepción del narcisismo, modelo en el que, según Aragonés, «El objeto se *desprende del yo o se desgarr*, arrastrando *parte del yo*» (p. 9; cursivas del autor). Nos recuerda oportunamente Aragonés lo que Freud escribe en 1930:

Nace la tendencia a segregar del yo todo lo que puede devenir fuente de tal displacer, a arrojarlo hacia afuera, a formar un puro yo-placer, al que se contrapone un ahí-afuera ajeno amenazador [...]. De tal modo, pues, el yo se desase del mundo exterior. Mejor dicho: originariamente el yo lo contiene todo; más tarde segrega de sí un mundo exterior (p. 68).

Vemos así, claramente explicitado en el pensamiento de Freud, este no-diálogo en el que se hallan anclados los trastornos narcisistas.

Posteriormente, de acuerdo con esta línea de pensamiento, el niño se dirige al mundo externo a través de la identificación narcisista, en la que trata al objeto externo como una prolongación de él mismo. Esta identificación narcisista la entiende Freud como un desplazamiento de la libido yoica del yo al objeto. Freud señala que las pulsiones libidinales se dirigen hacia la madre o sus substitutos, es decir, hacia aquellas personas encargadas de la protección, el cuidado y la alimentación del niño. Y añade:

Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse del tipo de *apuntalamiento* (tipo anaclítico), la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir. Hemos descubierto que ciertas personas, especialmente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación [...], no eligen su posterior objeto de amor según el modelo

de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*» (pp. 84-85; cursivas del autor).

En otras palabras dice Ogden (2002) respecto a esto:

Un vínculo objetal narcisista es uno en el cual el objeto queda investido con la energía emocional que originariamente era dirigida hacia uno mismo (y, en este sentido, el objeto es un sustituto del *self*). El movimiento de la identificación narcisista al vínculo objetal es cuestión de un movimiento en el grado de reconocimiento, e investimento emocional, de la alteridad del objeto (p. 774; la traducción es mía).

Más adelante, si el desarrollo se efectúa de forma favorable, el niño será capaz de involucrarse en una forma de amor objetal que no sea un desplazamiento del amor a uno mismo hacia el objeto. Por tanto, el sujeto será capaz de amar a alguien de quien reconoce que es externo a él mismo, y de quien puede aceptar la autonomía e independencia. Pero si, por las causas internas y externas que sean, no se produce esta evolución, persistirá la escasa diferenciación entre el *self* y el objeto, y en las relaciones con los otros continuará la elección de objeto narcisista, es decir, la elección de un objeto que no recibirá sino el amor dirigido al propio *self* del sujeto, quien le amará como una forma de amarse a sí mismo.

Siguiendo a Rosenfeld (1964), creo que la *self* idealización es sostenida por identificaciones introyectivas y proyectivas omnipotentes con objetos idealizados y sus cualidades. De esta manera, el narcisista cree que todo aquello que es valioso en el mundo que le rodea es parte de él mismo y está controlado por él. Pienso que los dos tipos de narcisismo que yo he señalado, el perverso y el infantil, pueden corresponder, desde el punto de vista estructural, a la distinción que efectúa Rosenfeld (1987) entre narcisismo de piel gruesa y narcisismo de piel fina, respectivamente. Los narcisistas de piel gruesa, según este autor, son insensibles a los sentimientos profundos y su narcisismo es fuente de envidia y de desvalorización del análisis y del analista. Los narcisistas de piel fina son hipersensitivos y se sienten fácilmente heridos en el análisis y en la vida cotidiana. Por otro lado, hemos de recordar que, desde el punto de vista kleiniano, el narcisismo es una defensa contra la envidia, hasta el punto de que envidia y narcisismo pueden considerarse como las dos caras de la misma moneda. La estructura narcisista se construye por la internalización del objeto previamente poseído a través de la identificación proyectiva masiva. La omnipotente identificación, por proyección e introyección, borra las diferencias entre el *self* y el objeto.

5.3.1.2. Narcisismo primario y narcisismo secundario

Ya me he referido, en anteriores párrafos, al narcisismo primario tal como ha sido descrito por Freud. Quiero añadir ahora algo acerca de los conceptos de narcisismo primario y secundario. Bien conocida es la discusión entre freudianos y kleinianos acerca de si existe, o no, un narcisismo primario. La escuela kleiniana sostiene que no hay un narcisismo primario, ya que juzga que hay un mundo objetal interno desde el inicio de la

vida y que, por tanto, todo narcisismo significa una retirada de la libido objetal hacia el yo. Trataré ahora de sintetizar en breves palabras los dos conceptos, ya que creo que son dos perspectivas que se complementan y enriquecen, a fin de poder articular mejor el concepto de las personalidades narcisistas con la sociedad de nuestro tiempo y con las peculiaridades del tratamiento.

Las diferencias entre narcisismo primario y secundario se basan en el grado de reconocimiento —muy débil en ambos casos— entre el *self* y el objeto. En una primera etapa de la evolución psíquica, el bebé no puede representarse el objeto como separado y distinto de él, lo cual le lleva a vivir la satisfacción que recibe de la madre como proporcionada por él mismo. Desde este punto de vista, podemos decir que se vive a sí mismo como omnipotente. La madre no tiene, para él, una existencia real e independiente, sino que es un objeto intrapsíquico construido subjetivamente, con el cual queda identificado. Éste es el estado que podemos llamar de narcisismo primario.

La experiencia repetida de las necesidades, tales como hambre, sed, frío, calor, etc., que sólo quedan satisfechas con el contacto visual, auditivo, táctil, etc., con la madre, dan lugar a la aparición de una segunda etapa en la que el infante percibe que la necesidad se halla en su interior y que la satisfacción llega desde el exterior, gracias a lo cual la madre deja de ser un objeto intrapsíquico subjetivamente construido para pasar a ser un objeto con existencia propia e independiente. Sólo a partir de esta etapa podemos hablar de narcisismo secundario. El hecho de percibir al objeto como separado e independiente es una tarea complicada y dolorosa, puesto que el niño se enfrenta con la realidad de depender de la madre para la satisfacción de sus necesidades e incluso para su supervivencia. Sólo un ajustado equilibrio entre la fuerza de sus pulsiones y la intensidad de sus necesidades, así como su capacidad de tolerancia ante la frustración y la espera, por un lado, y la realidad de los cuidados que recibe, por otro, permiten al niño aceptar la realidad del objeto, el otro, como alguien autónomo e independiente, con sus propias necesidades y límites, con lo cual podemos decir que donde estaba el objeto intrapsíquico, omnipotentemente construido, deviene el sujeto equivalente al propio *self*, estableciéndose así una relación intersubjetiva que no niega sino que complementa la relación con la representación intrapsíquica del objeto (Benjamin, J., 1995).

Si, por las circunstancias que sean, este sutil equilibrio no se logra, el niño no puede soportar la realidad de esta situación de dependencia y tiende a no percibirla, a hacerla desaparecer, a rechazarla. Para ello, refuerza sus intentos para establecer dentro de su mente el objeto intrapsíquico omnipotente subjetivamente construido, con el cual se identifica, sintiéndose, por tanto, portador de todas las propiedades y atributos de tal objeto (Lasch, C., 1979). Al mismo tiempo, intenta negar todas aquellas percepciones que desmienten la realidad de los hechos, es decir, su dependencia del objeto. Podemos decir, por tanto, que si el lema del narcisismo es «el objeto soy yo», ello da lugar a que la realidad sea el enemigo mortal del narcisismo, como la mangosta de la serpiente, porque la realidad siempre pone de manifiesto lo falso de esta fantasía y la dependencia del objeto para la supervivencia. Esta es la base del narcisismo secundario, y, podemos decir, de la estructura de las personalidades narcisistas con las que nos encontramos en la

clínica y en nuestra sociedad actual en general. Si alguien no hubiera superado en absoluto la etapa del narcisismo primario quedaría reducido a un estado psicótico para el resto de su vida.

Aquellos sujetos que han alcanzado la diferenciación *self*/objeto sólo en grado muy insuficiente son quienes, en el curso de la vida, al enfrentarse con la realidad de las limitaciones presentes en cualquier circunstancia, con la dependencia de los otros, con las frustraciones, etc., tienden a refugiarse en el fortalecimiento de la identificación con un objeto omnipotente interno que les permita sentirse portadores, como he dicho, de todas las cualidades y capacidades de dicho objeto, exigiendo a los otros que confirmen, con su admiración y sometimiento, esta ilusión. Digamos, aunque sea sólo de paso, que Bion (1954) ha revelado que la esencia de la psicosis esquizofrénica estriba en este rechazo de la realidad de la dependencia del objeto y, por tanto, en la negación de la realidad. Para ello, el psicótico ataca su propia mente (delirio) y su capacidad perceptiva (alucinaciones), a fin de persistir en esta negación. En mi opinión, lo que llamamos funcionamiento psicótico —pérdida del criterio de realidad, delirio, alucinaciones, confusión entre el mundo interno y el externo— es la forma extrema del narcisismo, su defensa frente a una realidad que disolvería la fantasía narcisista. En el funcionamiento psicótico se ataca el conocimiento y la percepción de la realidad, a fin de perseverar en la confusión entre el *self* y el objeto (Coderch, J., 1991).

Si, en el curso de la evolución, la ansiedad de separación y los sentimientos de dependencia del objeto no son excesivamente insoportables, y si los cuidados que recibe el niño son suficientes, podrá alcanzarse la madurez emocional a través de la tolerancia, la aceptación de los propios límites y el reconocimiento del objeto y la dependencia de él, pero no de un objeto construido subjetivamente, es decir, como una fantasía de una relación con una imagen o representación mental, sino como un sujeto externo, independiente y análogo al propio *self*. Más tarde, en la vida adulta, este reconocimiento y esta aceptación de la dependencia se extenderán a los otros seres humanos con quienes el sujeto convive.

En este modelo que he descrito no se considera la posibilidad de un narcisismo normal. Todo narcisismo, puesto que se parte de la idea de que la libido que debería ir dirigida al objeto queda fijada o revierte en el yo, se considera patológico.

5.3.1.3. La necesidad de relación y el funcionamiento psicótico en el narcisismo

Como hemos estado viendo, la actitud básica del narcisismo es profundamente anti-relacional, de no-diálogo como he dicho antes, pero el sujeto, desde su primera infancia, no puede vivir sin relacionarse con el objeto, de manera que, en mi opinión, se ha producido, en los pacientes sobre los que estoy hablando, una disociación del *self*, de manera que una parte de éste se relaciona con el objeto, lo reconoce y demanda su ayuda (Symington, N., 1993) mientras que otra parte del *self* reacciona furiosamente contra este reconocimiento y aceptación, intenta negarlos y, para ello, somete a la parte del *self* que reconoce al objeto a una cruel tiranía y trata de asfixiar sus manifestaciones. Para mí, esta división corresponde a lo que Rosenfeld denomina el *self* narcisista

perverso y destructivo —la parte del *self* que podemos denominar anti relacional— y el *self* narcisista infantil libidinal. Creo que esta disociación del *self* explica dos hechos que encontramos en la clínica. Uno de ellos es el de que los sujetos narcisistas graves distan mucho de sentirse en paz y armonía con ellos mismos, pese a que pueden alcanzar grados razonablemente satisfactorios de bienestar profesional y social. Al contrario, muestran un profundo desacuerdo en su interior, y padecen el malestar —sensación de vacío, sentimientos contradictorios, etc.—, al que antes me he referido, que es lo que los lleva a nuestros consultorios. El otro hecho es el de la frecuente combinación de depresión y narcisismo, lo cual es fácilmente comprensible si recordamos lo ya expuesto por Freud en *Duelo y melancolía* (1917) acerca del ataque furioso y cruel de una parte del yo contra otra parte del yo que se ha identificado con el objeto.

Ya me he referido hace unos momentos a las ideas de Bion acerca del funcionamiento de la parte psicótica de la personalidad y al ataque a la realidad que ello representa. Pues bien, hoy en día, con los análisis más prolongados y más largos, es habitual hablar de «núcleos psicóticos», para explicarnos la aparición de pautas de funcionamiento de este tipo en el curso del análisis de sujetos no clasificados propiamente como psicóticos. Pues bien, creo que, por lo menos en muchas ocasiones, sería más exacto referirnos a «núcleos narcisistas», de los que emana un funcionamiento psicótico. Mi idea es que en las personalidades con un *self* narcisista destructivo muy fuerte y poderoso el funcionamiento psicótico, a fin de proteger la estructura narcisista onnipotente, se dirige a impedir el conocimiento de la realidad (Coderch, J., 1991). La realidad es, como ya he dicho, inevitablemente antinarcisista: los niños necesitan, de acuerdo con los diferentes niveles de evolución, a los padres para sobrevivir, y los pacientes precisan del analista. Las fantasías de autosuficiencia, de no necesitar a nadie ni nada, de ser superior a todo, etc., no resisten el choque con la realidad, la cual, como viento que disipa la niebla, muestra la indefensión del niño y la perentoria necesidad del objeto.

Como es de esperar, esta situación de la inexcusable necesidad del otro se repite siempre a lo largo de la vida, dentro de las circunstancias propias de cada momento. Debido a esto, el *self* narcisista onnipotente odia la realidad. La realidad, para todos nosotros, puede ser frustrante, pero no únicamente frustrante, sino que también es gratificante en algunos momentos. Pero cuando la mente está dominada por el *self* narcisista onnipotente la realidad es percibida como siempre frustrante y únicamente frustrante, dado que lo único que persigue este *self* narcisista es perpetuarse a sí mismo, negando la existencia del objeto y la necesidad de él. Es por ello que todas las capacidades que ya Freud describió como respuesta evolutiva al principio de realidad, conciencia de las impresiones sensoriales, atención, memoria, juicio, y pensamiento, son atacadas a través del funcionamiento de la parte psicótica de la personalidad. También, por mi experiencia, pienso que en estos pacientes la relación de objeto es, a la vez, masiva pero frágil y poco diferenciada —lo cual se reproduce en la transferencia—, y ello es a causa de la manera en la que el niño —el analizado— trata de invadir el objeto —el analista— a través de la identificación proyectiva a fin de anular la ansiedad de separación.

Ocurre que determinadas situaciones psicosociales, es decir, familiares y sociales en el sentido más amplio de la palabra, pueden obstaculizar el camino de crecimiento mental que antes he descrito y facilitar la fijación del sujeto en una estructura narcisista. Y éstas son, precisamente, las condiciones sociales y culturales que, a mi juicio, se dan en la actualidad en la llamada cultura de la civilización, y a las que más adelante me referiré.

5.3.2. Teorías distanciadas de los modelos tradicionales

En esta descripción de diversas teorías o modelos estableceré un escalonamiento de la exposición, de manera que ha de entenderse que la distancia que los separa de los modelos tradicionales es cada vez mayor, de acuerdo con el orden de aparición.

5.3.2.1. Kernberg y su teoría de las relaciones objetales

En mi opinión, Kernberg, uno de los más prestigiosos autores norteamericanos y antiguo Presidente de la A.P.I., ha revitalizado la psicología del yo, durante tantas décadas casi exclusiva en el pensamiento psicoanalítico de los EE.UU. Formado como psicoanalista en Chile, donde las ideas kleinianas ejercen una profunda influencia, ha trasladado a los EE.UU., su lugar de residencia y trabajo, su interés por la teoría de las relaciones objetales. Sus puntos de vista sobre el narcisismo, sin embargo, no representan un abandono total de la concepción freudiana, puesto que Kernberg ha continuado siempre fiel al modelo pulsional, cosa en la que, por otra parte, coincide con el pensamiento kleiniano en el que la teoría de las pulsiones, aunque enriquecida con la representación objetal innata, desempeña un papel predominante. En sus escritos emplea el lenguaje propio del modelo pulsional, pero al mismo tiempo se aleja considerablemente de los postulados más esenciales del mismo y caracteriza su propio trabajo como una teoría de las relaciones objetales (1975, 1984), aun cuando no la presenta como una alternativa a la metapsicología clásica freudiana, distanciándose de las posiciones de Sullivan, Fairbairn, Fromm-Reichmann, etc., y, evidentemente, de las más modernas orientaciones relacionales e intersubjetivistas. Sin embargo, su concepto del objeto es el de un objeto humano, alejándose, por tanto, del concepto freudiano de objeto.

Kernberg incluye el narcisismo dentro de lo que él denomina los desórdenes caracterológicos de «nivel inferior». Piensa que existe un narcisismo normal y un narcisismo patológico. Considera que este último (1975)

[...] refleja una condensación patológica de ciertos aspectos del *self* real (el carácter «especial» del niño ratificado por sus primeras vivencias) del *self* ideal (las fantasías e imágenes de poder, riqueza, omnisciencia y belleza con que el niño trataba de compensar la severa frustración, la rabia y la envidia orales) y del objeto ideal (la fantasía de una figura parental infinitamente benigna y amante, opuesta a la figura real del niño; en otras palabras, el sustituto del desvalorizado objeto parental de la realidad) (p. 237 de la versión castellana).

Piensa este autor que en las personalidades narcisistas las relaciones objetales internalizadas son estables, aunque fuertemente ambivalentes y conflictivas. Considera,

como vemos en sus palabras, que existe un *self* grandioso que deriva de la fusión patológica de los rudimentos del *self* real, el *self* ideal y los objetos idealizados de la infancia, lo cual interfiere con la formación de un superyó maduro, produciéndose una difusión de las fronteras entre el yo y el superyó y dando lugar a la existencia de crueles esbozos primitivos del superyó. También piensa que esta fusión defensiva de las imágenes del *self* real, el *self* ideal y el objeto ideal conduce a la desvalorización de los objetos externos y a la destrucción de los objetos internalizados. Kernberg establece una diferencia entre narcisismo normal y narcisismo patológico, siendo el primero el investimento libidinal de la representación del *self*.

Por lo que respecta al tratamiento, Kernberg considera que, a pesar de que en el pasado se ha considerado que los pacientes narcisistas no desarrollaban la transferencia, lo cual imposibilitaba el tratamiento, en realidad despliegan una intensa transferencia en la que predominan los esfuerzos y matices de ataque, desprecio y desvalorización del analista, con mezcla de rabia y agresividad oral, y aparición de intensas reacciones paranoides, suspicacia, odio y envidia frente a las interpretaciones. Desde el punto de vista técnico, cree que estas manifestaciones de la transferencia negativa deben ser interpretadas puntualmente siempre que se presentan, intentando controlar de manera sistemática las tendencias al control omnipotente y la desvalorización por parte del paciente. Advierte, también, la necesidad de que el analista esté atento a la propensión de los sujetos narcisistas a «robar» las interpretaciones del analista que han proporcionado algún momento de comprensión y alivio.

Por mi parte, en lo que concierne al «desarrollo» de la transferencia, sólo quiero recordar que, de acuerdo con mi concepto de la transferencia expuesta en el capítulo precedente, todos los analizados, sea cual sea su gravedad, organizan la situación analítica sobre la base de todas sus experiencias, conscientes e inconscientes, y que, por tanto, el cuestionamiento acerca de si un tipo de pacientes presentan o no transferencia no tiene ningún sentido. En cuanto a las interpretaciones puntuales de la agresividad, envidia, rabia agresiva, etc., pienso que estas reacciones son alimentadas por las mismas interpretaciones, produciéndose un círculo inacabable de la secuencia interpretación de la agresividad, envidia, etc., lo cual conduce a más agresividad, nueva interpretación de la agresividad, etc., círculo que sólo puede terminar con la sumisión por parte del analizado o la interrupción del tratamiento.

Bien sé que Kernberg y, en general, quienes creen en la primacía de las pulsiones agresivas en el desarrollo sano o patológico de la mente humana objetan que si no se interpretan éstas, así como el odio, la envidia, la rivalidad, los intentos de anular la mente del analista, etc., no se alcanzan los núcleos más profundos de la mente y el análisis queda reducido a una simple psicoterapia de apoyo o, todavía peor, creen que puede estimularse el narcisismo del analizado a través de la actitud del analista. Pero hemos de tener en cuenta que este tipo de objeciones se basan, y quienes las formulan parece que lo creen así, en la existencia fuera de toda duda de las pulsiones agresivas o de muerte en la génesis de la patología, pese a que esto no es más que una teoría lejos de toda confirmación, y aun en contra de las orientaciones de la actual biología. En este punto,

creo que es importante recordar la antigua máxima médica que dice *primum non nocere* (ante todo no dañar), y tener en cuenta que con este tipo de interpretaciones, que, inevitablemente, son experimentadas por el analizado como una acusación, un reproche, una crítica y un rechazo por parte del analista, puede hacerse un daño tremendo, repitiéndose la situación traumática que el primero ya vivió en la infancia. Tengamos en cuenta que nadie presenta un trastorno narcisista de la personalidad por voluntad propia, sino que son los sufrimientos vividos en la infancia los que han provocado esta patología, predominantemente defensiva, del *self*. Creo que la persistencia en interpretar la llamada «transferencia negativa» puede caer, muy frecuentemente, en una verdadera iatrogenia. Más adelante expondré los que para mí han de ser los principios fundamentales del tratamiento psicoanalítico de las personalidades narcisistas.

5.3.2.2. Kohut y la psicología del *self*

5.3.2.2.1. Conceptos básicos

A diferencia de lo que sucede con Kernberg, encontramos en Kohut, durante largos años de su vida profesional representante de la psicología del yo y antiguo Presidente de la American Psychoanalytic Association (1964-1965), una ruptura casi completa con el modelo pulsional freudiano, pese a que en los comienzos del desarrollo de su teoría insiste en que ésta no pretende substituir dicho modelo sino tan sólo complementarlo. Para Kohut, el narcisismo es una expresión de la patología del *self*,⁷³ y engloba la totalidad de su teoría con el nombre de «Psicología del *self*». Ésta se encuentra fundamentalmente expuesta en sus tres libros *Análisis del self* (1971), *La restauración del sí-mismo* (1977) y *¿Cómo cura el análisis?* (1984). El pensamiento de Kohut, después de su alejamiento del modelo pulsional, gira en torno al modelo relacional. Considera el *self* como el centro de la iniciativa y el receptor de todas las impresiones y sensaciones, con lo que le otorga las funciones que en la teoría estructural de Freud se hallan atribuidas al ello, el yo y el superyó. A continuación, sintetizaré lo esencial del pensamiento de Kohut acerca de la patología del *self* y el narcisismo de la manera más sencilla posible, para después profundizar algo más en algunos de los conceptos.

Para Kohut, el ser humano, desde los comienzos de su vida, no se encuentra movido por pulsiones biológicas que buscan su descarga en objetos apropiados para ella, sino que es un ser fundamentalmente necesitado de contacto, afecto, comunicación con otros seres —los primeros objetos— y empatía. El niño dirige a los padres las demandas para satisfacer lo que Kohut denomina sus necesidades narcisistas, y así establece con ellos dos tipos de relaciones. En una de ellas necesita que el objeto refleje, de manera especular, sus propias fantasías de grandeza y omnipotencia, de manera que pueda sentirse admirado. En el curso del análisis esta demanda aparece como «transferencia especular» (*mirroring transference*). En la otra, el niño demanda poder idealizar, al menos, a uno de los padres, y experimentar un sentimiento de fusión con esta imagen parental idealizada, algo así como participar en esta perfección que atribuye al objeto. En el análisis aparece como «transferencia idealizadora». Si estas necesidades narcisistas son

satisfechas, el niño internaliza progresivamente esta experiencia, a lo cual Kohut denomina internalizaciones transmutadoras, y llega a construirse un *self* cohesionado, fuerte y dotado de un sentimiento de continuidad. Este *self* se estructura fundamentalmente alrededor de dos polos como resultado de las relaciones tempranas, cada uno de los cuales puede constituirse en el núcleo de la personalidad. Uno es el polo de las ambiciones, y otro el polo de los ideales. De acuerdo con el polo dominante, los rasgos distintivos de la personalidad son la grandiosidad, la ambición, el exhibicionismo, derivados de la relación en la que el objeto, usualmente la madre, reflejó la necesidad de ser admirado y las fantasías de omnipotencia y grandiosidad. Si el otro polo es el que domina, los rasgos más acusados son la fuerza con la que son mantenidos los valores e ideales, siendo estos últimos derivados de la relación con el objeto idealizado, usualmente el padre, con el que el sujeto se sintió fusionado. Las características generales de la personalidad se hallan determinadas por la configuración de estos dos polos y las relaciones entre ellos. A estas dos necesidades narcisistas de reconocimiento especular de las fantasías de grandiosidad y de fusión se añade una tercera, la llamada «transferencia gemelar» (*twinship transference*), que se refiere a la necesidad de sentir que se es aceptado «como uno más».

Pero si estas necesidades no son satisfechas, el *self* no llega a adquirir el grado de fuerza, cohesión y continuidad requeridas para mantener una situación estable y con un nivel de autoestima suficiente, en cuyo caso sólo subsiste un *self* fragmentado, frágil y discontinuo con un bajo nivel de autoestima. Cuando esto sucede, nos encontramos con la patología narcisista, que Kohut incluye dentro de la patología del *self*. En estos casos, los sujetos buscan las satisfacciones narcisistas por vías improcedentes, con demandas que no corresponden a la realidad —de la edad cronológica y de las circunstancias del entorno— y a través de relaciones personales a las que no les incumbe esta misión. Esta búsqueda insaciable e irreal de satisfacciones narcisistas da lugar a la clínica de los trastornos narcisistas de la personalidad que he comentado en la sección 2. En el curso del análisis, el terapeuta puede detectar la presencia de esta patología narcisista por la aparición de las transferencias en las que el analizado reclama, de forma desmesurada, el reconocimiento de la propia grandiosidad y omnipotencia, transferencia especular, y la fusión con el analista como objeto idealizado, o transferencia idealizadora.

5.3.2.2.2. Los *self*objetos

Me ocuparé ahora de algunos de los aspectos más complejos del pensamiento de Kohut que acabo de exponer sucintamente. El término *self*objeto, que ocupa un lugar fundamental en la teoría de este autor, se utiliza para denominar a aquellas personas —en un principio los padres o quienes rodean al sujeto en la infancia— que satisfacen, o han de satisfacer, las necesidades narcisistas de grandiosidad especular y de identificación idealizadora. La ausencia de un guión entre los términos «*self*» y «objeto» indica que, en un principio, los objetos son sentidos como formando parte del propio *self*. En el curso del análisis se reproducen estas transferencias dirigidas al terapeuta, lo cual le permite diagnosticar el trastorno narcisista de la personalidad. Aun cuando en los inicios de su

teoría Kohut definió el *selfobjeto* como una persona que suministra una función necesaria a otra persona, posteriormente esta forma de concebir el *selfobjeto* ha ido modificándose hasta llegar a considerarse como tal toda relación, acto, conducta, etc., que contribuya a la cohesión, fortalecimiento y continuidad del *self*, sin que tenga que referirse concretamente a una persona. En la actualidad, algunos autores conciben el *selfobjeto* en términos no de una persona que establece una determinada relación que satisface las demandas narcisistas, sino en términos de función, la función *selfobjeto*, que es aquella que promueve el fortalecimiento y cohesión señalados. Otros, todavía, adscriben este término a la experiencia de vitalidad y bienestar vivida por el sujeto, de manera que hablan de la «experiencia *selfobjeto*» (Lichtenberg, J., 1991). Stern (1985) considera que las investigaciones sobre la infancia van a favor de la idea de que el *selfobjeto* no forma parte del *self* y que la experiencia *selfobjeto* presupone una vivencia de intimidad, no de fusión. Desde esta perspectiva, la experiencia *selfobjeto* es una sensación de bienestar y vigorización que acompaña la impresión de que las necesidades básicas de la existencia han sido satisfechas (Dorpat, T.L., 1998).

También en un principio pensó Kohut que las necesidades narcisistas, especular, de idealización y gemelar eran propias de la infancia o de los individuos con patología del *self*, pero, más adelante, tanto él mismo como otros autores de la psicología del *self* han llegado a la conclusión de que en todas las épocas de la vida los seres humanos tienen necesidades narcisistas que deben ser satisfechas, aunque se trata de necesidades más maduras y que se corresponden con la edad cronológica del sujeto y con las circunstancias de su vida. Este punto de vista choca con una idea muy extendida en otros tipos de pensamiento psicoanalítico, que es la de que el ideal de la evolución de cada persona ha de ser la de alcanzar el grado máximo de autonomía e independencia. En concreto, esta forma de pensar ha dado lugar a una cierta convicción de que las finalidades del análisis son las de convertir al analizado en alguien tan en paz y armonía con sus objetos internos que siempre se encuentra acompañado por ellos, nunca se siente solo y no necesita la aprobación y la aceptación de los otros para el resto de su vida. Creo que esto es un completo error que crea serias dificultades a muchas personas con relación a aquello que han de conseguir en sus análisis. A mi juicio, lo cierto es precisamente lo contrario. Todos necesitamos amar y ser amados, ser apreciados y sentirnos aceptados por nuestros semejantes, y quienes se esfuerzan en no reconocerlo en sí mismos son aquellos que se hallan presos en un profundo trastorno narcisista. El análisis ha de servirnos para aprender a gozar de aquello que pueden ofrecernos, aunque sea limitadamente, quienes nos rodean y son significativos para nosotros.

Para destacar más la importancia de los otros en la satisfacción de nuestras necesidades y para escapar de la posible confusión con el sentido más habitual que se da al término *selfobjeto*, Galatzer-Levy y Cohler (1993) hablan del *otro esencial*. Dicen a este respecto:

Nosotros hemos escogido el término *el otro esencial* para referirnos a la función necesaria de los otros en la vida psicológica a fin de enfatizar su papel central y apartarnos de las ideas de primitivismo psicológico

corrientemente asociadas con el término *self*objeto (p. 29; la traducción es mía).

Los estudios acerca del desarrollo psicológico infantil han mostrado la importancia de la experiencia con los otros y la capacidad innata del niño de establecer relaciones interpersonales desde el comienzo mismo de la vida (Emde, R., 1983; Stern, D., 1985). Pero la importancia de estas relaciones continúa durante toda la existencia, y creo que uno de los objetivos del análisis consiste en ayudar al analizado a comprender el significado interno de estos otros que son *esenciales* para él y de qué manera funcionan en su vida. A la vez, esta búsqueda de los otros no se limita a las personas concretas, sino que se extiende a grupos sociales, instituciones, objetivos comunes, etc. Esta importancia del otro como complemento imprescindible para la construcción del propio *self* ha trascendido los límites del psicoanálisis y la psicología para introducirse en el campo de la sociología, de la filosofía y del pensamiento humano en general. En este sentido se expresa el filósofo francés Alain Touraine (2005):

El individuo no se construye como tal, no adquiere estima de sí (*self esteem*) más que en la medida en que recibe imágenes favorables de sí mismo procedentes de la comunidad próxima a la que pertenece. Razonamiento inspirado en la teoría del *Self* de George Herbert Mead, que ve en el sí mismo la interiorización de las imágenes que los otros tienen de uno mismo, imágenes que son positivas si todos creen y defienden entre sí vínculos sociales positivos y creen en la responsabilidad de todos en la individuación de cada uno (p. 157).

Por otra parte, fenómenos tales como la adicción a las drogas, la violencia, la afiliación a ideologías extremistas, etc., pueden estar relacionados, en muchas ocasiones, con el fracaso en los esfuerzos por encontrar y establecer las relaciones adecuadas, estos *otros esenciales* que han de dar sentido a la vida. En estos casos, puede suceder que el sujeto, ante la situación de vacío y desorientación, se vincule a cualquier tipo de cosa, forma de comportamiento, doctrina, grupo social, etc., que le provoque sentimientos de excitación y de estar vivo, para combatir la insoportable sensación de monotonía, desorientación y falta de estímulo.⁷⁴ Desde este punto de vista, una de las metas del análisis es la posibilidad de que, a través de la comprensión de las fantasías inconscientes, pautas relacionales implícitas y explícitas, defensas, etc., vividas en la experiencia de relación con el terapeuta, el analizado desarrolle la capacidad de relacionarse con estos otros de quienes precisa para la satisfacción de sus necesidades emocionales.

5.3.2.2.3. Psicopatología

Para Kohut, la psicopatología de los trastornos narcisistas de la personalidad es expresión de la patología del *self* que la subyace. Es debida a fallos en las funciones *self*objeto que debían desempeñar los padres, o personas substitutas, en la infancia del sujeto. En esencia, estos fallos dan lugar a debilidad, fragmentación, falta de cohesión y discontinuidad del *self*. La fragmentación es lo opuesto a la coherencia del *self*, y se halla vinculada a la experiencia central de ruptura del *self* y a los sentimientos de disminución

de la energía y vitalidad, borrosidad de los límites y discontinuidad. Esta patología del *self* ha suscitado la discusión acerca de la diferencia entre el conflicto intrapsíquico, propio del modelo pulsional, y el déficit o defecto del *self* (Adroer, S. y Coderch, J., 1991; Adroer, S., 1996, 1998, 2003). Dice Adroer (2003) a este respecto:

La patología del déficit es interpersonal y el sujeto necesita el objeto externo de forma imperiosa; en la patología del conflicto, en cambio, la personalidad se halla relativamente bien estructurada, no presenta, para decirlo de alguna manera, ningún agujero. Además, el conflicto es intrapsíquico, y pese a que el paciente experimenta la necesidad de la ayuda del terapeuta tiene, al mismo tiempo, el sentimiento de que esta ayuda es más para funcionar mejor que no para apuntalar o completar su estructura. Otra diferencia es que en el defecto los mecanismos de defensa son más primitivos (*splitting*, idealización, etc.), en cambio en la patología del conflicto se encuentran defensas más evolucionadas, como son la represión o la regresión (p. 15).

Una distinción fundamental entre el modelo pulsional y el propuesto por Kohut se centra en el enfoque del conflicto edípico. Para Kohut existe una situación edípica sana, que es vivida de manera gozosa y estimulante, y una situación edípica conflictiva. Para Kohut, el conflicto edípico, tal como ha sido descrito por Freud, y aceptado hasta ahora por la corriente principal del psicoanálisis, no es universal e inevitable. Cree que la ansiedad, la hostilidad, la envidia y la destructividad que han sido descritas como propias del llamado «Complejo de Edipo» surgen secundariamente a las perturbaciones de las relaciones infantiles con los padres y a los fallos en la empatía de éstos. En un trabajo póstumo (1982), Kohut da una versión del Complejo de Edipo muy distinta a la que dio Freud y que ha sido admitida tradicionalmente. Kohut nos recuerda que Edipo fue un niño rechazado por unos padres filicidas que le condenaron a morir en un páramo, y piensa que ésta es la característica dinámico-genética más importante de la historia edípica. Compara esta leyenda de rivalidad y homicidio intergeneracional con otra que nos da una visión muy distinta de las relaciones padres-hijos, unas relaciones basadas en el amor y la ayuda mutua, no en el conflicto y el odio. Cuenta la leyenda⁷⁵ que cuando los griegos organizaron la guerra contra Troya, Agamenón, Menelao y Palamedes visitaron a Ulises, rey de Itaca para pedirle que participara en la operación guerrera. Pero Ulises, al que encontraron arando con un buey y un asno uncidos al arado, fingía estar loco para evitar marchar a la guerra. Palamedes, intuyendo la treta, tomó al hijo de Ulises, un bebé, y lo colocó en el camino que debía seguir el arado. Al llegar a él, Ulises giró el arado y trazó un semicírculo para no causar daño a su hijo. Al ser desenmascarada su falsa locura, Ulises se vio forzado a marchar a la guerra, pero a la vuelta su hijo, Telémaco, le ayudó a matar a los pretendientes de su esposa que habían invadido su casa. Este giro que dio Ulises al arado para no dañar a su hijo es a lo que Kohut llama el «semicírculo de la salud mental», que indica que la matriz psicológica del ser humano es el amor intergeneracional, no la lucha, y que la rivalidad y los impulsos agresivos y destructivos que el psicoanálisis ha asignado tradicionalmente a la fase edípica sólo surgen cuando la empatía de los padres ha fallado y no han cubierto las necesidades de afecto y comprensión del niño.

La rabia narcisista, fenómeno al que Kernberg coloca en una posición central, no es

para Kohut (1977)

un elemento primario dado», un «pecado original» que requiere expiación, sino un fragmento psicológico aislado y, por ende, deshumanizado y corrupto, que surgió como resultado de una deficiencia (patológica y patógena) en la empatía por parte del objeto sí-mismo (p. 95 de la versión castellana; cursivas del autor).

5.3.2.2.4. Objetivos y principios terapéuticos

Quiero subrayar ante todo, para evitar la persistencia de malentendidos, que, contrariamente a la opinión muy generalizada de que en la teoría de Kohut el efecto terapéutico se basa únicamente en la relación, los análisis conducidos según el modelo de la psicología del *self* se llevan a efecto, predominantemente, a través de la interpretación. Esto queda bien patente en las palabras de Kohut (1984):

El analista mantendrá este ímpetu básico hacia el establecimiento, mantenimiento y afianzamiento de un *self* vigoroso mediante sus respuestas apropiadas, es decir, mediante interpretaciones y reconstrucciones genéticas y dinámicas (transferenciales) no censoras (p. 126 de la versión castellana).

Ahora bien, pese a sus esfuerzos por empatizar con las necesidades narcisistas del analizado, el terapeuta falla, en muchas ocasiones, en este intento de empatía, y, por otra parte, las circunstancias reales, interrupciones, vacaciones, etc., ocasionan también frustraciones que provocan la rabia narcisista a la que antes me he referido. En este momento, las interpretaciones no deben dirigirse hacia el contenido de la rabia o hacia la culpa que experimenta el analizado a causa de sus metas destructivas, sino a que éste pueda comprender el porqué de la rabia y el contexto genético en que surgió, por fallas en la empatía de los *self*objetos y por la culpa de éstos proyectada en el niño. El analista interpreta la cadena de sucesos que han conducido a la ruptura del vínculo empático y los consecuentes trastornos emocionales del paciente (Dorpat, T., 1998). Sin embargo, dentro de la psicología del *self* se piensa que, en muchas ocasiones, más que las interpretaciones explicativas, son útiles las intervenciones del analista en las que éste refleja su comprensión empática de los sentimientos del paciente y de sus transferencias especular o idealizadora. Las interpretaciones e intervenciones que muestran la empatía del analista dan lugar a que el paciente internalice la función *self*objeto del primero, lo cual provoca una mayor cohesión, continuidad y fortalecimiento del *self*. Con ello, las necesidades narcisistas no desaparecen, pero se hacen menos imperiosas y van evolucionando desde arcaicas a más maduras, con lo cual buscan funciones *self*objeto más realistas y correspondientes a la edad y circunstancias personales y sociales del sujeto.

El objetivo fundamental del tratamiento reside en la construcción de un *self* vigoroso y cohesionado mediante las internalizaciones transmutadoras. Para ello, es indispensable el establecimiento de una transferencia *self*objeto dirigida al analista como un *self*objeto empático que substituya el *self*objeto arcaico no empático e incapaz de comprender y de

responder a las necesidades narcisistas del analizado. En muchos casos, el establecimiento de esta transferencia es difícil de lograr debido a las ansiedades y temores, por parte del analizado, de ser frustrado, traumatizado o explotado por el analista, como lo fue en su pasado por sus primeros objetos, y es necesario una cuidadosa y prolongada interpretación de estas defensas para que pueda surgir una sólida y estable transferencia *self*objeto. Sin embargo, pese a su insistencia en que la palabra del analista, a través de la interpretación, es el instrumento principal para lograr la evolución de las necesidades narcisistas arcaicas, también subraya Kohut que, más que el conocimiento, es la experiencia de la relación con un objeto empático lo que promueve el crecimiento del *self*. La interpretación no sólo incrementa el conocimiento del analizado, sino que le hace sentir que es escuchado, comprendido y que obtiene la respuesta adecuada, aunque esto último no siempre es así, puesto que el analista tiene, inevitablemente, sus fallos empáticos.

Por todo lo que acabo de decir queda claro que Kohut parte del concepto de que los trastornos narcisistas de la personalidad suponen una detención del desarrollo, y que el análisis constituye una nueva oportunidad, un nuevo comienzo del crecimiento mental que había quedado detenido.⁷⁶ El analista *actúa* como un *self*objeto que, en lugar de traumatizar al sujeto como le ocurrió en la infancia en su relación con unos objetos no empáticos, empatiza con sus necesidades y responde satisfaciéndole, pero también, a través de sus fallos, le proporciona la frustración necesaria para que sus reacciones ante ella puedan ser comprendidas y vividas en este ambiente empático y no traumatizante. Todo ello permite las internalizaciones transmutadoras a las que ya me he referido, mediante las cuales el sujeto asimila las funciones *self*objeto del analista.

5.3.2.3. La perspectiva funcional de Stolorow y Lachmann

Stolorow y Lachmann consideran el narcisismo como una función destinada a mantener una *self*representación positiva. Lo definen así (1980):

La actividad mental es narcisista en la medida en que su función es mantener una representación del *self* estructuralmente cohesionada, temporalmente estable y de tonalidad afectiva positiva (p. 10; la traducción es mía).

Desde esta idea básica, juzgan que la función de las relaciones de objeto narcisistas es la de mantener este estado positivo de la representación del *self*. Coinciden con Kohut en la opinión de que en los trastornos narcisistas existe una falta de diferenciación entre el *self* y los *self*objetos. Piensan estos autores que esta concepción funcional del narcisismo es mucho más ventajosa que la concepción pulsional freudiana, y que permite clarificar y entender mejor aquellos estados psíquicos para los que, habitualmente, ha sido empleado el término de narcisismo: a) una perversión sexual; b) una forma de relación con los objetos; c) una etapa del desarrollo; d) la autoestima y e) una categoría diagnóstica. Con relación a esta última, proponen que:

[...] los trastornos narcisistas» no indiquen una categoría diagnóstica, sino una *dimensión de la psicopatología* que puede hallarse en todas las entidades nosológicas, de manera que podemos referirnos al grado de vulnerabilidad y desintegración de la representación del *self* en distintas perturbaciones psíquicas (p. 23; cursivas de los autores; la traducción es mía).

Asimismo, piensan que mientras el modelo pulsional induce a considerar todo narcisismo como patológico, la concepción funcional permite diferenciar este último de una adecuada y realista autoestima.

5.3.2.4. Mitchell y las ilusiones narcisistas

Mitchell, el principal promotor del «psicoanálisis relacional», parte de dos diferentes tipos de ilusión para lo que él llama un enfoque relacional del narcisismo (1988).

Según este autor, en la concepción pulsional o mixta el narcisismo es visto como la perpetuación de las ilusiones arcaicas de omnipotencia y de confusión con el objeto. Las ilusiones narcisistas son una defensa contra el estado de indefensión y dependencia propio de los primeros años de la vida. Conllevan un alejamiento de la realidad y su perpetuación es, por tanto, patológica y peligrosa para la estabilidad psíquica. Sitúa la concepción de Kernberg como paradigmática de esta posición. Por otra parte, argumenta, existe otra forma de concebir las ilusiones infantiles como el más profundo núcleo del *self* y como una inagotable fuente de creatividad, siendo Winnicott el representante más conspicuo de este punto de vista. Piensa que el concepto más tradicional del narcisismo enfatiza la utilización de las ilusiones como defensa y alejamiento de la realidad —lo cual yo creo que es cierto, como ya he subrayado al referirme al funcionamiento psicótico de la personalidad—, pero olvida su papel vital y creativo en ciertos aspectos de las relaciones con los otros y con la realidad circundante. El espacio transicional de Winnicott (1965) es un buen ejemplo de ello.

En su esfuerzo de integración Mitchell recurre a la teoría de Nietzsche, expuesta en su obra *El origen de la tragedia* (1872). Según Nietzsche, vivimos en un mundo de ilusiones que generan formas variadas de significados y que rápidamente desaparecen. Esta forma de vida es la que Nietzsche llama apolínea, de Apolo, el dios de las ilusiones, los sueños y la creatividad. Por otro lado, estamos sumergidos en un fondo universal de energía de la cual emergemos y en la cual, después de la embriaguez y el éxtasis llevado por las fuerzas instintivas de la naturaleza, desaparecemos. Ésta es la forma de vida, según Nietzsche, dionisiaca, del dios Dionisio del festín y la borrachera. Afirma Nietzsche que la más enriquecedora y creativa forma de vida, que llama «trágica», es aquella que se desarrolla en un equilibrio entre las dos dimensiones.⁷⁷

Siguiendo con la idea de Nietzsche, cree Mitchell que hay tres formas de vida con relación a las ilusiones infantiles. Una es la del hombre apolíneo, que persiste sumergido en sus narcisistas ilusiones infantiles, alejado de la realidad y continuamente golpeado y herido por ella. Pretende mantener sus ilusiones a costa de sacrificar la realidad. Éste es el narcisismo patológico. La segunda opción es la del hombre dionisiaco, quien, convencido de lo inevitable de los desengaños y las decepciones, renuncia a las ilusiones.

La tercera opción es la del hombre que Nietzsche llama «trágico». Se trata del hombre que conoce y acepta la finitud de la vida y de las ilusiones, las limitaciones de toda obra humana y lo efímero de sus construcciones, pero en un equilibrado balance entre ilusiones y realidad, persiste en gozar de ellas y en desarrollar su creatividad, consciente de su inevitable destino. Ésta es la forma de vida propia del narcisismo sano.

5.4.Narcisismo y sociedad

5.4.1.Influencia de la cultura en la génesis de los trastornos narcisistas de la personalidad

Me parece razonable pensar que el incremento en el número de pacientes con personalidad narcisista que vemos en nuestros consultorios es debido, por lo menos en gran parte, a los cambios que en forma progresivamente acelerada, desde las últimas décadas del siglo XX, han ido desarrollándose en el tejido social. Y, dicho de forma más radical, pienso que si el número de personalidades narcisistas va en aumento es porque la nuestra es una sociedad notablemente narcisista, y una sociedad narcisista estimula y alimenta la aparición de personalidades narcisistas.

Todo ser humano ha de resolver los puntos álgidos de su existencia —sexualidad, pareja, trabajo, creación de la propia identidad y sentido de sí mismo, etc.— dentro de la trama psicosocial en la que ha nacido y se desarrolla. Y no parece difícil pensar que todas las carencias afectivas, formas distorsionadas de relación, intolerancia, agresividad, etc., de este tejido social repercutirán en la forma con la que el sujeto tratará de hacer frente a sus pulsiones, frustraciones y necesidades. Y mi opinión es la de que una sociedad y cultura ⁷⁸ narcisistas tienden a favorecer el desarrollo de personalidades narcisistas.

Hemos de tener en cuenta que el pensamiento psicoanalítico ha sido poco sensible en la valoración de los cambios sociales como factores importantes para el desarrollo mental. Ha considerado la mente humana como definida por unas estructuras predeterminadas, innatas y universales, que sólo precisan para desarrollarse de unas condiciones suficientes para la supervivencia, y, desde este punto de vista, no se ha considerado que los cambios sociales tengan una incidencia significativa en el desarrollo de la mente ni en su patología. Pero, como en otros capítulos ya he dicho, somos cada vez más los que creemos que la mente es un producto, así como un participante interactivo, del contexto social, cultural y lingüístico en el cual el sujeto construye su vida (Mitchell, S., 1988). Dicho de otra manera, no son las pulsiones universales e innatas —sexuales y agresivas— las que determinan las relaciones objetales —y más tarde las relaciones interpersonales— sino, al contrario, son las relaciones objetales las que determinan las vicisitudes, expresiones y caminos de las pulsiones. Y, desde esta perspectiva, queda claro que la trama psicosocial posee una decisiva influencia en el progresivo aumento del número de personalidades narcisistas. Y creo que esto es especialmente cierto por lo que concierne a las personalidades narcisistas de tipo infantil a las que antes me he referido. Se trata de personalidades intemperantes a la espera, que

exigen una gratificación inmediata no sólo de sus verdaderas necesidades, sino también de sus pseudo necesidades y de toda clase de deseos, con la boca siempre abierta para ingerir toda clase de bienes de consumo, drogas y todo aquello que les presuponga alguna clase de satisfacción, con un alto nivel de demanda hacia los otros y hacia la «sociedad», entendida esta última como una imagen omnipotente que ha de facilitarles todo lo que desean, pero con un sentido nulo o muy escaso de aquello que los otros tienen derecho a esperar de ellos. Además, y en esto concuerda este concepto con el de los narcisistas de piel fina descritos por Rosenfeld, se sienten profundamente heridos cuando no son satisfechas sus demandas o cuando se les recuerda sus obligaciones, como si ello constituyera una tremenda injusticia. Pues bien, yo pienso que estas personalidades narcisistas de hoy en día vienen a ser los exponentes destacados y concretos del narcisismo que impera en nuestra sociedad. Podemos sintetizar su actitud mental diciendo que aman los productos del objeto —representados por todo aquello que les parece satisfactorio y deseable—, pero niegan el reconocimiento y la dependencia del objeto.

5.4.2. La sociedad narcisista de nuestro tiempo

Claramente, no intentaré realizar un análisis amplio de la sociedad contemporánea, sino únicamente subrayar aquellos aspectos más destacadamente narcisistas de ella que contribuyen a propiciar la aparición del tipo de personalidades que estoy describiendo.

Creo que la característica más notable de nuestra sociedad en el sentido que ahora expongo es la tendencia a negar la ansiedad de separación y la espera, tendencia que, como he dicho, es uno de los factores más fundamentales en la estructura narcisista. Y no hemos de olvidar que la vivencia de separación, es decir, de la ausencia del objeto necesitado, es, como ha puesto de relieve Bion (1962 b), aquello que pone en marcha el pensamiento y, especialmente el pensamiento reflexivo sobre la propia emocionalidad.

Son muchos los mecanismos dirigidos a anular la ansiedad de separación y, por tanto, aniquiladores del pensamiento, que encontramos en nuestra sociedad. Los actuales instrumentos técnicos —televisión, teléfonos móviles, Internet, medios de comunicación, etc.—, permiten tener siempre al alcance de la mano una realidad virtual que nunca se hace esperar. De ahí, por ejemplo, el fenómeno cada vez más extendido de la adicción por parte de adolescentes y adultos a consumir largas horas «chateando» por Internet. A través de este medio, los límites desaparecen, las fronteras se borran, la realidad externa palidece y se hace innecesaria. Se buscan atajos para evitarla y renunciar a los aspectos más duros de ella. Es posible instaurar relaciones con desconocidos de todas partes del mundo, sin necesidad de mantener buenas relaciones con los vecinos o con los compañeros de trabajo, los cuales exigirían algo en correspondencia.

Como he dicho repetidamente, la realidad es la enemiga mortal del narcisismo, ya que derriba las fantasías de omnipotencia, pone de relieve los propios límites y la necesidad del objeto —de los otros—, subraya la dependencia, etc. Por esto la sociedad narcisista ataca la realidad y el pensamiento que nos lleva a conocerla. De esta manera, la realidad

queda escondida bajo una realidad virtual que puede transformarse y modificarse de manera inextinguible, a gusto del consumidor. Con ello, grandes masas de la población — hemos de tener en cuenta que en nuestra sociedad existen numerosas subculturas— viven más intensamente la realidad virtual que la realidad que las rodea. Amplios grupos y subgrupos, dentro de nuestra sociedad, se interesan, más que en reflexionar y conocer su propia realidad, por las vicisitudes, sexualidad, emparejamientos y rupturas eróticas y pseudo sentimentales de los personajes «famosos» que los medios de comunicación les presentan a todas horas; personajes, casi siempre, de ínfima categoría moral e intelectual.

El continuo bombardeo con todo tipo de incitaciones visuales y auditivas es, también, otra forma de atacar la ansiedad de separación y la capacidad de pensar. Este bombardeo aniquilador del pensamiento también adquiere, en algunos espacios, la forma de música atronadora, muchas veces música «máquina», o bien se presenta como estimulación continuada a través de los auriculares sempiternamente pegados a los oídos. La información puede servir para incitar la puesta en marcha del pensamiento, pero ofrecida de manera masiva, ininterrumpida, como una catarata, a todas las horas del día, por los medios de comunicación, de forma predigerida, sin elementos suficientes para que quien la recibe pueda formarse un juicio por sí mismo es, asimismo, una forma de inhibir el pensamiento.

La alianza entre producción de bienes de consumo y publicidad constituye, también, un factor importante en la creación de la atmósfera narcisista en la que se encuentra inmersa nuestra sociedad. No es decir nada nuevo el hecho de subrayar que, lamentablemente, en las sociedades industrializadas la producción de bienes de consumo no se halla regida por la idea del bien común, que es aquello que ha de favorecer a todos sin injusticia para ninguno,⁷⁹ sino por una ética —o mejor, antiética— utilitarista que únicamente aspira a los máximos beneficios para quienes disponen de los medios de producción. Esto comporta que la producción incesante y renovada de artículos de consumo —la mayor parte de ellos innecesarios— haya de ir acompañada de la creación de una masa enorme de sujetos dispuestos a adquirir todas las mercancías, a fin de que la producción, y por tanto los beneficios, no queden interrumpidos. Para conseguir esto ha de convertirse al mayor número posible de individuos en compradores. Y para que esto sea posible ha de funcionar la maquinaria enorme de la publicidad destinada no a orientar e informar, para que el que precisa algo sepa cómo y dónde adquirirlo, sino a crear pseudo necesidades, deslumbrando con promesas de goce y felicidad increíble si se dispone de tal o cual mercancía. Se presentan, incluso, facilidades aparentemente «generosas» que sólo pretenden incluir en el grupo de consumidores al mayor número posible de personas. Así, se llega a crear una gran masa de población dispuesta a endeudarse hasta el límite con tal de conseguir tales portentos, pero perpetuamente insatisfecha porque nunca llega a poder adquirir todo lo que de continuo se le ofrece en una cultura de utilizar y tirar, y bien convencida de que a lo mejor que se puede aspirar en la vida es a disponer, sin restricciones, de estas mercancías tan maravillosas.

Puede objetarse, naturalmente, que crear necesidad y deseo de cosas buenas es contrario a la promoción del narcisismo tal como lo he descrito, ya que éste consiste,

precisamente, en el predominio de las fantasías de identificación con un objeto omnipotente internalizado, en este «el objeto soy yo» que he citado antes, gracias a lo cual ya no existe ninguna necesidad ni deseo insatisfecho. Pero esta objeción se basaría en una apreciación falsa, porque lo que se intenta es negar y sustituir, con la posesión inacabable de bienes de consumo innecesarios, el reconocimiento del buen objeto, de los propios límites, de la necesidad de reparación, del desenvolvimiento de la conciencia auto reflexiva y de la ansiedad de separación, ya que la fantasía es la de que no existe esta última si se dispone de tantas y tantas cosas buenas, las cuales reemplazan el buen objeto. La situación ha llegado a tal punto que, en algunos países, la Administración se ve obligada, en determinados momentos, a advertir al público que modere su consumo y no se endeude comprando mercancías innecesarias. Así es como nuestra sociedad estimula el desarrollo de la personalidad narcisista. La ansiedad de separación ha sido sustituida por la psicopatología de la intolerancia a la separación y por la exigencia de la gratificación inmediata (Ahumada, J. 1999).

Otra forma de evitar la ansiedad de separación, la dependencia del objeto y la necesidad del pensamiento auto reflexivo, limitando la capacidad de pensar a un nivel puramente instrumental, es el recurso a la psicofarmacología. El psicoanálisis, en cambio, que invita a entrar en contacto con las emociones, con el duelo, con la ansiedad de separación, la pérdida del objeto y la necesidad de recuperarlo, es considerado para muchos como un enemigo público al que hay que desterrar. Aquellos que, a pesar de todo, sufren ansiedad y experimentan el vacío y la desorientación de sus vidas, cuando acuden en demanda de ayuda nos dicen que es inútil que pretendamos que piensen y se entiendan a ellos mismos, y que es mejor que les demos fármacos a que les obliguemos a este penoso ejercicio de pensar y enfrentarse a sus sentimientos. En muchos adultos y ancianos, los tranquilizantes dispensados por el médico son el equivalente de las drogas blandas para los jóvenes.

La adicción al alcohol —como droga legalizada— y a las drogas ilegales, ya sea en su forma más grave de adicción crónica y establecida, o en su forma más frecuente de consumo de drogas los fines de semana, en fiestas y discotecas, etc., es otra expresión del ataque a la mente presente en nuestra sociedad, en la que se substituye la función de pensar y la ansiedad de separación por un estado de excitación maníaca artificialmente provocado. En relación a este ataque a la función auto reflexiva del pensamiento, dice Ahumada (1999):

En mi opinión las dificultades del psicoanálisis en la hora actual derivan en lo principal de *una crisis del pensar reflexivo acerca de sí* abarcando, desde su punto de partida en la incidencia de los medios en la aculturación inicial desde la niñez, a la sociedad global (p. 22; cursivas del autor).

El rechazo a la autoridad es otra de las características de la sociedad actual favorecedoras del incremento de las personalidades narcisistas. Toda autoridad se ve transformada, casi automáticamente, en autoritarismo, y, por tanto, como rechazable. Si no hay autoridad no existen límites ni diferencias, y las fantasías narcisistas de confusión

entre el *self* y el objeto se ven estimuladas. Todo ello da lugar a que la autoridad de la pareja parental desaparezca, no únicamente en los casos de parejas separadas o en el de las madres solteras o padres que se han hecho cargo de los hijos, sino también en las familias del tipo que podemos llamar tradicional. La función de la pareja parental es la de, en primer lugar, sostener y respaldarse mutuamente en sus respectivos papeles materno y paterno, y, en segundo lugar, establecer límites acerca de lo posible, señalar lo permitido y lo prohibido, construir y dar firmeza a las relaciones entre los hijos y entre éstos y los padres como diferentes de las que mantienen estos últimos entre ellos, marcar las diferencias generacionales, etc. Si, a consecuencia de la presión social contra la autoridad, los padres no se atreven, o no pueden, ejercer su papel rector, los hijos no consiguen internalizar unas imágenes suficientemente fuertes, amorosas y protectoras, a la vez, que los ayuden y sostengan en las crisis de crecimiento y en su entrada en el mundo de la vida, y se sienten inclinados a recurrir a identificarse con un objeto omnipotente subjetivamente construido, y a la excitación artificial a través la fusión con la masa y la pérdida de su individualidad en conciertos y fiestas juveniles, así como a través del alcohol y las drogas. Esta situación de abdicación de autoridad por parte de la pareja paterna, por un lado, y de permisividad escéptica y pesimista, por otro, contribuye a configurar en los adolescentes los rasgos propios de la personalidad narcisista.

Aunque es fácil suponer la existencia de un superyó débil y casi inexistente en los niños y adolescentes que han crecido en las condiciones familiares y sociales que estoy describiendo, la experiencia muestra que, contrariamente, un superyó sumamente hostil y agresivo se halla en la base de las personalidades narcisistas de nuestro tiempo. Los psicoanalistas sabemos, desde hace tiempo, que la tonalidad predominantemente agresiva o amorosa y protectora del superyó no depende tan sólo del comportamiento de los padres, sino que éste se enlaza y combina con las proyecciones del niño hacia ellos, reintroyectando posteriormente unas imágenes parentales revestidas de las pulsiones y sentimientos que les han sido proyectados.

Si los hijos no han podido, en su niñez y primera adolescencia, internalizar unas figuras parentales fuertes, aunque amorosas y protectoras, con las que identificarse y por las que sentirse guiados y amados, introyectan imágenes frágiles, frías y distantes, cargadas con su propio odio y agresividad. A causa de ello, la tolerancia a la frustración es baja en la misma medida en que la exigencia de satisfacción inmediata es elevada, porque el sujeto no posee en su mundo interno un objeto bueno y suficientemente sólido en el que apoyarse y por el que sentirse acompañado. Ello facilita la tendencia a construir subjetivamente, como antes ya he dicho, un objeto omnipotente con el que fusionarse, dando lugar a la fantasía de un *self* grandioso. Esta ausencia de rasgos amorosos y protectores en los objetos internos da lugar a que el superyó investido de la propia agresividad oral-sádica ataque con crueldad al yo sin ofrecer, en cambio, compañía y protección. Desde esta perspectiva que estoy exponiendo, afirma Lasch (1979) que el fallo de los padres en servir al hijo como un modelo de disciplinada autocontención y de tolerancia, a la espera de la satisfacción deseada, estimula el desarrollo de un cruel y severo superyó fuertemente basado en las imágenes arcaicas de los padres, hacia los

cuales se han dirigido las pulsiones agresivas más primitivas, fusionadas con imágenes de un *self* grandioso. Así, queda incrementada la necesidad, por parte del adolescente, de buscar refugio en las fantasías grandiosas y en el ataque al pensamiento auto reflexivo y a la realidad que pueden desmentir las primeras, tanto para poder tolerar las insatisfacciones como para huir de la agresividad del superyó.

La obesidad, una de las plagas de las sociedades industriales avanzadas, es, también, una consecuencia, por lo menos en parte, de nuestra cultura narcisista. Ciertamente es que existen factores propios del estilo de vida laboral, como es la imposibilidad, para una gran parte de la población, de realizar en el hogar la comida del mediodía, y la necesidad, por exigencias de la escasez de tiempo, de acudir a alimentos enlatados y conservas en lugar de cocinar en casa alimentos frescos, etc., pero esto no es todo para explicar el origen de esta epidemia que está ya causando gran preocupación en los gobiernos de muchísimas naciones, por la incidencia que tiene la obesidad en la etiología de gran número de enfermedades, con el consiguiente coste para la seguridad social. Se calcula que para el año 2007 el cincuenta por ciento de los estadounidenses serán obesos, y que los países de Europa central no les van mucho a la zaga. Esta epidemia tiene también que ver con la exigencia de satisfacción inmediata, con el rechazo a cualquier frustración y la demanda continuada de placer, con la substitución de la presencia y la relación de los padres con sus hijos por toda clase de gratificaciones materiales, entre las cuales se incluyen toda clase de golosinas, helados, chocolates, etc., y también se halla vinculada a la intolerancia a la ansiedad de separación y a la dependencia del objeto. Esto último conlleva que, como ya he dicho refiriéndome a la adquisición desmesurada de artículos y mercancías de toda clase, la ausencia y la dependencia del objeto sea negada mediante el consumo incesante de sus productos y, en el caso al que me estoy refiriendo, a través de la satisfacción improcedente de la pulsión nutritiva. El «picoteo» entre las horas de las comidas es una buena muestra de lo que estoy diciendo y una de las principales causas de la obesidad.

Los sociólogos han comenzado a caracterizar nuestro momento social como la cultura del *aspectismo*. El aspecto físico lo es todo y mueve millones en toda clase de productos, regímenes alimentarios, cirugía estética, etc. Se valora a las personas más por su aspecto físico que por las cualidades y capacidades que puedan poseer. Un buen aspecto físico vale por todo y lo perdona todo. La epidemia de anorexia mental entre muchachas adolescentes y jóvenes mujeres es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo. Incluso en el deporte, un deportista con buen aspecto físico se valora más que otro con mayores rendimientos pero carente de este atributo.

Sin ánimo de exagerar, creo poder afirmar que los rasgos narcisistas a los que me estoy refiriendo se extienden, como una mancha de aceite, a gran parte de la población. El culto a la individualidad está dando lugar a lo que podemos llamar la «deificación» del individuo. Parece que hay muchísimos sujetos que se consideran a sí mismos un dios, un dios con derecho a todo y obligación a nada. Así, podemos observar, junto a la actitud incesante de reclamación y reivindicación, el desprecio y desconsideración hacia los otros, presentes, por ejemplo, en la progresiva desaparición de la cortesía y buenos

modales en la convivencia, en la falta de respeto hacia los derechos de las otras personas, etc. Un ejemplo de lo que estoy diciendo lo encontramos en el hecho de que, cuando una persona anciana o con dificultades físicas entra en un autobús o transporte subterráneo, es raro que alguien se levante para cederle el asiento, ni tan sólo aquellos que están ocupando los puestos reservados específicamente para estas personas. Los ejemplos podrían multiplicarse. También podemos incluir aquí la manera temeraria de conducir el automóvil, con desprecio por la seguridad y la vida de los otros e incluso por la propia. El elevadísimo número de accidentes de carretera da buena razón de lo que digo.

Al describir los rasgos esenciales de las personalidades narcisistas he puesto especialmente de relieve su tendencia a dominar y controlar al objeto, a negar la dependencia frente a él, a aprovecharse de sus cualidades y aportaciones sin amarlo, en fin, a sustituirlo con la fantasía «el objeto soy yo». Pues bien, creo que estas mismas características podemos atribuirles a la sociedad que llamamos industrial y civilizada, considerada como un ente vivo con sus propias peculiaridades y dinamismo, en relación al «objeto» que le ha dado la vida y la sostiene: el planeta Tierra. Frente a esta cuestión, coincido plenamente con la tesis expuesta por Lasch (1979) respecto a la utilización narcisista de la ciencia y la técnica, la cual expondré desde mi punto de vista.

Dice Lasch que ambas, ciencia y técnica, nos son útiles y necesarias para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, combatir las enfermedades y el hambre, aliviar el sufrimiento, promover la educación y el desarrollo cultural, fomentar la creatividad, controlar aquellos fenómenos de la naturaleza perjudiciales para los seres humanos, en suma, para poder dar a todos una vida lo más satisfactoria posible. Pero otra cosa distinta, aunque constantemente la confundimos con lo que acabo de decir, es poner los instrumentos técnicos de que nos dota la ciencia al servicio de las fantasías narcisistas omnipotentes de control, posesión y desprecio del objeto, a fin de negar nuestros límites, nuestra debilidad y nuestra necesidad de aquél. Estas fantasías narcisistas son las que nos llevan a desdeñar las necesidades del planeta que habitamos, a creernos dueños del universo, a intentar domeñar la naturaleza al servicio de nuestra demanda ilimitada de satisfacción y bienestar, a no respetarla, a subyugarla y agredirla en lugar de amarla. En una palabra, a creer que somos los dueños de la naturaleza en lugar de reconocer nuestra dependencia de ella. Se trata, por tanto, de una inversión de las relaciones padres-hijos, humanidad-naturaleza, de un esfuerzo por dominar el objeto en lugar de depender de él. Los resultados de estas ciegas y omnipotentes fantasías narcisistas han llevado a la actual situación de desastre ecológico, con desertización de amplias zonas del planeta y el consiguiente incremento de la sequía, a la contaminación de la atmósfera, de los ríos y de los mares, a la extinción de centenares de especies vivientes, a la deforestación, al agujero de ozono, a los cambios climáticos, etc., hasta el punto de que la Tierra llegará a ser inhabitable pronto si la humanidad no cesa en su loco y narcisista empeño de destruir la naturaleza para negar nuestra dependencia de ella. Parece que los últimos desastres ecológicos, huracanes de fuerza inaudita, maremotos y terremotos, sequías en aumento, etc., nos están advirtiendo con la antigua sentencia de bíblicas resonancias: *Pesado, Medido, Contado*. Quiero subrayar que existe una verdad que no

debiéramos olvidar nunca, pero que nuestro narcisismo nos impide reconocer: *las madres perdonan siempre, o casi siempre; los hombres y las mujeres, a veces; la naturaleza, nunca*. La naturaleza es implacable. Todo lo que hacemos contra ella lo pagaremos con creces. Como he dicho repetidamente, la realidad es la enemiga mortal del narcisismo y, lamentablemente para nuestra sociedad narcisista, al final siempre vence la realidad.

5.5. Algunas características específicas del tratamiento de las personalidades narcisistas

5.5.1. Las dificultades para establecer la relación de dependencia

En algunos casos, los sujetos con personalidad narcisista solicitan ayuda al analista a causa de que la forma de relacionarse con los otros y, en general, de orientar su vida y sus objetivos de acuerdo con la imagen grandiosa que poseen de su *self*, los lleva a continuados conflictos y fracasos. No me cabe ninguna duda de que la única manera de intentar conseguir una modificación de su estructura es mediante la terapéutica psicoanalítica, ya sea como análisis propiamente dicho o con técnicas modificadas de psicoterapia psicoanalítica, puesto que muchos autores consideran que no es posible tratar a esta clase de pacientes con el método que, para entendernos, solemos llamar clásico (Kernberg, O., 1975, 1984). No entraré a discutir acerca de una u otra de estas modalidades de la terapéutica psicoanalítica. Lo que sí me parece bien evidente es que las personalidades narcisistas en las que la relación entre el *self* narcisista onnipotente y el *self* libidinal no se halla excesivamente desequilibrada a favor del primero son las más asequibles al tratamiento.

De acuerdo con mi experiencia y la de otros autores (Kohut, H., 1984; Modell, A. 1975; Kernberg, O., 1975, 1994; Coderch, J., 1991), el rasgo más característico con el que se encuentra el analista al comienzo del tratamiento frente a los pacientes narcisistas es la aparente carencia de afectos. Opina Modell (1975) que esta falta de afectos puede asemejarse al aislamiento que observamos en pacientes obsesivos, pero que puede diferenciarse porque el aislamiento en los pacientes obsesivos es una defensa intrapsíquica, mientras que en las personalidades narcisistas el bloqueo de los afectos se halla motivado por el temor a una relación cercana y emotiva con el analista. Es fácil, dice Modell, que, en estos casos, el analista experimente el sentimiento de que, aun cuando hay dos personas en la habitación, el clima emocional es el mismo que se produciría en el caso de que sólo hubiera una persona. Cuando habla el analizado parece que habla para sí mismo sin tener en cuenta al analista. Y cuando el analista habla, también le parece como si hablara al vacío, con un analizado ausente y desinteresado, lo cual puede ser vivido contratransferencialmente como rechazo y desprecio por parte de aquél. El examen detenido de la situación lleva al analista a percatarse, en un primer momento, de que esta actitud de su analizado se basa en su sentimiento de grandiosa autosuficiencia y de temor a la relación emocional. Sin embargo, con el tiempo, una observación más profunda y minuciosa, nos lleva a descubrir, debajo de este aparente

desprecio e indiferencia, una intensa necesidad de dependencia, afecto y aceptación por parte del analista, a quien demandan, en una transferencia especular, que refleje y alimente sus fantasías de grandiosidad. Estas fantasías de grandiosidad son las que les permiten sustentar la ilusión de que no han de necesitar ni depender de nadie, puesto que experimentan el afecto hacia alguien como contrapuesto a tales fantasías y, por ello, han de evitarlo a toda costa.

La desconfianza que suelen mostrar hacia el analista, junto con la negativa a depender de alguien como pauta fundamental de trato con el otro, sugieren a Modell la hipótesis de que las personalidades narcisistas, en sus primeras relaciones de objeto, han sufrido la experiencia de una madre incapaz, por las razones que sean, de inspirar al niño confianza en que sus demandas y necesidades afectivas, lo cual no ha de ser confundido con el aporte de suministros materiales, serán satisfechas. Si esta hipótesis es cierta, ello habría llevado al niño a la formación de un *self* a la vez precoz y frágil, el cual ha de sostenerse mediante la construcción de fantasías de grandiosidad e independencia, impulsado por el sentimiento de que no puede esperar nada del objeto. Yo creo que se trata, por tanto, de una autonomía prematura basada en la identificación con un objeto omnipotente subjetivamente construido, lo cual conduce a que la fantasía del narcisista que ya he citado repetidamente, «el objeto soy yo», deba, para una mejor comprensión de estas personalidades, completarse de la siguiente manera: «el objeto soy yo, puesto que no puedo esperar nada de los otros».

Dada la situación que estoy exponiendo, no ha de extrañar que al analista le sea extraordinariamente difícil lograr que se establezca, por parte del analizado, la imprescindible colaboración para el trabajo analítico. No puedo profundizar aquí en las inacabables discusiones entre las distintas escuelas acerca de si esta colaboración se funda en una relación no transferencial, sino real, entre paciente y analista, la llamada alianza terapéutica o alianza de trabajo a la que me he referido en el capítulo 1, o si se basa en la transferencia positiva derivada de la transferencia erótica incuestionable de la que nos habla Freud. Por mi parte, como ya he expuesto, considero falsa la dicotomía entre relación real y transferencia, ya que creo que lo que existe es una situación relacional en la que lo externo y lo intrapsíquico forman una nueva relación emergente. Sea cual sea la concepción teórica a la que nos atengamos, lo cierto es que todo analista debe esforzarse para construir esta colaboración, sin la cual el proceso analítico no tendrá lugar. Por desgracia, yo no tengo, ni creo que nadie tenga, ninguna fórmula suficientemente válida para conseguir del sujeto narcisista esta actitud de colaboración. Lo que sí puedo decir es que es preciso un análisis muy prolongado, en el transcurso del cual el analista ha de desplegar una gran paciencia y dejar de lado toda precipitación.

De acuerdo con mi experiencia, hasta que no se hayan instaurado aunque sólo sean unos mínimos rudimentos de relación de trabajo, las interpretaciones del conflicto intrapsíquico expresado en la transferencia son inútiles e incluso, en ocasiones, perjudiciales (Bassols, R. y Coderch, J., 1989). Ello es debido a que, por un lado, estas personalidades viven estas interpretaciones como una amenaza a su autonomía e independencia, y, por otro, se sienten presa de la envidia cuando perciben la capacidad

del analista para entender lo que ocurre en su mente y ofrecérselo, lo cual los lleva a rechazar con más violencia la comprensión que se les ofrece. Sin embargo, también es cierto que tras años de sostenida tarea llega a producirse el establecimiento de unos principios, aunque sea elementales, de relación de trabajo que, posteriormente, posibilitarán que estas personalidades puedan tolerar y elaborar las interpretaciones acerca del conflicto intrapsíquico y relacional. Yo creo que para explicarnos cómo es posible llegar a esta situación en un analizado que, como he dicho, rechaza las interpretaciones de los conflictos tanto intrapsíquicos como relacionales, hemos de ir más allá del contenido semántico-referencial de las interpretaciones y apoyarnos en aquellos factores terapéuticos que impregnan la relación analizado-analista y que han sido descritos en las últimas décadas por diversos autores. De ello volveré a ocuparme en el siguiente apartado, dedicado a la constelación de sentimientos y comunicaciones que se establecen entre paciente y analista, a la que yo denomino *trama interactiva*. Quiero subrayar que con lo que estoy diciendo no me refiero a la indicación de utilizar algún parámetro especial para gratificar las demandas del paciente, ni a la de ofrecer muestras especiales de amistad o aceptación. El *setting* y la metodología psicoanalítica son suficientes, siempre que sean aplicados paciente y juiciosamente. Pero sí quiero subrayar que, en mi opinión, el analista debe hacer sentir su *eros* terapéutico y su comprensión y cuidado del analizado, de la misma manera que la música nos transmite, sin palabras, los sentimientos del compositor.

Desde el punto de vista de la praxis pienso que, en el caso de este tipo de personalidades, debemos ser muy cautos antes de interpretar la envidia y la destructividad, ya que esto será vivido por ellos como una herida cruel infligida a su narcisismo y conducirá a un incremento de su enclaustramiento y a un recrudecimiento de la lucha para evitar reconocer la necesidad del objeto. Pero sí creo que es preciso señalar, todas las veces que sea posible, la existencia de un *self* infantil libidinal y dependiente, la petición de ayuda que surge de éste y la situación de esclavitud en la que se halla por parte del *self* omnipotente y destructivo. El desenlace será favorable en la medida en que la confianza del *self* infantil y libidinal en el analista supere el terror que experimenta frente al dominio y las amenazas del *self* narcisista omnipotente.

5.5.2. *La interacción analizado-analista como diálogo*

5.5.2.1. El «más allá» de la interpretación

Las dificultades por ayudar a personalidades como las de los sujetos narcisistas han llevado en el último tercio del siglo XX a promover un sostenido esfuerzo para tratar de poner en claro, en la medida de lo posible, cuáles son las experiencias que tienen lugar en el marco de la relación terapéutica, más allá del contenido cognitivo de las interpretaciones que el analista formula. Esto ha conducido a centrar más y más la atención en la continuada interacción entre analizado y analista, entendiendo por interacción la ininterrumpida corriente de mutua influencia que ambos están ejerciendo el uno sobre el otro, a través de su lenguaje, verbal y no verbal, sus silencios y todo su

comportamiento (Ponsi, M., 1997; Tous, J.M.^a, 1998; Stern, D., 1998). Este estudio cuidadoso de la interacción nos permite comprender mejor la manera como la relación terapéutica puede ayudar a los pacientes con graves dificultades de diferenciación entre el *self* y el objeto, con déficit en la capacidad de simbolización, con predominio de ansiedades y defensas arcaicas, con graves alteraciones del carácter, etc., es decir, a todos aquéllos para los que el modelo de la interpretación promotora de *insight* no es válido, o, por lo menos, no lo es en grado suficiente. Es preciso, por lo tanto, estudiar las complejidades de la interacción analizado-analista y sus fundamentos, en tanto que agente terapéutico situado en este «más allá de la interpretación» del que nos hablan los autores del Boston PCSG, Stern (1998) y Nahum (2002), entre otros. Sucede que este «más allá» es algo que resulta muy difícil de transmitir en los trabajos psicoanalíticos, y ello se debe, en mi opinión, a que tanto en los textos teóricos como en el material clínico el autor puede transmitir a los lectores y oyentes la formulación semántica-referencial de las interpretaciones, pero no el contenido pragmático-comunicativo de las mismas. Este último, por definición, es inefable, tan sólo puede ser captado directa y emocionalmente por los dos participantes. Y éste es el obstáculo con el que se encuentra quien quiere transmitir, en los trabajos psicoanalíticos, este «más allá de la interpretación» que cada vez centra más la atención de gran número de psicoanalistas. En realidad, creo que tal vez sería más exacto decir «más allá del contenido semántico de la interpretación».

En las últimas décadas, este interés por el más allá de la interpretación ha llevado a revalorizar a autores como Fairbairn (1952), a propósito de su concepción de la pulsión como buscadora de objeto; Balint (1968), por su descripción del amor primario y la falla básica, y Bowlby (1969, 1972, 1980) por su desarrollo de la teoría del apego, así como a un incremento, si cabe, de la valoración de Winnicott por su teoría del espacio transicional (1965). Al mismo tiempo, este impulso ha llevado a integrar en el campo del pensamiento psicoanalítico recientes descubrimientos de la lingüística acerca del doble sentido de los actos de habla que he expuesto en anteriores capítulos, así como de la psicología cognitiva y de las neurociencias, con especial referencia a la interacción, la memoria de procedimiento, el inconsciente no reprimido y la diferenciación funcional de los hemisferios (Joseph, R., 1988; Pally, R., 2003). Pues bien, yo creo que estos descubrimientos nos permiten actualmente una mayor comprensión acerca de lo que tiene lugar en el encuentro entre paciente y analista y de la manera como, de forma beneficiosa o no, actuamos sobre nuestros analizados. Dicho de otro modo, un mayor énfasis en el estudio de la continuada interacción entre analizado y analista, lo cual puede dar lugar a más posibilidades de conseguir una modificación de las pautas relacionales de este último.

5.5.2.2. El estudio de la relación bebé-padres aplicado a la interacción analizado-analista

Dado que analizado y analista son organismos vivientes, se hallan ambos en una continua interacción con el medio que los rodea, y, en el curso de la sesión terapéutica, cada uno de ellos es, para el otro, el punto de referencia en este medio «interactivo». Siguiendo las ideas de Nahum (2002) podemos, primeramente, considerar esta cuestión

desde el vértice etológico. Cuando dos animales se aproximan se inicia entre ellos un complicado proceso de reconocimiento mutuo en el que intervienen estímulos sensoriales y, a la vez, una serie de movimientos en cada uno de ellos que son captados por el otro como mensajes y señales, ya sea de amenaza, de recelo, de seguridad, de intenciones sexuales o agresivas o pacíficas; la respuesta frente a estas señales influye en el comportamiento del emisor, de manera que se modifican las señales que éste emite, provocando una nueva respuesta en el receptor, y así sucesivamente. De esta manera se establece una regulación mutua de la relación que, a partir de este momento, prevalecerá entre ellos. Esto es lo que Nahum llama *kinesia* de la relación, la cual en los humanos tiene lugar en el ámbito mental.

Debemos recordar aquí lo que ya he expuesto en el capítulo 4 acerca de la adquisición del conocimiento relacional implícito, descrito por los autores del Boston PCSG. El bebé capta los efectos que los estímulos que provienen de sí mismo producen en los padres, adapta los signos que emite —llanto, gesticulación, balbuceos, sonrisa, etc.— a las respuestas que precisa para la gratificación de sus necesidades, percibe la reacción que esta nueva emisión origina en ellos y modifica sus pautas de comportamiento para una nueva adaptación, etc. De esta manera, va construyendo un equipo de experiencias que, en cada ocasión, le permite configurar la conducta más favorable para la satisfacción de sus demandas, tanto de tipo físico —calmar la sed, el hambre, el frío o el calor, etc.— como psíquicas, compañía, contacto, muestras de amor, etc. Estos juegos interactivos son progresivamente internalizados, dando lugar a representaciones mentales que actúan como pautas o esquemas que dan significado a los estímulos provenientes del mundo exterior, y, por tanto, organizan las relaciones con las personas que rodean al bebé. En todo momento, la interacción con los otros reactiva estas experiencias pasadas, de manera que se produce una respuesta tendente a conseguir la máxima satisfacción de las necesidades biológicas y afectivas, así como a evitar la frustración y el dolor. De acuerdo con la respuesta obtenida se estabilizan los esquemas empleados o se produce una reorganización de los mismos. Sucesivamente, se van acumulando una serie de pautas de interacción, muy simples en un principio y más complicadas después, que dan significación a toda interacción con el mundo exterior y configuran ésta de acuerdo con las experiencias pasadas, lo cual, en la situación analítica, es la base del concepto de la transferencia como organización, de la que he hablado en el anterior capítulo.

Es comprensible que las situaciones vividas conflictivamente por el sujeto, especialmente en la primera y segunda infancia, den lugar a interacciones defensivas y desajustadas que, a su vez, fácilmente producirán nuevas interacciones del mismo tipo, y así sucesivamente, con lo cual las respuestas patológicas irán prolongándose a lo largo de toda la vida. En el curso del proceso terapéutico, la continuada interacción analizado-analista promueve lo que ya hemos visto que los autores del Boston PCSG denominan una *relación implícita compartida* que se integra en la memoria de procedimiento de cada uno de los participantes del análisis, y, por tanto, en el respectivo conocimiento relacional implícito que, de esta forma, queda modificado. Asimismo, los investigadores de las relaciones bebé-padres consideran que las experiencias de las que estoy hablando

se hallan almacenadas e integradas en la memoria de procedimiento o no declarativa, que no se expresa en los recuerdos conscientes. Aunque la teoría y la técnica psicoanalíticas han sido totalmente construidas sobre la base de la memoria declarativa o explícita, ahora sabemos que la utilización de los dos sistemas de memoria, con predominio de uno u otro según la circunstancia, es la regla común en el comportamiento humano. En algunos casos, como ya hemos visto, una memoria declarativa puede transformarse, a través de la práctica repetida, en memoria de procedimiento, como es el caso de las habilidades motoras (Kandel, E., 1999).

En la actualidad son muchos quienes, basándose en los estudios que he citado sobre la relación bebé-padres, cuya metodología han trasladado a la metodología de la relación paciente-terapeuta, juzgan que las experiencias de esta relación inciden predominantemente en el sistema de la memoria de procedimiento, lo cual lleva a pensar hasta qué punto los cambios psíquicos obtenidos en la terapéutica psicoanalítica son debidos, tanto o más que a la interpretación y al *insight*, a la modificación de lo almacenado en este tipo de memoria. Desde mi punto de vista, no se trata de establecer una dicotomía, sino que creo que las modificaciones del conocimiento relacional implícito favorecen la adquisición del *insight* y que, a la vez, ellas mismas se sustentan en una serie de micro *insights*, generalmente inadvertidos por el analizado y el analista, que van repitiéndose a lo largo de todo tratamiento psicoanalítico cuando éste es efectivo.

5.5.2.3. La complejidad de la interacción analizado-analista

El interés centrado en la interacción ininterrumpida entre analizado y analista pone de relieve la enorme cantidad de variables y circunstancias que intervienen en la misma. Ya he hablado del papel del lenguaje en la relación humana y de la distinción entre el elemento semántico —referencial y el pragmático— comunicativo en el mismo. Desde esta perspectiva, hemos de recordar que todo acto de habla no es tan sólo una proposición o enunciado con el que describimos un objeto, un fenómeno, una parte de la realidad, un estado interno del hablante, etc., de acuerdo con el significado semántico de las palabras empleadas, sino que también es una acción por parte del que habla, dirigida hacia el interlocutor a quien quiere transmitir una determinada comunicación. Este componente de acción es el elemento pragmático del lenguaje. Podemos ver esto si retomamos el ejemplo expuesto en el capítulo 2 de la tardanza en acudir a la sesión. En este caso, si el analista le dice al analizado algo así como «Vd. ha llegado tarde los tres últimos días y no ha comentado nada acerca de esta tardanza», se hace evidente que con esta proposición con la que describe una realidad, la de que el analizado ha llegado tarde a la sesión y no se ha referido a ello, el analista dice muchas más cosas de las que podrían deducirse de la simple semántica de las palabras empleadas en este enunciado. Pone de relieve que, para él o ella, el hecho de que el paciente llegue tarde a la hora de la sesión es algo a lo que hay que prestar atención y de lo que debe hablarse, ya que, de lo contrario, no lo mencionaría. Hay muchas cosas de la realidad del analizado a las que el analista no alude, de lo que podría deducirse que no juzga oportuno hacerlo. Pero al señalar la tardanza y la ausencia de asociaciones con relación a ella, el analista pone de

manifiesto que, según su criterio, este hecho no debe pasar desapercibido, y que es importante que el analizado hable de este suceso para que pueda entenderse su significado. Con ello, comunica implícitamente a su interlocutor su propia subjetividad, sus intenciones y sus teorías. Es decir, le hace saber que él o ella es partidario de una teoría según la cual el hecho de llegar tarde posee unos significados inconscientes que deben ser objeto de investigación, lo cual, a su vez, se halla enlazado con un caudal de conceptos e hipótesis (doy por supuesto su conocimiento por parte del lector), de los cuales el analizado queda cumplidamente informado.

Por lo que acabo de decir, todo acto de habla cruzado entre los dos protagonistas de la sesión analítica es una acción dirigida hacia el interlocutor; acción que se añade al contenido simbólico referente a la realidad, ya sea externa o la propia de los hablantes, y en esta acción se expresan la actitud, sentimientos e intenciones del hablante. Esto último es especialmente importante por lo que se refiere a la actividad verbal del terapeuta, ya que, si bien en la praxis analítica siempre se ha prestado atención a la revelación de sentimientos que se hacen patentes en la comunicación del analizado, no ha ocurrido lo mismo con las intervenciones del analista. Tradicionalmente, se ha pensado que cuando el analista interpreta, clarifica o realiza una confrontación lo que hace es, simplemente, señalar y describir algo perteneciente a la realidad del analizado. Pero ahora, gracias al estudio en mayor profundidad de la relación analizado-analista, a las investigaciones acerca del desarrollo infantil y a las relaciones bebé-padres, contando todo ello con el apoyo de la filosofía del lenguaje, se nos ha puesto de relieve que las cosas son mucho más complejas de lo que se había creído. Sabemos ahora que el analista, cuando interpreta, no se limita a hablar de la realidad de la mente del paciente, ni tan sólo de la relación transferencial, sino que en su intervención hace patente su propia actitud, subjetividad, conocimientos e intenciones. Por todo ello, hemos de tener en cuenta que toda intervención del analista es un acto de relación con su analizado (Beà, P. y Coderch, J., 1998), de la misma manera que toda comunicación del analizado es, además de una descripción de sus pensamientos, fantasías, estados de ánimo, sueños, etc., un acto de relación con el analista.

Pero hay todavía más variables que inciden en la interacción analizado-analista. Me refiero a los elementos prosódicos, en el sentido más amplio, del habla de ambos protagonistas: velocidad de emisión, timbre, tono, inflexión, melodía, etc. Estos elementos enriquecen el matiz emocional del lenguaje humano y son cruciales para la comprensión del significado en nuestro intercambio verbal. Mediante la prosodia, los hablantes intuyen, como ya hemos visto en el capítulo 2, las emociones e intenciones del interlocutor. Debido a esto, por ejemplo, cuando alguien se dirige a nosotros en una lengua extranjera que no conocemos podemos, hasta cierto punto, entender algo de los sentimientos e intenciones de quien nos habla, y por ello los bebés, en su etapa preverbal, mucho antes de conocer el significado de las palabras, perciben muy bien los sentimientos e intenciones que se revelan en el lenguaje de sus cuidadores y el sentido con el que se dirigen a ellos: amor, consuelo, irritación, reprimenda, etc.

Y aún debemos adentrarnos más en esta enorme complejidad a la que me he referido.

Recordemos ahora lo dicho en el capítulo 2 acerca de lo que la neurociencia nos ha enseñado sobre la diferenciación de los hemisferios cerebrales. Sucede, por otra parte, que también sabemos ahora que el hemisferio derecho madura antes que el izquierdo, y que, además, el cuerpo calloso que une a uno y otro principia su maduración a los 18 meses aproximadamente y la termina a los 6-8 años. A partir de los 18 meses se inicia un nuevo proceso en la evolución cerebral y el hemisferio izquierdo comienza a madurar al tiempo que aparece el lenguaje hablado y se pone en marcha la mielinización del cuerpo calloso (Joseph, R. 1988; Pally, R., 2003; Kandel, E. 1999; Mora, F., 2002). Estudios en pacientes que han sufrido un corte quirúrgico del cuerpo calloso, por ejemplo como tratamiento de una epilepsia incontrolable, muestran que la información que recibe un hemisferio puede permanecer fuera del conocimiento, al menos consciente, del otro hemisferio. Por lo que vengo diciendo, puede suponerse que, durante la primera infancia, muchas experiencias emocionales vividas gracias a la más temprana maduración del hemisferio derecho y a su disponibilidad frente a los elementos prosódicos, verbales y no verbales, no pueden transmitirse y ser conocidos por el hemisferio izquierdo debido a la inmadurez del cuerpo calloso. Desde la perspectiva de la evolución, algunos especialistas en neurociencia (Levin, F., 1991; Pally, R. y Olds, D., 1998) piensan que gran parte de la información que posee el hemisferio derecho es recodificada en el izquierdo en el curso de la maduración, pero que otra parte de las experiencias emocionales vinculadas a la relación con los primeros objetos y educadores continúa almacenada en el hemisferio derecho. Esto, por tanto, permite suponer que existen experiencias emocionales que no pueden ser recuperadas y modificadas por el significado semántico-cognoscitivo de las intervenciones del terapeuta, por las interpretaciones de tipo causal y aquellas destinadas a promover el *insight*, sino sólo mediante el contacto relacional-afectivo que, esencialmente a través del componente pragmático-comunicativo de las palabras del analista, se establece entre la mente de este último y la del analizado. Tener en cuenta esto me parece totalmente imprescindible en el tratamiento de pacientes que, como las personalidades narcisistas y los fronterizos, presentan graves dificultades para vivir una relación de dependencia y para la comprensión de las interpretaciones de nivel simbólico, como ya he mencionado al principio de este apartado.

5.5.2.4. La *trama interactiva* en la relación analizado-analista

Lo dicho hasta ahora en cuanto a la compleja relación analizado-analista me permite introducir el concepto de lo que pienso que podemos llamar la *trama interactiva* que se establece en el curso del proceso analítico. Entiendo por trama interactiva *la compleja red de relación, comunicación verbal y no verbal, transferencia y contratransferencia e influencia recíproca que se establece entre paciente y analista*. Esta trama se construye a través del encuentro de dos mentes (Aron, L., 1996), cada una de las cuales aporta al encuentro, desde el inicio mismo del encuentro, la totalidad de su ser, es decir, su equipo biológico genético hereditario, sus fantasías conscientes e inconscientes, su historia, su cultura, sus experiencias, sus presupuestos previos, sus deseos, sus frustraciones, sus esperanzas y sus demandas. Lo que me interesa señalar ahora es que todo aquello que

sucede en el curso de la sesión terapéutica, todo acto, toda palabra, toda comunicación y toda interpretación, adquiere su significado dentro de, y sólo dentro de, el contexto de esta trama interactiva. Podemos decir que cada palabra pronunciada y cada gesto realizado por paciente y terapeuta adquieren su significado por el lugar que ocupan dentro del contexto general de la trama interactiva.

Pero para ir más allá de la interpretación, para penetrar en la fortaleza interna en la que se hallan refugiados pacientes graves como son los narcisistas, al analista no le basta con tratar de entender a su analizado desde la relativa inteligibilidad que esta situación le ofrece, sino que ha de percatarse de que la trama interactiva es al mismo tiempo —y con lo que ahora voy a decir bordeo las fronteras entre el vértice clínico y el vértice hermenéutico— una cárcel formada por la malla tejida mediante el entrelazamiento de significados, presupuestos, sobreentendidos, formas lingüísticas, metáforas, etc., que si por un lado otorga sentido a la comunicación de analizado y analista, por otro los encierra y aprisiona dentro de sus límites. Cada uno de los dos protagonistas sólo puede «ver» y «entender» al otro, y a la relación que con él o ella mantiene, desde el bagaje personal, social, cultural e histórico que aporta al diálogo, tal como anteriormente he señalado. Esto es, en un primer momento, necesario e inevitable a la vez. Pero también es preciso, para que el proceso terapéutico siga adelante, para que el encuentro entre ambos avance y experimente una modificación, que el analista perciba los límites dentro de los que permanece encerrada la relación, a fin de que sea capaz de brincar fuera de ellos y establezca una comunicación más amplia, tanto con el *self* libidinal y dependiente que pide ayuda, como con las defensas y ansiedades del *self* narcisista omnipotente, momento en el que se habrá creado una nueva trama interactiva con horizontes más abiertos y nuevas perspectivas, pero a la que también será preciso reconocer como prisión para poder saltar fuera de ella, y así sucesivamente. Cada uno de estos cambios en la trama interactiva conlleva una nueva organización mental, tanto en el paciente como en el propio terapeuta. Por esto los analistas sabemos, desde siempre, que cuando conseguimos el crecimiento mental de un paciente también nos ayudamos a nosotros mismos.

Casi no es necesario decir que no existe ningún procedimiento concreto que nos enseñe a trascender los límites de la trama interactiva y a construir otra y, posteriormente, otra y otra, sucesivamente más amplias y flexibles. Lo que sí me atrevo a decir es que cada vez que el analista consiga librarse de limitaciones, presupuestos y puntos ciegos debido a su formación, historia y experiencias propias y vea al analizado de «otra manera» dará lugar, con ello, a que también este último lo perciba de manera diferente. Gracias a ello les es posible, al analizado y al analista, no tan sólo entender las motivaciones, formas de pensar y sentimientos del otro, sino también ver y pensar desde la perspectiva de este otro y, yendo más allá de sus presupuestos de partida, percibir una imagen diferente de este otro. Desde el punto de vista de la hermenéutica, éste es el momento que Gadamer (1975) denomina «fusión de horizontes». Si adoptamos este criterio podemos decir que analizado y analista se comprenden mutuamente y se comprenden a sí mismos cuando son capaces de traspasar los confines de su propia

historia, de aquello que han aportado previamente al encuentro, de desligarse de sus previos presupuestos para adoptar otros nuevos. Dicho de otro modo, el *insight* es escapar, gracias al diálogo, de algo que nos mantenía cautivos.

Creo que es el momento de retomar los conceptos de memoria declarativa, memoria de procedimiento y conocimiento relacional implícito. Ya sabemos que este último es de carácter inconsciente y se conserva en la memoria de procedimiento. En el curso del proceso terapéutico, la continuada interacción analizado-analista da lugar a la *relación implícita compartida*, de la que ya he hablado, en la que se integra la memoria de procedimiento de ambos y, por tanto, el conocimiento relacional implícito de cada uno de ellos. La interpretación y el *insight* dan lugar, en los sujetos con la suficiente capacidad de simbolización, a un incremento del conocimiento declarativo consciente de sus propios procesos psíquicos y de su relación con el terapeuta. Pero los autores del Boston PCSG, empleando su experiencia acerca del desarrollo infantil, de las relaciones bebé-padres y de la aplicación de la misma metodología al estudio de la interacción analizado-analista, plantean una nueva vía, complementaria y no exclusiva, para explicar las modificaciones que pueden producirse en el curso de la terapéutica psicoanalítica.

Parten los autores citados de la idea de que todo organismo vivo tiende espontáneamente hacia la consecución de la más posible coherencia interna entre él y su contexto. La díada analizado-analista es un organismo vivo y, como tal, tiende a evolucionar de acuerdo con esta meta, lo cual da lugar a que en el nivel de la continua acción/reacción/interacción entre uno y otro se produzcan, «momento a momento», instantes de encuentro entre las dos mentes, microprocesos de interacción en los que tiene lugar lo que podemos denominar acoplamiento o sintonización de dos mentes. En estos momentos se desarrolla un microproceso no verbal e inconsciente, a diferencia de la secuencia interpretación-*insight*, conducente a un cambio en la relación implícita compartida y, por tanto, a una modificación del conocimiento relacional implícito, es decir, de las pautas de relación e interacción inscritas en la memoria de procedimiento que hasta aquel momento predominaban, de manera inadecuada, rígida y repetitiva, en el trato con los otros. Y yo creo que podemos añadir: y en las relaciones del *self* con los objetos internos. Se trata, por tanto, de una modificación promovida por una serie de microprocesos inconscientes al nivel de la interactividad. De esta interactividad emerge⁸⁰ algo distinto, nuevas pautas y esquemas de la relación con los otros y con uno mismo.

A la vez, mi experiencia es la de que las modificaciones en la memoria de procedimiento no sólo pueden obtenerse a través de estos momentos de encuentro, en los que se produce un cambio en el conocimiento relacional compartido debido a una especial sintonización del inconsciente no reprimido del analizado y del analista, sino que ello también es posible a través de la interpretación dirigida no al inconsciente reprimido, sino a la memoria de procedimiento del analizado. En el curso del proceso terapéutico, el analizado pone sobradamente de manifiesto las pautas inscritas en la memoria de procedimiento por las que se rige, de manera no reflexiva y en forma espontánea, en su trato con el analista y con los otros, reproduciendo pautas de interacción repetitivas e inadaptadas que le conducen, una y otra vez, a fracasos y conflictos con su entorno. Es

importante, por tanto, que el analista, en sus intervenciones, haga conscientes estas pautas de relación que forman parte del conocimiento relacional implícito, de manera que esta memoria no declarativa, implícita, se convierta en conocimiento declarativo y el paciente pueda, reflexivamente, ir ensayando otras maneras de relación. Antes ya he dado algún ejemplo sencillo de cómo eso puede lograrse en la esfera de los aprendizajes psicomotores. Pero yo creo que, en el ámbito del proceso analítico, esto sólo será efectivo cuando, a la vez, exista el acoplamiento y sintonización del conocimiento relacional implícito de uno y otro. De lo contrario, el analizado sentirá las indicaciones del analista como una herida narcisista y una imposición contra la que se rebelará. Y yo, de nuevo, tampoco puedo dar aquí ninguna fórmula para lograr la efectividad deseada. La empatía y sensibilidad del analista son el único camino para llegar a ella.

Con relación a la memoria de procedimiento y las posibilidades de modificación de la misma a través de la interacción analista-analizado me parecen muy interesantes las ideas expuestas por H. Bleichmar (2004) en su trabajo «Making conscious the unconscious in order to modify unconscious process», del cual recogeré algunos conceptos. Afirma este autor que hay una paradoja entre la importancia que los psicoanalistas concedemos al inconsciente, hasta el punto de que la conciencia se considera sólo como un encubrimiento, y el hecho de que la finalidad terapéutica se presenta como dirigida a hacer consciente lo inconsciente. Pero Bleichmar piensa que la verdadera finalidad del psicoanálisis es modificar el inconsciente. Afirma:

La ampliación de la conciencia prepara el camino. Constituye la primera etapa, un valioso instrumento para la modificación del inconsciente, lo cual constituye la última meta de la psicoterapia psicoanalítica (p. 1.392; la traducción es mía).

Se refiere también al hecho de que, contrariamente a lo que siempre se había creído, los nuevos descubrimientos de la memoria muestran que los viejos recuerdos no permanecen fijos e inalterables:

Cuando las memorias son reactivadas —recordadas— ocurre una nueva inscripción que se añade a la antigua, una aposición de inscripciones que determinan su consolidación [...]. La experimentación ha demostrado que en el momento de recordar la memoria entra en un estado lábil en el cual la vieja inscripción queda modificada por la experiencia que está siendo vivida (pp. 1.393-1.394; la traducción es mía).

Sin entrar en los detalles de la técnica que H. Bleichmar describe con el propósito de la modificación del inconsciente, creo que las ideas que expone son muy valiosas para completar las ideas del Boston PCSG, que he expuesto más arriba, acerca de la modificación del conocimiento relacional implícito. Podemos suponer que, en los microprocesos de interacción descritos, debe producirse una reactivación de las pautas del conocimiento relacional implícito del analizado, momento en que tiene lugar este estado lábil de la memoria, en el que estas antiguas pautas pueden ser modificadas por la reinscripción de la nueva experiencia que aquél está viviendo con el analista.

Para terminar este apartado quiero decir que, en mi opinión, siempre ha habido analistas que han sabido establecer una relación adecuada y una comunicación con el inconsciente de sus analizados, sin poseer los conocimientos que el estudio de las relaciones bebé-padres y la neurociencia nos ofrecen en la actualidad. Pero pienso que si los tenemos en cuenta se incrementan las posibilidades de ofrecer a los analizados la relación y las intervenciones que precisan.

5.6. Conclusión

El incremento del número de personalidades narcisistas que se observa actualmente en los consultorios psicoanalíticos y psicoterapéuticos se halla en relación con determinadas características de la sociedad actual, a la que podemos denominar sociedad narcisista. La intolerancia a la espera y a la ansiedad de separación, la demanda de gratificación inmediata, la renuncia al pensamiento auto reflexivo y la inmersión en una realidad virtual a través de los medios técnicos son algunas de las características de las sociedades en cuyo seno se produce un aumento de las personalidades narcisistas. La actitud de este tipo de sociedades hacia la naturaleza es la de avidez, dominio, desprecio y explotación del objeto, en lugar de amor y respeto, lo cual conduce a desastres ecológicos. El origen de la personalidad narcisista puede estar relacionado con la desconfianza de que el objeto, por las causas que sean, llegue a satisfacer las necesidades, tanto afectivas como fisiológicas, por cuyo motivo el niño se siente impulsado a desarrollar precozmente un *self* autosuficiente e independiente, construyendo un objeto omnipotente que es internalizado y con el cual se identifica. En la terapéutica analítica, el analista se encuentra con un analizado que presenta un bloqueo y aislamiento de los afectos y que intenta evitar toda relación cercana y emocional. Las interpretaciones transferenciales del conflicto intrapsíquico son rechazadas como invasoras y provocan envidia. Únicamente tras años de persistente trabajo se logra una actitud de colaboración y confianza por parte del analizado, en grado suficiente para que tenga lugar un verdadero proceso psicoanalítico. Para alcanzar esta posibilidad es necesario tener en cuenta los factores terapéuticos implícitos en el *setting* analítico y en la relación analizado-terapeuta, más allá de la interpretación del conflicto intrapsíquico. La modificación del conocimiento relacional implícito inscrito en la memoria de procedimiento, a través de la continuada interacción con el terapeuta, es esencial para alcanzar la diferenciación *self*-objeto y el establecimiento de una relación comunicativa que pueda promocionar el crecimiento mental del analizado.

5.7. Material clínico

En el caso clínico que presento a continuación intento ejemplificar, en primer lugar, algo de lo que dicho en cuanto a los trastornos narcisistas de la personalidad, pero también referirme a algunos aspectos de las metáforas, de las que he hablado en el capítulo 2.

Max era un hombre de mediana edad, de formación universitaria, que acudió a buscar

ayuda a causa de un cuadro de subdepresión, junto con profundos y dolorosos sentimientos de soledad y vacío interior que contrastaban con una gran vanidad y apreciación de sí mismo, lo cual le llevaba a tratar a todos de manera despreciativa y arrogante. Era una persona de gran cultura y notable elocuencia. A causa de su orgullo y manera de proceder solía tener frecuentes conflictos con quienes le rodeaban. Empleaba maniobras y manipulaciones para desacreditar a quienes consideraba un estorbo para sus propósitos. Su vida sexual, sin pareja duradera, era promiscua e inestable.

A la vez, Max mostraba lo que podemos llamar un *insight* psiquiátrico; es decir, tenía conciencia de lo perturbado de su comportamiento y se sentía culpable por ello. Por un lado, parecía darse cuenta de lo patológico de su carácter y de la necesidad de cambio, pero, al mismo tiempo, se mostraba orgulloso de sí mismo y se envanecía de sus actos de autosuficiencia y menosprecio de los otros. Se jactaba de no necesitar amigos. Como un ejemplo de su autosuficiencia comentó, en varias ocasiones, que, estando interno en un colegio para estudiar el bachillerato, sufrió una enfermedad contagiosa propia de la edad, por la que se lo mantuvo en un cierto asilamiento, y que la soledad no le importó en absoluto. Dentro del mismo estilo también hacía mención, con alguna frecuencia, de que en su adolescencia, habiendo visto una película sobre algún argumento tipo *Robinson Crusoe*, construyó la fantasía, con la que se deleitaba a menudo, de vivir en una isla desierta, con una tribu de feroces salvajes como sirvientes, y contando con un radio para controlar la única visita de un buque, que acudía tan sólo cuando él lo ordenaba, para llevarle alimentos y cuanto a él le apetecía.

En la fantasía de la isla creo que podemos ver el castillo interior en el que se encierran los narcisistas. Los feroces salvajes representaban sus mecanismos de defensa primitivos y agresivos que impedían al analista establecer contacto con el *self* infantil dependiente y necesitado de ayuda. A través del buque que debía traer los alimentos se expresaba la necesidad del objeto para sobrevivir, pero tan sólo lo aceptaba a condición de que se hallara bajo su control y dominio. Me parece que queda evidente en este relato la fantasía inconsciente de hallarse dentro de un objeto omnipotente internalizado donde todo es posible, controlando, a la vez, al objeto externo, en forma del buque-madre a su servicio.

Aun cuando puede parecer que el relato de la isla es una metáfora creada para comunicar sus fantasías, en mi opinión esto no es propiamente así. Las verdaderas metáforas comunicativas no consisten simplemente en el traslado de una palabra, una idea o una cosa a otra. La metáfora verdaderamente comunicativa y creativa reside en trasladar una experiencia a otra que permita una expresión más amplia y rica de sentimientos y pensamientos, lo cual requiere la utilización de símbolos de manera flexible e imaginativa. H. Segal (1957) ha mostrado la diferencia entre símbolo y ecuación simbólica, señalando que en esta última el símbolo se confunde con lo simbolizado a causa de la confusión entre el yo y el objeto. Pues bien, a mi juicio la metáfora de la isla es una pseudo metáfora construida sobre ecuaciones simbólicas, es decir, asimbólica, rígida y repetitiva, y su relación con la verdadera metáfora es la misma que existe entre el símbolo y la ecuación simbólica. Max quedaba encerrado dentro de

ella, sin posibilidad de recibir ayuda.

La actitud de Max durante las sesiones fue, durante mucho tiempo, de gran frialdad, distancia y desconfianza basada en su temor a que yo quisiera «cambiar su forma de ser». Pronto me di cuenta de que las interpretaciones de la transferencia y las referidas a su mundo interno eran rechazadas y sólo excitaban sus deseos de discutir conmigo. No es posible describir con palabras todos mis esfuerzos para acercarme a sus sentimientos de soledad y su sufrimiento interno, cosa que sólo logré, en parte, cuando pude transmitir a Max mi comprensión empática del dolor que se encerraba bajo su apariencia altanera y despreciativa, es decir, mi capacidad para dejar resonar dentro de mí sus sentimientos.

Una expresión que Max empleaba a menudo cuando narraba algún episodio en el que su comportamiento había sido inadecuado, agresivo y desconsiderado para con los otros y, en el fondo, perjudicial a la larga para él mismo, era «he vuelto a comportarme como un asno». Pronto quedó de manifiesto que este reconocimiento de un comportamiento patológico y destructivo, para los otros y para él, era únicamente una justificación para continuar indefinidamente repitiéndolo una y otra vez. Por lo tanto, en una ocasión en la que pronunció esta frase, después de pensarlo mucho para estar seguro de no realizar una actuación contratransferencial, le dije que estaba utilizando esta expresión para atacar su propio pensamiento, y que ahora se presentaba como un asno para no ver su realidad ni entender lo que sucedía entre nosotros, y que esto era una trampa mortal para él. Pareció que Max quedaba afectado por mis palabras y, después de varios minutos de silencio respondió que se daba cuenta de que en el fondo no deseaba cambiar y que si era así el análisis no le serviría para nada, aunque se daba cuenta de que se estaba haciendo daño a sí mismo. Pocas semanas más tarde me dijo que no se sentía con fuerzas o verdaderos deseos de aprovechar el análisis y que había decidido interrumpirlo, y que si lo pensaba mejor volvería más adelante. Yo no puse objeciones, porque siempre respeto la voluntad de mis analizados en esta cuestión, y porque consideré que era más sano para él terminar el análisis que utilizarlo de una manera destructiva para él mismo.

Unos tres años más tarde recibí una llamada de Max solicitando una entrevista. Durante ella se mostró aterrorizado porque, según manifestó, pensaba que estaba sufriendo un proceso de demenciación, y me preguntó qué podía hacer y adonde podía ir. Se lamentó de que no podía llevar a cabo su trabajo —de tipo intelectual—, que no podía entender los libros que deseaba leer, no coordinaba las ideas, era incapaz de escribir, se sentía imposibilitado para pensar, había perdido su ingenio y agudeza, no encontraba las palabras, etc. Yo no lo mandé a ningún profesional ni solicité ninguna prueba neuropsicológica. Mis largos años de experiencia en psiquiatría dura me permitieron concluir, con un par de entrevistas, que Max no sufría ninguna demencia orgánica, ni tampoco presentaba un cuadro melancólico grave que diera razón de los síntomas que describía. La ligera depresión que presentaba era totalmente reactiva a su temor de sufrir un proceso de demenciación. La explicación era otra. Max, que había continuado sin afrontar su realidad mental, a fin de mantener intacto su narcisismo grandioso y perverso, había quedado aprisionado dentro de su asimbólica y petrificada metáfora de «comportarse como un asno» y sentía que ésta se había confundido

totalmente con su realidad y se había apoderado de su mente: ya era un asno y, como se sabe, los asnos no leen, ni escriben, ni saben discutir con sus oponentes. La trampa mortal de la que yo le había hablado se había cerrado sobre él. Le indiqué, después de darle brevemente mi opinión, que lo mejor para él era retomar un análisis, y me ofrecí para indicarle algún analista si así lo deseaba. Él respondió: no, gracias, comencemos tan pronto como le sea posible.

Quiero añadir que, en el curso del largo análisis que siguió, Max pudo reflexionar sobre esta experiencia y que, progresivamente, fue recuperando sus notables capacidades intelectuales, pudiendo llevar a término varios trabajos que desde hacía tiempo habían quedado detenidos.

Sólo falta decir algo sobre las palabras que yo pronuncié: «esto es una trampa mortal para Vd.». Aunque puede pensarse que son poco usuales en una intervención analítica y que comportan un cierto matiz condenatorio, la experiencia mostró que provocaron en Max un fuerte impacto emocional que le permitió reiniciar el análisis de manera productiva. Y creo que en aquel momento, pese a su reacción momentánea de abandono, él se sintió plenamente comprendido y se produjo un encuentro de nuestras mentes, porque él sabía que sus sentimientos de omnipotencia y autosuficiencia eran una trampa mortal para su mente, y pienso que su *self* infantil libidinal, asfixiado por el *self* perverso y grandioso, sintió estas palabras como una expedición de rescate que acudía en su ayuda. Posteriormente, esta experiencia hizo su efecto en tiempo diferido.

⁷³ Para Kohut (1977) el *self* no es un concepto abstracto, sino más bien una generalización derivada de un conjunto de experiencias internas percibidas introspectivamente, a las que habitualmente nos referimos como «yo». Las definiciones o ideas que se han dado acerca de lo que es el *self* son muchas y dependen de la orientación psicoanalítica desde la que se exponen. Hartmann (1939) introdujo el concepto del *self* en la psicología del yo en su reflexión sobre el narcisismo. Define el *self* como una construcción experiencial paralela a, y construida de la misma manera que, las representaciones de objeto. Para las teorías de las relaciones de objeto el *self* es la contrapartida del otro con el cual el sujeto se halla en relación. E. Jacobson (1969) se refiere al *self* como a la persona total de un individuo, incluyendo el cuerpo y la organización psíquica. Para ella, el *self* es un término descriptivo auxiliar que puntualiza a la persona como algo distinto del mundo de los objetos circundantes. Aunque M. Klein utiliza indistintamente los términos yo y *self*, desde la perspectiva kleiniana puede concebirse a este último como constituido por el yo y el ello, frente al superyó u objetos internos. Para la psicología del yo el *self* es el «objeto» de la experiencia, mientras que para el psicoanálisis relacional el *self* es el «sujeto» de la experiencia. Mi propia concepción, en la que intento integrar las ideas de Kohut y las de los teóricos del psicoanálisis relacional, es la de que el *self* es el conjunto de sentimientos de coherencia, unidad y continuidad de cada individuo, construido por la continuada interacción entre el sujeto y el medio humano que le rodea.

⁷⁴ Cuando escribo estas líneas, por ejemplo, han transcurrido pocas semanas desde los violentos incidentes, concretados especialmente en la quema de automóviles y de algunos edificios públicos, así como de enfrentamientos con las fuerzas del orden, que, en noviembre de 2005, han conmovido toda Francia, provocados por los jóvenes habitantes de los suburbios de muchas ciudades. El entusiasmo y ardor con el que estos jóvenes participaban en las algaradas hace pensar que en esta revuelta encontraban algo que daba sentido a unas vidas que, a juzgar por sus propias declaraciones en numerosas entrevistas, encontraban vacías y sin objetivos, sin programas ni esos otros esenciales alrededor de los cuales pudieran organizar su existencia. Fácilmente puede comprenderse que al decir esto no intento realizar ningún análisis respecto a las causas políticas, sociales, etc., que condujeron a esta revuelta. Me limito a formular una hipótesis en cuanto a las necesidades emocionales que podían estar presentes en los protagonistas de las mismas.

⁷⁵ Aunque Kohut se refiere a Homero sin concretar más, la leyenda que relata figura en la *Biblioteca mitológica*,

escrita por el historiador griego Apolodoro de Atenas (s. ii a. C.).

[76](#) En 1971 Kohut se refería a los trastornos narcisistas de la personalidad, pero más adelante lo extendió a toda la patología psíquica.

[77](#) En realidad no es en *El nacimiento de la tragedia* de 1872 donde Nietzsche desarrolló esta concepción de la forma de vida apolínea y la forma de vida dionisiaca, sino en uno de los trabajos preparatorios de esta obra, titulado «La visión dionisiaca del mundo» (1870). Tal vez, para una mejor comprensión, sea útil para el lector recordar el inicio de este trabajo. Dice Nietzsche: «Los griegos, que en sus dioses dicen y callan la doctrina secreta de su visión del mundo, erigieron dos divinidades, Apolo y Dionisio, como doble fuente de su arte. En la esfera del arte estos dioses representan antítesis estilísticas que caminan una junto a otra, casi siempre luchando entre sí, y que sólo una vez aparecen fundidas, en el instante del florecimiento de la voluntad helénica, formando la obra de arte de la tragedia ática. En estos dos estados, en efecto, alcanza el ser humano la delicia de la existencia, en el *sueño* y en la *embriaguez*» (p. 230 de la versión castellana; cursivas del autor).

[78](#) Entiendo por cultura el conjunto de objetivos, valores, ideologías, formas de comportamiento, pautas de relación, caudal de conocimientos, necesidades, utilización de instrumentos técnicos, etc., que predomina en una sociedad en un momento determinado de su historia.

[79](#) Quiero señalar que, en el campo de la economía social, debemos distinguir entre injusticia y perjuicio. Por ejemplo, una más amplia distribución de la riqueza favorecería a los más pobres y perjudicaría a los más ricos, evidentemente, pero ello no presupone ninguna injusticia para estos últimos, puesto que continuarían teniendo aseguradas unas más que suficientes condiciones de vida.

[80](#) Entiendo por emergente una propiedad no prefijada en el desenvolvimiento de un organismo, la cual surge a partir de la relación del organismo con su contexto, sin que pueda identificarse con la suma de las propiedades de uno y otro.

6.1.Introducción

Parece que desde que en 1919 Freud publicó su trabajo *Nuevos caminos en la terapia psicoanalítica*, el diálogo entre psicoanálisis y psicoterapia ha quedado marcado, con letras indelebles, por las frases que figuran en el último párrafo de dicho trabajo:

Y también es muy probable que en la aplicación de nuestra terapia a las masas nos veamos precisados a alejar el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa, y quizás el influjo hipnótico vuelva a hallar cabida como ha ocurrido con el tratamiento de los neuróticos de guerra. Pero cualquiera que sea la forma de esta futura psicoterapia para el pueblo, y no importa qué elementos la constituyan finalmente, no cabe ninguna duda de que sus ingredientes más eficaces e importantes seguirán siendo los que ella tome del psicoanálisis riguroso, ajeno a todo partidismo (p. 163).

A causa de esta idea freudiana del oro y el cobre, el diálogo entre psicoanálisis y psicoterapia ha quedado jerarquizado como un diálogo entre un superior y un inferior. Por otra parte, este diálogo ha sido ininterrumpido, nunca ha dejado de tener lugar, siendo el psicoanálisis el que, inquieto por una presencia que siempre ha sentido tan molesta como la de un hijo rebelde, ha tomado la iniciativa. El psicoanálisis siempre ha buscado, con ahínco, definir cuál es su relación con la psicoterapia; una relación que se ha considerado que ha de estar basada en hallar las semejanzas y las diferencias entre una y otra terapéutica. En realidad, si profundizamos un poco percibimos que hay más que esto. O sea, lo que ha flotado en el ambiente es la esperanza de un acuerdo que podría permitir al psicoanálisis vivir en paz con la psicoterapia y que, a la vez, solucionara sus propios problemas de identidad. Pero somos conscientes de que esto no ha sido posible (Eisold, K., 2005).

En las últimas décadas del siglo XX se ha añadido un nuevo problema, el de la frecuencia con que muchos tratamientos de psicoterapia llevados a cabo por analistas de la A.P.I. y por estudiantes de psicoanálisis de los institutos psicoanalíticos de las diferentes sociedades componentes son transformados en tratamientos psicoanalíticos estrictos, cosa que desde Freud se había juzgado como totalmente improcedente. En este capítulo me ocuparé de estos dos problemas.

Quiero subrayar que al hablar de psicoterapia me referiré siempre, mientras no diga lo

contrario, a psicoterapia psicoanalítica, es decir, la conducida, dentro de unos límites más o menos amplios, bajo la guía de los conceptos e hipótesis de trabajo propios del pensamiento psicoanalítico (Coderch, J., 1987). Al decir esto, ya introduzco la idea de que, para mí, la psicoterapia es una praxis de psicoanálisis aplicado.

6.2.Diferencias y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia

6.2.1.Las dificultades para llegar a un acuerdo

Aparte de unas breves referencias, no voy a llevar a cabo una revisión amplia de la literatura dedicada a esta cuestión. Lo que sí quiero ya adelantar es que, pese a lo meritorio de muchos de los trabajos y simposios dedicados a este tema, no ha habido acuerdos universalmente consensuados, y ello ni siquiera ha sido posible entre los miembros de las diferentes escuelas psicoanalíticas.

La principal dificultad reside en que, para establecer de forma sólida y aceptable para todos las semejanzas y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia, debería previamente existir un consenso acerca de qué cosa es el psicoanálisis, para luego intentar llegar a un compromiso sobre las diferencias y similitudes entre el psicoanálisis como terapéutica y esta aplicación práctica que es la psicoterapia. Pero aquí surge, de inmediato, un obstáculo que parece insalvable: las divergencias en torno a qué cosa es el psicoanálisis y qué cosa es la psicoterapia como aplicación práctica del primero. Porque no sólo no se ha llegado a una teoría unificada del psicoanálisis, como ya hemos visto en el capítulo 1, sino que las diferencias entre las distintas escuelas se ensanchan más y más, aun cuando compartan algunas ideas y conceptos generales, al tiempo que aparecen nuevas orientaciones. La distancia que media entre el psicoanálisis fundamentado en la psicología del yo, del cual Wallerstein es un magnífico representante, y el intersubjetivismo de Stolorow, Orange, Atwood, etc., es un buen ejemplo de ello. Las ideas de Kernberg en cuanto al efecto terapéutico de las interpretaciones, para poner otro ejemplo, difieren largamente de las de Daniel Stern, etc. Así las cosas, es evidente que no es posible ninguna clase de convenio global en torno a aquello que une y aquello que separa el psicoanálisis de la psicoterapia, a no ser en términos tan vagos y generales que resultan prácticamente inútiles. Eisold (1998) pone de relieve que, en diversos simposios celebrados por la American Psychoanalytic Association, a lo único a lo que se ha llegado ha sido a poner en evidencia las grandes divergencias entre los participantes, miembros de esta sociedad.

Otra dificultad nace de la naturaleza de praxis aplicada propia de la psicoterapia. Si se trata de una aplicación, no es difícil suponer que la misma puede realizarse de muchas maneras, y que todo empeño de clasificación y encuadramiento es ilusorio, puesto que la experiencia ha evidenciado que cada psicoanalista y psicoterapeuta se siente libre de efectuar su propia aplicación.

6.2.2.Algunas opiniones respecto a las diferencias y similitudes entre

psicoanálisis y psicoterapia

Wallerstein, en su libro *Psychotherapy and Psychoanalysis* (1975), se refiere a cuatro simposios de la American Psychoanalytic Association celebrados entre 1952 y 1954, dedicados a estudiar las relaciones entre psicoanálisis y psicoterapia psicodinámica. A su juicio estas reuniones no aportaron una clarificación significativa de las dudas y cuestiones planteadas. A su entender, una de las preguntas formuladas es la de si puede decirse que existe una psicoterapia científica aparte del psicoanálisis y si la llamada psicoterapia psicodinámica es algo más que sugestión. Me parece evidente que a muchos lectores de hoy en día les sorprenderá tanto la seguridad con que este autor habla del carácter científico del psicoanálisis como algo indiscutido e indiscutible, como las dudas que muestra acerca de si la psicoterapia es mera sugestión. Sin embargo, su libro cita la investigación de la Menninger Foundation (1956). En ella se diferencian tres categorías de tratamiento psicológico: a) *Psicoterapia de apoyo*; b) *Psicoterapia expresiva*, en la cual se reconocen y utilizan la transferencia y las resistencias y c) *Psicoanálisis*, en el que se analizan la transferencia y las resistencias hasta sus raíces genético-dinámicas en la vida psíquica infantil. Yo creo que esta división, como veremos más adelante al referirme a las ideas de Kernberg, es la que continúa predominando.

En su trabajo de 1954, Gill establece tres características propias del psicoanálisis que lo distinguen de la psicoterapia, las cuales fueron aceptadas de inmediato por el pensamiento psicoanalítico vigente en aquel momento y que, para las escuelas más clásicas o tradicionales, mantienen plena vigencia. Éstas son: a) facilitación del desarrollo de la transferencia que da lugar a b) la neurosis de transferencia, y c) la cual ha de ser resuelta únicamente por la interpretación de la transferencia. Más adelante, en 1984, el mismo Gill modificó significativamente su punto de vista en cuanto a la naturaleza esencialmente regresiva de la transferencia que se desarrolla en el curso del proceso analítico. Lo formula de esta manera:

La noción de una transferencia «incontaminada» es un mito, a causa de que la expresión de la transferencia se halla siempre influida por el aquí y ahora de la interacción con el analista. Pero todavía hay más, ya que la naturaleza de la interacción interpersonal es tal que la transferencia posee siempre cierto grado de plausibilidad en términos de algo relacionado con el analista. Esto incluye tanto lo que el analista ha hecho como lo que no ha hecho (p. 164; comillas del autor; la traducción es mía).

Continúa Gill mostrándose en desacuerdo con la idea de que el paciente distorsiona la situación, modificándola según sus pautas intrapsíquicas. Él, en cambio, piensa que el comportamiento del analista vuelve plausible la experiencia del paciente y que el papel de cada uno de los dos protagonistas en la construcción de la transferencia puede ser muy distinto en diversos momentos del análisis. Aun cuando reconoce la importancia de la recuperación de la historia del paciente expresada a través del desarrollo de la transferencia, tal como tradicionalmente se ha sostenido, juzga que ello no ha de hacernos olvidar el examen, análisis e interpretación del aquí y ahora de este fenómeno.

En mi opinión, el estudio más completo y actualizado de las relaciones entre

psicoanálisis y psicoterapia es el de Kernberg (1999). Este autor distingue claramente entre *psicoterapia de apoyo*, basada en la teoría analítica, *psicoterapia psicoanalítica* y *psicoanálisis*. En su esfuerzo de diferenciación, Kernberg da prioridad a la técnica sobre los objetivos. Pese a que distingue claramente la psicoterapia psicoanalítica del psicoanálisis, no cree que la psicoterapia psicoanalítica mezcle el oro del psicoanálisis con el cobre del apoyo o la sugestión. Por el contrario, piensa que:

La psicoterapia psicoanalítica mantiene esencialmente la técnica psicoanalítica destinada a analizar los conflictos inconscientes activados en la transferencia [...] (p. 1.081; la traducción es mía).

También opina que la atención a los sucesos externos en la vida del paciente representa una importante modificación del enfoque clásico psicoanalítico, en el que cada sesión se inicia sin ninguna clase de meta determinada. Con relación a la psicoterapia de apoyo, considera que se caracteriza por el empleo de los preliminares de la interpretación, o sea, la clarificación y la confrontación, pero no la interpretación propiamente dicha. En cambio, sí utiliza el apoyo emocional y cognitivo. En cuanto a la transferencia, se tiene en cuenta, pero no se interpreta.

Los autores kleinianos son quienes más radicalmente separan y diferencian el psicoanálisis de la psicoterapia, tal como vemos, por ejemplo, en A. Pérez-Sánchez (1996, 2006). Para este autor, a quien podemos considerar representativo del pensamiento kleiniano a este respecto, el *proceso psicoanalítico* está vertebrado por dos ejes de referencia que son el proceso de separación y el de vinculación del objeto. Considera que, por lo que se refiere al material clínico, en el proceso psicoanalítico están en primer plano los contenidos referidos a la transferencia con el analista, tal y como son vividos en la situación terapéutica. Además de otorgar un papel primordial a la interpretación de la transferencia, juzga que para que exista un verdadero proceso psicoanalítico han de darse otras condiciones: alta frecuencia del método —cuatro o cinco sesiones por semana—, uso del diván y, como es natural, la capacitación adecuada. Cree que en el caso de las psicoterapias también se desarrolla un *proceso psicoterapéutico*, en el que no están presentes las experiencias de vinculación y separación con la misma intensidad que en el proceso psicoanalítico. En la psicoterapia, el material clínico más frecuente es el de las experiencias extraterapéuticas.

La dificultad de establecer una diferenciación entre psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica es que, como podemos ver en esta pequeña muestra de opiniones que acabo de exponer, cada autor realiza esta diferenciación de acuerdo con la teoría psicoanalítica con la que trabaja, con lo cual tal diferenciación no es aceptada por quienes se atienen a otras teorías, escuelas o modelos. Por otra parte, hay escuelas u orientaciones dentro del psicoanálisis que no admiten ninguna diferenciación entre psicoanálisis y psicoterapia, como sucede en la escuela lacaniana. Los autores pertenecientes a otras orientaciones, como es el caso del intersubjetivismo y de la teoría relacional, por ejemplo, no parece que se preocupen ni poco ni mucho por este problema. Expondré una anécdota personal. Con ocasión de la reunión de analistas

didácticos celebrada el día anterior al Congreso de la A.P.I. en Niza en el año 2001, me encontraba participando en una sala en la que se trataba de este tema. Yo estaba hablando acerca de las dificultades de tiempo que tenían la mayor parte de los pacientes para comprometerse a tres o más sesiones por semana, aunque se les diera toda clase de facilidades económicas, motivo por el cual, frecuentemente, yo me veía obligado a realizar tratamientos psicoterapéuticos de dos sesiones por semana con pacientes que merecerían un análisis. Al decir yo esto, numerosos asistentes exclamaron, sorprendidos, que ello no era obstáculo para que pudiera llevar a cabo un psicoanálisis con ellos. Me parece que con esto queda claro, a tenor de lo expuesto, la diferencia de opiniones que reina en la comunidad psicoanalítica respecto a esta cuestión.

6.3. Una perspectiva integradora

Dada la realidad de la situación que acabo de plantear, intentaré ofrecer una perspectiva que espero que pueda abarcar, si no todas, por lo menos una gran parte de las opiniones respecto a este asunto.

Creo que podemos subsumir los distintos puntos de vistas en tres distintas posiciones.

a) La de los que diferencian, tanto en sus declaraciones como en su praxis, la psicoterapia psicoanalítica del psicoanálisis. En este primer grupo es donde me incluyo.

b) La de los que entre ambas no ven diferencias ni teóricas ni prácticas, salvo en el número de sesiones por semana.

c) La de los que dicen o escriben, como un *lipservice*, que existe una diferencia, pero no la concretan ni en la teoría ni en la práctica.

Ahora bien, lo que yo afirmo es que, para que en la práctica exista una diferencia entre la psicoterapia y el análisis, hace falta que el terapeuta quiera tener en cuenta tal diferencia. Esto parece obvio, pero a la hora de la verdad no lo es tanto y su olvido conduce a grandes confusiones. Para que exista una diferencia entre ambos tratamientos, es preciso que los analistas que los llevan a cabo sigan una distinta línea metodológica en el *setting* y en las intervenciones, según se propongan realizar un análisis o una psicoterapia. De lo contrario, si siempre hacemos lo mismo, tienen razón quienes afirman que no existe diferencia o que la única reside en el número de sesiones. Solamente pienso que, en este caso, para ser coherentes tendríamos que escoger uno de los nombres, y hablar tan sólo de psicoterapia o de psicoanálisis, ya que no es necesario usar dos nombres para designar la misma cosa. Digo esto, en parte, fundamentándome en mi experiencia con alumnos en centros de formación en psicoterapia, quienes han tenido como profesores y supervisores a psicoanalistas, ya que el trato con ellos me produce la impresión de que lo que se les ha enseñado es a realizar un psicoanálisis con una o dos sesiones por semana, pero no esta aplicación del psicoanálisis que es la psicoterapia. En estos casos, uno tiene la sensación que, en general, estos psicoterapeutas se han quedado con los aspectos más formales y rígidos del psicoanálisis —la cáscara vacía sin la almendra— y que están convencidos de que la diferencia entre la psicoterapia y el análisis reside tan sólo en el número de sesiones por semana, y por ello aplican a la

psicoterapia, totalmente, el *setting* analítico.

Como es previsible, también puede ocurrir que un analista reciba un paciente cuatro o cinco veces por semana, y que la relación que se establezca sea la de una psicoterapia; a veces ni siquiera la de una psicoterapia de orientación psicoanalítica, sino de apoyo, directiva, etc. Pero esto no borra las diferencias entre una y otra entidad, sino que las confirma.

Ambas formas de tratamiento comparten los mismos principios básicos de la teoría psicoanalítica. Aunque los objetivos no son los mismos. El tema de los objetivos del psicoanálisis es tan complejo y sobre él se ha escrito tanto, que, como ya hemos visto, J. Sandler y U. Dreher le han dedicado todo un libro (1996), sin que al fin del mismo se decidan a dar una definición precisa. De hecho, aparte de una documentada revisión histórica, se dedican a señalar las dificultades y los límites con los que se encuentra todo intento de este tipo. Pero, con un enfoque pragmático, me parece que la mayoría de nosotros estamos de acuerdo en considerar que el psicoanálisis intenta reestructurar la mente del paciente en el grado más elevado posible, así como promover el crecimiento psíquico y lograr la máxima salud mental en el analizado, mediante la comprensión de la tensión transferencia-contratransferencia, el ofrecimiento de una nueva experiencia de relación, la interpretación y el *insight*. Las discusiones empiezan cuando tratamos de precisar qué es lo que entendemos por estructuración, por crecimiento psíquico, por salud mental, etc. Pero éste es otro punto, el cual ya ha sido examinado ampliamente en el mencionado libro de Sandler y Dreher. Y lo que he dicho que intenta conseguir el psicoanálisis, sin plantearse resolver ningún problema o dificultad en concreto, lo hace esperando que el crecimiento y vigorización de la mente del analizado le llevará a poder encarar mejor los problemas y conflictos que se le pueden presentar en el transcurso de su vida. Ahora bien, creo que más que precisar «qué es el psicoanálisis», nos puede ser útil tener en cuenta aquello «que es psicoanalítico». Yo creo que psicoanalítico es copensar con el otro, sumergirnos en una actividad psíquica compartida con el paciente, mediante la cual podamos descubrir la dialéctica transferencia-contratransferencia, empatizar con el inconsciente del analizado, detectar sus resistencias y las nuestras propias en el curso de una actividad asociativa común (Widlöcher, D., 1998).

Así, las dos disciplinas comparten principios teóricos y bases conceptuales en cuanto a la terapéutica, pero difieren en la práctica clínica de la misma. Una diferencia descansa en la naturaleza de la metas. En la psicoterapia las metas son más limitadas, dirigidas a la desaparición de los síntomas, la resolución o superación de conflictos en la vida cotidiana del paciente, la comprensión de las fantasías inconscientes y de los mecanismos de defensa que alimentan y hacen crónicas las dificultades con las que se debate el paciente, etc. Kernberg, en el trabajo ya citado en la anterior sección, dice en cuanto a los objetivos del tratamiento:

Los objetivos del psicoanálisis son un cambio estructural fundamental, la integración de los conflictos inconscientes reprimidos o disociados del yo consciente. En la psicoterapia expresiva o psicoanalítica, el objetivo es una reorganización parcial de la estructura psíquica en el contexto de un cambio sintomático significativo. En cuanto a la psicoterapia de apoyo, el objetivo es una mejoría sintomática por medio de un

mejor equilibrio de las configuraciones equilibrio defensa, con refuerzo de las defensas adaptativas (p. 1.078; la traducción es mía).

En mi opinión, otra manera de enfocar esta cuestión es la de considerar que el psicoanálisis se dirige a incidir, de una manera beneficiosa para la vida del paciente, en los conflictos intrapsíquicos primarios —dejo de lado la distinción entre conflicto y defecto—, mientras que la psicoterapia psicoanalítica se ocupa de las perturbaciones provocadas en la vida real del paciente por tales conflictos primarios. A continuación, aclararé algo más esta idea.

Aunque desde diferentes puntos de vista, todas las escuelas psicoanalíticas están de acuerdo en que en el curso de su desarrollo, durante los primeros tiempos de la vida, los bebés y los niños viven experiencias que perturban el crecimiento y estructuración de la mente y dan lugar a lo que conocemos como patología psíquica. El mayor o menor predominio de los factores internos y externos en el origen de estas experiencias perturbadoras depende de los puntos de vista de cada escuela, y es algo en lo que ahora no voy a adentrarme. Estas experiencias patógenas inseridas en la estructura mental del sujeto, junto con las ansiedades y defensas correspondientes, constituyen los denominados *conflictos intrapsíquicos primarios*. Estos conflictos primarios dan lugar a una discordancia, alteración y desajuste del funcionamiento mental que provocan sufrimiento y síntomas tales como ansiedad, inhibiciones, fobias, obsesiones, trastornos de la sexualidad, distorsión del criterio de realidad, depresión, utilización deficiente de las propias capacidades psíquicas, etc. Estos conflictos primarios son vividos en la relación transferencial con el analista —dejo de lado el papel de la realidad del analista— y éste intenta ayudar al paciente a resolverlos mediante la interpretación y el consecuente *insight*, lo cual se espera que produzca una reestructuración de la mente del analizado. Por esto se dice, a menudo, que el logro de un psicoanálisis consiste en conseguir una modificación estructural de la mente del paciente.

Pero ocurre que estos conflictos primarios, a causa del deficiente funcionamiento psíquico, del sufrimiento mental y de los síntomas a los que dan lugar, también provocan en la vida de los seres humanos dificultades y perturbaciones —yo las denomino *conflictos secundarios*— que suelen ser la causa que mueve a los pacientes a buscar ayuda: problemas en las relaciones con los otros, con la familia, en la escuela, con el trabajo, con la pareja, en la esfera de la sexualidad, etc.; sentimientos de desorientación global y de falta de sentido de la vida; insatisfacción con cualquier actividad, desacuerdo y descontento con uno mismo; continuada sensación de fracaso, etc. La experiencia muestra que las personas no piden ayuda psicológica por sus «conflictos primarios», sino por las consecuencias de ellos, por los conflictos secundarios.

En general, podemos decir que cuanto más acentuada sea en el sujeto la necesidad de ser ayudado a resolver o superar un problema concreto, más indicado se halla el tratamiento psicoterapéutico. Pero si la demanda se fundamenta en una insatisfacción con la propia personalidad, disconformidad con uno mismo, sensación de que algo falla en el propio funcionamiento mental, deseos de obtener un cambio en la «forma de ser»,

etc., la indicación del análisis toma más relevancia.

Un problema muy discutido es el de si la psicoterapia puede dar lugar a modificaciones estructurales, o si éstas pueden obtenerse tan sólo a través del tratamiento psicoanalítico. Según mi experiencia sí que es posible, aunque quiero recordar que al hablar de modificaciones estructurales, tanto en una como en la otra forma de tratamiento, siempre debemos hacerlo con la prudencia y las reservas necesarias, distinguiendo entre las estructuras primarias y las estructuras secundarias, siendo estas últimas las que pueden ser afectadas por el impacto terapéutico. Antes he dicho que en psicoanálisis intentamos conseguir una reestructuración tan amplia como se pueda de la mente del paciente, esperando que tal modificación le permitirá afrontar mejor los problemas concretos de su vida. Pues bien, yo creo que también podemos invertir la frase y esperar que la desaparición o suavización de los conflictos secundarios repercutirá en la totalidad de la vida psíquica del paciente y favorecerá una reorganización favorable de su mente. No es nada extraño pensar que un grado más elevado de satisfacción de los impulsos de vida, una mejoría de la relación con los otros, la resolución de determinadas situaciones conflictivas, un incremento de la autoestima, etc., puedan incidir, de alguna manera, en los conflictos intrapsíquicos primarios. Cuando tenemos una hilera de piezas de dominó en pie, si tiramos la pieza de un extremo, cae toda la fila, pero lo mismo ocurre si la pieza que tiramos es la del extremo opuesto. Algunos estudios como los de la Menninger Foundation, citada por Wallerstein (1975) avalan esta tesis. Ahora bien, lo que sí creo, de acuerdo con mi experiencia, es que las posibilidades de que se produzca este cambio estructural, así como su profundidad, no son iguales en las dos modalidades. Me parece lógico suponer que las probabilidades de que tenga lugar una modificación son mucho más grandes con un psicoanálisis que con una psicoterapia, e igual ocurre con la fuerza y la estabilidad del cambio, tanto por la metodología utilizada como por el tiempo del que se dispone. Pero insisto en que no debe confundirse mayores probabilidades con una diferenciación radical en cuanto a las posibilidades de la psicoterapia, por un lado, y del psicoanálisis, por el otro.

Podemos decir, por tanto, que el psicoanalista es un explorador que recorre y descubre la mente del paciente llevándolo de su mano, siempre acompañado por éste, mostrando nuevas zonas e ignotos elementos que permanecían enmascarados o en estado de latencia. El psicoterapeuta —analista o no, en tanto que ejerce como psicoterapeuta— es un experto en problemas de la vida, que ayuda al paciente a entender mejor la manera como él mismo se embarulla y se enreda en sus dificultades.

Yo pienso que en la psicoterapia, en contraste con el psicoanálisis —en el que el análisis de la transferencia se considera central en las intervenciones del analista—, las interpretaciones transferenciales no han de ocupar un lugar predominante en las intervenciones del terapeuta. En la psicoterapia son también, a mi parecer, más importantes las interpretaciones extratransferenciales que inciden en aquellas zonas en las que el mundo interno del paciente se externaliza y se reproduce en las relaciones con los familiares y las personas de su vida cotidiana. Por tanto, son de gran importancia las interpretaciones de las fantasías inconscientes y mecanismos de defensa que se hallan en

la base de las dificultades que le han llevado a solicitar ayuda.

Existe un tipo de interpretaciones que yo denomino de *transferencia interna*, que creo que se encuentra indicado igualmente en ambas modalidades de tratamiento. En estas interpretaciones se intenta poner de manifiesto las relaciones que sostienen entre ellos los diversos elementos de la mente del paciente: el *self* con los objetos internos; los objetos entre sí; diferentes aspectos del *self* entre ellos; el entramado de pulsiones complementarias o divergentes, etc.

En la psicoterapia, según yo la entiendo, la atención no es totalmente flotante al estilo de lo que se considera conveniente en el análisis, sino que el terapeuta ayuda al paciente a seleccionar áreas de exploración, manteniendo la transferencia, la situación del paciente en la realidad y los objetivos del tratamiento bajo constante escrutinio. Ya he dicho que, a mi juicio, la psicoterapia es psicoanálisis aplicado, y, así como antes he hablado de *aquello que es psicoanalítico*, podemos decir que las intervenciones en la psicoterapia, junto con la actitud correspondiente del terapeuta, son *aquello que es psicoterapéutico*. Dice Widlöcher (1998) respecto a esos dos tipos de intervenciones:

Así como la intervención de efecto psicoanalítico presupone una actividad asociativa que inviste los contenidos del pensamiento en relación con los juegos conflictivos y los fantasmas inconscientes, las intervenciones de efecto psicoterapéutico presuponen una actividad narrativa que inviste los elementos de la realidad en una situación exterior interpersonal. La diferencia se refiere, en definitiva, a la naturaleza del contexto activado, en un caso un contexto asociativo en relación con la actividad psíquica, en el otro el contexto asociativo en relación con la realidad material (p. 14; la traducción es mía).

De acuerdo con esta idea de Widlöcher, que a mí me parece excelente, *podemos definir un tratamiento como psicoanalítico o como psicoterapéutico según la presencia predominante de aquello que es psicoanalítico o de aquello que es psicoterapéutico*.

Lo que acabo de decir en el último párrafo nos lleva, como de la mano, a volver a hablar del *setting* externo en lo que concierne al número de sesiones semanales. Como todos sabemos, durante mucho tiempo se ha intentado establecer la distinción entre psicoanálisis y psicoterapia sobre la base del número de sesiones, y se ha insistido, como hemos visto cuando me he referido a la opinión de Pérez-Sánchez, en que, para ser considerado psicoanalítico, un tratamiento se ha de llevar a cabo con un mínimo de cuatro sesiones semanales, aunque muchas sociedades psicoanalíticas admiten tres, y todo lo que no alcance este mínimo ha de ser considerado como psicoterapia. Yo me siento totalmente contrario a esta distinción fundamentada en el número de sesiones, y juzgo que este criterio es el causante, en gran parte, del actual embrollo sobre este asunto. Creo que el origen de esa desacertada diferenciación es debido a la confusión entre desarrollo de la transferencia y regresión, por un lado, y entre *setting* externo y *setting* interno, por otro. Creo necesario reflexionar un poco sobre todo esto, a fin de precisar mejor nuestras ideas.

Debemos distinguir entre la transferencia y la regresión, en lugar de confundir una con otra. Tal como hemos visto en el capítulo 4, la transferencia es un fenómeno universal, la organización de toda situación de acuerdo con todas las experiencias pasadas, conscientes

e inconscientes, es decir, la influencia del pasado en el presente. Por tanto, la transferencia está ya actuando desde el mismo momento del primer encuentro analizado-analista. No es necesario que se produzca una regresión transferencial —que es lo que se persigue con las cuatro o cinco sesiones por semana— para que la transferencia se desarrolle. El pasado, como hemos visto, está incidiendo siempre en el presente, con o sin análisis. Lo que sucede es que la metodología analítica favorece que esta organización de las experiencias del pasado se centre alrededor de la relación analizado-analista, lo cual es útil para comprender las formas de funcionamiento de la mente del analizado. La regresión, en cambio, a mi entender, es un fenómeno secundario a dicha metodología, tal vez inevitable pero indeseable y perjudicial si alcanza ciertos límites. Podemos decir que, en general, el yo de las personas que acuden en busca de ayuda psicológica ya se halla excesivamente debilitado y con un funcionamiento con aspectos regresivos antes de iniciar el tratamiento. Lo que precisa el analista para su trabajo es un analizado con un yo lo más fuerte y evolucionado posible, para contar con su colaboración, para la posibilidad de *insight* y para la asimilación de las experiencias vividas en la relación terapéutica. La actitud favorable, por parte del analizado, es la que podemos calificar como de *dependencia progresiva*, es decir, una dependencia dirigida a obtener del analista aquello que es menester para crecer y alcanzar la independencia. Lo que menos conviene para el análisis es un analizado infantilizado y con una *dependencia regresiva*; es decir, un analizado que se muestra como un bebé que lo exige todo del analista, y que confía en que el alivio de sus sufrimientos vendrá de éste, sin que él mismo sepa de qué manera y sin que deba participar de algún modo en el proceso. Desde este punto de vista, la frecuencia intensa de sesiones, cuatro o cinco por semana, es, pues, un arma de doble filo, ya que si por un lado facilita la presentación y estudio de formas de relación propias de las experiencias infantiles —que es lo que tradicionalmente se ha considerado exclusivamente como transferencia—, por otro lado puede promover una peligrosa y perturbadora regresión transferencial e incluso del yo. Es por ello que algunas comunidades psicoanalíticas, como es el caso de la escuela francesa, prefieren una frecuencia de tres sesiones semanales, lo cual, piensan, favorece la autonomía del analizado al no ponerlo bajo la presencia persistente y asfixiante del analista.

La frecuencia significativa de las sesiones semanales⁸¹ puede facilitar el desarrollo del proceso psicoanalítico, basado en la creación del espacio potencial donde se despliega la continuidad de la dialéctica transferencia-contratransferencia, pero, ¡atención!, la frecuencia intensa no es el proceso psicoanalítico. Facilitar un proceso no es originarlo de manera necesaria e inexorable. Para que se ponga en marcha se requieren determinadas idoneidades del analizado, del analista y de la relación que se establece entre ellos, y estas idoneidades pueden, o no, hallarse presentes sea cual sea el número de sesiones.

Me parece pertinente recordar que, como hemos visto en el capítulo 4, la transferencia y la contratransferencia no son dos entidades que pertenezcan la una al analizado y la otra al psicoanalista —por mucho que admitamos que se influyen mutuamente y que hayan salido cada una como respuesta a la otra—, sino que son una misma entidad, *transferencia-contratransferencia*, lo cual es una construcción intersubjetiva inconsciente

generada por la pareja analítica, a pesar de que cada uno de los dos protagonistas la vive individualmente de acuerdo con su personalidad (Ogden, T., 1994). En lo relativo a la psicoterapia, la metodología, a la que ya me he referido brevemente, y el menor número de sesiones —generalmente una o dos por semana— no predisponen tanto a la intensidad de las relaciones emocionales y a la influencia de la interacción, y por esto también es menor el riesgo de regresión transferencial y del yo. Pero aquí podemos decir, desde un ángulo contrapuesto, lo que he dicho antes: una menor facilitación de la dialéctica transferencia-contratransferencia no significa que ésta no pueda instaurarse de manera firme y vigorosa, ni que no llegue a ponerse en marcha un verdadero proceso analítico. Se trata, como he dicho al hablar de la posibilidad de las modificaciones estructurales, de una cuestión de probabilidad, no de inexorabilidades. El proceso psicoanalítico puede tener lugar con cualquier número de sesiones, de acuerdo con la capacidad y disponibilidad de los dos protagonistas, aunque es más *probable* conseguirlo con tres o cuatro sesiones semanales. Querer diferenciar entre psicoanálisis y psicoterapia según el número de sesiones semanales es reducir la esencia del proceso psicoanalítico a una cuestión cuantitativa y administrativa, que ha creado confusión y que creo que incluso ha desvalorizado el análisis.

No olvido la objeción que se puede hacer a lo que acabo de decir, en el sentido de que muchas veces las intensidades cuantitativas provocan un salto cualitativo; por ejemplo, sabemos que cuando el incremento de temperatura de una masa de agua llega a un determinado nivel, el agua se convierte en vapor. Este argumento se ha utilizado, a veces, para justificar la necesidad de cuatro o cinco sesiones semanales, para que se establezca un desarrollo transferencia-contratransferencia adecuado. Pero los procesos mentales no son totalmente equivalentes a los procesos físicos, no se rigen por las mismas leyes y, afortunadamente para la humanidad, poseen un grado de flexibilidad y adaptabilidad que los hace mucho más imprevisibles y maleables y, además, sus características pueden variar de forma sorprendente, de acuerdo con el contexto interpersonal y social en el que se encuentren implantados. El argumento, por tanto, es ingenioso, pero no es válido para justificar la necesidad ineluctable de cuatro o cinco sesiones semanales para obtener un proceso psicoanalítico. Esto, aparte de los peligros que ya he señalado en cuanto a las posibilidades de regresión e infantilización.

6.4.Las motivaciones del analizado y el analista para pasar de una psicoterapia a un psicoanálisis

6.4.1.Un cambio sorprendente

Hasta hace no muchos años, la posibilidad de que un analista llevara a cabo un psicoanálisis con un paciente a quien estaba tratando, o había tratado, con psicoterapia era algo totalmente proscrito. Se consideraba que el tipo de relación que se había creado no era, de ninguna manera, adecuado para llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico, y que esto era algo definitivo y que ya no podía modificarse. En el caso de que ambos

consideraran oportuno un psicoanálisis, era totalmente obligado que el paciente se dirigiera a otro analista.

Hoy en día la situación ha cambiado totalmente. No solamente existe un gran número de analistas que no encuentran ningún inconveniente en esta transformación, sino que muchos tratamientos psicoterapéuticos comienzan, ya de entrada, con la expectativa de que, más pronto o más tarde, se transformarán en un análisis. Este hecho se da de manera frecuente, como ya he mencionado, con los estudiantes de psicoanálisis. Esto obedece, muy a menudo, a que muchos de ellos comienzan tratamientos de psicoterapia en sujetos para los que un análisis sería más apropiado, a causa de que no están todavía autorizados por los respectivos institutos para la práctica del psicoanálisis. En el momento en que llega esta autorización desean vivamente, tal vez demasiado vivamente, convertir esta psicoterapia en un análisis, debido a que las exigencias de su formación los obligan a llevar a cabo un número determinado de análisis bajo supervisión, y todos sabemos que en el momento presente es difícil encontrar personas dispuestas al esfuerzo que ello comporta. Esto da lugar a que, en muchas ocasiones, también intenten transformar en análisis la psicoterapia de pacientes que, en principio, no parecían idóneos para ello. Pero, además, también muchos analistas, dada la carestía que acabo de citar, tratan de convertir en análisis algunos de los tratamientos de psicoterapia que tienen en curso. Estas modificaciones en nuestra práctica profesional no se han visto, hasta el momento, apoyadas por algún cambio en la teoría ni en la teoría de la técnica, sino que han aparecido de manera espontánea y sin aparente reflexión previa, por lo que me parece conveniente meditar un poco sobre este asunto.

Las reflexiones teóricas y prácticas que seguirán a continuación parten de tres fuentes:

- a) Mi propia experiencia al respecto, como terapeuta y como supervisor.
- b) La lectura de trabajos —que no son muy abundantes— sobre este tema.
- c) El sentido común que permite que todo analista que haya practicado la psicoterapia pueda concebir, gracias a la comprensión de la transferencia-contratransferencia, muchas cosas que acaecerán cuando se pase, o se intente pasar, de un tratamiento de psicoterapia a un análisis.

6.4.2. Las modificaciones que afectan únicamente al setting externo

Sin duda lo que he dicho hasta ahora ya ha dejado claro a los lectores que, para mí, transformar una psicoterapia en un psicoanálisis no quiere decir incrementar el número de sesiones, cosa con la que fácilmente se confunde, sino pasar del predominio, que no de la exclusividad, de un tipo de relación y de intervenciones a otro, del predominio de aquello que es psicoterapéutico a aquello que es psicoanalítico. Tan sólo en el caso, que ya he mencionado, de una psicoterapia en la que se haya establecido un verdadero proceso psicoanalítico con un *setting* de dos sesiones por semana —sería muy excepcional que esto se diera con una única sesión semanal— podemos pensar que el cambio consistirá en el hecho de aumentar el número de sesiones. Pero en este caso, si ya existe un predominio de aquello que es psicoanalítico, decir que la psicoterapia se ha

transformado en un psicoanálisis es una cuestión puramente formal y semántica. Lo que sí es una realidad, en tal circunstancia, es que se ha modificado el *setting* externo para hacerlo más idóneo a la práctica del psicoanálisis.

Este hecho que acabo de comentar no es infrecuente, y yo cuento con experiencia al respecto. Pienso que debemos distinguir aquí dos eventualidades distintas. Una es aquella en que, por las razones que sean, no ha sido posible instaurar más de dos sesiones por semana, pero el analista ha establecido, desde el principio, con su forma de relación y sus intervenciones, un clima totalmente analítico, y el paciente ha respondido llevando a cabo la parte que le corresponde. Como sea, ha llegado un momento en que de alguna manera, por un cambio de las circunstancias de la vida del paciente, tal vez, o puede que por un incremento de su interés, se ha hecho visible la posibilidad de aumentar el número de sesiones, y paciente y analista se han de poner de acuerdo al respecto. En estos casos, la complejidad, evidentemente, no es mucha. En la otra eventualidad, la metodología utilizada ha sido la propia de una psicoterapia al inicio, pero progresivamente se ha ido estableciendo un predominio de aquello que es psicoanalítico. Esto puede haber sido promovido intencionalmente por el analista, en vista de la buena respuesta del analizado a las intervenciones de contenido más psicoanalítico, o puede haber sido el creciente interés por parte del analizado lo que ha conducido al analista a acentuar progresivamente el énfasis analítico en sus intervenciones. Debemos tener en cuenta, como he visto algunas veces —ya sea en mi propia práctica, ya sea en las supervisiones—, que hay algunos pacientes que, por sus disposiciones naturales, «van por delante del terapeuta», y éste, en los casos más afortunados, se da cuenta de tal hecho y debe esforzarse para seguirlos. En un momento dado, el analista percibe la situación y lo comenta con el paciente, planteando la posibilidad de incrementar el número de sesiones semanales con la intención de mejorar aquello que se está llevando a cabo. En estas ocasiones, las cosas son un poco más complicadas que en el caso precedente, con las diferencias fáciles de deducir, por lo que han de ser tenidas en cuenta las consideraciones que seguirán en el siguiente apartado.

6.4.3. Las modificaciones del setting interno

Una situación muy distinta de las dos posibilidades que he descrito en el apartado precedente es la que se plantea cuando se intenta transformar una psicoterapia en sentido estricto en un psicoanálisis. El acuerdo del paciente y el analista para pasar de una psicoterapia a un psicoanálisis descansa en las motivaciones que uno y otro puedan tener para hacerlo. Estas motivaciones pueden ser sanas e ir dirigidas a la búsqueda de la realidad psíquica del paciente y a alcanzar la mayor reorganización posible de su personalidad, o bien, por el contrario, ir en contra del conocimiento de la realidad interna, basarse en la fantasía de una situación analítica idealizada por parte del paciente, o esconder intereses conscientes o inconscientes por parte del analista. No es nada fácil decidir, en cada caso, cuáles son las verdaderas motivaciones.

Por lo que se puede leer y escuchar, parece que la perspectiva que se tiene de este

asunto sigue muchas veces —equivocadamente, a mi entender— la pauta del «modelo médico». Es decir, delante de un determinado paciente al que se trata con psicoterapia, el analista cree que al paciente le conviene más un análisis y le recomienda este tratamiento, de la misma manera que un médico indica una medicación que le parece más efectiva, o una intervención quirúrgica en lugar de un medicamento. Y a partir de este momento parece que todo depende de que el paciente lo acepte, o de que sus «resistencias» lo impidan, en cuyo caso el analista suele dedicarse a interpretar tales resistencias con el fin de conseguir que el paciente acepte su indicación. Pero yo creo que las cosas no se han de llevar de esta manera ni mucho menos. Tengamos en cuenta que un médico que recomienda un tratamiento determinado se refiere a algo que es objetivo y externo a él, aun cuando debo advertir que en este momento, para simplificar, prescindo de todos los aspectos psicológicos de la práctica médica. Pero el analista, en este caso, aconseja emprender un proceso, el análisis, del cual forma parte intrínseca y que resonará en todos los niveles de su personalidad. El analista está desde el primer momento, incluido en el campo de interacción que observa y que intenta modificar. Transformar una psicoterapia en un análisis no es un hecho objetivo, indiferente para el analista. Por el contrario, es un hecho que tiene toda clase de repercusiones para él o ella, desde las emocionales hasta las económicas, pasando por las motivaciones de currículo, tanto en el caso de los estudiantes de psicoanálisis que en los institutos psicoanalíticos precisan de un número determinado de casos de análisis para su graduación, como en el de los analistas que aspiran a una promoción de su status dentro de sus respectivas sociedades. No entro a discutir los aspectos institucionales de estas dos últimas motivaciones, porque esto sería entrar en la política educativa de las sociedades de psicoanálisis, lo cual se escapa del tema de este trabajo.

Creo firmemente que antes de que un analista aconseje a un paciente en psicoterapia pasar a un psicoanálisis es preciso que examine muy atentamente cuáles son sus propias razones conscientes para hacer tal recomendación, y que procure investigar cuáles pueden ser las razones inconscientes que lo inducen a ello. Entre unas y otras podemos considerar: el deseo de ser «más analista», es decir practicar análisis y no psicoterapia; la necesidad de responder a las críticas del paciente, o a las suyas propias, referentes a estar obteniendo pobres o nulos resultados con el tratamiento psicoterapéutico; procurar demostrar y demostrarse que es capaz de hacer aquello que, posiblemente, en su contexto es considerado «lo mejor»; la dificultad de tolerar ver al paciente cara a cara, cuando es ésta la modalidad utilizada, tal vez teniendo que afrontar demandas muy concretas respecto a la resolución o alivio de conflictos externos, tal vez sufriendo recriminaciones por parte del paciente, puede que soportando silencios incómodos, quizás sobrellevando una transferencia erotizada, etc. Todo ello puede llevar a buscar refugio en la situación más tranquila de sentarse detrás del analizado, que está tumbado sobre el diván, situación en la que los silencios son más soportables y las demandas y reivindicaciones son interpretadas como resistencias o como transferencia negativa. Seguimos con la razones para el cambio: sentimientos de que la psicoterapia es poca cosa y que no satisface la autoestima y la imagen profesional que se desea; impulso a conocer

más la mente de un paciente que puede parecer interesante; necesidad de reunir material analítico para trabajos y comunicaciones, etc. Todas estas razones pueden ser particularmente incisivas y engañosas, en este tiempo de escasez de personas que acepten, de entrada, un análisis. Lo que acabo de decir nos lleva a recordar que todas las dificultades y complejidades que he dicho y que diré toman mayor relevancia cuando mayor es el número de sesiones que proponga el analista. No es lo mismo tres sesiones, que cuatro, o que cinco.

En lo relativo a las motivaciones del analista, Bassen (1989), en un trabajo en el que presenta material clínico de tres casos de psicoterapia en los que indicó pasar a un análisis, afirma que los datos de estos casos sugieren que la indicación para pasar a un análisis en el curso de una psicoterapia debe ser, probablemente, multideterminada. Esta autora piensa que la indicación, en los tres casos que examina, fue el resultado de tres elementos: la indicación objetiva del análisis, los intentos, por parte del paciente, de establecer con el analista una relación que involucraba la escenificación de temor y deseos inconscientes, y la respuesta, por parte del terapeuta, a estos intentos, respuesta que surgía, en parte, de sus propios deseos y necesidades.

Yo pienso que la motivación necesaria para un paciente en psicoterapia psicoanalítica depende del grado en que ésta le haya permitido reconocer el origen predominantemente interno de su malestar, le haya llevado a entrever la posibilidad de una mejoría a través de la comprensión y de la experiencia vivida en la relación terapéutica, y haya despertado en él o en ella un impulso a sumergirse en la investigación de la propia vida psíquica.

6.4.4. Falta de motivación por parte del paciente para pasar a un análisis

La desgana y la falta de disponibilidad para iniciar un análisis por parte de un paciente que se halla en tratamiento psicoterapéutico pueden ser debidas, en esquema, a las siguientes causas:

a) Las situaciones externas de su vida, conflictivas y desfavorables, pueden permitir al paciente alejarse de la introspección y atribuir su sufrimiento a estas situaciones. En este caso, la psicoterapia puede ayudar a tomar distancia de los problemas externos y a adquirir el necesario *insight* de la participación de sus fantasías inconscientes, sus ansiedades y sus defensas en el agravamiento y larga duración de tales situaciones. Esto dará lugar a que su mente deje de estar totalmente ocupada por los conflictos externos, y que queden disponibles un espacio y unas energías mentales suficientes, para poder ver la naturaleza intrapsíquica de sus dificultades, en diversos momentos de la vida y en la misma relación con el terapeuta.

b) La ansiedad y la sensación de sufrimiento mental pueden ser tan apabullantes que el paciente no puede pensar en otra cosa que en una ayuda de tipo más directo y con algún matiz de apoyo, como es el caso de una psicoterapia cara a cara, en que la presencia del terapeuta le permita sentirse protegido y acompañado frente a su enorme malestar interno. En estos casos, la psicoterapia puede servir como tratamiento preparatorio para que el paciente pueda adquirir la suficiente capacidad analítica.

c) El temor a la dependencia, el miedo a aceptar una necesidad de ayuda tan intensa como significa el hecho de vincularse en una relación de tres o más sesiones semanales, y el temor frente a la regresión e infantilización que esto puede comportar, son susceptibles de conducir al paciente a rechazar la proposición de pasar a un análisis. Es evidente que, en estos casos, sólo el alivio de estas ansiedades y temores harán posible que el paciente reconsidere la primera negativa.

d) Finalmente, el rechazo a la indicación de iniciar un análisis puede provenir de las resistencias, en el sentido tradicional del término, a reconocer los conflictos más profundos, las ansiedades paranoides y depresivas, el empobrecimiento del mundo mental, la destrucción de los objetos internos, etc. Me parece evidente que estos son los casos en que más difícilmente el paciente se sentirá motivado para seguir la indicación del analista. En estos pacientes, las resistencias han de ser examinadas y, si es el caso, que no siempre lo es, interpretadas con mucho cuidado y *cum grano salis*, para que el paciente no sienta las palabras del terapeuta como un intento de forzarlo a emprender un análisis.

Mi criterio es que, en todas estas situaciones, el deseo del paciente de continuar con la psicoterapia ha de ser cuidadosamente respetado. La relación ha de continuar siendo la de una psicoterapia *qua* psicoterapia, y creo que de ninguna manera el analista ha de transformar el contexto del tratamiento en un espacio para «analizar» las «resistencias» del paciente para iniciar un análisis. Esta actitud sería deshonesto, ya que, en tal caso, se habría pasado a un análisis en contra de la voluntad del paciente, a pesar de que se continuase con un ritmo de una o dos sesiones por semana. Pero, además, pienso que sería un error práctico importante. La insistencia en interpretar las supuestas resistencias ha de comportar inevitablemente para el paciente el mensaje repetido de que aquello que es bueno y necesario es pasar a un análisis y, por tanto, es posible que el paciente acabe sometiéndose a la indicación y dando una conformidad «transferencial». No es demasiado aventurado pensar que, en un caso así, el analista puede encontrarse con una situación en la que el paciente sienta que él o ella ya ha hecho lo que se le pedía: acudir al tratamiento tres, cuatro o cinco sesiones por semana, y que con esto ya puede estar tranquilo, dado que el resto es responsabilidad del analista. Uno puede preguntarse qué hará este analista si el analizado vuelve a lamentarse de su malestar y sus dificultades no desaparecen, a pesar de estar haciendo lo que le han mandado. ¿Volverá el analista a interpretar que es a causa de las resistencias o la agresividad del paciente? ¿Volverá a decir que el número de sesiones es insuficiente y que deberían ser seis o siete por semana? No quisiera encontrarme en esta situación.

6.4.5. *¿Cuál debe ser la actitud del analista frente a la conveniencia de transformar una psicoterapia en un análisis?*

Yo juzgo que el deber del analista cuando cree que a un paciente al que está tratando en psicoterapia le sería más beneficioso pasar por un análisis es examinar y robustecer las posibles motivaciones y capacidades de este último para seguir tal consejo, lo cual no es

lo mismo que insistir tozudamente en la interpretación de las resistencias a su indicación. A mí me parece que la mejor manera de reforzar estas motivaciones es hacer bien lo que se está haciendo: una psicoterapia. Es decir, llevar a cabo el tratamiento psicoterapéutico de tal manera que, por un lado, ayude al paciente en sus dificultades y, por otro, le facilite el camino para que se percate de la importancia de su psiquismo inconsciente en las incidencias de su vida y, con esto, despertar su interés por alcanzar una reorganización más profunda de su mente.

Lo que acabo de decir nos lleva a recordar la recomendación de Freud en torno a un psicoanálisis de prueba para evaluar las capacidades y el interés del paciente por el análisis, a pesar de que ahora pensamos que el tiempo de una o dos semanas que proponía Freud no es, ni de lejos, suficiente para contrastar el gran número de variables existentes con relación a la analizabilidad y las motivaciones del paciente. La afirmación de Freud de que tan sólo la observación del paciente funcionando en la situación analítica puede proporcionarnos una confirmación de su analizabilidad, continúa siendo cierta. De hecho, los analistas siempre iniciamos un análisis no por un sentimiento de convicción y certeza, sino con la impresión de que iniciamos un camino difícil y oscuro que no sabemos dónde nos llevará ni cómo acabará. En tiempos de Freud, no se practicaba la psicoterapia de la manera en que lo hacemos ahora, guardando una actitud analítica y tratando de ofrecer comprensión e *insight* al paciente. En los casos en los cuales no es posible el análisis por falta de motivación ligada a una de las circunstancias a las que antes me he referido, una psicoterapia bien llevada puede permitir una progresiva introducción a la situación analítica, de manera, creo, mucho más ventajosa que el psicoanálisis de prueba que Freud aconsejaba. Si intentamos comprender qué es lo que puede influir, dificultar o reforzar las motivaciones del paciente para pasar a un análisis, y, con tal comprensión, poder incidir en ellas, pienso que podemos encontrar seis diferentes elementos, que resumiré a continuación.

a) No existe ninguna duda de que la recomendación de pasar a un análisis repercute de manera intensa en la relación paciente-terapeuta, tanto si el primero acepta inmediatamente como si no. Las fantasías y sentimientos que puede tener el paciente en torno a esta indicación siempre son numerosas y han de ser examinadas con cuidado, con el fin de reforzar las motivaciones y remover los impedimentos. Las fantasías del paciente más frecuentes suelen ser: el terapeuta quiere tenerlo más cerca por interés científico, económico o erótico; el analista cree que él, o ella, es un paciente valioso al que merece la pena dedicar más tiempo y más esfuerzo; el terapeuta cree que el tratamiento seguido hasta ahora ha fracasado y que es necesario probar otra cosa; la indicación del análisis es un castigo por su mal comportamiento; la indicación del análisis es un premio por ser un buen paciente, etc.

b) La disminución de la externalización de conflictos intrapsíquicos, debida a las interpretaciones adecuadas, hace que el paciente pueda dirigir su atención hacia su malestar interno y ello puede incrementar las motivaciones para seguir la indicación de análisis.

c) El reconocimiento de las limitaciones y sufrimientos provocados por la ansiedad, por

la externalización de los conflictos intrapsíquicos y por las defensas que inducen a comportamientos repetidos y decepcionantes, es un elemento positivo para las motivaciones de análisis.

d) La repetición, en el contexto psicoterapéutico, de las mismas dificultades de relación, ansiedad, temores, etc., que perturban la existencia del paciente en su vida cotidiana es algo que, si puede ser comprendido, reforzará también las motivaciones para el análisis.

e) De manera similar puede actuar la sensación de haber encontrado un tipo de relación jamás vivida y que proporciona al paciente una vivencia de alivio y seguridad.

f) Finalmente, creo que la señal más inequívoca de que las motivaciones del paciente son bastante sanas para seguir una indicación de análisis, sin que esta aceptación sea debida a la sumisión al analista, a fantasías de conseguir una cosa grandiosa e idealizada, a las expectativas de que cumpliendo la indicación recibida todo se resolverá, etc., lo constituye la insatisfacción por las limitaciones de la psicoterapia frente al deseo de intensificar las posibilidades de investigación y desarrollo de la propia mente.

6.5. La decisión de transformar un psicoanálisis en una psicoterapia

6.5.1. Un cambio difícil

Éste es un punto del que poco se habla y menos se escribe. En principio, parece que este silencio debe ser a causa de que los psicoanalistas consideran este hecho como un fracaso. Si se parte de la idea de que, como he dicho al principio, el tratamiento psicoanalítico posee un rango superior a la psicoterapia, es comprensible que a nadie le guste pasar de más a menos. Ocurre lo contrario que sucede cuando se trata de pasar de una psicoterapia a un análisis, lo cual suele juzgarse como un éxito y motivo de satisfacción personal por parte del analista y también del analizado. Sin embargo, no creo que ningún analista con experiencia pueda negar que hay casos en los que, después de haber sido indicado un análisis, la práctica muestra que el analizado no tan sólo no posee o desarrolla las condiciones adecuadas para obtener un beneficio del tratamiento —ya sea por falta de capacidad de *insight*, escaso o nulo interés en profundizar en su vida psíquica, intolerancia a las condiciones del *setting*, etc.—, sino que incluso sufre un recrudecimiento en su malestar, se incrementa la ansiedad, aparecen sentimientos de soledad y de vacío, se recrudecen las defensas paranoides, se presentan situaciones de riesgo, etc. Como es de suponer, esta situación también puede ser debida a falta de idoneidad del analista para tratar a aquella persona en particular, o a una impredecible incompatibilidad entre uno y otro.

Mi criterio es que, en estos casos, es un error aferrarse a la idea de que, «dado que el psicoanálisis es la mejor forma de tratamiento», es necesario persistir en este método, achacando la situación a unas supuestas resistencias del analizado al abandono de sus defensas o al «dolor mental» que comporta el cambio psíquico. Desgraciadamente, en mi larga experiencia profesional he visto varias personas que, después de largos años de

análisis, no creen haber obtenido ningún beneficio y lamentan el tiempo perdido y los dolorosos e inútiles esfuerzos, y que lo único que conservan de su tratamiento es un amargo recuerdo.

Me parece que es indiscutible que una indicación de análisis es siempre insegura y provisional, tal como antes ya he dicho que el propio Freud señaló, y los analistas debemos aceptar la posibilidad de rectificar cuando la falta de evolución del analizado lo exija. La experiencia muestra que muchas de las personas que no evolucionan con el análisis pueden sentirse muy ayudadas con la metodología propia de la psicoterapia. Creo que todo lo que he dicho respecto a indicaciones, motivación, examen de las razones que inducen a pasar de una psicoterapia a un análisis, etc., pueden ser retomadas aquí en un sentido inverso, por lo cual no voy a repetir las ahora. Como es natural, si el analista que se encuentra en una situación semejante no se siente capacitado para pasar de un análisis a una psicoterapia, debe explicarlo claramente al analizado y remitirlo a otro profesional. Casi no hace falta decir que, en estos casos, las razones personales del analista, que, por los motivos que ya he enumerado en los otros apartados, puede sentirse más interesado en continuar un análisis, no han de contar para nada.

6.5.2. La cuestión del contrato terapéutico

Si planteo el tema del contrato terapéutico es, principalmente, porque existe cierta idea en algunos ambientes analíticos de que, después de que el analista y la persona que acude en busca de ayuda han concertado un psicoanálisis, es un hecho «deshonesto» que el analista tenga cualquier otra actividad que no sea la de practicar el psicoanálisis en sentido estricto, que prácticamente se trata de una verdadera «violación de fronteras» y que, por tanto, debe siempre seguirse adelante con la metodología psicoanalítica (Gabbard, G., 2003). Mi opinión es totalmente contraria a este punto de vista. Yo pienso que, si después de un tiempo prudencial —que en algunos casos puede ser muy largo—, las perturbaciones psíquicas del analizado no han disminuido, y aún más si se ha producido un incremento de las mismas o un descenso notable y duradero del estado de ánimo o existen situaciones de riesgo, el analista debe considerar muy seriamente la posibilidad de interrumpir el análisis y pasar a otro tratamiento, como puede ser alguna forma de psicoterapia.⁸²

La actitud contraria a esta opción a la que antes he hecho referencia descansa en varios errores que quiero señalar.

a) El olvido de que el verdadero pacto que se ha concertado con la persona que pide ayuda es dársela por encima de todo, más allá de las preferencias y elecciones, más o menos fundadas, del analista. Y éste es el pacto que hay que cumplir ineludiblemente.

b) La convicción de que el psicoanálisis es el mejor tratamiento para ayudar a un persona con dificultades psíquicas y, por tanto, superior a cualquier procedimiento psicoterapéutico. Esta convicción es totalmente legítima, pero no está demostrada en absoluto.

c) No tener en cuenta que es un hecho objetivo, que he puesto de manifiesto a lo largo

de este libro, la existencia de numerosas escuelas y orientaciones dentro del psicoanálisis, y que un analista no tiene ninguna prueba de que el modelo con el que está trabajando sea el mejor o el más indicado para un analizado que no avanza. No hay razón, por tanto, para continuar empeñadamente con el mismo. En estos casos podría preguntarse: ¿con qué análisis hay que seguir?

d) Olvidar que en éste, como en cualquier acuerdo terapéutico, lo concertado es válido sólo mientras la evolución del caso no aconseje lo contrario. Nadie acusa a un médico de mala práctica por modificar una medicación cuando ésta no surte efecto o perjudica al paciente.

e) No tomar en consideración que el único criterio válido para acreditar que un análisis en curso está siendo de ayuda, o no, para el analizado, es el de éste.

f) Estas críticas no tienen en cuenta que toda modificación del método de tratamiento debe tener lugar previa explicación y acuerdo con el paciente.

6.6. Conclusión

En el panorama del pensamiento psicoanalítico actual hay una profunda divergencia entre quienes piensan que hay una sola terapéutica psicoanalítica y quienes distinguen entre psicoanálisis y psicoterapia. Entre estos últimos no se ha llegado a ningún acuerdo acerca de las diferencias y semejanzas entre psicoanálisis y psicoterapia, y en las circunstancias actuales parece difícil que este acuerdo llegue a alcanzarse. Es evidente que en el momento presente son muy pocos quienes todavía creen que la psicoterapia es únicamente un tratamiento sugestivo o de apoyo frente al «oro puro» del psicoanálisis. La psicoterapia es valorada como el tratamiento de elección para muchos tipos de trastornos psíquicos.

Aunque las publicaciones en este sentido son escasas, la experiencia real es la de que ha habido un cambio profundo en la antigua idea de que si un analista está tratando, o ha tratado, a un paciente con psicoterapia ya no puede llevar a cabo un análisis con él o ella. Ahora más bien sucede lo contrario, es decir que un gran número de análisis de tres o más sesiones por semana han comenzado como una psicoterapia. En algunas ocasiones puede ser aconsejable pasar de un análisis a una psicoterapia.

⁸¹ Unas escuelas consideran necesarias cuatro o cinco sesiones, mientras que otras dan por válidas tres sesiones semanales.

⁸² Naturalmente, aquí se plantea el problema del impasse psicoanalítico, cuya discusión merece y precisa un volumen entero, pero aquí yo me refiero tan sólo a las decisiones prácticas que ha de tomar el analista atendiendo a la situación del analizado.

7.1. Freud y la teoría pulsional

En este capítulo querría presentar algún material clínico proveniente de diferentes pacientes, mostrar cómo la teoría y la técnica de diversos autores favorecen el hecho de que podamos comprender a nuestros pacientes, y, destacar también, que la ayuda que podamos darles depende, en buena medida, de la patología que presenten.

Aún a riesgo de ser reduccionista, me centraré en las teorías de Freud, Klein y los teóricos de las relaciones de objeto, para ilustrar lo que acabo de decir. Los modelos de dichos autores, especialmente el de Freud, no son modelos pensados sólo para el análisis de niños, pero siguiendo a Ferro (1998) no pienso que exista una especificidad esencial en el análisis de niños, aparte de ciertas peculiaridades del encuadre (*setting*), sino que en cada psicoanálisis, sea de niños o de adultos, existen diferentes situaciones clínicas a las que el analista se ha de enfrentar con sus capacidades emocionales y cognitivas, es decir, con lo que podríamos llamar su personalidad global, siendo una parte importante de la misma el modelo o modelos psicoanalíticos que haya introyectado mediante su análisis personal y su posterior autoanálisis.

Sabemos que la teoría de Freud es, esencialmente, pulsional, y que el fin de la pulsión es descargarse para suprimir el estado de tensión que lleva consigo. La importancia de la pulsión y su descarga fue esencial en toda la obra de Freud y, además, la teoría de las pulsiones ha sido siempre dualista: el primer dualismo fue el de las pulsiones del yo, o de auto conservación, y las pulsiones sexuales (1910a). Más adelante (1920) introdujo el dualismo entre pulsiones sexuales de vida y pulsiones de muerte.

Ahora bien, la pulsión halla en su camino dificultades para su descarga y satisfacción debido al mecanismo de la represión que proviene del yo. La represión se produce cuando la satisfacción de la pulsión que provocaría placer puede, contrariamente, generar ansiedad, debido a que su satisfacción está en contra de las exigencias de la realidad externa o del superyó.

Esta dinámica condiciona que el sujeto intente mantener en el inconsciente ciertas representaciones ligadas a la pulsión. Según Freud, la pulsión consta de afecto y representación, y es esta última la que sufre la represión, quedando el afecto libre, y es precisamente este afecto que queda libre el que da lugar a la neurosis (de ansiedad, fóbica, etc.).

En algún momento Freud usó el término represión como sinónimo de defensa. Freud definía la defensa como un mecanismo psíquico que dependía del yo, y que tenía como finalidad conservar la integridad del mismo; en un lenguaje más actual podríamos decir que se trataba de un mecanismo para preservar la «homeostasis» del yo, en el sentido de que el funcionamiento de la personalidad mantenga un equilibrio y, mediante ello, evite la aparición de ansiedad. Pero más adelante, al descubrir otras defensas, este planteamiento de tomar los términos represión y defensa como sinónimos cambió, aunque en la actualidad todavía muchos autores siguen pensando que la represión constituye la defensa más típica y más importante del área normal-neurótica de la personalidad. Contrariamente, el mecanismo defensivo más importante del área psicótica de la personalidad sería la identificación proyectiva descrita por Klein en 1946. Aunque más adelante me referiré a diversos autores que han hablado de un aspecto normal y comunicativo de la identificación proyectiva, dicho mecanismo de defensa fue considerado por Klein como un mecanismo primitivo agresivo, mediante el cual, partes del *self* del sujeto son proyectadas en el objeto para apoderarse de sus contenidos y controlarlo, y es por ello que, como he dicho, muchos autores consideran la identificación proyectiva como el mecanismo más representativo de los aspectos psicóticos de la personalidad. Pero si la personalidad va avanzando y el yo va adquiriendo más recursos, llega un momento en el que la proyección cede su protagonismo a la represión y, en este momento, entramos ya en el campo de las neurosis. Querría destacar este cambio esencial que tiene lugar en la dinámica psíquica cuando el yo tiene ya recursos para contener dentro de él lo que antes tenía necesidad de proyectar.

Hemos dicho que, según Freud, lo que condiciona la enfermedad es la represión del componente afectivo de las pulsiones y, siguiendo este punto de vista, lo esencial para la curación sería que los afectos se hicieran conscientes para unirse otra vez a las representaciones, lográndose, de esta manera, solucionar la patología existente. Más tarde Freud describió otros mecanismos de defensa de los que el yo se sirve para proteger su integridad como la regresión, fijación, condensación, desplazamiento, proyección, introyección, etc., pero siempre consideró la represión como el paradigma de los mecanismos defensivos.

Al hablar de la técnica de Freud es esencial tener en cuenta el concepto de transferencia, el cual podemos definir como el revivir actual, en la persona del médico, de una serie de vivencias psíquicas anteriores (Freud, 1905). Se trata de una repetición de prototipos infantiles que se viven con un sentimiento de actualidad. En una primera etapa Freud consideraba la transferencia como un obstáculo para la cura, ya que pensaba que representaba una dificultad para que el paciente pudiera recordar el material reprimido (Freud, 1893-1895), pero, más adelante cambió de opinión, pensando que los fenómenos transferenciales nos proporcionan el inestimable servicio de actualizar y manifestar las mociones amorosas ocultas y olvidadas (Freud, 1912a). Vemos pues que Freud, en esta segunda etapa, da mucha importancia a la transferencia, es decir, a las proyecciones del paciente hacia el analista.

Freud también describió el fenómeno de la contratransferencia que podemos definir como la totalidad de los sentimientos que el analista experimenta hacia sus pacientes, especialmente los que provienen de situaciones infantiles no resueltas de la vida del analista. Algunos autores limitan el concepto de contratransferencia sólo a los procesos inconscientes que el analizado provoca en el analista. Acabo de decir que la opinión de Freud respecto a la transferencia varió con el curso de los años, pero no ocurrió lo mismo con el concepto de contratransferencia, concepto al que Freud consideró como algo negativo hasta el final de su vida. Según Freud (1910b): «cada psicoanalista sólo puede llegar hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores» (p. 136). Éste era uno de los motivos principales de la necesidad del analista de someterse a un análisis personal. Una recomendación de Freud (1912b) era que el analista, «debiera ser opaco con sus pacientes como un espejo, y no debería mostrarles nada más de lo que ellos le muestran» (p. 117).

Esta consideración de la contratransferencia como un factor negativo por parte de Freud condiciona que en su técnica tenga poca importancia la personalidad del analista, así como lo que el paciente puede introyectar de dicha personalidad; lo que el analista ha de intentar es ser neutral, y que las diversas áreas de su personalidad se impliquen lo menos posible en la relación analítica. Es por ello que podemos considerar el modelo freudiano como un modelo intrapersonal.

7.2.Las aportaciones de Melanie Klein

Si nos adentramos en el estudio de las aportaciones de M. Klein al psicoanálisis, hemos de considerar que han sido fundamentales y, en su tiempo, significaron una revolución, ya que sus hallazgos tuvieron y han tenido una influencia decisiva en todo el corpus psicoanalítico, tanto en el campo de la teoría como en el de la técnica. Me referiré brevemente a las aportaciones que considero más importantes; las presentaré por el orden cronológico en el que M. Klein las fue desarrollando.

7.2.1.Complejo de Edipo temprano y objetos parciales

Freud situaba el complejo de Edipo en la fase genital, entre los tres y cinco años de edad, momento en que era sustituido por el superyó. Klein, basándose en su experiencia en el análisis de niños, llegó a la conclusión de que el complejo de Edipo comienza mucho antes —alrededor de los 6 meses—, cuando la personalidad del niño está aún dominada por los impulsos pregenitales, relacionando este complejo de Edipo temprano con el comienzo de la posición depresiva. Según ella, el niño tiene la fantasía de que la madre incorpora el pene del padre por vía bucal, de manera que su cuerpo está lleno de penes y bebés, a los cuales el niño desea destruir (Klein, 1933).

Por lo que respecta al objeto parcial, podemos definirlo como un objeto interno que no representa la totalidad del objeto externo sino, solamente, una parte del mismo, por ejemplo, el pecho. Klein piensa que el mundo de la fantasía del niño está concebido en función de los objetos parciales, y debido a ello el niño piensa también que, en el

comercio sexual, diversos órganos se relacionan unos con otros (Hinshelwood, 1989), por ejemplo, el pene del padre dentro de la vagina de la madre, etc. Según Klein (1932): «[...] en esta etapa del desarrollo impera el principio de *pars pro toto*, y el pene representa también al padre en persona» (p. 132). Klein explica que puede parecer extraño que el interés del niño pequeño se limite a una parte de la persona en lugar de dirigirse a toda ella, pero se ha de tener presente que la capacidad de percepción física y mental del niño está muy poco desarrollada (Klein, 1936).

Según algunos autores, si dentro del amplio campo de la teoría de Klein no pensamos en el complejo de Edipo temprano y la existencia de objetos parciales, y tenemos sólo en mente la posición esquizoparanoide y la posición depresiva, se hacen de difícil comprensión áreas de la patología tan importantes como las perversiones y las adicciones, a las cuales hemos de situar, desde el punto de vista del desarrollo, entre la posición esquizoparanoide y la posición depresiva.

7.2.2. Las posiciones depresiva y esquizoparanoide

Klein definió la posición depresiva como la fase en que el bebé tiene recursos para reconocer que el objeto que ama y el objeto que odia son el mismo objeto, el cual había él mismo escindido anteriormente debido a sus proyecciones. Dicho de otra manera, el bebé ya no se relaciona con objetos parciales sino con objetos totales como la madre, el padre, etc. (Klein, 1935).

Una característica esencial de la posición depresiva es la disminución de los procesos proyectivos. Segal (1964) explica que cuando el yo del bebé se ha hecho más fuerte, sus propios impulsos malos le asustan menos y, en esta circunstancia, tiene menos necesidad de proyectarlos fuera. Por otra parte, en la posición depresiva se intensifican los procesos de introyección, ya que el bebé descubre su gran dependencia del objeto, al que siente ahora como una persona independiente que puede alejarse de él, circunstancia que aumenta su necesidad de guardar dentro de sí este objeto.

Es importante recordar que la posición depresiva de Klein va unida al desarrollo del complejo de Edipo temprano. Que el bebé perciba a la madre como objeto total significa también que reconoce a las personas como individuos separados, y que comienza a darse cuenta de la importancia del vínculo entre su madre y su padre, lo que prepara el terreno para el complejo de Edipo temprano.

Según Winnicott (1962a), el concepto de posición depresiva es la contribución más importante de Klein y puede compararse con el concepto de Edipo de Freud (p. 176). De todas maneras, piensa que el nombre de posición depresiva no es muy acertado, aunque desde el punto de vista clínico no hay duda de que el paciente se deprime cuando se hace responsable de su destructividad. Estoy de acuerdo con la opinión de Winnicott en el sentido de que el nombre no es muy adecuado ya que —sobre todo para la persona que no conoce la teoría kleiniana— puede sorprender que para lograr la salud psíquica sea necesario que la personalidad llegue a un cierto funcionamiento depresivo, cuando lo que normalmente se piensa es que llegar a un estado de salud significa irradiar confianza y

satisfacción a toda prueba.

Klein describió la posición esquizoparanoide en 1946. Según esta autora, cuando el bebé se ve abrumado por la ansiedad que le produce el instinto de muerte, lo proyecta en el objeto externo, pero en esta operación también el yo del bebé se escinde, y la parte del yo que contiene el instinto de muerte se proyecta en el objeto original —el pecho—, el cual es vivido como persecutorio debido a estas proyecciones (Segal, 1964).

En el desarrollo normal, el bebé proyecta objetos internos y partes del *self* en el pecho y en la madre, y estas partes proyectadas se modifican poco durante el proceso de proyección; por ello, cuando tiene lugar la reintroyección subsiguiente pueden reintegrarse en el yo sin grandes alteraciones. Pero cuando la ansiedad y los impulsos hostiles y envidiosos son muy intensos, la parte proyectada mediante la identificación proyectiva se fragmenta y se desintegra en fragmentos diminutos y, al ser reintegrados, pueden ser vividos por el bebé como si su *self* estuviera fragmentado, circunstancia que origina en el bebé una gran ansiedad (Segal, 1964). En este sentido puede decirse que la posición esquizoparanoide es una lucha para mantener apartado el instinto de muerte en un intento de evitar sentirse despedazado (Hinshelwood, 1989).

Según Klein, en esta etapa temprana existen mecanismos de defensa específicos como la identificación proyectiva, la escisión, la idealización y la negación, cuya principal misión es la de hacer frente a la ansiedad que surge de la acción del instinto de muerte dentro del individuo, circunstancia que es sentida como aniquilación (Klein, 1946). De todos estos mecanismos el más importante y esencial es la identificación proyectiva que, como he dicho, Klein describe como el prototipo de la relación objetal agresiva. La identificación proyectiva representa un ataque al objeto ya que sobre él se proyectan partes del *self* con el fin de apoderarse de sus contenidos o de controlarlo. Por su importancia lo describiré en otro párrafo con más detalle.

La ansiedad esencial de la posición esquizoparanoide es el miedo de que el yo quede fragmentado; el bebé siente que el pecho frustrador —atacado por fantasías sádicas orales— queda hecho pedazos, mientras que el pecho gratificador incorporado debido a la libido que acompaña a la succión es sentido como único y completo. Pero un hecho esencial es que, como resultado de una frustración, al niño le puede resultar difícil mantener la división entre pecho bueno y pecho malo, y por ello puede sentir que también el pecho bueno queda hecho pedazos (Klein, 1946).

7.2.3. Identificación proyectiva

Este mecanismo descrito por Klein en 1946 puede definirse como el resultado de la proyección de partes del *self* en el objeto (en este mismo trabajo habla también Klein, por primera vez, de la posición esquizoparanoide). Esta dinámica puede tener como resultado que se perciba el objeto como habiendo adquirido las características de las partes proyectadas del *self*. Como hemos dicho, se trata, según Klein, de un mecanismo patológico. En 1957, Klein destaca la relación íntima que existe, según ella, entre la envidia y la identificación proyectiva, en el sentido de que, a menudo, se intenta entrar,

de manera intrusiva, dentro de la otra persona para destruir aquello que se envidia de ella. Pero esta proyección de aspectos del *self* tiene otra consecuencia patológica en el sentido de que la persona puede sentir que le faltan aspectos importantes de su *self* que han sido proyectados, circunstancia que puede dar lugar a un sentimiento de vacuidad y debilitamiento del *self*. Por otra parte, cuando estas proyecciones patológicas se reintroyectan, pueden condicionar un sentimiento de desmoronamiento del *self*. Más adelante, otros autores (Bion, 1959; Rosenfeld, 1971; Joseph, B., 1987; Torras, 1989; Tous, 1998) han descrito una identificación proyectiva normal que está al servicio de la comunicación. Bion explica, por ejemplo, que, en ocasiones, el paciente pone en el terapeuta miedos de muerte y aniquilación que le resultan demasiado intensos para ser contenidos, y los proyecta en el analista para que se mantengan dentro de éste el tiempo suficiente, hasta que la psique del paciente sea capaz de modificarlos y, por tanto, puedan ya ser reintroyectados sin peligro. También Rosenfeld es de esta opinión y explica que el paciente ha de proyectar pulsiones y partes de su *self* en el analista para que éste pueda dar sentido y poner en palabras lo proyectado, circunstancia que da lugar a que dichas proyecciones pierdan su cualidad aterradora y dejen de ser algo insoportable para el *self* del paciente.

Se ha escrito bastante respecto a la diferencia que puede existir entre el concepto de proyección y el de identificación proyectiva. Muchos autores piensan que, en ocasiones, ambos conceptos se emplean para hablar de fenómenos que se superponen, y es difícil distinguir uno del otro. Pero según otros autores pueden existir algunas diferencias entre dichos conceptos. Freud describió la proyección como el mecanismo de defensa básico empleado en los estados paranoides, circunstancia que condicionaba la formación de síntomas, aunque la proyección puede también observarse en otros tipos de patología. Podemos pensar que la noción de identificación proyectiva de Klein va más allá, ya que representa un cambio en el sentido de que se trata de un mecanismo básico para el desarrollo de la personalidad. Según esta autora, la identificación proyectiva es totalmente necesaria para la proyección de la pulsión de muerte, pues evita que el *self* se fragmente; además, la proyección de la pulsión de muerte altera en gran manera los objetos y, por tanto, ejerce una gran influencia en la cualidad de las relaciones objetales (Meissner, 1987). También Malin y Grotstein (1966) diferencian proyección e identificación proyectiva en el sentido de que cuando hablamos de proyección nos referimos a la proyección de las pulsiones, mientras que si hablamos de identificación proyectiva, nos referimos a las partes del *self* que acompañan a estas pulsiones.

7.2.4. Instinto de muerte y envidia

Klein considera el instinto de muerte y la envidia como elementos esenciales de la posición esquizoparanoide. Sabemos que Freud (1920) instauró una nueva dualidad de los instintos: instintos de vida e instintos de muerte, dejando de lado la anterior dualidad entre las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales. La aceptación de Klein del instinto de muerte se debió, en parte, según Hinshelwood (1989), a que dicha aceptación apoyaba

sus ideas respecto a la posición esquizoparanoide, el sadismo y el desarrollo del superyó persecutorio.

Si nos detenemos en este último concepto, la existencia del instinto de muerte reforzaba la idea de Klein de que el superyó se formaba antes de lo que afirmaba Freud y que era, además, muy severo. Klein elaboró la teoría de un superyó que era representante, en el momento de nacer, del instinto de muerte que actuaba contra el individuo.

Respecto a la envidia, según Klein se trata de la expresión primaria del instinto de muerte y es de origen innato. Puede definirse como un ataque destructivo al objeto bueno; es precisamente este ataque al objeto por el mero hecho de ser bueno lo que hace la envidia tan destructiva. Esta envidia primaria se ha de distinguir de la envidia que puede ser secundaria a la frustración en los momentos en que el sujeto puede sentir que el objeto tiene algo bueno que no quiere compartir con él. Un problema esencial de la envidia primaria descrita por Klein reside en que si el objeto bueno queda muy dañado por estos ataques, es difícil que, a continuación, dicho objeto pueda ser introyectado y dé seguridad y cohesión al *self*. Si la envidia es muy intensa puede asociarse con la voracidad, circunstancia que puede despertar en el sujeto la fantasía de estar apoderándose del objeto de una forma destructiva e insaciable. Dicha asociación de envidia y voracidad puede dar lugar a un deseo de agotar totalmente el objeto, no sólo para apoderarse de todo lo bueno que se siente que posee, sino también para vaciarlo de manera intencional, con la finalidad de que no contenga nada envidiable.

Ha habido multitud de críticas respecto a la existencia de un instinto de muerte tanto en el ámbito del psicoanálisis como fuera de él. De hecho, si tenemos en cuenta las corrientes psicoanalíticas principales, sólo Freud y Klein admiten la existencia de un instinto de muerte. Otros autores, como Hartmann, Winnicott y Kernberg hablan de la existencia de una pulsión agresiva autónoma desde el comienzo de la vida, pero no de un instinto de muerte. Una tercera postura es la de Fairbairn, quien defiende que no hay una pulsión agresiva innata sino que la agresión es secundaria a la frustración. Finalmente una cuarta postura es la de Kohut, quien sí admite la existencia de una agresión innata pero piensa que esta pulsión no es negativa sino que está al servicio de la autoafirmación, aunque más adelante Kohut (1982) cambió este punto de vista, negando la existencia de las pulsiones cuando el desarrollo de la personalidad iba por buen camino, pero afirmando que éstas sí aparecen como productos de desintegración del *self* en el caso de que se instaure una relación difícil con el objeto. Dentro del campo del psicoanálisis, uno de los autores que más ha criticado la aceptación kleiniana del instinto de muerte ha sido Kernberg (1969, 1980). Tampoco desde el punto de vista de la etología se piensa que exista un instinto de muerte, aunque los etólogos sí están de acuerdo, en general, en la existencia de un instinto agresivo, el cual, según Lorenz (1963), necesita todo ser viviente para la preservación, tanto del individuo como de la especie. Esta creencia de Klein en la existencia del instinto de muerte ha sido el factor esencial que dificulta situarla plenamente entre los teóricos de las relaciones objetales. Como dicen Greenberg y Mitchell (1983), Klein se ha de considerar una figura transicional entre el modelo

pulsional y el modelo relacional.

7.2.5. Consideraciones sobre la técnica kleiniana

Existen muchos factores en el haber de Klein por lo que respecta a sus aportaciones a la técnica psicoanalítica. En primer lugar hemos de mencionar su desarrollo del juego infantil como herramienta psicoanalítica que permitió el análisis de niños. Aunque H. B. Hug-Hellmuth (1921) había ya usado el juego en el tratamiento de niños, pero no había desarrollado la técnica del juego, sus aplicaciones, etc.

En la técnica kleiniana han adquirido mucha relevancia las primeras relaciones objetales. Freud daba mucha importancia al complejo de Edipo pero investigó poco qué ocurría en las etapas anteriores a dicho complejo. En este sentido los conceptos de Klein de objetos parciales y de Edipo primitivo, tan íntimamente unidos, han facilitado, según algunos autores, la comprensión de patologías tales como las perversiones y las adicciones. También es importante destacar la descripción de Klein de los mecanismos de defensa primitivos: identificación proyectiva, escisión, idealización, negación, sin las cuales sería muy difícil poder comprender las etapas primitivas del psiquismo. Asimismo, son muy importantes las posiciones esquizoparanoide y depresiva que Klein describió. Un fin esencial de la técnica psicoanalítica es ayudar al paciente a ir elaborando el paso de la posición esquizoparanoide y depresiva para, de esta manera, conseguir la integración del objeto y del *self* e ir alcanzando, poco a poco, el equilibrio de la personalidad.

Otro factor que hay que considerar es la importancia que da Klein a la interpretación de la transferencia, tanto consciente como inconsciente, ya que mediante ella pueden explorarse, según Klein, las fantasías y conflictos inconscientes. Esta autora entiende la situación transferencial como una situación total, de manera que en ella pueden trabajarse las emociones, defensas y relaciones objetales transferidas al analista y que corresponden a etapas del pasado. Su opinión es que el analista ha de dejarse envolver en el clima emocional de la sesión, recibir las proyecciones del paciente y estar muy atento a las experiencias transferenciales y contratransferenciales (Bleichmar y Leiberman, 1989).

Pero la técnica kleiniana ha recibido también sus críticas. A mi entender, la crítica más importante que se le dirige es la aceptación del concepto de instinto de muerte. Dicha aceptación da lugar a que, en la técnica kleiniana, no se dé a las cualidades del objeto toda la importancia que se merecen ya que dicho objeto siempre está teñido por las proyecciones pulsionales, y, al ser estos objetos introyectados, sus cualidades propias quedan desdibujadas. Otro inconveniente de la aceptación del instinto de muerte en el bagaje teórico del analista es que, insista demasiado en interpretaciones que puedan despertar, en el paciente, una culpabilidad exagerada. Además, puede también influir en que el paciente pierda la esperanza de poder cambiar.

Lo que acabo de decir puede también aplicarse al hablar de la realidad externa en general. La técnica kleiniana está tan centrada en el análisis de la transferencia que en ocasiones olvida la importancia de la realidad objetiva externa y, a menudo, el

sentimiento del paciente es que la interpretación del analista no tiene en cuenta su realidad externa de cada día, sus limitaciones reales, ya sean personales, económicas, etc.

Respecto al manejo de la transferencia hay dos circunstancias de la misma que han recibido duras críticas. Una de ellas es la de llevar a cabo interpretaciones transferenciales profundas ya desde el comienzo, sin tener en cuenta la estructura del paciente en aquel momento ni la capacidad de su *self* para poder aceptar interpretaciones que, aun siendo acertadas desde el punto de vista de la psicopatología del paciente, deberían hacerse cuando el *self* del paciente esté preparado para poder aceptarlas sin el peligro de que tenga lugar una regresión importante. La otra crítica en el terreno de la transferencia es la insistencia en interpretar la transferencia negativa ya que, si ello se lleva a cabo de manera sistemática, puede dar lugar, en el paciente, a una baja de la autoestima, y también a importantes regresiones.

También se ha criticado la teoría kleiniana —especialmente desde el campo de la psicología del yo— en cuanto a que no tiene en cuenta la organización defensiva que presenta el paciente, sobre todo en los períodos iniciales del análisis, con el peligro que ello conlleva de que el paciente se tenga que «creer» las interpretaciones transferenciales profundas, que aun siendo acertadas pueden estar muy lejos de su conciencia (Kernberg, 1980). Otra crítica a la técnica kleiniana es la tendencia a interpretar a nivel de objeto parcial, circunstancia que puede confundir al paciente si su desarrollo simbólico es pobre y percibe de manera concreta la interpretación del analista.

Hemos de decir que, en la actualidad, los seguidores de Klein han variado algunos de los aspectos de la técnica, por lo que algunas de las críticas que acabo de mencionar quedarían, en este momento, en entredicho. Por ejemplo, Steiner, J. (1993) explica que ciertos pacientes con problemática severa no están interesados en mejorar la «compresión» de ellos mismos, pero sí sienten una necesidad imperiosa de «ser comprendidos»; ello sucede, sobre todo, en los momentos en que el paciente siente que las interpretaciones del analista tienen como finalidad devolverle con fuerza y de manera irruptiva los elementos proyectados. Steiner piensa que, en estos momentos, es conveniente —y el paciente se siente así más acompañado— que el analista lleve a cabo una interpretación centrada en sí mismo, por ejemplo, «Ud. me vive como...» o, «Ud. teme que yo...», y no una interpretación centrada en el paciente más clásica, en la cual se interpreta lo que el paciente está haciendo, pensando, etc. Pienso que esta idea de Steiner puede considerarse una revisión de la técnica kleiniana en el sentido de que, en ciertas situaciones, la principal preocupación del análisis no ha de ser el llevar a cabo interpretaciones profundas del material que nos trae el paciente. En este sentido puede decirse también que la técnica de Steiner tiene en cuenta, antes de llevar a cabo una interpretación, las defensas y el estado del *self* del paciente.

O'Shaughnessy (2004) nos muestra otra modificación actual de la técnica kleiniana al hablar del psicoanálisis de un niño, cuando explica que, sobre todo en las etapas iniciales de un análisis, puede ser mejor no usar demasiado el lenguaje de «objetos parciales» ya que puede darse el caso de que el paciente no lo comprenda. Pienso que este punto de vista de O'Shaughnessy iría en la línea de tener en cuenta, en el momento de interpretar,

la capacidad del paciente de poder asimilar las interpretaciones. En este trabajo explica también la autora que se han de tratar adecuadamente las defensas que surgen para contrarrestar las múltiples ansiedades surgidas.

7.3. Teóricos de las relaciones objetales

7.3.1.D. W. Winnicott

Winnicott comenzó sus investigaciones al comienzo de la década de los 30 y, aun admitiendo la influencia que habían ejercido sobre él Freud y Klein, se separó claramente, en importantes aspectos, de las teorías de ambos. Para poner un ejemplo, no rechazó la teoría pulsional pero ésta quedó bastante ignorada aunque, a diferencia de Fairbairn, no la abandonó del todo.

Antes de dedicarse al psicoanálisis, Winnicott fue un pediatra destacado, circunstancia que le ayudó a comprender la relación íntima de la madre con el bebé, como lo demuestra su ya célebre frase: «no hay una cosa que sea un bebé... sino una pareja que se cuida» (Winnicott, 1952, p. 99; la traducción es mía); dicho de otra manera, sin un maternaje el niño no se desarrolla.

Winnicott (1962b) ha desarrollado el concepto de «madre suficientemente buena». Según él, se trata de la madre que puede comprender las necesidades más esenciales del bebé ya desde el comienzo, y hacerlo de tal manera que el bebé puede sentir una experiencia de omnipotencia, aunque sea de manera breve. Para Winnicott, dicha experiencia significa más que un control mágico ya que incluye el aspecto creativo de la misma, y la adaptación al principio de realidad surge de esta experiencia de omnipotencia dentro de la relación madre-bebé. Piensa que el niño que haya experimentado la omnipotencia crea y recrea el objeto y este proceso, paulatinamente, pasa a formar parte de la memoria, circunstancia que facilita la difícil transición desde las relaciones con objetos subjetivos a las relaciones con los objetos que son percibidos de forma objetiva.

Otro concepto de Winnicott es el de «sostenimiento» (*holding*), muy aceptado en la actualidad. Para Winnicott su idea de «sostenimiento» abarca no sólo el sostenimiento físico por parte de la madre, sino también el ambiente emocional que la madre ha de suministrar y que el bebé necesita para que se ponga en marcha su tendencia al desarrollo. La madre ha de funcionar como un yo auxiliar hasta que el bebé logre ir desarrollando sus capacidades de integración; si ello se logra, el bebé puede llegar a sentirse, poco a poco, una persona separada de las demás.

Un concepto muy importante descrito por Winnicott (1951) es el de «objeto transicional». Según este autor, en la literatura existen bastantes referencias al progreso que el bebé realiza desde ponerse «la mano en la boca», hasta ponerse «la mano en los genitales», pero se habla menos del progreso que conduce al manejo de los objetos «no yo». Para explicar los pasos hasta llegar a estos objetos, Winnicott pone como ejemplo al bebé que coge un objeto externo, por ejemplo, una esquina de la sábana, y se la introduce en la boca junto con sus dedos. Da el nombre de «fenómenos transicionales» a

situaciones de este tipo, en el sentido de que esta porción de sábana puede llegar a ser de vital importancia para el niño a la hora de acostarse, convirtiéndose en lo que Winnicott llama un «objeto transicional». Explica que dichos objetos constituyen un puente entre el mundo interno del bebé y el mundo externo. El objeto transicional proporciona ilusión ya que, a diferencia del pecho, que no está siempre disponible para el niño, sí que éste puede controlar el objeto transicional, y controlar también la distancia entre ambos; es por todo ello que puede decirse que el objeto transicional constituye una etapa del desarrollo del bebé, aunque Winnicott ha señalado también que el objeto transicional puede tener su importancia en la patología, como, por ejemplo, en el fetichismo y las adicciones.

Dependiendo de las características evolutivas del niño, la relación con el objeto transicional puede oscilar desde niveles más primitivos en los que lo importante es el contacto sensorial, sin relación emocional con el objeto (en este caso hablaríamos de identificación adhesiva), hasta niveles en que el objeto es reclamado, buscado y manipulado como fuente de gratificación; en esta situación hay un reconocimiento del objeto externo al que se maneja como un sustituto de la madre, o de una parte escindida del *self* que es proyectada en el objeto transicional.

Es interesante diferenciar el objeto transicional de los objetos autistas que tan frecuentemente encontramos en los tratamientos de niños, y quizás también en los de adultos, y que si no son identificados y tratados adecuadamente pueden conducir el análisis a situaciones de impasse. Podemos considerar el objeto autístico que nos han descrito, entre otros, Tustin (1972) y Coromines (1991) como un objeto-sensación no específico, en el sentido de que puede ser reemplazado por cualquier otro objeto que produzca la misma sensación. El niño no lo manipula ni juega con él, sólo busca una determinada sensación. Si lo pierde, no va en su búsqueda; tal vez llorará hasta que se le proporcione una sensación como la que obtenía del primer objeto. No se da un reconocimiento del objeto ya que sólo se responde a la pérdida de la sensación que éste u otro puede producir. El objeto puede variar, pero la sensación de suavidad, de dureza, etc., tiene que ser la misma. Este objeto no representa una parte escindida del propio cuerpo, ni es un representante transicional de la madre.

Winnicott dedicó una buena parte de sus investigaciones al estudio del desarrollo del *self*. Según él, el bebé comienza su vida en un estado de desintegración y la función de la madre es ayudar al *self* incipiente a emerger, y piensa que un bebé que no tenga a una persona que le ayude a mantener unidas sus diversas partes comienza ya su vida en desventaja para llevar a cabo el trabajo de integrar su *self*; en esta tarea es muy importante la función de «sostenimiento» por parte de la madre, función de la que hemos ya hablado.

A medida que el yo del bebé se va integrando, va aumentando el sentimiento del propio *self* y la capacidad de darse cuenta de que él y el mundo que le rodea son dos entidades separadas. El siguiente paso es llegar a una relación óptima con este mundo externo. Winnicott lo describe de la manera siguiente: la madre tiene el pecho y la capacidad de producir leche, y tiene también la idea de que le gustaría ser atacada por un

bebé hambriento. Pero estas dos entidades no establecen una relación mutua hasta que la madre y el niño las viven y experimentan juntos. Si hay coincidencia se produce un momento de ilusión. Según Winnicott (1951), la madre, al comienzo, se adapta casi completamente al bebé, y le provee de la capacidad para la ilusión de que su pecho es también de él, como si estuviera bajo su control mágico. En este momento el bebé tiene una experiencia bastante cercana a la omnipotencia. La tarea de la madre es desilusionar poco a poco al bebé, pero ello no será posible si no ha sido capaz de proporcionar al bebé suficientes oportunidades para la ilusión. Para Winnicott, las deficiencias en el cuidado materno dificultan el desarrollo emocional del niño, pudiendo llegarse a la aniquilación del *self* del bebé.

Unos conceptos esenciales descritos por Winnicott (1960) son los de «*self* verdadero» y «*self* falso». Según este autor el *self* verdadero surge de la vida que tienen los tejidos y las funciones corporales, incluyendo el corazón y la respiración; en este sentido se trata de un proceso primario ya que, en el comienzo, no se trata de una reacción frente a estímulos externos, sino que funciona de manera primaria. Es interesante esta concepción «psicosomática» de Winnicott, ya que en diversos pasajes de su obra vemos que su teoría psicológica parte de una base somática; en este sentido nos recuerda a Freud (1923) cuando dice que el yo es, sobre todo, un yo corporal. Volviendo a Winnicott, si la madre no proporciona al niño los cuidados que necesita, éste pierde el contacto con sus necesidades y comportamientos espontáneos, y ello da lugar a una escisión entre el *self* verdadero y el *self* falso y, poco a poco, el individuo se desarrolla a modo de extensión de la cáscara más que del núcleo; lo que queda del núcleo se esconde y es difícil hallarlo, incluso en los análisis más profundos.

Según Winnicott, si durante el desarrollo primitivo de la personalidad el medio en el que vive el bebé es «suficientemente bueno», se dan las circunstancias para el crecimiento personal, y los procesos del *self* siguen una línea activa y vital, pero si el medio ambiente falla, el individuo queda afectado y los procesos del *self* se interrumpen. Si esta problemática alcanza una cierta intensidad, el núcleo del *self* ha de protegerse y es incapaz de seguir desarrollándose, lo que da lugar a que se desarrolle un *self* falso que puede considerarse como una organización defensiva exitosa destinada a la protección del *self* verdadero (Winnicott, 1954).

Al comienzo, en sus trabajos, Winnicott consideró el *self* falso como algo siempre negativo debido a un fallo de los cuidados maternos, pero, a lo largo de sus investigaciones fue cambiando de opinión, hasta llegar a pensar que el *self* falso está siempre presente y que, en cierto grado, es necesario para la salud psíquica (Bleichmar y Leiberman, 1989).

Winnicott estuvo muy cerca de M. Klein al comienzo de sus estudios como analista, e incluso supervisó con ella una larga temporada, pero, más adelante, surgieron importantes diferencias entre ellos. La principal diferencia radicaba en la importancia dada al ambiente externo que rodea al niño. En este sentido Winnicott (1962a) escribe: «Klein nunca reconoció del todo que, a lo largo de la dependencia de la primera infancia, existe un período en el cual es imposible describir una criatura sin describir también a su

madre, de cuyo *self* la criatura no ha aprendido aún a separarse» (p. 177, la traducción es mía). Otra circunstancia que separaba a Winnicott de Klein —relacionada con lo que acabo de decir— era que Winnicott no daba tanta importancia a las fantasías inconscientes y, contrariamente, mostraba más interés por las relaciones con las personas «reales».

Respecto a la técnica de Winnicott he de decir, en primer lugar, que da un giro importante respecto a la técnica de Klein, debido a la importancia esencial que da al ambiente externo del niño y, también, al no creer en el instinto de muerte. En este sentido considera la teoría de Klein como «el intento más enérgico de estudiar los procesos más primitivos del desarrollo del bebé sin tener en cuenta el ambiente en el que el niño se desarrolla» (Winnicott, 1959-1964, p. 126). Compara esta actitud con la de A. Freud y D. Burlingham, que sí tenían en cuenta el ambiente y los cuidados que se dan al bebé, y con cuya actitud corrían el riesgo, según Winnicott, de «ser acusadas de traicionar la causa de los procesos internos» (p. 126, la traducción es mía).

Aparte de estas consideraciones de tipo más general, Winnicott da mucha importancia a la transferencia y a la regresión. Respecto a la transferencia, piensa que una circunstancia esencial en el psicoanálisis es que aporta las condiciones para que pueda tener lugar la transferencia. Su opinión es que cuando el analista interpreta, lo que hace es relacionar el fenómeno específico de la transferencia con un fragmento de la realidad psíquica del paciente y ello significa, en algunos casos, relacionarlo con un fragmento de la vida pasada del paciente. Piensa que analizar significa comunicarse con el paciente desde la posición de neurosis (o psicosis) de transferencia en la que el paciente coloca al terapeuta y que, en análisis, el trabajo más fructífero es el que se lleva a cabo mediante la transferencia (1962c). Explica que en la transferencia inconsciente aparecen rasgos de las particularidades de la vida emocional o de la realidad psíquica del paciente; el analista ha de detectar estos fenómenos transferenciales inconscientes que le capacitan para interpretar aquello que el paciente es capaz de aceptar conscientemente en la sesión.

Respecto a la regresión he de decir, en primer lugar, que Winnicott deja claro que al hablar de la misma no se refiere a la regresión a las zonas erógenas, sino a una regresión a la dependencia en relación con los primeros objetos. Winnicott pensaba que en el tratamiento de un paciente se ha de tener muy en cuenta esta regresión a la dependencia, pero es bueno destacar que distingue dos tipos de regresión a la dependencia: uno que vuelve hacia atrás a una situación de fracaso ambiental, y otro que vuelve hacia atrás pero a una situación que fue positiva (Winnicott, 1954). En el primer caso, es decir, la regresión a una situación de fracaso ambiental, se ha organizado un sistema defensivo que ha de ser analizado; en el segundo caso se trata de una situación más normal y la organización defensiva no es tan importante. Winnicott explica que si, por ejemplo, se diagnostica el desarrollo de un *self* falso en etapas primitivas del desarrollo, para que el tratamiento resulte eficaz ha de producirse una regresión en busca del *self* verdadero, regresión que, por otra parte, es muy importante que el analista controle.

Es también importante destacar que, en diversos puntos de su obra, Winnicott insiste en que el analista ha de conocer la técnica, pero que no ha de atenerse a ella de una

manera rígida, sino que, en ciertos casos, ha de modificarla dependiendo de la patología del paciente (por ejemplo, en el caso de conducta antisocial); en este sentido manifiesta categóricamente que su técnica depende de la alteración patológica que presenta el paciente (1954).

7.3.2. *W.R.D. Fairbairn*

Muchos autores piensan que las ideas de Fairbairn son muy interesantes e incluso revolucionarias, y se lamentan de que no haya formado una escuela. Una explicación que se da de este hecho es que Fairbairn trabajó y vivió durante una gran parte de su vida en Escocia (Scharff y Fairbairn, 1994), aislado del contacto diario con los psicoanalistas de la British Psychoanalytical Society, y quizás esta circunstancia haya sido uno de los principales motivos por los cuales sus ideas no cristalizaron en la formación de una escuela, como sí ocurrió, por ejemplo, en los casos de Klein y Winnicott.

Fairbairn comenzó sus investigaciones algo más tarde que Winnicott, a principios de la década de 1940. Tiene el mérito de haber sido el primer investigador que rompió con la teoría pulsional sin ambigüedades, situándose plenamente en el campo de las relaciones objetales ya que, según él, la teoría pulsional es incompatible con la de las relaciones objetales. En este sentido se ha de destacar su valentía al enfrentarse abiertamente con las teorías freudianas.

Para Fairbairn, el psicoanálisis ha de ocuparse de los hechos psicodinámicos de la personalidad y del desarrollo normal o anormal de la misma, y aunque admite que en la base de la personalidad existe la herencia biológica, piensa que el psicoanálisis consiste en una teoría del desarrollo psicogenético de la personalidad basado en las relaciones objetales. Partiendo de esta premisa, la misión de la libido es, según Fairbairn, la relación con el medio ambiente, pero no puede ser considerada como la base de formación de la personalidad. Fairbairn ve la libido como buscadora de objeto, y no de placer o de descarga como plantea Freud. Según Fairbairn, el origen de la psicopatología debe buscarse en las perturbaciones de las relaciones de objeto mientras el yo se va desarrollando.

Es importante destacar que Fairbairn fue, según creo, el primer analista que habló de la importancia de que el paciente se sienta aceptado por el terapeuta, actitud esencial, a mi entender, para lograr el desarrollo de la autoestima. Según él, la necesidad más primaria del niño no es obtener placer, como explica la teoría pulsional, sino sentirse aceptado por los padres y que éstos acepten el amor que el niño les brinda (Fairbairn, 1941).

Un concepto esencial de Fairbairn son las «estructuras endopsíquicas». Su opinión es que el aparato psíquico está formado por estructuras endopsíquicas, y no, como explica la teoría estructural de Freud, por el ello, yo y superyó. Según Fairbairn el individuo nace con un yo que posee un cierto nivel de organización, y piensa que los impulsos no pueden estar separados de esta estructura primitiva. Esta estructura entra en juego con las relaciones objetales dando lugar, finalmente, a las estructuras endopsíquicas. En este sentido no está de acuerdo con la teoría de las relaciones de objeto que considera los

impulsos separados de las estructuras del yo. De lo que se acaba de exponer, puede deducirse que la estructura endopsíquica postulada por Fairbairn está formada por: energía (impulsos), una parte del yo, y una parte del objeto.

A partir de estas premisas Fairbairn va desarrollando su teoría que resulta algo complicada y teórica. Explica que existen tres yos separados: un yo central u observador, y otros dos subsidiarios que se forman del yo central: el yo libidinal y el yo antilibidinal o «saboteador interno» (Fairbairn, 1944). Existen también tres clases de objetos que corresponden a tres diferentes experiencias con la madre: la madre gratificante, la madre seductora, y la madre que deprime. Cuando estas tres experiencias se internalizan dan lugar a tres clases de objetos: el objeto ideal (los aspectos gratificantes de la madre), el objeto excitante (los aspectos seductores e incitadores de la madre), y el objeto rechazante (los aspectos de la madre que han sido causa de privación). Cada uno de estos tres objetos se une a uno de los tres yos. El yo central se une con el objeto ideal, que representa los aspectos gratificantes de la relación con la madre. El yo libidinal se une con el objeto excitante, y éste es la causa de que esté siempre buscando y deseando una relación estimulante y seductora. El yo antilibidinal se une con el objeto rechazante, oponiéndose a cualquier posible contacto que pueda ser gratificante. Según Fairbairn, el yo central es el encargado de las relaciones con las personas en el mundo externo. Esta teoría se complica aún más cuando Fairbairn dice, para poner algún ejemplo, que una de estas estructuras es la atacante y la otra atacada, o que una parte del yo reprime a otra parte del yo.

Como acabamos de ver, Fairbairn da mucha importancia a la posición esquizoide, donde el mecanismo predominante es la escisión del yo. Hemos de recordar que fue él quien acuñó el término de posición esquizoide (Fairbairn, 1940), término que fue más tarde adoptado parcialmente por Klein para dar nombre a su posición esquizoparanoide. Ello se muestra claramente cuando habla de las estructuras endopsíquicas, y la importancia que tiene en ellas el mecanismo esquizoide en el sentido de que tanto el yo como el objeto están divididos. En esta línea, su opinión es que se ha dado demasiada importancia a la posición depresiva de Klein, en detrimento de la posición esquizoide.

Aunque, como hemos dicho, ciertos aspectos de la teoría de Fairbairn pueden resultar algo complicados, si se lee su obra con detenimiento no hay duda de que será posible apreciar que dicha teoría aportó al pensamiento psicoanalítico conocimientos novedosos —e incluso revolucionarios.

7.3.3. Otros teóricos de las relaciones objetales

Creo necesario incluir en esta revisión alguna de las ideas de Bion, en especial su modelo continente-contenido, por su trascendencia en la técnica psicoanalítica. Bion (1962a) describe los elementos beta como «compuestos de cosas en sí mismas», que forman parte del sistema protomental que no distingue lo físico de lo mental. Si la madre posee la capacidad de *reverie* (Bion 1962b), internaliza estos aspectos proyectados, los modula, los transforma, intenta darles un significado y los retorna al bebé de forma que

puedan ser asimilados. Si las cosas van por buen camino, el niño puede *reintrojectar* lo proyectado, pero también introyecta la propia capacidad de la madre y, por tanto, lo que el niño introyecta no es solamente la proyección transformada, sino también el propio proceso de contención que la madre ha llevado a cabo cuando él no tenía desarrollada esta capacidad. Si las circunstancias no son favorables y la madre, por diferentes motivos, no puede proporcionar esta función contenedora y la proyección del niño no es aceptada, éste se siente abrumado por la ansiedad en su forma original, circunstancia que conduce a una situación que Bion describe como de terror sin nombre (1962b).

Según Bion (1959), el uso excesivo de la escisión y la identificación proyectiva puede dar lugar a una personalidad muy perturbada, pero también existe un grado normal de identificación proyectiva (p. 103) que junto con la identificación introyectiva constituye la base del desarrollo normal. Según este autor, ciertos pacientes usan la identificación proyectiva durante el proceso analítico porque el intercambio con el analista les da una oportunidad que los objetos con los que se han relacionado anteriormente no han sido capaces de proporcionarles. En este sentido el paciente puede, en ocasiones, proyectar en el analista aspectos de su personalidad para que permanezcan en su mente el tiempo suficiente para que, con su capacidad de *reverie*, modifique dichas proyecciones y éstas puedan ser reintroyectadas sin peligro.

Cuando fracasa la capacidad de *reverie* del analista, que tiene como misión transformar los elementos beta —contenidos que no pueden ser pensados— en elementos alfa, se llega a una situación de confusión y se pone en marcha una relación en la que los procesos proyectivos van adquiriendo características cada vez más patológicas. El paciente siente que el analista es insensible o no está abierto a su proyección, y recurre a una identificación proyectiva excesiva con el consecuente deterioro de los procesos evolutivos. Bion piensa que la identificación proyectiva normal puede verse dificultada tanto por factores ambientales como genéticos.

Bion (1965) nos habla del cambio catastrófico que tiene lugar cuando se produce un cambio que no puede ser contenido. Pone el ejemplo de un paciente cuya mejoría condicionó el desarrollo de una crisis psicótica durante un tratamiento psicoanalítico; todo ello dio lugar a que se implicaran otras personas como familiares, médico de familia, etc. (López-Corvo, 2002). Con la descripción del cambio catastrófico, Bion pone de manifiesto la violencia de las experiencias que han de ser contenidas, y habla de la necesidad de un continente que no sea demasiado rígido ni demasiado flexible, de forma que la nueva idea resultante pueda desarrollarse y no resulte destruida.

La identificación proyectiva constituye un proceso eminentemente no verbal. Hay que remarcar la necesidad del analista de darse tiempo para ser capaz de almacenar las experiencias en su mente. Todos estaremos de acuerdo en considerar estos procesos como estadios necesarios para que el analista sea capaz, posteriormente, de dar nombre a aquello que aún no lo tiene y, de esta manera, ir elaborando una interpretación que sirva para el desarrollo del paciente. Como he descrito anteriormente, en el modelo kleiniano el analista ayuda al paciente a transitar desde la posición esquizoparanoide a la posición depresiva. El modelo que Bion nos propone implica a los dos componentes de la

relación; en dicho modelo el analista vive y pasa por los mismos estados emocionales que el paciente, aunque de forma más atenuada, y por ello no resulta destruido o excesivamente abrumado por las proyecciones del paciente. En ocasiones, la excesiva ansiedad del paciente, o la del propio analista, empuja a éste a buscar un nombre a la situación, es decir, a explicar y «entender» precozmente las comunicaciones o actuaciones del paciente. Cuando tiene lugar esta dinámica, el analista no puede almacenar y hacer pensable aquello que todavía no lo es, con la consecuente distorsión del proceso, circunstancia que puede dar lugar a una intelectualización y, consecuentemente, conducir a un pseudoanálisis e incluso a situaciones de violencia, si la situación se prolonga (Bion, 1957; Beà y Coderch, 1997).

De acuerdo con este modelo, la interpretación consiste en gran medida en las descripciones de las hipótesis y los procesos que han movilizad o en el analista las proyecciones del paciente. En este mismo sentido situaría el pensamiento de Meltzer (1984) cuando dice que interpretar es describir el sueño que durante la sesión hemos tenido de la situación, con la esperanza de que esta descripción será útil al paciente para poder seguir pensando y que, en este sentido, la finalidad es doble: por una parte comunicar al paciente que hemos recibido su proyección y, por otra, promover recursos que le ayuden a seguir tratando con el conflicto.

Según los autores que acabo de mencionar, la identificación proyectiva comunicativa se dirige del paciente hacia el analista, pero hay autores que piensan que en este proceso interviene también la identificación proyectiva del analista hacia el paciente, es decir, sería bidireccional. Por ejemplo Ogden (1982), autor que se ha ocupado extensamente de este tema, dice que «la identificación proyectiva es una forma de vinculación primitiva entre la madre y el bebé, en la cual la madre funciona, inicialmente, como un continente de las percepciones sensoriales primitivas del bebé, y le responde dando sentido a su estado sensorial. Posteriormente, el niño internaliza aspectos de la estructura de la personalidad de la madre mediante la introyección de ciertas proyecciones maternas inconscientes, es decir, actúa como un receptor de las identificaciones proyectivas de la madre» (p. 70, la traducción es mía). Vemos pues que, según este autor, en el modelo continente contenido descrito por Bion intervienen dos clases de identificaciones proyectivas comunicativas: una que va del paciente al analista y otra, posterior en el tiempo, que va del analista hacia el paciente (Tous, 1998).

7.4. Material clínico

Voy a referirme a tres pacientes que consultan por un mismo síntoma, un cuadro fóbico, pero ya desde las primeras entrevistas se hacen evidentes las diferencias de las ansiedades subyacentes; ello me permitirá reflexionar sobre algunos aspectos teóricos y darnos cuenta de su repercusión en la técnica psicoanalítica.

En primer lugar me referiré a Mónica, paciente de cinco años cuyos padres me consultan debido a que presenta una fobia escolar, acompañada de terrores nocturnos. Describen que Mónica era una niña alegre, muy vivaracha y algo mandona, pero a raíz

del nacimiento de un hermano empezó a tener problemas para quedarse a comer en el colegio. Actualmente están preocupados ya que la situación se va haciendo cada día más seria. Mónica no puede quedarse a comer ni un día en el colegio y tienen que ir todos los días a recogerla al mediodía. Cuando se acerca la hora de comer, se va poniendo ansiosa, no atiende, se mueve angustiada y llora de manera silenciosa y desconsolada. Si consiguen convencerla de que se quede, llora mientras come y, por lo general, acaba vomitando todo lo que ha comido. Algo parecido le ocurre por las noches. Durante el día puede estar tranquila en su habitación, pero cuando tiene que irse a dormir se pone ansiosa y tiene miedos. Al acostarla, los padres tienen que comprobar que en el armario no haya ninguna persona ni nada anormal; Mónica mira debajo de la cama y, aunque dejan la luz encendida, sólo consigue conciliar el sueño si se queda en la cama de los padres. Si estando en su cama se despierta por la noche, se va otra vez corriendo a la habitación de los padres ya que dice que ve caras que le dan miedo.

El aspecto de Mónica es el de una niña triste y algo retraída. La madre le dice: «cuéntale a la Dra. lo que te ocurre». La niña, entre sollozos, me dice que le pasan cosas raras ya que le gusta mucho el colegio pero que no puede aguantarse, y que casi cada día vomita la comida. Dice textualmente: «Yo sé que la comida es buena pero a mí me sienta mal». La madre añade que Mónica está muy preocupada ya que teme que los profesores piensen que no le gusta el colegio. La madre le dice que me cuente más cosas. Mónica añade: «no puedo dormir sola; me gustaría dormir en mi habitación con mis muñecas pero tengo que ir a la habitación de mis papás».

A continuación la invito a pasar a la habitación donde trato a los niños. Mónica espera que yo le diga qué puede hacer. La invito a seguir hablando de sus cosas y le digo también que, si quiere, puede dibujar; queda pensativa y opta por dibujar. Se pasa un buen rato pensando qué puede hacer y finalmente me dice que hará una casa, la casa de sus muñecas. Me pregunta si tengo una regla. Le digo que en este momento no la tengo. Mónica contesta: «bueno, no te preocupes», y usando un lápiz como regla dibuja con mucho cuidado una casa muy bonita y completamente geométrica, con cortinas en las ventanas y las puertas completamente cerradas. Me pregunta si ya está bien. Le digo que me parece que, ante esta nueva situación, se siente algo incómoda y quizás un poco asustada, tratando de hacer las cosas bien y a mi gusto. Me mira medio llorosa y asiente con la cabeza. Le digo que la casa está muy cerrada y que no vemos lo que ocurre dentro, y que quizás ella querría que todo fuera como en su casa de muñecas. Añado que las muñecas no tienen problemas ni sienten ninguna de estas cosas que le ocurren a ella. A continuación dibuja dos niñas, la mayor va adelante comiendo una bolsa de patatas y una de ganchitos; la pequeña la va siguiendo y tratando de coger las patatas y los ganchitos que se le caen a la niña mayor, pero no lo consigue ya que ésta los va pisando.

A continuación voy a referirme a un paciente que también consultó por una fobia escolar. David dejó de asistir al colegio de forma súbita a raíz de un comentario de un profesor, que, al ponerles los deberes a los alumnos, les dijo: «El que mañana no se sepa los verbos, ya se puede preparar». A pesar de ser un alumno brillante, casi modélico, a partir de este comentario no pudo entrar ya otra vez a la escuela aunque lo intentó

muchas veces, pero todos los intentos fueron inútiles ya que, a medida que se iba acercando a la puerta, se ponía más ansioso, le dolía la barriga y tenía náuseas y vómitos pues, según decía, había en la escuela un hombre muy peligroso que podía atacarlo. Ya en las primeras entrevistas se hizo evidente una fuerte organización esquizoparanoide con unas severas defensas obsesivas. Después de unos primeros dibujos bucólicos, por ejemplo, un parque con un estanque lleno de patitos, dos angelitos tocando unas trompetas, etc., de pronto todas las sesiones se llenaron de volcanes que explotaban, islas con plantas carnívoras, estanques con pirañas, soldados armados hasta los dientes, torres de control, campos de concentración, etc. En el transcurso de la sesión David estaba sentado en una esquina de la silla y no dejaba de controlarme con su mirada, llevando a cabo dibujos tremendamente obsesivos que podían alargarse días y días. Durante varias sesiones observé que mantenía todo el rato una de sus manos dentro del bolsillo. Le hice una observación al respecto, preguntándole el porqué de esta actitud. David me contestó que tenía miedo a que le robaran el dinero del metro.

David llenaba las sesiones de fantasías muy confundidas con la realidad, en las que mostraba un conflicto con un superyó sádico, y también un mundo escindido y poblado por objetos absolutamente malos; sentía que él tenía que ser absolutamente bueno para no ser atacado, devorado o maltratado. Cualquier pequeña trasgresión tenía efectos trágicos. Verbalizaba que no podía jugar con su hermano —también más pequeño— ya que podía arañarlo sin querer, la herida se podía infectar y el hermano morir. No creo necesario remarcar que sin las aportaciones de la escuela kleiniana este niño hubiera resultado difícilmente abordable. Era tal la intensidad de la proyección que las interpretaciones transferenciales eran las primeras que te venían a la mente. Lo que resultaba difícil era salir del entramado de identificaciones proyectivas que estaban presentes en cada sesión.

Voy a referirme a un tercer paciente. Se trata de un niño de siete años, Alex, del que me ocuparé más extensamente. El motivo de consulta fue también una fobia, en este caso una fobia al baño; resultaba imposible que se duchara solo y, para que se duchase y se lavase la cabeza, tenían que acompañarle —y casi aguantarle— dos personas. Se cogía muy fuertemente a la madre ya que lo que más miedo le daba era que se destapara la bañera y el agua se escurriera; tampoco toleraba que el agua le cayera por la cara. Cuando destapaban la bañera, Alex tenía que estar fuera del baño ya que de lo contrario le entraba una crisis de pánico. También tenía mucho miedo a su propia sangre, asustándose de manera exagerada ante cualquier herida por pequeña que fuera; todos los días se buscaba y/o enseñaba alguna heridita que hubiese en sus rodillas. La madre explicaba que Alex sufría de miedos raros desde pequeño y que, al contrario de lo que ellos consideraban normal, siempre le habían gustado los monstruos, los dinosaurios y los vampiros. También le gustaban mucho los pokemons; los coleccionaba y conocía tanto sus evoluciones e involuciones, como sus poderes. La madre me explicaba que lo consideraban un niño muy particular ya que, junto a aspectos muy evolucionados, presentaba, al mismo tiempo, cosas muy infantiles; por ejemplo, siempre buscaba sentarse en la falda, estaba muy enmadrado, y lleno de manías y miedos raros. Su

rendimiento escolar no era malo, y la maestra explicaba que lo veía muy pendiente de ella y de lo que hacían sus compañeros, con los que mantenía una relación pobre.

Desde las primeras entrevistas Alex me trató como si fuéramos viejos conocidos, y durante mucho tiempo vino a las sesiones sin oponer la menor resistencia. Le preparé un material muy estándar, y lo primero que me sorprendió fue que casi nunca usaba los materiales más corrientes sino que, muy frecuentemente, venía con un pequeño objeto, siempre duro, el cual, según decía, había encontrado por la calle; mantenía dicho objeto duro dentro de su mano cerrada, mientras que con la otra dibujaba o hacía otras cosas. Durante la sesión me enseñaba varias veces este objeto, volviendo a cerrar la mano rápidamente.

Durante mucho tiempo las sesiones discurrieron con el propósito de Alex de sentarse en mi falda, apoyarse en mí, o estar de pie cerca de mí. Al mostrarle cuán juntos estábamos el uno del otro, Alex me contestaba: «eres mi sombra». Durante un tiempo se dirigió a mí con este nombre y no con el mío propio, y muchas veces pretendía que yo repitiera todos sus movimientos. Mientras estaba pegado a mí, llenaba de garabatos una hoja detrás de otra, en un principio indescifrables, para luego pasar a dibujar partes del cuerpo (un brazo, una pierna), u objetos (ruedas con dientes, escobas, pistolas), dibujos que realizaba muy rápidamente y que no me entregaba a mí sino que solía tirar al suelo. Al lado de estos dibujos ponía un «sí» o un «no». Casi cada día tenía que negarme a darle más papel ya que en una sesión hubiera podido inundarme de papeles. Una característica de Alex era que repetía una y otra vez un mismo ritual antes de comenzar un dibujo. Si tenía a su alcance un lápiz suficientemente largo para poder partirlo, lo partía en dos mientras me decía: «roto». Cuando se le acababa el papel, deambulaba sin ninguna intencionalidad por la habitación. En estos momentos parecía un niño mucho menor e inaccesible. Resultaba muy difícil llevar a cabo alguna intervención que no se limitara a describir cómo se acercaba o se apartaba de mí, cómo trataba de comprobar que las cosas rotas podían ser útiles, etc. Sólo cesaba en esta actividad para jugar al «pienso pienso». Este juego, más adecuado a su edad y vinculado a la capacidad de pensar, hacía concebir más esperanzas, pero cuando lo iniciaba se hacía muy patente su incapacidad de pensar, ya que cuando era él quien tenía que adivinar en quién o en qué estaba yo pensando, Alex sólo era capaz de hacerme una única pregunta para saber si se trataba de una persona o de una cosa. Si, por ejemplo, yo le respondía que se trataba de una persona, saltaba diciendo: «¡Ya lo sé!: en mi abuela». Cuando se trataba de una cosa, inmediatamente preguntaba el color, y éste se convertía ya en una cosa concreta, no pudiendo admitir que me refería a una característica común a diferentes objetos. Todo tenía que resolverse en la primera respuesta, circunstancia ligada, según mi modo de ver, a su forma de apreciación unisensorial del objeto que he descrito anteriormente al hablar de los objetos autistas, y no tanto al hecho de no poder tolerar la espera. Alex suponía que ésta era también mi forma de funcionar, y pretendía que yo supiera lo que él llevaría a cabo antes de que comenzara a hacerlo.

En este primer período era muy frecuente que cuando se acercaba el final de la sesión y yo le decía que debía recoger los juguetes antes de despedirnos, Alex corría a coger

una caja con las piezas de madera, la aguantaba un rato encima de su cabeza, haciendo equilibrios y, finalmente, la dejaba caer de forma que todas las piezas le cayeran por encima, quedando esparcidas por la habitación. Alex salía corriendo y solía decirme: «Ahora tú te quedas a recoger...». Cuando me lo permitía, le decía que tenía tanto miedo de que el agua le cayera encima, que no podía ducharse. Otras veces le decía que, al despedirnos, quedaba hecho pedazos, y que salía corriendo para no sentir lo que le ocurría ni dejar que yo se lo explicara. Mi opinión era que el poder juntar las piezas era equivalente a encontrar un sentido a lo que le pasaba. Tengo que decir que muchas veces me quedaba callada. Con este niño aprendí a observar y a esperar a que me viniera en mente algo adecuado para comunicarle, es decir, que llegase un momento en que las cosas pudieran tener sentido para él y para mí ya que, si intervenía demasiado o le repetía una interpretación, Alex me contestaba con voz metálica: «eres un disco rayado». Si la interpretación era demasiado larga y algo «teórica», en algún momento en que me sentía empujada a llevarla a cabo, la respuesta de Alex era hacerme el gesto, con un dedo en la sien, de que yo estaba loca, o corría a esconderse detrás del mueble con cajones que tengo en la sala de niños.

Una cuestión que hemos de plantearnos es si estas conductas formaban parte de un juego simbólico o, siguiendo el pensamiento de J. Coromines, si se trataba de una externalización, es decir, de la repetición de unas conductas sin contenido fantasmático. Creo que éste es un punto que debemos discutir. Según mi parecer, este carácter iterativo y la carencia de expresiones emocionales apartan estas conductas del campo simbólico.

Para saber si iba en la dirección acertada, me resultaba sumamente útil observar cuál era la respuesta de Alex a mis interpretaciones. Éste, con sus particulares respuestas, mayoritariamente preverbales (muecas, caras de asco, acercándose o alejándose de mí), que a veces acompañaban lo que estaba diciendo o dibujando, me mostraba cuándo se sentía aceptado o rechazado, o cuándo estábamos en contacto o lo perdíamos.

En situaciones de este tipo diría que es sumamente importante saber almacenar información, esperando encontrar el momento adecuado para transmitir lo que hemos entendido, de forma que tenga un «sentido común» para los dos implicados en la experiencia emocional. Estas experiencias, de carácter más arcaico, necesitan de una mayor elaboración por parte del analista, a fin de evitar determinadas interpretaciones que tienen sentido para el analista pero que no son adecuadas al nivel —muchas veces presimbólico— del paciente. Pondré un ejemplo: Alex jugaba a menudo con mis gafas y no quería devolvérmelas. Un día le dije que tal vez no quería que viera lo que le pasaba. Con cara de sorpresa me dijo: «¡hala! ¿Tan poco ves? ¡Si casi nunca las llevas puestas!» Creo que esta respuesta muestra cómo yo me movía a nivel simbólico, mientras que Alex lo hacía a nivel concreto. Ello me movió a decirle que quizás, cogiéndose a mis gafas, sentía también que estaba cogido a mí. Su respuesta fue diferente ya que sonrió y, rápidamente, se puso las gafas. Le dije: «Mira, ¿tal vez ahora tú ya eres Joana?». Alex sonrió más abiertamente y me las devolvió.

En mi habitación para niños tengo un asiento formado por dos almohadones que pueden estirarse y quedan como un pequeño diván. Alex lo descubrió cuando ya llevaba

bastante tiempo de tratamiento, y dijo: «qué chulo, es una cama». Yo le contesté que tal vez lo parecía; también podía ser una colchoneta y usarse para muchas más cosas. Todas estas explicaciones fueron inútiles ya que, durante mucho tiempo, llegaba, desplegaba los almohadones, apagaba la luz y decía: «ahora dormiremos». Por suerte dejaba la puerta algo entreabierta y no quedábamos completamente a oscuras. Mi respuesta era que yo no dormiría, y podría seguir pensando, observarle, y hablarle. Alex me hacía callar diciéndome que no lo dejaba dormir. Yo le respondía diciéndole que mis esfuerzos para poder conocerle y ayudarle a superar sus miedos él los convertía en algo donde meterse dentro y adormecer sus sentimientos. Alex insistía pidiéndome sábanas y una mantita ya que tenía frío si se quedaba desabrigado. Al no darle lo que me pedía se enfadaba y pataleaba, diciéndome que era una «tonta muy burra». Yo le contestaba diciendo que sentía frío cuando yo no le respondía como él quería, y que sólo buscaba en mí sensaciones cálidas —como, por ejemplo, la manta—, o que mis actuaciones fueran siempre como él esperaba, como estar en mi falda. Le dije también que para él todo se reducía a sentir frío o calor, pero que yo podía ayudarle a sentir más cosas.

Cierto día, después de un intercambio de este tipo, Alex dibujó la pantera rosa con mucha habilidad. Quiero señalar que parecía imposible que este dibujo fuera hecho por el niño que momentos antes llenaba hojas con garabatos indescifrables. También en el conjunto del tratamiento, Alex mostraba aspectos más evolucionados junto a conductas muy primitivas. Al preguntarle qué le sugería la pantera rosa, se puso las manos en la barriga y me dijo: cosquillas y ruidos. Me pareció evidente que me hablaba de cómo percibía su interior, un mundo presidido por sensaciones: cosquillas y ruidos. El hecho de tocarse la barriga, me hizo pensar que hacía referencia a los procesos incorporativos y al crecimiento y, por tanto, al proceso de introyección. Le dije que me informaba de lo que pasaba con aquello que entraba en su barriga y en su cabeza, y que para él todo podía quedar reducido a cosquillas y ruidos. Personalmente tenía la impresión de que mis palabras no le llegaban; tal vez lo que le decía ya se convertía en ruido sin sentido, pero nuevamente lo guardé en mi memoria esperando encontrar un momento que considerara más adecuado.

Esta ocasión se presentó un miércoles, al cabo de unas semanas. Después de «dormir» unos ocho minutos comenzó a hacer burbujas de jabón, con agua jabonosa que cogió del baño y una paja que trajo junto con una bebida refrescante (anteriormente había hecho las burbujas con saliva). Alex daba una orden y las burbujas le seguían. Por ejemplo, las lanzaba hacia arriba, y decía: «¡Arriba!». Como puede suponerse, las burbujas subían hasta tocar el techo. Repitió la misma operación varias veces y en todos los sentidos: arriba, abajo, derecha, etc. La excitación de Alex iba en aumento, e iba repitiendo: «¡Oh, oh!», de manera admirativa, mientras iba hinchando y haciendo crecer las burbujas. Al mismo tiempo gritaba: «¡No toques, no toques!». Pero si la burbuja se rompía, Alex exhalaba un suspiro de decepción y de pena. Después de repetir varias veces estas conductas, se dirigió a mí, diciéndome: «Dime qué haremos hoy, si tú no me dices lo que vamos a hacer yo no haré nada, y correré por aquí de un lado a otro; tú ya sabes lo que quiero decir».

Le dije que necesitando y esperando que yo le dijera lo que tenía que hacer, él se convertía en una burbuja que llevaba a cabo lo que yo le decía pero que, de todos modos, esto nos hacía ya diferentes, pues yo era la que pensaba y, por tanto, no era la burbuja, sino que la burbuja era él. Y añadí: «de todas formas yo creo que tú también eres capaz de pensar y saber lo que quieres hacer».

Sin decir una palabra, cogió una hoja de papel y un bote de pegamento, embadurnando completamente la hoja con dicho pegamento; a continuación dobló la hoja de papel. Repitió esta operación hasta que la hoja de papel se convirtió en un rectángulo bastante pequeño que Alex dejó sobre la mesa. A continuación apagó la luz y, en voz baja, me dijo que esperaríamos a que se hiciera duro.

A pesar de estar a oscuras, yo comenzaba a ver ya una clara relación entre la burbuja, fascinante pero extremadamente frágil, y la dureza buscada a través de capas y capas de pegamento, es decir, mediante las identificaciones adhesivas y, además, estando a oscuras, es decir, sin comprensión. Eso me llevó a decirle: «te he dicho que si te ponías a pensar no serías una burbuja, y parece que ello te ha ayudado y te has puesto a trabajar, pero ahora lo que parece que me dices es que una manera de crecer y tener la sensación de que uno se hace fuerte es ir pegando cosas, a oscuras. Pero mi opinión es que, de esta manera, sólo sentirás cosquillas y ruidos, o serás duro pero no fuerte».

Casi sin dejarme terminar me dice: «Calla ya; voy a hacer otra cosa» y, de manera muy impulsiva, convierte el rectángulo de papel en un triángulo, el cual pinta como si fuera un arco iris. A continuación lo deja de lado, coge unas hojas y hace un dibujo en cada una de ellas. Repite lo que he explicado anteriormente, el hecho de dibujar objetos pequeños o partes del objeto, y escribir al lado un sí o un no. Dibuja un brazo con una gran bola, una cerilla encendida, una pistola, un cohete, etc. A medida que va dibujando va tirando las hojas encima de mí, o éstas van directamente al suelo. Me cuesta seguirlo debido a que lo hace todo muy rápidamente. Le digo que ahora no sé si oye lo que le digo, o quizás no lo quiere oír, y que creo que es por este motivo que va haciendo cosas sin parar y con el ánimo de deshacerse de ellas. Ya nada tiene significado, todo son trozos desparramados por el suelo.

De manera muy decidida me dice: «me llevaré esto para mi colección» (se refiere al triángulo de papel). «Hago colección de cosas duras. No me digas que lo que hacemos aquí es nuestro; las cosas duras son mías». Le dije: «Ahora no quieres dejar aquí lo que has hecho aquí, sino que quieres llevártelo; de esta manera, las cosas quedan confundidas, y el cajón y también la cabeza quedan vacíos. Todo entra y sale rápidamente y dentro no queda nada, pero de esta manera no sabrás cómo puedes hacerte fuerte y crecer, ya que puedes ser una burbuja muy frágil o un montón de papeles pegados, que es una cosa dura pero no fuerte».

Me contestó muy enfadado: «es dura y fuerte, y tú te inventas todas estas cosas. Lo que pasa es que no quieres que me lo lleve. Ya te he dicho que colecciono cosas duras, tortugas ninja, pokemons, diplodocus... Por cierto ¿Cuándo nos iremos?».

Le pregunté: «¿nos iremos juntos? ¿O tú te marcharás y yo me quedaré trabajando con otros pacientes?».

Alex seguían enfadado, y contestó: «No te lo decía a ti, tonta. Se lo decía a mi sombra».

Le dije: «Mira, así como yo a veces sigo lo que me dices pero otras veces no, cosa que te enfada mucho, si fuera tu sombra siempre te seguiría pero no podría ayudarte nunca».

Muy decidido va a la pileta de agua, y abre y cierra el grifo. Me hace señas para que calle, me llama para que me acerque y escuche, y me dice: «ahora mucho ruido», cierra el grifo mientras va diciendo: «ahora poco ruido». No sólo habla del ruido que hace el agua al caer sino que también se refiere al ruido del desagüe.

Le digo que gracias a que no soy como él ni soy su sombra le he podido ayudar a superar el miedo que le daba el agua cuando le caía por la cara, o cuando temía escurrirse por el agujero de la bañera junto con las burbujas de jabón. Ha podido ver que no es él lo que desaparece y, en este momento, lo que ocurre es que él se irá y yo me quedaré y me ocuparé de otras cosas. También cuando se ducha, el agua se va pero él se queda. Alex escucha atento, sin decir nada. Espero unos momentos. Le digo que ya es la hora de recoger. Alex recoge las cosas que ha usado y, a continuación, se va.

A continuación expondré un breve fragmento de la sesión siguiente que, según mi parecer, muestra cómo Alex puede ir internalizando las experiencias que tienen lugar en el tratamiento.

Entra y, de manera muy decidida, se dirige al pequeño sofá, pero esta vez se sienta de forma que el respaldo le queda de cara y hace como si condujera un coche. Me pregunta si sé lo que está haciendo.

Le contesto que creo que sí, ya que otras veces me ha dicho que conduce un coche de carreras. Rápidamente me responde afirmativamente pero me advierte que tengo que estar muy atenta, ya que este coche es diferente; insiste, además, en si yo veo esta diferencia. Le digo que no la veo, pero sí veo que él es capaz de recordar y de ver cosas nuevas. Y añado: «no todo es como el agua que entra y sale sin dejar ningún rastro. Hoy me enseñas que puedes recordar y aprender. No sé ver la diferencia; me la tendrás que decir tú». Riendo y con una expresión de contento, dice: «¡es un bólido que tiene frenos!».

Le digo: ayer y hoy has podido escuchar, pararte y, además, no te has enfadado tanto. Has podido frenarte.

Pienso que estos fragmentos de material clínico de los tres pacientes que he presentado nos permitirán reflexionar sobre las características de la ansiedad y las defensas más predominantes en cada uno de ellos. Nos ayudarán también a darnos cuenta de cómo la psicopatología de cada paciente condiciona la técnica y, además, como ésta debe adecuarse a las características de cada uno.

Si consideramos el material de Mónica, podemos decir que queda en primer plano una conflictiva neurótica de características eminentemente edípicas. Mónica tiene que aceptar las relaciones paternas de las que se siente excluida, y tiene que aceptar también la presencia de un hermano. Se trata de un conflicto en el que predominan los celos. Según mi opinión, la ansiedad de Mónica puede entenderse como una reacción frente al peligro

de perder el amor de la madre. Mónica se sirve de sus síntomas, negarse a comer en el colegio e ir cada día a la cama de los padres, para controlar a la pareja parental y a la nueva pareja madre-bebé. Los padres, una pareja joven, decían sentirse ahogados por el control y las recriminaciones de la niña y ésta, por otro lado, se deshacía en intentos — que fracasaban— de complacer a unos padres a los que había, a su vez, atacado, porque se habían escapado de su control y habían tenido otro hijo. Mónica insistía en que ella prefería una hermana para poder jugar con ella —el dibujo de las patatas chafadas muestra las características del «juego»— pero manifestaba también que quería mucho al bebé, aunque se tratara de un niño. Los síntomas le permitían quedarse en casa, circunstancia que le servía para satisfacer el deseo regresivo de ser como un bebé y, además, controlar las relaciones entre la madre y el padre, así como entre la madre y el bebé.

La problemática de David parece más primitiva y muestra las dificultades de la posición esquizoparanoide. Nos encontramos con un hecho traumático significativo que pone en marcha la intensa ansiedad persecutoria que le invade, y que David trata de controlar mediante defensas obsesivas. Estos mecanismos resultan insuficientes y todo el mundo externo queda modificado por sus proyecciones. Presenta una clara conflictiva preedípica, con un superyó cruel. Junto a su funcionamiento aparentemente normal, es decir neurótico, subyace en David otro funcionamiento de carácter delirante, ya que no mostraba ningún tipo de crítica ni la menor duda respecto a las ideas que muy a menudo le invadían y lo dejaban completamente paralizado, es decir, estaba sometido al control de un superyó sádico que controlaba su destructividad, en parte proyectada en el objeto externo: «el hombre que ataca a los niños»; «el arañazo que puede resultar mortal». David se mueve en un mundo poblado por objetos sumamente severos que en cualquier momento pueden atacarlo, es decir, vengarse de él. Todas las relaciones se tornan sumamente peligrosas ya que el objeto busca la retaliación. Su expresión corporal es tensa y vive en un constante estado de alerta. En su funcionamiento rige la ley del Talión. Los objetos son ideales y/o persecutorios, el equilibrio es inestable y, además, los cambios son rápidos y por causas que pueden pasar desapercibidas al observador normal.

Comentaré con más detalle el caso de Alex, con una patología, según mi entender, todavía más primitiva, ya que presenta ansiedades previas a la posición esquizoparanoide. Quiero destacar que Alex presentaba, en el intercambio diario, un comportamiento, que, tanto en su casa como en la escuela, calificaban de normal, aunque con «cosas raras». Pero en el tratamiento mostró, ya desde el comienzo, ansiedades y defensas correspondientes al área autística y que conocemos como ansiedades catastróficas, que describiré a continuación.

En primer lugar diré que Alex no presentaba defensas autísticas manifiestas como la indiferenciación *self*-objeto o la bidimensionalidad. Mostraba tener una cierta conciencia de lo que es una identidad separada, pero este incipiente sentimiento de identidad era muy frágil y se tambaleaba fácilmente ante los cambios. Se percibía como un espacio cerrado, una burbuja, pero con unos límites extraordinariamente frágiles que podían romperse al entrar en contacto con el otro. El contacto tenía que ser tan superficial —

usando la identificación adhesiva—, como el que mantienen dos burbujas; cualquier cosa que penetre puede poner en serio peligro su existencia. No existe una piel que le contenga. Esto promueve dos fantasías, ambas catastróficas: una es la de romperse y desaparecer, y la otra es la de romperse y que los restos queden esparcidos. La presencia del objeto no es negada, pero la relación con él es sumamente peligrosa ya que cualquier nueva diferenciación, es decir, la toma de conciencia de unas vivencias emocionales, todo cambio psíquico, puede comportar la desaparición o el derrumbe del sujeto. En este caso, lo que resulta catastrófico es que tenga lugar un movimiento progresivo que vaya en la línea de reforzar el incipiente sentimiento de identidad. Precisamente por esta extrema fragilidad, Alex tiene necesidad de aferrarse a objetos duros, como el papel encolado, y a sus animales prehistóricos.

La ansiedad de desaparecer sin dejar rastro que subyace en su temor a la ducha es, según mi entender, más primitiva que la ansiedad de quedar hecho pedazos tan repetidamente expresada con las piezas esparcidas, ya que, en este caso, también falla el continente pero hay un contenido, es decir, las piezas permanecen. Los objetos no desaparecen como el agua y las burbujas y tienen una cierta consistencia, aunque les falta alguna cualidad para que puedan ser debidamente introyectados. Aquí hablaría de objetos desmantelados, entendidos como aquellos objetos percibidos unisensorialmente y faltos de una experiencia emocional que los conecte entre sí. Sabemos que son objetos diferentes de los objetos disociados como consecuencia de la escisión (*splitting*). Lo característico de dichos objetos es la falta de vínculos emocionales. Coromines (1991) nos dice que entre ellos no hay conexiones, como no las hay entre las patatas contenidas en un saco, y que, ante la frustración, se produce un desmoronamiento pero, en este caso, quedan los restos. Mi opinión es que Alex, con su repetitiva y obstinada conducta, «tú te quedas y recoges», esboza la fantasía de la existencia de un objeto externo capaz de recomponer la situación. Creo que su compulsión a partir el lápiz también va en esta dirección, ya que con esta maniobra quedaban dos trozos que podían ser utilizados, no se escurrían ni desaparecían, y, en la misma línea, también fueron tomando sentido los montones de dibujos con un sí o un no escrito al lado. En general, el sí acompañaba a los objetos duros (trozos de máquina, brazos musculosos, pistolas, etc.) y el no correspondía a objetos efímeros (cerillas encendidas, gotas de agua, cohetes, etc.).

El desmantelamiento está en la base de las identificaciones adhesivas. La falta de un objeto interno estable, fruto de las identificaciones introyectivas, lleva a Alex a tener que estar constantemente unido a un objeto duro, una segunda piel (Bick, 1968) que contrarreste las deficiencias del objeto.

Para terminar, quisiera presentar un movimiento progresivo significativo en el tratamiento de Alex, que tuvo lugar después de haber trabajado largamente las ansiedades catastróficas. Llega un día y se dirige directamente al cajón diciendo que hoy dibujará. A continuación coge una hoja y hace una raya que divide el papel en dos partes iguales; a un lado dibuja una cruz y en el otro una media luna.

Al señalarle que hoy hace un dibujo muy diferente a los anteriores ya que aparece un mundo dividido, escribe rápidamente, junto a la cruz: «recto, adentro y viva», haciendo

con los dedos una señal de victoria. Junto a la media luna escribe: «curvo, fuera, huuu». Meltzer (1975) nos dice que tras el caos sensorial aparece la escisión que permite dividir el mundo en bueno y malo, circunstancia que representa el nacimiento de la vida mental, es decir, ya nos movemos dentro de la conflictiva esquizoparanoide. Según mi opinión, no hay ninguna duda de que este dibujo es mucho más evolucionado, y que muestra una mayor capacidad de simbolización que los garabatos o los objetos fragmentados que durante mucho tiempo habían llenado la sesión. No dejó de sorprenderme la utilización de la cruz y la media luna. Al preguntarle si sabía qué representaban aquellos signos, Alex me contestó: «son los moros y los cristianos», y añadió que en su calle había una tienda de chinos y una de moros que nunca cerraban. Y me preguntó: «¿Qué raro no?».

Le dije que él veía un mundo dividido, que en un lado situaba las personas conocidas y próximas que le inspiraban confianza y, en el otro, personas que no conocía y que no sabía cómo eran, y añadí: «te parecen extrañas e incluso pueden darte miedo».

Su respuesta fue: «la tienda de los moros no da miedo, sino que huele mal; los moros huelen mal».

A continuación hubo una etapa en la que insistía en que los moros olían, y que los chinos le gustaban por las tiendas baratas y por los restaurantes. En estas épocas dibujaba aviones con la esvástica en sus alas. Tengo que decir que, en estos momentos, evocar el funcionamiento unisensorial que mostraba en el juego del «pienso pienso» me ayudaba mucho para controlar el malestar que me despertaban ciertas actitudes de Alex, las cuales, si no evolucionaban, podían sentar unas bases para el racismo y la xenofobia. Mis interpretaciones iban en el sentido de que tanto dentro de nosotros como entre nosotros existen también cosas que huelen mal, de las cuáles no podía darse cuenta en aquel momento.

Afortunadamente este conflicto étnico se desvió hacia el fútbol y, en esta etapa, todos los jugadores que no eran del Barcelona olían mal, ya que eran una mierda, unos carniceros, caníbales y tramposos. Los del Barcelona eran divinos, muy buenos y cuando perdían eran víctimas de los tramposos. Venía a la sesión llevando cromos de fútbol, besando a los del Barcelona y haciendo caras de asco a los otros jugadores. Acumulaba cromos de los jugadores del Barcelona sin importarle que fueran repetidos, tampoco necesitaba ningún álbum y no intercambiaba ningún cromo con los amigos. En resumen, no podía desprenderse de ningún cromo del Barcelona.

Esto nos permitió trabajar el tema de que el «divino» y el que «huele mal» pueden ser la misma persona ya que, si cambiaba de equipo, el jugador adquiría o perdía todas las cualidades, y yo le señalaba que lo que les hacía buenos o malos era únicamente el color de la camiseta. El hecho de que usara calificativos como carniceros, caníbales y tramposos me permitía hablarle de que somos buenos o malos por lo que hacemos y no por los colores de nuestro equipo o el propio olor. Esto llevó a Alex a dibujar, progresivamente, luchas entre buenos y malos. Esta diferenciación resultó muy difícil ya que los buenos eran unos hombres armados hasta los dientes que atacaban a una enorme e ingenua ballena. Poco a poco los malos fueron tomando unas características más peligrosas; eran tiburones con unos enormes y afilados dientes, no obstante, los buenos

segúan siendo muy severos y vengativos.

También su actitud fue cambiando; ahora podía entrar haciendo ruidos, esconderse en el wc, chillar y pelearse con la canguro que le acompañaba, y comenzó a adoptar, de manera ostensible, actitudes provocativas y agresivas hacia mí; dicho de otra manera, fuimos viviendo el paso desde lo adhesivo, que tenía sus raíces en la persistencia de las ansiedades catastróficas, a conflictos propios de la posición esquizoparanoide.

Reflexionando sobre lo que acabo de exponer, pienso que muchas conductas más o menos patológicas de nuestros pacientes pueden deberse a una pobre elaboración de las ansiedades autísticas, con fuertes componentes de sensorialidad no integrada, y, hablando de manera más específica, pienso que el desmantelamiento puede vincularse a conductas perversas como el fetichismo y la adicción a las drogas. Estos pacientes se refugian en un mundo donde tiene gran importancia la sensorialidad.

La aparición del *splitting* en el material de la sesión, representa un cambio significativo. No obstante, pienso que esta escisión viene muy condicionada por el funcionamiento eminentemente sensorial de la etapa anterior. Personalmente pienso que un *splitting* patológico debido a ansiedades arcaicas no elaboradas suficientemente puede estar en la base del fanatismo, la xenofobia y las conductas antisociales que presentan muchos adolescentes en la actualidad.

Finalmente, quiero expresar mi opinión de que la clínica es muy plural, y que en todo paciente nos encontramos con un entramado de ansiedades y defensas —unas más predominantes y otras más latentes—, que han sido descritas por diferentes autores y que requieren de un tratamiento especial; ello nos obliga a adoptar una actitud abierta y a integrar nuevos conocimientos en lo que podríamos llamar los fundamentos básicos de nuestra formación. Pienso que esta actitud no implica una renuncia sino todo lo contrario, ya que todo ello representa un enriquecimiento de nuestras mentes, circunstancia que nos hace más capaces de abordar, de una manera más amplia, la personalidad de nuestros analizados.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, G. (1980): «Transference, real relationship and alliance», *Int. J. Psychoanal.*, 61: 547-558.
- Adroer, S. (1996): «Notes sobre l'evolució del concepte de narcisisme». *Rev. Catalana de Psicoanal.*, vol. 13, n.º 2: 63-76.
- Adroer, S. (1998): «Some considerations in the structure of the *self* and its pathology», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 682-696.
- Adroer, S. (2003): «La psicología del *self*, de Kohut». Trabajo presentado en la Sociedad Española de Psicoanálisis, Barcelona.
- Adroer, S. y Coderch, J. (1991): «El trabajo del analista frente al defecto y frente al conflicto», *Anuario ibérico de psicoanálisis*, vol. 2, 105-118.
- Ahumada, J.L. (1999): *Descubrimientos y refutaciones*, Madrid: Biblioteca Nueva y Asociación Psicoanalítica de Madrid.
- Albert, H. (1973): «Los problemas de la teoría de la ciencia en la investigación social», en R. Koning (comp.), *Tratado de sociología empírica*, Madrid: Tecnos.
- Albert, H. (1982): «La ciencia y la búsqueda de la verdad», en G. Radinszk y G. Anderson (comps.), *Progreso y racionalidad en la ciencia*, Madrid: Alianza.
- Albert, H. (2002): *Razón crítica y práctica social*, Barcelona: Paidós.
- Allegro, L. (1990): «On the formation of interpretations», *Int. J. Psychoanal.*, 71: 421-432.
- Amati-Meheler, J., Argentieri, S. y Canestri, J. (1993): *The Babel of the Unconscious*, Madison: Int. Univ. Press.
- Apel, K.O. (1985): *La transformación de la filosofía*, Madrid: Taurus.
- Apel, K.O. (1991): *Teoría de la verdad y ética del discurso*, Barcelona: Paidós.
- Aragonés, R.J. (1999): *El Narcisismo como matriz de la teoría psicoanalítica*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Arlow, J. (1979): «Metaphor and the psychoanalytic situation», *Psychoanal. Quart.*, 48: 363-385.
- Armengol, R. y Hernández, V. (1991): «La función y el trabajo del analista. Valoración relativa del *setting* y la interpretación», *Anuario ibérico de psicoanálisis*, vol. 2: 21-42.
- Aron, L. (1996): *A Meeting of Minds*, Londres: The Analytic Press.
- Austin, J. (1962): *How to do Things with Words*, Oxford: Clarendon Press (*Cómo hacer cosas con las palabras*, Barcelona: Paidós, 1971).
- Balint, M. (1968): *The Basic Fault. Therapeutic Aspects*, Londres, Tavistock (*La falta básica*, Buenos Aires: Paidós, 1982).
- Bassen, C. (1989): «Transference-countertransference enactment and recommendation to convert psychotherapy to psychoanalysis», *Int. Rev. Psychoanal.*, 16: 79-92.
- Bassols, R. y Coderch, J. (1989): «La intolerancia a la interpretación en pacientes con una organización narcisista grave», *Anuario ibérico de psicoanálisis*, vol. 1: 153-162.
- Beà, P. y Coderch, J. (1998): «La interpretación: violencia y experiencia», *Anuario ibérico de psicoanálisis*, vol. 5: 35-59.
- Benjamin, J. (1995): *Like Subjects, Love Objects*, Yale: Yale Univ. Press.
- Berlin, I. (1953): *The Hedgehog and the Fox*. (*El erizo y la zorra*, Barcelona: Muchnik Editores, 1998).
- Bick, E. (1968), «The experience of the skin in early object relations», *Int. J. Psychoanal.*, 49: 484-86.
- Bion, W.R. (1954): «Notes on the theory of schizophrenia», *Int. J. Psychoanal.*, 35: 113-118 («Notas sobre la teoría de la esquizofrenia», en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires: Paidós, 1972).
- Bion, W.R. (1957): «Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities», *Int. J. Psychoanal.*, 38: 266-275 («Diferenciación de las personalidades psicóticas de las no psicóticas», en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires: Paidós, 1972).
- Bion, W.R. (1959): «Attacks on Linking», *Int. J. Psychoanal.*, 40: 308-315.

- Bion, W.R., (1962 a): *Learning from Experience*, Londres, Heinemann (*Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires: Paidós, 1966).
- Bion, W.R. (1962b): «A Theory of Thinking», *Second Thoughts*, 110-119, Londres: Maresfield Library, 1967.
- Bion, W.R. (1965): *Transformations*, Londres: Maresfield Library, 1984.
- Bird, B. (1972): «Notes on transference: universal phenomenon and hardest part of analysis», *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 20: 267-301.
- Bleichmar, H. (2004): «Making conscious the unconscious in order to modify unconscious process», *Int. J. Psychoanal.*, 86: 1.379-1.400.
- Bleichmar, N. y Leiberman de Bleichmar, C. (1989): *El Psicoanálisis después de Freud*, México D.F.: Eleia Editores.
- Bodner, G. (2005): «Construcción y cambio psíquico». Trabajo presentado en la Sociedad Española de Psicoanálisis.
- Boladeras, M. (2002): «Introducción», en H. Albert, *Razón crítica y práctica social*, Barcelona: Paidós.
- Bollas, C. (1987): *The Shadow of the Object*, Londres: Free Assoc. Books.
- Borbely, A. (1998): «A psychoanalytic concept of metaphor», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 923-936.
- Boston PCSG (1998): «Non interpretative mechanisms in psychoanalytic therapy», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 903-922.
- Bouchard, M. (1995): «Explanation in the hermeneutic science», *Int. J. Psychoanal.*, 76: 519-532.
- Bowlby, J. (1969): *Attachment and Loss*, vol. 1, *Attachment*, Londres: The Hogarth Press-Institute of Psychoanalysis.
- Bowlby, J. (1972): *Attachment and Loss*, vol. 2, *Separation, Anxiety and Anger*.
- Bowlby, J. (1980): *Attachment and Loss*, vol. 3, *Loss: Sadness and Depression*.
- Brook, A. (1995): «Explanation in the hermeneutic science», *Int. J. Psychoanal.*, 76: 519-533.
- Chalmers, A. (1976): *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid: Siglo XXI, 1987.
- Chomsky, N. (1979): *Reflexiones sobre el lenguaje*, Barcelona: Ariel.
- Coderch, J. (1987): *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (1991): «Comments in a treatment of a narcissistic patient», *Int. J. Psychoanal.*, 72: 393-401.
- Coderch, J. (1995): *La interpretación en psicoanálisis. Fundamentos y teoría de la técnica*, Barcelona: Herder.
- Coderch, J. (2001): *La relación paciente-terapeuta. El campo del psicoanálisis y de la psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona: Fundació Vidal i Barraquer-Paidós.
- Coromines, J. (1991), *Psicopatologia i desenvolupament arcaics*, Barcelona: Espaxs.
- Davidson, D. (1963): «Actions, reasons and causes», en *Essays on Actions & Events*, Oxford: Oxford Univ. Press, 1986, 3-20.
- Davis, T. (2001): «Revising psychoanalytic interpretations of the past: An examination of the declarative and non declarative memory», *Int. J. Psychoanal.*, 82: 449-467.
- De Bustos, E. (2000): *La metáfora. Ensayos transdisciplinarios*, Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- De Miguel, A. y Válcara, M. (2000): «Después del diván», *Rev. Asociación Psicoanal. de Madrid*, 33: 185-204.
- Dorpat, T. (1998): «Self psychology: an overview», en R. Langs (ed.), *Currents Theory of Psychoanalysis*.
- Eco, U. (1990): *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1992): *Los límites de la interpretación*, Barcelona: Lumen.
- Edelson, M. (1988): *Psychoanalysis. A Theory in Crisis*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Eisold, K. (1998): «The splitting of the New York Psychoanalytic Society and the construction of the psychoanalytic authority», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 871-886.
- Eisold, K. (2005): «Psychoanalysis and psychotherapy», *Int. J. Psychoanal.* 86, 1.175-1.197.
- Emde, R. (1983): «The representational self and its affective core», *Psychoanalytic Study of the Child*, 38: 165-192.
- Emde, R. (1990): «Mobilizing fundamental modes of development: Emphatic availability and therapeutic action», *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 38: 881-913.
- Fabris, A. (2001): *El giro lingüístico: hermenéutica y análisis del lenguaje*, Madrid: Akal.
- Fairbairn, W.R. (1952): *An Object Relations Theory of the Personality*, Nueva York: Basic Books.
- Fairbairn, W.R. (1940): Factores esquizoides de la personalidad. En: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1970, 19-40.
- (1941): Revisión de la psicopatología de las psicosis y las neurosis. En: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1970, 41-68.
- (1944): Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1970, 91-137.

- Ferenczi, S. (1924): *Perspectivas del psicoanálisis*, en *Obras Completas*, Madrid: Espasa-Calpe, vol. 3, 1981-1984.
- Ferenczi, S. (1929): *Principio de relajación y neocatarsis*, en *Obras Completas*, vol. 4.
- Ferenczi, S. (1931): *Análisis de niños con los adultos*, en *Obras Completas*, vol. 4.
- Ferenczi, S. (1932): *Confusión de lenguas entre los adultos y el niño*, en *Obras Completas*, vol. 4.
- Ferrater Mora, J. (1990): *Diccionario de filosofía*, Madrid: Alianza, vol. 1.
- Ferrer, R. (2002): «¿Interpretar o interpretar?», *Anuario ibérico de psicoanálisis*, vol. 7: 13-30.
- Ferro, A. (1998): *Técnicas de psicoanálisis infantil*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fosshage, J.L. (1994): «Toward a reconsideration of transference», *Int. J. Psychoanal.*, 75: 365-280.
- Freixas, J. y Tizón, J.L. (1984): «Consideracions sobre una mala entesa», *Rev. Catalana Psicoanal.*, 1: 172-191.
- Freud, A. (1965): «Normality and pathology in childhood assesment», en *The Writtings of Anna Freud*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Freud, S. Se mencionan los siguientes trabajos de sus *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, 24 vols., 1978-1982.
- (1895a): *Proyecto de psicología*, vol. 1.
- (1895b): *Estudios sobre la histeria* (en col. con J. Breuer), vol. 2.
- (1905): *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, vol. 7.
- (1910a): *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*, vol. 11.
- (1910b): *La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*, col. 11.
- (1912a): *Sobre la dinámica de la transferencia*, vol. 12.
- (1912b): *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*, vol. 12.
- (1913): *Sobre la iniciación del tratamiento*, vol. 12.
- (1914): *Introducción del narcisismo*, vol. 14.
- (1915a): *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia*, vol. 12.
- (1915c): *Lo inconsciente*, vol. 14.
- (1916-1917): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, vol. 14.
- (1917): *Duelo y melancolía*, vol. 14.
- (1919): *Nuevos caminos en la psicoterapia psicoanalítica*, vol. 17.
- (1920): *Más allá del principio del placer*, vol. 18.
- (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo*, vol. 18.
- (1923): *El yo y el ello*, vol. 19.
- (1930): *El malestar en la cultura*, vol. 21.
- (1937): *Análisis terminable e interminable*, vol. 23.
- (1940): *Esquema del psicoanálisis*, vol. 23.
- Gabbard, G. (1995): «Countertransference: The emerging common ground», *Int. J. Psychoanal.*, 76: 475-485.
- Gabbard, G. (1997): «A reconsideration of objectivity in the analyst», *Int. J. Psychoanal.*, 78: 15-26.
- Gabbard, G. (2003): «Miscarriages of pshycoanalytic treatement», *Int. J. Psychoanal*, 84: 249-273.
- Gadamer, H.-G. (1975): *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme.
- Galatzer-Levy, R.M. y Cohler, B.J. (1993): *The Essential Other*, Nueva York: Basic Books.
- García-Carpintero, M. (1996): *Las palabras, las ideas y las cosas*, Barcelona: Ariel.
- Gell-Mann, M. (1995): *El quark y el jaguar*, Barcelona: Tusquets.
- Gill, M. (1954): «Psychoanalysis and exploratory psychotherapy», *Amer. Psychoanal. Assn.*, 2: 771-797.
- Gill, M. (1976): «Metapsychology is not psychology», en Merton Gill y Philip S. Holzman (eds.), *Psychology Versus Metapsychology*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Gill, M. (1982): *The Analysis of Transference*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Gill, M. (1984): «Psychoanalysis and psychotherapy: A revision», *Int. Rev. Psychoanal.*, 11: 161-170.
- Gill, M. (1994): *Psychoanalysis in Transition*, Hillsdale: The Analytic Press.
- Gill, M. y Holzman, P. (eds.) (1993): *Psychology versus Metapsychology*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Green, A. (1993): «Two discussions of “The inner experiences of the analyst” and a response from Theodore Jacobs», *Int. J. Psychoanal.*, 74: 1.131-1.145.
- Green, A. (2005): «The illusion of common ground and mythical pluralism», *Int. J. Psychoanal.*, 86: 627-632.
- Greenberg, J. y Mitchell, S. (1983): *Object Relations in Psychoanalytic Theory*, Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Greene, B. (2005): *El universo elegante*, Barcelona: Crítica.
- Greenson, R. (1965): «The working alliance and the transference neurosis», *Psychoanal. Quart.*, 343: 155-181.
- Greenson, R. (1972): *The Technique and Practice of Psychoanalysis*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Greenson, R. y Wexler, M. (1969): «The non transference relationship in the psychoanalytic situation», *Int. J.*

- Psychoanal.*, 50: 27-39.
- Grice, P. (1975): «Lógica y conversación», en L.M. Valdés (comp.), *La búsqueda del significado*, Madrid: Tecnos, 2000.
- Grondin, J. (1999): *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Barcelona: Herder.
- Grotstein, J. (2004): «The seventh servant: the implications of the truth drive in Bion's theory of "0"», *Int. J. Psychoanal.*, 85: 1.081-1.101.
- Grünbaum, A. (1993): *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*, Madison: Int. Univ. Press.
- Guimón, J. (2004): *Eficacia de las terapias en salud mental*, Bilbao: Desclee de Brower.
- Guimón, J., (2006): «Ámbito y límites de la salud mental relacional». Ponencia presentada en el *Tercer Congrés Català de Salut Mental*. Barcelona.
- Gutheil, T.G. y Havens, L.L. (1979): «The therapeutic alliance: contemporary meanings and confusion», *Int. Rev. Psychoanal.*, 6: 467-481.
- Habermas, J. (1987): *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid: Alianza.
- Hanly, C. (1995): «On facts and ideas in psychoanalysis», *Int. J. Psychoanal.*, 76: 901-908.
- Hanson, R. (1985): *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación*, Madrid: Alianza.
- Hartmann, H. (1939): *La psicología del yo y el problema de la adaptación*, México: Pax, 1960.
- Henry-Lévy, B. (2001): *El siglo de Sartre*, Barcelona: Ediciones B.
- Hinshelwood, R.D. (1989): *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Hoffman, I. (1983): «The patient as interpreter of d'analyst's experience», en *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*, Hillsdale: The Analytic Press, 1998.
- Holt, R. (1981): «The death and transfiguration of metapsychology», *Int. Rev. Psychoanal.*, 8: 129-144.
- Hook, S. (1958): *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy*, Nueva York: N.Y. Univ. Press.
- Horney, K. (1937): *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Barcelona: Paidós, 1956.
- Horowitz, M.J. (1972): «Modes of representation of thought», *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 20: 793-819.
- Houzel, D. (1993): «Interpretación: Metáfora o analogía», *Psicoanálisis AP. de BA.*, XV, 1: 69-72.
- Hug-Hellmuth, H.B. (1921): On the Technique of Child Analysis, *Int. J. Psychoanal.*, 2: 287-305.
- Ibáñez, T. (2001): *Muníciones para disidentes*, Barcelona: Gedisa.
- Jacobson, E. (1969): *El self (sí-mismo) y el mundo objetal*, Buenos Aires: Beta.
- Jiménez Avello, J. (1998): *Para leer a Ferenczi*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Joseph, B. (1985): «Transference: the total situation», *Int. J. Psychoanal.*, 66: 447- 454.
- Joseph, B. (1987): Projective identification: some clinical aspects, *Psychic Equilibrium and Psychic Change*, Londres y Nueva York: Routledge, 1989, 168-80.
- Joseph, R. (1988): «The right cerebral hemisphere», *Int. J. Psychoanal.*, 44: 770-779.
- Kandel, E. (1983): «From metapsychology to molecular biology. Explorations to the Nature of Anxiety», *Amer. J. Psyciat.*, 140: 1.239-1.277.
- Kandel, E. (1998): «A new intellectual framework for psychiatry», *Amer. J. Psyciat.*, 155: 457-469.
- Kandel, E. (1999): «Biology and the future of psychoanalysis: A new intellectual framework for psychiatry revisited», *Amer. J. Psyciat.*, 156: 505-524.
- Kaplan-Solms, K. y Solms, M. (2000): *Clinical Studies in Neuro-Psychoanalysis*, Londres: Karnac Books.
- Kernberg, O. (1969). A contribution to the ego-psychological critique of the Kleinian School, *Int. J. Psycho Anal.*, 50: 317-33.
- (1980): *Internal World and External Reality*. Jason Aronson, Northvale.
- (1952): «The Origins of Transference», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3. Londres: Hogarth, 1984, 48-56.
- Kernberg, O. (1975): *Borderline Conditions and Pathological narcissism*, Nueva York: Jason Aronson (versión castellana: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, Barcelona: Paidós, 1984).
- Kernberg, O. (1984): *Severe Personality Disorders*, Yale: Yale Univ. (versión castellana: *Trastornos graves de la personalidad*, México: El Manual Moderno, 1987).
- Kernberg, O. (1993): «Convergences and divergences in contemporary psychoanalysis», *Int. J. Psychoanal.*, 74: 659-667.
- Kernberg, O. (1999): «Psychoanalysis, psychoanalytic psychotherapy and supportive psychotherapy», *Int. J. Psychoanal.*, 80: 1.075-1.092.
- Klein, G. (1976): «Freud's two theories of sexuality», en Merton Gill y Philip Holzman (ed.), *Psychology Versus Metapsychology*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Klein, M. (1932): «The Psychoanalysis of Children», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 2. Londres: Hogarth, 1980.

- Klein, M. (1933): «The early development of conscience in the child», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, Londres: Hogarth, 1981, 248-257.
- Klein, M. (1935): «A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, 262-289. Londres: Hogarth, 1981.
- Klein, M. (1936): Weaning, *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, 290-305. Londres: Hogarth, 1981.
- Klein, M. (1946): «Notes on Some Schizoid Mechanisms», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, 1-24, Londres: Hogarth, 1984.
- Klein, M. (1952): «The origins of transference», en *The Writings of Melanie Klein*, Londres: The Hogarth Press-Institute of Psychoanalysis, vol. 3.
- Klein, M. (1957): «Envy and Gratitude», *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, 176-235, Londres: Hogarth, 1984.
- Klimosvky, G. (2004): *Epistemología y psicoanálisis*, Buenos Aires: Biebel.
- Kohut, H. (1971): *Analysis of the Self*, Nueva York: Int. Univ. Press (*Análisis del self*, Buenos Aires: Amorrortu, 1977).
- Kohut, H. (1977): *The Restauration of the Self (La restauración del sí-mismo*, Barcelona: Paidós).
- Kohut, H. (1982): «Introspection, empathy and the semi-circle of mental health», *Int. J. Psychoanal.*, 63: 395-408 («Introspección, empatía y el semi-círculo de la salud mental», en *Los dos análisis del Sr. Z*, Barcelona: Herder, 2005).
- Kohut, H. (1984): *How does Analysis Cure?*, Chicago: Chicago Univ. Press (*¿Cómo cura el análisis?*, Barcelona: Paidós, 1990).
- Kuhn, T. (1962): *The Structure of Scientific Revolution*, Chicago: Univ. of Chicago Press (*La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1987).
- Kuhn, T. (1982): «Commensurability, comparability, comunicability», en *PSA 1982*, vol. 2, 669-687. Michigan: Philosophy of Science Association.
- Laplanche, J. (1992): «Interpretation between determinism and hermeneutics: A restatement of the problem». *Int. J. Psychoanal.*, 73: 429-445.
- Lasch, C. (1979): *The Culture of Narcissism*, Nueva York: W.W. Norton & Company.
- Lear, J. (1993): «An interpretation of transference», *Int. J. Psychoanal.*, 74: 730-756.
- Lehtonen, J. (2005): «Body —ego as a framework of body— mind interaction in psychotherapy. Empirical aspects from the view point of brain imaging technology». Trabajo presentado en la Sociedad Española de Psicoanálisis.
- Levin, F. (1991): *Mapping the Mind*, Londres: The Analytic Press.
- Lévi-Strauss (1955): *Tristes trópicos*, Madrid: Editorial universitaria, 1970.
- Lichtenberg, J. (1991): «What is a self object?», *Psychoanal. Dial.*, 1: 433-479.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. y Fosshage, J. (2002): *A Spirit of Inquiry*, Londres: The Analytic Press.
- Loewald, H. (1960): «On the therapeutic action of psychoanalysis», *Int. J. Psychoanal.*, 41: 16-33.
- López-Corvo, R.E. (2002): *Diccionario de la obra de W.R. Bion*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Lorenz, K. (1963): *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Madrid: Siglo Veintiuno, 1971.
- Malin, A. y Grotstein, J. (1966): Projective Identification in the Therapeutic Process, *Int. J. Psycho-Anal.* 47: 26-31.
- Marquès, A. (1996): *Coneixement i decisió. Els fonaments del racionalisme crític*, Barcelona: Fundació Vives y Casajuana.
- Marquès, A. (2000): *Contribució a una crítica filosòfica del economicisme*, Barcelona: Facultat de Teologia de Barcelona.
- Marquès, A. (2001): «L'hermenèutica filosòfica contemporània», *Qüestions de Vida Cristiana*, 201: 9-45. Publicaciones de l'Abadia de Montserrat.
- Marquès, A. (2005): «Presència del nihilisme a la nostra situació cultural». Trabajo presentado en la Univ. Ramon Llull, Barcelona.
- Meissner, W.W. (1987). «Proyección e Identificación proyectiva», en J. Sandler (comp.), *Proyección, identificación, identificación proyectiva*, 41-64, Madrid: Tecnipublicaciones, 1989.
- Meissner, W.W. (1996): *The Therapeutic Alliance*, New Haven: Yale Univ. Press.
- Meltzer, D. (1975): *Explorations in Autism*, Pertshire: Clunie Press.
- (1984): «Les concepts de “Identification Projective” (Klein) et de “Contenant-Contenu” (Bion) en relation avec la situation analytique». *Rev. Franç. de Psychoanal.*, 1984: 541-569.
- Miller, M. y Dorpat, T. (1998): «Interactional psychoanalytic theory», en R. Langs (comp.), *Current Theories of Psychoanalysis*, Madison: Int. Univ. Press.

- Mitchell, S. (1988): *Relational Concepts in Psychoanalysis*, Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Mitchell, S. (1993): *Hope and Dread in Psychoanalysis*, Nueva York: Basic Books.
- Modell, A. (1975): «A narcissistic defence against affects and the illusion of self-sufficiency», *Int. J. Psychoanal.*, 56: 275-284.
- Modell, H. (1990): *Other Times, Other Realities*, Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Mora, F. (2002): *Continuum: ¿Cómo funciona el cerebro?*, Madrid: Alianza.
- Moya, C. (1992): «Introducción a la filosofía de Davidson», en Donald Davidson, *Mente, mundo y acción*, Barcelona: Paidós / I.C.E.-U.A.B.
- Nahum, J., (2002): «Explicating the implicit: the local level and the microprocess of change in analytic situation», *Int. J. Psychoanal.*, 83: 1051-1062.
- Nietzsche, F. (1870): «La visión dionisiaca del mundo», en *id.*, *El nacimiento de la tragedia*, Madrid: Alianza, 1973.
- Nietzsche, F. (1887), *La voluntad de poder*, Buenos Aires: Prestigio, vol. 4, 1970.
- Notó, P. (1986): «El pensament social de Freud», en Notó P. y Panyella, M., *Introducció a la psicologia social*, Barcelona: Edicions 62.
- Notó, P. y Recasens, J.M.^a (1997): «Psicoterapia psicoanalítica de grupo», en Alejandro Ávila y Joaquín Poch (eds.), *Manual de técnicas de psicoterapia*, Madrid: Siglo Veintiuno de España.
- Ogden, T. (1994): *Subjects of Analysis*, Londres: Karnac Books.
- Ogden, T. (2002): «A new reading of the origins of the objects-relation theory», *Int. J. Psychoanal.*, 83: 767-784.
- O'Shaugnessy, E. (2004): «Being Frankenstein: a Youth's solution to psychosis», *Child Analysis Today*, Londres: Karnac, 59-72.
- Pally, R. (1998): «Bilaterality. Hemispheric integration and specializations», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 565-587.
- Pally, R. (2003): *The Mind-Brain Relationship*, Londres: Karnac Books.
- Pally, R. y Olds, D. (1998): «Consciousness: A neuroscience perspective», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 971-990.
- Pascual, R. (1995): «La física y la relación mente cerebro», en F. Mora (comp.), *El problema mente-cerebro*, Madrid: Alianza.
- Pavlov, I. (1927): *Conditional Reflex*, Oxford: Oxford Univ. Press.
- Pérez-Sánchez, A. (1996): *Prácticas psicoterapéuticas*, Barcelona: Fundació Vidal Barraquer-Paidós.
- Pérez-Sánchez, A. (2006): *Entrevista e indicadores en psicoterapia y psicoanálisis*, Valencia: Promolibro.
- Pinker, S. (1994): *El instinto del lenguaje*, Madrid: Alianza.
- Poch y Bullich, J. (1989): *Psicología dinámica*, Barcelona: Herder.
- Ponsi, M. (1997): «Interaction and Transference», *Int. J. Psychoanal.*, 78: 243-263.
- Ponsi, M. (2000): «Therapeutic alliance and collaborative interactions», *Int. J. Psychoanal.*, 81: 687-703.
- Popper, K. (1950): *The Open Society and its Enemies*, Londres: Routledge & Kegan Paul (*La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona: Paidós, 1982).
- Popper, K. (1956): *The Open Universe. An argument for Indeterminism* (*El universo abierto, un argumento a favor del indeterminismo*, Madrid: Tecnos, 1998).
- Popper, K. (1959): *The Logic of Scientific Discovery*, Londres: Hutchinson & Co. (*La lógica de la investigación científica*, Madrid: Tecnos, 1990).
- Popper, K. (1962): *Conjectures and Refutations*, Londres: Routledge & Kegan Paul (*Conjeturas y Refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1964).
- Popper, K. (1972): *Objective Knowledge*, Oxford: Claredon Press (*Conocimiento objetivo*, Madrid: Tecnos, 1988).
- Popper, K. (1984): *En busca de un mundo mejor*, Barcelona: Paidós.
- Quinodoz, D. (2003): «Words that Touch», *Int. J. Psychoanal.*, 84: 1469-1476.
- Rapaport, D. (1960): *The Structure of Psychoanalytic Theory. A Systematising Attempt*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Reale, G. y Antiseri, D. (1992): *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Barcelona: Herder.
- Reider, N. (1972): «Metaphor as interpretation», *Int. J. Psychoanal.*, 53: 463-469.
- Richards, A. (1991): «The search for common ground: Clinical aim and processes», *Int. J. Psychoanal.*, 72: 45-57.
- Ricoeur, P. (1965): *De l'Interprétation: Essai sur Freud*, París, Éditions du Seuil (*Freud: Una Interpretación de la Cultura*, México: Siglo veintiuno, 1970).
- Ricoeur, P. (2001): «Discurso de Paul Ricoeur», en *Acte d'Investidura del Doctor Honoris Causa al Profesor Paul Ricoeur*, Barcelona: Universitat Ramon Llull.
- Rizzuto, A.M.^a (2001): «Metaphors of bodily mind», *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 49: 535-567

- Rorty, R. (1967): *The Linguistic Turn*, Chicago: The University of Chicago Press (*El giro lingüístico*, Barcelona: Paidós).
- Rorty, R. (1979): *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton: Princeton University Press (*La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid: Cátedra).
- Rosenfeld, H. (1964): «On the psychopathology of narcissism», *Int. J. Psychoanal.*, 45: 332-337.
- Rosenfeld, H. (1971): «Contribution to the psychopathology of psychotic states: the importance of projective identification in the ego structure and the object relations of the psychotic patient», en Bott Spillius (ed.), *Melanie Klein Today*, Londres: Routledge, vol. 1, 117-37, 1988.
- Rosenfeld, H. (1972): «A critical appreciation of James Strachey's paper on the nature of therapeutic action of psychoanalysis», *Int. J. Psychoanal.*, 53: 445-462.
- Rosenfeld, H. (1987): *Impasse and Interpretation*, Londres: Tavistock Publications.
- Sandler, J. y Dreher, U. (1996): *What do Psychoanalysts Want?*, Londres: Routledge.
- Sandler, J. y Sandler, A.M. (1993): «Psychoanalytic technique and theory of psychic change», en M.J. Horowitz, O.F. Kernberg, y E.M. Weinshel (comps.), *Psychic Structure and Psychic Change*, Madison: Int. Univ. Press.
- Scavino, D. (1999): *La filosofía actual*, Barcelona: Paidós.
- Schaffer, R. (1990): «The search of common ground», *Int. J. Psychoanal.*, 71: 49-52.
- Schwaber, E. (1995): «Toward a definition of the concept of interaction», *Int. J. Psychoanal.*, 76: 557-562.
- Scharff, D.E. y Fairbairn, E. (1994): *From Instinct to Self*, vol. 1, Norhtvale: Jason Aronson.
- Schiffrin, D. (2003): *Approaches to Discourse*, Oxford: Blackwell.
- Schwartz, J. (2000): *La hija de Casandra*, Madrid: Síntesis.
- Searle, J. (1969): *Speech Acts*, Cambridge: Cambridge Univ. Press (*Actos de Habla*, Madrid: Cátedra).
- Segal, H. (1957): «Notes on symbol formation», *Int. J. Psychoanal.*, 38: 391-397.
- Segal, H. (1964): *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Buenos Aires: Paidós, 1965.
- Shengold, L. (1981): «Insight as metaphor», *Psych. Stud. of the Child*, 36: 289-305.
- Sherwood, M. (1969): *The Logic of Explanation in Psychoanalysis*, Nueva York: Academic Press.
- Solms, M. y Turnbull, O. (2004): *The Brain and the Inner World*, Londres: Karnac Books.
- Spence, D. (1994): *The Retorical Voice of Psychoanalysis*, Cambridge: Harvard Univ. Press.
- Sperber, D. y Wilson, D. (2004): *Relevance*, Oxford: Blackwell.
- Steele, R. (1979): «Psychoanalysis and hermeneutics», *Int. Rev. Psychoanal.*, 6: 389-411.
- Steiner, J. (1993): *Replegaments psíquics*, Barcelona: Columna, 1994.
- Steiner, R. (1995): «Hermeneutics o Hermes-mess?», *Int. J. Psychol.*, 76: 435-446.
- Steiner, R. (2003): *De Viena a Londres y Nueva York*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sterba, R. (1934): «The fate of the ego in the analytic therapy», *Int. J. Psychoanal.*, 15: 117-126.
- Stern, D. (1977): *The First Relationship: Infant and Mother*, Londres: Open Books Publishing (*La primera relación madre-hijo*, Madrid: Morata., 1983).
- Stern, D. (1985): *The Interpersonal World of the Infant*, Nueva York: Basic Books (*El mundo interpersonal del infante*, Buenos Aires: Paidós, 1991).
- Stern, D. (1995): *The Motherhood Constellation*, Nueva York: Basic Books (*La constelación maternal*, Barcelona: Paidós, 1997).
- Stern, D. (1998): «Non interpretative mechanisms in psychoanalytic psychotherapy», *Int. J. Psychoanal.*, 79: 903-922 («Mecanismos no interpretativos en la terapia psicoanalítica», *Libro Anual de Psicoanálisis*, XIV: 2.007-2.015, 2000).
- Stolorow, R. y Atwood, G. (1992): *Context of Being*, Nueva York: The Analytic Press (*Contextos del Ser*, Barcelona: Herder, 2004).
- Stolorow, R. y Lachmann, F. (1980): *Psychoanalysis of Developmental Arrest*, Madison: Int. Univ. Press.
- Strachey, J. (1934): «The nature of the therapeutic action of psychoanalysis», *Int. J. Psychoanal.*, 15: 127-159.
- Strenger, C. (1991): *Between Hermeneutics and Science*, Madison: Int. Univ. Press.
- Sullivan, H.S. (1953): *The Interpersonal Theory of Psychoanalysis*, Nueva York: W.W. Norton.
- Sullivan, H.S. (1956): *Clinical Studies in Psychiatry*, Nueva York: W.W. Norton (*Estudios clínicos de psiquiatría*, Buenos Aires: Psique, 1963).
- Symington, N. (1993): *Narcissism: a New Theory*, Londres: Karnak Books.
- Talarn, A. (2003): *Sandor Ferenczi: El mejor discípulo de Freud*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Thomä, H. y Kächele, H. (1989): *Teoría y práctica del psicoanálisis*, Barcelona: Herder.
- Thorne, K.S. (1995): *Agujeros negros y tiempo curvo*, Barcelona: Crítica.
- Torras, E. (1989): «Identificació Projectiva i diferenciació», *R. Catalana de Psicoanal.*, vol. 7: 195-2.
- Torras, E. (2004): Comunicación personal.

- Touraine, A. (2005): *Un nuevo paradigma*, Barcelona: Paidós.
- Tous, J.M.^a (1998): «Interacció analítica: La participació emocional de l'analista», *Rev. Catalana de Psicoanàlisi*, XV: n.º 2: 33-57.
- Tustin, F. (1972): *Autism and Childhood Psychosis*, Londres: Karnac, 1995.
- Villamarzo, P. (2001): *Hermenéutica psicoanalítica*, Salamanca: Universa Terra.
- Villamarzo, P. (2002): *Sandor Ferenczi*, Salamanca: Universa Terra.
- Wallerstein, R. (1975): *Psychotherapy and Psychoanalysis*, Nueva York: Int. Univ. Press.
- Wallerstein, R. (1988): «One psychoanalysis or many?», *Int. J. Psychoanal.*, 69: 5-21.
- Wallerstein, R. (1990): «Psychoanalysis: The common ground», *Int. J. Psychoanal.*, 71: 3-20.
- Wallerstein, R. (2002): «The trajectory of psychoanalysis: A prognostication», *Int. J. Psychoanal.*, 83: 1.247-1.268.
- Wallerstein, R. (2005a): «Will psychoanalytic pluralism be an enduring state of our discipline?», *Int. J. Psychoanal.*, 86: 623-626.
- Wallerstein, R. (2005b): «Dialogue or illusion? How do we go from here?», *Int. J. Psychoanal.*, 86: 633-638.
- Widlöcher, D. (1998): «Psychanalyse et psychothérapies». Trabajo presentado en la Sociedad Española de Psicoanálisis.
- Winnicott, D.W. (1951): «Transitional Objects and Transitional Phenomena», *Through Paediatrics to Psychoanalysis*, Londres: Hogarth, 1982, 229-242.
- Winnicott, D.W. (1952): «Anxiety Associated with Insecurity», *Through Paediatrics to Psychoanalysis*, Londres: Hogarth, 1982, 97-100.
- Winnicott, D.W. (1954): «Metapsychological and Clinical Aspects of Regression within the Psycho-Analytical Set-Up», *Through Paediatrics to Psychoanalysis*, Londres: Hogarth, 198, 2.278-2.294.
- Winnicott, D.W. (1959-1964): «Classification: Is there a Psycho-Analytic Contribution to Psychiatric Classification?», *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth, 1987, 124-139.
- Winnicott, D.W. (1960): «Ego Distortion in Terms of True and False Self», *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth, 1987, 140-152.
- Winnicott, D.W. (1962a): «A Personal View of the Kleinian Contribution», *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth, 1987, 171-178.
- Winnicott, D.W. (1962b): «Ego Integration in Child Development», *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth, 1987, 56-63.
- Winnicott, D.W. (1962c): «The Aims of Psycho-Analytical Treatment», *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth, 1987, 166-170.
- Winnicott, D. (1965): *The Maturation Process and the Facilitating Environment*, Londres: Hogarth Press (*El proceso de maduración en el niño*, Barcelona: Laia, 1975).
- Winnicott, D. (1969): «The use of an objet and relating through cross identification», *Playing and Reality*, Nueva York: Basic Books (*Juego y realidad*, Barcelona: Gedisa, 117-127).
- Wittgenstein, L. (1953): *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: Crítica, 1989.
- Wurmser, L. (1977): «A defense of the use of metaphor in analytic theory formation», *Int. J. Psychoanal. Q.*, 46: 446-498.
- Zetzel, E.R. (1956): «Current concepts of transference», *Int. J. Psychoanal.*, 37: 369-376.
- Zetzel, E.R. (1965): «The theory of therapy in relation to developmental model of the psychic apparatus», *Int. J. Psychoanal.*, 36: 49-52.
- Zohar, D. (1990): *La conciencia cuántica*, Barcelona: Plaza & Janés.

ÍNDICE DE AUTORES

Adler, G.,
Adroer, S.,
Ahumada, J. L.,
Albert, H.,
Allegro, L.,
Amati-Meheler,
Antiseri, D.,
Apel, K.,
Aragonés, L.,
Arlow, J.,
Armengol, R.,
Aron, L.,
Austin, J.,
Balint, M.,
Bassols, R.,
Beà, P.,
Benjamin, J.,
Berlin, I.,
Bick, E.,
Bion, W.R.,
Bird, B.,
Bleichmar, H.,
Bleichmar, N.,
Bodner, G.,
Boladeras, M.,
Borbely, A.,
Bouchard, M.,
Bowlby, J.,
Brook, A.,
Burlingham, D.,
Chomsky, N.,
Coderch, J.,
Cohler, B.,
Coromines, J.,
Davidson, D.,
Davis, T.,
De Bustos, E.,
De Miguel, A.,
Eco, U.,
Edelson, M.,
Eisold, K.,
Emde, R.,
Fabris, A.,
Fairbairn, W.R.,

Ferenczi, S.,
Ferrater Mora, J.,
Ferrer, R.,
Ferro, A.,
Fosshage, J.L.,
Freixas, J.,
Freud, A.,
Freud, S.,
Gabbard, G.,
Gadamer, H.-G.,
Galatzer-Levy, R.M.,
García-Carpintero, M.,
Gill, M.,
Green, A.,
Greenberg, J.,
Greenson, R.,
Grice, P.,
Grondin, J.,
Grotstein, J.,
Grünbaum, A.,
Guimón, J.,
Gutheil, T.G.,
Habermas, J.,
Hanly, C.,
Hanson, R.,
Hartmann, H.,
Henry-Lévy, B.,
Hernández, V.,
Hinschelwood, R.D.,
Hoffman, I.,
Holt, R.,
Hook, S.,
Horney, K.,
Houzel, D.,
Hug-Hellmuth, H.B.,
Ibáñez, T.,
Jacobson, E.,
Joseph, B.,
Joseph, R.,
Kächele, H.,
Kandel, E.,
Kaplan-Solms, K.,
Kernberg, O.,
Klein, G.,
Klein, M.,
Kohut, H.,
Kuhn, T.,
Lachmann, F.,
Laplanche, J.,
Lear, J.,
Lehtonen, J.,
Leiberman, C.,
Levin, F.,
Lichtenberg, J.,
Loewald, H.,
López-Corvo, R.,

Lorenz, K.,
Lusier, A.,
Malin, A.,
Marquès, A.,
Meissner, W.,
Meltzer, D.,
Miller, M.,
Mitchell, S.,
Modell, A.,
Mora, F.,
Moya, C.,
Nahum, J.,
Nietzsche, F.,
Notó, P.,
Nunberg, H.,
Ogden, T.,
Orange, D.,
O'shaughnessy,
Pally, R.,
Pascual, R.,
Pavlov, I.,
Pinker, S.,
Poch y Bullich, J.,
Ponsi, M.,
Popper, K.,
Quinodoz, D.,
Rapaport, D.,
Reale, G.,
Recasens, J. M.^a,
Reider, N.,
Richards, A.,
Ricoeur, P.,
Rizzuto, A. M.^a,
Rorty, R.,
Rosenfeld, H.,
Sandler, J.,
Scavino, D.,
Schiffrin, D.,
Schwaber, E.,
Schwartz, J.,
Searle, J.,
Segal, H.,
Shengold, L.,
Sherwood, M.,
Solms, M.,
Spence, D.,
Sperber, D.,
Steele, R.,
Steiner, G.,
Steiner, R.,
Sterba, R.,
Stern, D.,
Stolorow, R.,
Strachey, J.,
Strenger, C.,
Sullivan, H.S.,

Talarn, A.,
Thomä, H.,
Tizón, J. L.,
Torras, E.,
Touraine, A.,
Tous, J. M.^a,
Tustin, F.,
Valcarce, M.,
Villamarzo, P.,
Wallerstein, R.S.,
Widlöcher, D.,
Winnicott, D.,
Wittgenstein, L.,
Wurmser, L.,
Zetzel, E.R.,
Zohar, D.,

ÍNDICE TEMÁTICO

Aceptación
Acontecimiento
Actos de habla
Actos de habla según Searle
Alianza Terapéutica
Alianza, tipos
Analogía
Ansiedad
Ansiedad catastrófica
Ansiedad de separación
Apóphansis
Argumento de la conexión lógica
Base Empírica, tipos
Cambio catastrófico
Categorías críticas
Causa
Ciencia, definición de
Ciencia, hermenéutica
Ciencia natural
Ciencias humanas
Common Ground
Complejo de Edipo. Ver: Edipo, complejo de
Comunicación
Condicionamiento
Conducta intencional
Conflictos primarios
Conflictos secundarios
Conocimiento, teoría del
Constructivismo
Constructivismo, objeciones al
Contexto
Contrato terapéutico
Contratransferencia
Convergencia, puntos de
Criterio de falsabilidad
Críticas al psicoanálisis
Cultura
Cultura del aspectismo
Daimon
Defensas
Dependencia regresiva
Depresiva, posición
Desmantelamiento
Disociación del *self*

Dispositivo personal de observación
Drogas, adicción a las
Edipo, complejo de
Edipo temprano
Efecto mutativo
Elementos alfa
Elementos beta
Elementos del comportamiento
Elementos prosódicos
Empirismo
Enunciados extralógicos
Enunciados lógicos
Envidia
Escisión (*splitting*)
Esquizoide, posición
Esquizoparanoide, posición
Estructura
Estructuralismo
Estructuras endopsíquicas
Etimología
Evento
Experiencia emocional y especialización hemisférica cerebral
Externalización
Fanatismo
Fantasía inconsciente
Fetichismo
Filosofía del lenguaje
Física cuántica
Fobia
Función alfa
Función analítica
Función beta
Fusión de horizontes
Giro hermenéutico
Giro lingüístico
Hermenéutica
Historia del psicoanálisis
Homeostasis
Idealización
Identificación introyectiva
Identificación proyectiva
Identificación proyectiva comunicativa
Ilusión
Implicatura
Inconsciente
Identificación adhesiva
Inducción enumerativa
Inductivismo
Inferencia, tipos
Injusticia
Insight
Instinto de muerte
Interacción
Interpretación
Interpretación mutativa
Interpretaciones extratransferenciales

Interpretaciones transferenciales
Intersubjetividad
Intrapsíquico
Kinesia de la relación
Kleiniana, técnica
Lapsus linguae
Lego
Lenguaje
Libertad
Lingüística
Logos
Madre suficientemente buena
Material clínico
Mecanismos de defensa
Meeting of minds
Memoria
Memoria declarativa
Memoria de procedimiento
Memoria, tipos de
Metáfora, definición de
Metáfora en psicoanálisis
Metáforas, tipos de
Metapsicología
Metonimia
Modelo de código
Modelo, definición de
Modelo inferencial
Modos de representación
Narcisismo
Narcisismo según Freud
Narcisismo, tipos de
Negación
Neurociencia
Neurofisiología
Neurosis
Neurosis de transferencia
Nihilismo
Nihilismo, tipos de
Nomos
Núcleos psicóticos
Obiectum
Objetivos del psicoanálisis. Ver: Psicoanálisis, objetivos del
Objeto
Objeto autista
Objeto desmantelado
Objetos parciales
Omnipotencia
Paradigmas científicos
Perjuicio
Physis
Pluralidad, definición
Pluralidad en psicoanálisis
Pluralismo crítico
Posición depresiva. Ver: Depresiva, posición
Posición esquizoparanoide. Ver: Esquizoparanoide, posición
Positivismo lógico

Pragmática, definición
Principio de cooperación
Principio de expresabilidad
Principio de incertidumbre
Proceso analítico
Proceso de validación
Preferencias, tipos de
Proyección
Psicoanálisis
Psicoanálisis, crisis del
Psicoanálisis, dominio de
Psicoanálisis, esquema clásico
Psicoanálisis, objetivos del
Psicoanálisis relacional
Psicofarmacología
Psicología del *self*
Psicología del yo
Psicología social
Psicopatología
Psicoterapia
Psicoterapia psicoanalítica
Psicótico
Pulsión
Racionalismo crítico
Racismo
Razón
Razón, tipos de
Realidad
Regresión
Relación causal
Relación implícita compartida
Relación terapéutica
Relaciones objetales
Relativismo
Represión
Resistencias
Reverie
Self
Self Esteem
Self falso
Self verdadero
Self objetos
Semántica
Semiología
Setting
Significado
Significado compositivo
Significante
Sinécdoque
Sintaxis
Sostenimiento (*holding*)
Splitting
Subjetividad
Tally argument
Técnicas de imagen
Teoría clínica de la sexualidad

Teoría de la relatividad
Teoría de las relaciones objetales
Teoría pulsional de la sexualidad
Teoría, definición de
Tercero analítico
Término observacional
Término teórico
Terreno común. Ver: *Common ground*
Tesis de la condición necesaria
Texto, definición de
Tipos de metáfora según la perspectiva psicoanalítica
Trama interactiva
Transferencia
Transferencia especular
Transferencia gemelar
Transferencia idealizadora
Transferencia interna
Transferencia negativa
Transferencia *self* objeto
Transferencia, como organización de la situación analítica
Transferencia, distorsión y repetición en
Transferencia, elementos constitutivos de
Transferencia, modelo organizador
Transferencia, modelo proyectivo
Transferencia, modelos de
Transferencia, según Freud
Transferencia, según M. Klein
Transferencia, visión amplia y visión reducida de
Xenofobia

INFORMACIÓN ADICIONAL

JOAN CODERCH (Barcelona, 1930) es doctor en Medicina y miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Trabajó en diversas instituciones sanitarias, en los campos de la psiquiatría y de la psicogerontología, y ejerció la docencia en la Universitat de Barcelona y en la Fundació Vidal i Barraquer. Es profesor emérito de la Universitat Ramon Llull.

Además de numerosos trabajos publicados en revistas especializadas, es autor de los siguientes libros: *Psiquiatría dinámica*, *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*, *La interpretación en psicoanálisis*, *Pluralidad y diálogo en psicoanálisis* y *La práctica de la psicoterapia relacional*.

SÍNTESIS

Sigmund Freud fundó en 1910 la Asociación Psicoanalítica Internacional (A.P.I.) y desde entonces han surgido diversas orientaciones y corrientes del pensamiento psicoanalítico, algunas de ellas muy divergentes entre si. En este libro el Dr. Joan Coderch se pregunta si existen uno o muchos psicoanálisis, discute las razones a las que se debe esta pluralidad y expone los motivos por los que, a su juicio, se trata de un fenómeno inevitable e incluso fructífero.

El autor debate en profundidad el diálogo del psicoanálisis consigo mismo y con otras disciplinas científicas, entre ellas la filosofía, la filosofía del lenguaje, la hermenéutica, la metodología científica y la neurociencia, partiendo de la base de que en el momento histórico actual, marcado por una fuerte globalización, ninguna rama del conocimiento humano puede vivir y desarrollarse aisladamente.

La diversidad del contenido de este libro lo hace accesible a un público mucho más amplio que el del sector estrictamente psicoanalítico o psicoterapéutico; puede interesar tanto a profesionales y estudiosos de otras disciplinas como a un público preocupado por posiciones interdisciplinares.

[Ficha del libro](#)

[Ficha del autor](#)

OTROS TÍTULOS

Teoría y técnica de la terapia psicoanalítica. Joan Coderch

**VIKTOR EL HOMBRE
FRANKL EN BUSCA
DE SENTIDO**



Herder

El hombre en busca de sentido

Frankl, Viktor

9788425432033

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

* Nueva traducción*

El hombre en busca de sentido es el estremecedor relato en el que Viktor Frankl nos narra su experiencia en los campos de concentración.

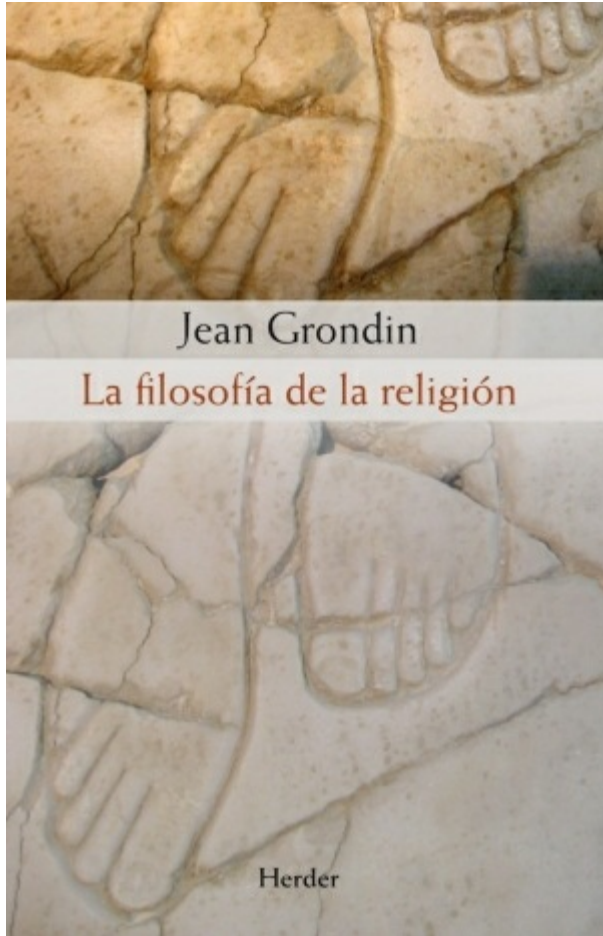
Durante todos esos años de sufrimiento, sintió en su propio ser lo que significaba una existencia desnuda, absolutamente desprovista de todo, salvo de la existencia misma. Él, que todo lo había perdido, que padeció hambre, frío y brutalidades, que tantas veces estuvo a punto de ser ejecutado, pudo reconocer que, pese a todo, la vida es digna de ser vivida y que la libertad interior y la dignidad humana son indestructibles. En su condición de psiquiatra y prisionero, Frankl reflexiona con palabras de sorprendente esperanza sobre la capacidad humana de trascender las dificultades y descubrir una verdad profunda que nos orienta y da sentido a nuestras vidas.

La logoterapia, método psicoterapéutico creado por el propio Frankl, se centra precisamente en el sentido de la existencia y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre, que asume la responsabilidad ante sí mismo, ante los demás y ante la vida. ¿Qué espera la vida de nosotros?

El hombre en busca de sentido es mucho más que el testimonio de un

psiquiatra sobre los hechos y los acontecimientos vividos en un campo de concentración, es una lección existencial. Traducido a medio centenar de idiomas, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Según la Library of Congress de Washington, es uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La filosofía de la religión

Grondin, Jean

9788425433511

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

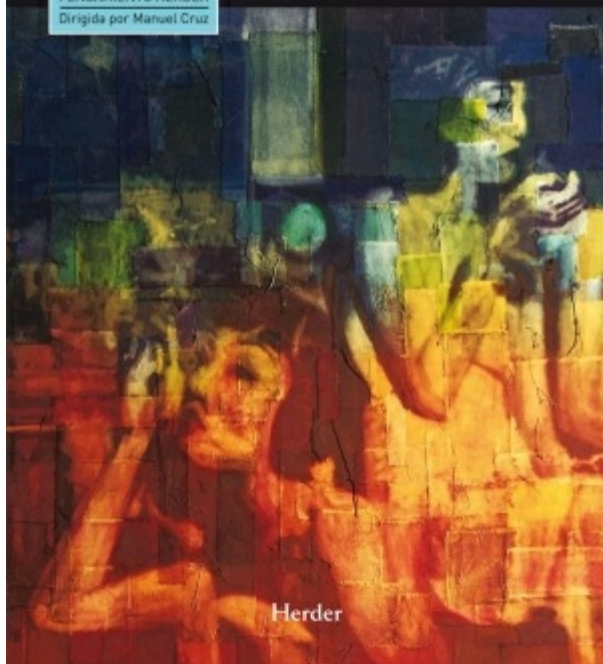
¿Para qué vivimos? La filosofía nace precisamente de este enigma y no ignora que la religión intenta darle respuesta. La tarea de la filosofía de la religión es meditar sobre el sentido de esta respuesta y el lugar que puede ocupar en la existencia humana, individual o colectiva.

La filosofía de la religión se configura así como una reflexión sobre la esencia olvidada de la religión y de sus razones, y hasta de sus sinrazones. ¿A qué se debe, en efecto, esa fuerza de lo religioso que la actualidad, lejos de desmentir, confirma?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Byung-Chul Han
La sociedad del cansancio

PENSAMIENTO HERDER
Dirigida por Manuel Cruz



Herder

La sociedad del cansancio

Han, Byung-Chul

9788425429101

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

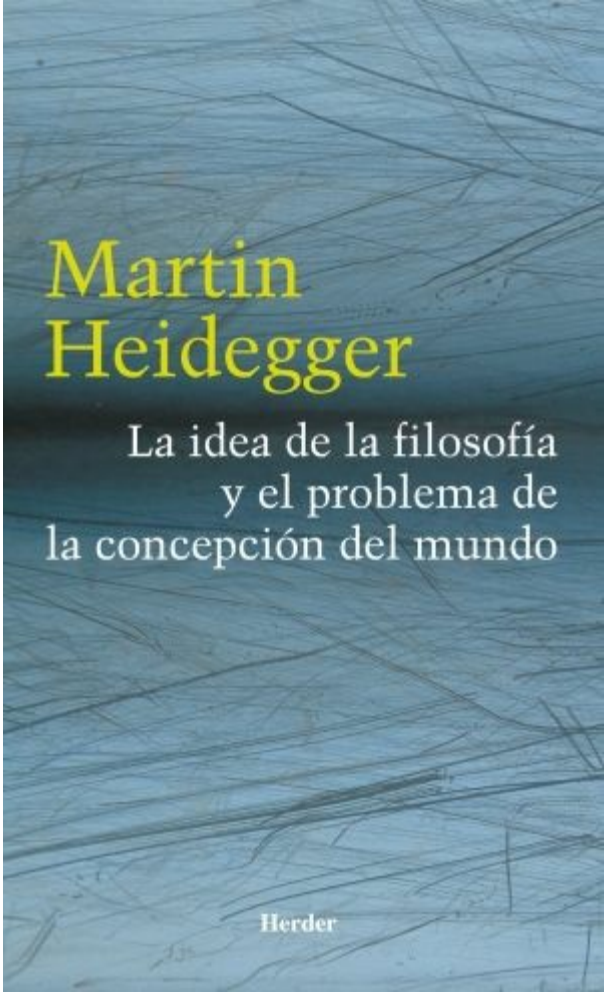
Byung-Chul Han, una de las voces filosóficas más innovadoras que ha surgido en Alemania recientemente, afirma en este inesperado best seller, cuya primera tirada se agotó en unas semanas, que la sociedad occidental está sufriendo un silencioso cambio de paradigma: el exceso de positividad está conduciendo a una sociedad del cansancio. Así como la sociedad disciplinaria foucaultiana producía criminales y locos, la sociedad que ha acuñado el eslogan Yes We Can produce individuos agotados, fracasados y depresivos.

Según el autor, la resistencia solo es posible en relación con la coacción externa. La explotación a la que uno mismo se somete es mucho peor que la externa, ya que se ayuda del sentimiento de libertad. Esta forma de explotación resulta, asimismo, mucho más eficiente y productiva debido a que el individuo decide voluntariamente explotarse a sí mismo hasta la extenuación. Hoy en día carecemos de un tirano o de un rey al que oponernos diciendo No. En este sentido, obras como Indignaos, de Stéphane Hessel, no son de gran ayuda, ya que el propio sistema hace desaparecer aquello a lo que uno podría enfrentarse. Resulta muy difícil rebelarse cuando víctima y verdugo, explotador y explotado, son la misma persona.

Han señala que la filosofía debería relajarse y convertirse en un juego

productivo, lo que daría lugar a resultados completamente nuevos, que los occidentales deberíamos abandonar conceptos como originalidad, genialidad y creación de la nada y buscar una mayor flexibilidad en el pensamiento: "todos nosotros deberíamos jugar más y trabajar menos, entonces produciríamos más".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Martin Heidegger

La idea de la filosofía
y el problema de
la concepción del mundo

Herder

La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo

Heidegger, Martin

9788425429880

165 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cuál es la tarea de la filosofía?, se pregunta el joven Heidegger cuando todavía retumba el eco de los morteros de la I Guerra Mundial. ¿Qué novedades aporta en su diálogo con filósofos de la talla de Dilthey, Rickert, Natorp o Husserl? En otras palabras, ¿qué actitud adopta frente a la hermeneútica, al psicologismo, al neokantismo o a la fenomenología? He ahí algunas de las cuestiones fundamentales que se plantean en estas primeras lecciones de Heidegger, mientras éste inicia su prometedora carrera académica en la Universidad de Friburgo (1919-1923) como asistente de Husserl.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JESPER JUUL



Decir no, por amor

Padres que hablan claro:
niños seguros de sí mismos

Herder

Decir no, por amor

Juul, Jesper

9788425428845

88 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El presente texto nace del profundo respeto hacia una generación de padres que trata de desarrollar su rol paterno de dentro hacia fuera, partiendo de sus propios pensamientos, sentimientos y valores, porque ya no hay ningún consenso cultural y objetivamente fundado al que recurrir; una generación que al mismo tiempo ha de crear una relación paritaria de pareja que tenga en cuenta tanto las necesidades de cada uno como las exigencias de la vida en común.

Jesper Juul nos muestra que, en beneficio de todos, debemos definarnos y delimitarnos a nosotros mismos, y nos indica cómo hacerlo sin ofender o herir a los demás, ya que debemos aprender a hacer todo esto con tranquilidad, sabiendo que así ofrecemos a nuestros hijos modelos válidos de comportamiento. La obra no trata de la necesidad de imponer límites a los hijos, sino que se propone explicar cuán importante es poder decir no, porque debemos decirnos sí a nosotros mismos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Índice	5
Prólogo	9
Introducción	14
1.El debate acerca de la pluralidad del psicoanálisis	17
1.Introducción	17
2.Convergencias y divergencias entre las distintas escuelas psicoanalíticas	17
2.1.Teorías, metáforas y modelo	17
2.2.Diversidad de opiniones acerca de la pluralidad y el terreno común en psicoanálisis	21
2.3.Algunas reflexiones sobre la diversidad de opiniones	26
3.Teoría del conocimiento y pluralidad	30
3.1.El racionalismo crítico de Popper	30
3.2.Las ideas de J. Habermas, de K. Apel y de I. Berlin	35
4.El pluralismo crítico en psicoanálisis	38
4.1.Delimitación del concepto	38
4.2.La confusión entre nihilismo y relativismo	38
4.3.La necesidad de un diálogo continuado	40
5.El dispositivo personal de observación es responsable del resultado de ésta	44
6.Necesidad de una perspectiva independiente (dentro de lo posible) de la relación analizado-analista	48
7.Conclusión	50
2.El diálogo entre el psicoanálisis y la filosofía del lenguaje	52
1.Introducción	52
2.El discurso psicoanalítico	53
3.Actos de habla	55
3.1.El concepto de actos de habla	55
3.2.J.L. Austin	58
3.3.J.R. Searle	61
4.Pragmática	62

5.Texto y contexto	67
5.1.Introducción	67
5.2.Texto	68
5.3.Contexto	69
6.Comunicación	71
6.1.Introducción	71
6.2.La comunicación como procesamiento de información	71
6.3.Comunicación e intencionalidad informativa	73
6.4.Lenguaje verbal y comunicación	74
7.La metáfora en el proceso psicoanalítico	75
7.1.Introducción	76
7.2.La metáfora en la lingüística y en el pensamiento filosófico	77
7.3.Tipos de metáforas	80
7.4.Las metáforas en la teoría y la práctica psicoanalítica	82
8.Conclusión	89
3.El psicoanálisis, ciencia y hermenéutica	92
1.Introducción. El psicoanálisis, como todas las ciencias, es hermenéutico y constructivista	92
2.Aproximación a la hermenéutica y al constructivismo	92
2.1.Consideraciones generales acerca de la hermenéutica	92
2.2.El pensamiento hermenéutico	94
2.3.Los «presupuestos» en la interpretación de la realidad	98
2.4.Lo inevitable del constructivismo	100
2.5.El giro lingüístico	102
3.De la metapsicología a la psicología	105
3.1.Los tiempos felices	105
3.2.Tiempos de dudas	106
3.3.La fractura de la perspectiva metapsicológica	107
4.El debate sobre el psicoanálisis como ciencia empírico-natural o como ciencia hermenéutica	110
4.1.Un falso debate	110
4.2.Razones contrapuestas	110
4.3.¿Es que todas las ciencias han de ser empírico-naturales?	113
4.4.Dos diferencias clásicas entre las ciencias naturales y las ciencias humanas	114
4.5.Las razones son causas de aquello de lo que dan razón	115

4.6.Las críticas al psicoanálisis desde la filosofía de la ciencia	119
4.7.La cuestión de la metodología	128
5.El diálogo entre el psicoanálisis y la neurociencia	130
6.Conclusión	134
4.Neurociencia y memoria. Hacia una revisión del concepto de transferencia	138
1.Introducción	138
2.La cuestión de la Alianza Terapéutica (A.T.)	140
2.1.Colaboración externa y colaboración intrapsíquica por parte del paciente	140
2.2.Delimitación del concepto de A.T.	141
2.3.Breve historia del concepto de A.T.	142
2.4.A.T. y colaboración	145
2.5.La relación analizado-analista es total e indivisible	147
3.La transferencia es la organización de la situación analítica bajo la influencia del pasado	150
3.1.La transferencia y la revolución de los paradigmas científicos	150
3.2.El descubrimiento de la transferencia. Repetición y distorsión	151
3.3.Visión reducida y visión amplia de la transferencia	152
3.4.La totalidad de las experiencias del pasado es el fundamento de la transferencia	153
3.5.Diferencias entre el modelo proyectivo y el modelo organizador de la transferencia	156
3.6.Elementos básicos en la organización de la transferencia	159
3.7.La memoria de procedimiento en la relación analizado-analista	161
4.La colaboración del analizado está integrada en su pasado	164
5.Transferencia como fenómeno universal y transferencia analítica	165
5.1.El problema de los artefactos transferenciales	165
5.2.La falsa dicotomía analistas más humanos y analistas menos humanos	168
5.3.El temor a ser un «buen objeto» y la neutralidad	169
6.Objetividad y subjetividad del analista	171
7.Conclusión	174
5.El narcisismo como un no-diálogo	176
1.Introducción	176
2.Clínica y presentación de los trastornos narcisistas de la personalidad	176
3.Teorías acerca de los trastornos narcisistas de la personalidad...	178
3.1.Los modelos tradicionales, pulsionales o mixtos	179

3.2. Teorías distanciadas de los modelos tradicionales	184
4. Narcisismo y sociedad	194
4.1. Influencia de la cultura en la génesis de los trastornos narcisistas de la personalidad	194
4.2. La sociedad narcisista de nuestro tiempo	195
5. Algunas características específicas del tratamiento de las personalidades narcisistas	201
5.1. Las dificultades para establecer la relación de dependencia	201
5.2. La interacción analizado-analista como diálogo	203
6. Conclusión	212
7. Material clínico	212
6. El difícil diálogo entre el psicoanálisis y la psicoterapia	217
1. Introducción	217
2. Diferencias y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia	218
2.1. Las dificultades para llegar a un acuerdo	218
2.2. Algunas opiniones respecto a las diferencias y similitudes entre psicoanálisis y psicoterapia	218
3. Una perspectiva integradora	221
4. Las motivaciones del analizado y el analista para pasar de una psicoterapia a un psicoanálisis	227
4.1. Un cambio sorprendente	227
4.2. Las modificaciones que afectan únicamente al setting externo	228
4.3. Las modificaciones del setting interno	229
4.4. Falta de motivación por parte del paciente para pasar a un análisis	231
4.5. ¿Cuál debe ser la actitud del analista frente a la conveniencia de transformar una psicoterapia en un análisis?	232
5. La decisión de transformar un psicoanálisis en una psicoterapia	234
5.1. Un cambio difícil	234
5.2. La cuestión del contrato terapéutico	235
6. Conclusión	236
7. La pluralidad en psicoanálisis infantil	237
1. Freud y la teoría pulsional	237
2. Las aportaciones de Melanie Klein	239
2.1. Complejo de Edipo temprano y objetos parciales	239
2.2. Las posiciones depresiva y esquizoparanoide	240
2.3. Identificación proyectiva	241

2.4. Instinto de muerte y envidia	242
2.5. Consideraciones sobre la técnica kleiniana	244
3. Teóricos de las relaciones objetales	246
3.1. D. W. Winnicott	246
3.2. W. R. D. Fairbairn	250
3.3. Otros teóricos de las relaciones objetales	251
4. Material clínico	253
Bibliografía	265
Índice de autores	273
Índice temático	277
Información adicional	282